UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

I5.C
B5826

Biblioteca Vol. 14

TEATRO MUNDIAL

OBRAS PUBLICADAS.

Nos. 131 - 140.

B582c

Biblioteca
TEATRO MUNDIAL
OBRAS PUBLICADAS.
Nos. 131 - 140.

131. Dumas, Veinte Años Después.

132A. Serafin y Joaquin Alvarez Quintero, Solico en el Mundo.

132B. Francheville, La puerta se abre.

133. Dicenta, El crimen de ayer.

134. Kistemæckers y Reparaz, La Llamarada.

135. Sófocles, Edipo Rey.

136. Dumas (Padre), El Vizconde de Bragelone.

137. Calderon de la Barca, El Mayor monstruo los Celos.

138A. Dicenta, La Leyenda del Yermo.

138B. Millá y Arroyo, Dichoso Tenorio.

139. Villaepesa, El Rey Galoar.

140. Insúa y Catá, Cabecita Loca.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

131. Dumas, Veinte Años Después.
132A. Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Solico en el Mundo.
132B. Francheville, La puerta se abre.
133. Dicenta, El crimen de ayer.
134. Kistemaeckers y Reparaz, La Llamarada.
135. Sófocles, Edipo Rey.
136. Dumas (Padre), El Vizconde de Bragelone.
137. Calderon de la Barca, El Mayor monstruo los Celos.
138A. Dicenta, La Leyenda del Yermo.
138B. Millá y Arroya, Dichoso Tenorio.
139. Villaepesa, El Rey Galoar.
140. Insúa y Catá, Cabecita Loca.

No. 131
LSC
B.

ALEJANDRO DUMAS

VEINTE AÑOS DESPUÉS

(Segunda parte de LOS TRES MOSQUETEROS)

Melodrama en seis actos

LIBRARY
DEC 28 1915
UNIVERSITY OF TORONTO.

140121
10/10/16

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

VEINTE AÑOS DESPUÉS

(SEGUNDA PARTE DE «LOS TRES MOSQUETEROS»)

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Reservados todos los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

VEINTE AÑOS DESPUÉS

(Segunda parte de LOS TRES MOSQUETEROS)

Melodrama en un prólogo y 6 actos, dividido en 10 cuadros, basado en la famosa novela de

ALEJANDRO DUMAS (padre)

y escrita en prosa por

AGUSTÍN MUNDET ÁLVAREZ

Representado con gran éxito en los principales teatros de América

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21, Calle de San Pablo, 21

1915

TITULOS DE LOS CUADROS

I. — LAS MEMORIAS DE UNA NOCHE MALDITA.

II. — EL PUÑAL DE MORDAUNT.

III. — EL VENGADOR.

IV. — EL DIQUE DE BOLONIA.

V. — LA EXPLOSIÓN.

VI. — ¡EN ALTA MAR!

VII. — LA DIPLOMACIA DE CROMWELL.

VIII. — LA TRAICIÓN.

IX. — LA EJECUCIÓN DE CARLOS I.

X. — EL ENMASCARADO.

PERSONAJES

Enriqueta de Francia.
Sinforosa.
La hija del rey (niña).
Artagnan.
Athos.
Porthos.
Aramis.
Mordaunt.
Lord de Winter.
Carlos Stuardo.
El desconocido.
Cromwell.
Grimaud.
Bonifacio.
Max.
Coronel.
Sargento.
Centinela.
Doctor.
Criado.
Una voz.
El hijo del rey (niño).

Soldados del rey, coraceros, soldados escoceses, pueblo.

Derecha e izquierda, las del actor.

PROLOGO

PERSONAJES

SINFOROSA.
MORDAUNT.
LORD DE WINTER.
EL DESCONOCIDO.
GRIMAUD.
BONIFACIO.
SARGENTO.
UNA VOZ.
DOCTOR.
Soldados y pueblo.

CUADRO I

Las memorias de una noche maldita

Espaciosa habitación. Una puerta en primer término derecha. Una escalera practicable en el foro. A la izquierda, segundo término, una ventana. En el ángulo de la izquierda, una gran puerta de entrada. En primer término derecha, una larga mesa, y delante de ella una silla de baqueta. Algunas sillas diseminadas por la escena, bancos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

DESCONOCIDO, BONIFACIO y SINFOROSA. Luego, SARGENTO con soldados, y por último, MORDAUNT. El desconocido, sentado a la mesa.

BONIFACIO ¿Qué deseáis?
DESCONO. Pan y vino.
BONIFACIO En seguida. (Llamando desde la ventana.) ¡Pataud!
VOZ (Desde fuera.) ¿Qué hay?

BONIFACIO Arregla el mulo de su reverencia.

VOZ (Desde fuera.) Voy.

DESCONO. ¿Tenéis un monje en vuestra casa?

BONIFACIO Sí, señor. (Llaman a la ventana.)

SARGENTO ¡Eh! ¡Hostelero! (Fuera.)

SINFORO. Llaman. Abre.

BONIFACIO Voy. (Abre la puerta. El sargento entra resueltamente con veinte soldados.) ¿Qué deseáis, señor?

SARGENTO ¿Podéis decirme algo acerca del ejército español?

BONIFACIO ¡Esos pícaros! No puede darse cuatro pasos sin tropezar con alguno de ellos.

SARGENTO Lo que buscamos es el cuerpo de ejército. (Mordaunt aparece en la escalera: se para y escucha.)

BONIFACIO El cuerpo de ejército ya es muy distinto.

SARGENTO Escuchad. Somos los enviados del príncipe; los españoles han levantado su cuartel y se ignora su paradero. Cincuenta patrullas marchan a su encuentro en este instante, y hay cien luises de recompensa para el que descubra la marcha cierta del enemigo.

DESCONO. Yo soy quien puede decíroslo.

SARGENTO ¿Vos? (Espectación.)

DESCONO. Sí, yo.

SARGENTO ¿Vos sabéis dónde se encuentra el ejército español?

DESCONO. Lo sé. Ayer atravesó el río de Lys.

SARGENTO ¿Y hacia dónde?

DESCONO. Entre Saint-Venant y Aire.

SARGENTO ¿Por quién va mandado?

DESCONO. Por el archiduque en persona.

SARGENTO ¿De cuántos hombres se compone?

DESCONO. De diez y ocho mil.

SARGENTO ¿Y se dirige?...

DESCONO. A Lens.

SARGENTO Y decid: ¿cómo conocéis todos estos detalles?

DESCONO. Sencillamente. Regresaba de Hazebrouch a Bethune, cuando los españoles me

prendieron y me obligaron a servirles de guía. A tres leguas de aquí, protegido por la obscuridad, logré fugarme.

SARGENTO ¿Podemos fiar en lo que acabáis de decirnos?

DESCONO. Yo digo siempre la verdad.

SARGENTO ¿Vuestro nombre? (Disponiéndose a escribirlo.)

DESCONO. ¿Mi nombre? ¿Para qué?

SARGENTO Para recompensaros si vuestros datos resultan ciertos.

DESCONO. ¡Inútil!

SARGENTO ¿Cómo inútil?

DESCONO. Yo digo siempre gratis la verdad. Por el dinero sólo se miente. He dicho la verdad; nada me debéis.

SARGENTO Bien. Bebamos a la salud del general en jefe del ejército francés. (Bonifacio reparte vasos y va escanciando vino.) Bebed. (Presentando un vaso al desconocido.)

DESCONO. No, gracias. (Rechazando.)

SARGENTO ¿Y por qué? (Los soldados beben.)

DESCONO. ¿Por qué? Porque vos no me conocéis, y si algun día me conocierais bien podríais arrepentiros. ¡Bah! Proseguid vuestro camino y apresuraos a llevar al príncipe la fausta nueva.

SARGENTO Tenéis razón. Dadme vuestra mano.

DESCONO. ¡Mi mano! Sería demasiado honor para mí.

SARGENTO (¡Singular personaje!) ¡Vamos, en marcha! (Sale con los soldados.)

ESCENA II

DESCONOCIDO, BONIFACIO, SINFOROSA y MORDAUNT, vestido de fraile.

MORDA. (Tiene razón. ¡Singular personaje!...)

SINFORO. ¿Qué deseáis, reverendo?

MORDA. Ahora, una lámpara..., después, mi mulo.

SINFORO. Está a punto de ensillar.

MORDA. Bien. (Al desconocido.) Perdonad, señor: ¿sois de estos alrededores?

DESCONO. Soy de Bethune.

MORDA. ¿Cuánto hay de Bethune a Liniers? ¿Queréis decírmelo?

DESCONO. Tres leguas.

MORDA. ¿Y de Bethune a Armentiers?

DESCONO. Siete.

MORDA. ¿Habéis recorrido ese camino?

DESCONO. Muchas veces.

MORDA. ¿Es peligroso?

DESCONO. ¿En qué sentido?

MORDA. Me refiero a la seguridad del caminante.

DESCONO. A menos que sea en tiempo de guerra, como ahora, por ejemplo, el camino es completamente seguro.

MORDA. (Me lo figuraba... Sólo una venganza...)

ESCENA III

Dichos y LORD DE WINTER.

WINTER ¡Ah de casa!

BONIFACIO A la orden de vuestra señoría.

MORDA. (Levantando la cabeza.) (¡Qué veo!)

WINTER ¿Queréis decirme qué lugar es éste?

BONIFACIO Pernes, señoría.

MORDA. (¡Es él! No creí que estuviese en Francia.)

BONIFACIO ¿Vuestra señoría quiere cenar?

WINTER No; únicamente deseo algunos datos acerca del camino.

DESCONO. (Esa cara..., esa voz...)

BONIFACIO Estoy a vuestro servicio, señoría.

WINTER Para Doulens, ¿qué camino es el mejor?

BONIFACIO El de París, aunque no os aconsejo que lo toméis, porque está infestado de partidas españolas. Cuando menos, esperad a que amanezca.

WINTER Imposible. Es preciso que siga mi camino esta misma noche. ¿Queréis servirme de guía?

SINFORO. (Aproximándose.) ¡Oh, no, señoría!

WINTER ¿Y por qué no, buena mujer? Pagaré espléndidamente.

SINFORO. No, señoría: por todo el oro del mundo no le dejaría partir.

WINTER Ya que no os tienta el dinero, os hablaré en nombre de la humanidad. El que me sirva de guía, ayudándome a llegar pronto a París, prestará un inmenso servicio a una persona que está en peligro de muerte.

DESCONO. (Levantándose.) Siendo cierto lo que decís, señor, os ruego que me aceptéis por guía.

WINTER ¿Vos?

DESCONO. Sí, yo. ¿Aceptáis, señor?

WINTER Sí, ciertamente, y a vuestra vez, tomad, amigo. (Dándole dinero.)

DESCONO. Gracias, señor; yo presto mis servicios, no los vendo.

WINTER Sin embargo...

DESCONO. Cada uno impone sus condiciones. Estas son las mías.

WINTER (Es singular. Creo haber visto a este hombre alguna vez.)

DESCONO. (¡No me equivocaba! ¡Él es!)

WINTER (A Bonifacio.) Buen amigo, tomad una guinea y cumplid exactamente lo que voy a deciros.

BONIFACIO Soy todo oídos, señoría.

WINTER Un hombre me espera en Doulens, pero, como me he retrasado, es muy posible que se llegue aquí en mi busca.

BONIFACIO ¿Cómo le reconoceré?

WINTER Traje de lacayo; treinta y cinco a cuarenta años; pelo y barba negros; silencioso como una piedra. Responde al nombre de Grimaud.

BONIFACIO Bien, señoría. ¿Por quién preguntará?

WINTER Por lord de Winter.

DESCONO. (¡Él es! ¡Él es!)

MORDA. (¡Lord de Winter! ¡Él!)

BONIFACIO ¿Qué he de decirle?

WINTER Que me encontrará en París, en mi antiguo alojamiento de la plaza Real. (Al desconocido.) ¿Vamos, buen amigo?

DESCONO. Vamos, señor. No será ésta la primera vez que os sirva de guía.

WINTER ¿Cómo?

DESCONO. Recordad la noche del ventidós de octubre...

WINTER ¿De mil seiscientos treinta y seis?... (Todo esto muy rápido.)

DESCONO. Camino de Bethune a Armentiers...

WINTER ¡Silencio! Os reconozco. Venid, venid. (Salen por la gran puerta de entrada. Bonifacio les acompaña.)

ESCENA IV

MORDAUNT y SINFOROSA.

MORDA. (Levantándose.) La noche del veintidós de octubre..., el camino de Bethune a Armentiers... ¡Extraña coincidencia!... ¡El veintidós de octubre! ¡El mes en que murió mi madre! ¡El camino de Bethune a Armentiers! ¡Precisamente el lugar en donde desapareció! (Como indeciso.) ¡Ah! Si la casualidad hiciera más que todas las pesquisas... Sí; es necesario que siga a ese hombre... ¡Mi mulo, mi mulo! (Gritando.)

SINFORO. ¿Mandáis, señor?

MORDA. ¿Mi mulo está dispuesto?

SINFORO. Está en la puerta.

MORDA. Adiós. (Sale precipitadamente.)

SINFORO. Él os guarde.

ESCENA V

SINFOROSA. Después, GRIMAUD y BONIFACIO.

SINFORO. Es un monje bien original. (Suena a lo lejos una descarga.) ¡Una descarga!... ¡La gue-

rra!... ¡Pobres franceses!... (Se suceden varias descargas ruidosísimas.) ¡Ay! (Grimaud entra por la puerta izquierda. Sinforosa saluda y dice:) Señor... (Grimaud saluda.) ¿Por dónde habéis entrado? (Grimaud señala la puerta izquierda.) ¿Por la puerta? ¿Habéis llegado a pie? (Grimaud hace un signo negativo.) ¿A caballo? (Grimaud hace signo afirmativo.) ¿Queréis que entremos vuestro caballo al establo? (Grimaud hace un signo negativo.) Entonces, ¿qué queréis? (Grimaud hace ademán de que desea beber.) Comprendo. (Saca una botella de vino y un vaso y dice aparte:) (¡Pobre hombre! ¡Es mudo!)

BONIFACIO (Aparece por la gran puerta de entrada y oye las últimas palabras de Sinforosa.) ¿Mudo? (Fijándose.) Si se parece al hombre que me han indicado. (Dirigiéndose a Grimaud.) ¡Eh, amigo! (Grimaud levanta la cabeza.) ¿Buscáis a alguien? (Grimaud hace signo afirmativo.) ¿A un extranjero? (Grimaud vuelve a afirmar.) ¿Un inglés? (Grimaud afirma de nuevo.) ¿Que se llama lord de Winter?

GRIMAUD Sí.

SINFORO. (¡Zape! El mudo que habla.)

BONIFACIO ¿Y os llamáis?

GRIMAUD Grimaud.

BONIFACIO Pues bien, señor Grimaud, la persona que esperabais en Doulens...

GRIMAUD Sí.

BONIFACIO Acaba de salir con un guía y ha dicho que lo encontraríais en París, en su antiguo alojamiento de la plaza Real.

GRIMAUD Bien.

BONIFACIO Entonces, ya que vuestra comisión está cumplida, ¿os quedáis?

GRIMAUD Sí.

BONIFACIO ¿Habéis cenado?

GRIMAUD No.

BONIFACIO ¿Vais a cenar y a dormir aquí?

GRIMAUD Sí.

BONIFACIO ¿Y pensáis salir?

GRIMAUD Mañana.

BONIFACIO Perfectamente. (Llaman violentamente a la puerta de entrada.)

ESCENA VI

Dichos. UNA VOZ y EL DESCONOCIDO.

SINFORO. ¿Quién llama?

VOZ (Fuera.) Abrid, abrid. ¡Son los vecinos que traen un hombre herido!

DESCONO. (Desde fuera.) ¡Sí, soy yo! ¡Abrid pronto, abrid!

SINFORO. ¡Cómo! ¡Ese buen hombre!...

BONIFACIO El que acompañaba al inglés.

SINFORO. ¿Ves como tenía razón al decirte que no salieras?

BONIFACIO ¡Pronto, un cirujano! (A Grimaud.) Señor, vos que tenéis caballo, ¿queréis ir a Saint-Pol y traer un médico?

GRIMAUD ¿Cuántas leguas?

BONIFACIO Una y media.

GRIMAUD Voy. (Sale.)

SINFORO. (Abre la puerta y entran el desconocido apoyado en dos soldados; habrá paisanos, mujeres y soldados. El desconocido se sienta en la silla de baqueta.) ¡Desgraciado! Tendremos que subirle a un dormitorio.

DESCONO. No, aquí, aquí mismo...

BONIFACIO ¿Qué os ha ocurrido, señor?

DESCONO. A doscientos pasos de aquí hemos sido atacados por los españoles. Pero, felizmente, nada le ha sucedido a lord de Winter. (Con voz entrecortada.)

BONIFACIO Tendeos. ¡Eh! ¡Una almohada! ¿Qué puedo hacer para aliviaros, señor?

DESCONO. Nada, la herida es mortal.

BONIFACIO ¿Necesitáis algo?

DESCONO. ¡Agua! Me abrasa la sed.

BONIFACIO Tomad.

DESCONO. Gracias. Decid: ¿podéis ir a buscar un

sacerdote? (Mordaunt aparece en la puerta del foro.)

ESCENA VII

Dichos y MORDAUNT.

SINFORO. (Que ha traído la almohada.) ¡Ay! ¡Reverendo!, venid, venid; el buen Dios os envía.
MORDA. ¿Qué deseáis?
SINFORO. (Mostrándole al herido.) Ved.
DESCONO. ¡Por favor, acercaos, siento que se me va la vida con la sangre.
MORDA. Alejaos.
BONIFACIO Vamos. (Todos se marchan.)

ESCENA VIII

MORDAUNT y EL DESCONOCIDO.

MORDA. Hablad.
DESCONO. ¡Sois muy joven!
MORDA. (Con rudeza.) Los que vestimos hábito no tenemos edad.
DESCONO. ¡Bien! Habladme dulcemente. Tengo necesidad de consuelo en mis últimos instantes.
MORDA. ¿Sufrís mucho?
DESCONO. De alma más que de cuerpo.
MORDA. Hablad.
DESCONO. Ante todo sabed quien soy.
MORDA. Decid.
DESCONO. Soy... ¿No me abandonaréis cuando os lo diga?
MORDA. No temáis.
DESCONO. Soy... el antiguo verdugo de Bethune.
MORDA. (Retrocediendo.) ¡El antiguo verdugo!
DESCONO. ¡No os alejéis de mí! Hace diez años que dejé mi cargo.
MORDA. ¿Abomináis, pues, de él?

DESCONO. Desde hace diez años, sí

MORDA. ¿Y antes?

DESCONO. Mientras daba muerte en nombre de la Ley y de la Justicia mi oficio me permitía dormir tranquilo al amparo de la Justicia y de la Ley, pero desde aquelia horrible noche en que serví de instrumento a una venganza; desde aquella noche...

MORDA. (¿Qué dice este hombre?)

DESCONO. En vano he procurado ahogar mis remordimientos. Durante diez años he conservado en la tierra cuantas existencias he podido en cambio de aquella que arranqué. Cuanto dinero adquirí siendo verdugo lo distribuí entre los pobres, y a pesar de todo, me parece que Dios no me ha perdonado todavía, pues el recuerdo de aquel horrible crimen me persigue constantemente...

MORDA. ¡Un crimen!

DESCONO. ...y siempre se levanta airado ante mí el espectro de aquella mujer.

MORDA. ¿Era una mujer?

DESCONO. ¡Oh! ¡Fué una noche maldita!

MORDA. ¿Qué noche?

DESCONO. La del veinte y dos de octubre.

MORDA. (La fecha que ha citado De Winter... (Pasándose la diestra por la frente.) ¡Justicia de Dios!) ¿Quién era aquella mujer que asesinasteis?

DESCONO. ¿Que asesiné? ¡Vos también! ¡Vos también decís como la voz interior que incesante suena en mis oídos: «¡Asesinada! ¡Asesinada!»

MORDA. Continuad, continuad. Yo nada sé. ¿Cómo ocurrió? Hablad, decidlo todo. No omitáis un solo detalle.

DESCONO. (Incorporándose penosamente.) Aquella noche... un mosquetero del rey me presentó una orden firmada por el cardenal Richelieu. Aquella orden me imponía ciega obediencia al portador.

MORDA. Continuad.

DESCONO. Le seguí; se nos agregaron cuatro caballeros y juntos llegamos a una cabaña. Un lacayo guardaba la puerta. «¿Está allí dentro?» preguntó el mosquetero. «Sí» respondió el lacayo.

MORDA. Proseguid.

DESCONO. Entonces el mosquetero me hizo mirar a través de la ventana. En la habitación vi una mujer. «Esa es la que debes ejecutar», me dijo.

MORDA. ¿Y obedecisteis?

DESCONO. Iba a rehusar, cuando de golpe...

MORDA. ¿Qué?

DESCONO. Reconocí a la mujer aquella.

MORDA. ¿Vos?

DESCONO. Sí, yo: era la misma que cuando joven había seducido a mi pobre hermano.

MORDA. Continuad.

DESCONO. Bien sé que debí perdonarla, tal es la ley de Dios; pero el odio ahogó en mí la piedad y me parecía escuchar la voz de mi hermano que me gritaba: «¡Venganza! ¡Venganza!»

MORDA. Continuad, continuad.

DESCONO. Entonces, el mosquetero hundió la ventana de un puñetazo. Dos de aquellos hombres entraron por ella..., los otros tres por la puerta. Al verlos, aquella mujer quedó aterrada.

MORDA. ¡Esto es horrible!

DESCONO. Muy horrible, ¿no es verdad? Pero, esperad, esperad. Entonces cada uno le dirigió un cargo. Este, el asesinato de su propio marido; aquél, el envenenamiento de su amada; el otro..., y este otro era yo..., la deshonra y la muerte de su hermano. Después, todos a un tiempo, a una sola voz sombría y terrible, pronunciamos la sentencia de muerte, y yo...

MORDA. ¿Y vos?

DESCONO. Y yo, que la había condenado con los

otros, yo... ¡yo mismo me encargué de ejecutarla!

MORDA. (Levantándose.) ¡Asesino!

DESCONO. Os juro que pensé obrar con justicia.

MORDA. Y ni súplicas, ni lágrimas..., porque sin duda la mujer lloraría..., ni belleza, ni juventud..., porque era joven y bella, ¿no es verdad?..., ¿nada, nada logró conmoveros?

DESCONO. Nada. ¡Creía ver en ella al diablo mismo en forma de mujer!

MORDA. ¡Sí, ya no hay duda! (Entorna la puerta y coloca una silla delante.)

DESCONO. ¿Os apartáis de mí? ¿Me abandonáis?

MORDA. (Con sarcasmo.) No, no temáis, estad tranquilo. Vedme aquí. Responded, pero sin ocultarme nada; contad que sólo la franqueza de vuestras declaraciones puede llamar sobre vos la misericordia del cielo. Aquellos cinco hombres, aquellos cinco miserables, aquellos cinco asesinos, ¿quiénes eran?

DESCONO. Ignoro sus nombres. Nunca los he sabido. Sólo os puedo decir que llevaban uniforme de mosquetero.

MORDA. ¿Todos?

DESCONO. No, uno vestía como gran señor; pero aquél no era francés, era...

MORDA. ¿Qué?

DESCONO. Era inglés.

MORDA. ¿Y se llamaba?

DESCONO. He olvidado su nombre.

MORDA. Pues yo te lo recordaré: se llamaba lord de Winter.

DESCONO. ¡Ah! ¿Qué decís?

MORDA. Digo que se llamaba lord de Winter; digo que ha estado aquí no hace mucho; digo que es aquel a quien has servido de guía.

DESCONO. ¡Ah! ¿Cómo sabéis eso?

MORDA. Ahora, el nombre de aquella mujer.

DESCONO. ¡Ah! ¡Me siento morir!...

MORDA. No morirás sin haberme dicho su nombre.

DESCONO. La llamaban Milady...

MORDA. No; su nombre, te digo; ¡su nombre!

DESCONO. ¿Me perdonaréis? Se llamaba... Ana de Breuil.

MORDA. ¡Condenación!

DESCONO. Ya que sabéis el nombre... perdonadme... ¡me muero!...

MORDA. ¡Perdonarte! ¿Tú no sabes quién soy?

DESCONO. ¡Ah! ¿Quién sois, pues?

MORDA. ¡Miserable! ¡Tiembla!... Soy Juan Francisco de Winter.

DESCONO. ¡Ah! ¡De Winter! ¿Y aquella mujer?...

MORDA. (Con voz ahogada y ademán trágico.) Pues bien..., ¡aquella mujer... era mi madre!

DESCONO. ¡Perdón!..., ¡perdón!...

MORDA. ¡Perdonarte!... Dios tal vez..., ¡yo nunca!

DESCONO. ¡Piedad! ¡Misericordia!

MORDA. Dí, ¿la tuviste tú de aquella desdichada?

DESCONO. ¡Perdón! ¡perdón!

MORDA. ¡Muere maldito; muere desesperado; muere y condénate! (Le clava el puñal en el pecho; en el mismo instante se oyen voces y llaman violentamente a la puerta de entrada.)

VOCES ¡Abrid! ¡Abrid!

MORDA. ¡Ah! ¿Por dónde huir?... ¡Por aquí! (Salta precipitadamente por la ventana.)

ESCENA ÚLTIMA

DESCONOCIDO, espirando; BONIFACIO, SINFOROSA, GRIMAUD, DOCTOR, criados, soldados y vecinos.

GRIMAUD ¿Qué ocurre?

DESCONO. Socorredme..., me muero....

BONIFACIO El fraile. ¿Dónde está el fraile?

DESCONO. Me ha clavado este puñal en el pecho.

TODOS ¡Ah! (Grito general de indignación. Con voz debilitada gradualmente:)

DESCONO. Tenía razón... el fraile, es su hijo.
GRIMAUD ¿Qué hijo?
DESCONO. (Fijándose en Grimaud.) ¡Ah Dios mío!
GRIMAUD ¿Qué?
DESCONO. Vos sois el lacayo que en aquella noche, a la puerta de la cabaña...
GRIMAUD Sí, sí.
DESCONO. Pues bien..., ¡el fraile, es... su hijo!
GRIMAUD ¿El hijo de Milady?
DESCONO. Sí, tomad este puñal, presentadlo a cualquiera de aquellos señores, y decidles cuanto sabéis. ¡Jesús! ¡Misericordia! (Después de corta agonía, espira.)
GRIMAUD ¡Ah! tenéis razón; no hay momento que perder. ¡Corramos! (Va a salir.)
BONIFACIO Bien, ¿y ese hombre?
DOCTOR. ¡Este hombre es un cadáver! (Cuadro. Todos se descubren ante el cadáver dél desconocido.)

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

PERSONAJES

MORDAUNT. PORTHOS.
ARTAGNAN. ARAMIS.
ATHOS. GRIMAUND.
CRIADO.

CUADRO II

El puñal de Mordaunt

Habitación de mediano fondo. Puerta de entrada en primer término derecha. En primer término izquierda, otra puerta. En segundo ídem, un armario con cristales y cortinillas, y delante de él, una mesa. En el fondo y hacia la derecha, una gran ventana encristalada. Sillas diseminadas por la escena, etc., etc. Durante el curso del acto los relámpagos iluminarán a intervalos la escena y se irá percibiendo, gradualmente, el fragor de la tormenta, que estalla al final.

ESCENA PRIMERA

ARTAGNAN, CRIADO. En seguida, PORTHOS. El criado coloca los botellas de vino sobre la mesa.

ARTAGNAN (Escuchando desde la puerta primer término derecha.) El ruido de la escalera me indica el paso y el peso de Porthos. (Llaman bruscamente a la puerta.)

CRIADO ¡Ya va!

ARTAGNAN (Vuelven a llamar con mayor violencia.) Abre.
CRIADO Van a hundir la puerta.
PORTHOS (Desde fuera.) ¿No se abre a los amigos?
ARTAGNAN ¡La voz de Porthos! ¡Oh, casualidad! (El criado abre.)

ESCENA II

Dichos y PORTHOS.

ARTAGNAN Porthos en carne y hueso. (Le abraza.) Bendigo la casualidad...
PORTHOS ¿La casualidad? ¿Y vuestra carta?
ARTAGNAN ¿Cómo mi carta?
PORTHOS Sin duda; tomad. (Le da una carta.) Creo que es para mí. «Señor Duvallon de Bracieux de Pierrefonds.»
ARTAGNAN Verdaderamente. (Lee.) «Acudid el veinte de octubre de mil seiscientos cuarenta y ocho al hotel Chevrette, calle Tiquetonne. en París, que es la morada del compañero Artagnan, quien quedará encantado de vos.»
PORTHOS Así dice y aquí estoy.
ARTAGNAN El caso es que hayáis venido, aunque a la verdad yo no os había escrito. (Al criado.) Mi camarada comerá conmigo.
CRIADO Entonces dos botellas del clarete y otras dos de lo tinto, ¿no es así?
ARTAGNAN Así es. Vé volando. (Vase el criado por primera izquierda.)

ESCENA III

ARTAGNAN y PORTHOS.

ARTAGNAN Mientras llegan los refuerzos, digamos alguna palabra cariñosa a estas simpáticas damas. (Por las botellas.)
PORTHOS Con mucho gusto. (Beben.)

ARTAGNAN ¡Voto a Cribas! Os conserváis admirablemente.

PORTHOS (Suspirando.) Sí; la salud es buena.

ARTAGNAN ¿Tan fuerte como siempre?

PORTHOS Más que nunca. Imaginad que en mi castillo de Pierrefonds hay una biblioteca...

ARTAGNAN ¿Y qué tiene que ver eso con vuestra fuerza?

PORTHOS Esperad; en mi bibloteca hay un libro.

ARTAGNAN ¿Sólo uno?

PORTHOS Hay seis mil libros, uno de ellos muy interesante, que trata de Hércules y de las hazañas de Milón de Crotonia; pues bien, para distraerme, he hecho todo lo que Milon hacía.

ARTAGNAN ¿Habéis derribado un buey de un puñatazo?

PORTHOS Sí. (Suspira.)

ARTAGNAN ¿Y habéis dado quinientos pasos con el buey sobre vuestros hombros?

PORTHOS Seiscientos.

ARTAGNAN ¿Y os lo habéis comido en un día?

PORTHOS Todo; menos...

ARTAGNAN ¿Menos los huesos?

PORTHOS Menos los cuernos.

ARTAGNAN ¡Ya!

PORTHOS Sólo una cosa no he podido hacer. Dicen que Milón ceñía su frente con una cuerda y la rompía contrayendo los músculos.

ARTAGNAN (Con malicia.) ¡Es que no tenéis la fuerza en la cabeza!

PORTHOS Es verdad. Mi fuerza está en mis brazos.

ARTAGNAN ¡Qué dichoso sois! Rico, lleno de salud, rebosando energía...

PORTHOS (Suspirando.) Sí; soy feliz.

ARTAGNAN Os he oído lanzar tres suspiros y eso me hace sospechar que alguna pena os aflige. ¿Qué diablo tenéis?

PORTHOS No tengo ningún diablo. Lo que me falta es algo que he ambicionado siempre. Vos sois caballero; Athos, conde; Aramis...

ARTAGNAN Y vos querríais ser barón, ¿no es eso?
PORTHOS (Suspira.) ¡Ah!
ARTAGNAN (Arrojando el título sobre la mesa.) Pues bien; ¡leed!
PORTHOS ¿Para qué?
ARTAGNAN ¡Leed, con mil de a caballo!
PORTHOS (Leyendo.) «Orden real que concede el título de barón al señor de Pierrefonds.»
ARTAGNAN ¡Barón! Está escrito.
PORTHOS Pero no firmado.
ARTAGNAN La firma vendrá después.
PORTHOS ¿Qué hay que hacer?
ARTAGNAN Dejar vuestro castillo, vestir vuestro antiguo uniforme de mosquetero, y correr aventuras.
PORTHOS ¿Vuelta a guerrear? Está bien; tengo buenos caballos y conservo todos mis avíos de campaña. ¿Cuándo hemos de partir?
ARTAGNAN En seguida tal vez.
PORTHOS Al instante vuelvo. (Medio mutis.) ¿Y, a dónde vamos?
ARTAGNAN Aun no lo sé.
PORTHOS ¡Bah! Pero si no sabéis a dónde vamos, nos perderemos.
ARTAGNAN Estad tranquilo; monseñor Mazarino nos ha ofrecido un guía.
PORTHOS Hasta luego. (Vase resuelto.)

ESCENA IV

ARTAGNAN y CRIADO.

CRIADO (Entrando, anuncia:) El conde de la Fére.
ATHOS (Gritando desde fuera.) ¿No estáis visible, señor de Artagnan?
ARTAGNAN ¡Esa voz!... Entrad.

ESCENA V

DICHOS y ATHOS.

ARTAGNAN ¡Amigo Athos! (Se abrazan.)
ATHOS Querido. ¿No deseabais verme?

ARTAGNAN Sí; pero ese título que nunca os había oído dar...

ATHOS Es uno antiguo de mi familia. Pero si he cambiado de título, no así de corazón. (Se abrazan de nuevo.)

ARTAGNAN Hoy mismo preguntaba por vos a Porthos.

ATHOS ¿Conque ha llegado?

ARTAGNAN ¿Sabíais que había de venir?

ATHOS Lo sabía.

ARTAGNAN ¿Conserváis a Grimaud?

ATHOS Siempre. Ahora viaja.

ARTAGNAN (Sirviendo un vaso.) Bebed entretanto.

ATHOS Gracias, Artagnan; no bebo más que agua.

ARTAGNAN ¡Bah! (Bebe.) ¿Sabéis que iba a proponeros una distracción?

ATHOS ¿Cuál?

ARTAGNAN Volver a nuestra vida aventurera.

ATHOS ¿Yendo a la guerra?

ARTAGNAN Yendo a la guerra.

ATHOS ¿Por quién y contra quién?

ARTAGNAN Por el rey.

ATHOS Entendámonos; si por el rey tomáis a Mazarino, renuncio a vuestra invitación.

ARTAGNAN ¡Diablo! Esto se complica.

ATHOS Ya sabéis que por ese mal ministro, que, según se dice, hasta maltrata a la reina no arriesgo ni un solo cabello.

ARTAGNAN Yo no puedo vivir en la ociosidad, pues no cuento con rentas como vosotros.

ATHOS Ya hablaremos de eso cuando vengan los demás.

ARTAGNAN Ahora comprendo tantas casualidades.

ESCENA VI

Dichos y ARAMIS.

ARAMIS (Entrando.) ¡Mis buenos amigos! (Se saludan.) ¡Qué mujer! La he hallado saliendo de una iglesia.

ARTAGNAN ¿Y la habéis seguido?

ARAMIS Hasta su litera y desde su litera hasta una magnífica escalera de un magnífico hotel. ¡Ay! ¡qué mujer! y, ¡ay! ¡qué recuerdos ha evocado en mi alma!

ATHOS ¡Siempre el mismo!

ESCENA VII

Dichos y PORTHOS.

PORTHOS (Con arreos de guerra.) ¿Será cierto lo que veo?

ARAMIS Buenos días, Porthos.

PORTHOS (Abrazándole.) ¡Querido Aramis!

ARAMIS (Sofocado.) ¡Me ahogáis!

ATHOS (Dando la mano a Porthos.) ¿Partís a las Cruzadas?

PORTHOS A fe que no sé a dónde me llevan.

ARTAGNAN (En voz baja a Porthos.) ¡Silencio! No son de los nuestros.

PORTHOS ¡Bah!

ARAMIS (Bajo a Athos.) ¿Les habéis hablado de los príncipes y del viaje de Winter a París?

ATHOS (Bajo.) Es inútil. Son de Mazarino.

ARAMIS (Bajo.) Obraremos sin ellos.

PORTHOS (Bajo a Artagnan.) ¿Cómo lo haremos sin su ayuda?

ARTAGNAN (Bajo.) No nos hará falta.

CRIADO (Que habrá preparado la mesa.) Señores: la comida está a punto.

PORTHOS Me muero de hambre.

TODOS ¡A la mesa!

ATHOS (Advirtiendo la banda de Artagnan colocada sobre el plato que le destinan.) ¿Qué servilleta es ésta? ¿Por qué la ponen a mi lado?

ARTAGNAN Porque siempre fuisteis el más noble, el más valiente y el más grande de todos nosotros.

ATHOS Entonces, señores, por esta bandera que recuerda las heroicidades de nuestro com-

pañero Artagnan, juremos que si nuestra mala ventura nos condujese a bandos contrarios, a esta sola palabra «Mosqueteros», pasaremos nuestra espada a la mano izquierda, y nos tenderemos la derecha, aunque sea en medio de la más sangrienta batalla.

TODOS ¡Juro!

ATHOS (Sombrío.) ¿Es que no hay entre nosotros más pacto que el de la amistad? ¿No estamos ligados también por el pacto de la sangre?...

ARTAGNAN ¡Dejad el recuerdo de Milady!

ATHOS Que no ós abandona, ¿verdad?

ARTAGNAN Leéis en las conciencias. Pues bien: es verdad; no alcanzo el olvido de aquella terrible noche, ni acierto a explicarme cómo Athos, que era el único de nosotros a quien no había ofendido aquella mujer, fuese quien, más inflexible que todos, pronunció su sentencia de muerte.

ATHOS (Con voz sombría.) ¿Tenéis remordimientos?

ARTAGNAN Remordimientos, no; porque si la hubiésemos perdonado, ella habría conseguido sus criminales fines de destrucción.

ATHOS Sí, es verdad. Cuanto a mi inflexibilidad, la comprenderéis fácilmente.—Escuchad: Tenía yo veinticinco años, era conde y el señor de mi provincia; poseía una gran fortuna, todos los ensueños del amor y de la gloria. Cierto día, en una de mis aldeas hallé una joven de quince abriles, más bella que los amores. Bajo la candidez de sus pocos años adiviné un espíritu ardiente, un alma poética... No cuidé de averiguar su procedencia... Yo era el señor del país... Podía seducirla o elevarla a mi rango... Por desgracia, la hice mi esposa.

ARAMIS ¡Tanto la amabais!

ATHOS Aguardad: la conduje a mi castillo y la

convertí en la primer dama de toda la provincia.

ARTAGNAN Y bien...

ATHOS Y bien, un día advertí con horror que llevaba en su piel el signo infamante de la flor de lis, marcado a fuego. Después supe que había robado con su amante los vasos sagrados de una iglesia. La arrojé de mi lado, se fué a Inglaterra, casó con un rico lord, de quien tuvo un hijo; muerto el lord, ella volvió a Francia: robó en un baile unas joyas de la reina, hizo asesinar a Buckingham por Felton y... perdonadme, querido Artagnan..., envenenó a aquella mujer que os adoraba; la encantadora Constanza Bonacieux.

ARTAGNAN Seguid.

ATHOS Entonces determiné acabar con sus crímenes y mi deshonra.

ARTAGNAN Todo lo comprendo.

PORTHOS También yo.

ARAMIS ¡Bah! Era una infame. Olvidémosla.

ARTAGNAN Afortunadamente no queda rastro alguno de aquella noche. Lord de Winter, nuestro compañero de justicia, no habrá prohijado a su sobrino, que vive en Inglaterra y apenas conoció a su madre... Además, todo se hizo en el silencio de la noche. Todo queda oculto en las sombras del misterio. Nada se sabe ni se podrá saber.

CRIADO (Entra y anuncia.) El enviado de Su Eminencia.

ATHOS ¿Quién será?

PORTHOS, ARAMIS } Veremos.

ARTAGNAN Que pase. (El criado se retira.)

ESCENA VIII

Dichos y MORDAUNT.

MORDA. (En traje de puritano.) El caballero de Artagnan...

ARTAGNAN Yo soy.

MORDA. ¿Lugarteniente de los mosqueteros de su majestad?

ARTAGNAN El mismo.

MORDA. ¿Esperabais algo?

ARTAGNAN Un mensaje de Su Eminencia.

MORDA. Tomad. (Entregando un pliego.)

ARTAGNAN (Leyendo.) «Haced lo que os diga el portador. Respecto al despacho que os entregue, no lo abráis hasta que os encontréis en alta mar.»

MORDA. ¿Habéis leído?

ARTAGNAN Sí.

MORDA. ¿Estáis dispuesto?

ARTAGNAN Sin duda.

MORDA. Entonces, partid inmediatamente con los amigos que prometisteis al cardenal, y el jueves próximo, a las nueve de la noche, esperad con ellos en el puerto de Bolonia.

ARTAGNAN Está bien.

MORDA. Entendido: a las nueve de la noche; no esperaré ni un minuto.

ARTAGNAN Es inútil recomendar la exactitud a un soldado.

MORDA. Adiós, señores. (Los demás saludan con una ligera inclinación de cabeza.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos menos Mordaunt; en seguida, GRIMAUD.

PORTHOS ¿Pero, comemos?

TODOS ¡A la mesa! (Disponiéndose a sentarse a la mesa.)

GRIMAUD (Llama a la puerta y grita desde fuera:) Señor conde de la Fére.

ATHOS Es la voz de Grimaud.

ARTAGNAN Adelante. (Un relámpago vivísimo anuncia la llegada de Grimaud.)

GRIMAUD (Entra azorado y precipitadamente. Se percibe el lejano fragor de la tormenta.) Señores..., señores...

ATHOS ¿Qué tenéis?

ARTAGNAN Estás pálido..., tembloroso.

GRIMAUD Escuchad... ¡El hijo de Milady!...

TODOS ¡Qué! Espectación.)

ATHOS Y bien...

ARTAGNAN ¿Qué dices?... (Todo muy movido y rápido.)

GRIMAUD Digo, señor de Artagnan, que el hijo de Milady ha dejado Inglaterra, y es probable que a estas horas se encuentre ya en París; digo que conoce la historia completa de su madre, porque, disfrazado de fraile, ha sido confesor del verdugo de de Bethune.

ARTAGNAN ¡Maldición!

ATHOS ¡Fatalidad!

PORTHOS, ARAMIS ¡Ah! ¿Qué dice? (Todo rapidísimo.)

GRIMAUD (Mostrando un puñal.) Aquí tenéis el puñal, húmedo todavía, que aquel miserable hundió en el pecho del verdugo. (Fuera retumba el trueno y se suceden los relámpagos, que iluminan siniestramente la escena.)

ARTAGNAN Dadme ese puñal. Compañeros, todo se ha descubierto... Estamos al borde del abismo... (Suena un trueno formidable.) Oid, la tempestad arrecia... La tierra se estremece bajo nuestros pies y amenaza tragarnos... Pero no hay que temblar: ahora, con mayores energías que nunca, debemos correr al exterminio de ese cachorro, fruto maldito de aquella hiena. ¡Mosqueteros, a la lucha!

TODOS ¡A la lucha! (Se dirigen a la puerta de la derecha. Fuera estalla la tempestad.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PERSONAJES

ENRIQUETA DE FRANCIA.
MORDAUNT.
ATHOS.
ARAMIS.
LORD DE WINTER.
CRIADO.

CUADRO III

El vengador

Rico salón de la época. Gran puerta al foro, cubierta de rico tapiz. Segundo término derecha, una ventana. Primer término derecha, una puerta con tapiz. Puertas a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

WINTER y ATHOS.

WINTER Decíais, conde...
ATHOS Que Grimaud le vió expirar.
WINTER ¿Entonces lo sabe todo?
ATHOS Todo, menos nuestros nombres.
WINTER ¡Ay! respiro. Y, decid, ¿cómo es que ha salido de Inglaterra?
ATHOS Se ignora. ¿No sabéis lo que allí hacía?
WINTER Sólo sé que es uno de los más ardientes sectarios de Oliverio Cromwell.
ATHOS ¿No eran católicos sus padres?
WINTER El rey le declaró bastardo, despojándole de sus bienes y de su nombre, y él, para

vengarse de Carlos I, se ha puesto al servicio de Cromwell.

ATHOS ¿Bajo qué nombre?

WINTER Mordaunt.

ATHOS Mordaunt. No se me olvidará.

WINTER Una palabra. ¿Contáis aún como amigos a los señores Porthos y Aramis?

ATHOS Añadid Artagnan, milord, pues éramos cuatro. Pero en esta partida no somos más que Aramis y yo.

WINTER ¿Y le habéis prevenido?

ATHOS Vedlo: aquí está.

ESCENA II

Dichos y ARAMIS

ARAMIS (Entrando por el foro.) Sed con Dios, señores.

ATHOS ¡Hola, amigo!

WINTER Buenos días, caballero; llegáis a maravilla, pues quisiera presentaros a la reina de Inglaterra. (Dirigiéndose a Aramis y a Athos.)

ARAMIS ¿A la reina de Inglaterra?

ATHOS Perdón, milord; yo no conozco a su majestad más que por sus desgracias allá abajo y su destierro aquí.

WINTER Pero yo os conozco a los dos, y he prometido presentaros.

ATHOS Siendo como decís, estoy a vuestras órdenes.

ESCENA III

Dichos y CRIADO.

CRIADO Esta carta, milord.

WINTER Espera. (Rompe el sobre y lee.) «Milord: temo que os vean y os espíen; prefiero ir a vuestra casa. Esperadme, pues llegaré

en seguida de este aviso. Vuestra afectísima, Enriqueta.» (Al criado.) Está bien. Vete.

CRIADO Señor: he vuelto a ver el hombre aquel que parece rondar esta casa.

WINTER ¿Sabes quién es?

CRIADO No he podido verle la cara, y deseaba vuestro permiso...

WINTER Vete y procura averiguarlo.

CRIADO Milord... (Después de formular una reverencia, sale, pero vuelve a entrar inmediatamente, diciendo:) Una dama enlutada que desea veros.

WINTER Acompáñala. (Mutis criado.)

ATHOS (¡Una dama!)

ARAMIS (¡Y enlutada!)

ATHOS (Medio mutis.) ¡Quedad con Dios!

ARAMIS (Medio mutis.) Y con la dama negra.

WINTER Perdonadme. (Levantando el tapiz primer término derecha.) Entrad aquí y escuchad la entrevista. Si aceptáis, presentaos; si no aceptáis, permaneced ocultos.

ATHOS Si aceptamos..., si no aceptamos...

ARAMIS (A Athos.) ¿Qué misterio es éste?

ATHOS Ya veremos. (Se ocultan primer término derecha.)

ESCENA IV

WINTER y LA REINA. La reina vestida de negro, en la antecámara, con el velo echado.

WINTER (Abriendo las dos hojas de la puerta.) Entrad, señora. (La reina entra ceremoniosamente. Winter saluda profundamente.)

REINA Dios os guarde, caballero de Winter.

WINTER Siempre a vuestro mandato, señora.

REINA (Levantándose el velo.) Habladme, milord.

WINTER Ante todo, debo entregaros este mensaje. (Dobla la rodilla izquierda ante la reina y le entrega un estuche de oro.)

REINA (Abriendo el estuche y sacando una carta.) Milord, me traéis tres cosas que hace mucho tiem-

po no veía : oro, una carta de mi rey y un amigo verdadero. Alzad, milord. (Dándole la mano.) Gracias, amigo mío.

WINTER (Conduciendo a la reina a un sóberbio sillón.) Sentaos, señora.

REINA (Se sienta y lee.) «Mi esposa y dueña : Desde el campamento de Newcastle, en donde me encuentro con mis bravos escoceses, aguardo tranquilo a los sublevados. Si les venzo, continuaré la guerra ; si soy vencido, habré de solicitar un refugio de Francia. El excelente de Winter, uno de mis más fieles amigos... (Estrecha la mano de Winter.) os explicará lo que no puedo confiar a una carta. Sabéis cuánto os ama vuestro Carlos, todavía rey.» (Recitando.) ¡Dios mío! ¡Que deje de ser rey, que salga vencido, pero que viva ; que mis hijos renuncien al trono de su padre, pero que vivan también! Decid, milord... : ¿tan desesperada es la situación del rey?

WINTER Más de lo que él mismo cree, señora.

REINA ¿Qué hacer?

WINTER Pedir recursos a Mazarino, o cuando menos un refugio en Francia, como os indica el rey.

REINA ¡Ah! Se lo he solicitado, pero en vano ; nuestra presencia es odiosa a Mazarino, hasta el punto de que nos priva del fuego y aun del pan.

WINTER ¡Eterno baldón! ¡La hija de Enrique IV muriendo en Francia de hambre y de frío!... (Pausa.)

REINA (Sollozando.) Lord de Winter, no hay otro recurso ; debo marchar a Inglaterra para salvar a mi esposo, si es posible, o morir con él.

WINTER ¡Ah, señora! precisamente lo que más teme el monarca es vuestro peligro.

REINA ¿Acaso ignora el rey que la incertidumbre es el mayor de los sufrimientos? Las fatigas, las privaciones, ya sabéis

que estoy acostumbrada a soportarlas. Vivir lejos de mi señor y dueño, ya es superior a mis fuerzas.

WINTER Pero nuestro rey ordena que permanezcáis en Francia.

REINA No hablemos ya de eso, milord; no quiero poneros entre la deferencia que debéis a vuestra reina y el acatamiento a nuestro monarca. Hablemos de vos. ¿No os trae a Francia otro objeto que el de entregarme el mensaje?

WINTER Sí, señora. Conocí en Francia hace ya tiempo a cuatro gentileshombres, y...

REINA (Tristemente.) ¡Cuatro gentileshombres! ¡Pobre recurso para un rey que está a punto de perder su corona!

WINTER ¡Ah! señora, si dispusiera de los cuatro respondería del éxito. ¿No habéis oído hablar de cuatro mosqueteros que defendieron a la reina Ana de Austria contra el cardenal Richelieu?

REINA Sí; es una tradición de la corte.

WINTER Si os contase todas las hazañas de aquellos héroes, imaginaríais que os leía un capítulo de Ariosto o un canto del Tasso. ¡Lástima que de ellos sólo queden dos!

REINA ¿Murieron los demás?

WINTER Peor que eso, señora: los otros dos están a las órdenes de Mazarino, y temo que se nieguen a ser vuestros aliados.

ESCENA V

Dichos, ATHOS y ARAMIS. Athos y Aramis salen del despacho donde estaban ocultos.

ATHOS Milord, decid a su majestad, que por tan noble causa iremos hasta el confín del mundo.

REINA ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Nos escuchaban!

WINTER Sí, pero ya veis, señora, que todo se podía hablar delante de ellos.

REINA — Gracias, buenos señores, gracias. (Dirigiéndose a Winter.) Milord, decidme el nombre de esos bravos caballeros.

WINTER — El conde de la Fére. (Presentando a Athos.) El caballero de Herblay. (Por Aramis.)

REINA — Siempre os llevaré en mi memoria y en mi corazón.

ATHOS, ARAMIS — Señora... (Inclinándose marcadamente.)

ATHOS — Si la vida de tres hombres puede rescatar la de vuestro esposo, disponed de la nuestra.

REINA — (Enternecida.) ¡Alma noble y generosa! (A Aramis.) ¿Pero vos, señor, tenéis también, como el conde la Fére, compasión de tanta desventura?

ARAMIS — Yo, señora, siempre sigo al señor de la Fére sin preguntarle dónde, pero cuando se trata de vuestra majestad, no le sigo, señora..., le precedo.

REINA — (Se enjuga una lágrima.) Si os ponéis al servicio de una princesa que el mundo entero abandona; si, nobles y generosos, servís esa gran causa de Carlos I, partid a Inglaterra, juntaos al rey, sed sus amigos y no le abandonéis nunca.

ARAMIS — Señora, esperad de nosotros todos los sacrificios compatibles con nuestras fuerzas.

REINA — Mi alma os está agradecida.

WINTER — ¿Desea vuestra majestad que la acompañe?

REINA — No: podríais ser reconocido.

ATHOS — Pero nosotros, señora, no corremos el mismo peligro y...

REINA — Tengo mi litera.

ATHOS — Entonces seguiremos humildemente, y de lejos, la litera de vuestra majestad.

REINA — Adiós, conde; decidle al rey que mis días son un largo martirio, mis noches un interminable insomnio, mi vida, una eterna

plegaria, pero que cuando Dios nos una en la tierra o en el cielo... todo será olvidado. Adiós. (Saluda aristocráticamente, después se echa el velo y sale por la puerta del foro. Athos y Aramis siguen a la reina.)

ESCENA ÚLTIMA

WINTER. En seguida, MORDAUNT.

WINTER (Mirando a través de la ventana.) ¡Pobre reina! (Mordaunt entra sigilosamente y queda con los brazos cruzados en el dintel de la puerta del foro. De Winter apártase de la ventana, y viendo a Mordaunt:) ¿Quién está ahí? ¿Qué deseáis?...

MORDA. ¡Oh! ¿No me reconocéis acaso?

WINTER Sí, y la mejor prueba es que os repetiré en París lo que os dije en Londres: vuestra persecución me fastidia; retiraos, o de lo contrario llamaré a mis gentes.

MORDA. (Con sarcasmo.) ¡Ah! ¡Querido tío!

WINTER Yo no soy vuestro tío; yo no os conozco.

MORDA. Llamad, si así lo queréis, a vuestra gente, pero yo os juro que no me echaréis de París como me echasteis de Londres, y en cuanto a negar que soy vuestro sobrino, no lo intentaréis, cuando os haya dicho: «conozco ciertas cosas que ignoraba hace un año».

WINTER ¿Y qué me importa lo que vos sepáis?

MORDA. Estoy seguro de que os importa, y vais a convenceros. Cuando tuve el honor de presentarme por primera vez, era con objeto de que me dijerais dónde estaban mis bienes; y hoy, que por segunda vez me presento, es para preguntaros quién ha manchado mi nombre; y deciros, como Dios dijo al primer monstruo: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?» Milord, ¿qué habéis hecho de vuestra hermana?

WINTER ¿De vuestra madre?

MORDA. ¡Sí, de mi madre!

WINTER Pregúntalo al infierno, desgraciado; él te contestará..

MORDA. (Adelantándose amenazador hacia Winter.) Lo pregunté al verdugo de Bethune y me contestó. ¿Comprendéis ahora? Con esta revelación todo se explica; con esta llave se abre el abismo. Mi madre había heredado de su marido y vos la asesinasteis; mi nombre me aseguraba el bien paternal, vos me lo habéis degradado. No me extraña, pues, que no me reconozcáis. (Con voz terrible.) ¡Expoliador!

WINTER ¡Ah! ¡Callad! (Conteniéndose.) Queréis penetrar este horrible secreto..., pues bien, sea; ¡sabed quién era esa mujer de la cual me venís a pedir cuenta! Esa mujer había envenenado a mi hermano, y para heredar mi fortuna quería asesinarme. ¿Qué decís a esto?

MORDA. Digo que era mi madre.

WINTER Ella hizo apuñalar por un hombre, que antes era bueno y justo, al desgraciado duque de Buckingham. ¿Qué diréis de este crimen, cuyas pruebas guardo?

MORDA. Diré que era mi madre.

WINTER Cuando regresó a Francia, después de este asesinato, hizo envenenar a Constanza Bonacieux, en el convento de las Agustinas de Bethune. ¿Este crimen, os persuadirá de que era justo el castigo?

MORDA. Era mi madre.

WINTER En fin: hija perversa, esposa adúltera, hermana desnaturalizada, homicida, envenenadora, execrable y sacrílega, odiada de cuantos la conocieron, murió maldita del cielo y de la tierra. ¡Ved, ved quién era aquella mujer!

MORDA. (Con voz y ademán terribles.) ¡Era mi madre! Y éscuchad, milord: vuestro asesinato, que me ha envilecido, dejándome sin nombre y sin fortuna, que me ha corrompido el

alma y me ha hecho implacable, oidlo bien : os costará la vida a vos y a vuestros cómplices, sin perdonar al rey Carlos I.

WINTER ¡ Tigre ! ¡ Sois digno hijo de aquella hembra !

MORDA. (Grave.) No temáis por ahora. Necesito conocer a los demás, y, entonces, sí ; entonces temblad, temblad todos, pues caeréis al golpe de mi puñal, como cayó el verdugo de Bethune. El espectro de Ana de Breuil, mi madre, clama venganza... Lord de Winter, ¡ yo soy el vengador !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

PERSONAJES

ENRIQUETA DE FRANCIA
MORDAUNT.
ARTAGNAN.
ATHOS.
PORTHOS.
ARAMIS.
LORD DE WINTER.
MAX.
GRIMAUD.
UN ACOMPAÑANTE.—No habla.

CUADRO IV

El dique de Bolonia

Aparece en primer término una vivienda de pescadores; en tercer término el breack «Parlamento». Al fondo, a la derecha, anclado, el falucho «Relámpago». A la izquierda, una escalera que conduce al faro.

ESCENA PRIMERA

MORDAUNT.

(Paseándose agitado por la escena.) Alguien se aproxima... No, no son ellos. (Vuelve a pasearse impaciente.)

ESCENA II

MORDAUNT, ATHOS, ARAMIS y GRIMAUD. Los tres últimos atraviesan la escena y se paran.

ARAMIS ¿Qué decís de ese barco?
ATHOS Que está a punto de levar anclas; pero no

es el nuestro, pues de Winter nos ha dicho que era un falucho.

MORDA. (¿Quién ha dicho de Winter?)

ARAMIS Silencio. Ved allí un hombre que parece escucharnos.

ATHOS Nada hemos dicho que no pueda oirse.

ARAMIS Se acerca.

MORDA. Perdón, señores: si no me equivoco, creo haber tenido la honra de veros, hace poco, en París... en casa del señor Artagnan.

ATHOS ¡Ahora recuerdo!

ARAMIS También yo. Excusadnos.

MORDA. ¿Podríais decirme si el señor de Artagnan está aún en París?

ARAMIS Le dejamos allí hace tres días.

MORDA. ¿No os habló de un viaje que pensaba emprender?

ARAMIS Nada nos dijo.

MORDA. Perdonad, señores, y os agradezco la amabilidad... (Saluda y se va.)

ESCENA III

ATHOS, ARAMIS y GRIMAUD.

ARAMIS ¿Qué decís del preguntón?

ATHOS Que es algún provinciano aburrido.

ARAMIS O algún espía.

ATHOS Se ha parado cuando pronunciasteis el nombre de Winter.

ARAMIS Voy a su encuentro y...

ATHOS Una querella en tales momentos podría perjudicarnos. Además, he reconocido perfectamente al mensajero que entregó a nuestro amigo Artagnan la orden de Mazarino; pero quería verle detenidamente. Pues bien; aunque me toméis por el más miedoso visionario, ese mancebo se parece a una mujer...

ARAMIS (Rápido.) No son visiones; se parece extraordinariamente. No hay duda, es él; ¿y no le habéis aniquilado?

ATHOS Podríamos equivocarnos, y además, ningún mal nos ha hecho.

ARAMIS Siempre el mismo, Athos; casi un niño en fuerza de ser grande y noble. ¿No recordáis qué clase de bicho es ese joven?

ATHOS Silencio... De Winter llega...

ARAMIS El debe de conocerle. Si le dijéramos lo ocurrido...

ATHOS Pareceríamos muchachos miedosos. (Se hace de noche.)

ESCENA IV

Dichos y DE WINTER.

WINTER (Saludándose.) ¿Partiremos en seguida?

ATHOS Cuando dispongáis.

WINTER (Al pasar por el bastión había creído reconocer al cachorro de Milady... ¡Bah! Serán aprensiones mías...) ¿Vamos señores?

ATHOS } ARAMIS } Vamos. (Pasan una palanca y entran en el cuarto cubierta del falucho «Relámpago».)

ESCENA V

MORDAUNT.

¡Ya tengo a dos de los cuatro! La providencia me los ha dado a conocer... ¡Marchad confiados, marchad!...

ESCENA VI

MORDAUNT, ARTAGNAN y PORTHOS.

ARTAGNAN Hétenos llegados al dique de Bolonia.

MORDA. (Estos son los que esperaba.) Señores... (Inclinándose.)

ARTAGNAN } PORTHOS } (Correspondiendo.) Señor...

MORDA. Bien llegados y a punto. (Se oyen las nueve.)

ARTAGNAN Las nueve están dando.

MORDA. ¿Estáis prontos?

ARTAGNAN Al momento. (Pasan la palanca y embarcan en el «Parlamento».)

ESCENA VII

MORDAUNT, que ha vuelto a la escena, LA REINA y ACOMPAÑANTE.

REINA (Vestida de escocesa.) ¿Sois vos el patrón?

MORDA. Soy como si lo fuera.

REINA ¿Podremos embarcarnos mi hermano y yo? Somos Juan y Teresa Parry.

MORDA. Hasta Newcastle solamente.

REINA Bien: allí ya encontraré manera de seguir mi viaje..

MORDA. Pues, entonces, apoyaos en mi brazo. (Ya sé quién eres, reina Enriqueta. ¡Oh! El infierno la pone en mis manos... (La reina toma el brazo de Mordaunt y embarca con el acompañante, que lleva algún envoltorio, en el «Parlamento».)

ESCENA VIII

MAX; en seguida, MORDAUNT.

MAX (Bebido.) Las nueve están al caer... (Tropezando.) ¡Al caer!... Mi lema ha sido, es y será... la exactitud y la rectitud... (Dando traspiés.) ¡la rectitud!... Yo no hago como ese imbécil de Guy, que anda siempre de malos pasos... (Hace eses.) y no acude a la hora... ¡Yo no!... Yo siempre firme en mi puesto... (Tambaleándose.) ¡Siempre firme!

MORDA. (Descendiendo de la embarcación.) Oye, Max...

MAX (Saludando militarmente.) ¡A la orden... mi... ca... ca... ca... pitán!

MORDA. (Con voz dura.) ¿Ya estás así?... ¡Un marinero como tú!...

MAX Pues... por eso: como marinero... voy a la vela.

MORDA. (Con fuerza.) ¡Max, atiéndeme!... Te hablo en nombre de Oliverio Cromwell.

MAX (Se estremece, se pasa la diestra por los ojos, y repentinamente sereno, dice:) ¡Ya pasó la borrasca, señor Mordaunt! ¡Hablad!

MORDA. (¡Se obró el milagro!)

MAX ¿Qué hay que hacer... en servicio de Oliverio Cromwell?

MORDA. (Con misterio.) Dime..., ¿no llevas pertrechos de guerra para el conde de Lowen?

MAX ¿Para el conde de Lowen? (A una mirada imperativa de Mordaunt.) Sí.

MORDA. ¿Conduces mucha pólvora?

MAX Conduzco... vino de Oporto. ¡Cosa buena!

MORDA. (Furioso.) ¡Beodo miserable!... ¿quién te habla del vino?...

MAX ¡Calma, señor Mordaunt!

MORDA. ¿Acabarás?...

MAX Nueve toneles de vino de Oporto llevo en el falucho... Cuatro de ellos están vacíos..., los demás, llenos van que revientan, de pólvora.

MORDA. (Con alegría salvaje.) ¡Ah!...

MAX ¿Qué os parece, señor Mordaunt, de mi vino de Oporto?... ¿Es cosa buena?

MORDA. (Con expresión terrible.) Eres un hombre de mérito, Max. (Confidencialmente.) Escúchame: es imprescindible que la pólvora esa sirva para volar el falucho.

MAX ¡Cuerpo de tiburón! ¿Volar el falucho?

MORDA. En alta mar.

MAX ¿Qué decís, señor Mordaunt?

MORDA. Digo que interesa a la causa de Oliverio Cromwell la desaparición de tres pasajeros que están a bordo de tu falucho; digo que la pérdida de la nave será por Olive-

rio Cromwell magníficamente recompen-
pensada; digo, en fin, que si amas a Cromwell, me obedecerás ciegamente.

MAX ¡Cuerpo de tiburón! ¡Ciegamente, vos lo habéis dicho! ¡Mandad!

MORDA. ¿Cuántos hombres de tripulación?

MAX Contándome yo, cuatro. ¿Hemos de volar nosotros también? ¡Cuerpo de tiburon!

MORDA. Nosotros nos salvaremos.

MAX ¿Y el falucho... volará por los aires?

MORDA. ¡Volará!

MAX ¡Ahora sí que no lo entiendo! ¡Cuerpo de tiburón!

MORDA. Oyeme: a la popa del falucho amarrarás, con fuerte cuerda de cáñamo, una barcaza, que seguirá a remolque. En la barcaza iré yo... Cuando estemos en alta mar, treparé al falucho por una cuerda que cuidarás de echarme. Pondremos mecha a los barriles de... vino de Oporto; tus hombres y tú descenderéis a la barcaza, yo os seguiré en cuanto les haya prendido fuego a las mechas y el falucho proseguirá veloz su camino a través de la niebla densísima que nos proteje. Después..., el vino de Oporto se les subirá a la cabeza a nuestros pasajeros... y los peces celebrarán, con su carne, un espléndido festín.

MAX Muy bien, ¡cuerpo de tiburón! Pero, y nosotros, ¿qué haremos en la barcaza?

MORDA. Tengo el breack «Parlamento» a mi servicio; advierte al patrón que zarpe con nosotros, que no nos pierda de vista, y nos recogerá.

MAX Perfectamente. Pero, ¿y la mecha?...

MORDA. Aquí la traigo... (La muestra.)

MAX (Dirigiéndose al mar.) Señores peces, buena pitanza vamos a serviros esta noche, ¡cuerpo de tiburón! Carne asada... y vino

de Oporto. ¡Ja, ja, ja!... ¿Vamos, señor Mordaunt? (Se dirige al falucho.)

MORDA. (En el breack, la reina; en el falucho, los mosqueteros y mi tío de Winter... ¡Todos en mi poder! ¡Fuego de Dios! ¡El destino favorece mi venganza!

MUTACIÓN

CUADRO V

La explosión

Cámara baja del falucho «Relámpago». A la izquierda, y separados por un tabique, seis toneles rotulados así: "Vino de Oporto". A la derecha, un camastro. Puerta de entrada a la izquierda. Del techo pende, encendido, un farol, propio de la gente de mar.

ESCENA PRIMERA

GRIMAUD, pensativo, en la parte de la derecha. Se escucha la canción del marinero, que se supone cantada sobre cubierta.

MARINERO (Cantando, dentro.)

Marinero, marinero
que navegas por la mar,
sabe Dios si a tu destino,
marinero, arribarás. (Cesa la canción.)

GRIMAUD ¡Solo! Eso quería yo... Díjome el patrón que me acostase confiado... ¡Bien!... Confío... en mi desconfianza... Aquí puedo expansionarme un poco... Pásome el día sin decir pío delante de la gente, justo es que al venirse la noche cacaree en mi soledad. Los tres caballeros se han acostado ya, y durmiendo estarán, de fijo, a pierna suelta... Grimaud, no te duermas tú también... ¡Bueno será que

alguno vele !... Lo que es la falta de costumbre... Por tanto charlar tengo ya el gaznate hecho una ascua... Habrá que remojarlo... Pero ¿y con qué? ¿Con cerveza, con esa bebida denigrante, compuesta con la cebada de que se hartan los pollinos?... No, ¡antes me abraso !... ¡Quién pescara una adorable botella de vino francés... o español !... (Pasa al lado de los toneles y reparando en ellos.) ¿Qué veo?... ¡Toneles ! (Leyendo.) «Vino de Oporto...» ¡También ese vino se deja beber !... Si pudiese proporcionarme unas gotas... ¡No ! Hay un mandamiento que dice: «No codiciarás la hacienda de tu prójimo»... Pero vengamos a cuentas... Ese vino es para los ingleses..., y ¿quién me asegura que un inglés sea mi prójimo? Un inglés es un enemigo, y como ese vino de Oporto es para el inglés, y yo lucho contra el inglés, el vino me pertenece, por derecho de conquista... ¡La cosa está clara como la luz del sol !... Aquí hay una botella vacía... (Tomándola de un rincón.) Si tuviese algo con que barrenar un tonel... ¡Ah, sí !... la pequeña bayoneta de mi pistola... (Saca la pistola y abre la bayoneta que va sujeta al cañón.) Este punzón puede servir perfectamente para el caso... (Llevándose la diestra a la garganta.) ¡Bien te pondrás con el vino de Oporto ! (Se dirige a un tonel, y entre una unión de las duelas introduce el hierro, y después de algún trabajo:) ¡Por fin !... (Aplica la botella, que se llena de pólvora.) ¡Ajajá !... (Con una astillita tapa la abertura.) ¡Ya es mío ! (Se lleva la botella a los labios, pero retirándola:) ¡Cómo huele el condenado ! ¿Qué vino es éste?... (Echa un poco sobre su mano izquierda y después de observar:) ¡Rayo de Dios !... ¡Es pólvora !... ¡Todo un tonel panzudo repleto de pólvora ! (Observando los demás toneles.) Y éste, vacío,

y éste, y éste... y este otro lleno también de lo mismo... ¡Rayo de Dios!... ¿Qué es esto?... ¡Se prepara un crimen contra nosotros! ¡Pretenden achicharrarnos! He ahí por qué Max tenía tanto empeño en que me acostase... ¡Si hice bien en velar!... (Transición.) ¡Ah! Conde de la Fére, lord de Winter, caballero Aramis, Grimaud no se acostó nunca a vuestros pies como un esclavo, como un perro; Grimaud no acarició nunca vuestros oídos con lisonjas rastreras, pero Grimaud os ama, Grimaud vela por vuestras vidas, Grimaud os librará de una muerte espantosa... ¡Os salvaré, señores, os salvaré! (Vase precipitadamente por la izquierda. A poco vuelve azorado.) Oigo ruído de pasos... Alguien se acerca... Me fingiré dormido... (Se echa sobre el camastro.)

ESCENA II

Dicho, MORDAUNT y MAX.

MORDA. (Por Grimaud.) ¿Y ese hombre?

MAX (Después de acercarse a observarlo.) Duerme como un bendito... (Se retira.)

GRIMAUD (¡Qué más bendito que tú!) (Pasan junto a los toneles.)

MORDA. ¿Te cercioraste bien?

MAX ¡Ya lo creo!... ¡Tengo muy buena vista!...

GRIMAUD (Que Dios te la conserve, hermano)

MORDA. Si despierta, le hundes este puñal en la garganta. (Le entrega un puñal.)

MAX ¡Hasta la cruz! (Lo toma.)

GRIMAUD (La muerte es poco para esa yunta.)

MAX ¿Tenéis la mecha?

MORDA. Aquí está. (Se la entrega.)

GRIMAUD ¡Van a pegarle fuego! ¡Estamos perdidos!

MAX (Colocando la mecha en el tonel.) ¿Y cuánto, sobre poco más o menos, puede durar esta mecha?

MORDA. Como unos diez minutos.

GRIMAUD (¡Rayo de Dios!...)

MAX ¡Cuerpo de tiburón! Es cosa de que nos demos prisa.

MORDA. Ordena a tus hombres que salten a la barcaza... ¡Pronto!

MAX Voy.

MORDA. ¿La barcaza viene siguiendo al falucho?

MAX Como el perro al amo. Prenderé fuego a la mecha. (Trata de encenderla con el farol de mano.)

MORDA. Dame: esta operación la reservo para mí: quiero asegurar mi venganza.

MAX Tomad, pues. (Entrega el farol.)

MORDA. (Enciende la mecha.) Así. A colocar la mecha en los demás toneles y a ponernos a salvo.

MAX Vamos ya. (Acercándose al camastro y después de observar a Grimaud, que no se mueve.) ¡Buen sueño, amigo! (Desaparecen.)

ESCENA III

GRIMAUD.

¡Verdugos!... Es Mordaunt, el hijo de Milady... ¡Esa fiera, ese demonio!... (Apagando la mecha.) Tú no harás daño... ¡Pero han ido a encender otras mechas! ¿Dónde estarán los demás toneles de pólvora?... ¡Estamos con la soga al cuello!... ¡No hay minuto que perder! (Vase como alocado por la izquierda. La escena queda sola y se escucha la voz del marinero que canta lúgubremente:)

MARINERO (Dentro.)

Marinero, marinero
que navegas por la mar,

sabe Dios si a tu destino,
marinero, arribarás.

ESCENA IV

ATHOS, ARAMIS, WINTER y GRIMAUD.

GRIMAUD Sí, señores: es Mordaunt, ese monstruo.
ATHOS ¡Fatalidad!
WINTER ¡Estamos sobre un volcán!
ATHOS Veamos si todavía sigue amarrada la lancha.
ARAMIS Entérate, Grimaud.
ATHOS ¡Pronto!
GRIMAUD A paso de gamo. (Vase aceleradamente.)
WINTER Si están a bordo todavía, podremos morir, pero moriremos todos: ¡ellos y nosotros!
GRIMAUD (Volviendo.) ¡Señores!...
ATHOS ¿Qué dices, Grimaud?
GRIMAUD ¡Amarrada!
ATHOS ¡Estamos salvados!
ARAMIS ¡Empuñad las pistolas!
WINTER ¡Corramos!
TODOS ¡Corramos! (Desaparecen tumultuosamente. Una pausa. La escena sola. Se oye un silbido prolongado. Aparecen, presa de terror, Mordaunt y Max.)

ESCENA ÚLTIMA

MORDAUNT y MAX.

MORDA. (Ciego de rabia.) ¡Traición! ¡La barcaza desprendida del falucho, mis enemigos a salvo..., y aquí la muerte para nosotros!
MAX (Agitado y terrible.) ¡Cuerpo de tiburón!
MORDA. ¡No hay tiempo de apagar todas las mechas!...
MAX (Espantoso de cólera.) ¡Vos tendréis la culpa de mi muerte!

MORDA. ¡Calma!... ¡Arrojémonos al mar!

MAX ¡Imposible! ¡Estas aguas están infestadas de tiburones!...

MORDA. ¡¡Condenación!! (Súbitamente.) ¡Me arrojo al mar con un tonel vacío!... ¡Sígueme! (Rápido, hace rodar un tonel por la puerta; se va llevándolo por delante.)

MAX (Con un grito de esperanza.) ¡No es mala idea! Voy. (Vase rodando también otro tonel. Una pausa. Max vuelve acelerado.) ¡La caja del dinero! (La saca de un escondite y carga con ella.) ¡No lo perdamos todo!... (Cuando va a subir por la derecha se produce la terrible explosión. Se abre el fondo, cae la techumbre, las llamas y el humo invaden la escena. Aparece el mar al fondo. Max suelta la caja y rueda sin vida.) ¡Ah!... (La escena y la sala de espectáculos quedan en la obscuridad para proceder a la

MUTACIÓN

CUADRO VI

En alta mar

ESCENA ÚNICA

El mar, con sus olas encrespadas, invade la escena. Aparece el falucho incendiado, que se hunde en los abismos. A lo lejos, la barcaza, con sus tripulantes. Se oye la sirena del breack "Parlamento". La orquesta puede acompañar este cuadro. Para las dos mutaciones, cuando no se disponga de medios adecuados, puede bajar el telón de boca, o bien telón corto de mar, o nubes. Si preciso fuera, suprímase este cuadro.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

PERSONAJES

ENRIQUETA DE FRANCIA.
MORDAUNT.
ARTAGNAN.
ATHOS.
PORTHOS.
ARAMIS.
LORD DE WINTER.
CARLOS I.
CROMWELL:
CORONEL.
SARGENTO.
CENTINELA.

Soldados.

CUADRO VII

La diplomacia de Cromwell

Cámara lujosa a primer término. Puerta de entrada a la derecha. Mesa escritorio con útiles para escribir, timbre, legajos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MORDAUNT.

¡Por fin me encuentro en la casa de Cromwell! A fe no creí pisar tierra... ¡Pensé morir entre las mandíbulas de los tiburones, devorado por esos tigres del mar! Y me desesperaba hasta enloquecer, no por mi vida—¿qué vale eso?—¡por mi venganza!... Asido furiosamente al tonel, sobre las olas, contemplé la explosión del falucho, que se hundía en

el mar, entre alaridos, como Satán en los infiernos !... Al fulgor de las llamas divisáronme desde el breack «Parlamento», y así pude escapar con vida del abrazo de las tinieblas... También supe que una corbeta recogió a mis enemigos... pero, ¡ay de vosotros ! ¡Temblad, que aun alienta el vengador !

ESCENA II

Dicho y CROMWELL.

CROM. Sed bien venido. ¿Qué noticias traéis de Francia?

MORDA. Grandes noticias, señor.

CROM. ¿Hablasteis con Mazarino?

MORDA. Sí, señor.

CROM. ¿Qué os respondió?

MORDA. Que os manda un escrito por medio de un lugarteniente de mosqueteros del rey y por un señor de la corte.

CROM. ¿En dónde están? ¿Cómo se llaman?

MORDA. Están aguardando vuestro permiso, y se llaman, el lugarteniente, caballero de Artagnan ; el otro, señor de Duvallón.

CROM. Decid a esos caballeros que pasen.

MORDA. Dad orden de que pasen esos caballeros. (En voz alta, desde la puerta. Vuelve cerca de Cromwell.)

CROM. ¿Tenéis algo que comunicarme?

MORDA. Sí, señor : que en mi barco ha venido una dama.

CROM. ¿Qué dama es ésa?

MORDA. Vuestro honor la verá personalmente... Pero ya están aquí esos señores.

CROM. Que pasen.

ESCENA III

Dichos, ARTAGNAN y PORTHOS.

MORDA. Pasad, señores Os halláis en presencia del general Cromwell. (Saluda y vase.)

ARTAGNAN, PORTHOS } Señor.

ARTAGNAN Somos enviados de su eminencia el cardenal Mazarino. Tomad este pliego, general. (Se lo entrega.)

CROM. (Tomando el pliego.) Es un honor para mí... (Lee en silencio y después dice.) No esperaba menos del gran político.

ARTAGNAN (No lo dicen así en Francia.) ¿Y nos haréis el honor de darnos algún escrito para Su Eminencia?

CROM. No; le diréis únicamente... le diréis... lo que hayáis visto.

ARTAGNAN (Inclinándose.) A vuestras órdenes.

CROM. Esta casa es vuestra... y siempre estaré pronto a recibiros.

ARTAGNAN, PORTHOS } Señor... (Se inclinan y vanse.)

ESCENA IV

CROMWELL.

Todo va a pedir de boca... Mazarino le abandona y los escoceses le venden... Sólo una cabeza hay ya entre el trono y yo. Esa cabeza debe ser cortada por el hacha del verdugo, y éste no ejercerá su oficio si el Parlamento no lo decreta. Por fortuna el Parlamento secundará mis ocultos planes, y entonces... Alguien llega.

ESCENA V

CROMWELL, SOLDADO 1.º, LA REINA, en traje de escocesa, y dos soldados.

CROM. Pasad: yo soy el general Cromwell. ¿Y vos, quién sois?

REINA Bien poca cosa: me llamo Teresa Parry.

CROM. ¿Y a dónde vais?

REINA A recoger con mi hermano la herencia de nuestro padre.

CROM. ¿Sois, pues, hija de William Parry?

REINA Sí.

CROM. ¿Y hermana de Juan Parry?

REINA ¡Conocéis a todo el mundo!

CROM. Sí; a todos aquellos que me importa conocer. ¿Y por qué no les dijisteis a los soldados quién sois?

REINA ¡Se lo dije y no lo creyeron!

CROM. (Irónico.) Les han engañado tantas veces que andan recelosos. (A los soldados.) Dejadla; podéis marcharos. (Los soldados se van.)

REINA Adiós, señor. (Hace un ademán de retirarse, pero Cromwell le cierra el paso.)

ESCENA VI

CROMWELL y LA REINA.

CROM. (Descubriéndose.) Si Vuestra Majestad me permite...

REINA (¡Gran Dios!) ¿Qué decís, señor?

CROM. Digo que es arriesgado para la hija de Enrique IV, hermana de Luis XII y esposa de Carlos I venir a Inglaterra y desembarcar en una ciudad que habita Oliverio Cromwell.

REINA Os equivocáis, señor; yo no soy hija, hermana ni esposa de ningún rey: soy hija de un pobre highlander.

CROM. La hija cuyo nombre tomáis ha muerto, y vuestro padre no está para que le heredéis, pues vive todavía.

REINA Es verdad, no soy quien he dicho; pero tampoco una reina que viene a ejercer dominio, sino una esposa que desea compartir los sufrimientos de su marido. Por lo tanto, haced de mí lo que queráis.

CROM. No me toca más que esperar las órdenes de mi soberana.

REINA ¿Qué decís?

CROM. Porque si para mis compañeros, si para el Parlamento, y hasta para la nación, Carlos I no es sino Carlos Stuardo, para mí Carlos Stuardo es siempre rey.

REINA ¡Estoy admirada!

CROM. La Providencia os ha traído, señora. Decidle al rey que si trata con el Parlamento está perdido.

REINA ¡Cielos!

CROM. Decidle que en toda Inglaterra el único pecho que le ama es el de Oliverio Cromwell.

REINA ¿Habláis lealmente?

CROM. Lealmente, señora; pero sobre la voluntad está el destino; detrás de la Providencia está la fatalidad, y yo, señora, soy el hombre de la fatalidad y del destino... ¡Que el rey se salve!

REINA ¡Se salvará! ¿Pero cómo llegaré hasta él?

CROM. Os daré un salvoconducto y un guía. (Toca un timbre y sale un criado.) Acompaña a esta dama a las avanzadas del campamento enemigo. (Escribe unas líneas que entrega a la reina.) Tardarás dos horas... (Intención.) ¿Entiendes?... ¡Dos horas!... (A la reina.) Adiós, señora.

REINA El cielo premie vuestra bondad. ¡Adiós!

ESCENA ÚLTIMA

CROMWELL.

¿Mi bondad?... ¡Bien, bien!... Vete confiada; estoy seguro de que llegarás demasiado tarde. ¡Mi bondad!... ¡Bien, bien, bien!... ¡Pero conste que el consejo es excelente!

MUTACIÓN

CUADRO VIII
La traición

Derecha, tienda del rey con los escudos de Inglaterra y Escocia. Izquierda, casa con ventana enrejada y puerta con trés escalones. La ventana se abre a la izquierda. Al fondo, paisaje y montañas.

ESCENA PRIMERA

WINTER, echado ante la tienda del rey. ARAMIS, hablando con un centinela; después, ATHOS; luego, MORDAUNT, jefe de patrulla. UN CENTINELA, centinelas, soldados; al final. CARLOS I en su tienda.

ATHOS (Que adelanta, apresurado, por detrás de la casa.) Aramis, debemos prevenir al rey.

ARAMIS ¿Pues qué ocurre?

ATHOS Sería largo de contar. ¿Sabéis en dónde está de Winter?

ARAMIS Venid.

ATHOS (Tocando en la espalda a Winter.) ¡De Winter! ¡De Winter!

WINTER (Dispertándose.) ¡Ah! ¿sois vos, conde, y vos, caballero? ¿Veis qué rojo está hoy el sol poniente? (Se oyen los pasos de una patrulla. Suenan las siete en un reloj, lejos.) Las siete: hora del relevo de centinelas.

ATHOS En efecto. (Van relevando los centinelas, y al llegar al de la tienda del rey dice:)

CENTINE. ¡Quién vive!

MORDA. Carlos y lealtad.

CENTINE. Adelante.

MORDA. (Dando al centinela un bolsón.) He aquí lo convenido.

ATHOS (Que escuchaba.) ¡Dinero! (A Winter.) Necesito ver al rey.

WINTER Ahora descansa. ¿No podéis esperar a mañana?

ATHOS No; y aun ahora mismo tal vez sea ya tarde, milord.

WINTER (Levantando la cortina de la tienda.) Entonces, pasad. (A la luz de una lámpara se ve al rey durmiendo, de brazos sobre una mesa.)

ATHOS (Suspirando.) ¡Señor!

CARLOS (Dispertándose.) ¡Ah! ¿Sois vos, conde? ¿Veláis mientras yo duermo?

ATHOS Tal vez llego tarde.

CARLOS (Levantándose.) ¡Decid!

ATHOS Cromwell está desde ayer en Newcastle.

CARLOS Lo sabía.

ATHOS ¿Vuestra Majestad sabe por qué?

CARLOS Para batirme.

ATHOS Para prenderos, señor, pues os venden los escoceses por doscientas mil libras esterlinas.

CARLOS ¿Ellos vender a su rey? ¿Y quién es el Judas que me hace traición?

ATHOS El conde de Lowen.

CARLOS ¿Con quién ha tratado la venta?

ATHOS Con el secretario de Cromwell.

WINTER ¿Mordaunt?

ATHOS Sí, milord.

CARLOS ¿Cómo lo habéis descubierto?

ATHOS Echado cerca de la tienda de Lowen lo he visto y oído todo.

CARLOS ¿Cuándo ha de ocurrir eso?

ATHOS Esta misma noche; ya veis, señor, que falta poco.

CARLOS Pero, ¿qué hacer, si decís que estoy vendido?

ATHOS Ganad la Escocia y levantad un ejército de paisanos. Huid, señor, huid.

CARLOS ¿Podemos contar con vuestro regimiento?

WINTER No me atrevo a fiarles la vida de vuestra majestad.

ATHOS ¡Eh! No contemos más que con nosotros, señor. Somos tres y bastamos. Montad a caballo, y entre nosotros podréis atravesar el camino de Escocia.

CARLOS (A Winter.) ¿Qué os parece?
WINTER Sí, señor.
CARLOS (A Aramis.) ¿Y a vos?
ARAMIS Sí.
CARLOS Sea como queréis. Vamos.
ATHOS Esperad, señor.
CARLOS ¿Qué hay?
ATHOS Los centinelas podrían avisar si os vieran salir; deben cambiarse.
CARLOS ¿Los centinelas?
ATHOS Señor, acabo de ver que el oficial que les ha colocado les daba dinero.
CARLOS ¡Dios de Dios!
WINTER ¿Y cómo cambiarlos?
ATHOS ¿Contáis, siquiera, con cuatro hombres de absoluta confianza?
WINTER Entre mi servidumbre, sí.
ATHOS Llamadlos y haced lo que os he dicho.
WINTER Voy. (Vase y vuelve en seguida con cuatro hombres.)
CENTINE. ¡Quién vive!
WINTER Carlos y lealtad.
CENTINE. Adelante.
ATHOS (Extendiendo la mano hacia los centinelas.) Escuchad... (De Winter y sus hombres se opoderan de un centinela, pero el otro, que ha oído el ruido, prepara su pica.)
CENTINE. ¿Quién vive?
ARAMIS (Que ha salido de la tienda por detrás, poniéndole el puñal en el pecho.) ¡Si gritas, te mato!
ATHOS (A los hombres de Winter.) Llevaos a estos centinelas y vigiladles.
ARAMIS ¡A la primer palabra, al primer signo que hagan, matadlos!
WINTER Ahora, señor, a caballo. (Se llevan a los dos centinelas.)
CARLOS ¿Debemos, pues, huir?
ATHOS Esto no es huir, señor; es atravesar un ejército.
CARLOS Vamos, pues, señores.
ATHOS (Que ha dado algunos pasos.) Oigo pisadas de tropa y relincho de caballos.

WINTER (Da dos pasos adelante y los demás escuchan, y vuelve.) Es el enemigo.

CARLOS ¡Entonces todo se ha perdido!

ATHOS ¡Aun queda una esperanza!

CARLOS ¡No, no!

ATHOS Cambia vuestra majestad de ropa con uno de nosotros, y mientras se encarnizarán con el que tomen por el rey, vos podréis fugaros.

WINTER Es el único recurso.

CARLOS Pero es la muerte de quien ocupe mi puesto.

WINTER Es el honor de haber salvado a su rey.

CARLOS Venid, de Winter.

WINTER ¡Gracias, señor, gracias!

ARAMIS Apresuraos, señor; guardaremos la entrada de vuestra tienda. (Se colocan de guardia, espada en mano. Carlos I entrega a Winter el cordón del Santo Espíritu y el sombrero, y Winter da al rey los mismos objetos más la coraza de cobre. En el momento de verificar el cambio de traje, y que el rey sale por detrás de la tienda, llega una patrulla de seis hombres.)

ARAMIS ¿Quién vive?

ATHOS ¿Quién vive?

ESCENA II

Dichos. ARTAGNAN, PORTHOS y MORDAUNT aparecen por el foro. Luego, soldados.

MORDA. Ya veis, señores, que el campo es nuestro.

ARTAGNAN He aquí una extraña guerra.

ATHOS, ARAMIS } ¿Quién vive?

MORDA. Carlos y lealtad.

ATHOS, ARAMIS } ¡No se pasa!

MORDA. ¿Cómo que no? (¡Ah, son ellos!...)

ARTAGNAN Bueno; ya llegamos, por fin, y empiezo a creer que tiraremos de la espada.

MORDA. ¿Quién ha cambiado el santo y seña?
ARAMIS El rey.
MORDA. ¿Y por qué?
ATHOS ¡Porque sois unos traidores!
ARTAGNAN ¿Traidores?
PORTHOS ¿Ha dicho traidores?
ARTAGNAN He aquí una palabra dura, señores, y me parece que vais a tragárosla.
ARAMIS Venid.
MORDA. Bien. Señores, vamos hacia la tienda del rey. (A sus hombres.) Venid. (Athos combate con Artagnan; Aramis con Porthos. En este momento Mordaunt aparece en el fondo de la tienda; los hombres que le siguen cogen a Winter y dicen:)
SOLDADOS ¡El rey! ¡El rey!
MORDA. ¡Maldición! Este hombre no es el rey. ¡Nos han engañado! ¿Verdad, de Winter, que no sois el rey?
WINTER (Retrocediendo ante Mordaunt.) ¡Ah! ¡El vengador!
MORDA. Sí; el vengador. ¡Acuérdate de mi madre! ¡Van dos! (Le suelta un pistoletazo.)
ARTAGNAN, PORTHOS, ATHOS, ARAMIS ¡Mosqueteros!
(Al reconocerse a la claridad del fogonazo. Pasan la espada a la mano izquierda, estrechándose la diestra.)
ARTAGNAN (Al oído de Athos.) Rendíos, Athos; rendirse a mí no es rendirse.
PORTHOS (A Aramis.) ¿Comprendéis?...
ARAMIS Me rindo.
ATHOS (¡Mordaunt!) (Señalando a Mordaunt y dirigiéndose a Artagnan.) ¿Veis aquel joven?
ARTAGNAN El hijo de Milady, ¿no es eso?
PORTHOS El monje.
ARAMIS Sí.
ARTAGNAN No digáis nada; no hagáis ni un gesto, no nos miréis, porque Milady vive en el cuerpo de ese demonio. (En este tiempo el rey ha sido envuelto y apresado y conducido a escena.)

CARLOS ¿Quién de vosotros se atreverá a poner la mano sobre su rey?

CORONEL (Entrando.) Carlos Stuardo. Entregad vuestra espada.

CARLOS El rey no se entrega; el hombre cede a la fuerza; he aquí todo. (Rompe la espada.)

CORONEL ¡Victoria, señores; el rey es nuestro prisionero!

MORDA. (Volviéndose.) ¿El rey?

VARIAS VOCES ¡Sí, sí!

MORDA. ¡Bien! ¡Victoria! ¡Victoria! (Advierte a los cuatro amigos.)

ATHOS Nos ha visto.

ARAMIS ¡Dejad que le mate!

ARTAGNAN (Mirando a sus amigos.) ¡Por vida de Dios! (A Mordaunt.) Buena presa, amigo Mordaunt. Cada cual tiene la suya. Nosotros, los caballeros; vos, el monarca.

MORDA. (Con fiera ironía.) Señores, no podéis presumir cuánto me alegra encontraros.

ARAMIS (¡Esto más!)

ARTAGNAN (Aparte a sus amigos.) (¡Calma!)

MORDA. (Feroz.) (Ahora no hay poder que les libre de mis manos. Aquí soy casi rey. ¡Mi venganza será terrible!)

ARTAGNAN Pues si sois franceses, sois prisioneros de compatriotas. (A sus amigos, como alegre.)

CARLOS (A Athos y Aramis.) Salud, señores. La noche ha sido desgraciada, pero no es culpa vuestra. ¿En dónde está mi fiel de Winter?

MORDA. ¿Vuestro fiel de Winter?... ¡Vedlo! (Señalando el cadáver.)

CARLOS (Se arrodilla, le alza la cabeza a de Winter y le besa en la frente.) ¡Muerto!... ¡Adiós, corazón fiel, que has ido a buscar la palma del sacrificio! ¡Adiós para siempre!

ARTAGNAN ¿Muerto de Winter?

ATHOS Sí; muerto por su sobrino.

ARTAGNAN Es el primero de nosotros que se va; era un valiente.

CARLOS Conducidme a donde queráis.

MORDA. El general Cromwell ordena que os llevemos a Londres.

CARLOS ¡Vamos!

ATHOS (Al rey, que se aleja.) ¡Salud a la majestad caída!

ARTAGNAN ¡Voto a Cribas! ¡vais a lograr que nos ahorquen! (Desaparece el rey.)

MORDA. (A Porthos y Artagnan.) Venid, señores; el general querrá cumplimentaros.

ARTAGNAN Con sumo gusto; pero antes aseguraremos nuestra presa.

MORDA. Estad tranquilos; mis soldados los guardarán bien..., os respondo de ellos.

ARTAGNAN Tanta molestia... Yo mismo los guardaré; basta una habitación bien cerrada con reja, como aquella, y un centinela.

MORDA. (A un sargento.) Con diez hombres custodiad a los prisioneros, sin dejarles salir. (Vase por la izquierda.)

ARTAGNAN (Que ha encerrado a los prisioneros y se ha guardado la llave.) Amigo Porthos: reunid a Grimaud, y que esté prevenido con los caballos detrás de esta casa.

PORTHOS (Va y vuelve.) Ya está.

ARTAGNAN Entrad, y no salgáis hasta que yo toque con los dedos en la puerta la marcha de los mosqueteros.

PORTHOS Bien; pero vos, ¿qué hacéis?

ARTAGNAN Nada; miro la luna.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y CROMWELL.

CROM. (Entra lentamente en la tienda de campaña por detrás.) Hay dos puertas en esta tienda: una por la cual ha salido Stuardo y que conduce al cadalso; la otra, por donde yo entro, y que lleva al trono. He aquí en donde él estaba... ¿Iré yo a donde él va? (Mordaunt aparece en la tienda.) ¡Ah! ¿Sois vos, Mordaunt?

MORDA. Señor: deseaba haceros una pregunta y una petición.

CROM. ¿A mí?

MORDA. (Inclinándose.) A vos, mi protector, mi padre, os pregunto: ¿estáis satisfecho de mí?

CROM. (Mirándole con extrañeza.) Ciertamente, y quiero recompensaros; pedid cuánto queráis.

MORDA. Señor, os ruego que me concedáis dos prisioneros franceses.

CROM. ¿Dan buen rescate?

MORDA. No me importa lo que pudieran dar.

CROM. ¿Entonces son dos amigos vuestros?...

MORDA. Eso es; dos amigos... queridos..., muy queridos..., tanto que por ellos daría mi vida.

CROM. ¡Haced de ellos lo que queráis!

MORDA. (Arrodillándose.) Gracias, señor, gracias. Habéis pagado sobradamente mis servicios. (Sale corriendo y dice al sargento:) Conducid inmediatamente esos dos prisioneros a mi tienda.

ARTAGNAN Si os place...

MORDA. ¡Ah! ¿Sois vos? ¿Habéis oído?

ARTAGNAN Sí, pero no he comprendido.

MORDA. He mandado que me lleven esos dos prisioneros a mi tienda.

ARTAGNAN ¿A vuestra tienda?... Perdonad mi curiosidad, pero deseo saber por qué disponéis de nuestros prisioneros.

MORDA. Porque me los ha concedido el general Cromwell.

PORTHOS (Que ha escuchado desde dentro.) ¡Oh! ¡Qué escucho!

ARTAGNAN ¿Venís en nombre de Oliverio Cromwell? Entonces son vuestros.

PORTHOS ¿Qué dice?

MORDA. Gracias.

ARTAGNAN Pero no puedo entregároslos sin orden escrita del general.

MORDA. Es muy justo, señor, y os daré esa orden que exigís.

PORTHOS ¡Cómo!

MORDA. Pero, entretanto, dejadme los prisioneros.

ARTAGNAN ¡Oh! ¡señor! El general está en la tienda del rey Carlos; es un retardo de algunos minutos nada más. (Toca con los dedos en la puerta la marcha de los mosqueteros.)

MORDA. (Colérico.) ¿Sabéis que soy yo quien manda aquí? (Porthos sale a escena.)

ARTAGNAN ¡Dispensad! No lo sabía.

MORDA. Y que si quisiera, con estos diez hombres...

ARTAGNAN ¡Oh! Señor Mordaunt, tened en cuenta que somos franceses, que somos caballeros y que somos capaces, mi amigo en señor Duvallon y yo, de mataros a vos y a vuestros diez soldados. ¿No es así, señor Duvallon?

PORTHOS Así es.

ARTAGNAN ¡Ya lo veis, señor, ya lo veis! (Transición. Pausa.) Sin contar que como enviados del cardenal Mazarino, representamos al rey de Francia, y como embajadores, somos inviolables.

MORDA. Entonces, seguidme a la tienda del general.

ARTAGNAN Nos guardaremos bien, señor. Tal familiaridad sólo está permitida a vos, que sois su secretario y su amigo.

MORDA. Pues, aguardad... (Entra en la tienda del general y le dice:) ¡Señor!

CROM. (Escribiendo.) Un instante, Mordaunt, acabo en seguida.

ARTAGNAN (A Porthos.) ¿Conserváis aquel puño que os hacía igual a Milón de Cretonia?

PORTHOS Siempre.

ARTAGNAN ¿Haríais, como antes, un aro con una barra de hierro?

PORTHOS Ciertamente.

ARTAGNAN Pues tirad de una barra de la reja hasta que ceda... ¿entendéis?... ¡hasta que ceda!

PORTHOS ¡Cederá!

ARTAGNAN Y por la abertura que pase Athos el primero, después Aramis y vos el último.

PORTHOS Bien; ¿pero, vos?

ARTAGNAN No os inquietéis por mí.

PORTHOS Bueno. (Entra en el pabellón y fuerza la reja, que cede.)

CROM. ¿Qué deseáis, Mordaunt?

MORDA. La orden escrita concediéndome los dos prisioneros, pues no quieren entregármelos sin tal documento.

CROM. Pero...

MORDA. Me los habéis prometido...

CROM. Es verdad. (Escribe.)

MORDA. (Al sargento desde la tienda.) Vigilad.

SARGENTO Ya vigilo.

PORTHOS ¡Sí, ya vigila! (Sale Athos por la reja.)

MORDA. Que no se escapen.

SARGENTO No.

PORTHOS ¡No! (Sale Aramis.)

ARTAGNAN (Entreabriendo la puerta.) ¿Estáis ya?

PORTHOS (A media voz.) Ya estamos.

ARTAGNAN ¡Bravo, Porthos!

CROM. (A Mordaunt.) Tomad la orden.

ARTAGNAN (Entra en el pabellón, echa los cerrojos y salta por la ventana.) Ahora yo.

MORDA. (Saliendo de la tienda.) ¡Señor de Artagnan! ¡Señor de Artagnan! (Forzando la puerta.) ¡Ah! ¡Cerrada! A mí: ¡derribad la puerta! (Los soldados derriban la puerta. Mordaunt sube los escalones, ve la reja destrozada y sale gritando:) ¡Se han fugado! ¡Miserables! ¡Doy cien esterlinas al que logre prenderlos! (Murmullos entre los soldados.) ¡Corramos en su busca! ¡A las armas! ¡A las armas! (Se lanzan en tropel hacia el lado por donde han huído los mosqueteros. Suena una descarga.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

PERSONAJES

ENRIQUETA DE FRANCIA.
LA HIJA DEL REY. (Niña.)
MORDAUNT.
ARTAGNAN. (Su voz.)
ARAMIS.
CARLOS I.
CORONEL.
EL HIJO DEL REY. (Niño.)

Gente armada.

CUADRO IX

La ejecución de Carlos I

Estancia lóbrega. Gran puerta al foro, con algunos peldaños, cubierta por una cortina negra, que al descorrerse dejará ver un patio cercado de altos muros, en el centro del cual se levanta el cadalso. Primer término izquierda, una ventana enrejada. Segundo término derecha, una puerta pequeña; primer plan, altar enlutado, con un crucifijo y varias velas encendidas. Inmediata al altar, una silla de brazos. Algunos taburetes diseminados por la escena.)

ESCENA PRIMERA

CARLOS I y LA VOZ DE ARTAGNAN. Al levantarse el telón se oye el alerta de los centinelas. El rey está sentado en la silla con la cabeza entre las manos.

CARLOS Creo dormir y estoy dudando como si todo lo que me sucede fuera una horrible pesadilla. (Levantándose.) Pero no es sueño,

no: es realidad, ¡realidad espantosa! ¡Condenado a muerte por el Parlamento y los mosquetes de los centinelas brillando bajo las ventanas de esta mansión sombría, rodeado de miserables y sumido en las tinieblas de la próxima eterna noche! (Dirigiéndose al Cristo de la capilla.) Tú, el Dios de la misericordia, ampárame! (Se arrodilla delante del altar. Suenan siete campanadas.) ¡Las siete! ¡Interminables horas de dolor, qué cortas sois cuando marcáis el fin de nuestra vida!... ¡Pronto darán las ocho, y entonces, tú, soberano de Inglaterra, humillarás la cerviz bajo el hacha del verdugo! (Pausa. Se sienta de nuevo.) ¡Pobres hijos míos! ¿Qué va a ser de vosotros?... (Pausita. Lee en un pergamino que llevará en el pecho.) «Permito que recibáis a vuestro confesor.» (Recitado.) ¡Ah! ¡Siento un consuelo inefable!... (Se oyen repetidos golpes de martillo.) ¡Esos golpes! ¡Son los obreros que levantan el patíbulo! (Aumenta el ruido. El rey se acerca a la ventana y dice:) ¿Podríais golpear menos fuerte?

ARTAGNAN (La voz, debajo de la ventana.) ¡Si esta noche dormís mal, mañana dormiréis mejor!

CARLOS ¡Triste verdad! ¿Pero qué miro? El obrero que tan rudamente golpea es el conde de la Fére... (Siempre mirando a través de la ventana.) Creo que trabaja por abrir un agujero en el muro. ¡Sí! ¡En efecto! ¡También mi pecho se abre a la esperanza! (Volviéndose rápidamente y alejándose de la ventana.) Oigo ruido de pasos... ¿Quién será?

ESCENA II

CARLOS I y ARAMIS. Después, CORONEL.

CARLOS (¡El confesor!) Entrad, padre.

ARAMIS (Por segundo término derecha, vistiendo hábito blanco,

de fraile, dice al oído del rey:) ¿Estamos solos?

CARLOS Sí.

ARAMIS Entonces, no hay que temer. (Se descubre.)

CARLOS ¡El caballero de Herblay!

ARAMIS El mismo.

CARLOS ¿Vos aquí? ¡Si os reconocieran estaríais perdido!

ARAMIS No temáis por mí; pensad en vos y mirad que vuestros amigos velan.

CARLOS Me lo figuraba, pero no podía creerlo. He reconocido al conde de la Fére entre esos obreros. ¿Está solo? ¿Qué hace?

ARAMIS Está con otros dos compañeros que os pertenecen en cuerpo y alma... Nos hemos contratado como carpinteros para elevar el cadalso... ¡Ahora, atended! El ruido de la obra sofoca el trabajo del conde, que perfora la pared hasta debajo de vuestra habitación. Por la abertura saldréis vestido de obrero, como nosotros, y una falúa nos conducirá por el Támesis, hasta una embarcación que ganará el mar al poco tiempo.

CARLOS Para eso se necesitan muchas horas y la sentencia debe cumplirse a las ocho.

ARAMIS Todo está previsto. Al llegar la hora, no encontrarán al verdugo, que está preso por nosotros en el sótano de la hostería del Gamo.

CARLOS En verdad que sois hombres extraordinarios. Así se cuentan de vosotros tales proezas. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡No queréis que muera, pues permitís que por mí se realicen tantos milagros!

ARAMIS No moriréis, señor. Tened confianza. Cualquier gesto, cualquier grito, un canto..., una palabra cualquiera que venga del lado de aquella ventana, escuchadlo, y velad, velad siempre, como nosotros velamos.

CARLOS Caballero: no hay palabras que pudieran decir lo que siento de gratitud, no por mi

corona, que vale bien poco mirada desde aquí, sino porque conserváis un marido a su esposa y un padre a sus hijos. Caballero, estrechad mi mano.

ARAMIS (Le estrecha la mano.) ¡ Señor !...

CORONEL (Desde la puerta, segundo término derecha.) ¿ Habéis acabado?... Porque el tiempo pasa, y una dama, autorizada por Cromwell, desea veros.

CARLOS Hacedla entrar.

CORONEL Entrad, señora.

ESCENA III

Dichos y LA REINA.

REINA (Por la puertecita derecha.) ¡ Carlos mío !

CARLOS ¡ Enriqueta ! ¿ Estoy soñando?

REINA ¡ Esposo mío !

CARLOS ¿ Pero, quién te ha permitido llegar hasta mí?

REINA El general Cromwell.

CARLOS ¿ Cromwell?

ARAMIS ¡ Cromwell !

CARLOS ¿ Y no has temido presentarte ante ese hombre?

REINA Por verte lo arriesgaría todo ; hasta mi vida. Levantemos el corazón a Dios, que ha permitido arreglar las cosas de suerte que podáis huir y reunidos vernos en Francia, mi patria querida y que pronto será la nuestra.

CARLOS ¡ Qué vale una corona real comparada con este corazón de mujer !

REINA Cromwell me ha encargado decirte que no se cuenta en el número de los traidores que te han juzgado.

CARLOS Pero ha firmado la sentencia como otro Pilatos.

REINA ¡ El dará cuenta al buen Dios !

CARLOS Es verdad. Entretanto, ved aquí un amigo... (Presentándole a Aramis.)

REINA (Reconociéndole.) ¿Vos? (Se oyen golpes bajo los pies.)

ARAMIS Sí; y debajo otro, y dos más allá afuera.

CARLOS ¿Es el conde quien golpea aquí debajo?

ARAMIS El mismo, y podéis responderle. (El rey golpea con su bastón.)

CARLOS ¿Qué podrá hacer?

ARAMIS Nada hasta la noche, más que permanecer bajo este suelo, en una especie de camaranchón formado entre los dos pisos; entonces levantará una losa, vos le ayudaréis.

CARLOS Comprendido.. Pero yo no tengo ningún instrumento.

ARAMIS (Dándole un puñal.) Tomad este puñal y procurad no romperlo, pues podríais necesitarlo para algo menos duro que la piedra.

REINA (Suenan ocho campanadas.) ¡Ah! ¡la hora!

CARLOS ¡Las ocho!

ARAMIS Estad tranquilo; ya os dije que no hallarían al verdugo, y ved como no vienen a buscaros.

CARLOS Enriqueta: ruega siempre por estos amigos excelentes, que velan por mi vida.

ARAMIS Permitid, señor, que me retire, pues mis amigos podrían necesitarme.

CARLOS Id con Dios.

ARAMIS Si volvierais a llamar a vuestro confesor, vendré volando.

CARLOS Esa mano... (Se la estrecha.)

ARAMIS Dios vela por vos, señor.

REINA ¿Estáis bien seguro de que el verdugo no se presentará?

ARAMIS Os respondo de ello, señora. (Va hacia la puerta de la derecha, oye pasos en el corredor y retrocede..)

REINA ¿Qué ocurre?

CARLOS Parecen hombres de armas.

ARAMIS Vienen..., se acercan...

REINA ¡Abren la puerta!... (Aparece un enmascarado.) ¡Ah! ¡Dios mío!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, MORDAUNT, con máscara. CORONEL y gente armada. Después, LOS HIJOS DEL REY.

ARAMIS ¿Qué es esto?

CORONEL ¡Mirad! (Desdoblando un pergamino que muestra al rey.)

CARLOS ¡La sentencia!

REINA (Horrorizada.) ¡Jesús!

ARAMIS (¡Por vida mía! ¿Se habrá escapado el verdugo?)

CORONEL ¡El verdugo de Londres ha desaparecido! (La reina, el rey y Aramis se estremecen de gozo volviendo a caer en desaliento.) En su lugar se ha presentado ese hombre. (Por el enmascarado.) Sólo se concede a Carlos Stuardo el tiempo preciso para arreglar sus asuntos temporales..., ya que los otros deben de estar arreglados.

ARAMIS (¡Fatalidad! ¿Pero, quién será ese miserable?)

CARLOS (Abrazando a Aramis.) ¡Valor! Ya me veis tranquilo. (Al coronel.) Sólo deseo abrazar a mis hijos, coronel.

CORONEL Hace un rato que aguardan.

REINA (Arrodillada.) ¡Dios mío! ¡Piedad! ¡Misericordia!

CARLOS No llores, mi Enriqueta. Cuida de nuestros hijos y algún día nos reuniremos allá en la gloria! ¡No hagas que mis fuerzas se debiliten ante tus lágrimas! ¡No eres la esposa de Carlos Stuardo: sois la reina de Inglaterra! (Entran los hijos del rey.)

REINA ¡Hijos míos!...

CARLOS ¡Hijos de mi alma! ¡Vais a perder a vuestro padre, que rogará por vosotros a Aquél que todo lo puede. No olvides, hijo mío, si algún día eres llamado a ceñir la corona que hoy arrancan de mi frente, que tienes el deber de la bondad, de la mise-

ricordia y del amor a tu pueblo! ¡Sé clemente, sé justo!

NIÑO (Se lanza sollozando en brazos del rey.) ¡Padre!

CARLOS (Le abraza y le besa.) ¡Hijo mío! (La reina llora amargamente sentada en la silla de brazos. A la niña.) Y tú, Enriqueta, ama siempre a tu madre y no me olvides. (Le ahoga el llanto.) De aquí a poco no tendréis más que su cariño.

REINA (Llora aun con más grande dolor; después, irguiéndose:) ¡Pero esto es imposible! (Suplicante.) Es vuestro rey. Es mi esposo: es mi Carlos, siempre paternal en su reino. ¡Hijos míos, de rodillas! ¡Implorad a Dios!

NIÑOS ¡Padre! ¡Madre! (Llorando. Después se arrodillan ante el altar y rezan, sollozando, repitiendo, pausadamente y con sentimiento, la oración que eleva la reina, también arrodillada ante el altar y abrazando a a sus hijos.)

REINA Y NIÑOS ¡Dios clemente, desde la gloria extiende tu poderosa mano y protéjenos! (El enmascarado Mordaunt cruza la escena entre los guardias y se arrodilla ante el rey, que permanece en pie y contemplativo.)

CARLOS Hacha del verdugo, yo te golpeo, confiado en que me devolverás el golpe. (Golpea con su bastón el hacha que lleva el enmascarado. Después dice a éste:) ¡Yo te perdono! (Todo el séquito pasa por delante del rey y ocupa el patio al rededor del patíbulo.)

REINA (Abrazando fuertemente a su esposo.) ¡Carlos!... ¡Carlos!...

NIÑOS (Abrazándosele a las rodillas.) ¡Padre!...

NIÑO ¡No te vayas!...

CARLOS ¡Se me parte el corazón! (Logra desasirse, sin grandes violencias, de su esposa y de sus hijos, y dirigiéndose al coronel dice con voz apagada:) ¡Marchemos! (Sigue al coronel hacia el cadalso, sobre el cual estará el enmascarado con el hacha. Mientras el rey sube los peldaños del patíbulo se corre la cortina.) ¡Acuérdate! (Con voz tonante detrás de

la cortina. En seguida se percibe el golpe del hacha sobre un cuerpo duro.)

REINA ¡Ah! ¡Muerto! (La reina, que habrá permanecido con sus hijos arrodillada ante el altar, se levanta con movimiento felino, abre un poco la cortina negra del foro, y después de lanzar un grito atroz cae desmayada, marcando una vuelta completa.)

NIÑOS ¡Mamá! ¡Mamá! (Los niños se acercan a su madre y la besan. Mordaunt, que es el enmascarado, baja precipitadamente las gradas del patíbulo, aparece en escena, sin descorrer la cortina, pálido, tembloroso, y presa de gran excitación; mira estúpidamente a la reina demayada, y con arranque de regocijo infernal dice:)

MORDA. ¡El verdugo de Bethune!... ¡Lord de Winter!... ¡El rey Carlos I!... ¡¡¡Van tres!!!... (Mira al altar, se estremece; la luz de las velas hiere sus ojos y sale aterrado por la puertecita segundo término derecha. Córrese la cortina y aparece el patíbulo iluminado por un vivísimo rayo de luna, que da de lleno sobre los despojos, cubiertos por un paño negro. Redoble de tambor. Se oye el alerta de los centinelas. Todo muy rápido.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

PERSONAJES

MORDAUNT. PORTHOS.
ARTAGNAN. ARAMIS.
ATHOS. GRIMAUD.

CUADRO X

El enmascarado

Casa aislada en las afueras de Londres, con una ventana enrejada a unos diez y seis palmos de altura. Puerta practicable, que no venga debajo de la ventana. A la derecha, avenida de árboles que rodean la casa. Izquierda, muralla arruinada. Al foro, la puerta de la ciudad. Nieva.

ESCENA PRIMERA

MORDAUNT. Después, ARTAGNAN y GRIMAUD.

(Mordaunt, envuelto en ancha capa negra, con gran sombrero echado adelante y antifaz, sale de la puerta de la ciudad y se dirige, receloso, a la casa aislada. Bajo la máscara asoma una barba abundante y enmarañada. Mira en derredor, avanza con precaución, y, abriendo la puerta, entra precipitadamente, después de volver a mirar. En cuanto entra, aparece Artagnan en el ángulo de la puerta de la ciudad, y se dirige rápidamente en seguimiento del enmascarado.)

ARTAGNAN (Examinando la casa.) Aquí ha entrado. (Llama por señas a Grimaud, que llega deprisa.) Ya sa-

bes el camino, Grimaud. Conduce a mis compañeros y diles: «Artagnan os espera.» Ni una palabra más. ¡Vivo!

GRIMAUD Bien, señor. (Sale precipitadamente por el fondo.)

ARTAGNAN (Examinando.) Una puerta pequeña... ¿No tendrá más salida? (Rodea la casa.) Otra puerta que da a la parte contraria. Entretanto voy a reconocer la plaza. (Desaparece por detrás de la casa. Corta pausa.)

ESCENA II

GRIMAUD, ATHOS, PORTHOS, ARAMIS, y en seguida, ARTAGNAN. Entran por la puerta de la ciudad. Foro.

ATHOS ¿Por dónde nos guías?

GRIMAUD Por el buen camino.

ARAMIS ¡Vencidos por la fatalidad!...

PORTHOS No os aflijáis: todos somos mortales. Pero, ¿cómo Artagnan no está aquí? ¿Porqué nos envía a Grimaud? ¡Y éste que calla como un muerto! ¿Le habrá ocurrido algo al valiente Artagnan?

ARAMIS Pronto lo sabremos, pues él nos llama.

PORTHOS Es que le perdí en aquel tumulto y no pude dar con él.

ATHOS Yo le vi también; estaba en primera fila, y como el espectáculo era curioso, habrá querido verlo hasta el fin.

ARTAGNAN (Que sale a las últimas palabras.) ¡Ah! Conde: ¿también vos calumniáis a los ausentes? (Con cariñoso reproche.)

ATHOS, PORTHOS, ARAMIS ¡Artagnan! (Agradablemente sorprendidos.)

ATHOS No os calumniaba: sentía inquietud por vuestra ausencia.

PORTHOS Ya que estamos todos, salgamos de este país.

ARTAGNAN ¿Creéis que nada tenemos que hacer en Inglaterra?

ATHOS Sólo dudar de Dios y despreciar mis propias fuerzas.

ARTAGNAN Pues bien: si me puse tan cerca de aquel rey que, según parece, me era indiferente, no fué para verle morir, sino para conocer al verdugo, y por eso me quedo. (A Porthos.) ¿Y vos?

PORTHOS (Con embarazo.) No os dejaré solo.

ARTAGNAN ¡Gracias, mi buen Porthos! Buscaremos al enmascarado, ¿verdad?

ATHOS ¿Es decir que no era el verdugo?

ARTAGNAN No.

ATHOS Perdonadme, Artagnan. Si he dudado de Dios, ¿qué extraño que dudase de un hombre?

ARTAGNAN Mientras parecía mirar aquel infame espectáculo, examinaba los puntos que ocupabais para llamaros en mi ayuda cuando fuera preciso. Allí estábamos todos menos vos, Athos, que permanecíais bajo el patíbulo, por lo cual os perdono que hayáis dudado de mí, pues habréis sufrido mucho. Terminada la ejecución fué despejándose la plaza, y yo me oculté, con nuestros criados, sin perder de vista al de la máscara, quien, después de entrar en la cámara real, volvió a salir, oculto en su capa. La noche había cerrado.

ARAMIS ¿Y le seguisteis?

ARTAGNAN Le seguí. Después de mucho andar llegamos cerca de una casa aislada y silenciosa, en donde entró el que yo perseguía.

ATHOS ¿Y esa casa?...

ARTAGNAN (Indicándola.) ¡Vedla!

TODOS ¡Ah! (Queriendo arrojarse hacia la casa.)

ARTAGNAN (Deteniéndoles.) ¡Aguardad!

PORTHOS Estaba seguro de que Artagnan no había perdido el tiempo.

ATHOS
ARAMIS } Gracias. (Estrechando la mano a Artagnan.)

ARTAGNAN Ved. Hay luz en aquella habitación. Amigo Porthos: si eso no os humilla, servid

de escalera a Grimaud. (Porthos se aproxima a la pared y Grimaud, subido a sus hombros, mira por la ventana.) ¿Ves algo?

GRIMAUD Veo.

ARTAGNAN ¿Qué?

GRIMAUD Dos hombres.

ARTAGNAN ¿Les conoces?

GRIMAUD Esperad.

ARTAGNAN ¿Qué hacen?

GRIMAUD El uno escribe.

ATHOS ¿Quién es?

GRIMAUD Me parece...

ATHOS ¿Quién es?

GRIMAUD El general Cromwell.

ATHOS, PORTHOS, ARAMIS ¡Cromwell!

ARTAGNAN Lo sospechaba... Pero... el... otro..., el que hemos seguido..., el enmascarado..., ¿quién es?

GRIMAUD Está en la sombra... Se levanta... Ahora se acerca... ¡Ah! (Sofoca un grito horrible y baja de un salto.)

PORTHOS ¿Qué es eso?

ARTAGNAN ¿Le has visto? ¡Habla!... ¡Pronto!... ¡Habla! (Todo muy rápido.)

ARAMIS ¿Quién es?

GRIMAUD (Aterrado.) ¡Mordaunt!

ARTAGNAN, PORTOS, ARAMIS ¡El! (Grito de alegría.)

ATHOS (¡Fatalidad!)

ARTAGNAN Un instante: Grimaud, vuelve a tu escondite.

GRIMAUD Sí. (Se oculta dterás de la casa aislada.)

ARTAGNAN Porthos, allí.

PORTHOS ¡Bien! (Se coloca en un ángulo de la plaza.)

ARTAGNAN Aramis, ocultaos allí.

ARAMIS Comprendo. (Se oculta en primera derecha, desenvainando la espada.)

ARTAGNAN Vos, Athos, velad allí.

ATHOS ¡Resignación! (Se retira pausadamente por pri-

mera izquierda. Artagnan, con la espada desnuda, se oculta por detrás de la casa, marchando con precaución. Se oye a lo lejos el redoble del tambor.)

ESCENA FINAL

Dichos y MÓRDAUNT.

(Mordaunt, entreabriendo la puerta de la casa aislada, asoma la cabeza con precaución; mira en opuestas direcciones y al persuadirse de que nadie le espía sale por completo de la casa; intenta marchar por un lado, pero se le interpone Porthos, diciéndole:)

PORTHOS ¡Caballero!... (Inclinándose. El mismo juego por distinto lugar, y es Aramis el que le priva el paso, con un:)

ARAMIS ¡Señor!...

MORDA. Allí hay un hombre... ¡Oh! Por aquí... (Mirando por primer plan izquierda. Aceleradamente intenta huir por detrás de la casa, pero Grimaud le sale al encuentro, amenazándole con un puñal y diciéndole:)

GRIMAUD ¡Alto!

MORDA. ¡Ah! ¡Una emboscada!... Pero, si... (Mirando la puerta de la casa aislada.) La puerta está abierta... ¡Temblad todos!... ¡Temed mi venganza!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Estoy salvado! (Abre empujando la puerta de la casa aislada, y en el dintel aparece Artagnan, provisto de una pistola en cada mano, quien grita:)

ARTAGNAN ¡Buenas noches!...

MORDA. (Retrocede, aterrado.) ¡Condenación! (Todos muestran su alegría excepto Athos.)

ARTAGNAN (Con calma.) Ilustre caballero de Mordaunt: casa con dos puertas mala es de guardar, y aun diré imposible, cuando una de esas puertas cede fácilmente al empuje de un cuerpo humano.

MORDA. (Antes de morir...) (Acaricia, disimuladamente, la culata de una pistola.)

ARTAGNAN Señor Mordaunt: ya que después de tanto tiempo perdido corriendo unos tras otros, el azar nos junta al fin, hablemos un poco, si gustáis.

MORDA. Os escucho.

ARTAGNAN Me parece que cambiáis de traje con tanta frecuencia como la gente de teatro.

ARAMIS Poco hace os he visto vestido de asesino.

MORDA. En cambio, ahora parezco vestido como cualquiera a quien hayan de asesinar.

PORTHOS ¡Ah, señor! ¿Cómo podéis decir tal cosa entre caballeros, y llevando, como lleváis, espada?

MORDA. No hay espada que valga contra cuatro espadas y cuatro puñales.

ARTAGNAN Dejad eso y vamos a la cuestión. Me permito, señor, preguntaros por qué cambiáis con tanta frecuencia vuestro traje? La careta os está muy bien; la barba postiza os sienta maravillosamente, y en cuanto al hacha, no creo que os viniera mal en este momento. ¿Por qué la habéis dejado?

MORDA. Recordando la escena de Armentieres, he pensado que encontraría cuatro hachas en vez de una, porque daría con cuatro verdugos.

ARTAGNAN (Con calma.) Aunque profundamente vicioso y corrompido, sois joven, y eso hace que no responda a vuestro frívolo discurso; frívolo, sí, pues la escena de Armentieres nada tiene que ver con la situación presente. En efecto, nosotros no podíamos ofrecer a vuestra madre una espada para defenderse; pero a vos, que sabéis manejarla tan bien como la pistola y el puñal, así como el hacha, no hay quien no pueda pediros el favor de un duelo.

MORDA. ¿Es un duelo lo que buscáis?

ARTAGNAN (Con sangre fría.) Vamos al arreglo de este asunto tan bien como podamos. ¿Confe-

sáis que tenéis gran deseo de matarnos a todos?

MORDA. Sí; ¡a todos!

ARTAGNAN (A Aramis.) ¡Es un grande honor!...

ARAMIS (Tira su sombrero al suelo, y saludando con gracia a Mordaunt.) A vuestras órdenes; si no tenéis nada que decir, empezaré yo.

PORTHOS ¡Alto! Yo soy el primero.

ARAMIS Dispensad, Porthos.

ARTAGNAN Señores, tranquilizaos y dejadme la iniciativa que he tomado. (Tira de espada con gesto terrible.) Por lo tanto, soy yo quien empezará; lo deseo, ¡lo quiero! (A Mordaunt.) ¡En guardia! Cuando gustéis.

MORDA. Estáis discutiendo quién ha de ser el primero, y creo que debierais consultarlo conmigo.

ARTAGNAN Es muy justo.

MORDA. Sea el primero quien, no creyéndose con derecho para llamarse conde de la Fére se hace llamar Athos. (Con voz fuerte.)

ATHOS (Saliendo a escena.) ¡Señor Mordaunt, todo duelo entre nosotros es imposible!

MORDA. ¡Ah! ¡Ved uno que tiene miedo!

ARTAGNAN ¡Voto a Cribas! ¿Quién ha dicho que Athos sienta miedo?

ATHOS (Sonriendo, triste y despreciativo.) Dejad que diga.

ARTAGNAN ¿Es vuestra resolución?

ATHOS Irrevocable.

ARTAGNAN Está bien; no se hable más. Señor de Mordaunt, el conde de la Fére no quiere haceros el honor de batirse con vos. Escoged uno cualquiera de nosotros.

MORDA. En no batiéndome con él lo mismo es uno que otro.

ARTAGNAN Así pues, ¿estáis pronto?

MORDA. (Tirando de espada y probando la punta en su bota.) Os aguardo.

ARTAGNAN Tened cuidado, pues tiro bien.

MORDA. Y yo mejor.

ARTAGNAN ¿Mejor? Eso tranquiliza mi conciencia. ¡En guardia!

MORDA. Dejadnos buen espacio.

ARTAGNAN Separarse, amigos: no diga el señor Mordaunt que no sois galantes. (Se apartan. Ellos cruzan las espadas.)

ATHOS (A Artagnan.) ¡En nombre del cielo!...

ARTAGNAN (Severo.) ¡El lo dispone! (Mordaunt va cambiando de sitio, buscando la sombra. Riñen acaloradamente.) ¡Ah! ¿Cambias de lugar?... Algo gano, pues no veo tu repugnante cara. (Mordaunt, en la sombra, alarga la mano y suelta un pistoletazo a su rival.)

MORDA. ¡Toma!... ¡Van cuatro!

ARTAGNAN Te equivocas. Tu bala no tropezó con mi cuerpo. (Luchan furiosamente.) A ver si doy con el tuyo de Judas. (Athos se retira dolorido.) ¡Toma, tú! (Tirándose a fondo.)

MORDA. (Tentándose el brazo izquierdo.) Un miserable rasguño... ¡Mejores son las heridas que yo infiero! ¡Recordad al verdugo de Bethune, a mi tío de Winter y al rey Carlos!

ARTAGNAN (Ciego de coraje.) ¡En guardia. Vil, traidor, asesino e infame como tu madre!... (Sostienen una lucha empeñadísima, pero rápidamente Artagnan se tira a fondo, esta vez con resultado.)

MORDA. ¡Ah! ¡Maldito seas! (Suelta la espada, cae y muere.)

PORTHOS
ARAMIS
GRIMAUD } ¡Muerto!

ARTAGNAN ¡Tu maldición yo la maldigo! ¡Verdugo de Bethune..., lord de Winter..., Carlos I..., ya estáis vengados! ¡Dormid en paz! (Cuadro.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

SOLICO EN EL MUNDO

ENTREMÉS

LIBRARY
DEC 28 1915
UNIVERSITY OF TORONTO.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

SOLICO EN EL MUNDO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por sus autores para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45.—BARCELONA

SOLICO EN EL MUNDO

ENTREMÉS

DE

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

Escrito exprofeso para MARÍA PALOU, y estrenado en los teatros Apolo, de Madrid, y Pignatelli, de Zaragoza, el 5 de Marzo de 1911

pp 1-19.

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

A Alberto Casañal Shakery,

padrino de CRESPULÍN,

que ya no está «solico en el mundo», en testimonio de gratitud y simpatía,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

Personajes	Actores
MANOLICA	*María Palou.*
PACORRO	*José Moncayo.*

En Zaragoza estrenaron estos papeles la señorita Velasco y el señor Lacasa.

SOLICO EN EL MUNDO

Corralillo en casa del padre de Manolica, labrador humilde de Canales, pueblo de Aragón. Al foro, tapia y puerta que da a la calle. A la izquierda de la actriz—ya estamos cansados de dar la preferencia a la del actor, siguiendo una rutina poco galante,—otra puerta, que comunica con el interior de la casa. Hacia la derecha, una pila de lavar ropa. Dos sillas viejas. Es de día.

MANOLICA, moza de buen ver, gentil y resuelta, sale de la casa riéndose. Trae los brazos al aire, como de estar lavando. Habla con el gracioso dejo baturro.

MANOLI. Los dimoños en el cuerpo tié la creatura. Si no le voy a la mano pronto, le corta las orejas al gato. Y las echa en la olla, que eso hubiá sido lo pior. Barrabás anda suelto por la casa dende que él vino. (Se pone a lavar.) ¡Pobre Nicanora! ¡el gusto que le daría vélo ya con seis años, que pa las fiestas del pueblo los hace! ¡Válgame Dios, y cómo pasa el tiempo! (Canta mientras lava.)

El matrimoño y el baño
tienen que ser de repente...

Me paice como que hurgan en la puerta... ¡Alante quien sea, que está abierto!

(Viendo que no entra nadie.) Jué feguración. (Torna a la copla.)

El matrimoño y el baño
tienen que ser de repente,
porque al que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.

(Llaman a la puerta del foro.) ¿No icía yo? ¡Alante quien sea! (Llaman otra vez.) ¡Alante, que está abierto! (Espera en vano.) A la cuenta va a ser una groma. (Llégase a la puerta y la abre. Aparece en ella PACORRO, de baturro.) Güen hombre, ¿es usté sordo? (Pacorro la mira y no contesta.) ¡Que si es usté sordo!

PACORRO ¡Ojalá lo juera!

MANOLI. ¿Sordo?

PACORRO ¡Y mudo!

MANOLI. ¿Mudo, pa qué?

PACORRO ¡Pa no poder icíle a usté a lo que vengo!

MANOLI. Pus con dar media güelta y marcháse...

PACORRO ¡Toma! ¡Si es que se lo tengo que icir!

MANOLI. ¿Es alguna disgracia? ¿Viene usté de Rincones? Allá tié mi padre familia.

PACORRO Pus no yengo de Rincones, no; que vengo de Alcudera.

MANOLI. ¿De Alcudera? ¿Y a qué viene usté de Alcudera?

PACORRO A véla a usté. ¿No es usté Manolica, la hija de Demetrio?

MANOLI. La mesma soy.

PACORRO ¡Pus no sabe usté lo que lo siento, maña!

MANOLI. ¿Pero no ice usté que viene a véme, hombre de Dios?

PACORRO Sí, por cierto; pero es el caso que no quisiá véla. Porque como no le traigo nengún regalico...

MANOLI. Vaya, vaya, traiga lo que traiga, entre usté si ha de entrar y diga lo que sea si ha de icílo, que no es cosa de que nos pasemos así toa la mañana. (Vuélvese a la pila, y recoge las prendas que estaba lavando.)

PACORRO A la juerza ahorcan. (Se adelanta como a remolque hacia Manolica, cerrando primero la puerta.) Güenos días.

MANOLI. Güenos días.

PACORRO ¿Cómo lo pasa usté?

MANOLI. Yo, bien, ¿y usté?

PACORRO De mí no se cuide. ¿El padre, güeno?

MANOLI. Güeno, a Dios gracias.

PACORRO ¿Y la madre? ¿Y la agüela?

MANOLI. A Dios gracias, güenas tamién. Salú no falta.

PACORRO ¡Miá qué contratiempo!

MANOLI. ¿Contratiempo que haiga salú?

PACORRO To hay que explicálo. Si hubiá en la casa alguno siquiá con dolor de cabeza, o con dolor de muelas, como se ice que unos desgustos traen otros, ya podía yo soltar el que traigo a toa satisfaición. Pero en una casa en que tos están alegres y con salú, venir yo a hacer un estropicio...

MANOLI. Acabará usté por poném en cuidao. ¿Es que de veras trae usté un desgusto?

PACORRO Traigo dos: el desgusto que traigo... y el desgusto de traélo.

MANOLI. Siéntese usté.

PACORRO Y amás, me recibe usté con fenuras. Y amás, tié usté una cara como un amanecer.

MANOLI. ¿Tamién le pesa eso?

PACORRO ¡Relente! ¿no me ha de pesar? ¡Si juá usté fea, ya le hubiá yo soltau el desgusto pa echar a correr y no véla, y me habría librau de esta pesaúmbre! Pero con esa cara que tié usté... ¿quién echa a correr si no es pa topála?

MANOLI. ¡Repaño con el hombre! ¡Pa icir lo que trae quié ser sordo, quié ser mudo, quié que no haiga salú en mi casa, quié que yo sea fea!... ¿Qué encarguico tan tinebroso es ése? ¡Acabe usté de reventar!

PACORRO Pues allá va, maña; que eso es lo que

estaba yo asperando; que usté me arrempujara un poquico. Allá va.

MANOLI. Venga.

PACORRO ¡Allá va!

MANOLI. ¡Venga!

PACORRO ¿Sabe usté quién se ha muerto?

MANOLI. ¿Quién?

PACORRO Atanasio Rastrillo.

MANOLI. ¿Que se ha muerto? ¿Atanasio Rastrillo?

PACORRO ¡El mesmo que viste y calza!

MANOLI. ¡Ya era hora!

PACORRO ¿Qué ice usté?

MANOLI. ¡Que ya era hora!

PACORRO ¿Ese es to el risponso que le reza?

MANOLI. Y haticuenta que no bailo una jotica porque no es cristiano. ¡Bien muerto está! ¡Sí que es un desgusto el que me trae! Hombre más perro que ése no ha nacido. ¡Ya le tostarán los güesos en los infiernos, ya! ¿Usté era amigo suyo?

PACORRO Como no tuvo otro.

MANOLI. Lobos de la mesma camada... El Siñor nos libre. (Sepárase un poco de él.)

PACORRO Lobos, no: vea usté lo que son contradiciones. Si él era lobo, yo soy un corderico.

MANOLI. ¿Y de qué se ha muerto?

PACORRO Del último medíco que ha ido al pueblo, que es igoísta.

MANOLI. ¿Por qué?

PACORRO Porque paice que se quié quedar solo. ¡Relente! ¡y oué maña tié el hombre pa mandar cristianos al otro mundo!

MANOLI. Pus ea, que el Siñor los perdone a los dos, al muerto y al vivo. ¿Era eso to lo que usté tuvía que icíme?

PACORRO Ahura empiezo, maña; ahura empiezo.

MANOLI. ¡Repaño! ¿Qué empieza usté ahura?

PACORRO ¡Entérese usté de esta cartica del defunto. que me la escrebió viéndose esamparau

con el medíco solo, un día antes de cerrar el ojo pa siempre.

MANOLI. ¿Una cartica?

PACORRO Escuche usté. Así ice. (Lee la carta, atendido con gran interés por Manolica.) «Pacorro»—yo me llamo Pacorro:—«Has de saber que estoy malico de muerte va ya pa dos días, y que me sospecho que no me queda aguante ni pa otros dos. Ganas de vivir no me faltan; pero las juerzas se van por menutos. El medíco nuevo se ha liau con mí y ca cuartico de hora me da una melecina. Va a poder más que yo. Y por si la velica se apaga, quió descargáme de culpas con tú, que eres mi güen amigo.» (Enternecido.) ¡Pobre Atanasio! ¿No se ablanda un i piedra, maña?

MANOLI. Siga usté la letura.

PACORRO «De toas las fechurías que hi hecho en este mundo, una hay que no me deja morir tranquilo. Yo tuve un hijo con Nicanora, que en gloria esté, la hija del siñor Domingo el cestero, que en gloria esté, y por consejos de mi hermana la viuda, que en gloria esté, abandoné de mala manera al retoñico y a la madre. Cuando ella se murió, que hace más de tres años ya, supe yo que el hijo de mi sangre lo había recogido una moceta muy amiga de Nicanora, que en gloria esté, y que se llama Manolica Lafuente, porque es hija del siñor Demetrio Lafuente, que en gloria esté.»

MANOLI. ¡Oiga usté, que mi padre no está en gloria; que mi padre vive, a Dios gracias!

PACORRO Y sea por muchos años, moceta. El enfeliz, viéndose morir... paice ser que quería encontráse presonas conocidas en el otro barrio. (Sigue leyendo.) «De modo y manera, Pacorro, que como un chico es una carga, y el chico es hijo mío, y tú eres como si juá yo, es mi ultíma voluntá que

vayas a Canales, que preguntes por Manolica la de Demetrio, que la vesites, que le pidas a mi hijo, y que lo recojas y lo críes y lo hagas un hombre de provecho a tu lao, como si juás su legitímo padre. Y adiós, Pacorro, que la voz me se apaga... y me se va la vista... y me se va la cabeza... y me voy yo tamién pa no golver más. Atanasio.»

MANOLI. ¡Que en gloria esté!... ¡Miá el risuello que ha tuvido el hombre! ¡Estos que nacen travesaus hasta ultíma hora están metiendo ruido!

PACORRO Recebir yo esta carta y tomar el camino de Alcudera al galope, to jué la mesma cosa. Temblando iba de no llegar a tiempo a la cabecera de mi amigo, pero quiso la Virgen del Pilar que llegara, y allí le juré cumplir to lo que me pedía. Y por el chico vengo.

(Pausa.)

MANOLI. Pues miusté: en el pueblo hay más chicos que gurriones. Se pué usté llevar el que quiera; pero lo que es éste de Nicanora, éste no se lo lleva usté.

PACORRO ¿Que no me lo llevo? ¿Y esta carta, maña?

MANOLI. ¡Esa carta yo no la hi oído!

PACORRO ¿Es usté sorda?

MANOLI. Cuasi cuasi.

PACORRO Poco a poco, ¿eh? que aquí no valen callejuelas. Ripito que esta carta...

MANOLI. Esa carta no es de Atanasio.

PACORRO ¿No lo ha de ser?

MANOLI. No, siñor: la letra no es suya.

PACORRO ¡Relente! ¡Si él no sabía escrebir!

MANOLI. ¡Pus que hubiá aprendido! ¡Pa una cosa tan grave!...

PACORRO ¿Y qué más da, si él la ditó de su puño y letra?

MANOLI. ¿Y en qué se conoce que él la ditara?

PACORRO (Después de darle varias vueltas a la carta, perplejo.)

Se conoce... se conoce... Miusté, maña, eso es por demás... ¿En qué se ha e conocer? ¿Quiusté conocer una carta en la voz? ¡Como no se conozga en que güele a tabaco picau, que era el que él fumaba!

MANOLI. ¡No me vale!

PACORRO ¡O en la fecha, ¡relente! que es de un día antes de estirar la patica!

MANOLI. ¡No me vale! ¿Hay testigos?

PACORRO ¿Testigos en un nigocio de tanta riserva? ¡Ni el que escrebió la carta jué testigo; que la escrebió en el cuarto de al lao!

MANOLI. ¡Repaño con el hombre! ¡Ya pudo hacer el viaje sin icir esta boca es mía! Disprecia y abandona a la probecica Nicanora y la deja moríse de hambre, y dimpués de muerta no le manda icir siquiá una misica; se queda su hijo solico en el mundo sin calor de naide, lo recojo yo con mil desgustos en mi casa, que hasta me costó riñir con un novio que entonces tuvía, lo saco alante con mis cuidaos y mis ternuras, que estaba el probecico enclenque y esmirriau que era una compasión, y cuando va a cumplir los seis años y paice un perdigoncico por lo saltarín, se le ocurre al mal padre moríse tamién, y disponer de él a su antojo en una cartica. ¡Póngale usté a él un teligrama pa que llegue antes, iciéndole de parte mía que se limpie, que está de güevo! ¡El chico no se asepara de mis sayas!

PACORRO (Reflexivo.) ¿Sabía yo o no sabía yo que traía un desgusto? ¡Mal nigocio es éste, moceta!

MANOLI. Pa usté será, güen hombre. Tire usté por onde tire, yo el chico no lo suelto. ¡Hijico e mi alma!

PACORRO Es lo pior que podía pasáme. Yo quería llevámelo por güenas. Entre el estomágo y la faja traía la cartica, y no la sentía

cuasi. Y ahura me paice un sinapismo. Le hi jurao a Atanasio hacer su voluntá, y a tuertas o a drechas la hi de hacer, aunque tenga que valéme de la justicia.

MANOLI. (Asustada.) ¿De la justicia?

PACORRO Si usté se cierra en no soltálo, ¿qué rimedio? Yo hi de cumplir la voluntá del padre.

MANOLI. ¿Pero cuál es esa voluntá, si va usté a mirála, sino que el probecico no esté esamparau? ¿Es que lo está a mi lao por un por si acaso? ¿Iba usté a dále mejores tratos que los míos? ¿Iba usté a dormílo en sus brazos como lo duermo yo? Un besico que usté le diera, ¿le iba a saber como los de mi boca? Acostumbrau a mis manos cuando lo visto, las de usté ¿no habían de lastimále? (Llorosa.) ¡Siñor Pacorro u como le digan, usté tié mirar de güen alma: venga usté a ver a Crespulín cuantas veces quiera, pero no lo aparte de mi lao!

PACORRO ¿Va usté a llorar, creatura?

MANOLI. ¿Le paice a usté que es de risa el lance, y me ha amenazau con la justicia? ¡Probecico mío! ¡Nació el enfeliz con mala estrella!

(Silencio. Ella gimotea un momento y se enjuga las lágrimas. Él la contempla. Después se mira las manos y dice:)

PACORRO En lo de las manos, la razón es razón: no cabe duda. Las mías están endurecías por el trebajo, y las suyas paicen dos palomicas. Y tocante a los besos... entre los míos y los de ella... ¡hay que ponése en el pellejo de Crespulín! Sobre to... cuando deje de ser Crespulín pa ser Crespúlo. . Porque tié usté una boca, maña... que... que... Pero no, ¡relente! ¡la cartica es la cartica! ¡Y me está mordiendo como un perro e presa!

MANOLI. ¿Por qué no habla usté de ello con el cura?

PACORRO ¿Con el de mi pueblo? ¡Porque tié un sobrino cerero y lo arregla to con velicas pa las tronadas!

MANOLI. Con tal que lo arregle... Miusté, Pacorro, que mientras más lo pienso, me se hace más una montaña. En mi casa son tos a querer y a mimar a Crespulín.

PACORRO En mi casa sería lo mesmo. Eso no. ¿Cuántos son ustés de familia?

MANOLI. Pus mis padres y mi agüela y mi hermano y yo.

PACORRO Total, cinco presonas. En mi casa semos decisiete. Allá nos ajuntaremos más pa festejálo.

MANOLI. ¿Decisiete presonas son ustés en la casa?

PACORRO Ni una menos. Mi padre y mi madre y catorce hermanos y yo. Y cuatro que se murieron antes de granar.

MANOLI. ¡Ave María! Si su padre de usté juá rey, se habrían quedau sordos tos en el pueblo.

PACORRO ¿Por qué?

MANOLI. ¡Por los cañonazos que hubián tirau al nacer tantos chicos!

PACORRO (Riéndose.) ¡Eso está gracioso! Pus oiga usté, Manolica, lo más entrevesau de referir. Hasta el año pasau, que se empeñó el cura, no se han casau por la iglesia mi padre y mi madre.

MANOLI. ¿Hasta el año pasau?

PACORRO ¿Y sabe usté lo que mi padre icía? Sin casáme hi tuvido decinueve hijos... ¡Recontra! ¡si me llego a casar!

MANOLI. (Riéndose.) Tamién eso es gracioso. Pero cuenta que el no casáse... es faltále a la Iglesia.

PACORRO Es faltále, sí. Y a to esto, Crespulín, ¿ónde está?

MANOLI. ¿Crespulín? ¿Pero güelve usté a la cartica? Es usté tozudo.

PACORRO Soy formal. Hi jurao lo que hi jurao,

y basta. Sobre que ya rabio por conocélo.

MANOLI. Eso sí. La agüela se lo llevó un rato a la calle pa que no enredara en la cocina. Pero va usté a ver un retratico. (Saca del seno un medallón que lleva pendiente de una cadenita.)

PACORRO ¿Ahí lo lleva usté?

MANOLI. Ande mesmo lo llevaría su madre. Miálo. ¡Qué ajeno está él a estas desputas! (Pacorro se acerca a Manolica y mira alternativamente el retrato del niño y la cara de la muchacha.) ¿Qué mira usté tanto?

PACORRO Que se paice a usté, Manolica.

MANOLI. Eso icen. Se conoce que de lo mucho que lo hi mirau, me copia como si juá un espejico.

PACORRO ¡Precioso!

MANOLI. Precioso, ¿verdá?

PACORRO ¡Precioso! ¡Pa coméselo de un bocau!

MANOLI. ¿Verdá que sí?

PACORRO ¡Y está solico!

MANOLI. ¡Solico en el mundo!

PACORRO No, maña, no; ¡si to esto lo icía por un lunar que tié usté debajico e la barba!

MANOLI. ¡Sí que es usté reparaor!

(Guárdase el retrato. Pausa. Se miran.)

PACORRO Nos himos quedau tartamudos.

MANOLI. Priocupâus.

PACORRO Y pué ser que estemos los dos pensando lo mesmo.

MANOLI. Pué ser.

PACORRO ¿Usté en qué piensa?

MANOLI. En Crespulín. ¿Y usté?

PACORRO En Atanasio. Paice que no es lo mesmo... y es lo mesmo. Usté me ha dicho que antes le costó el chico riñir con su novio.

MANOLI. Riñir con el novio me costó.

PACORRO ¡Relente, qué ideíca!

MANOLI. ¿Una ideíca?

PACORRO ¡Con ésta no contaba Atanasio!

MANOLI. ¿Pué sabése?

PACORRO Sí pué sabése, sí. Pero antes me va usté

a icir qué colores son ésos que se le han salido.

MANOLI. (Ruborosa.) Digo yo si serán los mesmos que usté tuvía, que ahura no los tiene.

PACORRO To pué ser. Yo no estoy en mí dende que me se ocurrió la ideíca. Siento unos trasudores...

MANOLI. ¿Tan mal pensamiento ha tuvido?

PACORRO Ya le responderé a su tiempo, maña; que no me gusta atropellar las cosas. A la calle me voy a rumiar bien to lo que llevo en la cabeza. Aquí se queda usté... y piense como yo en to lo que ha pasau.

MANOLI. Conformes.

PACORRO Usté se cierra en que de sus brazos no arrancan al chico.

MANOLI. Sí, siñor.

PACORRO Y yo en que hi de cumplir mi juramento.

MANOLI. Sí, siñor.

PACORRO ¡A Crespulín no lo vamos a hacer piazos!

MANOLI. No, siñor.

PACORRO Pero como lo que es de uno pué ser de dos lo mesmo...

MANOLI. Sí, siñor.

PACORRO Y más si es un chico, que nunca se ha visto que sea de uno solo...

MANOLI. ¡No, siñor!

PACORRO Y como usté tira por la madre, y yo por el padre, y usté que no afloja... y yo que no suelto... pus junte usté y baraje usté toas estas cosas que himos hablau y las que no himos hablau tamién... ¡y mañana golveré yo por la rispuesta!

MANOLI. No acabo de entendélo, Pacorro.

PACORRO ¿Conque no? ¡Pus ya dará usté en ello, maña! Madre y agüela tié usté.

MANOLI. Madre y agüela tengo, justamente.

PACORRO Vamos, que apencar con dos suegras...

MANOLI. ¿Qué murmura usté?

PACORRO Na; que se me escapaba la ideíca sin sentílo. Hasta mañana, capullico de rosa.

MANOLI. Hasta mañana, güen amigo.

PACORRO ¿Qué coplica estaba usté cantando cuando yo llegué?

MANOLI. No me ricuerdo ahura.

PACORRO ¿No se ricuerda y me mira usté con el rabillo del ojo?

MANOLI. Pus no me ricuerdo.

PACORRO De matrimoño y de baño me paice que era.

MANOLI. Pué ser que juá ésta, entonces.

El matrimoño y el baño
tienen que ser de repente,
porque el que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.

PACORRO ¡Ridiez! ¡Tos los tiricos van al blanco! Hasta mañana, Manolica.

MANOLI. Pacorro, hasta mañana.

PACORRO Adiós. (Se va, mirándola siempre. Manolica cierra la puerta.)

MANOLI. ¡Güeno, güeno; Crespulín va a enredar las cosas! Porque ya comprendo la ideíca, ya. Me ha dejau confusa ese hombre. Y no es mal plantau. Y malos sentimientos no paice tener. ¡Vaya, vaya; yo no duermo esta noche! (Se acerca de nuevo a la pila y sigue maquinalmente su faena. Dentro se oye de pronto cantar la siguiente jota, con voz entera y varonil. Manolica, sorprendida, suspende su trabajo y se pregunta:) ¿Quién canta?

VOZ

Déjame con la ilusión,
maña, que te mande un beso,
porque me da el corazón
que himos de parar en eso.

MANOLI. ¿Pero es Pacorro? (Encamínase hacia la puerta a tiempo que Pacorro asoma la cabeza por cima de la tapia.)

PACORRO ¿Qué le ha paicido la coplica?

MANOLI. ¡Que tié usté muy poca pacencia!

PACORRO La letrica me la enseñó mi padre. La voz es de un amigo que me ha acompañau dende el pueblo.

MANOLI. Entonces, ¿qué es lo que ha puesto usté?

PACORRO ¡La intinción de cantála!

MANOLI. No es poco.

(Se ríen.)

PACORRO No es poco, no. ¡Me paice que la ha hecho güena el defunto! ¿Qué le paice a usté?

MANOLI. ¡Allá lo veremos mañana!

PACORRO ¡De aquí a entonces!

MANOLI. ¡Adiós!

PACORRO ¡Adiós! (Se retira.)

MANOLI. (Al público.) Se marcha cofitadico
en que hi de queréle yo...
Y ha sido un probe angelico
que está en el mundo solico,
el ñudo que nos ató.

FIN

ROBERT FRANCHEVILLE

¡¡La puerta se abre!!

Drama en dos actos

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

¡¡LA PUERTA SE ABRE!!

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles y don Julio Villeneau, de Barcelona, son los encargados de conceder o negar el permiso de representarla.

La misma Sociedad de Autores percibirá los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

—

Queda prohibida la venta de este ejemplar. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las compañías que la representen.

—

Reproducción autorizada por el representante de los autores en España.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

-3-

GRAND GUIGNOL

¡¡La puerta se abre!!

DRAMA EN DOS ACTOS

original de

Robert Francheville

arreglado al castellano por

ENRIQUE ARROYO Y CARLOS DOTESIO

Estrenado en el Coliseo Imperial, de Madrid, el 14 Junio de 1915

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
NORA.	*Srta.*	*Delgado-Caro.*
FANNY	»	*Gil López.*
DANIEL	*Sr.*	*Rodríguez de la Vega.*
KUANSS.	»	*Calvera.*
HERMANN	»	*Aguado.*

La acción, en Kylhborg, en la costa del Sund (Suecia). Época actual. Las indicaciones, del lado del espectador.

Los pasajes señalados con asteriscos no son indispensables para la representación de la obra, y podrán suprimirse, como se hizo en el Coliseo Imperial, de Madrid.

ACTO PRIMERO

Gabinete de trabajo del doctor Worke, en una antigua mansión escandinava. A la derecha, primer término, una estufa grande; segundo término, una puerta. A la izquierda, primer término, un secreter; en segundo término, una gran puerta de cristales de ángulo de izquierda al fondo. Conduce al jardín. Cerca de esta puerta, y frente al espectador, una mesa con papeles y libros. Junto a la estufa, una «chaise-longue». El foro, a mitad del fondo del escenario. En el foro, centro, entre una vitrina llena de instrumental de cirujía y una pequeña biblioteca, una puerta de una sola hoja, que al abrirse deja ver un elegante dormitorio, con un «psyché» (espejo con caballete, que estará en lugar visible para el espectador. Esta puerta y el marco deberán ser de madera maciza, para que el efecto sea mayor en el acto segundo. Cuadros antiguos y panoplias de armas. Sobre la biblioteca, un cráneo y un reloj, que señalará las ocho y media. La arquitectura y mobiliario de la estancia han de tener cierto aspecto de antiguo y tétrico.

ESCENA PRIMERA

DANIEL WORKE y luego HERMANN. Al levantarse el telón, Daniel, febrilmente, cuenta unos billetes de banco ante el secreter, que estará abierto.

DANIEL. ¡Catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho... ! ¡Diez y ocho mil coronas! Tenemos lo suficiente para marcharnos! (Llaman a la puerta. Se estremece.) ¡Un mo-

mento! (Introduce apresuradamente los billetes en su cartera, cierra el secreter y se guarda la llave.) ¡Adelante!

HERMANN (Entrando.) Señor doctor: es la vieja Westergoth...

DANIEL ¿Qué quiere esa buena mujer?

HERMANN Desea saber si cree usted preciso el operar a su hija esta tarde.

DANIEL Claro que sí. Pero, ¿por qué?

HERMANN Porque el domingo es la fiesta de Silverdrup...

DANIEL No veo la consecuencia.

HERMANN Dice que si la opera usted hoy, viernes, no podrá acudir el domingo a la taberna de Pétersen, en el puerto, donde la suelen llamar para servir a los parroquianos.

DANIEL ¿Y qué más?

HERMANN ¿Más? Pues..., que la vieja Westergoth dice que esto la haría perder dos coronas y media.

DANIEL ¡Peor para ella!

HERMANN Y le pide a usted que aplace la operación hasta el lunes.

DANIEL No es muy conveniente retardarla más. La muchacha está ya en condiciones de operarla. Además, salgo para Copenhague mañana por la noche, y será fácil que el lunes no haya regresado todavía.

HERMANN ¡Hum!... La vieja Westergoth aguardaría aunque fuese hasta el martes.

DANIEL No. Dígale usted que me esperen hoy a las cuatro.

HERMANN Bien, señor. (Medio mutis.)

DANIEL ¿No han traído el correo, esta mañana?

HERMANN No ha habido ninguna carta; pero mientras salió usted para visitar al burgomaestre, llegó el espejo grande... Ya sabe usted..., el que la señora encargó a Copenhague. Lo desembalamos en seguida. Es un espejo magnífico. ¡Si hubiese visto qué contenta se puso la señora!... (Señalando la puerta del foro.) Ya está colocado

en su habitación. Resulta muy útil para vestirse. Puede uno verse de pies a cabeza.

DANIEL ¡Sí, ya sé! (Impaciente.)

HERMANN Y, además, alegra la habitación. Se encuentra uno menos solo... (Pausa.) Debió usted haber comprado otro para su habitación... Como duerme usted separado de la señora...

DANIEL (Molesto.) ¡Ya supondrás que no necesito que me aconsejes!

HERMANN ¡Ni yo me atrevería, señor doctor! Usted ha estudiado en París, y yo no soy más que un viejo lugareño... Pero esto no impide que en Suecia ocurra como en otras partes. Cuando uno es joven y la mujer también, no piensan en separarse el uno del otro.

DANIEL ¡Vamos, Hermann! ¿Acabarás de charlar?

HERMANN Digo la verdad. No vale la pena de casarse si uno debe vivir dándose la espalda. ¡Sí, señor, sí! (Haciendo mutis por la derecha y murmurando.) ¡Ya digo yo que...!

ESCENA II

DANIEL solo; luego, FANNY.

DANIEL (Por Hermann.) ¡Uf! Veamos ahora el horario de los vapores. (Toma un indicador y se sienta a la mesa.) Kylhborg-Copenhague, 5'50... Salida a las ocho noche... Hamburgo, ocho cuarenta y dos mañana. Brenner... Colonia, siete veintiocho... (Fanny entra por el fondo, dejando la puerta abierta, viéndose un dormitorio elegante con el «psyché» (espejo). Daniel, sin volverse, toma un libro de la mesa y lo abre, cubriendo así el indicador de vapores. No se mueve, fingiendo estar absorbido en su lectura. Pausa. Fanny se acerca a él. Es rubia y viste un traje hechura sastre, de campo. Lleva el sombrero en la mano.)

FANNY (Tímidamente.) Buenos días... ¿Te molesto?

DANIEL (Secamente.) No. ¿Qué quieres?

FANNY Nada..., venía a darte los buenos días.

DANIEL (Id.) ¡Ah! Buenos días...

FANNY Buenos días, Daniel. (Se inclina en vano, para darle un beso. Daniel no vuelve la cabeza. Fanny suspira y se dirige a su habitación a ponerse el sombrero ante el «psyché».)

FANNY (Desde la habitación.) ¿Ya sabes que mi «psyché» llegó esta mañana?

DANIEL (Impasible.) Sí, lo sé.

FANNY ¡Fíjate qué limpidez la de este cristal!

DANIEL Sí..., sí... (Volviéndose.) ¿Vas a salir?

FANNY (Bajando hacia el proscenio.) Sí, voy a pasear a orillas del «fiord» de Lindstrom, a coger algunas flores y a disfrutar del «último sol» del año... ¿No te gustaría?...

DANIEL No.

FANNY (Tristemente.) (¡Es porque voy yo!)

DANIEL Desde que murió mi colega el doctor Kershult soy el único médico de Kyhlborg, y no dispongo de tiempo para pasearme. ¡Que lo disfrutes, Fanny!...

FANNY Gracias.

DANIEL ¡Ah! Y de paso pregunta al embarcadero a qué hora sale vapor. Creo que el indicador está equivocado.

FANNY ¿Vas a hacer un viaje?

DANIEL Necesito ir a Copenhague para comprar unos instrumentos que me faltan.

FANNY (Humildemente.) Si no te molestase..., me gustaría ir contigo.

DANIEL ¿A dónde? ¿A Copenhague?

FANNY Sí... La estación avanza; dentro de ocho días estará todo cubierto de nieve. Yo también tengo mis compras por hacer.

DANIEL (Malhumorado.) Bueno..., sí..., si te empeñas... (Va a llamar.)

FANNY (Después de haberle observado.) ¡No..., dejémoslo...! (Se abrocha los guantes. Hermann entra por la derecha, con una tarjeta en una bandeja.)

ESCENA III

Dichos y HERMANN.

DANIEL (A Hermann.) Toma el estuche de cirujía número 3 y llévalo inmediatamente a casa de la vieja Westergoth.

HERMANN Está bien, señor.

DANIEL ¿Qué? ¿Espera alguien en la consulta?

HERMANN (Presentándole la tarjeta.) Sí, la señora viuda Johanson, la hija del brujo.

FANNY (Con desesperación.) (¡Siempre esa mujer!)

DANIEL ¡Hermann! Te prohibo usar esa expresión. El señor Kuanss no es un brujo...

HERMANN ¿No, eh? Un hombre que hace bailar las mesas y habla de noche con los fantasmas...

DANIEL ¡Eres un viejo ignorante! ¡Cállate!

HERMANN Bueno, pues la señora viuda de Johanson..., la hija del señor Kuanss.

DANIEL Una amiga de la infancia y una buena cliente. (A Hermann.) Que pase. (Hermann sale. Pausa.)

FANNY (Nerviosa, abrochándose los guantes.) Por lo visto esa viudita tiene necesidad de consultarte con frecuencia...

DANIEL Mejor. No debemos quejarnos por ello.

FANNY Pues parece gozar de muy buena salud.

DANIEL Está muy enferma.

FANNY (Agresiva.) ¿Qué es lo que tiene?

DANIEL (Molesto.) ¡No sé!

FANNY (En un arranque de rebelión.) ¡Yo sí lo sé!

DANIEL (Sobresaltado.) ¡Eh!

FANNY (Volviendo a su humildad y en tono de súplica.) ¡Daniel! ¡Tú no me quieres! ¿Por qué no me quieres...? ¡Dí! (Daniel hace un gesto de impaciencia. Entra Nora Johanson, acompañada por Hermann. Se detiene en el dintel de la puerta.)

ESCENA IV

DANIEL, FANNY y NORA.

DANIEL Pase usted, Nora.

NORA (Entrando.) Buenos días, querido doctor.

FANNY (A Nora, esforzándose por parecer amable.) Buenos días. ¿Cómo está usted?

NORA (Maquinalmente.) Muy bien, gracias.

FANNY (Con rabia.) (¡Dice que está muy bien... !)

DANIEL (A Nora.) Conque... ¿qué tal? ¿cómo se encuentra?...

NORA Doctor..., yo...

DANIEL Veamos. (Volviéndose a Fanny para que se marche.) Fanny, perdona..., pero...

FANNY (Con dignidad.) ¡Ya iba a retirarme !...

DANIEL No quise decir...

FANNY (Saludando fríamente a Nora.) Señora... (Sale por la puerta de cristales. Sin moverse de su sitio, Daniel y Nora la ven alejarse. Oyese cerrar la puerta del jardín y la campanilla de la misma. Daniel va a asegurarse de que Fanny se ha marchado efectivamente.)

ESCENA V

DANIEL y NORA. Abrázanse en silencio, apasionadamente. Pequeña pausa.

DANIEL (Con brevedad.) He examinado el horario. El rápido sale de Copenhague a las ocho de la noche.

NORA Entonces... ¿será mañana?

DANIEL Sí, pero no olvides de que tú sales hoy de aquí, en el vapor de las cuatro.. , para que no nos vean juntos.

NORA. Saldré a las cuatro.

DANIEL Yo iré mañana a tomar el vapor en la escala de Fagerlund, a las seis. A esa hora es ya de noche. Nos encontraremos en la estación de Copenhague... Vale más que comamos separadamente.

NORA Tienes razón.

DANIEL ¿Estás dispuesta?

NORA Sí.

DANIEL ¿Y tu padre? ¿No sospechará?

NORA No. ¡Pobre!... Cada día está más absorbido con las mesas que giran y con sus evocaciones de ultratumba. Desde que mi madre murió, cualquiera diría que la ha acompañado hacia el más allá. Ya no se ocupa de la vida.

DANIEL Entonces ocupémonos de la nuestra. ¡Nora! ¿Estás contenta?

NORA ¡Ay, no sé! Mi corazón se halla como anegado entre la felicidad y el temor. Lo que vamos a hacer me asusta.

DANIEL Es la única solución posible.

NORA Sí, pero es atroz.

DANIEL Aun podemos desecharla. Pero es preciso que tú...

NORA ¿Sea tu amante?... ¿Aquí? ¡No, Daniel! Bien sabes que no puede ser. ¡Un amor como el nuestro sería imposible que permaneciese secreto en un pueblo de quinientos habitantes, donde nos hemos criado, donde han vivido nuestros padres, donde todo el mundo nos conoce! No, no. Aquí hay muchas miradas que acechan, muchos oídos que escuchan y muchas lenguas que murmuran.

DANIEL Entonces tengo razón. Vale más marcharse.

NORA ¡Sea!... Yo soy libre..., pero ¿y tú? Tú tienes deberes que cumplir... ¿Has reflexionado bien?

DANIEL ¡Qué me importa! Sólo sé una cosa: que te quiero! ¡Que te quiero para mí solo! ¡Y eso me basta!

NORA No basta que me quieras con tus sentidos, Daniel; es preciso que me ames con el corazón. ¿Estás seguro de amarme lo suficiente para no lamentar jamás, *suceda*

lo que sucediere, la acción que cometes, y olvidarte del hogar que abandonas?

DANIEL No me lamentaré de nada ni me acordaré de nadie.

NORA Sin embargo, tienes una esposa que...

DANIEL (Tapándole la boca.) ¡Calla! No quiero que me hables de ella. A ti sólo dediqué mis ensueños de niño, y todo el fervor de mi juventud... ¡Tú sola eres mi mujer! Oyelo bien, mi verdadera mujer, a despecho de la ley y de las conveniencias sociales... ¡Y por eso experimento en mí una sensación de estupor, de angustia y rebelión cuando pienso que esta casa no es la tuya!...

NORA (Con melancolía.) Sí..., ¡vieja mansión familiar tan llena de recuerdos para nosotros! ¡Ah, Daniel! Qué hemos hecho, o, mejor dicho, ¿qué han hecho de nuestras vidas?

DANIEL Y tan fácil como hubiera sido alcanzar la felicidad... La ambición de nuestros padres nos hizo desgraciados. Quisieron que yo fuese un sabio... a la moderna, y tú una gran dama... Los míos me enviaron a París para estudiar cirujía, y durante mi ausencia los tuyos te casaron con otro... La historia es vulgar.

NORA ¡Pero hemos sufrido mucho!

DANIEL (Con dulzura.) ¡Nora! ¿Por qué no me esperaste?

NORA (En el mismo tono.) ¿Por qué te fuiste, Daniel?... Marchaste solo..., volvisteis dos.

DANIEL Sí. Al saber que estabas perdida para mí probé de curar aquella herida..., y por despecho, por debilidad, me casé a ciegas, con la primera que encontré. Hasta aquí, la historia sigue siendo vulgar, pero ahora es cuando empieza a ser cruel. A mi vuelta, al establecerme aquí, en el país natal, vuelvo a encontrarte, como en tiempos pasados, en la casa de tu padre...; tu marido ha muerto..., vuelves a ser libre..,

mientras que yo sigo sujeto, encadenado a esa mujer que tomé sin amor y que odio ahora! Sí, ¡que odio, porque te usurpa en mi casa el sitio que te corresponde!...

NORA ¡Desgraciada...!

DANIEL (Con exaltación creciente.) ¿Comprendes, Nora? ¡Es para enloquecer! ¡Ella se interpone entre nosotros! ¡Nada más que ella! ¡Ella es el único obstáculo que subsiste! ¿No pasaremos por encima de ese obstáculo?

NORA Fanny te quiere...

DANIEL Peor para ella. ¿Qué? ¿Es nuestra la culpa de que las farsas de la vida nos hayan separado? ¡Fué una equivocación, y ahora tenemos el derecho..., y quizás el deber, de repararla!

NORA (Reflexiva.) ¡Pero lo que vamos a hacer es espantoso!

DANIEL (Con voz sorda.) ¡Calla! ¡Calla! No hay que reflexionar! ¡Nora! Démonos las manos y avancemos sin volver la mirada hacia atrás. Seamos cínicos para alcanzar nuestra felicidad, *cueste lo que cueste*!

NORA (Convencida.) ¡Sí, sí! ¡Daniel! ¡Soy tuya! ¡Te seguiré! (Se oye llamar a la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

Dichos y HERMANN. Daniel abre la puerta, apareciendo Hermann.

DANIEL ¿Qué hay, Hermann?

HERMANN Hay... que el señor Kuanss está aquí.

NORA (A sí misma.) ¿Mi padre?

HERMANN Y quiere hablar con usted en seguida.

DANIEL Estoy ocupado. Que tenga la bondad de aguardar un minuto.

HERMANN Es que muestra empeño en hablarle en presencia de su hija.

DANIEL ¡Ah! (A Nora, sonriendo.) ¡Vaya, alguna de

sus manías! No le contrariemos. (Nora se encoge de hombros con gesto evasivo. Daniel, a Hermann:) Que pase. (Daniel vuelve a Nora y dice en voz baja y rápidamente:) Ya no nos volveremos a ver antes de la salida. Acuérdate: mañana, por la noche, en la estación de Copenhague, para tomar el rápido de las ocho. ¿Comprendes?

NORA (Estrechando su mano.) No faltaré.

ESCENA VII

Dichos y KUANSS. Entra por la derecha, acompañado de Hermann. Es flaco, amarillo, semeja un espectro. En su rostro muerto sólo resaltan dos ojos de fakir, que brillan con resplandor extraordinario. Cúidese mucho del caracterizado de este personaje.

DANIEL (Yendo a su encuentro.) Buenos días, señor Kuanss. Siéntese.

KUANSS (Permaneciendo de pie.) Gracias. No le molestaré mucho tiempo. Tan sólo esto he de decir: Un instante de locura puede malograr la existencia de los que no han sabido resignarse con su destino. Si el mal es cruel, el remedio será aún más funesto...

DANIEL (Muy rápido.) ¡Señor Kuanss...! ¡Yo...!

KUANSS (Continuando.) De dos seres leales, puede ese instante de locura hacer dos parias. Una tremenda responsabilidad y una sanción terrible pesan sobre el acto que vas a cometer, Daniel Worke... ¡Ten cuidado!

DANIEL (Balbuceando.) Señor Kuanss... No comprendo...

KUANSS Sí me comprendes. Estás horriblemente pálido..., me comprendéis los dos. Vuestra angustia os traiciona.

NORA Padre...

KUANSS ¿Para qué más disimulos? Una voz que no miente ha destruído de antemano cuanto vosotros pudierais inventar... Una voz que no se equivoca me dijo esta no-

che el secreto que vosotros no habéis revelado a nadie. Mañana os debíais encontrar en Copenhague...

DANIEL Eso no es un secreto.

KUANSS ¡Mañana pensáis huir juntos! (Movimiento negativo de Daniel y Nora, pero Kuanss les impide hablar con autoridad imponente.) ¡Yo lo sé...! Estáis poseídos de un abominable delirio, y, sin temor a que vuestros amores sean malditos, habéis resuelto abandonar mañana, tú, a tu esposa, Daniel Worke, y tú, a tu padre.

NORA ¿Quién le ha dicho a usted eso?

KUANSS Alguien que desde lejos vigila estrechamente tu conducta, hija mía. Alguien que aun se interesa por tu honor.

NORA ¿Quién es?

KUANSS Tu madre.

NORA Mi madre está muerta.

KUANSS ¿Crees que sólo los que viven pueden intervenir en nuestros actos? Esta noche tu madre ha estado en casa.

NORA (Aterrada.) ¿Usted la vió?

KUANSS Como os estoy viendo a vosotros. Ella es quien me ha advertido.

DANIEL ¡Usted divaga! ¡Los muertos no vuelven!

KUANS No vuelven, es verdad. Están siempre aquí..., nos rodean, dispuestos a revelarse a los que saben evocarlos... ¡Ah! pero hay que saber...

DANIEL ¡Vamos, señor Kuanss...!

KUANSS Sus apariciones se cuentan por centenares..., por millares. Mi maestro, Allan Kardec, las ha demostrado teóricamente; Lombroso las ha materializado; William Crookes fotografió el espectro de Katie King...

DANIEL (Interrumpiéndole, con impaciencia.) ¿Usted se figura que yo voy a creer esos cuentos del otro mundo?

KUANSS Quizás los creas algún día, Daniel Wor-

ke. Se comprende mejor lo que dicen los muertos a medida que uno se acerca a ellos... Tú estás lejos aún. Alzas con soberbia tu frente hacia el sol. ¡ Eso es propio de tu edad ! Pero yo, el viejo brujo, el espectro, yo que me inclino hacia la tumba para espiar lo que pasa en el más allá..., veo y oigo cosas..., cosas que no percibe el hombre ébrio de juventud, que no quiere y no sabe escuchar más que el palpitar de la vida... La vida ya no palpita en mí...

DANIEL ¿ Entonces, por qué ha venido?

KUANSS Porque a pesar de que este viejo espectro casi no pertenece ya a la tierra, aun le queda suficiente apego a las cosas de este mundo para guardar su honor y defender su hogar. He venido para conjurar una locura irreparable.

DANIEL ¡ Bah ! Sus fantasmas le han trastornado.

KUANSS ¿ Os atreveríais a mirarme cara a cara, y prestarme juramento de que no teníais concertado el huir juntos? (Daniel y Nora vuelven la vista.) ¿ Daniel...? ¿ Nora...? ¿ Volvéis la vista...? (Pausa.)

DANIEL (Con dulzura, sin mirarle.) ¡ Déjenos, señor Kuanss... ! ¡ Hemos llorado..., hemos sufrido tanto !... ¡ Nos queremos !

KUANSS Lo sé..., pero hay que renunciar. Daniel..., Nora. No os marchéis. ¡ Sería una cobardía !

DANIEL (Bajando la cabeza.) Somos cobardes.

KUANSS Es un crimen.

DANIEL Queremos nuestro crimen.

KUANSS Yo impediré que lo cometáis.

DANIEL (Resueltamente.) No.

KUANSS ¡ Insensatos !

DANIEL No, señor Kuanss, usted no lo impedirá. Vuelva usted a sus tinieblas y déjenos frente a la vida..., puesto que palpita aún en nosotros.

KUANSS ¡ Recoja desdichas quien siembre la infelicidad ! ¡ Vamos, Nora !

NORA (Resistiendo tímidamente.) Padre, no debes maldecirnos...

DANIEL Tenemos sed de felicidad. Usted ya no puede comprender eso..., usted...

KUANSS (Tomando a Nora de la mano.) ¡Vamos, Nora!

DANIEL (Reteniéndola.) ¡No! ¡No! No se la llevará usted. ¡Es mía! ¡La quiero y la guardo!

KUANSS ¡No marcharéis!

DANIEL Sí, huiremos. Apártese de nuestro camino. El amor es más fuerte que su autoridad.

KUANSS ¿Acaso más fuerte que la muerte?

NORA ¡Padre!

KUANSS Escucha, Nora. Ya ves que estoy tranquilo, que estoy resuelto. Lo que diga, tú sabes que lo realizaré...

NORA ¿Qué...?

KUANSS Pues bien: ¿o en este instante me juras renunciar para siempre a huir con ese hombre, o de lo contrario me mato en saliendo de aquí.

NORA ¡No! ¡No! ¡Padre!

KUANSS Y si me quito la vida, no os libraréis por eso de mi presencia... Nora, júrame que no te irás.

DANIEL ¡No exija usted un imposible!

NORA ¡Padre mío! ¡Por Dios! No quiero... Yo no puedo...

KUANSS ¡Pronto, Nora! Aguardo tu promesa.

DANIEL ¡Nora! ¡Bien mío! Piensa en que puedes malograr nuestro amor con una sola palabra. ¡No lo jures! ¡Oh, calla, calla!

KUANSS ¿No contestas? Entonces, tú me condenas a muerte.

NORA (Corriendo a él.) ¡No! ¡No! Obedezco, obedezco... ¡No me marcharé!

DANIEL (Desesperado.) ¡Nora!

KUANSS (A Nora.) ¡Tienes que jurarlo!

NORA ¡Lo juro!

DANIEL ¡Ah!

KUANSS Está bien. (Mira a Nora y a Daniel; después, atra-

vesando lentamente la escena sin pronunciar palabra, sale por la puerta de cristales.)

ESCENA VIII

DANIEL y NORA.

DANIEL (Levantándose, después de un largo silencio, con tono de dulce reproche.) ¡Nora!

NORA ¡Se hubiera quitado la vida! Yo no podía consentirlo.

DANIEL Sea. Pero tal juramento no puede ser válido... Te lo ha arrancado a la fuerza.

NORA Sin embargo, yo lo cumpliré.

DANIEL Serás perjura respecto a mí.

NORA Pero no pesará sobre mi conciencia la muerte de mi padre.

DANIEL ¿Luego se acabó? ¿Ya no quieres seguirme?

NORA Ya no puedo.

DANIEL Te esperaré mañana en Copenhague.

NORA ¡No!

DANIEL (Suplicante.) ¡Nora!

NORA (Negando con la cabeza.) ¡No iré!

DANIEL (Cayendo sobre una silla.) ¡Ah, felicidad, felicidad que huyes! ¡Todo se malogró! ¡Ha sido el derrumbamiento de nuestra dicha!

NORA (Acercándose.) ¡Daniel! Yo haré por consolarte..., por reparar el mal que te he causado.

DANIEL (Vivamente y tomándole las manos.) ¿Serás mía?

NORA ¡No..., no me pidas eso!

DANIEL (Con gesto de desesperación.) ¿Entonces..., qué? ¿Qué quieres que sea de mí, sin esperanza de liberación, prisionero de esa mujer que me es odiosa, * que se aferra a *mí, que no me abandonaría aunque supie *ra que la engañaba, aunque le pegase...? *Esa es una muralla invencible y perpe*tua entre nosotros dos.* ¿Qué hacer Nora, qué hacer?

NORA Esperar.

DANIEL ¿Esperar, qué? *¿No comprendes Nora, *que el tiempo es precioso, que la vida *camina inexorablemente, que la juven-*tud poco a poco se nos escapará y que *cada minuto que pasa nos roba la felici-*dad?... ¿Y quieres que me resigne a ver *nuestro amor destruído, toda nuestra *existencia malograda por la presencia de *esa intrusa, que lo comprende y no se *irá?... ¡No, no!..., que sea justo o in-*justo..., la odio, la execro y no puedo *continuar sufriéndola..., no puedo...*

NORA (Prestando oído.) ¡Chist! ¡Escucha! (Pausa. Escuchan. Oyese la campanilla de la puerta del jardín. Rumor de voces fuera.)

DANIEL ¿Eh? ¿Qué será eso?

VOCES CONFUSAS. ¡Poco a poco! ¡Con cuidado! Primero hay que advertir al doctor!...

DANIEL ¡Deben traerme algún herido!... (Se dirige a la puerta de cristales en el mismo instante en que ésta se abre bruscamente y entra Hermann con el semblante descompuesto.)

ESCENA IX

Dichos, HERMANN; luego FANNY.

HERMANN (Con voz entrecortada.) ¡Ay, señor! ¡Venga usted! ¡Venga usted pronto! ¡La desgracia llegó!

DANIEL ¿Una desgracia? ¿Qué es? ¡Habla!

HERMANN La señora..., la señora acaba de caer desde el acantilado..., y ahí la traen... sin conocimiento.

DANIEL ¡Desgraciada! ¡Una imprudencia, sin duda!

HERMANN No. No ha tenido ella la culpa. Tres pescadores de Silverdrup, han presenciado el accidente. Fué arrastrada por un bloque de peña que se desprendió súbitamente bajo sus pies. (Hermann y Daniel salen por la

puerta de cristales hablando; la puerta permanece abierta, mientras continúa el diálogo.) ¡No se le ve la herida..., pero está como muerta!

DANIEL (Fuera de la escena.) Gracias, buena gente. Ayúdame, Hermann. Vamos a llevarla a la «chaise-longue». Reaparecen los dos conduciendo a Fanny, despeinada, con la frente manchada ligeramente de sangre y el vestido salpicado de barro. Nora, inmóvil, la contempla. A Nora.) ¿Quiere usted cerrar la puerta? (Nora lo hace, mientras Daniel coloca a Fanny en la «chaise-longue». La reconoce con atención. Nora permanece cerca de la puerta, ajena a lo que ocurre.)

HERMANN (¡Pobrecita señora!... ¡Qué lástima!)

DANIEL (Reconociendo a Fanny.) Tiene sangre en la sien...

HERMANN (Esta mañana... tan contenta que estaba con su espejo.)

DANIEL (A Hermann, rápidamente.) Prepara unas compresas de sublimado... ¡Pronto! (Hermann, de un salto, se acerca a un mueble, abre los cajones, y no encontrando lo que busca sale corriendo. Pausa. Daniel examina el lado izquierdo de la cabeza de Fanny.)

DANIEL (A sí mismo.) Estado de síncope..., hemiplegia parcial..., conmoción cerebral evidente... Hermann vuelve trayendo una vasija esmaltada y una servilleta. Daniel limpia la herida con trozos de gasa hidrófila. Lanza una pequeña exclamación de mal augurio.) ¡Oh!... (A Hermann.) Dame el éter.

HERMANN Creo que ya no queda.

DANIEL (Bruscamente.) ¡Lo hay en casa del herbolario!

HERMANN Bien, señor. (Sale precipitadamente.)

ESCENA X

DANIEL, NORA y FANNY.

(Daniel, impulsado por su instinto profesional, se absorbe en su diagnóstico, como si se tratase de cualquier otro enfermo, y parece haber olvidado por completo la

presencia de Nora, que, de pie en un rincón, contempla silenciosa esta escena.)

DANIEL Hay que operar en seguida, sin perder un minuto... Hace cuatro años, en Lariboisiere, practiqué la trepanación en un caso absolutamente idéntico... Empleando el nuevo método de Benz resultará muy sencilla..., pero hay que darse prisa. (Va al foro, abre la vitrina y toma instrumentos de cirujía y paquetes de vendajes.) Veamos..., el trépano de palanca con lima redonda de ocho milímetros..., dos pinzas, la tijera, el macillo y la sonda... (Lo deposita todo sobre la mesa de trabajo, y en el momento en que se vuelve hacia la vitrina Nora le llama en voz baja.)

NORA (Sin moverse de donde estaba.) Daniel...

DANIEL (Que vuelve a la realidad bruscamente.) ¿Eh?... (Turbado.) ¡Ah! ¿Eres tú? Perdona..., pero.... es que... (Fanny, en el mismo instante, mueve imperceptiblemente la cabeza y abre los ojos.)

NORA (Siempre en voz baja.) ¿Qué es lo que tiene?

DANIEL (Idem.) Fractura del cráneo.

NORA ¿Es grave?

DANIEL Sí.

NORA (Después de una pausa.) ¿Pero tú puedes salvarla?

DANIEL (Titubeando.) Sí... (Sus miradas se cruzan un instante.) Con tal de que la opere...

NORA ¡Ah!... ¿Y si no la operases?

DANIEL (Estremeciéndose.) ¿Por qué me preguntas eso, Nora?...

NORA Para saber...

DANIEL ¡Si no la opero..., dentro de dos horas habrá dejado de existir!

NORA ¿Sí?

DANIEL Sí.

NORA ¡Ah!

DANIEL (Con la mirada de un alucinado repite más bajo:) ¡Dentro de dos horas... habrá dejado de existir! (Se pasa la mano por la frente. Se sienta, oprimiéndola; una idea le obsesiona. Pausa.) ¿¡Qué!?

NORA — Yo no he dicho nada.

DANIEL — (Con voz angustiada.) ¡Nora!...

NORA — (Aterrada.) ¡Daniel!... ¡No!... ¡Me das miedo! (Nora retrocede al avanzar Daniel hacia ella. Fanny les mira.)

DANIEL — ¡Hay que hallar la felicidad... cueste lo que cueste!... ¡Nora! (Le coge las manos con arrebato febril.) ¡¡Nora!! ¡¡Nora!!... (La oprime locamente entre sus brazos atrayéndola a sí, horrorizada y palpitante. Fanny, con los ojos muy abiertos, les mira siempre... con fijeza terrible, sin una palabra, sin un gesto.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

TRES MESES DESPUÉS

La misma decoración. Los muebles han sido cambiados de sitio. La "chaise-longue" ha sido reemplazada por un pequeño canapé. La puerta del foro (habitación de Fanny) aparece cerrada. Es de noche. Las maderas exteriores de la puerta de cristales también estarán cerradas y las cortinas corridas. La estufa encendida. Oyese fuera, con intermitencias, silbar el viento. A la izquierda, en una pequeña mesita, un aparato «samovar», tazas, azucarero y botellas.

ESCENA PRIMERA

HERMANN, solo.

Al levantarse el telón entra por la derecha con un esportón de astillas y una linterna. Deja ésta en el suelo y acercándose a la estufa la carga de astillas, oyéndose el crepitar que produce al encenderse.

HERMANN Alimentaré el fuego... ¡Ea! Ya vuelve a revivir. Así parece que uno no está tan solo. (Pequeña pausa.) El fuego es buen compañero..., y sobre todo ahuyenta los fantasmas... (Suena la campana del reloj.) Las once... Ya debían de estar aquí los señores. (Sacando una carta.) Lo dicen bien claro en la carta. «Llegaremos el lunes por la noche en el vapor de las ocho. Sin duda la travesía no habrá sido buena..., o quizás no

hayan encontrado trineo en el desembarcadero de Silverdrup. (Mientras habla va preparando el samovar y arregla algo los muebles.) ¡Ah! Cuánto me alegro de que su bendito viaje de novios haya terminado... Desde que se marcharon a Italia, hace dos meses, me muero de miedo. Solo, en este caserón siniestro, donde por las noches se oyen crujidos..., rumores misteriosos... y una porción de ruidos extraños. (Deteniéndose ante la puerta del fondo y bajando la voz con una especie de terror misterioso.) ¡Y esa puerta..., esa puerta, cerrada para siempre, como la de un sepulcro!... (Respetuosamente se quita su gorra de piel. Oyese fuera el aullido prolongado y lúgubre de un perro, Hermann se estremece de espanto.) ¡Eh!... ¿Qué... qué es eso?... (Escuchando.) Es un perro que aúlla... Sí, eso es que la muerte debe rondar por allá dentro. (En este momento llaman a la puerta de cristales, pegando en las maderas del exterior.) ¿Quién está ahí? (Va a la puerta.)

DANIEL (Fuera.) ¡Abre, Hermann! Somos nosotros.

HERMANN (Abriendo.) ¡Ah! ¡Por fin! ¡Ya empezaba a inquietarme!... Bien venido, señor.

ESCENA II

HERMANN. DANIEL y NORA, con abrigos de pieles blanqueados por la nieve.

DANIEL Entra pronto, Nora. Buenas noches, Hermann.

HERMANN (Cerrando la puerta.) ¡Brrr!... ¡Vaya un tiempo!

DANIEL (Sacudiendo el abrigo.). Sí..., una verdadera tempestad de nieve... (A Nora). ¿No has sentido demasiado frío en el trineo?

NORA No..., pero traigo la falda completamente chupada.

DANIEL Debes cambiártela en seguida... (A Her-

mann.) ¿Has preparado nuestra habitación?... ¿La de arriba?

HERMANN (Encendiendo un quinqué.) Sí, señor..., Hace días el señor Kuanss mandó la ropa de la señora... La coloqué en el ropero de la izquierda.

NORA (Tomando el quinqué.) Bueno; voy a mudarme. (A Daniel.) Vuelvo en seguida. (Sale por la derecha.)

ESCENA III

DANIEL y HERMANN.

HERMANN (Atizando el fuego.) ¡Pero acérquese usted! ¡Es muy bueno entrar en calor.

DANIEL (Distraído.) Sí... (Pausa.) ¿Recibiste todas mis cartas?

HERMANN Sí; la última esta misma mañana.

DANIEL (Inspeccionando la estancia.) ¿Por qué no has mandado usted cambiar las cortinas de esta habitación?

HERMANN Porque Schemnitz, el tapicero, murió hace quince días.

DANIEL ¡Qué contratiempo! ¿Y la «chaise-longue» la has retirado?

HERMANN Como usted ve... La subí al granero.

DANIEL Procurarás venderla.

HERMANN Está bien. (Ocupándose del «samovar».) ¿Quiere usted una taza de té?

DANIEL Bueno... (Hermann se lo sirve.) Gracias. (Pausa.) ¿No ha ocurrido nada nuevo durante mi ausencia?

HERMANN Poca cosa.

DANIEL ¿Te habrás aburrido, al encontrarte tan solo?

HERMANN He pasado algunos ratos... que yo me entiendo...

DANIEL Apostaría que has tenido miedo por las noches...

HERMANN (Gravemente.) ¡No se burle usted de mí!

¡Sus motivos ha habido para sentir miedo!... (Daniel se encoge de hombros y ríe.) Escuche usted, señor; lo que voy a decirle es la verdad... Desde que murió la señora...

DANIEL (Interrumpiéndole bruscamente con voz fuerte y alterada.) Tráeme la botella de ron! ¡Este no sabe nada!

HERMANN (Tomando una botella del velador de la izquierda.) Aquí está. (La coloca sobre la mesa frente a Daniel; éste ni siquiera se fija en ella.) Sí, desde que ocurrió la desgracia pasan aquí cosas sobrenaturales. Sepa usted, señor, que todas las noches oigo claramente...

DANIEL (Interrumpiéndole de nuevo.) Sí, oyes un armario que cruje..., el ruido del agua al caer sobre los cristales..., una bandada de ratones que corren..., esos mil ruidos naturales y lógicos. Eso es lo que oyes, Hermann. ¡Déjame tranquilo!...

HERMANN ¡No, no!... ¡Hay otra cosa..., estoy seguro de ello...!

DANIEL (Incrédulo, pero inquieto.) ¡Vamos, Hermann!

HERMANN (Señalando la puerta del foro.) ¡Y si no, ahí... en esa habitación...

DANIEL (Estremeciéndose.) ¡Eh!

HERMANN (Con voz sorda.) ¡Su habitación, de la que se mostraba tan gozosa la pobre! Todo se ha dejado en su sitio, como quedó el día de su muerte... Sus bibelots, sus muebles, sus vestidos, todo; hasta el gran espejo, por el que mostró tanta ilusión y en el que sólo pudo contemplarse una sola vez.

DANIEL (Con voz ahogada.) ¡Bueno!... ¿Y... qué?

HERMANN Pues que a pesar de que haya usted condenado la puerta, el recuerdo de la que ya no existe pasa y resplandece a su través. De nada le han servido cerrojos ni aldabones. No ha podido usted guardar ahí dentro su recuerdo.

DANIEL (Demudado.) ¡Hermann, estás loco! ¡No hay duda! ¡Tú has visto al viejo Kuanss, y sus teorías te han trastornado!

HERMANN (Con energía.) ¡Aquí hay algo de ella, que subsiste!...

DANIEL (Conteniendo la cólera.) ¡Vaya! ¡Basta! Dame la lámpara y guárdate tus reflexiones, que a nada conducen! (Pausa. Hermann enciende la lámpara que está sobre la vitrina. Oyese el viento que hace trepidar las maderas del exterior. Deteniéndose.) Sobre todo, ni una palabra de lo que acabamos de hablar a la señora... (Hermann no no responde. Sale Nora por la puerta de la derecha.) ¿Me has entendido, Hermann?

HERMANN (Sombrío.) ¡Sí, señor..., he entendido!...

NORA (Deteniéndose en el umbral.) ¿Qué es lo que ocurre?

DANIEL (A Nora, con forzada jovialidad.) ¡Nada! ¡Nada! (A Hermann.) No te necesitamos ya. ¡Puedes retirarte! (Hermann sale, llevándose la linterna y la capa de pieles de Daniel.)

ESCENA IV

DANIEL y NORA. Daniel vuelve a pasearse con aire agitado. Pausa. Después de la salida del criado no puede remediar una exclamación de impaciencia.

DANIEL ¡Uf! ¡Imbécil de viejo! (Se pasa la mano por la frente y se dirige al sitio donde está Nora. Esta le observa.)

NORA ¿Por qué dices eso de Hermann? ¿Qué ha hecho?

DANIEL No ha hecho nada, pero es tonto, y su estupidez me molesta.

NORA Estás muy pálido.

DANIEL ¡Te parecerá...! En fin, no hablemos de ello...

NORA Pero Daniel... Explícame...

DANIEL Hoy es nuestra primera noche de intimidad y no debemos ocuparnos más que de nosotros... (Tomándole las manos con ternura.) Ahora..., por fin, estamos en nuestra casa, en la tuya... (Recalcando estas palabras.) ¡En tu casa, Nora!

NORA ¿Mi casa?

DANIEL Esta noche es cuando realmente comienza nuestra unión. Hace ya años que nuestros corazones y nuestros deseos ansiaban este incomparable momento de dicha. Amor de mi vida, ven junto a mí, y recojamos nuestro espíritu, pues no debe profanarse con frivolidades vulgares la serenidad de este instante.

NORA ¡Sí, Daniel! (Daniel la atrae a sí con dulzura y ambos se sientan en el canapé ante la estufa.) Debemos saborear casi religiosamente este primer instante de soledad..., tan lleno de emoción...

DANIEL ¡Sí..., y de dulzura infinita!

NORA ¡El cielo de Nápoles era bello!... ¿Pero no crees que allí había demasiado sol, exceso de vida y sobradas canciones para dos enamorados?... Nunca nos sentimos completamente solos..., ¡puede decirse que aun no hemos sido el uno del otro!... ¡No estábamos solos!...

DANIEL Pues bien, ahora, Nora, estamos solos, muy solos, libres de toda presencia importuna... ¡Ahora ya somos el uno del otro, según tu deseo!... ¡Y nada ni nadie podrá ya separarnos!... (Cuando pronuncia estas palabras la puerta del foro empieza a abrirse lentamente sin el menor ruido.)

NORA (Apretándose contra el pecho de Daniel.) ¡Nuestro amor ha triunfado!... ¡Te amo!... ¡Soy dichosa!...

DANIEL (Abrazándola.) ¡Nora! ¡Mi Nora! ¡Esposa mía! (Beso prolongado. Pausa. La puerta del foro continúa abriéndose. De repente Nora se estremece.) ¿Qué te sucede, Nora?

NORA Nada...

DANIEL Sí, te estremeces... ¿Tienes frío?

NORA Sí, acabo de sentir algo como un soplo glacial...

DANIEL Sin embargo, todo está bien cerrado... (Deteniéndose con una sacudida de asombro a la vista

de la puerta del foro, abierta de par en par, mostrando las tinieblas impenetrables de la habitación condenada.)
¿¡Eh!?

NORA (Volviéndose.) ¡Ah! (Quedan unos instantes inmóviles y silenciosos, mirando la puerta.)

DANIEL (A sí mismo.) ¡Yo creía que esa puerta había sido condenada!...

NORA Sin duda la presión del viento la habrá abierto...

DANIEL (Muy nervioso.) ¡Sí..., sí! ¡No puede haber sido más que el viento!...

NORA (Dirigiéndose hacia el foro.) Se cierra y en paz.

DANIEL (Interponiéndose.) ¡No!... ¡No vayas tú!... (Nora se detiene.) ¡Quédate junto al fuego! ¡No te acerques!

NORA (Por la habitación.) ¡Qué obscuro está ahí dentro!...

DANIEL (Cerrando la puerta con gesto febril.) ¡Ahora ya no se abrirá más! ¡Tranquilízate!... (Volviendo a Nora.) ¿No tienes miedo?

NORA No. ¿Por qué había yo de tener miedo?

DANIEL Precisamente eso es lo que quería decir... ¿Por qué habías tú de tener miedo?

NORA (Tratando de reanudar la conversación interrumpida.) Desde el momento que estoy junto a ti... no temo a nada..., no quiero temer nada.

DANIEL ¡Amor mío! (La abraza. Después, apartándose para examinarla mejor, le pregunta bruscamente:) ¿Entonces, por qué te estremeces todavía?

NORA ¿Yo?

DANIEL Sí... Ya no puede ser porque sientas frío... ¡Por lo tanto..., es de inquietud, de terror!...

NORA Te juro...

DANIEL ¡No, no sabes mentir!... ¡Tus ojos reflejan la angustia!... (Nora vuelve la vista y baja la cabeza.) ¿Nora?...

NORA Hablemos de otra cosa. Te lo suplico.

DANIEL ¡No, hablemos de esto!... ¡Yo quiero saber!...

NORA Pero es absurdo. No se trata más que de

una circunstancia trivial, de la que no hay que deducir tristes presagios. (La puerta cruje.)

DANIEL (Bruscamente, escuchando.) ¡Calla!

NORA ¿Qué?

DANIEL ¿Has oído?

NORA No he oído nada.

DANIEL ¡Allí!... ¡En la habitación! ¡Hay alguien que se mueve!... ¡Escucha!

NORA No oigo nada.

DANIEL ¡Sí, sí! ¡Parece como que alguien anda!

NORA ¡Es el viento que silba!

DANIEL ¡No! ¡Yo lo oigo! ¡Te digo que lo oigo!

NORA Ven... No hay que pensar en eso. (Pausa.)

DANIEL (Con cólera, como para infundirse valor.) ¡Bah! ¡Los muertos no vuelven! ¡Los muertos!...

NORA ¿Por qué hablas de los muertos?

DANIEL (Con voz sorda.) Porque..., porque si pudieran, como tu padre afirma, volver del más allá para hacer sufrir a los que les atormentaron, quizás no debiéramos asombrarnos de sentir entre nosotros la presencia hostil de... de *alguien*... Mañana haré tapiar esa puerta.

NORA ¡Bastaba con cerrarla bien! De ese modo no se hubiera abierto...

DANIEL Yo quiero que jamás pueda volver a abrirse... ¿lo entiendes? ¡jamás! Y nosotros, Nora, acabaremos por olvidar lo que hay detrás de esa pared...

NORA (Tratando de llevarle a la puerta de la izquierda.) ¡Sí! ¡Sí! ¡No pienses más en ello!

DANIEL (Con voz entrecortada.) Además, nos marcharemos de aquí... Yo no quiero permanecer en este caserón siniestro... Lo venderemos..., y también todos esos muebles... Y si no encontramos comprador, por mi propia mano haré que el fuego lo destruya... Mira, iremos a vivir a casa de Samuel..., ¿sabes?..., en la plaza vieja...

NORA Lo que tú dispongas.

DANIEL Allí viviremos tranquilos, sabremos defender nuestra felicidad.

NORA ¡Ah! ¡Daniel! ¡Daniel!... ¡Mírame! ¡Tengamos el valor de mirarnos!

DANIEL ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

NORA No es en esta pobre habitación abandonada; es aquí, en el fondo de nuestras almas, donde existe algo terrible, cuyo recuerdo es preciso borrar.

DANIEL (Después de haberla contemplado largo rato.) ¿Tú también piensas en ello? ¡Tú también estás obsesionada por ese recuerdo que te atenaza!...

NORA (Bajando la cabeza.) ¡Sí..., no me abandona! (Pausa.)

DANIEL (Con lentitud.) Nunca hablamos de ello... Lo ocultábamos mutuamente. *Cada uno *de nosotros creía que el otro lo había ol- *vidado..., y sin embargo, el recuerdo *está siempre aquí... ¡Siempre! ¡Y no *se borrará jamás!... Esta noche, sólo *por haber hollado el umbral de esa habi- *tación, la obsesión recrudece, casi se *materializa... Un fantasma parece sur- *gir entre nosotros... Después de tres *meses de perseverante silencio, nos ha *bastado mirarnos cara a cara para leer *en nuestros ojos la confesión de la an- *gustia que nos tortura...* (Pausa.) No podemos acostumbrarnos a la idea de ser unos asesinos... ¡porque... sí, somos unos asesinos!

NORA (Vivamente.) ¡No digas eso! ¡Nosotros no la matamos!

DANIEL ¡La dejamos morir, que es aun más odioso! *El gesto que mata no dura *más que un instante...; nosotros he- *mos perpetrado nuestro crimen larga- *mente..., con paciencia... Durante ho- *ras y horas espiamos con júbilo siniestro *la agonía de aquella desgraciada.*

NORA Era nuestra libertad lo que esperábamos,

DANIEL ¿Recuerdas..., tú recuerdas aquel terrible instante en que su mirada se fijó en nosotros? *¡Ah! ¡Qué desesperación..., *qué odio..., qué repugnancia en aque*lla mirada, que acababa de penetrar el *secreto de nuestras almas cómplices!... *¡Sí, en aquel instante todo lo adivinó, *todo lo comprendió, todo lo supo... *Instintivamente retrocedimos, bajando *la cabeza..., y ella..., ella cerró los ojos *para no ver más..., como si tuviese pri*sa por morir.* (Pausa. Ambos pensativos.) ¡Nora..., si fuese cierto que los muertos vuelven!...

NORA ¿Qué?...

DANIEL Entonces puedes tener la seguridad de que volvería para disputarte tu puesto..., para vengarse de nosotros...

NORA ¡La desafío a que lo haga!

DANIEL ¡No! ¡Nada de retos esta noche! ¡No te atrevas!

NORA ¿Por lo visto, también crees en esas historias fantásticas?...

DANIEL ¿No sientes que su maldición pesa sobre nosotros?... ¡Yo creo en su maldición! (Por segunda vez la puerta del foro se abre, lentamente, sin ruido.)

NORA ¡Daniel! ¡Daniel mío, escúchame!

DANIEL (Con una idea fija.) ¡Acuérdate de las palabras de tu padre! *Cuantas veces nos *ha dicho que estamos rodeados de una *multitud invisible que asiste silenciosa y *atenta a todos los actos de nuestra vida.

NORA *¡No, no me repitas esas palabras!

DANIEL *Esa multitud invisible influye en nos*otros, nos observa, nos inspira, nos *aconseja, y en algunos casos hasta nos *persigue con su odio y su venganza.* (A Nora.) ¡Ay, Nora!... ¡Si ella quisiera vengarse!...

NORA (Inquieta.) ¡Calla! ¿Y cómo iba a poder?

DANIEL ¡No lo sé, pero experimento esta noche

algo anormal!... La atmósfera es deprimente, el silencio está lleno de amenazas..., la lámpara no alumbra!... A nuestro alrededor flota una angustia indefinible!...

NORA Es el cansancio..., el enervamiento del viaje.

DANIEL ¡No..., no!... ¡Siento que se aproxima una gran desgracia...!

NORA ¡Cálmate, Daniel!

DANIEL (Lanzando un grito espantoso.) ¡¡Ah!! ¡Nora! ¡En esta habitación no estamos solos!

NORA ¡Tú deliras!

DANIEL ¡Alguien está allí!...

NORA ¡No..., no mires!

DANIEL ¡Alguien está allí! ¡Nos acecha!

NORA ¡No te vuelvas!

DANIEL (Se vuelve, y viendo la puerta abierta lanza un grito de terror.) ¡¡Ah!!

NORA ¡Daniel!

DANIEL (Enloquecido, se dirige a la habitación del foro.) ¿Quién está ahí?... ¿Quién está ahí?

NORA ¡Pero si no hay nadie!

DANIEL (Idem.) ¿Qué es lo que quieres? ¿Quién eres? ¡Responde!

NORA (Tratando de llevárselo hacia la derecha.) ¡Nadie ha de contestarte! ¡Ven! (Daniel, como si fuese atraído irresistiblemente, rechaza a Nora y se acerca hasta el umbral, lanzando un nuevo grito de espanto.) ¡¡Ah!! ¡La veo! ¡Sí, la veo!

NORA ¿A quién ves?

DANIEL ¡A la muerta!... ¡Está allí!

NORA ¡Te digo que deliras!

DANIEL ¡Mira! ¿No la ves? ¡Allí!

NORA ¡No! ¡No veo nada!

DANIEL ¡Nos mira!... ¡Se acerca!... ¡Viene hacia nosotros!... ¡Fanny!... ¡No..., vete! ¡No quiero..., no! ¡Vete! (Esto al supuesto fantasma.)

NORA (Con angustia.) ¡Daniel! ¡Pero si no ves a nadie!... ¡No ves nada!

DANIEL ¡Sí..., te digo que sí! ¡Allí..., de pie!

NORA ¡Insensato! ¡El fantasma no está allí..., sólo existe en tu cerebro alucinado!

DANIEL ¡Estamos perdidos!

NORA (Bruscamente coge la lámpara de la vitrina y se la ofrece a Daniel.) ¡Convéncete por ti mismo! Coge esta lámpara, si no eres un cobarde, y entra en esa habitación.

DANIEL (Rechazándola con terror.) ¡Jamás! ¡Jamás!

NORA (Decidida.) Entonces seré yo quien va a echar al espectro. (Se precipita en la habitación del foro.)

DANIEL (Queriéndola detener.) ¡No, no! ¡Nora, no vayas! ¡Con sangre se manchará tu cuerpo! (No termina la frase. La luz de la lámpara que Nora llevaba en la mano se extingue súbitamente, como si alguien desde el dintel de la puerta la hubiese apagado de un soplo. Nora, llevada de su ímpetu, desaparece tragada por la obscuridad. La escena no estará iluminada más que por el resplandor rojo de la estufa. En el mismo instante óyese en el fondo de las tinieblas un batacazo formidable, el chasquido de un espejo que se rompe, un grito atroz de bestia degollada, y después el ruido sordo de un cuerpo que se desploma.)

VOZ DE NORA (Desde la habitación.) ¡¡Ah!!

DANIEL (Loco de terror.) ¡Ah! ¡Nora! ¡Nora! (Corre por la escena sin atreverse a entrar en la habitación.) ¡La otra!... ¡La otra se ha vengado!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Hermann!... ¡A mí! (Abre de un puñetazo la puerta de la derecha.) ¡Hermann! ¡Hermann!

ESCENA V

Dichos y HERMANN.

HERMANN (Entra corriendo con una linterna.) ¿Qué ocurre? (Viendo la puerta abierta se dirige a Daniel, que permanece en un rincón, lívido y anhelante.) ¡Ah! ¡Comprendo! ¿Dónde está la señora?

DANIEL (Mostrando la obscuridad tenebrosa de la habitación.) ¡Ha entrado ahí!

HERMANN ¡Qué horror!

DANIEL ¡Quizás aun sea tiempo de salvarla!... ¡Ven!... ¡Ven, Hermann!

HERMANN ¡Yo... no!

DANIEL ¿Rehusas?

HERMANN ¡Señor, cuando la muerte tiene su presa!... (Daniel toma la linterna y se dirige a la puerta, al mismo tiempo que aparece la silueta de Nora, arrastrándose de rodillas.)

NORA (Con voz débil.) ¡Daniel!

DANIEL (Retrocediendo instintivamente.) ¡Ah! ¡Horror! ¡Sangre!... ¡Sangre!... (La luz de la linterna muestra a Nora agarrada al marco de la puerta. Aparece con los cabellos en desorden, horriblemente trágica, con una gran herida en la garganta y todo su vestido salpicado de sangre.)

NORA ¡Tropecé... con el espejo... allí... v estoy herida!...

DANIEL (Con voz ronca.) ¡Ah! ¡Estábamos malditos! (La toma en sus brazos y la deposita sobre la mesa; después se inclina para examinar la herida.) ¡A ver! ¡A ver!

NORA ¡Daniel!... ¡Sálvame..., me ahogo!... ¡Daniel!...

DANIEL ¡La arteria... cortada!...

NORA (Con un hipo de agonía.) ¡Ah!... (Un último estremecimiento y la cabeza cae hacia atrás.)

HERMANN ¡Se ha desvanecido!

DANIEL ¡No, se muere! (Moviéndola con aire extraviado.) ¡Nora!... ¡Nora!... ¡Ha muerto! (Al pronunciar esta frase la puerta del foro se cierra rápidamente, con un golpe seco. Daniel y Hermann, aterrados, la contemplan, sosteniéndose mutuamente. Fuera se oye el aullido lúgubre y prolongado de un perro.)

TELÓN MUY LENTO

FIN DEL DRAMA

JOAQUIN DICENTA

El crimen de ayer

Drama en tres actos

LIBRARY
DEC 18 1915
UNIVERSITY OF TORONTO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EL CRIMEN DE AYER

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósit oque marca la ley.

Edición autorizada por su autor para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

EL CRIMEN DE AYER

Drama en tres actos y en prosa

original de

Joaquín Dicenta

Estrenado en el teatro Español, de Madrid, el
18 de Febrero de 1908

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

A María Guerrero

Joaquín Dicenta

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARMEN	*Sra.*	*Guerrero.*
IRENE	»	*Roca.*
MARGARITA	»	*Salvador.*
PEPA	*Srta.*	*Cancio.*
CELESTE	*Sra.*	*Bofill.*
JUANA	*Srta.*	*Herráiz.*
JULIÁN	*Sr.*	*Díaz de Mendoza (M.)*
MARIANO	»	*Codina.*
PEDRO	»	*Cirera.*
RUDERICO.	»	*Santiago.*
ANGEL.	»	*Allen-Perkins.*
MANUEL	»	*Guerrero.*
IGNACIO.	»	*Berenguer.*
MENÉNDEZ.	»	*Vargas.*
SOTO.	»	*Juste.*
EL CONDE.	»	*Cayuela.*
EL MARQUÉS. . . .	»	*Medrano.*
CABALLERO 1.º . . .	»	*Urquijo.*
IDEM 2.º	»	*Covisa.*

Varios personajes secundarios

ACTO PRIMERO

El teatro representa la habitación en que tiene Mariano su taller de pintor. El fondo estará constituído por dos ventanas de cristales que dan sobre un tejado. En el espacio de pared que separa las dos ventanas colgarán una guitarra, un sable de caballería, un gorro turco, una escopeta de chispa, una espingarda, una daga, un puñal de Albacete. A la derecha del fondo habrá un maniquí con varios pingos de colores puestos sobre él a usanza de vestimenta árabe. Delante de la ventana de la derecha, recibiendo la luz de ésta sesgada, habrá un caballete. Sobre el caballete un lienzo, apenas esbozado, indicando dos o tres figuras de mujer y un fondo de marina. Junto al caballete, una silla de tijera; encima de ella, una paleta, pinceles y varios botes de color. Al pie de la silla, un cacharro limpia pinceles. En el fondo, a la izquierda, una mesa de comedor abierta, a la que faltará uno de los tableros. Al lado suyo, un biombo. Colgados de las paredes, y puestos de frente o de revés contra ellas, estudios, bocetos, apuntes, cuanto representa el trabajo de un pintor, sin bienes de fortuna, que comienza el oficio; dos de estos lienzos estarán sujetos a tableros estrechos y largos. Uno de los lienzos representará un busto de hombre a medio concluir. En primer término, a la derecha, un diván persa en muy mal uso. A la izquierda, en primer término también, un sillón de cuero maltratado. A tenor del sillón y diván el resto del mueblaje. Una puerta a la derecha y dos a la izquierda. La de la derecha supone comunicar con la de la calle. Las de la izquierda, la de primer término con las habitaciones de la casa; la de segundo con la cocina de la misma. Encima de un mueble cerca del biombo, un cesto de flores: rosas, claveles, pensamientos... Al levantarse el telón aparece en escena Irene. Vestirá túnico griego y calzará sandalias. Irá peinada a la griega y adornará cabellos, brazos y

busto con flores. Al cuello, un gran collar de aljófares. Apenas alzado el telón suena el timbre dentro.

ESCENA PRIMERA

IRENE y PEPA.

IRENE (Al oir el timbre.) Empujen; está abierto. (Queda mirando hacia la puerta de la derecha, en la cual aparece Pepa.)

PEPA (Desde la puerta.) ¿Estorbo?

IRENE Pasa. Venus te permite pasar. Entra en el templo, chica. Aquí donde me ves y mientras pinta Mariano su cuadro, soy la propia Venus.

PEPA ¡Una diosa!... ¡Cualquiera se arrima hoy a ti!

IRENE ¡Bah!... Venus era una diosa muy corriente; como quien dice, de las nuestras.

PEPA ¿Eh?

IRENE Eso sí, ¡guapísima!

PEPA También eres tú guapa.

IRENE Cuando Mariano me toma de modelo para representar a Venus, algo tendré suyo. En lo que no igualo con Venus es en ropa y adornos. Mi túnico está llenito de zurcidos, y las perlas... las perlas son aljófar. Los pinceles de Mariano lo arreglarán. ¡Hay en el mundo tantas Venus, gracias a la pintura!... Siéntate, mujer. (Pepa lo hace.) No estés ahí como un pasmarote. ¿Y tu viajante?

PEPA Llega en el primer tren. Aquí tengo el parte. (Enseña uno a Irene.) A eso vine. A decirte que llega.

IRENE Sea enhorabuena. Mariano se está acabando de vestir. Me alegro de que tu Pedro llegue. Comerá con nosotros. Asistirá al banquete con que celebramos la segunda medalla. ¡El gran banquete, criatura! Tal vez falten platos, pero no fal-

tará alegría. Tú haces el arroz; sabes que quedamos en ello. Yo haría un zancocho.

PEPA Vendré a hacer el arroz y tus convidados se lamerán de gusto. En punto a cocina, no hay quien me eche la pata. Ya lo dice mi Pedro: «Si por algo te quiero, *noya*, es por tus guisos y por lo bien que planchas las camisas.»

IRENE Es mucho hombre tu Pedro; y tú mucha mujer. Como no descuides las planchas y las cacerolas, acaba casándose contigo.

PEPA No te diré que no. ¿Y son muchos los convidados?

IRENE Margarita, Angel...

PEPA ¿El músico? Habrá que ponerse los trapitos de cristianar. Ella traerá los brillantones; ¡gasta un lujo!

IRENE Su trabajo le cuesta.

PEPA ¿Trabajo? Ocho o diez canciones por noche en el Ideal Sicalíptico. ¿A esto llamas trabajo?

IRENE No son todo canciones. Menos mal si los brillantes duran.

PEPA Margarita es todavía joven.

IRENE Lo propio digo yo de mí. Todavía soy joven.

PEPA Tú eres diferente.

IRENE Yo no preciso los brillantes; con el querer me basta. ¡El querer!... Cuando me haga vieja, ¿en quién voy a encontrarlo? ¡Ptchs!... Tengo veinte años. A los treinta y cinco van quince. Luego Dios dirá.

PEPA Mariano...

IRENE ¿Mariano?... Los artistas son muy veletas y se pagan mucho de la forma. A los treinta y cinco años ni para modelo sirve una. Venus, la diosa del amor, nunca representa treinta años. Sabe lo que hace.

PEPA También Mariano irá para viejo contigo. Antes que tú, puesto que tiene más edad.

IRENE Tiene talento y tendrá nombre. El talento y el nombre son juventudes que

no acaban. Las mujeres siempre gustamos de ellas.

PEPA Déjate de cavilaciones.

IRENE Verdad. Mariano me quiere, yo le quiero. Será un gran pintor. Estaré con él mientras lo desee. Después... venga el después como haya de venir. Y mientras viene, ¡viva el hoy!... También comen con nosotros Carmen y Julián.

PEPA ¡Qué chica más simpática! Él es muy formal.

IRENE Demasiado formal. Los jóvenes con seriedad de viejos son mala cosecha.

PEPA El chiquillo es un ángel.

IRENE Un encanto. ¡Pobrete!

PEPA ¿Pobrete?... ¿Y eso?

IRENE ¿Qué sé yo? Las que viven como nosotras no deben tener hijos.

PEPA ¿Te disgustaría uno de Mariano?

IRENE ¿Un rorro suyo? Loca iba a volverme. Sigo con la lista de los convidados: Angel, Margarita...

PEPA Ya están.

IRENE Ruderico y Celeste.

PEPA ¿Los habéis convidado?

IRENE Se han convidado ellos.

PEPA Valientes estantiguas. (Entra por la primera puerta de la izquierda Mariano, con traje de calle y un sombrero flexible en la mano o puesto.)

ESCENA II

IRENE, PEPA y MARIANO.

MARIANO Gran Pepa, muy felices. (A Irene.) ¿Le has tomado cariño a la ropa helénica, Irenilla?

IRENE ¿Tan mal te resultó?

MARIANO Adorable. Ya sabes que lo estás. Porque lo sabes no te has quitado el túnico. Si tuvieras feos los brazos y las piernas, no

los enseñarías. Como son de primer orden, al aire con ellos; ¡de primer orden!... ¡Una segunda medalla te lo jura! (Cogiéndole un brazo a Irene y besándole. A Pepa.) Con permiso. (A Irene.) Ahora, madre Venus, conviértete en simple mortal y pásate por la cocina a ver cómo sigue el almuerzo.

PEPA ¿Sabe usted que Pedro llega hoy?

MARIANO ¿Viene hoy el anticuario insigne? En palmas le recibiremos. Comerá, comerán ustedes aquí. A propósito, él, que es aprovechado, puede hacer un negocio mientras almorzamos.

IRENE ¿Un negocio? Diga usted pronto cuál.

MARIANO Comprar a Ruderico y a Celeste en lo que valen—cuatro perras chicas—y revendérselos a un inglés, en clase de imágenes siclotreceñas. Ganancia segura para Pedro y para nosotros. Pedro sacaría los cuartos al inglés; el inglés se llevaría las imágenes a Inglaterra y no volveríamos a verlos más. ¡Qué par de mamarrachos! A más, envidiosos y sucios: con roña en la carne y en el espíritu.

IRENE ¿Por qué los recibes entonces?

MARIANO Porque decoran el estudio. Anda esto mal de adornos. Celeste y Ruderico, a media luz y calladitos, parecen tallas góticas.

IRENE ¡No pides nada!... ¿Calladitos? Cuando no hablan dicen versos, versos suyos, de esos que ni suenan bien ni los entiende nadie.

MARIANO Ahí está su mérito; en que no los entienda nadie. Versos para tres o cuatro iniciados, no para el vulgo indigno. Ruderico y Celeste son criaturas de elección, espíritus superhumanos...

PEPA Que le piden un duro al lucero del alba.

IRENE Y que no se lo devuelven nunca.

MARIANO Es en lo único que coinciden con casi

todos los mortales. Ea, voy a ver si encuentro una langosta.

PEPA ¿Una langosta?

MARIANO Sí, señora; una langosta enorme. Necesito que sea enorme. A ser posible ello, mostruosa. La langosta es una de mis múltiples debilidades. (A Irene.) Hoy la tendremos en nuestra mesa enterita, es decir, enteraza. Basta de gramos y raciones. (A Pepa.) Una ola de la *Borrasca* que vendí hace tres días, trae a mis playas el crustáceo. (Sonando en el bolsillo un puñado de duros. A Irene.) Me harás el obsequio de no estropear el traje a la langosta. Déjala vacía, pero no rompas la armadura por si tengo que pintar naturaleza muerta. Quien sabe cómo vendrán las cosas y si después de hacer arte para el Jurado tendré que hacer marisco para cualquier bodegonero.

IRENE ¡Qué simplezas hablas!

MARIANO En peores se han visto mis pinceles. Hay que vivir. Ya sabes mi divisa: *Primo vivere et deinde medallizare*. Antes de ser rey de Suecia, Bernardotte mondaba patatas. Aspiro al trono de la gloria, pero hasta que halle oportunidad de sentarme en él, mondo las patatas que se tercien. Prefiero ganar los duros a pedirlos prestados, como Ruderico.

PEPA ¿Pondrán ustedes la mesa en el estudio?

MARIANO ¿Dónde si no?

IRENE El comedor es una cajita de pasas. Y gracias que Carmen me presta su vajilla, no voy a ser el movimiento continuo de la cocina al fregadero. Tenemos pocos platos.

MARIANO Pocos y todo, algunas veces han estado de más.

IRENE Cierto. Algunas veces nos hemos desayunado con eso, con nada entre dos platos.

MARIANO Entre dos besos, nena.

IRENE ¡Estúpido!... (Con cariño.) Anda por la langosta. El recuerdo de aquellas hambres me ha abierto el apetito.

MARIANO A desquitarse tocan. (A Pepa.) Advierto a usted que Julián regala los vinos. ¡Burdeos, champagne, manzanilla, jerez!... ¡Una orgía! A los postres os soltaréis el pelo y os declararéis bacantes.

PEPA ¡Cómo vacantes!... ¿Nos van ustedes a plantar?

MARIANO No, Pepa. Bacante con b larga. Curdas mitológicas.

PEPA Respiro. Con estos hombres siempre se está en un ¡ay!

MARIANO Tenemos quien nos sirva a la mesa.

IRENE ¿Piensas traerte a los camareros de Lhardy?

MARIANO Las olas de mi *Borrasca* no suben tan arriba. Julián me presta su criado. El que le sirve en el cuarto de soltero, donde vive Julián para su familia y para las personas graves. Julián es inmenso. ¡Un hombre con dos casas!

IRENE Y con dos caras: una para cada domicilio.

MARIANO Vaya, vaya. Hasta luego. (Sale Mariano por la derecha.)

ESCENA III

IRENE, PEPA; MARIANO y CARMEN dentro.

IRENE Voy a cambiar de ropa. Aquí mismo, detrás del biombo. (Pasa detrás del biombo.)

MARIANO (Dentro.) ¡Hola, vecina! ¿Y esa gloria de chico?... Ahí dentro las tiene. Pase usted.

CARMEN (Dentro.) Adiós.

PEPA Carmen. (Entra Carmen por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

CARMEN, PEPA e IRENE.

CARMEN ¿Se puede?

IRENE (Dentro.) ¡No se va a poder!... La que no puede deshacerse este nudo soy yo.

CARMEN (Entrando.) Por mí no te des prisa.

IRENE Al instante concluyo. Desde aquí oigo y charlo también. ¡Digo si charlo! Hasta la presente soy la única. (A Carmen.) ¿Traes al chiquitín?

CARMEN Durmiendo lo dejé. Al cuidado de la muchacha. Si hago falta ella me avisará.

IRENE Lo que vas a hacer es subirlo. Te necesito para improvisar el comedor; y cuando estás lejos del chiquillo no das pie con bola.

PEPA ¡Qué ojos tan picarillos tiene! Y qué sonreir tan dulce el suyo. Por supuesto, es la cara del padre. Menos en la risa, se le parece en todo. Su padre ríe poco.

CARMEN Cuestión de carácter.

PEPA Cada cual tiene el que Dios le ha dado, y no por ello es mejor ni peor. Pedro y yo por cualquier cosa nos reímos. Siempre estamos alegres.

CARMEN ¡Es tan hermosa la alegría!

IRENE (Dentro.) Dilo a voces.

CARMEN Yo, de muchacha reía y cantaba a todas horas. Al presente ya me oís con el niño. El ríe mucho y yo río con él. (Irene sale de detrás del biombo con un trajecillo de casa, modesto, pero de sencilla elegancia.)

ESCENA V

CARMEN, IRENE y PEPA.

IRENE ¡Viva la risa!... Hay que reir todos los minutos del día.

CARMEN Si fuera posible.

IRENE Mientras se es joven, hasta el llanto debe

ser entre si lloro y si me río, con arcoiris. ¿Quién me ayuda a acercar la mesa? (Carmen y Pepa se levantan.) ¿Las dos? Una basta. (A Carmen.) Ven. (A Pepa.) Tú, prepáranos el tablero. (Carmen e Irene acercan la mesa a primer término derecha.)

PEPA ¿Dónde está?

IRENE (Dentro.) Junto a la ventana. Convertido en caballete. ¿Sabes cuál digo? Ese.

PEPA Sí, sí. (Cogiendo el tablero que indica Irene. La colocación de la mesa se hará mientras el diálogo continúa. Los manteles, platos, etc., se sacan de detrás del biombo.)

IRENE Quítale el lienzo.

PEPA (Entregando el tablero a Irene.) Ya está. (Poniéndose a quitar el lienzo del otro tablero.) ¿Quién es este tío tan feo?

IRENE Un Mecenas que nos salió de golpe. Ahí donde le ves, con esa cara y con esas hechuras, quería por cincuenta duros llevarse el retrato suyo y mi persona. Estos Mecenas son atroces.

CARMEN ¿De veras?

IRENE Como te lo cuento. Mariano se enteró...

PEPA ¿Y qué?

IRENE Que en vez de dar los últimos toques en el lienzo, se los dió a ese tío en los hocicos. Ya está el mantel.

PEPA Los platos. (Dándole un rimero de platos.)

IRENE Déjalos y escapa por tu hombre.

CARMEN ¿Viene Pedro?

PEPA Ya era tiempo. Tres meses hace que se fué.

IRENE ¿A que llegas tarde para el arroz? (Sale Pepa por la derecha.)

ESCENA VI

CARMEN e IRENE.

IRENE Las copas. Los cubiertos... A los cubiertos no hay que presentárselos. De buen ahogo me sacas.

CARMEN ¡Vaya una cosa!

IRENE No le falta a tu vajilla requisito. Julián es espléndido.

CARMEN No me puedo quejar.

IRENE A queja suena tu decir.

CARMEN ¿Quejas yo? ¿Por qué? Julián se porta bien conmigo. Mi hijo me hace dichosa. (Coge un jarrón que habrá sobre el mueble con un ramo de flores.) Pondremos aquí este ramo de flores. (En el centro de la mesa.)

IRENE (Cogiendo también flores.) Las sobrantes las repartiremos por la mesa. (Lo hace.) Y sobran muchas. Has comprado un jardín.

CARMEN Es su tiempo y andan baratas. Me gustan con delirio las flores.

IRENE ¡Y a mí!...

CARMEN Tenerlas delante de los ojos es tener compañía. A veces cuando estoy sola, hablo con ellas. Hasta creo que me responden.

IRENE (Enseñando unos pensamientos.) Los pensamientos parecen hombres enanitos. Tienen carillas de personas. Son encantadores.

CARMEN (Cogiendo rosas.) ¡Y las rosas, al cogerlas por la mañana, llenas de rocío! Algunas mañanas en que me he despertado muy triste, fué mi consuelo meter la cara entre las hojas de las rosas. Las gotas de rocío se juntan y caen al largo de los tallos. Diríase que las rosas tienen corazón y lloran con una. ¡Ya estoy diciendo necedades! Bien hace Julián en llamarme romanticona y cursi.

IRENE ¿Te llama eso?

CARMEN Hace perfectamente. Hablar así, es decir tonterías.

IRENE ¡Tonterías!... ¡Pobre Julián si no las entiende y si no las comete! La felicidad de los enamorados se forma con tonterías de ésas.

CARMEN Tal vez.

IRENE Las horas muertas hemos ido Mariano y

yo de campo en campo como dos criaturas. El deshojando flores y arrojándomelas a la cara, yo arrojando una a una las hojas de las margaritas y preguntándoles: ¿Me quiere? Sí... No... Sí... No... Cuando la margarita acababa en no, sentía ganas de arañar a Mariano. Necesitaba él repetir: ¡Te quiero!... ¡Te quiero!... cien y cien veces, para quitarme el mal humor. ¡Ya ves si es floja tontería!... Pues con tonterías así hemos llenado de contento muchos días sin pan.

CARMEN También deshojé yo margaritas al lado suyo. Hace tiempo. Al principio.

IRENE ¿Hoy no?

CARMEN Nos ocupan cosas más serias. El niño a mí. A él su carrera... sus obligaciones...

IRENE ¡Cómo hablas!... Oye, Carmen: ¿se te ha constipado este invierno el cariño?

CARMEN Quiero a Julián con toda mi alma. ¡Como antes!... Antes, juzga si le querría que dejé mis padres por él.

IRENE De bastante sirven los padres si el corazón dice: ¡Allá voy!

CARMEN De nada me sirvieron a mí. ¡Pobres padres míos!... No es que me arrepienta. Viviría, he vivido feliz... hasta siendo Julián como es; hasta haciendo, como hace, casa ajena la casa de su hijo. Otros eran mis sueños... ¡Cuánto me costó acostumbrarme! Me acostumbré. Julián me juraba cariño. Yo necesitaba el cariño suyo. Me acostumbré.

IRENE Y el cariño suyo posees. Hoy más que nunca. Porque tenéis un hijo. Os traerá chochos. Por supuesto, todo se lo merece.

CARMEN ¡Hijo mío!... Cuando lo sentí dentro de mí no pensé en nadie más que en él. Ni siquiera en mis padres.

IRENE ¡Bah!

CARMEN Mis padres ignoraban mi falta. Yo seguía viviendo con ellos; viéndome en secreto

con Julián. Entonces resolví abandonarlos y marcharme con él. Por el amor de él, dije no. Por el amor de nuestro hijo no dudé un momento siquiera. Cuando nació a mi pecho lo puse. El día primero que salí con él a la calle, en alto lo alzaba para que lo viera todo el mundo. ¡Con qué regocijo enseñé nuestra criatura a Julián! Reía y gritaba lo mismo que una loca. El... Puede que me equivoque... ¡Ojalá Dios me equivocara!... El... ¿Sabes lo que alguna vez imagino?

IRENE ¿Qué?

CARMEN Que Julián no quiere a su hijo tanto como yo. No; no es eso; eso sería natural. Que Julián no quiere a su hijo como le debía querer.

IRENE ¿Qué estás hablando, chica?... ¿Es encanto de la vecindad el mocoso y no va a serlo de su padre? ¿No da Julián pruebas de quererle?

CARMEN Sí.

IRENE ¡Entonces!...

CARMEN Cuando se acerca a él le acaricia, le besa. Pero le besa como distraído, como si el alma no estuviera en su boca. Sus besos son iguales siempre. Ni un arrebato, ni uno de aquellos estrujones frenéticos que hacen a las criaturas llorar!... A la calle nunca salió con él.

IRENE ¡No seas estúpida!... Julián adora al chico. ¿Qué culpa tiene si no es expresivo su carácter?

CARMEN ¡Su carácter!...

IRENE Además, los hombres son unos imbéciles. Creen que si gritan y cantan a un mamón pierden su dignidad. ¡Habrá necios!... Si los hombres supieran que por feos y por antipáticos que sean resultan guapos y simpáticos cuando acarician a un chiquillo, iban a pasarse la vida haciendo a los rorros carantoñas. (Viendo que Carmen se

enjuga los ojos.) ¡ Ea ! ¿Quieres dejar los lloriqueos e ir por el muñeco? (Coge de sobre de la mesa un puñado de rosas y se las echa en la falda a Carmen.) ¡ Ahí te van esas rosas ! ¿No dices que ellas te consuelan? (Coge las rosas y las acerca al rostro de Carmen.) Cuajaditas se hallan de rocío. Mete entre sus ojos la cara. El rocío cae al largo de los tallos... Te advierto que no son ellas solas las que te acompañan a llorar. También lloro unas miajas yo. (Pasándose por los ojos el dorso de la mano.)

CARMEN (Con gratitud.) ¡ Irene !

MARGARI. (Dentro.) ¡ Está abierto !... Colémonos sin que nos anuncien. (Entra Margarita seguida de Angel, por la puerta de la derecha. Margarita será mujer de veinte a veinticinco años e irá ricamente ataviada con lujo estrepitoso. Angel contará de veintiocho a treinta años y vestirá con descuido artístico.)

IRENE (Con alegría.) ¡ Margarita !

ESCENA VII

CARMEN, IRENE, MARGARITA y ANGEL.

MARGARI. ¡ De plomo tiene el sueño este hombre !

IRENE Se dormiría tarde.

ANGEL A las cuatro. Con ésta no hay quien duerma.

MARGAR. (Recorriendo con los ojos el estudio.) ¡ La mesa puesta !... ¡ Y allá dentro todos los guisotes en marcha !... ¡ Si sabía que llegábamos tarde ! ¡ Tanto como me entretiene preparar estas cuchipandas ! (A Irene.) Sí, hija, me gustan la mar las *juergas* pobres. Estoy hasta los pelos de Lardhy, del Ideal Room, de Fornos, del Inglés... ¡ Uf, qué peste !... Criados que parecen señores y señores que resultan criados. ¡ Un fastidio, chica !

IRENE Conque hables así y te aburras entre nosotros hoy...

MARGARI. ¡Quiá!... ¡Artistas, gente alegre!... Alegre con talento y con gracia, no con patosería como mis *habitués*. En toda la noche no he podido pegar los ojos pensando en revolver cacharros y husmear cacerolas y meter las manos en la carbonera.

IRENE De lo último aun tienes ocasión. Abierta de par en par está.

MARGARI. No es eso. Yo quería matar los pollos, picar la carne, mondar las patatas... recordar mis tiempos de golfa. ¡Sí, sí! Angelito, como si llamaran a un muerto. La pesadez del sueño suyo me trae siempre con el alma en un hilo. ¡Todo son ajetreos!

ANGEL (Riendo.) No me doy yo pocos escribiendo música para ti y dirigiendo la orquesta en forma que el público llegue a suponer que das notas.

CARMEN Sea usted más galante.

MARGARI. (Riendo.) ¡Déjale!... Mucho le importan al público mío sus notas.

IRENE ¿No?

MARGARI. Haciendo cuatro batimanes y enseñando las piernas afino yo más que la Patti.

ANGEL No vale confundir las escuelas.

MARGARI. Cada cual tiene lo que puede. A mí no me enseñaron otra. No todas pueden ser honradas.

ANGEL Perdona. Broma fué.

IRENE Claro que fué broma.

ANGEL Margarita sabe cuanto la quiero.

MARGARI. A tu modo sí. Yo te quiero más de verdad.

ANGEL ¡Tontaina!

MARGARI. (A ellas.) Sin darme cuenta se me ha agarrado este solfista al corazón. ¡Qué demonio! Ser de un hombre con el corazón, es lo mejor del mundo. No me había enterado hasta ahora. (Con melancolía.) ¡El día que te canses de mí voy a pasar malos ratos!

IRENE ¿A qué te pones triste?

MARGARI. ¿Yo?... ¿Imaginas que soy romántica? Margarita, bueno. El Gautier no reza conmigo. ¿Qué has dispuesto para el gran banquete de honor? Hay que obsequiar al laureado. (Saca del bolsillo que lleva pendiente de la muñeca un estuche, y de éste una sortija.) Le traigo esta sortija. (Carmen e Irene se acercan a ver la sortija.)

CARMEN ¡Preciosa!

MARGARI. La puede gastar sin repulgos. Ha pertenecido a un académico de la de San Fernando. El hombre no pinta más que su bigote y su pelo, pero en eso es medalla de honor. (Deja la sortija encima del mueble y comienza a quitarse las prendas que indica.) Fuera sombrero, guantes y todas estas zarandajas. ¿Qué hay que hacer?

IRENE De momento, nada. Después me ayudarás. (A Carmen.) Tú, largo por el rorro.

CARMEN Bien está abajo con la chica.

IRENE Tú estás mal sin él. Sobre todo, con él aquí te tengo más segura.

MARGARI. ¡Ande usted!... ¡Ande usted!... ¡A besos me lo como! ¡Es más rico! Voy a comprarle un vestido de encajes mejor que el mejor de los principillos del Gotha. ¡Vaya si se lo compro! (A Carmen.) No le importe la procedencia del dinero. El chiquillo es un ángel, y los ángeles todo lo purifican.

ANGEL Tienes un corazón que no te cabe en el corsé.

CARMEN ¡Qué buena!

MARGARI. Para usted de non. Elogio a su muñeco.

IRENE Para cualquiera lo eres. ¡Ay, si a todas las mujeres honradas las hubiesen puesto desde chiquirritinas a vender periódicos!

MARGARI. Yo los voceaba de buten. (A Carmen.) Súbame a escape a ése primor. Si llora, las tres lo acunaremos.

ANGEL Y yo le cantaré la *nana*.

MARGARI. ¡No!... ¡Vaya una voz para dormir niños! Iba a pensar que venía el coco.

CARMEN (A Irene.) ¿Dejo abierto?

IRENE (Riendo.) Sí. No vale abusar de la servidumbre. (Sale Carmen por la derecha.)

ESCENA VIII

MARGARITA, IRENE y ANGEL. Al final, CELESTE y RUDERICO

MARGARI. (Por Carmen.) Es mejor que todas nosotras.

IRENE Ya se encargarán de que deje de serlo.

ANGEL ¿Quién? ¿Julián? ¿El grave y correcto Julián?

IRENE Si nosotras hubiésemos encontrado antes lo que hemos encontrado después, quizás no tendríamos después.

MARGARI. Puede.

IRENE No sé qué ocurre con el hombre nacido para hacernos buenas. Siempre llega tarde. (A Angel.) ¿Qué tal esa obra, maestro?

ANGEL Va.

MARGARI. La que va a quedar sorda si sigue cantando mientras improvisas, soy yo... ¡Una voz horrible!

IRENE Exageras.

MARGARI. Una trompa de caza. Los perros de la vecindad ladran al oirle.

IRENE Sí, eres alguien abultando las cosas. Se ve que naciste en Sevilla.

MARGARI. Y ya se conoce que tú no lo padeces. Cuando apunta las notas altas, no apunta, dispara, y hace blanco. El que anda cerca cae redondo. Eso sí, la partitura es muy bonita. Tengo ansia de que la obra se estrene y el público se rompa las manos aplaudiendo.

ANGEL Veremos si son las botas las que se rompen pateando. En fin, venga el estreno como sea. Rabio por oir mis notas en un

teatro de verdad. Porque el Sicalíptico no es teatro: es una tasca con bemoles.

IRENE Poco falta ya. Animo y a concluir la música, y mientras la concluya y vienen los otros, a tomar el aperitivo. (Cogiendo una botella de las que habrá con varias copas encima de un mueble.) Es cazalla. ¿Sirve?

MARGARI. (Cogiendo la botella.) ¡Digo si sirve! Con esto me han destetado a mí. (Llenando una copa y ofreciéndosela a Angel.) ¡Arza, Beethoven! (Angel bebe. Llenando otra copa. A Irene.) ¿Tú?

IRENE Venga. (Bebe.)

MARGARI. (Llenando otra copa, que apura.) Hasta lo último. Las coupletistas no nos asustamos del alcohol. El alcohol no desforma. (Entran por la puerta de la derecha Ruderico y Celeste. El primero vestirá un chaquet en mal uso, de largo faldón; pantalones anchos doblados hacia arriba; zapatos y calcetines de color. Llevará un chaleco cruzado de tonos claros; chalina con lazo enorme y gran sombrerete flexible. Calzará guantes y llevará una flor grande en el ojal. Celeste será mujer delgada. Flaca, a ser posible. Vestirá traje escurrido. Llevará a la cabeza un sombrero hombruno y estará peinada con «bandeaux» que caerán sobre sus mejillas. Será desmayada en el andar. Apenas entran, Celeste se deja caer en el diván. Ruderico se desploma contra el sillón.)

ESCENA IX

IRENE, MARGARITA, CELESTE, ANGEL y RUDERICO.

CELESTE Estoy concluída.

RUDERICO Si la gloria carece de ascensor, la renuncio.

ANGEL (Ofreciendo Cazalla a Ruderico.) ¿Quieres?

RUDERICO Ah, no. El alcohol me desplace. Todo el mundo se embriaga con alcohol.

IRENE (A Celeste.) Tú tampoco querrás.

CELESTE (Sacando una petaquilla del bolsillo.) Prefiero mis cigarrillos de opio. (Enciende.) El opio pre-

dispone al ensueño. Ensoñar es gozar, vivir.

MARGARI. Yo pensaba que para vivir y para gozar convenía estar despierta y con los ojos muy abiertos. En fin, allá tú. Eso va en gustos, Celedonia.

CELESTE ¡No me llames así! ¡No recuerdes el nombre patronesco que tuvieron la mala ocurrencia de ponerme! Llámame por el nombre de guerra: Celeste.

ANGEL (A Margarita.) Sí, mujer, Celeste. ¿No lo sabes? A éste nada de Rodrigo: Ruderico. Entona mejor con su figura y aficiones. Todo gótico, hasta la cédula.

RUDERICO Mófate. Es tu derecho, como beber cazalla es tu sibaritismo. El mío se esparce con sustancias de más exquisitez. (Saca del bolsillo un tubito de cristal, y de éste una cápsula.)

IRENE ¿Opio?

RUDERICO El reinado del opio finó para mí. Finó también el de la morfina. Es el éter quien señorea mis sentidos.

IRENE ¿El éter?

MARGARI. ¿Pero el éter no es para los ataques de nervios?

RUDERICO (A Irene.) ¿Y el artista? Supongo que aun habiéndole sido favorable, despreciará hondamente el fallo de un jurado de idiotas; y supongo que despreciará parejamente los elogios del imbécil público.

IRENE El está muy contento.

RUDERICO Acaso envanecido.

MARGARI. Como lo estaría usted si le premiaran.

RUDERICO ¿Yo?... Ah, no.

ANGEL Déjate de farsas. Estamos en familia. A todos nos gusta el aplauso del público. Aparentamos despreciarlo, cuando no podemos conseguirlo.

CELESTE ¿Conque salió Mariano?

IRENE Sí.

CELESTE ¿A pasear el éxito?

IRENE No, hija. A comprarnos una langosta.

RUDERICO ¡Una langosta!... ¡Perfectamente!... La langosta es un crustáceo invulgar. La yantaré con gusto. Trae un cigarro, Angel.

MARGARI. ¿Se le han concluído?

RUDERICO (Tomando un cigarro que le ofrece Angel y encendiéndolo.) No los merco jamás. El tabaco no me cautiva. Sólo cuando tengo cerca algún fumador, solicito un cigarro. Echar humo es una tarea vaga, que a las veces distrae.

MARGARI. Sí, distrae de comprar tabaco.

RUDERICO Si lo mercase experimentaría la tentación de fumar a solas, durante mi trabajo; y el trabajo, el noble trabajo del artista, no se debe turbar ni con los humos del pitillo. Al entrar en su estudio, el artista entra en un santuario. Los santuarios no deben macularse. (Entran por la derecha Mariano y Manuel. El primero, con una enorme langosta, que simulará estar viva, en la mano. Manuel será hombre de veintiocho a treinta años. Vestirá pobremente, pero con limpieza.)

ESCENA X

MARGARITA, IRENE, CELESTE, ANGEL, RUDERICO, MARIANO y MANUEL.

MARIANO (Enseñando la langosta.) ¡Aquí está! Apreciable monstruo, saluda al concurso. Es muy respetuosa. La he domesticado en el camino. (Señalando a Manuel.) También he domesticado a este hurón y os le traigo. El hombre de las selvas almuerza con nosotros.

IRENE ¿De dónde sale usted, Manuel?

ANGEL Eso digo yo. ¿De dónde sales, beduíno? ¿Dónde vives?

MANUEL Por la calle de Atocha. (A Ruderico.) ¿Estás aquí, joven madrileño? (A Celeste.) ¡Sa-

lud, princesa pálida !... Un siervo de la gleba te rinde pleito homenaje. (Hace una gran cortesía a Celeste.)

MARIANO La langosta os ha rendido el suyo. (Entrega a Irene la langosta.) Echala a cocer. (Irene sale por la segunda puerta izquierda.)

RUDERICO (A Manuel.) ¡ Por la calle de Atocha ! ¡ Siempre golfeando ! Con esa vida entre rufianes y entre *scortum* no sé cómo escribes.

MANUEL Porque yo escribo en cualquier parte. Me bastan un lápiz, un cacho de papel y una idea. No preciso torres de marfil y yunques áureos para la forja del idioma. Trabajo, no oficío. Soy luchador. No presumo de sacerdote. (Irene vuelve a entrar por la segunda puerta izquierda.)

IRENE Ya está el animal a cien grados. (Entra por la derecha Carmen, llevando en los brazos un niño de pecho, que figurará estar dormido.)

CARMEN Cúmplase tu gusto.

ESCENA XI

MARGARITA, IRENE, CELESTE, CARMEN, RUDERICO, ANGEL, MARIANO y MANUEL.

(Margarita e Irene se acercarán a Carmen y contemplan al niño con demostraciones de afecto. Celeste hace un desabrido mohín y sigue donde está.)

MARGARI. ¡ Dormidito !... (A los hombres, que hablan.) Hablen ustedes bajo. ¡ Requetepreciosón ! Si tuvieran los ojos abiertos, menudos achuchones ibas a recibir.

RUDERICO (A los hombres, entre los que estará Celeste.) Es bella de líneas esa mujer.

CELESTE Demasiadas curvas.

MANUEL No hay madre fea cuando sonríe a su hijo.

RUDERICO No vulguees. La fecundidad es repugnante, sencillamente repugnante. El amor, para no perder su belleza, debía ser asexual e infecundo.

MANUEL ¡Justo; y a la perpetuación humana que la parta un rayo!

IRENE (A Carmen, por el niño.) Lo echaremos en nuestra cama. ¡Y esa Pepa que no viene a poner el arroz!... (Salen por la segunda puerta izquierda Carmen, Margarita e Irene.)

ESCENA XII

CELESTE, MARIANO, ANGEL y RUDERICO.

RUDERICO ¡La perpetuación humana! ¡Brava cosa!

MANUEL ¿Te parece una pequeñez?

RUDERICO ¡La humanidad!... Para lo ruín que es ella, podía extinguirse en nosotros.

MARIANO ¡Hombre, dejémosla vivir!

RUDERICO A veces hago votos por un cataclismo universal que sepulte a la especie entera.

ANGEL ¿Te sientes anarquista?

RUDERICO ¡Ah, no! El anarquismo destruye para volver a edificar, para que los hambrientos coman. Doctrina de mendigos. Destruir por destruir es lo aristocrático. *Nihil.* Ahí tienes mi divisa.

MARIANO ¡Soberbio, Ruderico! ¡Tu satanismo esportivo es maravilloso! (Entran en escena por la segunda puerta izquierda Irene, Margarita y Carmen.)

ESCENA XIII

CELESTE, CARMEN, IRENE, MARGARITA, MARIANO, MANUEL, RUDERICO y ANGEL. A seguida, PEDRO y PEPA.

IRENE El niño en la cama y nosotras a dar la mano última al almuerzo. (Entran en escena por la derecha Pepa y Pedro. Este hablará con marcado acento catalán.)

PEDRO ¡Salut!...

IRENE ¡Hola! Temí que Pepa llegase tarde por la culpa de usted.

PEDRO No, señora. Habiendo compromiso yo no me entretengo con nada. Primero que todo la formalidat. (Mirando su reloj.) Tres cuartos de una. (A Pepa.) ¡Hala, despacha! A la cosina, y a poner el arrós. Con los arroses no vale jugar. Ya sabes. Veinte minutos de cosimiento y afuera con él.

PEPA En marcha.

IRENE (A Celeste.) ¿Vienes?

CELESTE Pues que vais todas, os acompañaré.

MARGARI. (Bajo a Carmen y por Celeste.) Yo la araño antes de almorzar. (Salen de escena por la primera puerta izquierda, mientras el diálogo continúa, Margarita, Irene, Celeste y Carmen.)

ESCENA XIV

MARIANO, MANUEL, RUDERICO, ANGEL y PEDRO.

MARIANO Sentarse donde os dé la gana, mejor dicho, donde podáis; y a tomar el *vermouth*, el ajenjo, la manzanilla, el aguardiente. (Indicando las botellas.) Hay de todo. Ruderico, humanízate por una vez. Guarda las capsulitas de éter y bebe como el vulgo.

RUDERICO Bueno. (Mientras los otros se sirven, Ruderico coge la botella de ajenjo y una copa grande, que llena casi completamente.) Porque no lo tomes a desaire, beberé. (Lo hace.)

PEDRO ¿Bebe así porque no lo tomen a desaire? ¡Pues, hombre, si llega a beber por gusto, me deja sin ajenjo! ¡Caray con el amigo! ¡Ya es bufón el artista!

MARIANO Esa batería (Las botellas.) y otras que hay detrás del biombo son cosa de Julián. Sobran municiones. Julián es la esplendidez en persona.

RUDERICO Justo es que pague la honra de tratar con artistas.

ANGEL Si él gasta su oro con nosotros, nosotros gastamos nuestro ingenio con él.

RUDERICO Es moneda más valiosa la nuestra.

MANUEL A ratos. Casi siempre suena a falsa, y sólo pasa entre los tontos. Julián no es tonto.

PEDRO ¡Qué va a ser, hombre, qué va a ser! Un sujeto que heredará y que ha hecho con notas de sobresaliente para arriba la carrera de leyes, ¿queréis que sea tonto? Luego, afisionado a las antigüedades como un inglés de la Gran Bretaña. A mí me ha comprado una ristra. Y no se le engaña con facilidad. Lo entiende, ¡voto va Deu si lo entiende! En un viaje que hicimos por Castilla la Vieja, descubrió un tríptico que era canela fina, y me lo ganó por la mano.

MARIANO Aficionado al arte lo es.

ANGEL Lo prueba su trato con nosotros.

RUDERICO Nosotros no andamos por el mundo a que pertenece Julián, y no es fácil que vayamos a él para descubrir sus calaveradas. Acaso no sea lo suyo afición, sino táctica.

MANUEL Acaso. Esos burgueses son muy precavidos; se ponen antifaz desde que les salen los dientes.

MARIANO No hay que murmurar. Gracias a él podemos ofrecer dignos sacrificios a Baco. (Señalando las botellas.)

ANGEL (Llenando una copa.) Sacrifiquemos. (Todos le imitan, incluso Ruderico. Entra por la derecha Julián, seguido de Ignacio. Julián vestirá elegante traje de mañana. Será hombre joven, de aspecto reservado y frío.)

ESCENA XV

MARIANO, MANUEL, ANGEL, RUDERICO, PEDRO, JULIÁN, e IGNACIO

JULIÁN Perdonadme el retraso. ¡He tenido tantas ocupaciones! Entre ellas, revisar mi dis-

curso del doctorado. Lo debo presentar mañana.

PEDRO ¿Y qué? ¿Salió pulido?

JULIÁN Pchs... (A Mariano.) Con tu permiso pondré a éste a la disposición de Irene. (Por Ignacio.) ¿Ignacio?

IGNACIO ¿Señorito?

JULIÁN Vé dentro y ponte a las órdenes de la señora. (Ignacio sale de escena por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XVI

MARIANO, MANUEL, ANGEL, RUDERICO, PEDRO y JULIÁN.

JULIÁN (A Mariano.) De ti no hay que hablar. Madrid entero se ocupa de tu cuadro. Sólo le ponen una tacha.

RUDERICO ¿Cuál?

JULIÁN Ser demasiado crudo.

MANUEL Que lo frían.

JULIÁN ¡Cuidado, que no soy yo quien pone la tacha! Es la gente.

ANGEL (A Julián.) ¿Tomamos una copa?

JULIÁN En seguida. Pónmela de *vermouth*.

MARIANO Hace poco subió Carmen con tu hijo.

JULIÁN ¿Lo trajo? Pudo dejarlo en casa; los niños siempre estorban.

RUDERICO Ingratos suelen ser.

ANGEL ¡Qué van a estorbar!

MARIANO El día que tenga un chico, lo llevaré en brazos hasta a las sesiones académicas, dado caso que me rematen de académico. Como un lirón duerme el tuyo en la alcoba nuestra. Carmen anda por allá, con las otras.

JULIÁN (Saboreando una copa.) Respondo de los vinos. Fuí en persona a escogerlos.

PEDRO ¿Conque casi doctor?

ANGEL Hombre social encasillado.

JULIÁN Poco falta.

RUDERICO El día que tomes la borla, máximo banquete.

JULIÁN Figúrate.

RUDERICO Procuraré asistir.

PEDRO (Bajo a Angel.) Cuando se trata de llenar la andorga, este romántico es un sivergüenza. (A Julián, alto.) De manera que el año próximo, a poner bufete, a dar conferencias por ahí... A hacerse personaje.

JULIÁN No tan deprisa. Primero ganar la borla de doctor. Después examen general de conciencia. Una vez el barco en franquía haré rumbo.

MANUEL Eso es ordenar una vida y amarrar bien el porvenir. Yo, para lo que dicen vivir práctico, nunca tuve mañana.

ANGEL Gracias que tenga uno hoy.

JULIÁN Ustedes, los artistas, son muy distintos a nosotros. Nosotros necesitamos ser formales.

ANGEL Os compadezco. En dos o tres ocasiones he tenido que ser formal, y a poco si estallo. La formalidad me produce los efectos de una indigestión. Hablo de la formalidad social. En la vida artística soy formal. El arte merece mi respeto.

MANUEL Más que respeto, veneración ha de producir.

RUDERICO Hay que ser sacerdote.

MARIANO Con coronilla y todo.

RUDERICO Sacerdote augusto, casi incomprensible: vivir encerrado en el templo buscando el alma de las sílabas, dando la sensación microsíquica del idioma, haciendo que sea cada palabra en la oración un rayo de luz. ¡Ah, la esencialización, la orfebrerización de la forma!...

MANUEL ¿De ideas ni jota?

RUDERICO ¿De ideas? ¿Qué son las ideas? ¿Qué importan las ideas? Mi sueño es un poema donde no haya más que sonidos, vibraciones transcritas del éter. Si consiguiera

realizar tamaño prodigio, gritaría: ¡Aleluya!...

MANUEL Mira, Ruderico: empezaste la vida de escritor demostrando mucho talento, y vas a acabar en idiota.

RUDERICO ¡Idiota! ¡Como estás por el arte rudo!

MANUEL Estoy por el arte fecundo, por el que pare sentimientos e ideas; por el que hace de la forma vestido espléndido de la criatura, pero no la criatura misma. Vaya al diablo vuestro arte estéril, generación de andrógenos.

JULIÁN ¡Haya paz!... Coincidan ustedes con el ajenjo.

PEDRO Yo también coincido. (Llena su copa.)

ANGEL (Llenando la suya de aguardiente.) Yo no. Gasto opinión aparte.

JULIÁN ¿Qué escribes ahora, Ruderico?

RUDERICO Un drama.

MANUEL ¿Un drama?

RUDERICO Es decir, un poema escénico.

MANUEL ¡Ah!

RUDERICO Algo nunca visto en los corrales de la dramaturgia vulgar.

PEDRO ¡Cáscaras!...

RUDERICO Há tres meses laboro en él. Ya llevo burilados tres versos.

ANGEL A tal paso, como vivas lo que tarde en acabarse el drama, no hay quien te dispute la inmortalidad.

RUDERICO Mi propósito es dar idea de la tristeza del asunto por medio del color.

MARIANO ¿Del color?

RUDERICO Ah, sí. El morado es el color esencialmente triste.

MANUEL Vaya por el morado.

RUDERICO La escena se desarrollará en las gradaciones de un crepúsculo vespertino. Resplandores morados descienden de un cielo morado: morados estarán árboles y plantas; morado será el pergeño de los personajes; morado...

ANGEL Morado va a ponerte el público si representan tu berengena literaria.

RUDERICO ¡Qué sabes tú! La tristeza invadirá a los espectadores por obra del color. También irá en los versos míos la esencia de ese propio color. Cada oración debe ser un lirio.

JULIÁN ¡Bravo! ¡bravo!... ¡Admirable!

MANUEL Insoportable dirá usted.

RUDERICO Oid los tres primeros versos y os convenceréis.

ANGEL Déjalo para cuando esté completa la estrofa, el siglo veintiuno.

MARIANO ¡No! ¡No!... Que los diga.

RUDERICO Ved cómo la forma se empapa en las moraduras del crepúsculo. (Recitando enfáticamente.)

¡Din! ¡Don! ¡Din! ¡Don! La campana
[toca, doncella.
¡Din! ¡Don!... Su son es la fragancia
[de los lirios que oprimes;
lirial tú, pálida hija de la tarde muriente.

PEDRO Eso no suena a verso.

RUDERICO Porque no sabe usted desarticular bien las sílabas.

MANUEL Déjanos en paz con tus desarticulaciones. ¡Ni que el idioma fuese un anfiteatro!

ANGEL Vaya por la pálida hija de la tarde muriente. (Apurando una copa. Angel, Ruderico, Manuel y Pedro pasan a segundo término a beber una copa. Mariano y Julián quedan en el primero. Sale Carmen por la primera izquierda.)

ESCENA XVII

JULIÁN, MARIANO, PEDRO, ANGEL, RUDERICO y CARMEN

CARMEN (Dirigiéndose hacia Julián.) ¿Estabas aquí?

JULIÁN Hace poco llegué. (Mariano se dirige al grupo que forman Angel, Ruderico, Manuel y Pedro.)

CARMEN Bien pudiste entrar a saludarme.

JULIÁN ¿Iba a meterme en la cocina como un catasalsas?

CARMEN Dices bien. El cariño acaba por entontecer a una. Perdona. ¿A Julianito sí le habrás dado un beso?

JULIÁN No, todavía no. Entretenido con éstos me olvidé.

CARMEN ¿Te olvidaste?

JULIÁN No los iba a dejar por babosear al chiquillo. Flojos guasones son. Me llamarían papá chocho.

CARMEN Julián....

JULIÁN Más tarde, cuando halle ocasión oportuna. Para darle un beso siempre hay tiempo.

CARMEN Siempre hay tiempo y todo el tiempo resulta escaso. Ven a verle. Antes de dormirse te llamó.

JULIÁN ¿Pues si duerme a qué despertarle? Cuando se despierte entraré. Qué pesada te pones.

CARMEN No es pesadez. Será capricho si tú quieres. Pero es un capricho de madre. (Salen por la primera puerta izquierda. Margarita y Celeste.)

ESCENA XVIII

Dichos, MARGARITA y CELESTE.

MARGARI. ¡A la mesa! El arroz está a punto.

PEDRO (Mirando el reloj.) Veinte minutos. Ni uno más. Pepa es la gran mujer.

MARGARI. Ea, a celebrar la segunda medalla. Cada uno se sienta donde le dé la gana. En cuanto aparezca Irene con el cazuelón, a almorzar. (Todos menos Mariano y Julián, que se encuentran en primer término, dirígense hacia la mesa y comienzan a tomar asiento, mientras el diálogo continúa. Margarita y Carmen continúan juntas en pie. Carmen mirando con ansiedad a Julián. Salen, por la segunda izquierda, Irene, Pedro e Ignacio. Este último con una gran cazuela, que pone encima de la mesa.)

IRENE ¡El arroz! ¡A celebrar tu victoria, Mariano!...

MARIANO (Llena una copa de vino y se la presenta a Irene.) Para ti, compañera mía de fatigas, la primera copa del banquete triunfal. (Ofreciéndosela.) Irene la toma.)

MARGARI. ¡Olé!... (Carmen sigue mirando fijamente a Julián. Este hace ademán de dirigirse a la segunda puerta izquierda; luego se encoge de hombros y se reune en la mesa con todos.) Vamos, Carmen, siéntate. ¿Qué esperas?

CARMEN Ya, nada. No va. (Se deja caer en una silla junto a Margarita.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En primer término, un salón con dos grandes puertas vidrieras, y otra puerta pequeña en primer término izquierda. En el fondo de este salón, una cristalería, por la que se ve otro salón, en las paredes del cual habrá lienzos encuadrados, al óleo. Debajo de la cristalería, un diván cubierto con tapices, y sobre él, dos o tres almohadones. A la derecha de la cristalería, una planta palmera; a la izquierda, un caballete con un gran cuadro que representará un desnudo de mujer; el marco de este cuadro irá cubierto con sedas o terciopelos. Junto a la puerta vidriera de la derecha, un armónium, adornado con telas; encima, objetos de arte y una tablita al óleo. Junto al armónium, una banqueta y un caballete con un cuadro que representa un paisaje. En primer término a la derecha del actor, un tapiz cubriendo una puerta; al lado, un caballete de pintor con un gran cuadro que estará de espaldas al público. El marco de este cuadro se adornará con terciopelos y sedas. Enfrente del cuadro, una silla volante. En las paredes de la decoración, tres cornucopias pequeñas. El salón del fondo figura una galería o exposición de cuadros. Hay en él dos bargueños visibles, y encima de ellos figuritas escultóricas; una cornucopia grande colgada en la pared. (La colocación, como marca el plano.) Al levantarse el telón aparecen en escena Angel, sentado enfrente del armónium, Pedro, terminando de clavar las telas de un marco. Pepa cerca de él. Junto a Pepa habrá un cajoncillo con clavos de diversas hechuras.

ESCENA PRIMERA

PEPA, PEDRO y ANGEL.

PEDRO (Por el salón.) ¡A ver si hay quien le ponga peros! (A Pepa.) Acércame dos clavos.

(Pepa coge del cajón dos clavos y se los da a Pedro.) ¡De ésos no!... Los otros, aquellos dorados con la cabecita puntiaguda. (Pepa rebusca en el cajón.) ¡No ves que el terciopelo pertenece al siglo XVI? (Coge los clavos que Pepa le da.) Hay que entonar. (Martilleando.)

ANGEL Cualquiera entona con los martillazos de usted.

PEDRO (A Angel.) Deja unas miajas el tecleo. Ya tocarás luego, cuando se abra la exposición y empiece a llegar público. Un músico dale que le das al armónico ayuda la *reclame*. Ahora mira nuestro salón. Sembla regio, ¿eh?

ANGEL Magnífico.

PEDRO La presentación es la salsa de estos negocios. Sube el precio.

ANGEL Los cuadros de Mariano se venderían siempre.

PEDRO Créeme, Angelito. Hay que saber presentar el género. La gente se paga mucho de bambollas.

PEPA ¡Tanto como se paga! Así te presentas, así vales.

ANGEL Desgraciadamente es verdad.

PEDRO ¡Si es verdad! ¿No sabes, a propósito de ello, el paso que hubo entre un editor y un gran novelista francés?

ANGEL No.

PEPA Cuenta el paso. (A Angel.) Me muero por los cuentos de éste.

PEDRO Pues era un gran novelista francés. Me creo que le llamaban Honorato de Balzac, o una cosa así. Bueno. Va un editor y dice: Ajustaré a ese Honorato una novela. Este invierno priva su artículo.» Abre el libro de las trescientas mil, coge las señas de Balzac, se mete en un simón, y y ¡arrea, cochero, al novelista!

ANGEL (A Pepa, riendo.) ¡Qué pintoresco es su anticuario!

PEPA ¡Para sucedidos de reir, el *non plus*!

ANGEL (A Pedro.) Adelante.

PEDRO Mientras el cochero arreaba, el editor iba pensando: «¿Qué le ofreceré a Balzac por su libro? Le ofreceré... le ofreceré... ¡Ea! Tres mil francos.» Me parece que la sumita era respetable. Conque va el simón y deja los barrios ricos de París y se mete en un barrio de poco más o menos. «¡Hola!—exclama el editor para su bolsillo.—¿Por estos barrios vive mi hombre? Rebajaré la tasa. Voy a ofrecerle dos mil francos.» Sigue el coche y tuerce por una callejuela. «¡Cómo!—vuelve a exclamar el editor, mientras lee el rótulo de la calle. —¿Es en este embudo donde trabaja el novelista? Con mil quinientos francos se creerá en la gloria.» El coche para frente a un portal inmundo. «¡Ay, ay!...—repite el editor.—¡Vaya un portalito! Con mil francos se conforma el poeta.» Cuando llegó al piso quinto andaba el libro en los setecientos cincuenta francos; en los quinientos cuando el librero se detuvo en un corredor mal oliente. Llama con los nudillos a una puerta rijosa y le abre un sujeto mal vestido y con cara de *necesidá*. «¿El señor Balzac?» Pregunta el librero. «¡Servidor!» contesta el derrotado. «Vengo a comprarle una de esas novelitas que escribe.» «¡Cuánta honra!» «Doy por ella trescientos francos.» «Trato hecho.» En media hora de coche se ahorró el pico de once mil reales el tratante. Todo ¿por qué? Por la presentación. El Balzac de la casa pobre, el traje roto y la cara flaca, no valía más que sesenta duros.

ANGEL Elocuente es la historia.

PEPA Y con su moraleja.

PEDRO Para el Mariano la he sacado yo. (A Pepa.) Pásale un trapo a los dorados de la mesa. (Pepa lo hace.) Al bargueño y a los monigotes, ni tocarlos. Déjalos como están, llenos

de polvo y de churretes. Las cosas antiguas, cuanto más puercas mayor mérito.

ANGEL Fué gran idea la de alquilar estos salones.

PEDRO Ya verás, ya verás. Mariano vale, pero no tiene mundología. ¿Vino la racha? Aprovecharla, ¡qué caray! ¿Te has puesto a la moda? Saca raja, le dije, y no te duermas, que en arte las modas cambian todos los años.

ANGEL ¡Si cambian! Aun por lo verdaderamente grande, para lo que nunca ha de morir, hay eclipses y deseclipses.

PEDRO Mire si no lo que está pasando con los Grecos. Antes andaban a tres perras; en cambio, los Murillos por las nubes andaban. Hoy saltó la moda y tienes a Greco en las nubes y a Murillo en las alcantarillas. ¡Grecos!... ¡vengan Grecos! Aunque sean de los de la locura, de los amarillos y verdes con los remos torcidos como los sacacorchos, ¡vengan Gregos y vayan fajos de billetes! La moda próxima le tocará a otro gran pintor.

ANGEL Igual ocurre con los vivos.

PEDRO Sólo que los muertos pueden descuidarse y esperar a que les llegue el turno otra vez. Los muertos no comen; los vivos sí; y éste (El estómago.) no admite espera.

ANGEL Habla usted como un libro.

PEDRO Así hablé a Mariano. Mariano hizo caso de mí; alquilamos estos salones, dió el amigo la mano última a los lienzos que tenía por concluir; emprestamos a mi principal muebles, y sedas, y terciopelos, y tapices, y ¡ande la exposición! (Aparece Mariano en el antesalón.)

PEPA Van a rifarse las pinturas.

MARIANO (Entrando en el salón.) Sean tus palabras oráculos.

ESCENA II

PEPA, ANGEL, PEDRO y MARIANO.

PEDRO ¡Vaya si lo serán! Con lo de la medalla, con lo de los bombitos de la prensa, y con lo de que tu pintura es descaradota y no repara en desnudeces, se nos cuela medio Madrid.

MARIANO ¡No sé cómo pagarte!...

PEPA Entre amigos...

PEDRO Alto, no todo es amistad.

ANGEL ¡Hombre!

PEDRO Amistad hay, naturalmente. Pero hay también su punto de negocio. (A Mariano.) No lo digo por el cuadro que regalaste.

MARIANO Eso no vale nada.

PEDRO Vale un montoncito de billetes si yo lo quisiera vender. No lo vendo, ¿eh? Lo guardaré en recuerdo tuyo. Ya ves si te estimo. Pero, ¿y los tapices? ¿y los muebles? ¿Y los monigotes antiguos? ¿Son moco de pavo? ¿No los verá el público? ¿No preguntarán de qué establecimiento son? ¿No estoy yo un ocho y medio en las ganancias de mi principal?... ¡Entonces! ¡Qué se figuraban! ¿Que todo eran rosas y claveles? ¡Quiá! ¡También procuro yo por mí!

MARIANO Tienes la coquetería del negocio y coqueteas siempre, hasta ahora para empequeñecer un hermoso rasgo de amistad.

PEDRO No, señor. No empequeñezco nada. Es que la amistad no debe ser romanticismo. Debe ser práctica. Todo práctico, hasta el amor.

ANGEL ¿Ni el amor se libra?

PEDRO De ningún modo. ¿Por qué estoy yo con ésta? (Por Pepa.)

MARIANO Porque la quieres.

PEDRO Porque la quiero y porque hace bien la

bullavesa. (A Pepa, que ríe.) Anda al tocador, desempuércate y que estés aviada para cuando llegue la gente.

ANGEL ¿Piensa negociar a Pepa también?

PEDRO Bueno está el negocio, pero hasta cierto punto. Es que ella, Irene, Carmen, Margarita, los íntimos de Mariano, debemos estar yendo y viniendo por la exposición cuando ésta se abra al público. Los primeros que entren no han de hallar el salón vacío. Es de muy mal efecto. Ver gente anima; y si entre la gente hay mujeres guapas, pan y miel.

PEPA (A Angel.) ¿Va a venir Margarita?

ANGEL Con toda su corte de imbéciles.

PEDRO Los imbéciles, cuando van con hembras de su gusto son la gran parroquia. No se atreven a regatear. (A Pepa.) ¿Qué haces ahí? ¡Ponte el sombrero!... ¡Empólvate!... ¡Lávate las manos! ¡Arrea!

PEPA ¡Ya voy, hombre! ¡ya voy! (Sale por la puerta de la derecha.)

PEDRO ¡Oh! ¡Estoy reventado! (Se deja caer en el diván.)

ESCENA III

MARIANO, PEDRO y ANGEL.

MARIANO ¡Con tus trajines y con que la exposición haga fiasco!...

PEDRO (Metiéndose la americana, que estará sobre el diván.) No hables barbaridades; sin tarjetas de invitación me he quedado yo anoche.

ANGEL Los críticos que estuvieron en el barnizaje te tratan bien.

MARIANO Algunos. Otros ponen en sus juicios más reparos que líneas.

ANGEL Sería el caso primero de unanimidad.

PEDRO Natural que algo pegan. Si no pegasen no serían críticos. Los críticos y los fiscales

son hermanos gemelos. Les cuesta mucho trabajo pedir la absolución.

ANGEL — Manuel ha escrito una soberbia crónica. Ruderico está generoso.

PEDRO — ¿El? ¿Qué dice?

ANGEL — Que el arte de Mariano es arte grosero y efectista, pero que dentro de su escuela se le puede mirar.

MARIANO — Me desprecia, pero me perdona la vida. (Momentos antes habrá entrado Manuel en el antesalón, dirigiéndose al grupo que forman los otros.)

MANUEL — No lo hace a mal hacer. (Enseñando un periódico.) Aquí está el artículo.

PEDRO — Venga. Es el único que no he leído.

ESCENA IV

MARIANO, ANGEL, PEDRO y MANUEL.

PEDRO — (Leyendo.) El demonio entiende a este *noy*.

MANUEL — A Ruderico, de puro vaciarlos en los nuevos moldes se le han hecho los sesos agua. En literatura proscribe las ideas, en pintura exige que los paisajes tengan color de ensueño y que las imágenes sean planas, pegaditas a la tela como sellos en colección. En música ignoro por lo que le dará.

ANGEL — Probablemente porque la música no se oiga. Es capaz de todo.

PEDRO — Hasta de comer por catorce. ¡Cómo engullía anoche en la cena con que nos obsequió Julián para celebrar su doctorado! El tal Ruderico es la viva imagen de Dios. En su casa no tiene principio y en la fonda no tiene fin.

MANUEL — ¿Es mañana cuando se va Julián?

MARIANO — A veranear con la familia.

PEDRO — Y arreglar sus asuntos para volver en condiciones de abrir el gran bufete.

ANGEL — (A Pedro.) Julián es como usted, todo práctico.

PEDRO Lo cual no quita a lo buen amigo. En esto de la Exposición se ha portado. Todas sus relaciones vendrán a la apertura.

ANGEL Y él, ¿vendrá también?

MARIANO Así lo ofreció esta mañana cuando estuvo en casa a dejar a Carmen. Carmen almorzó con nosotros. Irene y ella vendrán juntas.

PEDRO Ya tardan.

MARIANO A todo esto, y más vale tarde que nunca, gracias por tu crónica. (A Manuel.)

MANUEL No hay de qué. He escrito tal como sentía. Tu arte me atrae por su sinceridad. Ella es la razón de tus éxitos. Buena prueba de mi afirmación es este cuadro, donde pusiste el alma. (El que está de espaldas al público.)

PEDRO Vaya, que esa pobre mujer abandonada con el chiquillo en brazos es una compasión. Y a él, a ese tío que la abandona, le estrangularía... ¡Palabra!

ANGEL Haces vivir la escena. (Momentos antes han aparecido en el antesalón, que curiosean, Irene y Carmen. Carmen llevará un traje sin adornos, completamente liso, de corte a propósito para espiritualizar la figura.)

MANUEL Es la propia realidad.

CARMEN (Que ha llegado cerca del cuadro.) ¡La realidad!...

MARIANO (Volviéndose hacia Carmen e Irene.) ¡Vosotras! (Carmen queda frente al cuadro contemplándole con fijeza.)

ESCENA V

CARMEN, IRENE, MARIANO, PEDRO, ANGEL y MANUEL

IRENE Aquí estamos cumpliendo el programa de Pedro. No tendrá usted queja. Examine, examine el hombre.

PEDRO ¡Bravo! Irene es propiamente un Goya. (A Carmen.) Usted, con su cara pálida y con

sus moradas ojeras, una Dolorosa del Greco.

IRENE ¿Y Pepa? ¿A qué escuela la echamos?

PEDRO ¿No es rubia y regordetilla y alegre? A la escuela flamenca.

IRENE ¿Dónde se ha metido?

PEDRO En el tocador. Arreglándose los perifollos.

CARMEN (Como leyendo el rótulo del cuadro.) «¡Abandono! ¡Pobre niño! Duerme mientras el padre huye y la noche se acerca. Al despertarse, ¿qué hallará? En su madre, lágrimas; encima de la tierra, nieve. ¡Pobre niño!»

MANUEL (Bajo a Mariano.) Ahí tienes el drama de tu cuadro planeándose, haciéndose carne una vez más. (Por Carmen.) Acertó Pedro llamándola criatura del Greco: pensando en atormentadas como ella debía revolver la siniestra coloración de su paleta aquel loco sublime.

PEDRO (Mirando el reloj.) Falta un cuarto de hora. Vamos hacia la entrada, no vaya a ocurrir algo. No hay que fiarse más que de uno. ¿Venís?

ANGEL Andando. (Mariano, Pedro, Angel y Manuel se dirigen al antesalón, por donde salen.)

IRENE (A Carmen.) ¿Vienes tú?

CARMEN No, déjame que mire. Este cuadro me parece un espejo. Creo que no es ella, sino yo, la que está dentro de él.

ESCENA VI

CARMEN e IRENE.

IRENE ¿Tú? Qué tontería.

CARMEN Julián se va mañana.

IRENE Para volver, como otros años.

CARMEN Otros años le obligaban a volver sus estudios. Ya no. Sus obligaciones concluyeron.

IRENE ¡Como han de concluirse! ¿No estás en Madrid tú?

CARMEN ¡Yo!... ¿Sé yo misma lo que soy ya para él? ¿De mí qué puede esperar él? Cuanto podía esperar lo tuvo.

IRENE ¡Y vuelta a las dudas!... ¡Si es empeño el tuyo!

CARMEN ¿Empeño?... Nadie lo tiene en su desgracia. ¿Qué mayor desgracia para mí que perder el amor de Julián? Miento. Otra hay más grande.

IRENE Si no os viese a diario, si no os tratara con intimidad, acabaría por creerte. Pero os veo y veo a Julián tan cariñoso contigo como siempre. Por decir estoy más que nunca.

CARMEN Sí, las palabras siguen siendo iguales. Sólo es diferente el sonido. Distraídas acuden a sus labios, sin un temblor del alma, sin un balbuceo de pasión. ¡Sus caricias! Hay caricias muy amargas para el que las recibe. Las que van solas, las que llegan a uno sin llevar el pensamiento y el corazón de quien acaricia.

IRENE ¡Mujer!...

CARMEN ¡Tales son hace tiempo las palabras y las caricias de Julián! ¿Pero a qué hablar de mí? El amor mío nada importa. El de mi hijo sí. ¡Ay, si mi hijo quedara olvidado, perdido, como esta criatura a quien su madre ve dormir mientras la nieve cae!...

IRENE ¡Déjate de locuras!

CARMEN ¡Locuras! ¿Es locura que Julián vive solo, lejos de la casa de su hijo? ¿Es locura que oculta la existencia de ese hijo a su padre? ¿Es locura que no le quiere dar su nombre? ¿Por qué no se lo dió? Mil veces le supliqué con besos y lágrimas que lo hiciera. ¿Qué hizo? ¿Cuál fué su respuesta? La de ayer, la de hace algunas horas: «¡Qué pesada te pones! Más adelante. No corre prisa. Ni que el chiquillo

fuera un hombre. Más adelante. Ya veremos más adelante.» ¡Más adelante!... ¡Es decir, nunca!

IRENE ¡Carmen!...

CARMEN Cuando se quiere al hijo, cuando se pone toda la existencia en su porvenir, la voluntad del padre va más deprisa que la pregunta de la madre. Antes que ella pregunte: «¿Cuándo?» el padre responde: «Ahora mismo.» Julián dice: «Más adelante.»

IRENE Y más adelante lo hará.

CARMEN Un hijo sin nombre a nada obliga. Cuando se convierte en obstáculo se le da con el pie y a otra cosa. ¿Quién va a salir por él? ¿La madre? ¿La que se entregó como amante?... Para el mundo la mujer que se entrega así es una perdida. Así me entregué yo. A una perdida cuando llora se la desprecia; cuando exige se le vuelve la espalda: cuando enseña a su hijo se le responde: «¡Sabe Dios quién será su padre!»

IRENE ¡Vaya, vaya!... No te inspira pocas negruras este pícaro cuadro. Ahora mismo nos apartamos de él y vamos en busca de Pepa, que está echando raíces en el tocador.

CARMEN No voy. Quiero seguir aquí mirando a esta mujer. Ella también amó; también se entregó ella, olvidándolo todo... ¡Después!... Ahí está con el hijo de su amor en los brazos. ¡Ahí está, mientras el padre huye en busca de nuevos amores, de hijos nuevos!... Ella le ve huir. ¡Y la nieve cae... cae blanca y fría como una mortaja de hielo! (Aparecen en el antesalón Julián, Pedro y Mariano.)

PEDRO No falta requisito. (A Julián.) Pase, pase y verá canela.

IRENE (A Carmen.) Julián.

ESCENA VII

CARMEN, IRENE, JULIÁN, MARIANO y PEDRO.

JULIÁN (Acercándose a Irene y Carmen.) Temprano se vino. (A Irene.) ¡Elegantísima! (A Carmen.) A ti, si no fuera porque elogiarte es elogiarme, te diría lo propio. (A Pedro.) ¿Y Pepa?

IRENE Aun no salió del tocador.

PEDRO Vayan, vayan y denle prisa, que son al golpe de las cuatro. Fíjense en ella antes de que salga, y si fuera menester la componen. Pepa, de su natural, es muy farotona.

IRENE Vamos.

JULIÁN (A Irene y Carmen, que se dirigen a la derecha.) Seguro que no estaré cuando volváis.

IRENE ¿Y eso?

JULIÁN Un sinfín de quehaceres. Como el viaje es mañana...

PEDRO Siquiera hasta la entrada del público. Quédese un poquitín.

JULIÁN Lo siento mucho; no es posible.

CARMEN (A Irene, con quien llega a la puerta de la derecha.) Ni conveniente que sus relaciones le vean junto a mí.

PEDRO Entonces entro con ustedes. Tampoco me viene mal un lavatorio.

(Salen por la puerta de la derecha Carmen e Irene seguidas de Pedro.)

ESCENA VIII

JULIAN y MARIANO

JULIÁN Esto es ir viento en popa. Excuso manifestarte que me alegro sinceramente. De toda la pandilla eres mi predilecto. De ahí que el triunfo tuyo me entusiasme como si fuera propio.

MARIANO Gracias, Julián. ¡Para éxito el de tu último examen!

JULIÁN ¡Bah!... Una borla de doctor no es para echar orgullo. ¿Quién no lleva en España borlas doctoriles de ésta o de la otra pinta? Como fin, la borla es una pequeñez. En clase de medio, algo puede valer. Depende del sujeto en que caiga.

MARIANO Tú no eres de los torpes. (Mientras hablan van examinando los cuadros.)

JULIÁN Este desnudo es maestro ¡Qué suaves los tonos de la piel! ¡Qué bien trabajada la carne! Entre los amigos a quienes repartí las invitaciones hay verdaderos inteligentes; y ricos, que es lo principal. Más de un comprador has de tener en ellos.

MARIANO Gracias otra vez. ¿Conque decididamente mañana?...

JULIÁN Sin retardo posible. Mis padres me aguardan. Además, el viaje supone asuntos relacionados con mi porvenir. El porvenir no es para dejado de la mano.

MARIANO Seguro.

JULIÁN Cuando regrese, lo haré en condiciones favorables al éxito.

MARIANO ¿Volverás pronto?

JULIÁN Depende de las circunstancias. No se prepara así como así un cambio de frente. ¡Admirable estudio! (Por uno de los cuadros.)

MARIANO ¿Cambio de frente?

JULIÁN ¿Qué remedio? La borla obliga. En mí concluye el estudiante y principia el hombre formal. ¡Ay, quién fuera artista para prescindir de la formalidad!

MARIANO ¿De qué formalidad?

JULIÁN De la que se cotiza en el mundo de las borlas y de los diplomas oficiales. Quien aspire a dominar en ese mundo, necesita fama de hombre serio.

MARIANO ¡Hombre serio!... Y tu marcha es para hacer el aprendizaje de hombre serio.

JULIÁN Está claro.

MARIANO El regreso dependerá del tiempo que tu aprendizaje requiera.

JULIÁN Naturalmente. No es ello cuestión de quince días.

MARIANO Gran pena será para ti vivir lejos de Carmen y del niño.

JULIÁN ¡Figúrate! Pena y disgusto. Estas locuras de muchacho se hacen sin querer y luego proporcionan infinitas contrariedades.

MARIANO ¡Ya, ya!

JULIÁN Empieza uno jugando y se echa una cadena al cuello. Ya es trabajo si ello hace falta romper esa cadena. Afortunadamente esta clase de compromisos no lo son de por vida. Estaría uno fresco.

MARIANO ¡Y pensar que hay tontos que opinan lo contrario!

JULIÁN ¿Tontos? Algo más ridículos: sentimentales. ¡Fuera bueno que las calaveradas de estudiante influyeran en nuestro porvenir! Con ciertas cosas se concluye cuando hace falta.

MARIANO Sin perjuicio de recordarlas alegremente ante una buena mesa y entre cinco o seis amigotes cuando se llega a la vejez. Poco más o menos, ¿para qué época volverás?

JULIÁN Ya te avisaré. Nos hemos de escribir con frecuencia.

MARIANO Lo digo porque si te tardas y en la ausencia tuya Carmen y su hijo necesitan alguna cosa, puedes disponer de nosotros.

JULIÁN Ya contaba contigo. (Mirando su reloj.) Los minutos pasan sin avisar. Con permiso, Mariano. ¡Una maravilla son tus lienzos!

MARIANO Saldremos juntos. No quiero andar por aquí mientras curiosea la gente.

JULIÁN Tengo a la puerta un coche. Si necesitas de él...

MARIANO No, voy al café próximo; allí me reuniré

con Manuel y con Angel; allí irán luego las mujeres.

JULIÁN Como gustes. (Echa a andar hacia el antesalón, seguido por Mariano, a tiempo que entra en escena Irene por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

MARIANO, JULIÁN, IRENE. Al final, CARMEN y PEPA con PEDRO.

IRENE (A Mariano, que se detiene al oirla, mientras Julián sigue hacia el foro.) ¿Te vas?

MARIANO No voy a estar aquí escuchando alabanzas u oyendo censuras, que es peor. Oyelas tú, y me las trasmites luego en el café. Yo me largo.

IRENE ¿Con ése? (Por Julián, que al llegar al antesalón se vuelve y saluda a Irene con la mano.)

MARIANO Ese y yo vamos por distinto camino. (Se dirige hacia el foro y sale de él con Julián a tiempo que entran en escena, por la derecha, Carmen, Pepa y Pedro. Pepa con el sombrero y los guantes puestos.)

ESCENA X

IRENE, CARMEN, PEPA y PEDRO.

PEPA No nací para señoríos. Estoy mejor en casa, con mis cuatro trapitos y revolviendo cacerolas. Sobre todo el sombrero. Aunque le ponga cuarenta alfileres, se va. ¡Ni que este pájaro (El que lleva en el sombrero.) fuese de veras!

IRENE ¡Trae! (Arreglando el sombrero de Pepa.) Lo sujetaré por un ala.

CARMEN Ya empieza a entrar público. (Entran por el antesalón y comiénzanse a repartir por él, formando grupos y parejas delante de los cuadros, caballeros y señoras.)

PEDRO ¡Es un golpecito de gente! ¡Y la que ha de venir!... ¡Cuando yo aseguro una cosa!... (Entran en el antesalón y se detienen a contemplar los cuadros del fondo, Ruderico, Celeste y los Jóvenes 1.° y 2.°, que irán trajeados, poco más o menos, como Ruderico.)

PEPA Ahí entran Ruderico y Celeste con otros de su pinta. Ya examinan los cuadros.

IRENE O lo que es lo mismo, ya empiezan a hablar mal.

PEDRO Todo contribuye al cartel. Si nadie hablase mal, no habría controversia. Las controversias arman ruido, y mientras más ruido, más negocios. (Se oyen voces y carcajadas a la puerta del antesalón.)

IRENE ¿Qué jaleo es ése?

CARMEN Margarita que llega.

PEPA Trae con ella una procesión de hombres.

IRENE La nata y flor del Sicalíptico. (Entra Margarita en el salón rodeada por un grupo de caballeros, entre los cuales estarán el conde, el marqués y los caballeros 1.° y 2.°. El conde y el marqués serán viejos Margarita vestirá con lujo estrepitoso y accionará y reirá también estrepitosamente.)

MARGARI. ¡Por aquí!... ¡Por aquí!... que es donde está lo bueno.

PEDRO Es un torbellino de mujer. (Margarita entra en el salón seguida de su acompañamiento y provocando la curiosidad de los visitantes. Al ver a Carmen y a Irene se dirige hacia ellas corriendo con los brazos abiertos y la sombrilla en alto. Los acompañantes la siguen.)

ESCENA XI

CARMEN, IRENE, PEPA, MARGARITA, PEDRO, EL CONDE, EL MARQUÉS, CABALLEROS 1.° y 2.°. Grupos de visitantes. RUDERICO, CELESTE, JÓVENES 1.° y 2.° y dos o tres grupos en el antesalón.

MARGARI. ¡Hola, chicas! Aquí estoy yo. Buenas tardes, Pedro. (Señalando a los que la acompa-

ñan.) Los señores son amigos míos. Vienen con obligación de comprar. El que no compre puede declararme difunta y no volver al Sicalíptico.

CONDE Compraremos lo que usted mande.

MARQUÉS ¡Vaya si compraremos! ¡Aunque los cuadros sean unos mamarrachos compraremos!

IRENE (A Pepa.) El sí que es mamarracho.

CONDE (Al caballero 2.º) Me arrancaré con una tablita.

CABA. 1.º (Al caballero 2.º) Yo, ni ese. En el club me han dejado *arruchi*.

MARGARI. (Bajo a Irene.) ¿Qué te parece mi parroquia?

IRENE Una recua.

MARGARI. Si no fuese recua, ¿vendría donde yo la llevase? Imposible. Sólo que no hay otros. (A Carmen.) ¡Ay, Carmen! luego dicen que las joyas andan baratas. (A sus acompañantes.) Ea, caballeros, a ir pensando encima de qué marco ponen ustedes tarjeta. (A Pedro.) No dirá que soy mala corredora.

PEDRO (Bajo.) Haga usted que se fijen en el bargueño.

MARGARI. (Bajo.) ¿En el qué?

PEDRO En el bargueño. Aquel mueble de la otra sala. Y en las figuritas que hay sobre él. Son joyas escultóricas.

MARGARI. A mí me resultan unos adefesios; pero se fijarán. (Dirigiéndose hacia el conde seguida de Pedro.) Ya lo creo que se fijarán. ¡Conde!

CONDE ¡Margarita!

MARGARI. ¿Ha reparado usted en ese... (Deteniéndose.)

PEDRO (A su oído.) Bargueño.

MARGARI. ...bargueño?

CONDE No. No había visto...

PEDRO Es de primer orden. Acérquese. Hay que verlo de cerca. De primer orden, caballero. (El conde, Margarita y Pedro se dirigen donde está el bargueño.)

IRENE (A Pepa y Carmen.) Vamos como distraídas

detrás de unos grupos y de otros. Así oiremos lo que dicen. ¡ Soy tan dichosa cuando oigo elogiar a Mariano ! ¿Queréis?

CARMEN ¡ No hemos de querer !

PEPA ¿Por dónde?

IRENE Por cualquier parte, menos por la que estén Celeste y Ruderico. Esos hablarán atrocidades, y no es cosa de descomponer la exposición arrancando a Celeste el moño. (Salen. Ruderico, Celeste y los jóvenes 1.° y 2.° entran en el salón y se detienen frente a un cuadro. Carmen, Irene y Pepa se dirigen al antesalón, donde desaparecen.)

ESCENA XII

CELESTE, MARGARITA, PEDRO, RUDERICO, EL CONDE, EL MARQUÉS, CABALLEROS 1.° y 2.°. JÓVENES 1.° y 2.° Grupos de visitantes.

RUDERICO (Por el cuadro que examina, a sus acompañantes.) Es grosero. Bien pintado, pero grosero. ¿Fuí injusto diciéndolo en mi artículo?

JOVEN 1.° Injusto por bondad.

JOVEN 2.° La coloración del paisaje es demasiado fuerte.

CELESTE Brutal.

RUDERICO Una fotografía de la Naturaleza. La Naturaleza es grosera también : deber del artista es sublimarla, trocarla en sueño poético ; en materia ideal, más bien sensible que visible.

MARGARI. (A Pedro, con quien entra.) Ya colocamos el bargueño. A chalanear la cornucopia. ¿Y el marqués?

MARQUÉS (Acercándose.) ¿Qué desea la encantadora artista?

MARGARI. Tener en mi gabinete aquella cornucopia.

MARQUÉS Veámosla, veámosla inmediatamente. (Los tres salen por la puerta izquierda.)

RUDERICO (Por otro cuadro.) Esto no son pinceladas, son brochazos, tonamientos de color ; el

color debe indicarse, solamente indicarse; pasar de ahí, es deplacientemente soez.

CELESTE ¡Y esta mujer!... ¡Qué afán de redondeces!

RUDERICO (Por el cuadro.) Este espectáculo deprime. Sin embargo, ya lo veis. Mariano triunfó. Sigamos, sigamos recorriendo con zancos en los ojos y en el espíritu, este lodazal colorinista. (Entran por la derecha Irene, Carmen y Pepa a tiempo que salen por la izquierda también Menéndez y Soto.)

IRENE (A Carmen.) ¡Qué contenta estoy!

ESCENA XIII

CARMEN, IRENE, MARGARITA, MENÉNDEZ y SOTO

MARGARI. He dicho a esos polichinelas que se las piren y que no admitiré en mi cuarto al que no lleve, por lo menos, la factura de un cuadro con recibí y todo.

SOTO (A Menéndez.) Las aguas fuertes son notables: algunos lienzos de primer orden: hay que agradecer la invitación.

MENÉN. Diciendo de quien vienen no podía ocurrir otra cosa.

MARGARI. ¿Oyes? ¡Estarás satisfecha! Todos ensalzan a Mariano.

IRENE Soy feliz, ¡muy feliz!

MARGARI. (Que se ha fijado en el cuadro de espaldas al público.) ¡Qué majadería! ¿No miro a esta mujer y se me llenan los ojos de lágrimas?... ¡También Marianito! ¡Podía pintar cosas más alegres y no afligir a una! ¿A qué buscar en la vida lo triste?

CARMEN No se busca, Margarita, viene ello. (Menéndez y Soto llegan delante del cuadro y lo examinan dando la espalda a las mujeres, mientras sale de escena Margarita.)

MENÉN. Hay que dar gracias a nuestro querido

Julián. Merced a sus invitaciones admiramos una hermosa labor artística.

SOTO — Suárez es un pintor de fuerza, con mucha luz en el pincel.

IRENE — (A Carmen.) ¿Oyes? Y éstos son inteligentes. No hay más que mirarlos; parecen amigos de Julián.

CARMEN — Al menos acaban de nombrarle.

SOTO — Vine seguro de pasar un buen rato. Julián tiene gusto exquisito.

MENÉN. — Es un joven de mérito.

SOTO — Y que irá lejos. El jefe de nuestro partido está prendado de él.

MENÉN. — Como orador es extraordinario. Diputado de oposición hemos de verle en las próximas elecciones.

SOTO — Indudablemente. El jefe le ayuda. El tiene posición. Ya puede acometer la empresa.

MENÉN. — Y si sus fuerzas no bastan a lograrlo, ahí está el dinero que llevará en dote su futura.

CARMEN — ¡Oh! (Reconcentrado, pero con angustia y desesperación terrible en el gesto.)

IRENE — (Bajo.) Vámonos de aquí, Carmen.

CARMEN — (Con fiereza.) ¡Calla! Déjame oir. (Deteniendo un ademán de Irene.) ¿No oyes que me dejes oir?

MENÉN. — ¡Muy rica! Este invierno será la boda.

SOTO — (Alejándose con Menéndez.) ¡Hermosísimo es este cuadro! (Salen por el fondo, donde desaparecen.)

ESCENA XIV

CARMEN e IRENE.

CARMEN — ¡Hijo de mi vida! ¡Qué horror! (Tambaleándose, en actitud estupefacta, se deja caer en el diván.)

IRENE — ¡Carmen! (Irene la contempla en silencio, con angustia.)

CARMEN (Por la mujer del cuadro.) ¡Iguales somos ya, compañera de infortunio y de engaño! (Levantándose con energía dolorosa.) ¡No!... ¡No somos iguales!... Tú, arrojada contra ese lienzo, por el capricho de un pintor, eres cosa muerta. Yo vivo. (Hace ademán de dirigirse al foro.)

IRENE ¡Carmen! (Como si quisiera contenerla.)

CARMEN No temas. Mi dolor no grita, es muy hondo para subir a la garganta. Está tranquila. Ya lo ves. Ni siquiera lloro. (Este momento, a la inspiración de la artista. En el segundo fondo habrá figuras contemplando los cuadros.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en la casa donde vive Carmen. A la izquierda, una puerta que supone comunicar con la de la calle. A la derecha, en primer término, un balcón practicable, con cortinas, que estará abierto al comenzar el acto. En el fondo, una alcoba a la italiana, separada del gabinete por columnas y adornada con cortinas iguales a las del balcón. En esta alcoba habrá una cama, y delante de ella, perfectamente visible para el público, una cuna de mimbres. En el gabinete, en primer término, a la izquierda, una máquina de coser. Sobre ella un rebujo de tela blanca, y debajo de él unas tijeras grandes y puntiagudas, de las llamadas de cortar. Junto a la máquina, un cesto de costura. El resto del mueblaje, modesto, pero de buen gusto. La escena comienza al caer de la tarde; los rayos últimos del sol penetran por el balcón abierto, en dirección de la alcoba. Al levantarse el telón aparece Carmen sentada en una silla con el niño en los brazos, colocado en forma que sólo se le vean de él los encajes y cintas que lo visten. Carmen contemplará al niño con fijeza angustiosa. Irene estará sentada cerca de Carmen.

ESCENA PRIMERA

CARMEN e IRENE.

CARMEN ¡Duerme! Quizás por no ver estos ojos míos, todo negrura y pena, se cerraron los suyos, todos alegría y todos luz. (A Irene.) ¿Verdad que es hermoso? ¿Verdad que en esta carne sonrosada, en este pedazo vivo de inocencia, no hay un solo estremecimiento que no hable a la compa-

sión y al amor? Nadie, viéndote dormido, débil, con la sonrisa en la boca y los temblores de un sueño juguetón en los párpados, fuera capaz de hacerte daño. El más desconocido para ti de los hombres abriría los brazos sobre ti... ¡Tu padre los cierra y te abandona para siempre! ¿Sabes? ¡Para siempre! Es algo así como si te cogiera y te alzara en alto y te soltara después de golpe, y se alejase encogiendo los hombros, sin volver la cabeza para mirar donde caías.

IRENE ¡Cálmate, por Dios, criatura!

CARMEN (Secándose las lágrimas nerviosamente y retirando la cabeza de la de su hijo.) ¡Hijo mío! ¡No! ¡No quiero que mis lágrimas caigan sobre ti! Su fuego quemaría tu piel. Las lágrimas del abandono aun deben ser sólo para mí. Sonríe a tus ensueños de ángel... ¡Tiempo vendrá en que las lágrimas del abandono corran por tus mejillas sin que yo me atreva a enjugarlas!

IRENE (Acercándose a Carmen.) Tal vez aquellos dos hombres hablaron por hablar; tal vez un dicho, una suposición, aumentada de unos en otros, llegó hasta ellos y la repitieron a tientas, sin certeza de la exactitud.

CARMEN No te esfuerces dándome esperanzas que eres la primera en no tener. Aquellos hombres no mintieron. Nos deja. He sido el pasatiempo estudiantil, el juguete de sus noches ociosas. Fuí yo. Otra cualquiera hubiera sido igual. ¿Soñé en algo más grande? Peor para mí. ¿Vino el hijo en mal hora para su conveniencia? Peor para el hijo si vino. Que siga la suerte de su madre. El se va, se va donde sus ambiciones y sus egoísmos le llaman. Su carrera y nuestros amoríos marchaban a la par. Concluyó la una y concluyeron los otros.

IRENE ¡No es posible! ¡Te repito que no es po-

sible! No me cabe en los sesos que Julián sea tan cruel para su hijo y tan cobarde para ti. A su hijo no puede abandonarle. A ti, aunque de romper contigo tratara, no te iba a dejar sin una explicación. ¿Cómo ha de hacer eso Julián?

CARMEN Es más cómodo. Así evita lágrimas y reconvenciones. Tierra por medio. Pasan los meses... Escasean las cartas. Un día el silencio por toda respuesta a la madre y a la mujer, y todo concluyó. Así quiere él que sea. ¡Así!... No será.

IRENE ¿Qué piensas hacer?

CARMEN Algo... ¡Todo!... Pero, ese todo, ¿qué es? Quiero pensarlo y mis pensamientos se confunden. ¡Pensar!... Todavía no puedo. No hay sitio para pensar en mi alma. ¡Rebosante se halla de lágrimas y de dolor!... Aun no puedo pensar. Dejo a los suspiros salir por mi garganta; dejo a mis lágrimas que rueden. Gracias a ellas no se me ha roto el corazón. ¡Que salgan! ¡Que salgan! Son mi dicha última. ¡Luego ni esa dicha tendré!

IRENE (Llorando.) Tendrás al menos quien te ayude a sufrir. Y si tu desgracia llegara; si este ángel y tú os encontrarais solos, no sería tan solos. Aun estamos yo y Mariano en el mundo.

CARMEN ¡Gracias, Irene! ¡Muchas gracias por él!

IRENE (Por el niño.) ¡Pobrecillo!

CARMEN Más pobre que los que aguardan con su madre, en la calle, en el quicio de una puerta cualquiera, el regreso del padre. A veces viene éste sin pan, pero viene siempre con amor.

IRENE Cuanto más le miro menos creo que se atreva Julián...

CARMEN Pronto lo sabré. Cuando él venga.

IRENE ¿Vas a preguntarle?

CARMEN Ya te dije que no sé lo que haré. (Como si

hablara con el niño.) No estás bien en mis brazos. La desesperación los contrae a veces con tal fuerza, que martirio son para ti en lugar de caricia. (Se levanta con el niño y lo echa en la cuna.) Aquí estarás mejor. Yo, a tu lado, velando el sueño que te hace sonreir mientras lloro yo.

IRENE (Dirigiéndose hacia el balcón.) ¿Cierro?

CARMEN Deja entrar los últimos rayos del sol. Ya ves, soy romántica, como dice Julián, y estos rayos pálidos que se extienden hacia la alcoba me parecen una caricia de la luz, una despedida que nos da la felicidad antes de dejarnos para no volver nunca. (Señalando al balcón.) Mira. El sol va cayendo... cayendo... Ya no se le ve... Como abanico de oro se abren sus destellos en el cielo y reflejan aquí... Avanzan sobre las cortinas... Llegan hasta la cuna... Por ella suben... Se detienen en el rostro de mi hijo... Vienen y van sobre sus labios... Es el último beso de este día que muere. Sólo queda una línea de oro... Ya nada... Todo concluyó... ¡Hay que aguardar la noche! ¡Cierra! ¡Cierra! (Irene lo hace.) ¡Ay! ¡Si a la desventura pudiera cerrársele las puertas como se cierran a la luz! (Estas gradaciones de la luz hay que hacerlas con gran precisión para que respondan a los momentos que marca el diálogo. Carmen queda junto a la cuna contemplando a su hijo. Después se dirige hacia Irene, que ha cerrado el balcón.) ¿Por qué no te vas?... ¡Mariano debe estar aguardando! Tendrá ansias de partir contigo, en la soledad del estudio, su hermoso triunfo de hoy. Ya que podéis serlo, sed felices.

IRENE ¡Dejarte! ¡No te dejo así! ¡Que me aguarde Mariano! No sería digna de esa felicidad que nombras si fuera tan egoísta que te abandonara en tu pena. Aquí

quiero estar, aquí estaré, como no me eches tú.

CARMEN ¡Echarte!... No, Irene. ¡Qué mejor compañera para mi sufrimiento! No es echarte. Es necesidad de estar sola. Julián vendrá de un instante a otro. Cuando venga, entre él y yo no ha de haber nadie. Nadie más que nuestro hijo.

IRENE Pero... (Como temerosa.)

CARMEN No receles que intente nada contra mí... (Señalando la cuna.) Soy lo único que le queda en el mundo. ¿Cómo voy a dejarle?

IRENE Si ésa es tu voluntad, adiós. (Se dirige a la cuna, da un beso al niño.)

CARMEN (Abrazándose a Irene y llorando.) ¡Adiós! (Haciendo un violento esfuerzo para separarse de Irene y enjugándose el llanto.) ¡Ea, basta de lágrimas!

IRENE ¿Hasta luego?

CARMEN Hasta luego, sí. ¡Juana! (Entra Juana.)

JUANA ¡Señora!

ESCENA II

CARMEN, IRENE y JUANA.

CARMEN Acompaña a la señorita. (Por Irene.)

IRENE No hace falta. (Dirigiéndose a la puerta mientras Carmen va hacia la cuna. A Juana, bajo.) (A ella es a quien has de acompañar. Quédate aquí con ella.) (Sale Irene.)

ESCENA III

CARMEN y JUANA.

JUANA ¿Tiene usted algo que mandarme?

CARMEN Recoge eso. (El sombrero y los guantes, que estarán encima de un mueble.) Guárdalo ahí dentro, (La alcoba.) en ese armario. (Juana lo hace. Carmen queda arrodillada junto a la cuna.)

JUANA Ya está.

CARMEN Echa esas cortinas. (Las del balcón. Juana lo hace.)

JUANA ¿Doy luz?

CARMEN No. No hace falta. Vete. (Vuelve a su actitud de antes. Al levantar la cabeza ve a Juana que continúa en la habitación.) ¿Aun estás ahí? ¿No oyes que te vayas? (Sale Juana.)

ESCENA IV

CARMEN. Luego, JULIÁN.

CARMEN ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... ¡No! ¡Cerca de él no!... Le despertarían mis sollozos. (Retrocede y se deja caer sollozando encima del diván.)

JULIÁN (Aparece en la puerta de la derecha.) ¿A obscuras?

CARMEN ¡Julián! (Secándose los ojos.)

JULIÁN ¿Te dió el capricho por no encender la luz? (Jovialmente.) Si es así, continúa. Nos saludaremos en la obscuridad.

CARMEN (Levantándose y dirigiéndose donde está la llave de la luz eléctrica que hay sobre la máquina en un pequeño reflector con pantalla verde.) No. Es mejor la luz. Ya la tenemos. (La habitación se alumbra en forma que algunos puntos, los del fondo, queden casi en la sombra.)

ESCENA V

CARMEN y JULIÁN.

JULIÁN Bien venida sea ella. (Se quita el gabán y el sombrero, los deja en un mueble y se dirige hacia la alcoba.)

CARMEN (Cortándole el paso.) ¿Dónde vas?

JULIÁN Donde siempre y como de costumbre. A dar un beso al niño.

CARMEN No. (Deteniéndole con el gesto.)

JULIÁN (Sorprendido.) ¿Qué?

CARMEN Que no le beses..., que no le beses... todavía... Haz cuenta que es un capricho, como el de la luz.

JULIÁN Raro capricho en ti.

CARMEN ¿Verdad?... Siempre que te olvidabas de ello, ¡cuántas veces han sido! te dije: ¡bésale! Ahora te acuerdas y me pongo enfrente de ti y te digo: No quiero que le beses.

JULIÁN ¿No quieres?

CARMEN Antes de hacerlo has de responder a una sola pregunta.

JULIÁN A cien, si lo pides.

CARMEN A una nada más. ¿Es cierto que te casas con otra?

JULIÁN (En la forma de sorpresa que el actor considere más conveniente a la situación.) ¡Cómo!... ¡Carmen!... ¿Quién se pudo atrever?... ¿Quién decirte?...

CARMEN La respuesta que necesito es otra. Sí o no. Con una sílaba me basta.

JULIÁN Carmen.

CARMEN Dí no, y franco se halla el paso. Ahí tienes a tu hijo esperando tus besos, con una sonrisa en la boca. Si me dices «Sí», ¿cómo has de llegar a él? ¿Cómo he de dejar que le beses?... ¿Aun no hablas?... Entonces es que sí.

JULIÁN (Reponiéndose.) No supongas nada, mujer. No adelantes los acontecimientos. En ocasiones las cosas no son como parecen. También quiero yo que hablemos, pero en otra forma, sin la exaltación que denuncian tus ojos, sin el ofuscamiento que la sorpresa pone en mí.

CARMEN Pero, ¿es cierto?

JULIÁN No como tú lo piensas. Si existe el plan de mis padres, es no trazado por mi voluntad y mi gusto. Mis padres ven en los planes suyos, óyelo bien, suyos, míos no,

seguridades, bienestares para mi porvenir. De eso a que yo preste mi conformidad hay mucha distancia. Claro que mis padres, tercos y tercos en su idea, trabajan sobre mi voluntad, sobre mis intenciones...

CARMEN ¿Y tú?

JULIÁN Te aseguro que a nada estoy comprometido, que no respondí sí a las pretensiones de mis padres.

CARMEN (Con amor y desesperación.) ¡No lo respondas, no lo respondas nunca, Julián! ¡Te lo pido por todo el amor que me juraste cuando caí en tus brazos! Por el amor que te tengo, hoy más grande, más poderoso que antes; porque antes, al principio, te debí la dicha de poder acariciar como enamorada, de llamarte mío; ahora te debo más: te debo la dicha de poder acariciar como madre, el santo derecho de llamar hijo a esa criatura. ¡No, Julián, no! ¡No nos abandones!... ¡El y yo te necesitamos! ¡Nuestra vida eres tú! (Dejándose caer en el diván.)

JULIÁN ¿Abandonarte? Nunca he pensado en ello.

CARMEN ¿Y en dejarme de querer?

JULIÁN Tampoco. (Sentándose junto a Carmen y cogiendo sus manos.) ¡No seas niña! (Atrayéndola hacia sí.) ¿No estás viendo que no?

CARMEN Sí; lo veo... ¡me hace falta verlo! ¿Verdad que mintieron aquellos hombres?

JULIÁN ¿Quienes?

CARMEN Los que dijeron allá, en la sala maldita, que ibas a unirte a otra mujer. ¡Mintieron!... ¡Mintieron! (Con pasión y grandeza.) No hay más que una verdad, la tuya, la de que tú me quieres.

JULIÁN Carmen...

CARMEN Si no dudo, te creo. ¡No oyes que te creo! Tus padres pensarán... lo que piensen; la gente hablará por lo que tus padres hablaron. Pero tú.... ¡tú eres nuestro!...

(Yendo hacia la cuna.) ¿Oyes, hijo de mi alma? ¡es nuestro! ¡Es tuyo! ¡Es mío! ¡Como siempre!... (Volviendo hacia Julián.) ¡Repítelo muchas, muchas veces!... Sólo una oí que me abandonabas; pero fué tan espantoso el golpe, tan siniestra la negrura que rodeó mi espíritu, que necesito una y otra afirmación de tu querer para que esas sombras y desesperaciones huyan y me dejen volver a mi vivir... Porque yo estaba muerta. Te oigo, te he oído exclamar que me quieres, y me parece algo de un sepulcro.

JULIÁN Te quiero. Cien veces, y cien más lo repetiría, sin mentir, porque es cierto, porque no van a borrarse en un minuto de mi corazón y de mi memoria tantos y tantos días de caricias y de abandono y de placer.

CARMEN Loca fuí dando crédito a los decires de esos hombres. ¡Olvidarle! ¡Olvidarme! ¡Como si ello fuera posible! ¡Olvidar! Ni tú ni yo podemos. Toda la historia de nuestra pasión pasa en este minuto entre nosotros. Al apretarte con mis brazos, son todas las horas, todos los segundos de dos años los que sujeto entre nosotros dos. ¿No lo sientes, Julián?... ¿No sientes esas horas y esos segundos ir del uno al otro, de corazón a corazón?... Sí, los sientes, que tu corazón va ligero... Ligero va el mío... Juntos van, como deben: confundidos en un solo latir. ¡Eres mío! ¡Eres mío, como en nuestra primera hora de amor! (A la inspiración de la artista, sin acotaciones inútiles, queda este momento, como todos los de la escena.)

JULIÁN Tuyo soy; y de esa manera, sabiendo que soy tuyo, es como debes escucharme.

CARMEN ¡No hables!... ¡No quiero oir, quiero ver la respuesta en los ojos tuyos!... (Julián

aparta los ojos de los de Carmen.) ¿Por qué los apartas?

JULIÁN No por negarte mi cariño. Mi cariño te pertenece..., os pertenece. Sean cuales sean las circunstancias, ni él ni yo os hemos de faltar.

CARMEN ¿Las circunstancias?

JULIÁN Hablo de mis padres; de ese plan suyo que me contraría; de su obstinación, que me desespera; de mi porvenir, que al fin y a la postre es el vuestro. Mis padres, cuya fortuna es más apariencia que realidad... (Se detiene.)

CARMEN ¿A qué te detienes?... Tú, tan fácil de palabra, ¿no las encuentras? ¿Tan ruin es lo que anda por tu pensamiento que a ti propio te da vergüenza oirlo?

JULIÁN ¡No te exaltes!... Te suplico que no te exaltes. Por miedo a tus exaltaciones dejé correr el tiempo sin atreverme a abordar francamente lo que tu pregunta hace improrrogable. Te ruego que me escuches con calma. ¿No tienes confianza en mí?

CARMEN Hace un momento la tenía.

JULIÁN Por desgracia la vida no es solamente amor.

CARMEN Dolor es también; y también puede ser toda odio.

JULIÁN Ante todo es necesidad, urgencia de vivir, de ganar puesto en ella y de sostener el puesto una vez conseguido. ¿Me comprendes?

CARMEN Temo que sí.

JULIÁN Mi vida, en el sentido de la lucha, empieza hoy; para emprender la lucha, para llegar al éxito sin obstáculos que podrían derribarme antes de conseguirlo, precisa una base, un punto de apoyo, sólidamente firme. De ahí que mis padres pensaran en la boda... De ahí su empeño en que se realice. Pero ni ello es amor, ni

con el nuestro se relaciona. ¿Qué le importan a nuestro amor estas exigencias, estas necesarias fatalidades del vivir? Tú y yo estamos aparte. Demos a la realidad lo suyo y...

CARMEN (Levantándose y tapándole la boca.) ¡Calla! Piensa la infamia, ya que tu pensamiento fué capaz de parirla, pero ten el pudor del silencio y no tengas el atrevimiento de ofrecerme la complicidad. ¡Oh, Dios mío!... ¡Conque era verdad! ¡Conque aquellos hombres no mintieron!... ¡Y este hombre no se contenta con traicionarme!... ¡Quiere más, y me propone envilecerme!

JULIÁN Pero escúchame... ¡óyeme! (Acercándose a ella y queriendo coger una de sus manos.)

CARMEN ¡No me toques!... (Se aparta al ángulo opuesto a donde está Julián.) Esto es hecho. El amor tuyo lo perdí. El amor digno de ese nombre. ¡El amor! Amor no hay más que uno. El que yo sentía por ti, el que de ti esperaba. (Pausa.) Para ti acabó la mujer. Echemos la mujer a un lado... ¿Qué vas a hacer de mi hijo?

JULIÁN De nuestro hijo...

CARMEN Del mío. Ahora no es más que mío. Cuando hables veremos si es que puedes llamarle tuyo.

JULIÁN De continuar tus arrebatos; de empeñarte en no comprender, en poner insultos donde tienen sitio las razones, será mejor que por el momento nos separemos, y hablemos después, cuando tu locura te permita reflexionar y tu reflexión discurrir. (Se dirige al mueble donde están el gabán y el sombrero.)

CARMEN (Deteniéndole.) ¿Irte? ¿No oyes que es la madre quien habla, que no es la mujer?... A la mujer puedes abandonarla, despreciarla, sin darle siquiera explicación. Entre mujer y hombre, cuando por una par-

te o por otra el amor concluye, ha concluído todo. No volverás a oir recriminaciones y quejas de la mujer a quien abandonas. Me entregué a ti por mi voluntad. Por la tuya me dejas. Igual pude dejarte yo. El hombre y la mujer estamos en paz. Pero *eso* (Señalando la cuna.) no llegó a nosotros por su voluntad; *eso* no nos escogió libremente; *eso* no puede abandonarse. ¿Qué vas a hacer de mi hijo?

JULIÁN ¿Qué voy a hacer? Quererle, protegerle...

CARMEN ¡Palabras! Eso son palabras. Hacen falta hechos.

JULIÁN ¿Hechos?

CARMEN Comprenderás que habiéndote oído antes, no voy a fiarme de tus palabras de ahora. Ayuda, protección... ¿Eso ofreces?

JULIÁN Sí.

CARMEN Cúmplelo.

JULIÁN ¿Cumplirlo?

CARMEN Sí: maneras mil tienes de ello. Una hay que borraría todas mis dudas, y que tal vez alcanzaría todos mis perdones.

JULIÁN ¿Cuál?

CARMEN Dar al niño tu nombre.

JULIÁN ¿Mi nombre?

CARMEN ¿Te niegas?...

JULIÁN No me niego. Cuando le haga falta el nombre de su padre lo tendrá.

CARMEN Más adelante, ¿eh?

JULIÁN ¿Por qué no?

CARMEN Porque mientes en esto lo mismo que has mentido en lo otro. Porque tú, sólo atento a tu egoísmo y a la fortuna que ambicionas, no temes pisotear el porvenir de tu hijo y dejarlo solo, perdido, sin más amparo que el de Dios ni más nombre que el que deshonraste haciendo tuya a esta mujer.

JULIÁN (Con ira.) ¡Carmen!

CARMEN Eso intentas. Porque tú, si como amante eres un desleal, como padre de esa criatura eres un miserable.

JULIÁN ¡Es ya demasiado sufrir! Ni el haber sido lo que fuiste, ni el que haya una criatura entre los dos, te autoriza a tanto. Por mi hijo y por ti haré cuanto pueda, cuanto en mi caso hacen otros hombres, cuanto él y tú podéis, no exigir, suplicar. Si llevas tu locura al extremo de suponer que mi vida va a girar esclava en torno de la tuya, te engañas. Mujer eres; por serlo, puedes insultarme sin que te responda. Hasta ahí llego, no esperes que tenga la paciencia de seguir oyendo los insultos. (Cogiendo el gabán de encima del mueble.)

CARMEN ¡No, Julián! ¡No te vayas! No habrá más insultos en mí. ¡Insultos! ¡Imposiciones! ¡Yo no puedo insultar! ¡No puedo imponerme! Sólo puedo suplicar... llorar... ¡por él!... Por él suplico, por él lloro y pisoteo ante mi amor de madre, mi orgullo de mujer... ¡No abandones a nuestro hijo, Julián; con las manos en cruz y con el alma deshecha en sollozos te lo pido.

JULIÁN ¿Pero qué más pides? ¿No oyes que mi apoyo no le faltará nunca? Repito que a ti tampoco ha de faltarte.

CARMEN ¡Qué pido!... Tu nombre para él... La protección, el apoyo moral que el oro no compra ni regala. ¡Es el hijo tuyo, Julián! ¿No será horrible que el hijo tuyo tenga que bajar los ojos mañana y no se atreva a responder cuando le pregunten: ¿Quién eres tú? ¿Quién era tu padre? ¿No será espantoso que le digan: «¡Vete! No eres a nosotros igual. De los dos seres que dignifican con sus nombres la existencia del hijo te falta uno, por desconocido o por negado...» Ve que son

heridas incurables las que tales frases producen. ¿No piensas que un día nuestro hijo puede amar y ser el nombre que le niegas, la negativa de ese nombre, muerte de su amor y perdición de su conciencia? ¡No lo hagas! ¿Qué daño te ha causado para que lo mates moralmente?

JULIÁN He de repetirte otra vez que cuando precise mi nombre lo tendrá. (Impaciente y nervioso.)

CARMEN Si piensas dárselo, ¿por qué no de seguida? ¡Ah!... ¿Seré yo? ¿Será temor en ti de que yo, escudada con mi hijo y con el nombre que le des, sea obstáculo y escándalo de tu existencia? ¡Poco me conoces! ¡No importa! Oféndeme más. Cree eso de mí. ¡No me quejo!... Si eso es, pronta me hallo a que el temor tuyo se disipe. Renunciaré al niño. (Se dirige a la cuna.) Ahí lo tienes. Llévatelo. Te juro que no le veré más. ¿Que es horrible? Lo sé. ¡Figúrate si lo sabré! Para mí, peor que la muerte. No le hace, renuncio a él. A cambio del nombre tuyo, te lo doy.

JULIÁN ¿Separarte de él?

CARMEN ¡Separarme! Que me separes de él, que lo apartes para siempre de mí. ¡Eso te pido yo, y te lo pido de rodillas!... ¡Una madre pidiendo de rodillas, arrastrándose como si implorara su felicidad, que le quiten a su hijo!... ¿Verdad que parece locura? Y locura es. Sólo que es locura de amor santo, locura de madre que hasta las entrañas sabe arrancarse por el hijo.

JULIÁN Ni lo puedo, ni lo debo hacer. Siga al lado tuyo. Ni os abandono, ni os retiro mi apoyo. Piensa en ello, y mañana, más tranquilos, podemos resolver.

CARMEN ¡Ah! ¿sí? ¿Conque todo es inútil?

¿Conque una promesa hecha por tu embustera boca ha de bastarnos a él y a mí?... ¿Conque mi hijo va a quedar perdido, sin nombre, mientras los hijos de la otra, ¡de la otra! gozarán de tus riquezas y de tu nombre y de tu amor?... ¡Ah, no!... ¡No!... ¡Te juro que no, infame!

JULIÁN ¿Vuelta a los insultos? (Coge el gabán y el sombrero.) Adiós.

CARMEN ¿Adiós?

JULIÁN ¿No lo ves? (Vuelve la espalda a Carmen y se dirige a la puerta.)

CARMEN ¡Todo!... ¡Todo acabó!... ¡Todo concluyó para mi hijo!... (Apoyándose, para no caer, en la máquina. Al hacerlo empuja el rebujo de tela y deja al descubierto las tijeras.) ¡Ah!... (Por sus ojos y por su gesto ha de pasar con rapidez de rayo la idea del crimen.) ¡Que acabé para ti! (Se dirige hacia Julián, que llega al fondo.)

JULIÁN ¿Qué? (Carmen le hunde las tijeras en el pecho.) ¡Carmen! (Cae muerto.)

CARMEN (Arroja las tijeras al suelo con espanto.) ¿Qué hice yo? (Estupefacta. Con energía.) ¡Lo que debía hice! (Dirigiéndose a la cuna del niño.) Vale más que no tengas padre que tengas ése. ¡Hijo! (Inclinándose sobre la cuna.) ¡Despierta!... Sus ojos van a abrirse. (Corriendo las cortinas.) ¡No! ¡Verle, no! ¡No quiero que le vea! (Queda de espaldas a la cuna, sujetando las cortinas y fijos los ojos en el cadáver de Julián.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

Enrique Kistemæckers Federico Reparaz

LA LLAMARADA

Drama en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

LA LLAMARADA

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

LA LLAMARADA

DRAMA EN TRES ACTOS

de

Enrique Kistemaekers

Adaptación española de

FEDERICO REPARAZ

Estrenado por la compañía dramática de don Francisco Morano, en el Gran Teatro, de Cádiz, el 15 de Agosto de 1913

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15.
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena Felt	Srta. Amparo F. Villegas.
Teresa Deniau	Doña Pascuala Mesa.
Juana Sttetin.	» Pilar Martín Gómez.
Anita, doncella de Elena . . .	Srta. Angeles Espín.
Coronel Pedro Felt	Don Francisco Morano.
Marcelo Beaucourt	» Antonio Lagos.
Conde Bertrand de Mauret . .	» Gaspar Campos.
Monseñor Jussey	» Emilio Portes.
Julio Glogau	» Víctor Pastor.
Barón Sttetin	» Juan Aguado.
El fiscal	» Carlos Soto.
El alcalde de Mijoux	» Ernesto Alvarez.
El juez de instrucción	» José Latorre.
Justino, criado	» Eduardo Giménez.
El secretario de actuaciones . .	» José Ramírez.
Berthot, ordenanza de Felt . .	» Carlos Miralles (hijo).

La acción, en el castillo del barón de Sttetin.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Salón lujoso que fué en otro tiempo sala de guardias. Comunica por varias y amplias entradas. Por la derecha, con una especie de jardín de invierno y un saloncito de juego. Por la izquierda, puertas y una escalera que conduce al piso superior, y en la que hay una hornacina. En el centro del foro, una gran puerta vidriera que da a una terraza, desde la que se ve la carretera y se domina todo el valle. A fines de septiembre. Son las diez de la noche de una de esas noches estrelladas y templadas que permiten tener la puerta del foro abierta de par en par. A lo lejos, y completamente en el fondo del valle, se ven brillar, enmedio de la noche, un grupo de lucecitas oscilantes; es el pueblecito de San Claudio.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, ELENA, JUANA, STTETIN, GLOGAU, MARCELO, TERESA, y después, JUSTINO.

(Al levantarse el telón, la estancia se halla solamente alumbrada por las bujías del piano de cola, en el que Teresa toca, muy piano, un vals lento. Los barones de Sttetin y Glogau, que se hallan a su alrededor, escuchan. Pedro, apoyado en el marco de la puerta del foro, aspira el aire de la noche. A la izquierda se encuentra Elena, sentada en un canapé, y tras ella, Marcelo, con los manos apoyadas en el respaldo del mueble.)

MARCELO (A Elena.) ¡Qué aspecto de cansancio tiene usted esta noche!

ELENA — Sí, estoy rendida. Esos trenes del Jura, que andan a paso de carreta, son aburridísimos. Y además...

STTETIN — (Extasiado, a Teresa.) ¡Precioso! ¡Divino! ¡Toque usted otro vals!

MARCELO — (A Elena.) ¿Y además...?

ELENA — Pienso en mi pobre hijito, que he llevado a Sarrebourg.

MARCELO — (Algo impaciente.) ¡Haberle dejado aquí!

ELENA — ¡Lo dice usted de un modo...!

MARCELO — Tal vez inconscientemente me he expresado con alguna brusquedad, con celos...

(Continúan hablando en voz baja. Teresa se aparta del piano. Entra Justino llevando el té.)

JUANA — (A Justino.) ¿En qué consistió la avería de la luz?

JUSTINO — Dice el *chauffeur* que se había fundido una de las piezas de la dinamo, y, por si ocurre otra avería, he preparado los candeleros.

JUANA — ¿Pero el *chauffeur* no ha ido a buscar a monseñor Jussey?

JUSTINO — Sí, señora baronesa.

JUANA — (A Teresa.) ¿Quiere usted ayudarme a servir el té? (Teresa le ayuda. Justino vase.)

ESCENA II

Dichos menos JUSTINO.

STTETIN — (A Glogau.) ¿*Puzzles*? (Pronúnciese: «puz!».)

GLOGAU — Con mucho gusto. (Ambos se instalan en el rincón del piano. Marcelo, que se había apartado ligeramente, se acerca de nuevo a Elena.)

ELENA — ¿Lo de sentir celos de mi hijo, lo habrá usted dicho en broma?

MARCELO — ¡Naturalmente!... ¿Por qué se ha separado usted de Roberto?

ELENA — Por multitud de razones.

MARCELO — ¿Y ésas son...?

TERESA — (Aproximándose con una taza de te.) ¿Una taza te, señora?

ELENA (Con gesto denegatorio.). Gracias.

TERESA ¿Y usted, señor Beaucourt?

MARCELO Gracias, señora; esta noche no. (Teresa se aleja. A Elena.) Cuénteme usted.

ELENA Los dueños de este castillo son muy amables, pero como no tienen hijos tienen horror a los ajenos. Les disculpo, además, porque mi Roberto está en la edad en que los niños, incluso los mejor educados, son muy traviesos... ¿Quién es esta señora?

MARCELO Teresa Deniau, una viuda joven y extraordinariamente cándida, que desea continuar siendo joven y cándida...

ELENA ¿Y dejar de ser viuda?

MARCELO Precisamente. Y como tiene buenas amistades...

ELENA (Sonriente.) ¿Se forja ilusiones?

MARCELO Todo el día se pasa ofreciendo algo a los solteros. Es su único ejercicio... Azúcar, *chartreuse*, cigarros...

ELENA No ha sido usted muy galante con ella.

MARCELO Por exceso de prudencia. Voy a desagraviarla...

ELENA ¿Me abandona usted?

MARCELO Es conveniente. Mire usted de soslayo, no ahora, dentro de un instante, y con cuidado, al coronel, y dígame qué opina...

ELENA ¿De mi marido?

MARCELO De su mirada.

ELENA ¿Qué encuentra usted en ella?

MARCELO Algo desagradable cuando se fija en nosotros... Y nos mira muy a menudo.

ELENA (Indiferente.) ¡Bah!

MARCELO Durante los tres días que ha estado usted ausente, cuantas veces me he encontrado a solas con él, he experimentado siempre ese malestar indefinible que precede siempre a las explicaciones enojosas. Estoy seguro que deseaba hablarme.

ELENA ¿Y lo ha hecho?

MARCELO No.

ELENA Las sospechas de usted son infundadas. Si tuviera algo que decirle lo hubiera dicho sin vacilar, con esa precisión matemática que pone en todas sus cosas y esa confianza en su superioridad, esa confianza insolente que no le abandona nunca.

MARCELO No me engaño, Elena, y la prueba...

ELENA (Rápidamente.) ¡Cuidado!

MARCELO (Disgustado.) ¡Es insoportable!

TERESA (Acercándose de nuevo a Marcelo.) ¿Quiere usted un cigarro?

MARCELO ¡Qué buena es usted!

TERESA ¿Grande o pequeño?... Elija.

MARCELO Gracias, no fumo nunca puros.

JUANA ¡Beaucourt!

MARCELO ¿Señora...?

JUANA ¡Ayúdenos usted! ¡Estamos locos con estos *puzzles*!

MARCELO ¡Voy, voy! (Se aproxima al grupo.)

TERESA (Dejándose caer sentada junto a Elena.) ¡Verdaderamente soy muy desgraciada!

ELENA ¿Por qué?

TERESA ¡Ya he cometido otra tontería!

ELENA No.

TERESA ¿Ha visto usted cómo me ha contestado?

ELENA ¡Son suposiciones de usted!

TERESA Lo he visto divinamente... Y me disgusta tanto más, cuanto que el señor Beaucourt me es muy simpático.

ELENA No dude usted que él participa de esa simpatía.

TERESA ¿Es el célebre abogado parisiense?

ELENA El mismo.

TERESA ¿Y diputado?

ELENA Por este distrito.

TERESA ¿Ha sido ministro?

ELENA El más joven que hemos tenido de Gracia y Justicia.

TERESA Dicen que tiene mucho talento.

ELENA Más del que le suponen.

TERESA ¿Y fortuna?

ELENA Sé únicamente que goza de fama y glo-

ria, porque ésta última cuesta trabajo ocultarla. En cuanto a su fortuna, es preferible que le informe a usted un banquero..., mire usted, el señor Glogau..., aquel señor afeitado.

TERESA Le conozco... Mil gracias por sus informes...

ELENA No hay de qué.

STTETIN ¿Pero dónde diablos están los cigarros?

ELENA ¡Aquí! (Cogiendo las cajas de manos de Teresa.) ¿Me permite usted?

TERESA Con mucho gusto.

STTETIN Gracias, señora. Como de costumbre, creí que los había acaparado Mauret.

GLOGAU Verdad... ¿Dónde está el conde?

ELENA Desapareció después de comer.

STTETIN (A Pedro.) ¿Anda por ahí ese juerguista?

PEDRO ¿Quién?

STTETIN ¡Mauret!

PEDRO En la terraza, no.

STTETIN (Llamando.) ¡Mauret! ¡Mauret!

ESCENA III

Dichos y MAURET.

MAURET ¡Presente! (Aparece vestido con una especie de traje de motociclista y lleva en la mano un gran paquete de cartas y periódicos.)

JUANA ¿Qué significa ese disfraz?

MAURET (Algo disgustado.) ¿Disfraz...?

TODOS (Con diversos sentimientos.) ¡Ah!

STTETIN ¿Se ha vuelto usted loco?

MAURET (Con desaliento e indignado.) ¡La humanidad me da lástima! Este traje es un invento mío. Hace diez años que la ciencia moderna se esforzaba en vano en transformar a un hombre de mundo en motociclista y a un motociclista en hombre de mundo. ¡Pues van ustedes a ver! (Comienza a desabrocharse rápidamente el traje.)

TERESA (Escandalizada.) ¡Se va usted a desnudar!...

MAURET Señoras, tengan la bondad de volverse un instante. ¡ Una, dos, tres... ! (Todas se vuelven de espaldas. Se quita rápidamente el vestido, bajo el cual aparece en traje de «smoking».) ¡ Ya está ! ¡ Vuélvanse ustedes !

JUANA ¡ No está mal !

GLOGAU ¿Pero, con qué objeto...?

MAURET (Con superioridad.) ¿Qué es esto?

MARCELO ¿Cartas?

STTETIN ¿Periódicos?

MAURET Han comprendido ustedes.

GLOGAU Yo absolutamente nada. Explíquenos usted de una vez...

MAURET Oigan ustedes : Estamos pasando el mes de septiembre en el castillo de nuestros queridos amigos los amabilísimos barones de Sttetin...

JUANA } STTETIN } (A la vez.) Gracias.

MAURET Como de costumbre, el señor Glogau, al terminar esta noche de comer, comenzó a contarnos una de esas historias interminables en que se descubre el alma del célebre bandido Latude. Mientras Glogau no cesaba de charlar, pensé que podía ser útil a los demás, y recordando que estov en excelentes relaciones con las señoritas del correo de Mijoux, porque después de todo no es uno de madera...

TERESA ¡ Qué horror !

MAURET (En tono de censura.) ¡ Las encargadas del correo de Mijoux tienen, respectivamente, una, treinta años de servicios, y la otra, sesenta de edad.

TERESA Pero, caballero...

MAURET Pero, señora, eso no les impide acoger benévolamente al motociclista que, al dar las nueve y media, llega a pedirles el correo, que, sin su intervención, no traería el cartero hasta mañana por la mañana.

GLOGAU ¿Luego lo ha traído usted?

MARCELO ¡ Bravo, Mauret !

STTETIN Es de agradecer...

MAURET (A Teresa.) Ya vé usted cómo mi acción es objeto de un vivo sentimiento de simpatía. (Abriendo el paquete de correspondencia.) Para el coronel Felt... Dos cartas, con membrete del ministerio de la Guerra.

PEDRO Gracias, querido Mauret.

MAURET Beaucourt, abogado..., abogado... Beaucourt, diputado, diputado... diputado..., con sello de todos los ministerios.

MARCELO Gracias.

MAURET Una carta de la casa Milón, modas..., para la señora viuda de Deniau. (A Teresa.) La idea de que le escriban a usted sus adoradores con sobre de la casa Milón...

TERESA ¡Señor Mauret!

MAURET ...es ingeniosa, y demuestra su exquisito tacto. ...Señora de Felt... ...Señor Julio Glogau...

STTETIN (A Pedro y Marcelo.) ¡Lean, lean ustedes! (Todos leen su correspondencia.)

MAURET Glogau... ¡Ah!

GLOGAU ¿Qué?

MAURET ¡Con sello del juzgado! (Ligero movimiento de curiosidad. Todas las miradas se dirigen maquinalmente sobre Glogau.)

GLOGAU ¡Querido conde, es usted muy bromista!

MAURET El bromista es el juzgado. Mire usted.

GLOGAU (Asombrado). ¡Ah!

MAURET Barón Sttetin... Hay para todos. Ni siquiera de mí se han olvidado. «Señor conde Bertrand de Mauret, negociante en vinos de Champagne.» (A Sttetin.) ¿Qué dirían mis gloriosos antepasados ante semejante sobre...?

STTETIN (Dejando de leer.) ¿Eh?

MAURET ¡Qué suerte la de usted de no tener antepasados!

STTETIN (Con voz ahogada.) ¿Cómo? (Teresa tira a Mauret de la manga.)

MAURET ¡Ah! ¿pero usted ha tenido antepasados?

STTETIN ¡Qué pregunta!

MAURET Pues no comprendo por qué ha comprado usted un título pontificio.

STTETIN (Sonriendo de mala gana.) ¡Es usted insoportable!

TERESA (Bajo.) ¡Ha dicho usted una tontería!

MAURET Pero con premeditación. Usted las dice lo mismo, pero sin conciencia ni perversidad, como el ruiseñor canta.

TERESA (En tono de censura.) Usa usted una familiaridad conmigo...

MAURET Digna de elogio y gratitud. Apenas hace doce horas que nos conocemos y ya nos entendemos como dos buenos amigos. Mañana nos tutearemos.

TERESA ¡Eso sí que no! Es demasiado pronto.

MAURET Su gracia de usted me ha seducido...

TERESA (Coqueta.) ¡Señor Mauret...! ¡Señor conde...

MAURET ¿Quiere usted que nos divertamos un rato?

TERESA ¿Cómo?

MAURET Ahora verá... (A Glogau.) ¿Qué tal el amigo de usted? (Justino ha entrado y dicho unas palabras en voz baja a Pedro, que leía su correspondencia en un rincón. Pedro, entonces, ha ido a la terraza donde su ordenanza le esperaba. Se le ve dar órdenes al militar, que en seguida se aleja. Pedro continúa en la terraza. Justino, después de hablar al coronel, ha hecho mutis.)

GLOGAU ¿Qué amigo?

MAURET El juez de instrucción.

GLOGAU (Irónico.) Voy a satisfacer su curiosidad. El juzgado del Sena me pide algunos datos respecto al atentado de que fuí víctima...

TERESA (Curiosa.) ¿Fué usted víctima de un atentado?

GLOGAU Hace algunos meses salía yo de un consejo de administración, y en el momento de subir a mi coche, un individuo disparó tres tiros de revólver que átravesaron de parte a parte...

TERESA (Asustada.) ¡Dios mío...!

MAURET Su sombrero.

STTETIN El agresor se hizo justicia en el acto, saltándose la tapa de los sesos.

GLOGAU Y como ese final ha herido el amor propio del juzgado, éste se empeña en instruir un sumario en que la víctima no reclama nada...

STTETIN ¡Y el culpable no existe!

MARCELO (A Glogau.) No comprendo...

GLOGAU (A Marcelo.) ¡Bien sabe usted cómo las gastan los tribunales! ¡Ese pobre diablo, que ni siquiera pudo ser identificado, era evidentemente un loco.

STTETIN ¡Qué duda cabe!

GLOGAU. Pues el juez se empeña en ver en él a un revolucionario extranjero, y le supone cómplices; busca, investiga y me hace perder un tiempo precioso, cuando yo preferiría...

MAURET El silencio.

GLOGAU Usted lo ha dicho.

MAURET Ese juez no es tonto. El revolucionario no es una hipótesis, sino una evidencia.

GLOGAU ¡Bah!

MAURET Al menos es verosímil.

MARCELO ¿Por qué?

MAURET Francamente, porque Glogau fué, *in illo tempore...*, (A Glogau.) ¿verdad?... funcionario de la policía rusa.

GLOGAU (Reprimiento un movimiento.) ¿Yo?

MAURET (Ingenuo.) ¿Es acaso una leyenda...?

GLOGAU (Sin darle importancia.) Más bien la creo una broma...

STTETIN ...De mal gusto.

JUANA ¡Es usted incorregible!

MAURET El tiene la culpa. ¿Por qué es usted tan misterioso?

GLOGAU ¿Yo?

MAURET ¿Por qué no dice usted de una vez a sus íntimos qué es realmente?

GLOGAU Banquero.

MAURET Personas que le tutean aseguran que fué usted funcionario de...

GLOGAU Ya lo ha dicho. ¿Y qué más?

MAURET Agregado militar en los Balkanes de un pequeño estado extranjero, jefe de la política exterior en un gran diario inglés...

STTETIN ¡Es un loco... !

GLOGAU ¡Muy simpático! Continúe usted. ¿Qué más dicen?

MAURET Que es usted austriaco y se hizo usted naturalizar belga, después de haber sido ciudadano suizo. Y, en fin, que si afirmara usted ser protestante, no se atrevería a prestar juramento por Moisés...

JUANA (Interrumpiéndole con un gesto imperioso.) ¿No oyen ustedes...? (Todos escuchan. Se oye, bastante lejos, en el campo, el ruido del motor de un autotomóvil. Sttetin se precipita hacia la terraza. Pedro entra de nuevo. A Pedro.) ¡Es él!

PEDRO Eso creo.

STTETIN (Gritando desde la terraza.) ¡Sí, sí, es monseñor!

JUANA (Con apresuramiento, a Sttetin.) ¡Adolfo, salgamos a recibirle! (A Elena.) ¿Quiere usted hacerme el favor de dar un vistazo al comedor?

ELENA Con mucho gusto. (Vase segunda izquierda.)

TERESA Yo la acompañaré a usted... (¡Dios quiera que no cometa ninguna simpleza con monseñor!) (Vase segunda izquierda.)

JUANA (A Marcelo.) ¿Y nada de política, eh?

MARCELO ¡Ni de filosofía!

STTETIN Ponte un abrigo, que cae relente. (Vanse Juana y Sttetin por la terraza.)

GLOGAU Conde: ¿quiere usted saber la verdad?

MAURET ¡Soy todo oídos!

GLOGAU Pues le participo que soy negro, musulmán y pobre, y que le propongo una partida de *écarté* mientras llega su ilustrísima.

MAURET Acepto gustoso. (Vanse ambos al saloncito de juego.)

ESCENA IV

MARCELO y PEDRO.

(Pausa. Pedro va despacito y cierra la puerta tras los jugadores.)

PEDRO ¿Beacourt?

MARCELO ¿Qué desea usted?

PEDRO No le extrañe que aproveche este instante para hacerle a usted una pregunta.

MARCELO Tendré sumo gusto en contestarle.

PEDRO ¿Sabe usted que existe un grave disgusto entre mi mujer y yo?

MARCELO (Después de vacilar.) No le comprendo a usted bien.

PEDRO Pues hablo bien claro. Le pregunto si...

MARCELO (Interrumpiéndole.) Comprendo perfectamente la pregunta. Lo que quisiera es conocer su alcance.

PEDRO Con su propia prudencia acaba usted de contestarme.

MARCELO Permítame usted...

PEDRO Por favor, nada de habilidades. Olvide usted un instante que es una de las eminencias del foro, como yo me esfuerzo en despojarme de mis costumbres y de mi carácter de soldado. Desde hace algunos días, me domino difícilmente para no dar a usted la orden, a quemarropa, de que ponga término a sus asiduidades cerca de Elena.

MARCELO Parece que me da usted esa orden y le confieso que ella me animará a...

PEDRO No hagamos fracasar esta entrevista con una solución que no resolverá nada y que yo rechazo con toda mi voluntad. Es usted un hombre leal, y necesito hablar con usted lealmente.

MARCELO Hable usted; le escucho.

PEDRO Bien sabe usted que mi mujer y yo estamos separados hace meses por un dis-

gusto en que toda la culpa recae sobre mí. He adquirido la convicción de que usted se ha aprovechado de este hecho para tratar de transformar en un lazo más tierno la simpatía amistosa que Elena le profesa. Está usted en su derecho. Nuestras relaciones personales siempre han sido muy frías. Usted no traiciona a un amigo. Usted ansía a la mujer de un indiferente. ¿Le parece a usted todo esto bastante claro?

MARCELO Lo que me parece es una interpretación algo brutal de los sentimientos respetuosos que profeso a una amiga, cuya vida moral, usted mismo lo ha reconocido, se halla bastante turbada para necesitar consuelo, afecto...

PEDRO Comienza usted de nuevo a contestarme de un modo difuso, en político... ¡Odio los eufemismos! ¡Lo que usted desea hacer de mi mujer es su amante!

MARCELO (Vivamente.) ¡Caballero! ¡Rechazo la suposición!

PEDRO ¿Pues si no, qué pretende usted?

MARCELO Se lo diría si tuviese derecho, pero no le tengo.

PEDRO ¿Por qué?

MARCELO Porque al declarar mis intenciones, parecerá que prejuzgo las suyas y que me niego a defenderlas.

PEDRO También ahora las reticencias de usted son muy claras: ¿Intenta usted mi divorcio?

MARCELO Creo nuevamente que no soy quien debe contestarle.

PEDRO Lo que usted quiere, sencillamente, es mi hogar. ¿Sabe usted lo que opino de su... respetuoso proyecto? ¡Pues que es una imbecilidad y una infamia!

MARCELO ¡Señor Felt!

PEDRO Dispénseme usted... Me excusa el haberme despojado de mi carácter, o mejor,

el haberlo recuperado... Retiro las palabras, pero trataré de probar el hecho. Ignoro lo que Elena haya podido decirle, ignoro lo que piensa, ignoro lo que quiere... Voy más lejos, incluso admito que en este momento me detesta, pero de lo que estoy seguro, es de que Elena no ha dejado de amarme. ¿Luego...?

MARCELO ¿Qué?

PEDRO Suponiendo que usted lograse...

MARCELO Supongamos

PEDRO El triunfo de usted sería muy poca cosa en el día de mañana. A pesar del mal que he hecho a Elena, y quizás a causa de ese mismo mal, la amo ardientemente, quiero reconquistarla y lo conseguiré.

MARCELO ¡Usted lo arregla todo a su gusto! ¡Es usted el ejemplo más asombroso de vanidad que he visto en mi vida!

PEDRO Creo que, de ambos, soy el más fuerte, y me parece conveniente advertírselo.

MARCELO (Subiéndose paulatinamente de tono.) Y yo le confieso que esa arrogancia no me impresiona lo más mínimo. Sé que en usted es un sistema del que ha sacado en su carrera un partido sorprendente y con el que ha tenido siempre en jaque a los gobiernos, sistema que le ha permitido llegar a coronel, cuando sus compañeros de promoción son aún capitanes. Para eso le ha servido a usted su valor, que es incontestable, y su ambición, que no tiene límites. Pero le juro a usted que no ha de servirle para nada en un conflicto como éste que nos pone frente a frente, y en el que está en juego la felicidad de una mujer.

PEDRO Está usted en un error, y ya empieza a manifestarse mi superioridad... Usted, el hombre tranquilo, acostumbrado a hablar en la Cámara y en el foro con la mayor sangre fría, acaba de perder los estribos, confesando implícitamente un deseo in-

confesable... Y yo, ante esta confesión, yo, el soldado cuyas heridas y fiebres coloniales han exaltado la violencia..., yo, resisto... ¡míreme usted!... ¡yo resisto al loco deseo de arrojarme al cuello de usted y... estrangularle! ¡Resisto y me contengo por eso..., porque de ambos soy el más fuerte!

MARCELO ¡Concluyamos!

PEDRO ¡Sí, es indispensable concluir! ¿Cuánto tiempo piensa usted prolongar su estancia aquí?

MARCELO Tengo un pretexto excelente para regresar mañana mismo a París.

PEDRO Lo siento, porque no puedo dar a los dueños de este castillo ningún motivo plausible para ausentarme precipitadamente, puesto que mi misión en el fuerte de Orieux no ha terminado aún.

MARCELO ¿Le conviene a usted que hasta mañana nadie advierta lo que ha pasado entre nosotros?

PEDRO Iba a rogárselo a usted.

MARCELO Creo que no tenemos más que hablar.

PEDRO Absolutamente nada... hasta nueva orden. (Entra en el salón de juego.)

ESCENA V

MARCELO y ELENA

(Elena aparece en el dintel de la terraza y hace a Marcelo un gesto de silencio.)

MARCELO (A media voz, sorprendido.) ¡Elena...!

ELENA ¡Pst!

MARCELO ¿Estaba usted ahí? ¿Ha oído usted...?

ELENA A mi pesar... Poco, pero lo bastante para ver clara la situación.

MARCELO ¿Y debo abandonar a usted?

ELENA ¡Sí! ¡Siempre su fuerza...! ¡Valor, Marcelo, odio a los fuertes!

MARCELO ¡Yo impediré... !

ELENA (Rápidamente.) ¡Silencio! (Teresa entra precipitadamente por el foro.)

ESCENA VI

Dichos y TERESA.

TERESA La buscaba a usted por todas partes...

ELENA ¿Qué pasa?

TERESA La pila... ¿Dónde está la pila de agua bendita...? No la han puesto en la habitación de monseñor. ¿Qué hacemos?

ELENA Pues...

TERESA ¡Ya es tarde!... Me parece que llegan... (Corre a la escalera y mira.)

MARCELO (Muy bajo a Elena.) ¿Dónde podemos hablar?

ELENA (Resuelta.) En mi cuarto.

MARCELO ¿En su cuarto?

ELENA Esta noche. (Alto a Teresa.) ¿Son ellos?

TERESA Sí... Están hablando en la meseta... (Escucha.)

MARCELO (Jadeante.) ¡Elena!

ELENA (Espiando a Teresa.) A eso de la una... (A Teresa.) ¿Bajan...?

TERESA No... sí... Espere usted...

MARCELO ¿Llamaré?

ELENA No estará cerrada la puerta. Entre usted. (Elena se aleja.)

TERESA (Muy emocionada.) ¡Es monseñor!... ¡Ya vienen!... (Corre a la puerta del salón de juego y la abre.) ¡Señores, salgan ustedes..., está aquí monseñor Jussey! (Glogau, Pedro y Mauret entran, y al mismo tiempo se ve a monseñor Jussey que conversa con los Sttetin, bajando después, lentamente, la escalera. Elena y Teresa, con el mismo gesto, se cubren el pecho con un velo.)

ESCENA VII

Dichos; GLOGAU, PEDRO, MAURET, MONSEÑOR, STTETIN y JUANA.

JUANA (A Sttetin.) Haz las presentaciones.

STTETIN (Presentando los huéspedes a monseñor.) El señor Julio Glogau... El coronel Felt... El conde Bertrand de Mauret... El señor Beaucourt...

MONSE. (Amablemente.) Ministro, si no me equivoco.

STTETIN (Turbado.) Lo... fué, monseñor.

MONSE. (Bondadoso a Marcelo.). Celebro en el alma conocer a usted, caballero. Un vicario puede necesitar de quien es más que él.

MARCELO Señor obispo, en ese caso se encuentran muchos diputados, y bien pudiera yo decir lo mismo que su ilustrísima. (Ambos se estrechan la mano.)

JUANA Monseñor, permítame que le presente a la señora de Felt.

MONSE. Señora... (Saludando a Elena; ésta le besa la mano.)

ELENA Monseñor... (Deseo hablarle a solas.)

JUANA Y a la señora viuda de Deniau...

TERESA (Con apresuramiento.) Monseñor... (Le coge la mano y le besa el anillo, como Elena, pero más obsequiosamente.)

JUANA ¿Está su ilustrísima muy cansado del viaje?

MONSE. No; he venido admirablemente desde San Claudio en el automóvil de ustedes, pero tengo que darles la mala noticia de que he recibido orden de estar pasado mañana por la noche en el Vaticano, para dar cuenta de la misión que me encomendaron.

JUANA ¡Qué lástima! ¿Y nos abandonará, monseñor...?

MONSE. Mañana, señora, después del almuerzo. ¡Apenas me dejan tiempo para saludar a

tan buenos amigos !... ¡ Cuánto más tranquilo no estaba en aquellos tiempos en que era capellán a bordo del *Júpiter*... ! (Observando la actitud deferente y el silencio de todo el mundo.) Señores..., se lo ruego, procedan como si yo no estuviese aquí. Según observo, he venido a interrumpir mil propósitos agradables, y sin duda alguna... un *bridge*, ¿verdad? (Pronúnciese «brij».)

MAURET ¡ El vulgar *écarté*, monseñor !

MONSE. Pues yo les suplico que reanuden ustedes la partida. Sólo hay aquí un pecador más, y añadiré que tendría mucho gusto en hablar dos palabras reservadamente con la baronesa de Sttetin.

JUANA (A todos.) En este caso, señores...

(Todos se alejan. Glogau y Sttetin vanse al salón de juego, seguidos de Pedro. Marcelo vase por la terraza y a éste le siguen Teresa y Mauret.)

ESCENA VIII

MONSEÑOR, JUANA y ELENA; ésta algo apartada.

MONSE. Tengo que hacer a usted una confesión penosa... (Juana le mira con inquietud. Luego añade, en tono confidencial:) ¡ No he comido !

JUANA (Después de un profundo suspiro.) ¡ Ay, qué susto me ha dado... !

MONSE. Y como ahora me va usted a ofrecer faisán, pastel...

JUANA ¡ Cuanto monseñor quiera !

MONSE. En un comedor grande y solemne...

JUANA (Sonriente.) Sí.

MONSE. Que es precisamente lo que no quiero. Deseo únicamente un tente en pie y sin que nadie se ocupe de mí...

JUANA (Protestando.) ¡ Oh !

MONSE. Mientras que usted se reune a sus invitados, que su amiga..., esa señora...

JUANA (Volviéndose hacia Elena.) ¡ Elena ! (Esta se aproxima.)

MONSE. Tenga la bondad de traerme en una bandejita un pedazo de pan, fruta y un vaso de agua.

ELENA En seguida, monseñor.

MONSE. O cerveza, que me gusta mucho...

JUANA (Mientras que Elena vase furtivamente.) ¡La tenemos excelente!

MONSE. Lo celebro. Tomaré un bocadillo mientras usted distrae a sus huéspedes.

JUANA Monseñor, yo desearía...

MONSE. Tal es mi deseo, si quiere usted que esté a gusto.

JUANA Desde el momento en que monseñor insiste, sus deseos son órdenes y obedezco. (Va y cierra la gran puerta vidriera.)

MONSE. ¡Es usted un ángel!

JUANA (Sonriente.) Gracias y buen provecho, monseñor. (Pasa a la sala de juego, cerrando la puerta tras sí. Apenas ha desaparecido cuando entra Elena llevando una bandejita con un cubierto, y en ella pan, uvas y una garrafa de cerveza.)

ESCENA IX

MONSEÑOR y ELENA.

ELENA ¿Me permite monseñor que le sirva?

MONSE. Sinceramente se lo agradeceré... (Breve pausa. Luego, paternalmente:) ¿Qué tenía usted que decirme, hija mía?

ELENA (Sorprendida.) ¿Me ha reconocido, monseñor?

MONSE. Al instante que pidió usted a su antiguo confesor el deseo de confiarle algún secreto.

ELENA (Enternecida.) ¡Monseñor!...

MONSE. ¿Le asombra a usted?

ELENA (Conmovida.) ¡Después de doce años!

MONSE. He vuelto a encontrar a mi hija de confesión de Diego Suárez.

ELENA ¡La hija de Gerard...!

MONSE. No eran allí muy numerosas mis penitentes... (Se instala. Corta el pan. Elena le sirve la cerveza.) Su madre y usted: nada más. Recuerdo cuando iban ustedes a oir la misa a bordo del buque...

ELENA (Soñadora.) ¡Sí...!

MONSE. Usted con su traje blanco de piqué, porque en aquel sol abrasador de Madagascar... ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Todos los marinos la adoraban!

ELENA Porque obligaba a mi padre a levantarles los castigos.

MONSE. Ya le costaría trabajo, porque era rígido el comandante Gerard. ¡Buen jefe!

ELENA ¡Pobre papá!

MONSE. ¿Qué es ahora, vicealmirante?

ELENA Ha muerto.

MONSE. Lo siento infinito...

ELENA También mi madre murió poco después.

MONSE. Dispense usted mi ignorancia por haber involuntariamente...

ELENA Al contrario, monseñor. Por eso estoy tan sola...

MONSE. (Mirándola fijamente.) ¿Sola?

ELENA (Subrayando la palabra.) «Sola» en un momento de crisis, cuando el consuelo de esta plática me ha sido enviado por...

MONSE. ¡Dígalo usted! ¡Por la Providencia! ¿Ya no es usted creyente?

ELENA Sí, creo ardientemente, pero...

MONSE. ¿Qué?

ELENA Pero mi religión se ha... ampliado.

MONSE. ¿Quiere usted decir que excede de las prescripciones de la Iglesia?

ELENA Así es.

MONSE. (Frunciendo el entrecejo.) ¡Ah, conozco el caso, es frecuente! Tiene usted marido y dice: Estoy sola. Es usted creyente, pero las exigencias del dogma le parecen repentinamente demasiado estrechas. En resumen, ¿qué premedita usted? ¿El divorcio?

ELENA Sí, he adoptado tan grave resolución.

MONSE. Tan absurda resolución. ¿Y por qué? ¿Acaso otro amor..., otro hombre...?

ELENA (Con sobresalto.) ¡ Monseñor !

MONSE. ¿Le hiere a usted que haya adivinado? Lo celebro. ¿No hay otro hombre en este asunto del divorcio?

ELENA Le hay, pero no es mi amante.

MONSE. ¿Pero va a serlo?

ELENA Será mi marido.

MONSE. Por mucho que usted haga no logrará que este matrimonio sea un sacramento.

ELENA Confieso que ésa fué una de mis angustias, monseñor. Si el alma de mi madre, que era muy religiosa, ha pasado a mí, en cambio mi padre...

MONSE. ¡ Sí, era un ateo ! ¡ La semilla no se ha perdido !

ELENA Fué un hombre bueno... Me legó su afición a las responsabilidades terrestres, su carácter resuelto, su amor a la acción...

MONSE. ¡ Ah, por fin oigo la palabra diabólica, la que siempre llevaba en los labios el comandante Gerard... ! ¡ La acción... ! ¡ Esa palabra es la que pierde a usted ! (Ha dicho lo anterior con cólera, pero se calla, algo perplejo, al ver en el rostro inmóvil de Elena como corren las lágrimas.) ¿Llora usted?

ELENA (Fieramente.) No, monseñor, no lloro.

MONSE. ¿Por qué llora usted? ¿Por usted misma?

ELENA (Enternecida.) Si llorase, sería por la justicia.

MONSE. (Cariñoso.) Vamos, sea usted buena... (Pausa.) ¿Es usted desgraciada?

ELENA Quizás.

MONSE. Si es usted desgraciada, vamos bien... Todo puede arreglarse... Si estuviese usted aquí radiante, la frente iluminada con ese feo brillo que da la pasión, la lucha sería incierta... Pero llora usted, y el asunto es muy diferente. Dígame: ¿Qué

ha hecho ese torpe? (Gesto de Elena que parece indicar: "¿De qué sirve hablar de ello?") ¿Algún pecadillo? ¿Alguna aventurera de la que se ha enamorado? Usted se enoja y olvida que la belleza del amor tiende siempre hacia la bondad, hacia el perdón...

ELENA ¡El perdón! ¿Ha deseado nunca una palabra, ni siquiera una mirada?... ¿Qué le importa? ¡No, la aventurera que se ha interpuesto en nuestro camino no se ha llevado sino cenizas de felicidad!... Hay que conocer la hermosa imagen que me había forjado de la unión de dos seres..., de esta fusión tierna, radiante, absoluta en que ambos seríamos uno solo para afrontar la existencia... A poco de partir monseñor de Diego Suárez, llegó Felt. Me atrajo en el acto por su inteligencia pronta y audaz, pero necesitaba algo más para amarle. Era preciso, como ocurrió, que yo tuviese que disputar a la muerte a ese hombre, a quien había visto joven y fuerte, y que tiritaba ahora de fiebre, abatido como un niño en el lecho del hospital. Las religiosas de Antsiranne habían sido diezmadas por la epidemia. Me ofrecí voluntaria y pasé un mes entero, día y noche, a su cabecera... ¡Qué hermosa victoria! Luego su convalecencia, en la que aquellos pobres ojos, aun ardientes, no veían más que a mí... Después, nuestros amores y nuestro matrimonio. De repente, la revelación de otro ser, devuelto a la fuerza, presuntuoso de su fuerza, no teniendo otro culto que el de su fuerza. El soldado ambicioso, demasiado consciente de su valor, enloquecido de autoridad, no viendo en mí sino un ser frívolo a su merced, ebrio de voluntad, y desdeñando la mía hasta el punto de reducir mi papel al de una cortesana. No quise sujetarme a esa

humillación; fuímos adversarios, y en este instante una mujer pasó... Mi amor ha tenido una agonía horrible, pero mi amor ha muerto. Sólo tengo treinta años, monseñor, ¡quiero vivir!... Un hombre es digno de mí y yo puedo embellecer su destino! ¿En nombre de qué debo renunciar a él?

MONSE. (Levantando los brazos al cielo con un gesto de ira y a la vez de desaliento.) ¿Y se atreve usted a preguntármelo? (Pasea agitado. Después, de repente.) Dice usted: «¡Soy joven!» ¡No! Es usted un ejemplo funesto y conocidísimo. Pertenece usted a una secta de innumerables criaturas inspiradas por una tradición impía, falsamente persuadidas de su igualdad con el hombre, que quieren ser, no las servidoras del hogar, sino sus sacerdotisas, que tienen la insolente presunción de santificarle, y que, si conciben que el marido sea su compañero, no pueden admitir que sea su dueño, el dueño designado por Dios... ¡Más le hubiera valido rezar!

ELENA (Con un gesto que es todo un poema.) ¡He rezado!

MONSE. Sin fe. Las mujeres como usted no saben orar. Han creado su dios: el orgullo. Y de una raza que hubiera podido ser sublime, ha hecho el orgullo una raza despreciable. Se convierte a cien heréticas, pero no se conserva a una orgullosa.

ELENA Porque se la rechaza.

MONSE. (Rudo.) Las leyes de la Iglesia no transigen con las leyes del orgullo. ¿En nombre de qué podría yo combatir su abominable proyecto de divorcio?... ¡En nombre de su propio orgullo!

ELENA No comprendo.

MONSE. El esposo a quien usted desea abandonar puede necesitar de usted el día de mañana.

ELENA ¡No! Le abandono poderoso, rico, feliz, y no amándome ya.

MONSE. ¿No tienen ustedes hijos?

ELENA Uno solo a quien adoro. Mi divorcio no puede perjudicar el porvenir de ese niño.

MONSE. Veo que no vacila usted en su resolución. Pero al menos, piense usted en sí misma. ¡Se halla usted ante un abismo en el que van a zozobrar su pudor y su dignidad! Es todo cuanto tengo que decirle.

ELENA No es eso lo que yo esperaba.

MONSE. ¿Y no ha pensado usted siquiera que sus palabras eran otras tantas ofensas para el hábito que llevo?... ¿Suponía usted, acaso, que yo aprobaría semejante locura? ¿Luego, a qué mortificarme y a qué mortificarse usted con esta plática?

ELENA Porque recordé su infinita bondad, monseñor. Si hubiese habido un argumento humano que oponer, monseñor lo hubiera hallado. Nadie mejor hubiera enternecido mi corazón. Sólo ha aducido que es una religión organizada por hombres, y que es necesaria la humildad de la mujer. Monseñor me ha afirmado en mi resolución.

MONSE. (Fuera de sí.) ¡Es usted una desgraciada! (Pausa.) Oigame bien: ¿Sabe usted qué es una católica divorciada? ¡Un sacerdote exclaustrado!

ESCENA X

Dichos y MARCELO.

MARCELO (Quien, durante las últimas réplicas, ha aparecido en el dintel de la puerta vidriera, que ha dejado entreabierta el prelado. Entra luego despacito.) Monseñor: discute su ilustrísima con una mujer, y temo que en este momento no abuse de su edad y de sus hábitos.

MONSE. (Repentinamente frío y altanero.) ¿Luego es us-

ted quien ha hecho tanto mal? ¡Puede usted estar satisfecho! (Se dirige hacia el salón de juego, pero en aquel momento la puerta se abre y aparece Juana, con la fisonomía inquieta.)

ESCENA XI

Dichos, JUANA. Después, PEDRO, MAURET, STTETIN, TERESA, GLOGAU. Luego, JUSTINO.

JUANA — ¿Qué voces son ésas? ¿Qué pasa? (Viendo a Marcelo; indignada.) Apostaría a que ha tenido usted la audacia de discutir con monseñor de política.

MONSE. — No le acuse usted. Soy yo quien le reñía por cuestiones de pura moral, porque no opinamos igual respecto a la constitución de la sociedad, ni de la salud de las almas. Me he acalorado más de lo prudente...

JUANA — (A Marcelo.) ¡Es usted un monstruo!

MONSE. — Señora, permítame que considere este incidente como indicación de que es hora de irme a descansar.

JUANA — Mi marido y yo le acompañaremos hasta su habitación... También es nuestra hora, y además, tenemos costumbre de dejar a nuestros invitados en libertad.

STTETIN — (Coge un candelero y marcha delante de ellos.) Estoy a sus órdenes, monseñor. (Los tres suben los primeros peldaños de la escalera.)

JUANA — ¿Qué acostumbra a tomar, monseñor, por las mañanas?

MONSE. — Poca cosa, señora. Una taza de café... (Sus voces se pierden en la escalera. Desaparecen.)

ESCENA XII

MARCELO, GLOGAU, PEDRO, MAURET, TERESA y JUSTINO.

ELENA — Buenas noches, señores.

TODOS — Buenas noches.

TERESA La sigo a usted.

PEDRO (Al pasar Elena, de quien no ha apartado los ojos desde hace rato.) ¡Elena!...

ELENA Buenas noches.

PEDRO (Después de una vacilación.) Buenas noches.

ELENA Adiós... (Pedro le besa la mano. Elena sube la escalera. Justino ha entrado con nuevos candeleros. Teresa coge uno y sigue a Elena.)

ESCENA XIII

Dichos menos ELENA, TERESA y JUSTINO.

MAURET (A Marcelo.) Daremos un paseo. ¿Dónde está mi sombrero?

MARCELO Yo se lo traeré con el mío. (Vase izquierda.)

MAURET (A Pedro y Glogau.) ¿Quieren ustedes dar un paseíto por la alameda?

GLOGAU Yo no, gracias.

MAURET ¿Y usted, mi coronel?

PEDRO Tengo que hacer mañana, a las seis, en el fuerte de Orieux.

MAURET ¿Qué hace usted allí?

PEDRO Inspeccionar los trabajos.

MAURET Siento que no nos acompañen ustedes.

MARCELO (Entra de nuevo cubierto y trayendo en la mano el sombrero de Mauret.) ¿Vamos, Mauret?

MAURET *Yes, my fellow. Go away.* (Pronúnciese: "Yes, mai felo. Go egüe".) Buenas noches, señores.

PEDRO Buenas noches.

MARCELO Buenas noches.

GLOGAU ¡Adiós! (Vanse Mauret y Marcelo por el foro.)

ESCENA XIV

GLOGAU y PEDRO.

GLOGAU Necesito hablarle con urgencia.

PEDRO ¿Qué es ello? Le escucho.

GLOGAU Yo he sido muy bueno con usted, ¿verdad?

PEDRO (Asombrado.) Sí.... ciertamente...

GLOGAU Al casarse tenía usted un modesto pasar, pero fué usted un pródigo y gastó usted todo rápidamente dándose la gran vida. Le importaba a usted muy poco el dinero, porque como es usted el único heredero de su tía Margarita... Cuando regresó usted de las colonias, al ministerio ya tenía usted muchas deudas, siempre molestas para un jefe del ejército.

PEDRO No comprendo...

GLOGAU En París, la cosa fué peor. Tuvo usted una amante, la señora de Slaan, que le hizo gastar a usted mucho y que le obligó a recurrir de nuevo a la usura. Como si tía continuaba admirablemente de salud, a pesar de sus 84 años, la situación de usted, hace un par de años, era senci-

PEDRO Sí, pero acabemos.

PEDRO ¿A qué viene esa recapitulación?...

GLOGAU (Prosiguiendo.) Una noche, en el salón de una embajada, fumamos juntos un habano. No le oculté a usted que se descontaban en mi casa de banca unos documentos que llevaban la firma de usted, lo cual lamentaba, porque me inspiraba usted esa viva simpatía que todos sentimos por los hombres de porvenir. Me rogó usted que me mezclara en sus negocios...

PEDRO Exacto.

GLOGAU Y veinte minutos después, con vivísimo agradecimiento, aceptó usted la proposición de centralizar en mi casa todas aquellas pequeñas miserias, convirtiéndome yo en su único acreedor.

PEDRO Verdad. ¿Y tiene usted algo que censurarme por ello?

GLOGAU No se trata de eso.

PEDRO ¿No le he pagado los intereses al reno-

varlos y no ha realizado usted una operación muy provechosa?

GLOGAU No esperaba esa palabra de la gratitud de usted. ¡Suponer que el cinco por ciento constituye una operación provechosa!

PEDRO ¡Fué el interés que usted mismo señaló!

GLOGAU Fué una operación puramente por amistad, y hoy me veo obligado a aconsejarle que tome mañana mismo el tren para Sarrebourg, o mejor, que telegrafíe usted a su tía que venga, porque no tendrá usted tiempo de obtener su pasaporte.

PEDRO (Asombrado.) ¿Para qué?

GLOGAU Para que le ponga en condiciones de recoger los pagarés a su vencimiento, es decir, el sábado. Se lo ruego como un gran favor.

PEDRO (Después de un instante de estupor.) ¿Se burla usted de mí?

GLOGAU ¡Ya me lo temía yo! Felt: atravieso un mal momento; tuve que negociar a toda costa, y la firma de usted ha pasado a manos de un tercero. Es indispensable que esté usted prevenido para el sábado. No se incomode ni chille usted; la cosa no tiene remedio.

PEDRO ¿Cómo quiere usted que en tres días encuentre 170.000 francos?

GLOGAU Su tía de usted...

PEDRO ¡No me dará nada, y usted lo sabe perfectamente! ¿Quiere usted que le cuente que debo semejante suma sin otra excusa que mi prodigalidad? ¡Sería la catástrofe final!

GLOGAU Busque usted, invente. Un hombre de sus recursos siempre sabe arreglárselas. Bien supo usted hallarme a mí.

PEDRO ¡Y tuve suerte, por lo que veo!

GLOGAU ¡No sea usted ingrato!

PEDRO Me estrangula usted fríamente y con premeditación.

GLOGAU No exageremos. Después de todo, no se-

ría usted el primer deudor insolvente y perseguido.

PEDRO Diga usted la palabra: y ejecutado.

GLOGAU (Brutal.) Su mujer de usted tiene 150.000 francos de dote. Venda usted.

PEDRO Se diría que experimenta usted un placer feroz en martirizarme. Mi mujer huye de mí en estos momentos, y yo estoy loco por ella... Vivimos separados de hecho hace meses, estamos reñidos, y las puertas que ponen en comunicación nuestras habitaciones están cerradas...

GLOGAU ¿Por lo de la señora de Slaan?

PEDRO No me hable usted de esa aventurera, a quien cortejé por despecho y a quien rechacé en seguida con disgusto... Es Elena a quien adoro. ¡Sólo por ella quiero ascender, subir brillar...! ¡Por rodearla de lujo he caído en las garras de la usura! ¡Por dominarla quiero ser poderoso, porque es una criatura indomable, a quien no se puede deslumbrar, a quien no se puede reducir por la fuerza! Me encuentro ahora en la hora suprema de esta lucha... Un desfallecimiento y estoy perdido... Y al perderme, pierdo todo cuanto amo con una voluntad inquebrantable... ¡Todo!... ¿Va usted a asesinarme por la espalda, sin provecho, por la alegría de destruirme, como un salvaje? (Pausa.)

GLOGAU (Lentamente, con fría satisfacción.) Bueno... bueno... bueno... (Pasea.) Presentía que, en vez de un hombre de lucha, era usted el hombre de una mujer... ¡Perfectamente!

PEDRO (Recobrando su tranquilidad e irguiéndose.) ¡No se fíe usted! ¡Acabo de tener un momento de locura, el primero de mi vida! Pero el hombre de lucha, como usted dice, es sólido. ¡Basta de sentimentalismos! ¿Objeto de usted? ¿Renovar a diez por ciento, verdad?

GLOGAU (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué tonto!

PEDRO (Altanero.) ¡No me hable usted así y acabemos! ¿Veinte por ciento?

GLOGAU Tranquilícese, tiene usted fiebre...

PEDRO Sí, pero acabemos.

GLOGAU Reflexione usted un instante. El diez o el veinte por ciento, lo mismo me lo hubiera usted dado al principio. No tenía necesidad de una maquinación hábil para obtenerlos dos años después. La suposición de usted es absurda.

PEDRO Terminemos, Glogau.

GLOGAU Repito a usted que no me hallo en condiciones de auxiliarle. (Larga pausa. Pedro, con los dientes apretados, se deja caer en un asiento, temblando de cólera y de impotencia. Glogau le observa con fría y aguda mirada.) Espere usted... ¡Hay un recurso!

PEDRO ¿Cual?

GLOGAU Se puede conquistar a la persona que tiene los pagarés... ¿Quiere usted que yo me encargue de ello?

PEDRO ¿Por qué medio?

GLOGAU Por uno seguro.

PEDRO ¿Lo tiene usted?

GLOGAU Él mismo me lo ha dado.

PEDRO ¿Y por qué no me lo ha dicho usted en el acto?

GLOGAU *A priori*, yo mismo he rechazado la oferta... Pero le veo a usted en tal estado...

PEDRO ¿Por qué la ha rechazado usted?

GLOGAU Porque cayendo uno en manos de esas gentes...

PEDRO ¿Qué gentes?

GLOGAU Un rico contratista de obras públicas..., un contratista extranjero... (Hace repentinamente un gesto de silencio, y pone la mano en el oído.) ¿No oye usted ruido de voces?

PEDRO No... ¿Decía usted... un contratista...?

GLOGAU (Que ha subido y mirado por la puerta vidriera.) Regresan de la alameda... No podemos ha-

blar aquí. En su cuarto. ¿Quiere usted?

PEDRO Pero...

GLOGAU (Rápidamente.) Es lo mejor. Dentro de diez minutos estaré en su habitación. En seguida soy con usted. (Coge la bujía de Pedro y comienza a subir la escalera. Pedro le sigue con la mirada.)

PEDRO (Solo, con una especie de estupor.) ¿Cómo...? ¿Eh?... ¿Qué quiere de mí? (Con un gesto de violencia de la mano y de los hombros, como para rechazar una suposición loca que hubiera cruzado por su mente.) ¡Tendría que ver!... ¡Tendría que ver!... (Se dirige a su vez hacia la escalera, mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La habitación de Elena, en el primer piso del castillo. El mobiliario es suntuoso, pero sin severidad. Coquetería de detalles. Puerta, oculta con un gran tapiz, que da al gabinete tocador. Puerta al corredor. Un vano circular de dos huecos pone en comunicación la habitación de Elena con la de su marido. Un biombo tapizado oculta este vano. La segunda puerta, constituída por tableros antiguos, cierra interiormente por medio de un pasador. Una ventana grande da al parque.

ESCENA PRIMERA

ANITA sola; después, ELENA; luego, ELENA sola.

Una gran lámpara encendida en un ricón, otra pequeñita en una mesa dispuesta como escritorio. Al levantar el telón se ve a Anita, la doncella de Elena, inmóvil en el marco de la puerta que da al corredor. Se ha vestido apresuradamente, con una bata que lleva a medio abrochar. En el umbral, tiene aún la mano en el picaporte de la puerta como si no se atreviera a entrar, en la otra mano, un candelero, e inspecciona la habitación con mirada ansiosa. Este examen parece tranquilizarla. Deja la bujía en el corredor, sin apagarla, y después avanza algunos pasos empujando algo la puerta hacia atrás, pero sin cerrarla. Transcurren algunos segundos. Se levanta el tapiz de la puerta del gabinete tocador y aparece Elena con un traje claro, de grandes pliegues, que no ha tenido tiempo de abro-

char y que sostiene cerrado con la mano en el lado izquierdo. Se sorprende al ver a Anita.)

ELENA ¿Usted aquí, Anita?

ANITA Sí, señora...

ELENA ¿Desde cuándo?

ANITA (Balbuciente.) Acabo de entrar...

ELENA ¿De dónde viene usted así?

ANITA De mi cuarto, señora..., he bajado...

ELENA ¿A qué?

ANITA No sé..., tenía miedo... ¡Qué susto tan terrible!

ELENA ¡Sí, ya veo que está usted temblando...! ¿Qué le pasa?

ANITA No lo sé, señora...

ELENA ¿Una pesadilla?

ANITA ¡No...! (Suspira.) ¡Cuánto celebro ver a la señora!

ELENA ¡Siéntese, no se puede usted tener de pie!

ANITA (Rehusando con un gesto.) Ya estoy mejor...

ELENA ¿Pero qué le ha puesto a usted en ese estado?

ANITA Oí un ruido...

ELENA ¿Y una moza como usted tiembla por eso?

ANITA ¡En los castillos no me gustan los ruidos!

ELENA ¡Al fin, bretona...! ¿Teme usted a los fantasmas?

ANITA ¡Más a los vivos que a los fantasmas!... ¡No me agradan los castillos! ¡Estos caserones no se acaban nunca! Y ese vino de Mosela que nos dan la enerva a una... No podía dormir de calor, cuando oí de repente un golpe... Salté de la cama conteniendo la respiración...

ELENA ¡Diga usted, por fin, qué clase de ruido!

ANITA Como si hubiese sido abajo, en el cuarto de la señora... ¡Plaff!... como si se hubiese caído usted de la cama... Y después, nada, silencio absoluto..., ni siquiera un mueble que cruje... ¡Eso sí que da miedo!

ELENA Tiene usted razón.

ANITA ¿Luego la señora no se ha caído de la cama?

ELENA No me he caído de ninguna parte.

ANITA ¡Qué raro... ! Si yo juraría haber oído...

ELENA Usted ha soñado.

ANITA ¡Tan segura estoy, como de que ahora estoy viendo a la señora... ! Estuve un momento indecisa... y después me dije: «Se ha caído de la cama o le ha dado un accidente. ¡Voy a ver !» Me puse inmediatamente esta bata y bajé corriendo. Al llegar a la puerta llamo y nadie me responde... Vuelvo a llamar...

ELENA Estaba en mi tocador...

ANITA Eso para sabido. Me entró tal miedo que no podía tenerme de pie. Sin pensar, alcé el picaporte y abrí la puerta. ¡La señora no había cerrado!

ELENA Se me olvidó. Cuando usted se fué, me puse a escribir; después me hice la *toilette* y ahora iba a acostarme.

ANITA (Indignada.) ¿Sin cerrar?

ELENA Le repito que no me había acordado.

ANITA ¡Qué temeridad!

ELENA Estamos en un país excelente y en casa de una gran familia. Aquí no hay fantasmas como en Bretaña, ni ladrones como en París.

ANITA Prefiero la capital. Allí hay ladrones, pero hay porteros para decirles dos palabras y agentes de policía para decirles cuatro. ¡Total, seis!

ELENA Anita, tengo sueño.

ANITA Yo, no. (Se retira refunfuñando.) ¡Endiablado ruido! (En la puerta.) ¿Ahora, al menos, cerrará la señora?

ELENA (Teniendo la puerta entreabierta.) Por dar gusto a usted, correré el pasador.

ANITA (Ya en el umbral.) Lo celebro.

ELENA Que usted descanse y hasta mañana.

ANITA (Recogiendo el candelero, en el corredor.) Igualmente, señora. (Elena empuja la puerta y corre

ruidosamente el pasador. Después escucha un instante, descorre el pasador con precaución, entreabre ligeramente la puerta, presta atención, para convencerse de Anita no está ya en el corredor, y vuelve a cerrar despacito. Se dirige hacia la mesa, coge pliegos de papel de cartas, ya escritos, y se pone a leerlos de pie y ante la lámpara grande. Llaman. Un movimiento.)

ELENA ¡Otra vez... ! (Deja los papeles en la mesa y se acerca a la puerta.) ¿Es usted de nuevo, Anita? (Un murmullo le responde. Sorprendida.) ¡Tú... ! ¿Qué pasa? (Murmullo.) ¿Qué? (Escucha lo que le dicen con voz imperceptible para el espectador.) ¡No !... ¡Nada... ! Un instante... Espera un instante... (Muy turbada, se recoge rápidamente el cabello y se abotona la bata. Hecho esto, abre. En el obscuro corredor aparece la silueta de Pedro. Entra. Está pálido.)

ESCENA II

PEDRO y ELENA.

PEDRO ¿Has llamado...?

ELENA Te repito que no...

PEDRO He creído... ¿No ha salido Anita de aquí?

ELENA Hace un instante.

PEDRO (Habla entrecortado.) Bien decía yo... Me ha parecido reconocer su silueta al final del corredor... Entreabrí la puerta... ¿Me puedes dar un poco de agua? Tengo sed.

ELENA ¿Agua sola?

PEDRO Sí.

ELENA Espera... (Pausa larga. Elena entra en el gabinete tocador. Pedro, solo, se pasa la mano por la frente, y fija los ojos, con una especie de mirada alucinada, en la puerta de dos huecos. De repente va y abre ésta, lanza una mirada al interior y vuelve a cerrar vivamente. Elena reaparece con una jarra de agua.)

PEDRO Gracias. (Bebe con avidez.) Comprenderás mi inquietud... Esa criada en tu cuarto, a

hora en que generalmente ya hace rato que duermes... Se me ocurrió la idea de que te hubieras puesto mala...

ELENA Afortunadamente, no.

PEDRO Era una cosa verosímil. Salí de mi habitación, vi una luz al final del corredor... Decididamente pasa algo..., algo anormal... (Bebe, de un sorbo, otro vaso de agua; Elena le observa con desconfianza.)

ELENA No. Me he retardado escribiendo algunas cartas.

PEDRO ¡Qué calor hace aquí! Son las luces... ¿No encuentras esta atmósfera irrespirable?

ELENA Irrespirable me parece exagerado. Reconozco que hace un poco de calor... Además, tengo costumbre de dormir con la ventana entreabierta. Y en cuanto te vayas...

PEDRO (Brusco.) Te repito que se ahoga uno aquí. (Pausa. Sube y abre la ventana y respira el aire de la noche a plenos pulmones. Sin embargo, la inquietud de Elena es exacerbada. Mirada de angustia al reloj, después a la puerta del corredor, se aprieta nerviosa las manos, que retuerce con un gesto de impaciencia angustiosa.)

ELENA ¡Cierra esa ventana! (Pedro se vuelve con un estremecimiento, como si se hubiese olvidado de la presencia de Elena y el sonido de su voz le sorprendiera. Elena se impacienta.) ¡Cierra esa ventana! ¡Te repito que yo la abriré cuando me parezca conveniente! (Pedro obedece silenciosamente.) Ahora te agradecería que te retiraras. Necesito descansar. (Pedro no responde. Inmóvil, de espaldas a la ventana cerrada, la contempla fijamente.) ¿Has oído? (Pausa.) ¿Por qué me miras así? (Pausa.) ¿Por qué no respondes?

PEDRO (Dulcemente.) Elena, haz el favor de permitirme que pase esta noche en tu cuarto.

ELENA (Sobrecogida.) ¿Qué dices...? (Pausa.) ¡No pienses en ello!

PEDRO (Muy cariñoso.) Me echaré ahí... en ese sofá. Tú acuéstate y no me verás, ni siquiera tendrás la impresión de que estoy aquí. Al amanecer me iré.

ELENA ¡Estás loco!

PEDRO Concédeme este sencillo favor..., no te importunaré..., te doy mi palabra.

ELENA ¡Bah, ya sé lo que vale tu palabra conmigo! No te reconozco... Sé como de costumbre: la humildad no te sienta bien. ¿Te figuras que me dejaré engañar por segunda vez?

PEDRO Bien sabes, Elena, que no sé fingir...

ELENA (De arriba a abajo.) ¡Pues estás fingiendo! Al verte así, como ahora, la cabeza inclinada y la voz suplicante... ¡se diría que no hemos luchado frente a frente! ¡Se diría que durante años no me has humillado con tu autoridad...! ¡Bastante me has mortificado!... Y hoy esa dulzura premeditada e hipócrita... ¡Si supieras la impresión que me produce tu dulzura! (Hace con ambas manos un gesto de repulsión, luego, en otro tono frío, claro y más tranquilo.) En fin, es tarde... Ya ves que todo es inútil. Acuérdate de lo convenido. ¡Ten juicio y vete..., por piedad!

PEDRO (Sin moverse, sin abandonar su tono casi triste.) Necesito hablar contigo.

ELENA ¡Acabemos!... ¿No quieres irte? En ese caso, seré yo quien te deje el campo libre... Quédate en mi alcoba, dormiré yo en la tuya, y te aseguro que del otro lado, como de éste, la puerta estará bien defendida. ¡Buenas noches! (Elena avanza un paso hacia la puerta. Pedro le cierra rápidamente el camino.)

PEDRO (Con voz ronca y una especie de terror brutal.) ¡Alto...! ¡No se pasa...! (Pausa. Después, tranquilamente.) No se pasa.

ELENA ¡Te reconozco! ¡No ha durado mucho tiempo!... ¡No, no sabes fingir... (Quiere

dirigirse hacia la puerta del corredor, pero, de nuevo, se encuentra Pedro entre Elena y la puerta, que él cierra con el pasador.) ¡ Ja, ja... ! ¡ El todo por el todo ! ¡ Prefiero esa actitud ! No olvides que si grito me oye Anita desde arriba... que alguien puede pasar por el corredor... ; ocurren cosas providenciales... ¡ Y por último, que estoy dispuesta a todo : al escándalo..., al ridículo, a todo !

PEDRO (Delante de la puerta, recobrando su tono tranquilo y dulce.) Necesito hablarte. (Implorando.) ¡ Elena ! ¡ Elena !

ELENA (Que ha retrocedido detrás de una mesa.) ¿ Estamos en pleno drama?

PEDRO ¡ No lo creas !

ELENA ¡ Sí, sí, lo veo claro... ! (Con aire de desafío, pero con sencillez.) ¡ Pero antes tendrás que matarme !

PEDRO No pronuncies esa palabra... ¡ matar !

ELENA ¿ Por qué cierras? En fin, ¿ qué quieres?

PEDRO No ceso de decírtelo, hablarte.

ELENA ¿ De qué?

PEDRO ¡ De nuestro hijo !

ELENA (Sorprendida, con voz alterada.) ¡ De nuestro hijo... ! ¿ De Roberto... ? ¿ Qué tiene que ver... ?

PEDRO Escucha y pronto lo sabrás.

ELENA (Después de una pausa.) Habla. Acabas de decirme la única palabra que podía turbarme... Si es un nuevo lazo, lo has elegido bien... ¿ Supongo... que no se trata de nada que le amenace?

PEDRO (A media voz.) Sí, que amenaza su porvenir...

ELENA (Como si comprendiese repentinamente, y como aliviada.) ¿ Su porvenir? ¡ Qué susto me has dado !... ¡ Si es por eso yo hablaré la primera... y terminaremos antes... No invoques el porvenir de Roberto en este asunto, no inventes peligros que no existen. He reflexionado acerca de ello antes que tú y te aseguro que si él hubiese tenido la menor

cosa que temer, me habría sacrificado sin vacilar... Mira, te hablaba extensamente de él en esta carta... Porque ha sido a ti a quien he escrito esta noche... He querido que ciertas cosas fuesen por escrito, para que pudieras, en lo porvenir, hacérselas leer a nuestro hijo, cuando sea hombre y experimente la cruel necesidad de juzgar a su madre...

PEDRO (Quien, mientras hablaba Elena, ha levantado poco a poco hacia ella los ojos interrogadores.) No te comprendo...

ELENA Me comprendes perfectamente... Estas páginas son, en pocas y sencillas palabras, la historia de nuestra pobre unión. La he escrito como un testamento, porque la mejor parte de mi juventud ha muerto... Es la que yo hubiera querido darte... la que yo te consagré con tanta vehemencia, con tanta alegría..., con toda mi alma, y la que tú rechazaste. Roberto no podrá engañarse en ese punto. La verdad tiene un acento irresistible. Comprenderá, adivinará que si no he sido la compañera que necesitabas, no ha sido por culpa mía. Tú mismo tendrás el valor de referirle todo lo que una madre no puede decir a su hijo, pero que un hombre puede confesar a otro hombre: que otra había tomado mi puesto..., que hay ciertas servidumbres que no se pueden ni en sueños imponer a una mujer digna... y que si yo quiero rehacer una vida fracasada es porque tú me habías dado toda clase de derechos, hasta los más dolorosos... (Pausa.) ¿Estás conforme...? ¿No me dices nada?

PEDRO (Lívido y con voz débil.) Nada, escucho.

ELENA Ya he dicho todo.

PEDRO Precisemos. Hablas de abandonar tu puesto. En estilo claro: ¿el divorcio?

ELENA Sin ruido, sin escándalo y con tu consentimiento.

PEDRO ¿Inmediato?

ELENA Sí.

PEDRO (Afirmativamente.) ¿Para casarte con Beaucourt?

ELENA Me voy en el momento en que te encuentras en la cumbre. Disfrutas de fama y gloria : te temen y te necesitan. Además, eres rico. Nada te falta, ni siquiera una amante que te quiere sin duda a su manera... En suma, gozas de fortuna material y de prestigio. ¿Y aun tienes la pequeñez de censurarme la pobre parte de felicidad que yo anhelo?

PEDRO No respondes a mi pregunta : ¿te vas a casar con Beaucourt?

ELENA Acabo de decírtelo.

PEDRO ¿Le quieres?

ELENA Abrevia este penoso interrogatorio.

PEDRO ¿Desde cuándo es tu amante?

ELENA ¿Por qué me ultrajas de nuevo?

PEDRO ¿No es tu amante? (Elena hace un gesto de desaliento y se encoge de hombros). ¡Eso no es responderme !

ELENA ¡Tú no me conoces !

PEDRO Creo conocerte..., pero ya no sé. No me conozco ni yo mismo. ¿Es tu amante, sí o no?

ELENA No.

PEDRO Júramelo.

ELENA (Con sencillez.) Por mi hijo. (Pausa. Pasa a la ventana y respira anhelante.)

PEDRO Lo celebro... Aunque ya no tiene importancia por lo que vas a oir... Pero uno es así. En el desastre, se aferra a un clavo ardiendo...

ELENA ¿En el desastre?

PEDRO ¡Pst ! En fin, tú le amas, ya no soy nadie para ti, vete, hemos terminado... Esa es la vida. Un rayo de esperanza y haría esfuerzos inauditos, perdería la cabeza... La he perdido hace unos minutos..., cuando me creías humilde. ¡Qué error ! ¡No

era humildad, era peor..., tenía el alucinamiento de los vencidos!

ELENA (Maquinalmente.) ¿De los vencidos?

PEDRO Ahora poseo la lucidez, la increíble lucidez de los resignados... ¡*Solo, al fin*!

ELENA ¿Qué quieres decir?

PEDRO Elena: soy hombre perdido..., muerto... Dentro de unas horas me entregaré a los tribunales militares. Al rayar el alba tomaré en San Claudio el rápido de París. Por eso te pedía asilo hasta entonces...

ELENA ¡Pedro...!

PEDRO He sido derrotado... No hablemos más de ello... Pero el niño sufrirá en lo porvenir. ¡Habrá que defender a esa criatura contra los canallas y los cobardes!

ELENA Tus palabras me dejan fría... ¿Cómo quieres que comprenda...?

PEDRO Ten paciencia. Se impone una breve confesión. Sin ella creerías que estoy loco, y no es así.

ELENA ¡Por Dios santo...!

PEDRO Escucha... Tú me crees rico y no tengo un céntimo. ¿Este lujo? Dinero a préstamo. ¿Para quién? ¡Para ti...! ¡Calla, no me interrogues! Déjame llegar hasta el fin de una vez... ¡Sí, para ti! Soy un desgraciado que te he querido con locura... Mi osadía, mi despotismo, mis esfuerzos por llegar el primero de todos y con la frente muy alta, mi manera de triunfar de los hombres y de los acontecimientos... ¡Amor!... ¡Locura! Una sola idea: la de que fueses mía, toda mía, tierna, rendida, adorándome... Y tú no me has comprendido... Unos seducen, otros vencen... Yo no sé seducir. Me he educado a la voz de mando y jamás obtuve nada sino por derecho de conquista.

ELENA (Temblorosa y emocionada.) ¿Y...?

PEDRO ¡Y desde el primer instante te erguiste ante mí con la frente muy alta...! ¿Cómo

poseerte, cuando las palabras galantes huían de mis labios...? ¿Cómo...? Comprendí que la lucha sería sin piedad... Y tú eras todo, Elena, todo cuanto yo quería con ansia infinita, loca... ! ¡ No a medias ! Perderte o mantener la situación sin vacilar, y opté por lo segundo. Para ello era preciso obligarte a la admiración, hacer tu vida gloriosa, envidiable, grande... ¡ Grande ! Se dice que la miseria reduce al hombre, pero la mezquindad le suprime. Los grados, el poder, se conquistan a fuerza de inteligencia, a fuerza de valor y audacia o a fuerza de puños... Pero el lujo, que embriaga a la mujer, que la enerva y cede... ¡ El lujo... ! ¿Con qué...? ¿Con mi sueldo?

ELENA Prosigue.

PEDRO Yo te rodeé de ese lujo... Contraje deudas, estúpida, neciamente... ¡ Neciamente !... Y tú huías de mí... ¡ No, si no me quejo ! Mira esta ruina... Estos ojos secos han llorado noches enteras, y en ellas creía morir de rabia y de dolor... Quise excitar tus celos—¿comprendes ahora?—y también fracasé... En aquel instante vi que estaba perdido. El destino tenía las rodillas sobre mi pecho y me ahogaba sin piedad. ¡ Esta noche he sentido de nuevo su garra... ! ¡ Me habían encadenado ! Mis usureros estaban al servicio de una potencia extranjera. Un lazo imposible de prever... (Respira difícilmente; su voz se ha vuelto ronca y silbante, su mirada, extraviada.) Me han cercado en un callejón sin salida... Cerca de doscientos mil francos que pagar en tres días. El jefe, que era Glogau, se ha descubierto esta noche... Cuando me ha visto loco, vacilante, me puso el cuchillo en el cuello e impuso condiciones. Yo tengo todos los planos del fuerte de Orieux..., uno de los más formidables secretos de nuestra de-

fensa nacional... Me ha puesto entre la espada y la pared... El abismo, la ruina completa o la copia de esos planos... para entregarlos él... a la nación que le paga...

ELENA (Cuya garganta, mientras que habla Pedro, se ha agitado gradualmente y cuyo rostro se crispaba cada vez más en una contracción de horror, aterrada.) ¡Desgraciado! ¿Y has hecho eso?

PEDRO (Avanzando de repente sobre ella como un bruto embriagado, mientras que ella retrocede.) ¡Repítelo...! ¿Tú crees que soy capaz...? ¡Repítelo!

ELENA (Enloquecida.) ¡No, no! ¡No lo creo...! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

PEDRO (Con una especie de estertor, sin voz, con un gestó corto y trágico.) ¡Le he matado!

ELENA (Con un sordo grito de alegría.) ¡Bien! ¡Bien! ¡Has hecho muy bien! (Pausa.)

PEDRO (Mientras que Elena repite convulsivamente estas palabras, con una especie de delirio salvaje.) ¿Cómo? ¡No sé, cegué!... Fué como si me cruzaran el rostro con un látigo... Vi todo rojo... Le agarré de pronto por el cuello... Le apreté furiosamente con mis manos... Luchó también... No sé más... ¡Apreté y apreté...! ¡De repente la bestia inerte cayó a mis pies...! (Larga pausa. Elena da dos o tres pasos vacilando hacia una butaca en la que se deja caer, presa de una crisis contenida de nervios y lágrimas, crisis silenciosa y trágica. Pedro permanece inmóvil, después se yergue lentamente.) ¡Ahora, valor! Hay que ocuparse del porvenir del niño. Ante todo, y hasta que se halle en edad de comprender, será preciso...

ELENA (Con un gesto indeciso con la mano, indicando que aun no se encuentra en estado de comprender. Se levanta difícilmente, se apoya en la mesa, su fisonomía denota el esfuerzo enorme de su voluntad para recobrar su conciencia.) ¿Dónde?... ¿Dónde ha ocurrido eso?

PEDRO Allí... (Indicando su cuarto.)

ELENA (Volviéndose, con un gesto de sobresalto, hacia la habitación de Pedro, junto al muro de la cual se encuentra precisamente.) ¿Allí? (Pedro asiente con la cabeza.) ¿Ha sido...?

PEDRO (Sordamente.) Sí, allí. Si hubieses abierto la puerta... (No acaba la frase. Elena tiene un escalofrío de miedo y le impone silencio con un gesto rápido. Se cubre los ojos con ambas manos, como para recapacitar.)

ELENA (Sin descubrir el rostro.) ¿Luego, esa suma?... No, un instante... Ha sido muy rudo el golpe. (Pausa.) ¿Esa suma... dices que son doscientos mil francos?

PEDRO Ciento setenta mil exactamente.

ELENA Mi dote..., títulos que habrías podido vender en seguida... (Dolorosamente.) Ya hubiésemos encontrado el resto. ¿No pensaste en ello?

PEDRO ¡No se trata de eso! Una cuestión de dinero se liquida siempre, en último caso de un balazo. (Señalando al corazón.) Lo terrible, lo que me ha enloquecido, cegado, fué el insulto..., la afrenta..., la proposición repentina, hecha, no con la nobleza del enemigo descubierto y cara a cara, sino con la faz innoble, inmunda, con cabeza de reptil..., con sonrisa fría..., fué la monstruosa infamia de que me creyera capaz... viéndome arruinado y perdido..., de aceptar como salvación la venta de mi patria... ¡La deshonra! ¿Comprendes?... ¡No se razona!... ¡Los ojos sólo ven sangre..., es instintivo..., se enloquece..., se mata! ¡Hay cosas que sólo un soldado puede sentir y explicarse...! ¡Los soldados me comprenderían! ¡Tú, no puedes comprenderme!

ELENA ¡Sí, te comprendo! ¡Soy hija de un militar!

PEDRO (Con sencillez.) ¡Cierto!

ELENA (En otro tono.) Veamos..., esa suma...

PEDRO ¿Qué importa?

ELENA ¿No me ha de importar?... Por mí la gastaste... (Gesto de Pedro, indicando: "No hablemos de ello".) Tú me lo has confesado. (Intenta hablar, pero Elena no le deja.) Te lo suplico. Respóndeme, es indispensable... Tengo derecho a saberlo...

PEDRO (Con desfallecimiento.) Pregunta...

ELENA ¿El dinero era ese miserable quién...?

PEDRO No. El complot estaba muy bien urdido. Una letra puesta en circulación, que debía ser presentada el sábado... que desde luego será presentada.

ELENA (Vivamente, prosiguiendo una idea, que se formula a sí misma algo inconscientemente.) ¿Que será presentada...? Bueno. Pero si se paga... ¿cómo llaman a eso? al vencimiento... (Después de algunos instantes, obsesionada por un movimiento maquinal de Pedro, quién con la mano izquierda estrecha su derecha.) ¿Qué tienes en la mano...? ¿Estás herido?

PEDRO No..., nada.

ELENA ¡Sí! Déjame ver.

PEDRO Te aseguro...

ELENA (Obstinada.) ¡Déjame ver!

PEDRO Una ligera contusión... nada... (Los ojos fijos en la mano tendida hacia ella, una repentina imagen provoca en Elena un movimiento reflejo de retroceso, apenas perceptible, pero que advierte Pedro.) Sí..., perdona...

ELENA ¡Oh...! (Ha cogido su mano en el momento en que él la retiraba, le ha cogido entre las dos suyas y la lleva a su garganta. Es un movimiento tierno, irreflexivo, rápido, sin insistencia, bastante significativo, sin embargo, para producir en Pedro una repentina emoción.) Tu mano abrasa... ¿Estás enfermo?

PEDRO Nada..., no es nada...

ELENA ¡Sí, tú sufres! ¡No digas que no! Se te conoce en la cara... (Le contempla con piedad.) ¡Pobrecito! (Pausa.) Pedro, ¿qué vas a decir en París?

PEDRO ¿Qué voy a decir...?

ELENA Sí.

PEDRO (Después de una pausa, con tranquila resolución.) ¡La verdad!

ELENA ¡La verdad! ¿Qué harán de ella? ¡Tienes enemigos encarnizados! ¡Bien se las compondrán con la verdad!

PEDRO (Sombrío.) Con ella me basta. Yo soy un ase...

ELENA (Cortándole la palabra.) ¡No...! ¡Te prohibo que lo digas!

PEDRO ¡Así es!

ELENA (Febril.) ¡Te lo prohibo!... ¡Ha sido un caso de legítima defensa! ¡Y eso es lo que no admitirán los que tienen interés en perderte!... Veo levantarse todos los odios, amotinarse todas las envidias, todos los bajos rencores revolverse contra ti... ¡Al verte caído serán implacables!

PEDRO ¡Allí estaré para defenderme!

ELENA ¡Uno contra todos!

PEDRO Tengo costumbre.

ELENA Hay defensa contra la realidad, pero es imposible defenderse contra las apariencias, contra los artículos de los periódicos, contra la baba y el veneno... ¿Qué vas a decir de tus relaciones con ese miserable?

PEDRO (La voz insegura.) Exactamente las que fueron.

ELENA No te creerán.

PEDRO (Lentamente, con una sonrisa dolorosa.) ¡Ya sé que la columna se ha hundido!... ¡Querrán mi vida!

ELENA Querrán más cuando estés en sus manos... Ese maldito asunto del dinero, ¿cómo explicarlo? No te acusarán de un homicidio, piénsalo bien. No se tratará de condenarte, sino de deshonrarte, de deshonrarnos, de hacer del apellido Felt un nombre tan infame, que nuestro hijo no podrá llevarlo.

PEDRO (Irguiéndose terrible.) ¡Eso que no lo intenten!... ¡Aun me quedan alientos! Sabré

gritarles, gritarles... (No acaba; sus ojos, sumamente abiertos, se nublan. Toda su energía se debilita, y se deja caer en una silla, con abatimiento y sin voz.) Sí... ¿gritarles qué...?

ELENA (Retorciéndose las manos.) ¡La verdad!... ¿Qué quedará de ella?... (Con todos los nervios crispados, reflexiona, reflexiona, reflexiona, la mirada fija, ardiente, siniestra.) ¡No ¡No! ¡No es posible!... ¡Yo no soy fatalista, pero no paso por ello..., me sublevo! ¡Pedro, ten valor!... (Mira súbitamente a la puerta y exclama, con un pensamiento repentino:)

PEDRO No, no quiero...

ELENA ¡Basta! Mañana mandarás... Esta noche déjate proteger... Oyeme, óyeme...

PEDRO (Repentinamente.) ¡Silencio!...

ELENA ¿Qué?...

PEDRO (En voz baja.) Pasan por el corredor...

ELENA ¿Por el corredor?...

PEDRO ¡Con paso furtivo..., estoy seguro!... ¡Segurísimo! (Instintivamente Elena se vuelve casi completamente hacia el corredor.) Se detiene... en la puerta...

ELENA ¿Qué?...

PEDRO Mira..., va a abrir... (El busto de Elena se echa hacia atrás como un rayo. Acaba de recordar su cita con Marcelo. Vacila, luego se yergue.)

ELENA ¡Oh, calla!...

PEDRO Va a...

ELENA (Poniéndole la mano en la boca.) ¡Calla! (Retrocede de puntillas, se coloca delante de la puerta y como para ocultarla completamente, frente a Pedro, que no se ha movido. Elena se halla jadeante. Silencio.)

PEDRO (Muy bajo.) ¿Qué pasa? (Elena le impone silencio con un gesto imperioso. Llaman ligera, tímidamente.)

ELENA (En voz alta.) ¡Sí, Anita, quédese usted!... ¡Decididamente me encuentro muy mal! (Con un dedo en los labios; luego aplica el oído a la ranura de la puerta y escucha.) Se aleja..., se aleja... Ya no es nada, no... (Suspira aliviada.) No es nada... (Baja algunos pasos por

la estancia, la mano en el corazón, como para contener sus latidos. Va y se apoya en la columnita del lecho. Pedro la sigue con los ojos, y su mirada se torna paulatinamente más intensa.)

PEDRO ¿Quién era?

ELENA (Con voz temblorosa.) ¡Yo qué sé!

PEDRO Lo sabes perfectamente.

ELENA No.

PEDRO Lo sabes y es preciso que me lo digas.

ELENA Pedro...

PEDRO Es indispensable.

ELENA ¿Estás loco? Te digo que lo ignoro.

PEDRO Y yo te digo que mientes.

ELENA ¿Que yo...?

PEDRO ¿Por qué mientes? Tus labios, tu rostro, todo te denuncia. ¡Mírate en mis ojos. ¿Era él, verdad? ¿Era Beaucourt?

ELENA Puesto que lo sabes...

PEDRO Lo sé porque tú lo has dicho... Has evocado la presencia de Anita, y quien estaba aquí era yo... ¡Estabas bien guardada! ¡Hubiera sufrido mucho al saber que se hallaba tu marido en la habitación!

ELENA No lo he pensado, he dicho lo primero que se me ha ocurrido...

PEDRO ¡El instinto! ¿verdad?... Bueno, pero explícame por qué has mentido.

ELENA Después de todo, ¿a qué negarlo? Es estúpido... Necesitaba hablar con él y convinimos en vernos aquí.

PEDRO ¡A la una de la mañana!

ELENA No podíamos hablar delante de todo el mundo.

PEDRO ¡Lo creo!... ¿Una conversación sobre qué?

ELENA Ya te lo he dicho hace un instante.

PEDRO ¡Ah, sí, sobre la boda!... ¿Y ayer, sobre qué fué?... ¿Y antes de ayer?...

ELENA Yo te juro...

PEDRO ¡Los juramentos no cuestan nada! ¿Sobre qué juras esta vez?

ELENA (Desasiéndose.) ¡Ay, pobre Pedro!

PEDRO ¡Sí, pobre Pedro!... ¡Elena, esta vez es el adiós... eterno!

ELENA (Aterrada, asiéndose a su cuello.) ¿Qué significa?... ¿Vas a...? ¿Quieres matarme?

PEDRO (Desasiéndose.) ¡Basta de hipocresías!... ¡Adiós!...

ELENA (Sin soltarle.) ¡Loco, loco!... ¿No ves, Pedro..., es la llamarada de un amor que creí ceniza?

PEDRO (Con voz anhelante.) No me engañes. Hace un instante te creí y estaba dispuesto a luchar... ¡Por ti hubiera escalado las rocas! ¡Pero no vales ese sacrificio!... ¡Has mentido, me has engañado, te has entregado a otro! ¡Tanto mejor!... ¡Soy un asesino, tanto mejor!... ¡Estoy perdido, tanto mejor!... ¡Al presidio, a la muralla, a la fosa, tanto mejor!...

ELENA ¡Pedro!... ¡Pedro!... Te perdono porque sufres.

PEDRO ¡Sí, sufro horriblemente!

ELENA ¡Te perdono porque te amo! ¡No tienes corazón, no tienes ojos! ¿No ves, no ves que yo te amo?... ¡A ti solo! ¡A presidio, allí estaré junto a ti!... ¡A la muralla, junto a ti!... ¡En todas partes contigo! ¡Otro! ¿Pero es que ese otro existe?... ¿Es que mis labios hubieran podido besar otros labios?... ¡Ah, lo sé, ahora, ya lo sé! ¡Mentí al creer odiarte!

PEDRO ¡No me engañes porque te mato!

ELENA ¡Mátame! (Sus rostros se tocan. Un vértigo. Sus labios se tocan. Largo abrazo. Luego, en los brazos de Pedro, Elena se rinde jadeante como una fiera herida mortalmente.)

PEDRO (Aterrado.) ¡Elena!... ¡Elena mía!...

ELENA No temas nada... No temas... (Se aparta de él, vacila, vuelve a caer contra él, con la cabeza hundida en su pecho.)

PEDRO ¡Elena de mi alma!... Me enloqueces...

ELENA Eres débil, me necesitas, quiero defenderte...

PEDRO ¡Te quiero, Elena, te adoro!...

ELENA ¿Estás pronto a obedecerme?

PEDRO ¡En cuanto ordenes!

ELENA ¿Sin discutir?

PEDRO ¡En cuanto mandes!

ELENA ¿Sin vacilar?

PEDRO ¡En cuanto quieras!

ELENA Ni una palabra... Lee en mis ojos... (Pasa ante él, sus pupilas se cruzan apasionadamente.)

PEDRO (Enloquecido.) ¡Elena!... (Pausa.)

ELENA (Imperiosa.) ¡Pst! (Sube y abre la puerta del corredor con precaución y mira en la obscuridad a derecha e izquierda.)

PEDRO Elena...

ELENA (Cerrando la puerta.) Apaga esa lámpara... (Indicando la lámpara grande.)

PEDRO ¿Qué quieres hacer?

ELENA ¡Sígueme!...

PEDRO No comprendo.

ELENA No comprendas. Obedece. (Pedro apaga la lámpara. Penumbra. Elena, sin embargo, se ha dirigido hacia la mesa, coge la lámpara y la lleva.) ¡Ahora, ven! ¡Ven!... (Elena se dirige hacia la doble puerta, la lámpara en alto, abre las dos puertas, llama de nuevo a Pedro con la mirada y le tiende la mano mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. A las ocho de la mañana. Pleno sol.

ESCENA PRIMERA

STTETIN, JUANA, MONSEÑOR, PEDRO, ELENA, MAURET, TERESA y EL ALCALDE.

(Excepto el coronel Felt, que está de uniforme, Elena y Teresa, en toilette de mañana, todo el mundo se ha vestido apresuradamente. Monseñor se ha calzado unas zapatillas violeta. Sttetin, con camisa de noche y americana. Mauret, con pyjama. Juana, con un salto de cama y peinada apresuradamente. El alcalde de Mijoux, medio artesano y medio ricachón de pueblo, hombre de unos cincuenta años, delgado y moreno. Agitación, inquietud, confusión.)

ALCALDE (Prosiguiendo el relato comenzado.) Cuando le dije la cosa, el juez de instrucción dió un saltito en el aparato...

STTETIN (Precisando.) ¿El mismo juez?

ALCALDE ¡Sí!... En dos tiempos, tres movimientos. Y me dijo que, si era broma, le costaría cara al que se permitiese... (Buscando la palabra.) permitiese...

MAURET Burlarse...

ALCALDE ¡Eso!... Burlarse de la justicia. «Señor juez—le telefoneé desde mi aparato,—soy Gilberto Manuf, alcalde de Mijoux y re-

lojero. Ya he tenido el honor de recibir a usted en este pueblo cuando la causa de los dos vagabundos italianos. Sé lo ocurrido por el guarda jurado, y en mi calidad de agente judicial, no tengo costumbre (Se vuelve hacia Mauret.) de burlarme de la justicia ni de sus representantes... Porque ha de saber usted, señor barón...»

STTETIN (Impacientado, cortándole la palabra.) ¿Pero viene o no el juzgado?

ALCALDE ¡Ya lo creo que viene! Llegará dentro de veinte minutos. ¡Qué nervioso estaba el señor juez!... ¡Había que oirle!

JUANA ¿Estaría consternado?

ALCALDE ¡Señora baronesa, no cabía en sí de alegría!

TERESA (Escandalizada.) ¿De alegría?

ALCALDE ¡Claro; cada uno su oficio! Yo, cuando veo el movimiento de un buen cronómetro, salto de gozo. Y a él le ocurre lo propio cuando se le presenta un crimen como éste, y en el castillo de los parisienses. ¡Un crimen sensacional!

JUANA (Desesperada.) ¡Nuestros nombres traídos y llevados por los periódicos!

STTETIN ¡Qué enojoso!

JUANA El castillo lleno de desconocidos, de importunos, de periodistas, que nos harán sufrir verdaderos interrogatorios... (Al alcalde.) ¿Y no se habrá usted equivocado al avisar al juez? Ese caballero ha podido sucumbir sencillamente de una afección cualquiera, no sé cual, pero...

STTETIN (Contento de aferrarse a esta idea.) ¡Congestión, aneurisma!...

ALCALDE Yo he obedecido las órdenes del señor Beaucourt, quien me ordenó telefoneara inmediatamente al juez. Y creo que poco tendrá que hacer el juzgado cuando llegue. ¡El señor Beaucourt *se ha calado* la partida! Con el permiso de ustedes

voy a reunirme a él, porque como individuo de la policía judicial...

STTETIN ¡Sí, suba usted!

ALCALDE (Multiplicando los saludos.) Monseñor... Mi coronel... Señoras... Señor barón, pronto volveré. ¡El deber ante todo, como dicen!

JUANA (Excitada.) ¡Suba, suba usted!...

STTETIN Hasta ahora. (El alcalde sube por la escalera.)

ESCENA II

Dichos, menos EL ALCALDE.

MAURET (Bajo a Teresa, al terminar las últimas réplicas.) Con todo esto, me he quedado sin chocolate.

TERESA ¿No se ha desayunado usted?

MAURET (Melancólico.) Nadie se ha desayunado, con este suceso.

JUANA ¡Qué desgracia, monseñor!... (A Pedro y a Elena.) ¡Ay, amigos míos!... (Se deja caer en un asiento. Monseñor y Sttetin se acercan a ella y la consuelan.)

MONSE. Aceptemos valerosamente, señora, estas dolorosas pruebas...

TERESA (Bajo a Mauret.) ¿Toma usted chocolate?

MAURET (Tristemente.) Con agua y algo espeso. ¡Pero no hablemos más de ello! (Teresa, sin responderle, se aleja y vase furtivamente por la izquierda, mientras las réplicas siguientes.)

MONSE. ¿Y quién lo descubrió?

JUANA Justino, monseñor, nuestro *maître d'hotel.*

STTETIN (Explicando.) Tenía orden de mandar despertar a Glogau a las siete en punto, por medio de un criado que le servía al propio tiempo el desayuno. Esta mañana el criado estaba malo y no se lo sirvió. Los demás estaban ocupados en otros quehaceres. Por esta causa subió el propio Justino. Llamó en vano repetidamente. Poco

después subió de nuevo, y, como no obtuviese respuesta, fué a comunicarme sus sospechas.

JUANA (Compasiva.) ¡ Pobre Adolfo !

STTETIN Subí con él y tuve un triste presentimiento, por lo que decidí entrar. La puerta no estaba cerrada por dentro.

MONSE. ¡ Qué emoción, amigo mío !

STTETIN ¡ Ninguna, nada trágico ! Al primer golpe de vista, por el contrario, nos tranquilizamos, que es lo más raro... Figúrense ustedes que (Se ha dirigido a Pedro, a Elena y a Mauret, que se aproximan a él, lo mismo que el prelado.) no había el menor desorden en la habitación.

JUANA ¡ Nada !

STTETIN El lecho, intacto ; las sillas, en su sitio, y cerca de la ventana grande abierta, sentado en una butaca, ante su mesa de escribir, se hallaba Glogau, que parecía amodorrado, como si se hubiera dormido mientras trabajaba. Estaba vestido de *smoking,* en fin, tal y como le vieron ustedes anoche. Necesitamos mirarle muy de cerca para darnos cuenta de la realidad... ¡ Qué emoción entonces !..,

JUANA ¡ Pobre Adolfo !

STTETIN Corrí en busca de Beaucourt, y el criado, aterrado, comenzó a gritar. Bajaron todos, y el resto ya lo saben ustedes.

MAURET ¡ Inaudito !... (A Sttetin.) ¿Y dice usted que no había desorden ni huella de lucha?

STTETIN Nada. Beaucourt observó en seguida la corbata arrugada, el cuello arrancado...

MAURET Eso no es óbice para que admitamos la hipótesis de un accidente.

MONSE. (Insistiendo.) Por ejemplo, un hombre que se ahoga en un ataque de asma, se arranca instintivamente el cuello.

STTETIN Verdad, pero Beaucourt, que es sumamente perspicaz, ha hecho otra clase de investigaciones decisivas.

JUANA ¡Y además, ha mandado telefonear!

STTETIN Cuando yo no estaba presente...

JUANA ¡Pobre Adolfo!

MONSE. Hay que convenir que es un suceso algo misterioso. (Pausa. Con una prudencia sumamente eclesiástica.) ¿Y ese criado que se encontraba malo esta mañana, tiene usted buen concepto de él?

STTETIN Parece un buen muchacho.

JUANA Hace poco que está en casa.

STTETIN Acaba de hacer su servicio militar con muy buenas notas. Beaucourt le mandó llamar y le interrogó detenidamente.

PEDRO (Dejando bruscamente de guardar silencio.) ¡La idea de Beaucourt es absurda...! (Todo el mundo vuelve los ojos hacia él. Pausa. Sus facciones se han contraído. Continuando con voz seca y con una violencia reprimida.) ¿Con qué derecho molestar, sin más ni más, a ese pobre joven?

STTETIN Sin embargo, esa coincidencia...

ELENA (Rápidamente.) ¿La de que esté enfermo? ¿Es eso una coincidencia?

STTETIN ¡Diablo...!

ELENA Si uno de nosotros se hubiese puesto enfermo, ¿le hubiera interrogado Beaucourt?

JUANA ¡Oh!

STTETIN (Sin gran convicción.) No es lo mismo.

MONSE. (Sonriente.) No.

ELENA (Siempre con suma viveza, para impedir que Pedro intervenga.) ¿Y por qué ha de constituir una presunción el estado del criado?

STTETIN Pues...

ELENA ¡Por las apariencias!

MONSE. ¿Por las apariencias?

ELENA ¡Nada ha desaparecido!

STTETIN ¿Qué sabemos?

ELENA Usted acaba de decir que todo estaba en orden. ¿Luego por qué móvil?

JUANA ¡Quién sabe!

ELENA ...¿Qué otro móvil atribuir a un criado que el robo...?

MAURET (Admirado.) ¡Dice usted muy bien!

ELENA ¡Bah, no resiste al examen! ¡Piensen ustedes en la angustia de ese muchacho...!

PEDRO (Nervioso.) ¡Sí, piensen ustedes en ella...! Y diga usted a Beaucourt que deje a la justicia cumplir la misión para la cual está designada.

STTETIN (Molestado.) Es fuerte, querido Felt, es un poco fuerte... (Mientras que hablaba Pedro, los ojos hundidos de Elena se han fijado en su marido y su rostro pálido ha tomado una expresión espantosa de angustia y de súplica. A las últimas palabras de Sttetin aparece Justino en lo alto de la escalera.)

ESCENA III

STTETIN, JUANA, MONSEÑOR, PEDRO, ELENA, MAURET, JUSTINO; después, EL ORDENANZA DEL CORONEL.

JUSTINO (En el último peldaño de la escalera.) ¿Señor barón...?

STTETIN ¿Qué?

JUSTINO El señor diputado desea hablarle.

STTETIN Dígale que ahora voy...

JUSTINO Bueno, señor barón. (Vase.)

PEDRO (A Sttetin.) Excelente ocasión para que le recomiende usted más reserva y... perspicacia.

STTETIN (Prudente.) Le diré la opinión de usted.

PEDRO Sí, dígasela.

MAURET Y añádale que opino lo mismo. (Sttetin desaparece por la escalera.)

JUANA Yo te sigo, Adolfo... Monseñor, con su permiso... No puedo permanecer así, voy a vestirme en un momento. (A Pedro y Elena.) Háganme el favor de ver desde la terraza si llega el juzgado mientras me arreglo en un instante.

MAURET Descuide usted.

JUANA (Suplicante.) Monseñor, ¿no se irá hoy, verdad?

MONSE. (Untuoso.) En estas circunstancias no tengo inconveniente en permanecer con ustedes hasta mañana.

JUANA ¡Cuánta bondad, monseñor, cuánta bondad!

MONSE. Y como en nada puedo serles útil en estos momentos, me iré a pie hasta la iglesia de Mijoux, a decir mi misa.

JUANA ¡Tome el auto! ¡Está muy lejos, monseñor!

MONSE. ¡El cielo me guarde de ello! El andar está prescrito a mis padecimientos. Unicamente le suplico un bastón sólido de montaña. Voy a ponerme calzado a propósito para la excursión.

JUANA Suba conmigo, monseñor... ¿Tiene la bondad de pasar...? (Dejándole paso.)

MONSE. Después que usted, señora, después que usted.... (Cuando ambos suben por la escalera el ordenanza de Pedro aparece en el dintel de la puerta vidriera.)

ORDENAN. Mi coronel, ¿ensillo el caballo?

PEDRO No. Prepara pronto la yegua. (El ordenanza da vivamente media vuelta. Pedro le detiene.) ¡Berthot...!

ORDENAN. ¿Mi coronel?

PEDRO Espera... ¿No está herida?

ORDENAN. No es nada, mi coronel.

PEDRO Anda, voy a verla. (El ordenanza vase.)

ELENA (Esforzándose por ocultar su inquietud.) ¿Dónde vas, Pedro?

PEDRO Al fuerte, en donde tengo que dar algunas órdenes.

ELENA ¿Es indispensable?

PEDRO Sí, pero te veré antes de partir. Vuelvo al instante.

ELENA Ven... Te espero.

PEDRO Un minuto. (Vase. Elena, en el límite de sus fuerzas, parece presa de un vértigo.)

ESCENA IV

ELENA y MAURET; después, TERESA.

MAURET (Que hace unos instantes sigue a Elena con la mirada.) ¿Está usted enferma?

ELENA (Como asustada, irguiéndose.) ¡No!... ¿Por qué?

MAURET De repente se ha puesto usted tan pálida que he creído que se encontraba usted mal...

ELENA No, disgustada por lo ocurrido...

MAURET Debiera usted acostarse.

ELENA Al contrario, el aire puro disipará este malestar. (Entra Teresa llevando una taza de chocolate con picatostes.) Desayúnese usted tranquilamente mientras yo vigilo en la terraza. Cuando haya usted terminado, vendrá usted a reemplazarme.

TERESA ¡Perfectamente! (Elena vase a la terraza.)

ESCENA V

MAURET y TERESA.

MAURET (Sorprendido agradablemente.) ¿Este festín es para mí?

TERESA Para usted solito.

MAURET (Encantado.) ¡Ah!

TERESA Y he hecho los picatostes. ¿Le gustan a usted?

MAURET ¡Con delirio! ¿Pero ha sido usted misma quien...?

TERESA Como no había nadie en la cocina, no ha habido otro remedio...

MAURET (Con ferviente admiración.) ¿Y el chocolate?

TERESA Con agua, un poco espeso.

MAURET ¡Eso es grave, excesivamente grave!

TERESA ¿Por qué?

MAURET Porque... (Pausa.) ¡Ay! ¿Y usted se ha desayunado?

TERESA No.

MAURET Apostaría a que ni siquiera ha pensado usted en ello.

TERESA Verdad.

MAURET Sabe usted hacer chocolate con picatostes, no piensa usted en su desayuno, pero prepara usted el mío, ¿y me pregunta usted por qué esto es grave?

TERESA No veo...

MAURET ¡Desgraciada! ¿No comprende usted que esto es presentar repentinamente el hogar ante mis ojos y a la luz del día?

TERESA ¡Coma y deje usted de burlarse!

MAURET Estoy tan cortesmente emocionado que no tengo apetito. (Cómico.)

TERESA ¡Pues bébaselo usted!

MAURET (Probando maquinalmente el chocolate.) Lo beberé..., pero cuando esté más frío. Veo que no tiene usted la más remota idea de lo que acaba de pasar en mí... Oiga usted una revelación. ¡Yo soy un imbécil!

TERESA (Con convicción.) ¡Eso no es verdad!

MAURET (Con firmeza.) ¡Un idiota completo! ¡Un solterón completamente incapaz de comprender a la mujer, que es la bondad, la eterna sacrificada, y su chocolate de usted me parece resumir... toda suerte de sacrificios desconocidos y apasionados, que no sospechaba, y que ennoblecen enormemente el matrimonio.

TERESA (Emocionada.) Bueno, beba, beba usted.

MAURET ¡Lo bebo a su salud de usted, señora viuda de Deniau! (Bebe un sorbo.) ¡El colmo es que está riquísimo! (Suspira.) Sí, es increíble lo que un chocolate modifica nuestro modo de pensar... Se toma de pronto la vida en serio... (Bebe.)

TERESA (Con certidumbre.) ¡La vida es muy seria! (Pausa.)

MAURET Bueno, ¿y usted qué hace?

TERESA ¿Ahora?

MAURET Ahora... enloquecerme...

TERESA ¡Embustero!...

MAURET Digo... que... qué piensa en lo porvenir.

TERESA ¿El porvenir? No he decidido...

MAURET Creo urgente que lo decidamos juntos. Tratemos de permanecer solos... (Viendo a Elena que vuelve.) ¡Qué difícil es estar solos...! ¡Sígame usted... con disimulo!

ESCENA VI

Dichos y ELENA.

ELENA (Mirando desde el dintel de la puerta vidriera.) ¿No está aquí mi marido?

MAURET No, señora.

ELENA (Con ansiedad.) Acabo de verle en el parque y creí... (Entra Pedro por la izquierda.) ¡Ah!

MAURET (A Elena.) Señora, la relevo a usted de centinela. Está usted libre. Yo me llevo mi chocolate. Quiero a este chocolate como a las niñas de mis ojos. Hasta ahora. ¡Qué chocolate más rico! (Mauret se aleja hacia la terraza, haciendo a hurtadillas señas de inteligencia a Teresa. Esta aprovechará las primeras palabras cambiadas entre Elena y Pedro para seguir furtivamente a Mauret.)

ESCENA VII

PEDRO y ELENA.

PEDRO Me voy. Es cuestión de media hora entre ir y venir.

ELENA (Observando a Teresa con el rabillo del ojo.) Iba precisamente a rogarte que abreviaras tu ausencia cuanto fuese posible... Juana necesita compañía... ¿Te acompaña tu ordenanza?

PEDRO No.

ELENA Quisiera enviarle a Mijoux a poner un telegrama a la tía Margarita. Así podríamos hoy mismo tener noticias de Roberto... (Teresa ha salido, cerrando la puerta vidriera. Con angustia febril.) ¡Pedro, leo en tus ojos resoluciones que me espantan!...

PEDRO ¡Calla!

ELENA (Abrazándose a su cuello.) Llévame contigo... Tengo miedo... ¿Qué proyectas?... Hace un instante el grito terrible estaba en tus labios... Te he visto, frente a todos, dispuesto a gritar...

PEDRO (Cortándole la palabra.) ¡Sí! ¡El papel de criminal no me va!... ¡No soy un malhechor! ¡Quiero volver a la luz! ¡Reivindicar la verdad!

ELENA ¡No tienes derecho a ello!

PEDRO ¡Quiero reivindicarla!

ELENA ¡Te repito que no tienes derecho!... ¡Ese secreto no es tuyo solo!... ¡Es también mío!... ¡Que quieras o no, soy tu cómplice!

PEDRO ¡Elena!

ELENA ¡Sí, tu cómplice! ¿Y tú me venderás? ¡Tendría que ver! ¡Ya sé ahora lo que es el valor!... Una mujer guiándote en la noche por los corredores del castillo, espiando el aliento de las gentes que duermen, escuchando latir su corazón y el tuyo...

PEDRO ¡Calla! ¡Calla!... (La estrecha contra sí. Elena, violentamente, ha ocultado sus ojos con el dorso de su mano cerrada, en el horror del recuerdo.) ¡No quiero verte sufrir de esa manera!...

ELENA ¡Pues sé valiente! No confundas el valor y la...

PEDRO (Sin dejarla acabar.) La cobardía. La suprema cobardía sería ver acusar a un inocente y callarse... Elena, no te conoces tú misma. Tampoco yo soportaría semejante monstruosidad.

ELENA ¡Palabras, siempre palabras! ¿Qué car-

gos encontrarán contra un inocente? ¡Ni uno! ¡En todo esto, sólo hay un inocente, uno sólo, y éste te prohibo que lo sacrifiques: es tu hijo! (Se aparta de él vivamente.) ¡Silencio! (Ambos se separan. Monseñor Jussey baja la escalera, con el sombrero puesto, y un «alpenstock»—bastón de montaña—en la mano.)

ESCENA VIII

Dichos y MONSEÑOR.

MONSE. ¿Se vá usted, mi coronel?

PEDRO Sí, monseñor.

MONSE. ¿A Mijoux?

PEDRO No..., al fuerte de Orieux.

MONSE. Lo siento, porque hubiésemos hecho el camino juntos.

PEDRO Y yo también, y le ruego me dispense por tener que abandonarle tan pronto, pero se me ha hecho tarde... (Inclinándose.) Monseñor...

ELENA Vuelve pronto, Pedro. (Elena le mira. Hay en esta mirada tanta angustia y tanto sufrimiento, que Pedro obedece a la necesidad de responder a ella. Coge la mano de Elena, apoya en ella sus labios y vase rápidamente. Monseñor Jussey ha observado la ternura discreta de este movimiento con visible interés.)

ESCENA IX

MONSEÑOR y ELENA.

MONSE. (Vacila.) Una pregunta, señora... No temo que la juzgue usted indiscreta después de nuestra conversación de ayer.

ELENA La adivino, monseñor. No solamente no lo es, sino que yo misma debo contestarla sin vacilar.

MONSE. ¿Luego la impresión que acabo de tener es la justa?

ELENA Sí, monseñor.

MONSE. (Cuyo rostro se ilumina.) ¿Tendré la alegría de haberla convencido y de que usted haya renunciado...?

ELENA Sí, a separarme de mi marido.

MONSE. ¡Qué alegría me causa usted!... ¡Cuánto siento haber dudado y haberme dejado arrastrar por la cólera!... ¿Dónde encontraré ahora una excusa a los ojos de Aquél que nos ha de juzgar y a quien tan desdichadamente he servido?

ELENA A Dios gracias, no necesita excusa alguna, monseñor. Pero si necesitase una, la encontraríamos por completo en un error. Monseñor condenaba en mí la imagen de una raza, y he visto que soy algo más humilde...

MONSE. (Con bondad.) Una mujer...

ELENA Una sencilla mujer.

MONSE. No le pedía más, hija mía, y la gracia de Dios la ha iluminado. (Escrutándola con la mirada.) ¿Ha indicado usted a alguien más que a mí esa sana resolución?

ELENA Aun no.

MONSE. Es necesario lo haga en seguida.

ELENA (Con espanto.) ¡Hoy, no, monseñor!...

MONSE. Cuando el hierro debe ser puesto en la llaga hay que tener valor, más aún, la firmeza de no diferirlo.

ELENA Mañana, monseñor, mañana...

MONSE. ¡En seguida! ¡Lo exijo como prenda de su sinceridad! Y voy, con mi intervención personal, a ahorrar a usted lo más doloroso. (Elena retrocede, como para huir. Con autoridad.) ¡Quédese usted, hija mía! (Ambos acaban de ver a Marcelo que baja la escalera, el rostro contraído, preocupado, y quien precisamente ha entrado a tiempo de observar el movimiento de retirada de Elena.)

ESCENA X

Dichos y MARCELO.

MONSE. Celebro volverle a ver, señor Beaucourt. Y no vacilaré en hacerle una declaración: bajo este techo entristecido hay un corazón satisfecho.

MARCELO (Con gravedad algo altanera.) Le felicito y le envidio por ello, monseñor, sin preguntarle, por otra parte, la razón de esa alegría tan singular.

MONSE. Esperaba ser juzgado severamente... ¡Nuestras penas y nuestras bienaventuranzas son tan diferentes!... Pero celebro haber comprobado, una vez más, la eficacia de mi modesta misión. Nos disputábamos un alma. Necesitó usted un año para perderla, y me bastó una noche para reconquistarla. Ya está en el buen camino, y doy gracias a Dios. (Silencio de Marcelo.) ¿No tiene usted nada que contestarme?

MARCELO (Fríamente, después de mirar a Elena, desfalleciente.) Nada, monseñor.

MONSE. (Sencillo y sin impertinencia.) Adiós, caballero. (A Elena.) ¡Hasta ahora, hija mía! (Vase silenciosamente.)

ESCENA XI

MARCELO y ELENA.

ELENA (Que apenas puede hablar.) Marcelo..., amigo mío..., perdóneme usted.

MARCELO (Bajo, mirándola fijamente.) ¿Perdonarla..., de qué? ¡Ese señor miente!

ELENA ¡Marcelo!

MARCELO ¡Es un impostor!... O usted le ha engañado, por falta de valor, para substraerse a sus predicaciones.

ELENA No. Me ha convencido.

MARCELO ¡De nada!

ELENA De mis errores. Me ha demostrado que me debo a mi hijo, a la familia que libremente fundé... Ha reanimado también mis creencias...

MARCELO ¡Falso! ¡Tales escrúpulos no se despiertan en una noche!

ELENA Indudablemente no lo habría perdido del todo...

MARCELO ¡No soy ni ciego ni tonto!... Hace un año que conozco todos los pensamientos de usted... ¡Un año de adoración paciente, humilde, apasionada..., absoluta!... ¡La conozco a usted! Es usted un corazón leal y reflexivo. Usted me ha querido conscientemente.

ELENA He debido confundir el amor con el afecto.

MARCELO ¡No!

ELENA ¡Hay algo más que nuestra voluntad!... Todas las fuerzas de que soy esclava..., mi nombre, mi hijo... Esas son las que abren entre usted y yo abismos invisibles y tan profundos, que no hemos podido reunirnos en el momento mismo en que yo creía pertenecerle.

MARCELO ¡Le repito que es falso! Míreme y dígame: «¡Ya no le quiero!»

ELENA Yo le ruego... ¿A qué prolongar esta tortura?

MARCELO ¡Dígamelo!

ELENA (Apartando los ojos.) ¡Marcelo, no le he querido por amor, estaba engañada!

MARCELO ¡Dígamelo usted de frente!

ELENA (Con decisión.) ¡Sea! ¡No le he querido a usted por amor!

MARCELO ¡Por fortuna no la creo! ¡Si la creyese, me volvería loco de dolor!

ELENA (Suplicante.) Acabemos...

MARCELO ¿Cómo la voy a creer a usted?... Hace algunas horas se estremecía usted de ra-

bia contra el más intolerable de los tiranos. Afrontó usted al sacerdote porque se sentía mía en cuerpo y alma... Me esperaba usted... Ibamos a entendernos para romper las cadenas, valientemente, definitivamente. Ibamos a fijar nuestros destinos de una vez para siempre. ¡Y de pronto me encuentro con una mentira!

ELENA ¿Qué mentira?

MARCELO ¡Una mentira trágica! Lo sé desde hace una hora y usted acaba de confirmármelo. Al exponerme esas súbitas razones de conciencia primero, al decirme después que nunca me ha querido, ha ido usted tan lejos en la contradicción y en el absurdo, que se ha convertido usted en la más vulgar de las acusadoras. ¡Y lo que usted lee en este momento en mis ojos, Elena, no es la angustia de los celos, es el terror! (Dos segundos terribles, durante los cuales sus ojos no se apartan. Parece, en el espacio de un relámpago, que Elena va a desmayarse; pero, por el contrario, se yergue y se domina con esfuerzo sobrehumano.)

ELENA (Con voz que quiere ser tranquila.) ¡No le entiendo! ¡Explíquese usted mejor!

MARCELO Lo haré... No era Anita quien estaba anoche con usted.

ELENA (Después de una vacilación.) En efecto.

MARCELO He interrogado a todos... He recogido datos, presunciones, indicios, ¡casi la prueba!... ¡Anita no estaba en su cuarto de usted!

ELENA Acabo de decirlo.

MARCELO Y tampoco era un amante.

ELENA Tampoco.

MARCELO ¡Pero era un refugiado!

ELENA ¿Un...?

MARCELO ¡Un refugiado que ahora quiere usted salvar en un rasgo sublime de sacrificio!

ELENA ¡Puesto que me obliga usted a ser cruel, sépalo de una vez: era mi marido!

MARCELO ¡Sí, y para probar la coartada se sacrifica usted! ¡Pero le juro que impediré ese crimen, a pesar de usted, contra usted!...

ELENA Yo le juro que ha pasado toda la noche...

MARCELO ¡Toda la noche no, Elena!

ELENA ¡Toda la noche en mi cuarto!

MARCELO ¡Toda, no; lo mismo que Glogau no pasó toda la noche en el suyo!

ELENA ¡Divaga usted!

MARCELO ¡Es demasiado tarde! Me acaba usted de convencer. Porque al saber usted más que yo, he oído la confesión de ese crimen... Desde hace cinco minutos mi razón vacila... ¡Defenderle!... ¿Por que?... ¡No!... La abnegación, el sacrificio sobrehumano, pero hay algo más... ¡Sí, por vez primera usted no ha mentido!

ELENA ¡Está usted loco!

MARCELO ¡Si lo estuviese no me lo diría usted en voz baja!... ¡Alborotaría usted la casa!... ¡No temblaría usted de terror!... ¡No estaría usted así, suplicante, y a merced mía!... ¿Por qué?... (Pausa.) ¿Por qué quiere usted salvar a ese miserable? (Pausa. Se miran, ahora como enemigos decididos a todo.)

ELENA ¿Y usted, por qué quiere perderle?

MARCELO ¡Porque es mi deber!

ELENA ¡No! ¡Es porque me ha vuelto a conquistar! ¡Porque le amo!

MARCELO (Ciego de rabia.) ¡La ha conquistado, es cierto, ahora lo veo!... ¡La ha conquistado en el crimen!... ¡Ayer le odiaba usted!

ELENA ¡Cuidado que yo le odie a usted hoy!

MARCELO ¿A mí?

ELENA ¡A usted!... Es usted como los demás... Porque le han quitado lo que no le pertenecía, trata usted de entregar a un hombre sin conocer siquiera las razones que le han impulsado... Le califica usted de

miserable, y no sabe usted nada, ni siquiera trata de saberlo...

MARCELO ¡Sé que es un asesino!

ELENA ¡Lo que quiere usted es vengarse, y vengarse bajamente, odiosamente! ¡Bueno, cumpla usted con su deber de policía! ¡Denúnciele usted! ¡Denúnciele usted!

MARCELO (Fuera de sí.) ¡Es inútil! Antes le echaré mano al cuello...

ELENA ¿Qué dice usted?... ¡Estaré junto a él!... ¡Le adoro, le adoro y nada tiene que temer! (Marcelo abre los brazos como un hombre que no sabría decirse si va a herir o si él mismo ha sido herido mortalmente. Después se deja caer en un asiento, con la cabeza entre las manos. Pausa grande. Elena, poco a poco, parece salir de un letargo. Sus ojos miran largamente a las puertas, a la escalera, a la puerta vidriera. Avanza algunos pasos a la izquierda. Recobra conciencia de la realidad. Escucha si alguien ha podido oirles. De pronto se oye en el campo el sonido de la bocina de un automóvil. Marcelo levanta la cabeza, los ojos huraños y fijos. Elena se queda clavada en su sitio. Después, silencio. Por fin abren la puerta vidriera y entra rápidamente Mauret. Teresa le sigue de cerca.)

ESCENA XII

Dichos, MAURET. Después, TERESA.

MAURET (A Beaucourt.) ¡Ya están aquí!

MARCELO (Como arrancado de un sueño.) ¿Quiénes?...

MAURET El juez...

TERESA ...Y los demás.

MARCELO ¡Ah, sí!...

MAURET ¿Qué hacemos?

MARCELO Pues avisar a Sttetin.

MAURET Yo me encargo de ello. ¿Usted los recibirá?

MARCELO Sí.

MAURET Bueno. (Sube las escaleras de cuatro en cuatro.)

TERESA (Temblorosa.) ¡Ay, señor Beaucourt!... ¿Qué va a pasar?... ¡Cuando éramos tan felices!... ¡Qué tonta es la vida!

MARCELO (Como a sí mismo, dolorosamente.) ¡Sí, dice usted bien!... (Justino abre la puerta de la izquierda, apresurado, e introduce al juzgado.)

ESCENA XIII

MARCELO, ELENA, TERESA, EL FISCAL, EL JUEZ, EL SECRETARIO DE INSTRUCCIÓN; luego STTETIN.

FISCAL (Precipitándose hacia Marcelo.) ¡Señor Beaucourt!...

MARCELO Acabo de avisar la llegada de ustedes al barón, y éste les recibirá en seguida. (Los visitantes se inclinan. El juez ve a Elena y a Teresa y avanza un paso hacia Elena.)

JUEZ ¿Señora baronesa?

ELENA (Algo arrogante.) ¡No, soy la esposa del coronel Felt!

JUEZ (Inclinándose.) Señora... (Mira a Teresa.)

TERESA (Nombrándose con voz débil, que apenas se oye.) Señora Deniau... (El juez saluda ligeramente a Teresa.)

ELENA (A Teresa.) Dejemos a estos caballeros, a quienes nuestra presencia puede estorbar. (Vanse ambas, saludadas por una inclinación de cabeza de los funcionarios judiciales. El secretario del juzgado ha permanecido respetuosamente algo apartado.)

FISCAL ¡Qué feliz casualidad, señor Beaucourt, el encontrarle aquí! Creí que usted no me reconocería... (Nombrándose.) Enrique Cartelle, fiscal de San Claudio. Tuve la honra de ser recibido por usted en su despacho cuando era ministro de Justicia... A la benevolencia de usted debo el puesto que hoy ocupo...

MARCELO Le he reconocido perfectamente.

FISCAL (Presentando a los demás.) El señor Pablo Rudiet, juez de instrucción.

JUEZ (Inclinándose.) Lamento sinceramente no poder reivindicar el mismo honor que el señor fiscal... (Con amargura.) Me contento con envejecer en mi modesta carrera.

FISCAL (Rápidamente.) ¡Ejem!... (Indicando al secretario, con tono más negligente.) El secretario del juzgado... ¿Me permite usted, señor Beaucourt, que aproveche esta ocasión para felicitarle por anticipado...?

MARCELO (Sin dejarle acabar.) ¿Por qué?

FISCAL Por la noticia que trae toda la prensa... no es secreto para nadie que su partido le obligará a usted a aceptar nuevamente la cartera de Justicia en la próxima combinación ministerial...

MARCELO (Fríamente, cortándole de nuevo la palabra.) No le asombre a usted, señor fiscal, el saber que esas contingencias están lejos de mi espíritu en este momento... (Entra Sttetin.)

FISCAL (Sobrecogido.) Yo... sencillamente quería testificar a usted...

MARCELO (Indicando a Sttetin.) El barón de Sttetin... (Saludos.)

JUEZ A juzgar por los primeros informes del alcalde de Mijoux, nos hallamos en presencia de un suceso sumamente confuso y misterioso.

MARCELO A primera vista, sí.

FISCAL ¿Quiere eso decir que usted ya ha profundizado...

MARCELO (Terminantemente.) Sí.

JUEZ El juzgado de San Claudio celebrará poder probar a usted que la presencia de los funcionarios de provincia se esfuerza en no ser menos que la de sus colegas de la capital...

FISCAL (Vivamente.) Y celebraríamos sinceramente, señor Beaucourt, poder contar con su valiosa colaboración, que aceptaremos con reconocimiento. ¿Quiere usted decirnos...?

MARCELO (Sumido en sus pensamientos.) En este momen-

to, nada. Por el contrario, deseo no influir en las investigaciones de ustedes.

JUEZ Sin embargo...

MARCELO Es preferible. Si les parece, en seguida confrontaremos los elementos de juicio, Pero primero estudien ustedes el hecho. Les espero en esta habitación.

STTETIN (Turbado.) ¿Tienen ustedes la bondad de seguirme, caballeros?...

FISCAL Con mucho gusto...

JUEZ (Al fiscal.) ¡Ah! ¿Va usted a instruir las primeras diligencias conmigo?

FISCAL (Estupefacto.) ¡Así lo manda la ley!

JUEZ (Siguiendo a Sttetin.) Pero le ruego me deje por completo la dirección del sumario.

FISCAL ¿Es que yo he usurpado alguna vez sus poderes?

JUEZ No..., aludo a los tiquis miquis que tuvimos cuando la causa de... (Sus voces se pierden en la escalera.)

ESCENA XIV

MARCELO y JUSTINO.

(Marcelo da alguuos pasos por la habitación. Reflexiona, la cabeza inclinada, la frente arrugada, los ojos ardientes. Sube a la terraza. Como Justino pasa a distancia, le llama.)

MARCELO ¡Justino!... ¿Está ahí la señora de Felt?

JUSTINO Acabo de verla junto a la fuente del parque.

MARCELO ¿Sola?

JUSTINO Con la señora de Deniau... ¿Quiere usted que vaya?...

MARCELO ¡No! (Justino medio mutis.) Justino, probablemente tomaré el tren en San Claudio a las once. ¿Podrá llevarme el auto a la estación?

JUSTINO Sí, señor. Dentro de diez minutos estará dispuesto.

MARCELO Gracias. (Justino se aleja.)

ESCENA XV

MARCELO y PEDRO.

(Durante este coloquio en la terraza ha entrado Pedro en el hall, por la puertecita de la izquierda. Se ha instalado en la mesita de escribir. Al verle Marcelo se estira, con un violento movimiento, y entra de nuevo en escena, interpelando a Pedro con rudeza y a quemarropa.)

MARCELO Tengo que hablar con usted.

PEDRO ¿...?

MARCELO (En pleno rostro.) ¿Conoce usted al asesino de Glogau?

PEDRO Lo mismo que usted. (Pausa.)

MARCELO ¿Debo tomar eso como una confesión?

PEDRO Dispense usted, como una declaración.

MARCELO Es lo mismo.

PEDRO De ningún modo. ¡Pero dejemos los matices! Lo que usted llama el asesino...

MARCELO ¿Tiene usted otra palabra?

PEDRO Quizás.

MARCELO En fin, ¿es usted?

PEDRO Sí, yo soy.

MARCELO ¡Hermosa actitud! ¿Le esperaban y le han avisado?

PEDRO Nadie.

MARCELO ¿Pues cómo sabe usted que estoy en autos?...

PEDRO Por el tono en que se ha permitido usted interrogarme.

MARCELO ¿En que yo me he permitido...?

PEDRO ¡El tono de los vencedores!

MARCELO (Quien visiblemente se contiene.) No tengo la pretensión de haberle vencido. Usted mismo se ha hundido. Le hablo a usted hoy como le hablé ayer.

PEDRO En adversario.

MARCELO ¡En enemigo!

PEDRO Perfectamente.

MARCELO E implacable, se lo advierto a usted.

PEDRO Es innecesario, lo veo.

MARCELO ¿Y no le asombra?

PEDRO No.

MARCELO A mí, sí. El odio es un sentimiento que desconocía hasta que usted me lo ha inspirado.

PEDRO (Siempre tranquilo.) El odio no es un sentimiento: es una enfermedad, una crisis.

MARCELO ¡De justicia!

PEDRO De egoísmo. Dentro de un año, de un mes, de cinco minutos quizás, cuando usted haya recobrado su cerebro normal, equilibrado, se asombrará usted de haber podido ser el hombre que tengo ante mí. Se avergonzaría usted en el acto si tuviera que decir las causas del mal que usted me desea.

MARCELO Están en las acciones de usted.

PEDRO No, en sus desengaños. Usted ha querido robarme un cariño..., arrebatarme a mi mujer, arruinar mi hogar. Y no lo ha logrado. Yo he cerrado el paso al ladrón, y el ladrón invoca la justicia. ¡Admirable!

MARCELO Ese cariño hace tiempo que le tenía a usted sin cuidado. De su mujer ha hecho usted una desgraciada. Ha sido su mal instinto quien le ha puesto entre ella y yo cuando he querido rehacer su dicha. Reivindica usted un derecho legal, el más vulgar de todos, el de la propiedad, y otro aun más odioso: el de la fuerza. Y en cuanto a su hogar, ¿qué quedará de él?... De todo, sólo ha hecho usted escombros. Y acaba usted de añadir a ello la infamia... ¡Nada ha reconquistado usted! Ha explotado usted el deseo de abnegación de una pobre criatura para aso-

ciarla al desastre. Ha reconquistado por su debilidad lo que había despreciado por su violencia. Ha suprimido usted una vida y al mismo tiempo ha destrozado otras dos. ¡Es usted un miserable, y yo le detesto como se detesta el mal! (Pausa.)

PEDRO (Que se ha dominado.) ¿Ha terminado usted?

MARCELO (Con rabia.) ¡Le odio y no me inspira usted piedad!

PEDRO Lo suponía. Por el contrario, usted me inspira profunda lástima. Cada una de sus injurias es un grito de dolor, en el que al menos la cobardía...

MARCELO ¿La cobardía?

PEDRO Sí, la triste cobardía. Ayer era usted más prudente. Debe usted sufrir mucho.

MARCELO ¿Y tiene usted la audacia...? ¡Basta, caballero, basta...!

PEDRO ¡Aun no hemos terminado!

MARCELO (Ya en los primeros tramos de la escalera.) Está usted en un error.

PEDRO ¡No! Ahora es cuando necesito que sepa usted todo. Glogau...

MARCELO ¡Poco importa! Ya se justificará usted ante los jueces.

PEDRO De ellos sólo espero la sentencia, mientras que de usted espero algo más excepcional, más humano. ¿Sabe usted lo que era Glogau?

MARCELO ¿Otra vez...?

PEDRO ¡Era un espía!

MARCELO (Deteniéndose instantáneamente.) ¿Eh?

PEDRO ¡Un espía! ¿Me escuchará usted ahora?

MARCELO (Bajando la escalera, como a su pesar.) ¿Un espía?

PEDRO Uno de esos instrumentos abyectos que provocan la repulsión, incluso de los que se sirven de ellos. No me justifico, explico lo ocurrido. Me tenía atado. Se había introducido en mi vida rastreramente para ejercer su innoble misión. Le servíamos todos, París que le recibía, los Sttetin que

le albergaban, usted, que estrechaba su mano, yo, a quien envolvía en la red de sus maquinaciones... Robaba los secretos nacionales, nos robaba nuestras impresiones, nuestros pensamientos, nuestros anhelos y nuestras esperanzas. Y todo ello iba lejos, muy lejos...

MARCELO (Aterrado.) ¡ Imposible !

PEDRO Así era y así son centenares de los que se deslizan entre nosotros. Pero Glogau ambicionaba un golpe maestro... Llevarse, en el bolsillo, en algunas líneas geométricas, nuestra más decisiva obra de defensa...

MARCELO ¡ Orieux !

PEDRO ¡ Nada menos ! Nuestros dientes, prontos a morder al primer ataque... Descubiertos, expuestos a la luz del día, serían inútiles. Sólo servirían para morder en el vacío. Y eso me propuso anoche, creyéndome bien atado, pero no terminó la frase... (Pausa.) Beaucourt, es terrible tener que matar. Se siente uno atontado, los ojos ciegos, la cabeza vacía... Se toma uno a sí mismo una aversión espantosa, se recrimina uno su cólera, su bestialidad... Todo nuestro ser se exalta, todo parece enorme... Después llega el día, amanece... Se va hacia la luz. Se sale de la pesadilla, despacito, como de una tumba... Entonces, casi sin transición, recobra uno su sangre fría, una paz impresionante. Como todas las mañanas, me he puesto el uniforme y me he sentido más tranquilo y más ligero... Dentro de él... he respirado orgullosamente. ¡ Amanecía en mí ! Estoy satisfecho. Como el centinela hace fuego, yo he apretado las manos. No soy un homicida, soy el ejército. Él es quien mata en la batalla ejercitando un derecho. Yo estoy perdido, arruinado... Pero un hombre, ¿qué importa...?

Soy un soldado y he cumplido con mi deber. Estoy tranquilo. (Pausa.)

MARCELO ¿Por qué no me llamó usted?

PEDRO ¡Por qué!... (Gesto de cansancio. Después:) Los hombres como yo no tienen otra razón de ser que el gran sueño que han cargado sobre sus espaldas. Es su excusa. Viven por una idea... Sin recurrir al estilo elevado, con palabras sencillas, como yo lo siento..., creo que el soldado lleva siempre en los labios la palabra patria y que forma parte de su individuo. Yo quisiera ver a mi patria intachable, poderosa, dueña absoluta de la paz. Para ello tenía proyectos—usted lo sabe,—proyectos de reorganización vastos y precisos... ¡Y todo se viene a tierra con la muerte de ese canalla...! ¡Qué catástrofe! Después del suceso reaccioné en seguida, pero al volver a la calma comprendí que ya no podía más. ¡Disimular, mentir, jugar un papel indigno, no puedo, no quiero...! (Pausa breve.)

MARCELO (Con un gran esfuerzo sobre sí mismo.) Felt, acepte usted mis excusas.

PEDRO (Le mira y después añade con sencillez:) Gracias. (Pausa. Se yergue.) Y ahora voy a pedir a usted un favor.

MARCELO ¿A mí?

PEDRO Dentro de algunos minutos voy a constituirme prisionero y, aunque lo presiente, va a ser un golpe terrible para Elena... ¡Desde que amaneció, mi mayor angustia es la de que quedará sola! ¡He maldecido, Beaucourt, he maldecido—palabra de soldado—el frenesí que la ha arrojado en mis brazos! Le hubiera a usted amado, y no sufriría... Yo quedaría solo, en vez de caer conmigo en el abismo... Elena es así, y eso es lo que hay que impedir... Hay también una criatura, mi hijo. ¡Qué desgraciada va a ser su adolescencia... ¡Yo

se lo ruego... Usted ha amado a esa mujer, usted la ama todavía... Es usted poderoso y debe usted protegerla, dirigirla, ayudarla... al principio en la sombra y sin que ella lo note y después acercándose poco a poco... Y después... (Resistiendo a la emoción que le ahoga.) En fin, en los primeros momentos, sobre todo, vele usted por ella... No vacilo en suplicárselo porque sé que ella no cuenta con nadie más que con usted. (Marcelo no responde. Reconcentrando su pensamiento.) Y dicho esto, me retiro.

MARCELO (Con un gesto de la mano para detener el movimiento de Pedro.) Un instante... (Se acerca a Pedro.) Felt, es preciso que guarde usted silencio. Es innecesario que se constituya usted prisionero.

PEDRO (Después de un estremecimiento, las cejas fruncidas.) ¡Yo soy digno de ser tratado de otra manera!

MARCELO (Con nerviosidad concentrada.) ¡Nada de orgullo estéril! Está usted a merced mía, y me creo con derecho para prohibirle que se entregue usted...

PEDRO (Con triste gravedad y en tono afectuoso.) ¡Beaucourt...!

MARCELO (En un tono que no admite réplica.) ¡Se lo prohibo a usted! Pese usted bien lo que voy a decirle... Leal y sinceramente le aseguro que esta orden no la dicta mi sensibilidad... Pero acaba usted de pronunciar hace un instante una palabra imperiosa... una palabra decisiva...

PEDRO ¿Cuál?

MARCELO (Despacio.) ...Patria... (Pausa. Pedro escruta los ojos de Marcelo.) ¿Cree usted ser uno de los últimos en pronunciarla? ¿Se figura usted que sus galones tienen el monopolio? ¡Qué error tan grande! ¡Me pertenece como a usted! Nos pertenece a todos y todos le pertenecemos. Dejemos nuestros

sufrimientos... Usted lo ha dicho, un hombre ¿qué importa? Pero su misión, ya es otra cosa. Usted no ha concluído su obra y usted se debe a su patria... ¡Es preciso obedecerme!

PEDRO (Presa de una lucha interior.) ¡No puedo! ¡No puedo!

MARCELO (Subiendo.) ¡Vamos a verlo! (Llama en el timbre.)

PEDRO ¡Beaucourt!

MARCELO ¡Silencio! (Un segundo después aparece Justino llevando el gabán y el sombrero de Marcelo.)

ESCENA XVI

Dichos y JUSTINO.

MARCELO (A Justino que entra.) ¿Está todo dispuesto?

JUSTINO Sí, señor. El *chauffeur* espera.

MARCELO Bueno. Deje eso ahí. (Por el gabán y el sombrero, que Justino deja en una silla.) ¿Los señores del juzgado siguen arriba?

JUSTINO No, ahora están en el parque.

MARCELO Diga usted al fiscal que deseo hablarle con urgencia.

JUSTINO Bueno, señor.

PEDRO (Cuando ha desaparecido. Prosiguiendo sus reflexiones.) Además.... esos señores están sobre aviso..., sospecharían...

MARCELO Lo dudo, pero si así fuera sería el destino. (Con esfuerzo, pero resuelto.) Y en ese caso, cuente conmigo lo mismo que su esposa y su hijo.

PEDRO (Muy emocionado.) ¡Gracias, Beaucourt!... Una palabra... Soy incapaz de negar la verdad, y si un inocente estuviese en peligro por mí no toleraría... (Se calla. El fiscal aparece en la terraza, conducido por Justino, quien después vase.)

ESCENA XVII

Dichos y EL FISCAL. Después, ELENA.

FISCAL (A Beaucourt.) ¿Me ha mandado usted llamar?

MARCELO (Con firmeza.) Sí, señor. (Indicando a Pedro.) El coronel Felt... (El fiscal se inclina.) Tengo deseos de saber cómo van sus investigaciones.

FISCAL (Turbado.) Me veo obligado a confesar a usted que hasta ahora estamos sumamente perplejos. Usted mismo habrá observado la carencia de todo indicio material. Sólo existen presunciones... (Elena, pálida, angustiada, entra despacito por la terraza y permanece de pie en los peldaños, apoyada en el muro, con la mirada extraviada.)

MARCELO ¿Qué presunciones?

FISCAL Ese criado joven que interrogó usted esta mañana... Hemos acordado detenerle.

PEDRO (Con irresistible convicción.) ¡Ese hombre es inocente! ¡Yo lo afirmo!

MARCELO (Vivamente.) ¡Y yo también! Señor fiscal, es hora de que comunique a usted mi convicción. No tengo derecho a dejar que se extravíe el juzgado con una pista falsa.

FISCAL (Asombrado.) Pero si solicitamos antes que nos dijese usted...

MARCELO ¿Han examinado ustedes la correspondencia de Glogau?

FISCAL Aun no.

MARCELO Esa es la clave del misterio. El muerto perteneció en otro tiempo a un cuerpo de policía extranjera y desempeñó la jefatura con un rigor muy eslavo. Hubo muertos a latigazos, deportaciones, brutalidades que le designaron a las represalias de todo un partido. Existen cartas con amenazas. No hace mucho...

FISCAL ¡Sí, el atentado de la calle de Reaumur!

MARCELO Precisamente. Después, otros ejecutores han sabido esperar la hora propicia... El aislamiento de este castillo, las ventanas abiertas, lo espeso de la selva, todo les ha servido, y esta noche han hecho justicia.

FISCAL (Algo suspenso.) ¡Oh, esa manera de pensar...!

MARCELO (Con gran autoridad.) Es la mía, y será la de ustedes en cuanto conozcan la correspondencia de Glogau.

FISCAL Siendo esa la opinión de usted...

MARCELO Mi opinión terminante.

FISCAL (Prudente.) Por mi parte, sólo quisiera cubrir mi responsabilidad.

MARCELO Bajo la mía plena y absoluta tomo, pues, la dirección del asunto. Vamos a regresar a San Claudio, desde donde conferenciaré con el ministro de Justicia.

FISCAL (Retirándose.) Bueno. Voy a avisar inmediatamente a mis compañeros... (Se dirige hacia la terraza. En el momento de salir.) ¿Levantaremos, sin embargo, acta de las primeras diligencias...?

MARCELO Naturalmente. En seguida soy con ustedes.

ESCENA ÚLTIMA

MARCELO, PEDRO y ELENA.

(Pausa larga y embarazosa. Beaucourt se adelanta a coger su abrigo y su sombrero. Pedro, decidido, le sale al encuentro y le detiene. Los dos hombres se miran un momento; Beaucourt con extrañeza; Pedro con emoción. Por fin, Pedro le tiende su mano con nobleza, que Beaucourt estrecha sinceramente; recogiendo después su sombrero y abrigo, sube hasta la puerta de la terraza.)

ELENA (Al llegar a ella, parece que Elena va a arrojarse a sus pies; Beaucourt lo impide, rápido y emocionado, y ella murmura (en voz apagada:) Perdón, Mar-

celo... (Beaucourt se inclina respetuoso, besa la mano de ella con delicadeza, se vuelve a saludar al coronel, que se cuadra militarmente, se pone el sombrero y vase, con lentitud, por el foro. Al quedar solos marido y mujer, Pedro abre sus brazos y Elena se precipita amorosamente en ellos.)

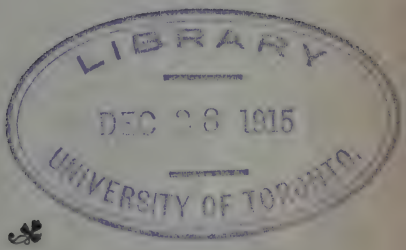
TELÓN

FIN DEL DRAMA

SÓFOCLES

EDIPO REY

Tragedia en cinco actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EDIPO REY

FÉLIX COSTA, IMPRESOR, ASALTO, 45 — BARCELONA

EDIPO REY

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

DE

SÓFOCLES

VERSO DE

MARTINEZ DE LA ROSA

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15.
1915

PERSONAJES

EDIPO, rey de Tebas.

YOCASTA, reina.

EL SUMO SACERDOTE, DE JÚPITER

HYPARCO, antiguo ayo de Edipo.

FORBAS, anciano de Tebas.

UN MENSAJERO, DE CORINTO.

DOS NIÑAS, hijas de Edipo.

Coro, pueblo, guardia, esclavas.

La escena en Tebas.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una plaza magnífica: en el fondo se ve el pórtico del palacio; a su derecha, la fachada del templo de Júpiter; y en el lado opuesto, la entrada del panteón de los reyes. El recinto de la plaza aparece lleno de grupos de gente, con ramos de olivo en la mano y guirnaldas en la cabeza, en señal de súplica, postrada ante dos aras que habrá colocadas a la puerta del templo: después de oirse los acentos de una música religiosa, y al mismo tiempo que amanece, principia el canto del coro; y al concluirse éste sale del templo el sumo sacerdote.

ESCENA PRIMERA

EL SUMO SACERDOTE, coro y pueblo.

CORO (a)

¡Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano:
aparta de tu mano
el rayo vengador!

ESTROFA I

Si alzamos nuestros ojos,
rasgarse ven el cielo;
a nuestros pies el suelo
retiembla con pavor.

(a) Las estrofas 1, 3 y 5, las cantará un hombre; y las 2, 4 y 6, una mujer.

ESTROFA II

Suspende, Dios tremendo,
suspende tu venganza:
y un rayo de esperanza
anuncie tu favor.

CORO

¡Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano:
aparta de tu mano
el rayo vengador!

ESTROFA III

Si en ira te encendieron
los padres delincuentes,
los hijos inocentes
desarmen tu rigor.

ESTROFA IV

Al menos, en nosotras
el rayo ardiente vibra;
y a nuestros hijos libra
de tanto y tanto horror.

CORO

¡Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano:
aparta de tu mano
el rayo vengador!

ESTROFA V

Concede a los mancebos
morir cual esforzados,
del lauro coronados,
no a manos del dolor.

ESTROFA VI

De Tebas las doncellas
te invocan afligidas.
En tumbas convertidas
las aras del amor.

CORO

¡Acoge nuestros votos,
oh Jove soberano:
aparta de tu mano
el rayo vengador!

SACER. ¡Respirad, o tebanos!... Ya los dioses
vuestros humildes votos acogieron;
y el término se acerca a tantos males,
anuncio de la cólera del cielo;
padres, hijos, esposos, ciudadanos,
¡tranquilos respirad! Sobrado tiempo,
agolpados al borde de la tumba,
temblasteis de la muerte al crudo aspecto;
el fuego asolador, la peste, el hambre,
cuantas plagas encierra el hondo Averno
sobre Tebas a un tiempo desplomadas,
la trocaron en mísero desierto,
y hasta la misma tierra, estremecida,
se negaba a sufrir su ingrato peso.
¡Mas al fin ya los númenes benignos
el brazo de venganza suspendieron!
Y por primera vez tras largos años
sonó su voz en el augusto templo.
¡Yo lo escuché, mortales! Más tremenda
que el huracán y el espantoso trueno,
yo la escuché, y el mundo con asombro
hoy la oirá de mi labio.—En vano ciegos
descansan tras el crimen los mortales,
cual si olvidase su castigo el cielo;
que llega al fin el formidable día
destinado a la ruina y escarmiento,
y el soplo de los númenes deshace
las ciudades, los tronos, los imperios.

Mas hoy ya solo, en su piedad inmensa,
una víctima exigen, no pudiendo
dejar impune el crimen más oculto:
y al punto que le venguen, satisfechos
con el largo dolor que afligió a Tebas
el duro azote arrojarán al fuego.

ESCENA II

SUMO SACERDOTE, EDIPO, coro y pueblo.

EDIPO (Al salir del palacio.)
¿Será verdad, ministro de los dioses,
que ha respondido el Númen...? Sus decre-
revela a los mortales que ya Edipo [tos
se apresta a ejecutarlos.
SACER. (Con énfasis.) El momento
aun no ha llegado, Edipo; mas se acerca,
y en breve llegará.
EDIPO Si tanto anhelo
la voluntad saber del almo Jove,
no a ello me incita el criminal deseo
de sondear los íntimos arcanos
que esconde al mundo; de mi amado pueblo
la infeliz suerte, su penar, su angustia...
SACER. Van a cesar en breve.
EDIPO ¿Cuándo
SACER. Hoy mesmo.
EDIPO ¡Gracias os doy, o Númenes piadosos,
por tan grande merced!... El llanto acerbo
en lágrimas trocasteis de ternura;
y libre ya del congojoso peso,
de júbilo colmado y de esperanza,
siento latir mi conturbado pecho.
Venid, hijos, llegad, cercadme todos;
alzad las manos y la voz al cielo;
bendecid su bondad...
SACER. Y su justicia.
EDIPO (Con sorpresa.)
Sacerdote, ¿qué arcano, qué misterio
encierran dos palabras?... Por dos lustros,

cercados de peligros y tormentos,
arrastramos el peso de la vida,
viendo el sepulcro a nuestros pies abierto;
y cuando el sumo Jove por su labio
palabras nos ofrece de consuelo;
cuando hoy mismo los males de la patria
van a cesar; y el corazón, abierto
a la dulce esperanza, al cielo envía
de gratitud los votos más sinceros,
¡tú solo, tú, ministro de los dioses,
con ceño adusto y con terrible acento
amargas nuestro júbilo!... No: deja
que libres de mortal desasosiego
respiremos siquiera un solo instante;
deja que nuestros males olvidemos,
y bendigamos la piedad divina,
que ya el iris de paz tiende en el cielo.

SACER. Lo tiende, sí; mas el tremendo rayo
antes caerá, sin que retumbe el trueno;
y postrada la víctima culpable
servirá al mundo de salud y ejemplo.

EDIPO ¿Qué víctima? ¿qué culpa? habla, prosi-
el mandato del Dios sumiso espero; [gue;
y el poder que su diestra me confía
servirá a su justicia de instrumento.

SACER. Mas segura es, Edipo, su justicia:
más alcanza su brazo que tu cetro.

EDIPO Lo sé; mas desde el punto en que los dio-
al trono me elevaron, justo y recto [ses
la virtud coroné; castigué el crimen:
¿cuál quedó impune, cuál?

SACER. El trono excelso
de Layo ocupas, su diadema ciñes,
¡y tú me lo demandas!...

EDIPO (Con pausa y dignidad.) Extranjero,
en Corinto nacido, largos años
las ciudades de Grecia recorriendo,
un acaso feliz me trajo a Tebas,
cuando la fama proclamó a lo lejos
que al que osase librarla de la Esfinge
la corona de Layo daba en premio.
No la vana ambición movió mis pasos;

¡ por los dioses lo juro ! que contento
con ocupar el trono de Corinto
(cuando mi anciano padre el común feudo
pague a la tierra), con desdén miraba
de extraño solio el brillo lisonjero.
Mas el amor de gloria, la impaciencia
del juvenil arrojo, y el deseo
de imitar a los héroes de mi estirpe,
a la tremenda prueba me trajeron.
Vosotros lo sabéis, nobles tebanos ;
a mi vida la vuestra anteponiendo,
desaté el fatal nudo, vencí al monstruo,
de sus sangrientas garras salvé al pueblo ;
y solo ambicioné por recompensa
merecer vuestra estima y vuestro afecto.
Mas huérfano el Estado, abandonadas
con grave mal las riendas del gobierno,
muerto por mano oculta el justo Layo,
su palacio y su tálamo desiertos,
el clamor de la patria y vuestros votos
a mi pesar al trono me ascendieron.

SACER. ¿No le viste con sangre salpicado?
¿Qué hiciste por vengarla?...

EDIPO Sabe el cielo
que un punto no olvidé tamaño crimen ;
y que al unir mi diestra el himeneo
con la de vuestra reina, su venganza
cual esposo y monarca juré a un tiempo.
¿Mas es mi culpa que el destino quiera
envolver en las sombras del misterio
el parricidio atroz? ¿Es culpa mía
que en la ruina fatal de todo un reino
tal vez esconda el lóbrego sepulcro
los testigos, los cómplices y el reo?...

SACER. ¡Aun vive el parricida : aun vive, Edipo !
y emponzoña la tierra con su aliento...

EDIPO ¿Quién es? ¿Dónde se oculta? ¿Dó se es-
[conde?

SACER. Con su elevada frente insulta al cielo ;
mas al grabar su huella ensangrentada,
la eterna maldición le va siguiendo.

PUEBLO ¡Qué horror !

SACER. (Con tono de inspiración.)
¡Oid, y temblad! Yo su cabeza
a los dioses consagro del averno,
que siquiera logre en su agonía
pasar las negras ondas del Leteo:
que en triste soledad y eterna noche,
sin patria, sin asilo, sin consuelo,
errante vague en la asombrada tierra,
y le nieguen los hombres agua y fuego;
hasta sus mismos hijos en su sangre
el crimen lleven y el castigo horrendo;
y la execrable raza, maldecida,
¡quede a los siglos cual padrón eterno! (Retírase el Sumo Sacerdote; y poco a poco vanse disipando también los grupos de gente, yéndose por diversos lados.)

ESCENA III

EDIPO

Yo os invoco también, Númenes sacros
que presidís en el oscuro reino,
¡yo os invoco también!... Mostrad al mun-
vuestro poder, terror de los perversos; [do
y el parricida atroz no halle refugio
ni de la tierra en el profundo centro;
por vez postrera sus culpables ojos
miren el resplandor del claro cielo;
la muerte implore, ¡y ni la muerte quiera
poner fin a sus bárbaros tormentos!

ESCENA IV

EDIPO y YOCASTA

YOCAS. ¿Qué nuevo mal nos amenaza, Edipo?...
Que hasta a el palacio mismo llevó el eco
tus confusos acentos; y al oirlos,
de terror y congoja me cubrieron.
EDIPO Antes, amada esposa, ya los dioses
ofrecen deponer su airado ceño;

y a la afligida Tebas amparando,
solo al crimen amagan justicieros.

YOCAS. ¿Será posible que Yocasta vea
un solo día plácido y sereno,
y que logre abrazar sus tiernas hijas
exenta de temores y recelos?...
Ha un instante que inquietas y azoradas
a mi triste regazo se acogieron;
y al querer estrecharlas, con espanto
las rechazaba mi agitado seno:
mi corazón leal una vez y otra
repitió su fatal presentimiento,
y una secreta voz dentro del alma
me anunció nuevas penas, males nuevos.

EDIPO Tranquilízate, esposa; y no así dobles
tú misma tus pesares, ofendiendo
a los supremos dioses, cuando píos
acogen hoy nuestro ferviente ruego;
salvos tus hijos, libertada Tebas,
vuelto a las leyes su sagrado imperio,
seguro el trono, y la inocente sangre
vengada al fin...

YOCAS. ¿Qué dices? ¿será cierto?

EDIPO Los dioses la sentencia han pronunciado
del atroz regicida; y al momento
que se cumpla el oráculo terrible,
su brazo protector salvará al reino.

YOCAS. Logren mis ojos ver tan fausto día;
lógrenlo ver, y satisfecha muero!...
Sí, Edipo, los pesares en mi alma
una herida cruelísima han abierto,
y miro con desdén cuantos encantos
ofrecerme pudiera el universo.
¡No hay dicha para mí!... Yo vi a mi esposo,
con honda herida traspasado el pecho,
entrar exangüe por las mismas puertas
que vió al salir ornadas de trofeos;
yo le escuché desde la negra tumba
pedir venganza con tremendo acento,
mientras ignoto, impune el parricida
quizá insultaba su sepulcro regio:
mas de sufrir los dioses se cansaron

a la maldad sacrílega; y abriendo
los diques a su enojo, en su venganza
la inocencia y el crimen confundieron.
Un solo día respiró la patria,
y la dulce esperanza me dió aliento,
cuando vencido el sanguinario monstruo,
libertador y rey te clamó el pueblo;
por en medio de ruinas y sepulcros
el mismo me condujo al sacro templo,
y por la paz de Tebas y su gloria
convertí en nupcial pompa el triste duelo.
¡Mas cuán breve pasó nuestra ventura,
cuán breve, caro Edipo!... Como un sueño
voló; y al despertar despavoridos,
se mostró más cruel el hado adverso.
¿Lo recuerdas, Edipo? El mismo día
en que vimos nacer un hijo tierno,
y con llanto de amor le bendijimos
como prenda de unión y de consuelo;
el mismo día, en que la triste patria
el logro celebró de sus deseos,
viendo afianzada su futura suerte;
en ese día, de fatal agüero,
parece que los dioses contemplaron
con enojo y horror nuestro contento.
Aun sonaban los cánticos y albricias
en las sagradas bóvedas del templo,
y el pueblo enternecido encomendaba
el niño augusto a la piedad del cielo;
cuando con ronco estruendo retemblaron
de la tierra los íntimos cimientos,
y el rayo vengador del sumo Jove
confundió sobre el ara el sacro fuego.
¡Cuántos males de entonces, cuántos males
sobre nosotros, míseros, cayeron!
Y aun hoy mismo ¿quién sabe si mayores?

EDIPO No, Yocasta: los númenes supremos
castigan y se vengan, mas no engañan;
no son hombre, Yocasta!... Hoy ofrecieron
poner término y fin a nuestros males;
hoy término tendrán.

YOCAS. ¡Quiéralo el cielo!

EDIPO. Pero no entre el temor y la esperanza
tan preciosos instantes malogremos,
en vez de apresurar el feliz plazo
con fe sincera y religioso ruego;
antes bien; a la voz de su monarca,
a la tumba de Layo acuda el pueblo,
y con fúnebre pompa y sacrificios
sus indignados manes aplaquemos.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

EDIPO, HYPARCO, pueblo y coro.

Saldrá gran número de tebanos, dirigiéndose al panteón de los reyes, con pebeteros humeando, vasos sepulcrales, ramos de ciprés, etc. Entretanto, al son de una música grave y patética, cantará el coro los siguientes versos; e inmediatamente después se presentará en la escena Edipo, acompañado de Hyparco, y cesará el canto.

CORO

Aplaca rey augusto,
aplaca ya tus manes:
y escucha de tus hijos
¡las tristes voces y sentidos ayes!

EDIPO ¡Qué tristeza tan plácida y suave
hoy por primera vez disfruta el alma,
tras la afanosa lucha y agonía
que mi sensible pecho atormentaba!...
¿Oyes, Hyparco amigo?... Esos acentos
que hasta los mismos cielos se levantan,
llevando las súplicas del hombre,
El rigor de los Númenes aplacan;
el inmenso concurso de cien pueblos
sumisos precediendo á su monarca,
y en la mansión entrando de la muerte,
con temor santo y religiosa planta;
el confuso murmullo, los sollozos,
el llanto de ternura y de esperanza,
la vista de los males que se alejan,

paz y consuelo en mi interior derraman.
¡ Bendita tu bondad, bendita sea,
supremo Dios del mundo ! Y si te agradan
los votos de los míseros mortales,
que ansiosos cercan las divinas aras :
si el llanto de millares de inocentes
un crimen solo a redimir alcanza,
y la sangre de un pueblo desdichado
consiguió ya borrar la enorme mancha ;
dígnate apresurar, Dios de clemencia,
el término feliz de tantas plagas,
y los ecos de muerte trocaremos
en cánticos de gloria y alabanza !
Seguid, hijos, seguid : con vuestras voces
procurad aplacar la sombra airada
del mejor de los reyes, entre tanto
que yo penetro en la tremenda estancia :
al pie de su sepulcro, entre las tumbas
dos mil héroes y príncipes descansan,
tal vez de la verdad la voz severa
llegará a los oídos de un monarca ;
que al pisar los umbrales de la muerte,
el poder tiembla y la lisonja calla.

(Mientras Edipo haya estado diciendo los anteriores versos, los tebanos habrán salido sucesivamente del panteón, donde habrán dejado las ofrendas, y se hallarán ya distribuídos en grupos por la escena. En cuanto se va Edipo, vuelve a empezar la misma música que acompañó antes el canto.)

ESCENA II

HYPARCO, pueblo y coro.

CORO

Aplaca, rey augusto,
aplaca ya tus manes ;
y escucha de tus hijos
¡ las tristes voces y sentidos ayes !

(Cada una de las cuatro estrofas siguientes deberá cantarse a una voz sola.)

ESTROFA I

Al pie de tu sepulcro
te imploran como a padre,
con llanto de sus ojos
llorando los regueros de tu sangre.

ESTROFA II

Si blando a la clemencia
te halló siempre el culpable,
millares de inocentes
de un solo crimen el indulto alcancen.

ESTROFA III

Las furias del Averno
se vengan implacables;
un rey, cuando perdona,
se asemeja a los dioses inmortales.

ESTROFA IV

A ti los tiernos niños,
a ti las tristes madres,
a ti tu pueblo todo
piedad demanda en tan amargo trance.

CORO

¡Piedad, piedad, o Layo!...

(Al llegar a este punto óyese un ruido sordo de pisadas y los tebanos sorprendidos suspenden el canto: ábrense con estruendo las puertas del panteón y sale Edipo despavorido.

ESCENA III

EDIPO, HYPARCO, coro y pueblo.

PUEBLO ¡Qué confuso rumor!...
HYPAR. ¡Callad, tebanos...

EDIPO Retiraos...
HYPAR. Gran rey...
EDIPO Déjame... aparta...
PUEBLO ¿Qué será, santos dioses?
EDIPO (Al pueblo.) ¿No escuchasteis?...
¡Tú también contra mí!... (A Hyparco.)
HYPAR. ¿Por qué así agravias,
querido Edipo, a tu mejor amigo,
a tu segundo padre?... Calma, calma
tan ciega turbación...
EDIPO Dejadme todos...
Mi propia angustia y mi dolor me bastan.
(Desde este punto empiézase a dispersar el pueblo, hasta dejar solo en la escena a Edipo y a Hyparco.)
HYPAR. ¿Ves, Edipo?... Tu pueblo, que en sus males
con tu sola presencia respiraba,
y cual a tierno padre, a ti acudía
lleno de amor a compartir sus ansias;
ese pueblo leal que por ti diera
la sangre de sus venas más preciada,
y a costa de su paz y de su dicha
la quietud de su príncipe comprara;
triste, afligido, entre mortales dudas,
sin concebir de tu rigor la causa,
se aleja con dolor, y apenas osa
volver el rostro a su infeliz monarca...
¿No me escuchas, Edipo? ¿Y desde cuándo
desoyes con desprecio mis palabras,
que en tiempo más dichoso, cual de un padre
en tus oídos siempre resonaban?
Escúchame, hijo mío: y si los Dioses
por culpa nuestra su rigor agravan;
si nuevos infortunios y desdichas
a Tebas y a sus hijos amenazan;
descarga en mi amistad, en mi cariño,
el grave peso que tu pecho embarga;
y ya que remediarlas no podemos,
unidos lloraremos tus desgracias.
EDIPO (Como volviendo en sí.)
¡Hyparco!...
HYPAR. Sí; yo soy: ¿no me conoces?
Tu viejo Hyparco soy; quien en tu infancia

tus vacilantes pasos conducía,
quien desde niño te imprimió en el alma
amor a la virtud, horror al vicio,
y respeto a los Dioses... Ven, descansa
tu frente en estos hombros, que otras veces
con cariñosos brazos estrechabas...

EDIPO ¡Padre mío!... (Abrazándole.)

HYPAR. ¿Lo ves?... Así se alivian
las penas de este mundo; quien no halla
consuelo entre los brazos de un amigo,
es un malvado ya... Pero ¿qué extraña
mudanza noto en ti?... Pálido el rostro,
con copioso sudor, tu mano helada,
trémulo todo... Edipo, di, ¿qué tienes?
Descúbreme tu pecho, y no me hagas
padecer mas tormento con mil dudas...

EDIPO Si amáis a vuestro Edipo, conservadlas;
y no queráis que su silencio rompa,
y a tocar vuelva la reciente llaga.

HYPAR. Al contrario, mostrándome tus penas,
más leyes te se harán: cuando agitada
en sí misma repliégase la mente,
suele fingir mayor nuestra desgracia...

EDIPO No es la desgracia, no, la que me oprime;
mil veces su rigor desafiara,
en cambio de la horrenda incertidumbre
en que hundido mi espíritu batalla.

HYPAR. ¿Qué incertidumbre? Explícate...

EDIPO Yo propio
mal pudiera aun queriéndolo...

HYPAR. Mas habla,
sepa al menos de ti...

EDIPO ¿Quieres saberlo?

HYPAR. Sí.

EDIPO Pues escucha, y tiembla.—Ya pisaba
del panteón el último recinto;
y el silencio, el horror, la luz escasa
de las antorchas fúnebres, el viento
que las inmensas bóvedas zumbaba,
de terror religioso me cubrían,
cual si del triste mundo me alejara...
¿Lo creerás?... Al pasar entre las calles

de apiñados sepulcros, las estatuas
de mármol animarse parecían;
y que a mi vista súbito indignadas,
¡fuera, profano, fuera! repitiendo,
confuso el eco *¡fuera!* retumbaba...

HYPAR. ¿Es posible que Edipo el esforzado,
famoso por tan ínclitas hazañas,
esclavo de su ardiente fantasía
se deje intimidar por sombras vanas?...
Fué tu imaginación...

EDIPO ¡No, Hyparco amigo!
Yo también lo creí; doblé mi audacia;
y con inciertos pasos presurosos
llegué hasta a el fondo de la oscura estancia.
¡Nunca llegara, nunca!... Oculta mano
del término anhelado me alejaba,
mas yo luchando y reluchando ciego,
del buen Layo toqué la tumba helada...
¡Infeliz! Con estrépito la losa
saltó en pedazos mil; pálidas llamas.
salieron del sepulcro, y al reflejo,
vi la sombra de Layo alzarse airada,
extenderse, crecer, tocar las nubes,
y en el profundo abismo hundir la planta...

HYPAR. Tranquilízate, Edipo... ¿Qué delirio,
qué turbación es esa?...

EDIPO Envuelto estaba
en la púrpura real; mas de su pecho
mostraba abierta la profunda llaga;
y brotando la sangre, parecía
que hasta mi misma frente salpicaba...
Atónito, turbado, confundido,
por tierra me postré: la voz me falta
para invocar a la tremenda sombra;
mas oso alzar la vista, y de Yocasta
miro a mi lado la confusa imagen;
dudo, torno a mirar, voy a abrazarla;
y entre los dos lanzándose el espectro,
con sus sangrientas manos nos aparta.

HYPAR. ¡Mísero Edipo!...

EDIPO Un lúgubre gemido
arrojó por tres veces, y otras tantas

me miró con ternura ; hasta que al cabo
pronunció con dolor estas palabras :
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
que mancha el crimen... Dijo : y con la planta
hirió la hueca tumba, y en su seno
quedó la inmensa sombra sepultada.

HYPAR. ¿Y así imaginas que si vaga inquieta
la sombra del buen Layo sin venganza,
elija como víctima a quien sigue
sus justas leyes como norma y pauta?...
No, Edipo, no : si el cielo en su justicia
los decretos del Tártaro quebranta,
y vuelven a asombrar al triste mundo
los que condujo ya la fatal barca,
la santa paz de la virtud respetan ;
solo al crimen persiguen y amenazan.

EDIPO Lo sé ; pero también en sus arcanos
suele elegir el cielo sendas varias
parar anunciar su voz a los mortales :
cual sucesor de Layo, cual monarca
de Tebas, como padre de cien pueblos,
y quizá cual esposo de Yocasta.

HYPAR. ¿Qué te suspende? Sigue...

EDIPO (Con precipitación.) ¿Pues qué he dicho?
Hyparco, no lo creas... Fué una vana
aprensión, una duda, una sospecha,
que me causa rubor el recordarla...

HYPAR. ¿Mas quién dice, señor?...

EDIPO . . . . . Perdona, amigo :
¡ ten compasión de mí !... Mira, repara
el estado infeliz en que me veo,
que hasta mi sombra con horror me espanta.

HYPAR. ¿Y por qué más tranquilo?...

EDIPO . . . . . ¡ Más tranquilo !
Vuelve, vuelve la grata confianza
a mi turbado corazón ; y al punto
veré con rostro firme las desgracias...
Hoy mismo, no ha un instante, en cada hom-
un amigo, un hermano contemplaba, [bre
y cual asilo de quietud y dicha
el blando seno de mi esposa amada ;
y ahora doquiera mi agitada mente

un abismo encubierto me señala,
y al revolver atónito los ojos,
lazos, traiciones y delitos hallan.

HYPAR. ¿Todos, Edipo, todos criminales?...

EDIPO Todos no lo serán, pero me basta
que a mi lado se abrigue el parricida
que los airados cielos amenazan.

HYPAR. ¡A tu lado, señor!

EDIPO Aun con espanto
resuenan en mi oído estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
que mancha el crimen...

HYPAR. ¿Pero quién osara
siquiera sospechar?...

EDIPO Oyeme, o padre;
y en el arcano, de tu pecho aguarda
este fatal secreto, que a ti solo
en su aflicción Edipo confiara.
Há tiempo que con pena y sobresalto
la inquietud he notado de Yocasta,
sin que bastasen a aplicar su angustia
los graves infortunios de la patria.
Mil veces observé que en mi presencia
de su pesar las muestras ocultaba;
y que al bañarse en lágrimas sus ojos.
Suspensos con violencia se quedaban.
En vano procuré, severo, afable,
de su oculta aflicción saber la causa,
solo vi que un recuerdo doloroso
carcomía continuo sus entrañas...
En la tranquila noche, entre mis brazos,
de pavorosos sueños agitada,
consigo misma forcejaba inquieta,
cual si una triste imagen la acosara:
y aun tal vez la escuché que entre sus labios
inocente... inocente... murmuraba.
¿Qué más? hasta recuerdo que otras veces
la he sorprendido trémula, abrazada
con una de mis hijas, que ella dice
que la imagen de Layo le retrata,
y en su dolor profundo sumergida,
apenas de existir señales daba.

HYPAR. ¿Mas qué interés, señor o qué designio?
EDIPO Lo ignoro; y hasta ahora que en mi labran
tan fatales sospechas, nunca, nunca
esa duda cruel pesó en mi alma.
HYPAR. Desechadla, señor...
EDIPO Mas qué imaginas,
del corazón procuro yo arrancarla;
Pero cual flecha aguda y ponzoñosa,
mientras más toco a ella, más se clava.
HYPAR. Tal vez viendo a tu esposa, su presencia,
una voz, un acento, una mirada
bastará a disipar todas las dudas,
y a hacer tornar la apetecida calma.
EDIPO Dices bien: ni una hora, ni un instante
puedo sufrir tan congojosas ansias;
la triste realidad, la muerte misma
no serán para Edipo tan amargas.
Sígueme... mas la reina: quizá el cielo
a este sitio encamina sus pisadas.

(Quédase Edipo grave y silencioso: Hyparco se retira respetuosamente al acercarse Yocasta: ésta se coloca a la izquierda de Edipo.)

ESCENA IV

EDIPO y YOCASTA

YOCAS. Inquieta ya buscándote doquiera...
EDIPO Yo también... yo también ahora os buscaba...
YOCAS. Advierto...
EDIPO ¿Qué advertis?
YOCAS. ¿Qué acento es ese?...
El rostro demudado, las palabras
en tus trémulos labios suspendidas...
¿Qué tienes, caro Edipo?... ¡Así me apartas,
¡así tu rostro de tu esposa ocultas,
cual si temieras que te viese el alma!...
Edipo, vuelve en ti, vuelve, y no aflijas
a esta infeliz mujer, que acostumbrada
a tanto padecer, solo en el mundo
tu injusto enojo a tolerar no alcanza.

¿Qué pretendes de mí?... Si pude acaso
Cometer una falta involuntaria;
si en algo te ofendí, sin yo saberlo,
no te violentes, no; dímelo, habla:
te pediré perdón, y si lo exiges,
mira, estoy pronta, me echaré a tus plantas,
¡Y qué Edipo, siquiera te merezco
una voz de consuelo, una palabra
que calme mi aflicción!... Habla siquiera
de tu injusto desdén sepa la causa...

EDIPO Mirad, Yocasta, ved que si a hablar llego,
mayor dolor, más penas os aguardan...

YOCAS. (Respondiendo con dignidad.)
No lo temáis, señor: soy inocente.
Y os escucho tranquila.

EDIPO No culpada
también os juzgo yo, la sola duda
mil vidas que tuviera me costara...

YOCAS. ¿Más por qué no seguís?

EDIPO Sé que los cielos
señalan una víctima, manchada
con inocente sangre; yo la busco...

YOCAS. ¿Y en tu esposa pretendes encontrarla?

EDIPO No, Yocasta: los dioses soberanos,
que hasta el fondo penetran de mi alma,
ven mi dolor y la tremenda lucha
que mi afligido pecho despedaza...
de mi propio, Yocasta, desconfío:
¡mira si algún tormento a este se iguala!

YOCAS. ¿Mas cuál es el delito, cuál el crimen?

EDIPO Deja que nunca de mis labios salga...

YOCAS. Yo lo exijo de ti: ¿cuál es? responde.
(Edipo señala lentamente con el brazo hacia el panteón.)
¡Edipo!

EDIPO No; perdona...

YOCAS. ¡Edipo!... Basta.
(Después de un breve silencio, continúa con el acento del dolor y de la indignación.)
¡Quién me dijera a mí, cuando su muerte
con lágrimas de sangre lamentaba,
y una y mil veces por salvar su vida,
mi vida con placer sacrificara...

Quién me dijera a mí, cuando violenta
llegué en hora fatal al pié del ara,
y por la paz de Tebas di a otro hombre
la fe que a Layo conservaba intacta...
quien me dijera que en aciago día,
a vista de su tumba veneranda,
un esposo... y el padre de mis hijos
con tan negra sospecha me insultara!

EDIPO Yocasta...

YOCAS. No; retírate: los cielos
que mi inocencia ven, sabrán vengarla.

EDIPO Escúchame siquiera... ¡y más que a ira,
te moveré a piedad!

YOCAS. Sé que en tu alma
tan infame sospecha no ha nacido...
No, Edipo; te conozco: mas aclara
ese horrible misterio; y aquí mismo
confundiré tan execrable trama.
¿Quién osó calumniarme?

EDIPO (Con asombro y recelo.) Ten el labio;
teme, infeliz...

YOCAS. ¡Temer! ¿Y por qué causa?...
A la faz de los dioses y los hombres
el que inocente está, la voz levanta:
(Esforzando el acento.)
¿quién osó calumniarle? ¿quién, Edipo?...
¡Y así confuso y vergonzoso callas!
Pues bien: si ni una reina, ni una esposa,
ni la que tuvo un tiempo en sus entrañas
las prendas de tu amor, de ti merece
lo que a un vil delincuente no negaras;
si después de pasarme el triste pecho,
la mano aleve que me hiere amparas;
no importa, Edipo; ven: tengo un testigo,
un juez, un vengador, que por mi causa
vuelva, por mi inocencia, por mi nombre,
(Yocasta ase del brazo a Edipo, en ademán de conducirle al Panteón.)
¡sígueme, pronto, ven...! ¿Tiemblas, Edi-
Yo te guío, y no tiemblo... (Silencio.) [po?...

EDIPO No así añadas
dolor a mi dolor... ¡Bastantes penas

el cielo airado sobre mí descarga!

YOCAS. ¿Y por qué de una esposa no las fías?

EDIPO Porque lo quiere así mi suerte infausta.

YOCAS. ¿Conque nunca?

EDIPO No sé.

YOCAS. ¡Nunca!

EDIPO Mas oye:
si mi infeliz estado te apiada;
si aun abriga tu pecho un leve resto
del tierno amor que un tiempo me jurabas;
si ya que no por mí, por nuestros hijos...

YOCAS. Qué quieres? pronto, dímelo...

EDIPO Una gracia,
una sola merced...

YOCAS. (Arrojándose en sus brazos.) Hasta mi vida
es tuya, Edipo mío...

EDIPO Ya cercana
está quizá la hora que los dioses
señalar se han dignado a la venganza,
si hoy mismo, cual su oráculo predijo,
han de cesar los males de la patria:
¡déjame mi secreto un solo día!
no exijo más de ti.

YOCAS. Pero mañana...

EDIPO Yo te lo juro.

YOCAS. ¿Y si estas breves horas
dudas de mí?...

EDIPO No, esposa: ya la calma
empieza a renacer; y en favor tuyo,
más que tu voz, mi corazón me habla.

ESCENA V

EDIPO, YOCASTA e HYPARCO

HYPAR. ¡Albricias!... (Al salir.)

EDIPO ¿Qué suceso?

HYPAR. Aun vive Forbas.

EDIPO ¿Quién?

HYPAR. Forbas, compañero en la desgracia
de Layo, y fiel testigo de su muerte...
EDIPO ¿Qué dices?
YOCAS. ¡Vive aún!
HYPAR. Vive; fué falsa
la nueva de su muerte, tantos años
con su largo silencio confirmada...
Lleno de heridas, de terror cubierto,
lejos huyó de la afligida patria,
jurando no ver más la infausta tierra
con sangre de su príncipe manchada...
Mas el tiempo, la ausencia, las desdichas
quebrantaron el temple de su alma;
y en su vejez, cercano ya a la muerte,
ver anheló la tierra de su infancia.
EDIPO ¿Dónde está?
YOCAS. ¿Quién le ha visto?
HYPAR. Largos días
en el cercano bosque de Diana
vivió oculto y tranquilo; y allí mismo
su triste sepultura preparaba...
mas cual si un Dios sus pasos impeliese,
hoy se acercó a los muros; y miraba
las puertas afligido, cuando escucha
las nuevas por el pueblo divulgadas:
sabe que ha hablado el Dios; que la atroz [muerte
de su amigo y su rey va a ser vengada;
y entre llanto y sollozos, de sus labios
su propio nombre con placer se escapa...
YOCAS. Día feliz!
HYPAR. Al conocerle el pueblo,
le rodea, le estrecha, inquiere, indaga
mil circunstancias, mil, y del buen Layo
el grato nombre y la memoria aclama.
YOCAS. ¿Ves, caro Edipo, ves?... El justo cielo
vuelve por la inocencia.
EDIPO Esposa amada,
el súbito placer mi pecho oprime, (A Hyparco.)
cual si fuese un pesar... ¿Pero qué aguar- [das?

Corre al instante, amigo: venga Forbas,
y de una vez disipe dudas tantas.

HYPAR. En vano el pueblo entre sus mismos brazos
conducirle intentó: ruegos, instancias,
todo fué en vano; ante las mismas puertas
la hora fatal de la venganza aguarda;
juró nunca pisar...

EDIPO Dile que Edipo
se lo suplica... y que su rey lo manda.

ESCENA VI

EDIPO y YOCASTA

EDIPO Sígueme, esposa: al punto en este instante,
a nuestro nombre Tebas convocada,
venga a asistir al formidable juicio.
que los eternos Númenes preparan:
bajo la inmensa bóveda del cielo,
junto al sepulcro mismo del monarca,
de boca del anciano venerable
escuche la verdad; y asegurada
la tímida inocencia, a un solo acento
el audaz crimen confundido caiga.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

EDIPO, YOCASTA, SUMO SACERDOTE, pueblo, guardia y esclavas.

Edipo estará en medio, el Sumo Sacerdote a su derecha, y Yocasta a su izquierda, con un grupo de esclavas detrás: a alguna distancia, el pueblo repartido por el ámbito de la plaza; y en el pórtico del palacio se divisará una guardia.

EDIPO ¡Y qué, porque obstinado en su porfía
las súplicas de un pueblo desatienda,
y a la voz requerido de un monarca
su mandato supremo no obedezca,
habremos de sufrir que por más tiempo
dure el dolor y la quietud de Tebas,
y que una hora, un momento, el parricida
oculto y sin castigo permanezca!
No: la virtud, la religión, las leyes,
la voz de las deidades se lo ordenan;
y se lo manda un rey que aunque clemente,
insultos a su cetro no tolera.

SACER. No el cetro de un monarca poderoso
el anciano infeliz hollar intenta;
y antes creyó que su dolor y angustia
elogios, no amenazas, merecieran:
sus canas, su honradez, la pura sangre
que derramó de Layo en la defensa,
su destierro, sus males, sus desdichas,
hasta este mismo horror con que se niega
este suelo a pisar contaminado,
mientras no dicte el cielo la sentencia,
si del hombre la cólera atraen,
el favor de los dioses le granjean.

EDIPO Obedecer los Númenes le mandan.

SACER. Acudir a tu voz ellos le vedan.
EDIPO Yo lo veré.—Volad; de fuerza o grado
conducidle al instante a mi presencia.
(Parten algunos de la guardia.)
YOCAS. Edipo...
EDIPO (A Yocasta.) Nada escucho. (Al sacerdote.) ¡Ay del [que ciego
la ira de Edipo a provocar se atreva!
SACER. Débil mortal, ¿y a quién tus amenazas
osaste dirigir? ¿Acaso piensas
que el que amparan los dioses necesita
contra el brazo del hombre otra defensa?
¡Infelice! los dardos de tu ira
Contra tu pecho, sin querer, asestas;
y de tu suerte mísera arrastrado,
tú propio en un abismo te despeñas.
EDIPO En vano, en vano a intimidarme aspiras;
venero de los Dioses la tremenda
autoridad; a su poder me humillo,
y depongo ante el ara la diadema;
mas si un mortal su intérprete se nombra,
yo ejerzo su poder sobre la tierra.
SACER. ¡Tú su poder!... Desde el Olimpo ellos
hasta el profundo Tártaro sondean;
y tú, mísero rey, un solo crimen
en vano ansioso descubrir anhelas.
Ahora mismo, impaciente, confiado
en tu vano poder, saber esperas
de los labios de Forbas el secreto
que cual losa fatal sobre ti pesa:
Pues bien: no lo sabrás.
EDIPO ¿No he de saberlo?
SACER. (Con énfasis.)
¡Antes, Edipo, antes que quisieras!
EDIPO ¡Sacerdote!...
SACER. Los Númenes sagrados
han decretado en su justicia eterna
que una mano por ellos bendecida
el velo rompa a la maldad proterva...
EDIPO ¿Y a qué aguardas?
SACER. Aguardo a que en los cielos
toque el sol la mitad de su carrera;

mas ya se acerca, ya... Míralo: ¡Edipo!
ya casi encima está de tu cabeza.

YOCAS. ¡Qué terror por mis venas se difunde!
Edipo...

EDIPO ¿Qué, Yocasta, qué recelas?...
Un justo rey, el crimen castigando,
la imagen de los Dioses representa.

SACER. Cuando el cielo en su cólera amenaza,
Todos deben temblar...

EDIPO No la inocencia.

SACER. ¿Y quién, ciego mortal, pudo infundirte
tan vana presunción. ¿Quién en la tierra
de inocente blasona? ¿Quién te ha dicho
que en este propio día, a la hora esta,
manchado con los crímenes más graves,
del eterno furor blanco no seas?...

EDIPO No así procures con siniestras voces
al pueblo deslumbrar, para que crea
que solo a ti los Dioses confiaron
el secreto fatal que al mundo celan.
¿Quién es el regicida? ¿Quién?

SACER. Tú, Edipo.

PUEBLO ¡Edipo!

SACER. Tú.

YOCAS. ¡Mi esposo!

EDIPO La sorpresa,
la indignación mi propia voz ahogan...
¡Yo el regicida!

SACER. Tú.

EDIPO Detén la lengua,
vil impostor, o con la infame vida
yo te la arrancaré.

SACER. No me amedrenta
tu impotente furor: ¿quieres mi sangre?
Viértela: y al llegar mi hora postrera,
en medio de los bárbaros tormentos
te anunciaré hasta el fin tu suerte horrenda.

EDIPO ¿Qué suerte? Acaba, di...

SACER. ¡Pídele al cielo
que ese crimen atroz el mayor sea!

EDIPO (Volviéndose al pueblo.)
¿Oís, tebanos, oís?... Vuestro monarca,

el mismo Edipo que en defensa vuestra
su propia vida expuso, y por salvaros
ciñó, mal de su grado, la diadema;
quien nunca a Layo vió, ni en vida suya
pisó jamás los límites de Tebas;
quien por vengar su trono y su memoria,
la sangre derramara de sus venas;
aquí, ante el cielo, a vuestra propia vista,
de la esposa de Layo en la presencia,
cual asesino vil, cual parricida,
calumniado se ve por torpe lengua!
Mas yo sabré...

SACER. ¡Mortales! ya en los cielos
sonó la hora fatal: y en vano intenta
reluchando la víctima culpable,
sacudir la segur que al cuello lleva;
vosotros la veréis, de muerte herida,
ante el ara caer.

EDIPO Antes sangrienta
tu cabeza caerá.

YOCAS. Detente, Edipo...

EDIPO Hola, pronto a mi voz...

(Al hacer ademán Edipo de dar una orden, suena a lo lejos un confuso murmullo, que crece y se acerca por instantes.)

YOCAS. Detente; espera:
¿No oyes el sordo estruendo?...

UNA PARTE DEL PUEBLO (Conmoviéndose hacia el fondo del teatro.) ¡Forbas!...

TODO EL PUEBLO ¡Forbas!...

EDIPO (Al sacerdote.)
¿Ves, impostor?... El cielo te condena.

ESCENA II

Los mismos de la escena anterior: además FORBAS, a su lado HYPARCO, y detrás algunos de la guardia y gente del pueblo. Forbas se acerca lentamente, y se coloca a la derecha del sacerdote; Hyparco se queda a alguna distancia; el pueblo formará detrás de todos una especie de media luna.

FORBAS (Al salir.)
¿Dónde está ese monarca, celebrado

por sabio y justiciero en toda Grecia?...
Conducidme a su vista; admire, goce
el triunfo que sus armas le granjean...
Ya estoy, Edipo, aquí: tras largos años
al ver mi patria por la vez primera...
Mi patria, a la que solo demandaba
un pobre asilo y sosegada huesa ...
Al pisar este suelo, en que he nacido,
al ver mi propio hogar, y ante las puertas
de ese mismo palacio, en que algún día
junto al buen Layo me miraba Tebas...
En vez de amparo y compasión, encuentro
amenazas, insultos y violencias;
y cual vil criminal aquí arrastrado,
ni estas honradas canas se respetan.

EDIPO No, venerable anciano, no tan pronto
a Edipo agravies con injustas quejas,
cuando en vez de amenazas y de insultos,
mercedes te apercibe y recompensas.
Un vasallo leal, el fiel amigo
del justo Layo, quien vertió en defensa
de su señor su sangre, ante mis ojos
con títulos sagrados se presenta;
y hoy mis pueblos verán si sabe Edipo
cual monarca pagar tan justa deuda.
Mas tu misma lealtad, el tierno afecto
que a la memoria de tu rey conservas,
la firmeza del trono y de las leyes,
tu infeliz patria, a perecer expuesta,
te imponen un deber de que yo propio
mal pudiera eximirte, aunque quisiera.
La muerte de tu rey aun está impune:
y el cielo mismo por ocultas sendas
al formidable juicio te ha traído,
cual instrumento a su justicia eterna;
yo solo con mi voz y poderío
cumplí su voluntad.—Habla, revela
las circunstancias del horrendo crimen,
que tanta sangre y lágrimas nos cuesta;
¡De tu labio tal vez está pendiente
en este instante la salud de Tebas!

FORBAS ¿De mi labio, señor?... Luz muy escasa

mis tristes voces ministrar pudieran;
y sin provecho alguno renovaran
del fatal caso la memoria acerba...
Harto presente y viva, un año y otro,
me acompaña y persigue por doquiera,
sin que tan solo un día, ni una hora
la muerte de mi rey olvidar pueda...

EDIPO Cálmate, buen anciano: tus amigos,
tu familia, tus hijos te rodean;
y cual nuncio de paz y de esperanza,
con lágrimas de gozo te contemplan;
por su rey y su padre te preguntan
ansiosos e impacientes; de ti esperan
que ayudes a vengar su fin sangriento,
para alcanzar del cielo la clemencia;
y cada instante que el hablar retardas
a destrucción y muerte los condenas.

FORBAS Mucho, señor, me cuesta el sacrificio;
mas pues tan justas causas me lo ordenan,
mostraré la verdad breve y sencilla
a la faz de los cielos y la tierra,
cual si al bajar al tribunal tremendo,
la sombra del buen Layo allí me oyera.—

(Movimiento de suma atención en el pueblo.)

Solo, sin pompa inútil, confiado
del cielo en el favor y en su conciencia,
cual un padre camina entre sus hijos,
el bondadoso rey salió de Tebas:
solo conmigo iba... y aun me acuerdo,
paréceme escucharle: su afán era
preguntarme, saber los desgraciados
de que aliviar pudiese las miserias...
No era un rey, era un padre; nunca, nunca
otro monarca igual verá la Grecia...

(Suspéndese un instante enternecido; y luego prosigue.)

Dos días caminamos; y al siguiente,
al despuntar la aurora...

EDIPO (Con sobresalto.) ¿Qué hora era?

FORBAS ¿No oiste, señor?... la de la aurora;
nada se me ha olvidado: el sol apenas
doraba una colina...

EDIPO ¡Una colina!

FORBAS Y la cima del templo de Minerva.
EDIPO (Con impaciencia.)
Sigue, anciano, prosigue...
FORBAS Allí el monarca
su curso encaminaba, con la idea
de consultar al Númen sobre el medio
de vencer a la esfinge; y ya la senda,
en tres brazos a un tiempo dividida,
comenzaba a estrecharse, cuando suena
el confuso rumor de veloz carro,
que apercibimos por la parte opuesta;
y apenas le divisan nuestros ojos,
en polvo envuelto se aproxima y llega.
Un mancebo imprudente le guiaba...
EDIPO (Con mayor inquietud.)
¿Un mancebo?...
FOBAS Sí, Edipo; mozo era;
le tengo muy presente: aun estoy viendo
su rostro, su ademán, su audaz presencia...
EDIPO No te detengas, sigue...
FORBAS En pie venía
sobre el carro veloz, con ambas riendas
el cuello a los caballos azotando,
y a gritos animando su presteza,
cual si en el circo olímpico anhelara
el premio conseguir de la carrera...
EDIPO Sigue...
FORBAS El buen Layo en vano le demanda
que un instante siquiera se detenga
para dejarle paso; el ciego joven
de la menor tardanza se impacienta,
insta, se obstina, crúzanse los carros,
y en el terrible encuentro el suyo vuelca.
YOCAS. ¡Edipo!...
EDIPO (Con la mayor turbación.)
Sigue... sigue...
FORBAS Apenas cae,
álzase el mozo audaz, mira por tierra
su fuerte lanza, cógela, y furioso
acércase, blandiéndola en su diestra;
y al reprenderle Layo su osadía,
arrójale la lanza por respuesta,

Todo fué un punto traspasado el pecho,
cayó exánime el rey ; yo con presteza
salto del carro, y vuelo al homicida...

(En el calor de esta relación, se habrán ido aproximado insensiblemente; y al llegar a este punto, se hallará Forbas mucho más cerca de Edipo, que ya le escucha inmóvil y como fuera de sí: alza Forbas los ojos, los clava en el rostro del rey, y exclama apartándose con asombro :)

¡ Santos cielos !

PUEBLO ¡ El es !

YOCAS. (Cayendo desvanecida en brazos de las esclavas.)
¡ Ay de mí !...

SACER. Eterna
justicia de los dioses, a tu vista
¿qué son las potestades de la tierra?...

(Silencio general.)

Tebanos, la señal los dioses dieron :
y un soplo suyo disipó la niebla,
que al ímpetu y conato de los hombres
un siglo y otro impenetrable fuera.
Preso en sus propias redes el culpable,
con su silencio el mismo se condena ;
y desde el alto trono despeñado,
de los cielos aguarda la sentencia.
Ella se cumplirá.—Mas entre tanto
ni el agua ni la luz, ni el aire sea
común entre vosotros y el impío ;
cual contagio letal, huid su presencia ;
y los pueblos, los templos, los hogares,
la tumba misma ciérrenle sus puertas.
Así el destino lo escribió en los cielos ;
así los dioses por mi voz lo ordenan ;
y el mismo parricida, el propio Edipo
confirmó con su labio su anatema.

(Retírase el Sumo Sacerdote, dirigiéndose al templo, y seguido de una parte del pueblo; los demás del concurso se separan y se van por diversos lados; en el ínterin las esclavas habrán conducido al palacio a Yocasta; quedando solos en el teatro Edipo e Hyparco.)

ESCENA III

EDIPO e HYPARCO. Edipo vuelve lentamente de su estupor, mira con asombro en derredor de sí, y fijando la vista en el paraje donde estaba la reina, exclama con el acento del dolor:

EDIPO ¡También Yocasta!...
HYPAR. No, mísero Edipo;
a impulso del dolor y la sorpresa
cayó desvanecida: mas tu esposa...
EDIPO ¡Quién, la esposa de Layo!
HYPAR. No lo temas:
jamás Yocasta aborrecerte puede;
y antes más bien compartirá tus penas.
EDIPO Nadie... nadie... ¿Y mis hijas? ¿Y mis hijas?
¿Me las roban también?... Dejad siquiera,
dejad que las estreche entre mis brazos
¡una vez, solo una!... es la postrera.
HYPAR ¿Qué dices, caro Edipo?
EDIPO Pronto, Hyparco,
¿en dónde están mis hijas?
HYPAR. Tente, espera...
EDIPO ¿Dónde?
HYPAR. Escucha, sosiégate...
EDIPO Crueles.
Soy su padre, su padre... ¡y ya en la tierra
no me queda otro bien!
HYPAR. Cálmate, Edipo...
EDIPO ¡Hijas mías!... Ninguna me contesta...
¿Quién os detiene, quién? ¡Hasta el consuelo
de abrazar a mis hijas se me veda!

(Dirígese Edipo al palacio; y al pasar por enfrente del panteón, vuelve acaso la vista hacia él, suspéndese con asombro, y después de cavilar unos instantes, dice con el mayor abatimiento.)

«*Huye, infeliz, del tálamo y del trono...*»
Ya lo sé, justo rey... en paz te queda.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

EDIPO y dos niñas, hijas suyas. Edipo aparecerá vestido noblemente, pero con sencillez y sin diadema: estará apoyado contra una de las columnas del pórtico del palacio, mientras sus hijas colocan guirnaldas y flores en una ara, que se hallará situada en el mismo pórtico.

EDIPO Así, hijas mías: coronad de flores
el ara antigua de los Lares patrios,
como postrer ofrenda y sacrificio
del triste Edipo, pronto a abandonarlos...
Mediando vuestra cándida inocencia,
el voto a las Deidades será grato;
que vuestro infeliz padre el ara santa
no osa tocar con sus sangrientas manos.
¡Cuán tremenda, gran Jove, es tu justicia,
cuán tremenda!... Yo humilde y resignado
la adoro, y me someto a sus secretos,
sin que salga una queja de mis labios;
mas dígnate volver, Dios de clemencia,
los ojos a este padre desdichado;
y acogiendo piadoso su plegaria,
¡dale ese alivio en tan mortal quebranto!...
No te pido por mí... para estas hijas
del alma mía tu favor demando;
para estas hijas, tiernas, inocentes,
dignas, buen Dios, de tu divino amparo...
Protege su orfandad; por el sendero
de la santa virtud guía sus pasos;
¡y aparta de sus sienes las desdichas
que afligen a su padre desgraciado! ...

Mas, ¿qué es eso? ¿lloráis?... Ismenia ama-
Antígone, mi vida... aquí a mis brazos [da,
venid; no os aflijáis... ved que hasta el alma
me penetra, hijas mías, vuestro llanto...
(Siéntase al pie de una columna, abrazado con sus hijas, y queda suspenso algunos instantes.)
Mirad que vuestra madre debe en breve
volver; y si os encuentra en este estado,
vais a fligirla más... ¡No, prendas mías,
no aumentéis su dolor y su quebranto;
¡que harto infeliz es ya!... Sed su consuelo,
aliviadla en sus penas; esforzaos
a hacerle llevaderas las desgracias
¡que vuestro infausto padre le ha causado!...
Si me amáis, hijas mías, yo no exijo
más pruebas de vosotras, ni os encargo
nada más... ¿Lo ofrecéis?... Lleve a lo me-
esa dulce esperanza al separarnos; [nos
¡y el cielo en su bondad me dará fuerzas
para sufrir mi triste desamparo!...
Sí, hijas mías, mirad a vuestra madre
cual un Dios tutelar: a sus mandatos
mostraos siempre dóciles, sumisas;
pagad tantos desvelos y cuidados
con ternura y amor... Y si algún día
la veis más afligida: si al miraros,
la memoria infeliz de vuestro padre
la cubre de amargura... en vuestros brazos
estrechadla y decidle: «El os amaba
más que a su corazón; fué desgraciado
aun más que criminal... compadecedle;
que al fin nuestro padre...» ¡El cielo santo,
si así lo hacéis, os premie y os bendiga,
y os colme de ventura largos años!...

ESCENA II

EDIPO, YOCASTA y sus hijas

YOCAS. (Al salir.)
Edipo...

EDIPO Id, hijas mías; que no os vea
vuestra madre llorar...

(Edipo se separa de sus hijas, que vuelven a dirigirse al ara, y él se acerca a Yocasta.)

¿Hablaste al pueblo?

YOCAS. Apenas fué preciso: su zozobra
y dudosa inquietud duró un momento;
y al saber tu intención, la piedad sola
halló cabida en su agitado pecho:
tú mismo con placer y con ternura
hubieras escuchado sus acentos,
que con ayes y lágrimas mezclados,
nunca fueron tan vivos y sinceros.
En medio de tu pena y amargura
debes llevar, Edipo, ese consuelo:
no la pérdida sienten de un rey justo:
Lloran a un padre cariñoso y bueno:
y mirando cual propia tu desgracia,
en tu favor imploran a los cielos...
¿Te enterneces, Edipo?... Si los vieras
preguntarme por ti, cercarme inquietos,
ofrecerte sus bienes y sus vidas,
pedirte que confíes a su afecto
a tu esposa y sus hijas... ¿A qué ocultas
el rostro, Edipo mío? Deja al menos
correr tus tristes lágrimas; que ellas
tu angustia aliviarán.

EDIPO Yo esperé un tiempo,
en brazos de mi esposa y de mis hijas,
vivir feliz en medio de mi pueblo...
Yo no tuve otro afán ni otra delicia
sino buscar su bien; ni ansié más premio
que verlos en mi hora postrimera
cerrar mis ojos con piedad y afecto...
Y hoy ¡infeliz! mi dicha, mi esperanza,
la paz del alma para siempre pierdo,
¡y lejos de mi patria y de los míos,
solo en el mundo con horror me veo!...

YOCAS. Cálmate, Edipo, cálmate...

EDIPO No, deja;
déjame desahogar mi sentimiento;

que el corazón y el alma se me parten,
¡y no puedo ya más!

YOCAS. Pero tú mesmo
te haces más infeliz: triste es tu suerte,
tristísima, no hay duda; y yo mal puedo
ofrecerte consuelos, que yo propia
quisiera para mí... Mas aunque adverso
el destino cruel hoy te condene
a tantos sacrificios, no por eso
te roba todo alivio y esperanza,
ni te reduce á tan fatal extremo.
Aun tienes una patria, a la que un día
podrás hacer feliz bajo tu imperio;
vas a habitar la tierra en que naciste;
vas a ver con ternura el propio techo;
en que pasaste los serenos días
de tu infancia feliz; donde ahora mesmo
viven tus padres, tus ancianos padres,
que no tienen más ansia, más anhelo
que verte, y bendecirte, y en tus brazos
lanzar tranquilos el postrer aliento.

EDIPO ¡Mis padres!...

YOCAS. Sí, tus padres; aun te viven,
aun te les guarda por tu bien el cielo...
¡Y hablas de soledad y desamparo!
No, Edipo mío: un hijo humilde y tierno,
un hijo como tú, si tiene padres,
no está solo en el mundo... Vuelve presto
a consolarlos de tan larga ausencia;
vuelve a sus brazos, vuelve; y en su seno
encontrarás la paz que ahora imaginas
perdida para siempre.

EDIPO Yo no tengo
siquiera esa esperanza...

YOCAS. ¿No la tienes?

EDIPO ¡Nunca mis ojos volverán a verlos!

YOCAS. ¡A tus padres!... Edipo, ¿no respondes?...
¿Qué arcano encierra tu fatal silencio,
que así me hace temblar?... ¡Edipo oculta
a su mísera esposa sus secretos!

EDIPO No, Yocasta...

YOCAS. Pues habla,

EDIPO ¿A qué pretendes
saber aun más desdichas?
YOCAS. Porque debo
sentirlas y llorarlas a par tuyo...
¿No hicieras tú lo mismo?
EDIPO Yo te ruego
por última merced...
YOCAS. Y yo te pido
por mi amor, por tus hijas, que a lo menos
me saques de esta duda, y no me dejes
entregada a tan bárbaro tormento.
EDIPO Pues lo quieres, Yocasta...
YOCAS. No; lo pido
por mi amor.
EDIPO Pues escúchame: y al tiempo
de despedirnos por la vez postrera...
En este día mísero y funesto
para mí más que el día de mi muerte,
no llevaré también el desconsuelo
de haber sido capaz, en esta vida,
de ocultarte ni un solo pensamiento...
Si he callado hasta ahora, si yo solo,
ese arcano fatal guardé en mi pecho
sin mostrártelo nunca, no me culpes;
temí afligirte, y que el presagio horrendo
que ha sido mi martirio tantos años,
emponzoñase de tu vida el resto.
Yo vivía feliz... y tan dichoso,
que en el mundo no había quien contento
así estuviese con su propia suerte,
a los dioses por ella bendiciendo...
Así mis años plácidos corrían,
cuando, en hora fatal, cuyo recuerdo
hondamente clavado en mi memoria
llevaré hasta el sepulcro, otro mancebo,
perdida en un banquete la templanza,
mi enojo provocó, y al reprenderlo,
se atrevió a echarme en rostro que no era
hijo yo de Polibo, ni heredero
de su nombre y su trono... Hasta sin ira
le escuché: ¿lo creerás? Solo desprecio
me inspiró aquel mezquino; y a sus voces

con burla y risa todos respondieron.
Mas de allí a breves días... (ni yo propio
te lo sabré explicar) me sentí inquieto,
melancólico, triste, caviloso,
privado de ventura y de sosiego,
cual si en el alma misma me punzara
una espina cruel... Luché algún tiempo
conmigo mismo; reclamé el auxilio
de mi flaca razón, busqué en el seno
del deleite el olvido... Todo en vano:
mientras mayores eran mis esfuerzos
por borrar esa idea de mi mente,
más profundo y tenaz era su sello.
Cansado de sufrir, al cabo un día
narré a mis padres el fatal suceso,
aunque oculté a su amor la triste duda
que era mi torcedor y mi tormento:
ellos del caso extraño sorprendidos
mostráronse al principio; pero luego,
culpando la embriaguez del ciego joven,
olvidarme mandaron su denuesto.
Mas quiso mi desdicha que de entonces
me pareció notar mayor esmero
en llamarme su hijo, más señales
de piedad y ternura: y ese empeño,
manteniendo la llaga abierta y viva,
doblaba mis sospechas y recelos.
Al fin ansioso de apurar mi orígen,
y a tal duda mil males prefiriendo,
me ausenté de Corinto, pretextando
que iba a Atenas a ver al gran Teseo;
y sin tomar ni tregua ni descanso,
corrí impaciente hasta llegar a Delfos.
¡Ojalá antes muriera!... Por tres veces
consultando el oráculo tremendo,
enmudeció; yo ciego y obstinado,
con lágrimas insté, doblé mis ruegos,
maldije en mi delirio la tardanza,
invoqué hasta los dioses del Averno;
y casi con violencia rasgar quise
del destino fatal el denso velo.
Cedió el Númen al fin, cual si apiadado

satisfacer quisiese mi deseo;
mas resolvió, tremendo en su venganza
castigar de un mortal el loco empeño.
En la callada noche, solo estaba,
entregado a mis tristes pensamientos,
cuando vagó un susurro misterioso
por las lóbregas bóvedas del templo,
sonó la voz del Dios, y a mis oídos
llegaron con horror estos acentos:
«*¿Quieres saber tu suerte?...*» Al escucharlo
la sangre se me heló, sentí el cabello
erizarse de espanto; y junto al ara
atónito quedé sin movimiento...
«*¿Quieres saber tu suerte?... De tu padre
la sangre verterás...*»

YOCAS. ¡Divinos cielos!

EDIPO ¡Qué! ¿te asombras, Yocasta?... No debía
haber cedido tu imprudente ruego:
¿lo ves?...

YOCAS. ¡Ay!

EDIPO ¿Mas qué miro? ¿qué mudanza,
qué turbación es esa que en ti advierto?
Habla, responde... ¿Callas?

YOCAS. Sigue, Edipo:
¿No es natural mi pena?...

EDIPO Sí, mas temo
que alguna causa oculta...

YOCAS. No; prosigue...
No me hagas penar más.

EDIPO (Después de una breve pausa.) A tan siniestro
oráculo, las fuerzas me faltaron,
y ante el ara caí; pero del centro
de la tierra salir me parecía
la misma voz, continuó repitiendo:
«¿Quieres saber tu suerte?... *De tu padre
la sangre verterás, y el casto lecho
mancharás de tu madre...*» Apenas pude
escuchar hasta el fin; falto de aliento,
privado de razón y de sentido,
permanecí postrado largo trecho,
y al despuntar el alba, allí me hallaron,
cual un cadáver insensible y yerto.

La vida al cabo recobré... Azorado,
del templo, del oráculo, y de Delfos
huí con ansia mortal; recorrí en breve
cien regiones y cien, buscando lejos
el término a mis penas; mas la imagen
del parricidio y del nefando incesto,
como mi propia sombra me seguía,
al campo, a la ciudad, despierto, en sueños;
cual si la férrea mano del destino
agobiarme quisiera con su peso.
Hasta que al fin, para calmar mi angustia
y burlar el rigor del hado adverso,
a la casa paterna, y a mis padres
renuncié para siempre; y corrí ciego
en busca de la muerte, donde quiera
que divisaba el más lejano riesgo...
Entonces fué cuando al mirar las gentes
huir espantadas del nativo suelo,
la fama de la Esfinge y sus estragos
encaminó mis pasos a este reino;
y apenas a sus límites tocaba...
Tú sabes mi desdicha.

YOCAS. ¿Y sólo el miedo
de ver cumplirse el vaticinio infando
te aleja hoy día del paterno techo?

EDIPO ¿Y qué causa mayor?... Mil y mil veces
he intentado vencer este secreto
temor, como infundado, como vano,
como indigno de mí... mas te confieso
mi flaqueza, Yocasta: lucho, insisto,
casi ya de triunfar me lisonjeo;
y al punto mismo, sin saber la causa,
me acomete un fatal presentimiento,
la imagen veo del horrendo crimen,
y huyo confuso, de terror cubierto.

YOCAS. Pues oye, Edipo: y ya que a ruego mío
me has mostrado hasta el fondo de tu pe-
[cho,
no he de ser tan cruel que me rehuse
a un triste sacrificio cuando veo
que tal vez de él dependerá tu suerte
y la paz de tu vida.

EDIPO No comprendo,
Yocasta, tus palabras misteriosas:
¿qué pretendes decirme?

YOCAS. Solo temo
presentarme a tus ojos menos digna
de tu estima y amor, y este recelo,
si alguna vez mis labios abrir quise,
volvió a cerrarlos con perpetuo sello...

EDIPO Sigue, Yocasta, sigue...

YOCAS. Era tu esposa,
y he tenido a tus hijos en mi seno...
Tu propio corazón, cuando me escuches,
la causa te dirá de mi silencio.
Tú, Edipo, me creías virtuosa,
y dichosa tal vez, al mismo tiempo
que mi propia conciencia noche y día
me condenaba como juez severo;
y tus mismos elogios y caricias
doblaban mi vergüenza y mis tormentos...
Recuérdalo: mil veces me notaste
mi profunda aflicción, queriendo inquieto
la causa averiguar; y yo otras tantas,
buscando mil excusas y pretextos,
te expliqué mi pesar, calmé tus dudas,
mostré tal vez el rostro más sereno,
ahondando con afán dentro del alma
mi continuo y roedor remordimiento.

EDIPO ¿Más cuál es tu delito, desgraciada?

YOCAS. En breve lo sabrás: deja a lo menos
que lástima te inspire un solo instante
tu triste esposa... Dame este consuelo
por último en la vida; que harto en breve
horror te inspiraré.

EDIPO No a tal extremo
te ciegue tu dolor...

YOCAS. ¿Sabes mi crimen?...
No lo sabes, Edipo; pues que veo
que aun me miras con lástima... No, Edi-
no la tengas de mí, no la merezco; [po,
yo no la tuve de mi propio hijo,
que abrigué en mis entrañas!...

EDIPO ¡Calla!... Tiemblo
de saber más...

YOCAS. El inocente mío
al sepulcro pasó desde mi seno,
y yo en su muerte consentí, y su padre...
EDIPO Déjame respirar. Ya no me tengo
por tan infeliz... ¡Hijas del alma,
lo fué aun más otro padre!
(Suspensión de unos instantes.) ¿Y Layo mesmo
consentir pudo?...
YOCAS. Y su esperanza era
aquel niño inocente, y el objeto
de sus ardientes votos, y la prenda
de nuestra mutua unión...
EDIPO ¿Mas qué funesto
motivo fué bastante?!..
YOCAS. Oyelo, Edipo : :
y sírvante mis males de escarmiento,
para aprender la fe que deba darse
a engañosos oráculos. Inquietos,
sin tener sucesión un año y otro,
nuestra dicha y placer no eran completos;
que en medio de la pompa y la grandeza
nos afligía el solitario aspecto
de nuestro hogar, y desabrida el alma
las caricias de un hijo echaba menos.
Con súplicas, con votos, con ofrendas
importunamos sin cesar al cielo,
hasta que al fin nos pareció propicio
que iba ya a coronar nuestros deseos...
Aun no era madre; y la esperanza sola
mi existencia doblaba y mi contento;
y un placer me inspiraba, una ternura,
que solo siente el corazón materno.
Por su parte mi esposo los instantes
contaba con afán... pero el exceso
de este afán nos perdió: quiso impaciente
consultar un oráculo, que el pueblo
desde remotos siglos reputaba
guarda de los arcanos de este reino;
le consultó; y el Dios... o sus ministros
estas solas palabras respondieron:
«El hijo cuya vida anhelas tanto,
la muerte te dará.» De terror lleno

oyó mi esposo el formidable anuncio;
quiso ocultarme su dolor inmenso;
pero tan grave era, que no pudo
con él su corazón... De aquel momento,
perseguidos cual tú de un temor vano
y acosados de míseros agüeros,
ni una hora de paz ni de ventura
pudimos disfrutar: el mismo objeto
de tantas esperanzas convirtióse
en objeto de horror; y hasta en mi seno
palpitar le sentía con espanto,
cual un monstruo maldito de los cielos.
En tan horrenda situación nos halla
el fatal plazo; se aproxima el riesgo;
redóblase el temor; un dios contrario
de libertarnos nos inspira el medio;
y en aquel trance de terror y asombro
el atroz sacrificio resolvemos...
Un amigo de Layo al hijo mío
arrancó de mis brazos; y en secreto
conduciéndole a un monte despoblado
a su suerte cruel le dejó expuesto...

EDIPO ¡Infeliz!

YOCAS. Mas apenas con su muerte
cesaron los temores, renacieron
con más fuerza y vigor en nuestras almas
los antiguos y tiernos sentimientos,
no dulces y apacibles como antes,
sino mezclados con letal veneno...
Presente a nuestros ojos noche y día,
sin cesar escuchando sus lamentos,
cuanto tocaban nuestras propias manos
nos presentaba de su sangre el sello;
y la vista de un niño, el oir su lloro,
nos hacía temblar. Al fin el tiempo
lo agudo del dolor fué mitigando;
mas nos dejó una angustia, un desconsuelo
dentro del corazón, aun más penosos
que el dolor mismo; y con fatal anhelo
el término miramos de la vida
con el único fin de los tormentos.
Ese es el fruto, ese el reservado

a quienes fía de oráculos inciertos,
que con soñados riesgos amagando
nos sepultan en males verdaderos.

EDIPO Atónito he escuchado tus desgracias.

YOCAS. Y ¿querrás por ventura seguir ciego
la misma senda?... Edipo, abre los ojos;
en mis propias desgracias toma ejemplo;
y deja esos oráculos falaces
que asombren solo al ignorante pueblo.

EDIPO No, Yocasta: quizá los mismos dioses
del formidable amago se valieron
para salvarme del abismo: suya
fué la voz que escuché; y antes prefiero
ser el más infeliz de los mortales
que exponerme a peligro tan horrendo.

ESCENA III

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS e HIPARCO.

HYPAR. Edipo, un mensajero de Corinto
acaba de llegar...

EDIPO Corre, vé luego,
y condúcele aquí...

ESCENA IV

EDIPO, YOCASTA y SUS HIJAS.

EDIPO ¿Qué nuevas penas
me anuncia el corazón?...

YOCAS. ¿Por qué tan presto
te dejas abatir?... Tras las desgracias
suelen venir a veces los consuelos...

EDIPO ¡No para Edipo, no! Siempre mis males
de otros más graves precursores fueron.

ESCENA V

EDIPO, YOCASTA, SUS HIJAS, HYPARCO y UN MENSAJERO DE CORINTO.

MENSA. Salud, buen rey: y venturoso seas
al lado de tu esposa, para ejemplo
y dicha de tus hijos...
EDIPO Noble anciano,
¿qué nuevas traes?
MENSA. De Corinto vengo...
EDIPO ¿Traes nuevas de mi padre?
MENSA. El buen Polibo...
EDIPO Sigue, acaba, no tardes...
MENSA. Ya por premio
de su virtud...
EDIPO Acaba.
MENSA. Está gozando
en los Elíseos de descanso eterno.
EDIPO ¿Hay más desgracias hoy?... ¿Hay más
que caigan sobre mí?... [desdichas
YOCAS. Recobra aliento,
Edipo, y a los golpes de la suerte
tu fortaleza opon.
EDIPO ¡Ni aun el consuelo
de abrazar a su hijo desdichado,
de verle al espirar!... Dime, buen viejo:
¿Se acordaba de mí? ¿No repetía
el nombre de su Edipo?
MENSA. Fué el postrero
que en sus labios se oyó; y al pronunciarle,
me estrechaba la mano con afecto...
EDIPO Ingrato hijo, ¡y tú le abandonaste,
y le hiciste infeliz!...
YOCAS. ¿A qué ese empeño
de atormentarte más?
EDIPO El me creía,
a la hora de su muerte, justo, bueno,
digno hijo suyo...
MENSA. Le escuché mil veces

celebrar tu virtud, y por modelo
proponerte a sus pueblos...

EDIPO Calla, calla;
que el alma me traspasas con tu acento.

YOCAS. Retiraos, amigos... Con su esposa
dejadle respirar unos momentos
siquiera en libertad.

ESCENA VI

EDIPO, YOCASTA y SUS HIJAS.

YOCAS. Edipo mío,
si algun influjo en ti logran mis ruegos;
si te importa mi vida; y si no quieres
aumentar la amargura y desconsuelo
de esas prendas del alma, haz lo posible
por templar tu aflicción...

EDIPO ¡Hoy mismo pierdo
a mi esposa, a mis hijas, a mi padre,
cuanto en el mundo amé!

YOCAS. No, Edipo: el cielo
te conserva a tus hijas y a tu esposa,
que no tendrán un hora ni un momento
que no piensen en ti... ¡Con qué ternura
cuando se calme tu dolor acerbo,
de ellas te acordarás! Al levantarte,
al entregarte al apacible sueño,
al sentarte a la mesa, *ahora, ahora mismo*
nombrándome estarán, ahora pidiendo
estarán a los Dioses por la dicha
de su esposo y su padre!...

EDIPO Tus acentos,
Yocasta mía, un bálsamo derraman
en mi llagado corazón... ¡Aun tengo
quien se duela de mí, quien se apiade
del infeliz estado en que me encuentro!...

YOCAS. No te reprimas; llora, desahoga
tu aflicción en mis brazos...

(Quedan abrazados unos instantes.)

EDIPO Ya, ya puedo
respirar... ¿No lo ves? Hasta este llanto
de mi grave dolor alivia el peso.

YOCAS. Procura ahora calmar la viva lucha
de tu imaginación; ya por lo menos
sabes tu suerte, mísera, infelice,
pero cierta; y al cabo es un consuelo
ver el límite y fin de las desgracias,
no temerlas mayores... ¿Qué se hicieron,
Edipo, esos oráculos mentidos
que tanto te aterraban?... Hoy por ellos
a tu patria, a tus padres renunciabas;
te condenabas a fatal destierro;
y en medio de tus penas, solo vías
la amenaza de males tan horrendos...
Ya no, Edipo, ya no: tu hogar, tu patria,
los votos y esperanzas de tus pueblos,
los brazos de una madre cariñosa
esperándote están... ¡Con qué contento
la volverás a ver, a consolarla,
a consagrar tu vida y tus desvelos
solo a hacerla feliz!

EDIPO Sí, esposa mía:
en medio de la angustia que padezco
esa sola esperanza me sostiene,
esa sola y no mas... Si pude ciego
sacrificar la dicha de mis padres
a un temor vano; si pagué su afecto
con fuga y abandono; si no pude
consolar en sus últimos momentos
a mi buen padre, y a sus pies postrado
demandarle perdón... al cabo un medio
me queda de expiar mi grave culpa,
a fuerza de cariño y de respeto,
de no apartarme un hora, un solo instante
de mi madre infeliz.

YOCAS. Pues ya has resuelto
seguir la senda que el deber, mis votos,
tu corazón te dictan, ¿qué provecho
sacarás de afligirte?... Ven, Edipo,
ven; que ya por instantes crecer veo
las sombras de la noche; y tras la lucha,

tu fatigado espíritu y tu cuerpo
descanso han menester: mañana puedes...

EDIPO Esposa mía, solo te encomiendo
una cosa no más...

YOCAS. ¿Qué quieres? Dilo.

EDIPO (Corre enternecido hacia sus hijas y las abraza.)
Mira que el alma, el corazón te dejo,
más que mil vidas...

YOCAS. ¿Ves que las afliges?

EDIPO ¡Mis hijas... mis amores... hoy os veo
por la postrera vez!...

YOCAS. Cálmate, Edipo...

EDIPO ¡Vuestras tiernas caricias, vuestros besos
ya se acabaron para mí en el mundo!...

YOCAS. ¡Por piedad, caro Edipo!...

EDIPO Ya no espero
apoyo en mi vejez... Tener quisiera
a quien mirar en mi postrer momento.

(Edipo, Yocasta y sus dos hijas quedan abrazados, formando un grupo en el pórtico del palacio.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

EDIPO e HYPARCO.

EDIPO Hyparco, no tardemos: que ya el día
a clarear empieza; y con sigilo
salgamos, sin que nadie nos aceche,
de la ciudad.

HYPAR. ¿Por qué con tal ahinco
apresuras tu propio el fatal plazo
que tanto va a costarte?

EDIPO ¡Tú que has visto
mi lucha y aflicción, me lo preguntas!...
Porque a cada momento que resisto,
las fuerzas y el valor me van faltando;
y ni yo propio sé cómo he podido
del palacio salir.

HYPAR. Pues ahora debes
mostrar tu corazón y antiguo brío...

EDIPO En medio de las hijas de mi alma
la infeliz yace, que el quebranto mismo
al sueño la rindió; pero yo oía
en la callada noche sus gemidos,
y alguna vez me pareció escucharla
que el nombre repetía de su Edipo...

HYPAR. ¿Es así cómo cumples tu promesa?

EDIPO ¿Pues qué más puedo hacer?... Ni aun he [querido
despedirme de ella y de mis hijas,
por no afligirlas más!

HYPAR. Segun te miro,
no es posible emprender tan larga marcha.

EDIPO Sí, sí, al instante; en tan fatal conflicto,
mi solo anhelo, mi única esperanza
es llegar cuanto antes a Corinto.
HYPAR. ¿Y no fuera tal vez más acertado
a Atenas por el pronto dirigirnos?...
EDIPO ¡A Atenas!... ¿Y a qué fin?
HYPAR. Allí pudieras,
al lado de Teseo, más tranquilo
tus fuerzas restaurar...
EDIPO No te comprendo.
HYPAR. Si sabes mi amistad y mi cariño,
¿por qué de mi experiencia no te fías?
EDIPO Porque estoy viendo en tu semblante mismo
que algo me ocultas.
HYPAR. No...
EDIPO Tu propia lengua
al engaño se niega. ¿Qué motivo
te obliga a aconsejarme que no vuelva
a mi patria?
HYPAR. Ninguno...
EDIPO ¿Qué te ha dicho
el mensajero?
HYPAR. Nada...
EDIPO ¿Hay quien intente
el trono disputarme?
HYPAR. Yo no he oído
tal nueva...
EDIPO ¿Pues qué sabes?... En el mundo
¡qué puedo ya temer!
HYPAR. Yo te suplico
por tu bien, por tu vida y por la mía,
no me preguntes más.
EDIPO Mi único amigo,
mi padre y mi consuelo, ¿qué me anuncia
ese llanto en tus ojos suspendido,
ese turbado rostro, ese silencio
que me hace estremecer?
HYPAR. Ningun peligro
te amenaza...
EDIPO No es eso lo que temo;
y bien lo sabes tú. ¿Por qué a Corinto
volver no puedo?

HYPAR. Sí, pero más tarde...
EDIPO ¿Por qué no ahora?
HYPAR. Acaso han esparcido
algun falso rumor; y convinera,
antes de presentarte en tus dominios,
que lo aclarase el tiempo...
EDIPO ¡Qué me dices!
HYPAR. No tienes que inquietarte, caro Edipo;
es sólo una voz vaga...
EDIPO ¿Y cuál?
HYPAR. Suponen
que declaró al morir el rey Polibo...
EDIPO (Interrumpiéndole.)
¡No más! ¿Y el mensajero?
HYPAR. Oyeme, escucha...
EDIPO ¿En dónde está?
HYPAR. Tal vez se habrá ido...
EDIPO ¿En dónde está?
HYPAR. Detente... Si te obstinas
en quererle escuchar, iré yo mismo
a buscarle...
EDIPO Vé, corre, vuelve al punto.

ESCENA II

EDIPO, paseándose con agitación por el teatro.

Ya, ya mi corazón con mil latidos
el secreto fatal me está anunciando...
¿Quién te dió el ser? ¿Quién eres, triste
[Edipo?
¿Quién eres?... Ni en la tierra, ni en el cie-
hallas quien te responda, y confundido [lo
tú propio tiemblas, sin saber la causa,
al sondear tan horroroso abismo...
Mas no importa; la muerte es preferible
a sufrir por más tiempo este martirio;
y hasta en el borde mismo de la tumba
he de luchar con mi fatal destino.

ESCENA III

EDIPO y YOCASTA.

YOCAS. (Al salir apresurada del palacio.)
Acaba de anunciarme el buen Hyparco...
EDIPO ¿Quién soy? ¿quién me dió el ser? ¿dónde
¿Lo sabes tú? [he nacido?
YOCAS. ¿Qué importa, si tu esposa
te ama más que a su vida?
EDIPO ¿Acaso has visto
al mensajero?
YOCAS. No.
EDIPO Todos me engañan;
¡todos, hasta mi esposa!
YOCAS. Amado Edipo,
¿por qué así quieres traspasarme el pecho,
cuando ya apenas de dolor respiro?...
Ten lástima de mí; tenla a lo menos
de aquellas inocentes... Ahora mismo
por su padre infeliz me demandaban...
EDIPO ¡Por su padre!... ¿Y quién es, quién es el
Yócasta, quién?... [mío,
YOCAS. Serénate...
EDIPO Su nombre,
su nombre, no tu llanto, necesito.

ESCENA IV

EDIPO, YOCASTA, EL MENSAJERO, detrás de él HYPARCO, y después, FORBAS.

En esta escena se colocarán los actores de esta suerte: el Mensajero e Hyparco, a la derecha de Edipo; Yocasta y Forbas, a su izquierda.

EDIPO (Al ver asomar al Mensajero.)
Ven, llega, anciano; y tiembla, si faltares
un punto a la verdad. ¿No era Polibo
mi padre?...
MENSA. El os amaba tiernamente
con entrañas de tal...

EDIPO ¿Mas soy su hijo?...
YOCAS. ¿A qué en día tan triste y tan aciago
te empeñas en buscar nuevos motivos
de angustia y de pesar?
EDIPO ¿Lo soy?... Responde.
MENSA. Otros, mejor que yo, podrán decirlo...
EDIPO Tú... tú... ¿Lo soy?... Acaba.
MENSA. No lo eres...
EDIPO ¡No!...
YOCAS. ¡Desdichado!
EDIPO ¿Cómo lo has sabido?
MENSA. De los labios del rey.
EDIPO ¿Lo oiste tú solo?
MENSA. Y otros muchos también.
EDIPO ¿Cuándo lo dijo?
MENSA. El día de su muerte.
EDIPO ¿Por qué causa?
MENSA. De su propia conciencia compelido.
EDIPO ¿Dijo... no era mi padre?...
MENSA Varias veces
lo repitió llorando.
EDIPO ¿Y qué motivo
le movió a suponerlo?
MENS. El haber muerto
de Mérope, su esposa, el solo hijo,
casi al nacer, y el ansia que tenía
de un heredero...
EDIPO ¿Y quién le prestó auxilio
para el cambio fatal?
MENSA. Su misma esposa.
EDIPO ¿Nadie lo presenció?
MENSA. Solo un testigo.
EDIPO Lo sabes tú de cierto?
MENSA. Y tan de cierto,
como que el niño le entregué yo mismo.
EDIPO ¿Y tú de quién le hubiste? ¿dónde? ¿cuán-
YOCAS. ¿A qué afligirte quieres?... [do?
EDIPO Pronto, dilo.
MENSA. Yo lo diré, señor...
EDIPO Ahora, al instante.
MENSA. Mas déjame siquiera algún respiro...
EDIPO Al instante.

MENSA. Ya voy...
EDIPO ¿Qué te detiene?
MENSA. Un día que en la caza divertido,
del Citerón la cumbre recorría,
un extrajero ví que a un tierno niño
estrechaba en sus brazos, y mil veces
le colocaba en un oculto sitio,
y a abrazarle volvía... Silencioso
me acerco, llego, le sorprendo, insto
porque me explique su conducta extraña;
mas tan turbado estaba, que ni él mismo
explicarla podía, y largo espacio
permaneció dudoso y pensativo...
EDIPO ¿Y luego?
MENSA. Luego que cobróse un poco,
con palabras ahogadas, con suspiros
me entregó al tierno infante...
EDIPO ¿Y luego?...
MENSA. Al punto
huyó veloz y se ocultó en los riscos.
EDIPO ¿Conocías acaso a ese extranjero?
MENSA. En aquella ocasión sólo le he visto.
EDIPO ¿Su nombre?
MENSA. No lo sé.
EDIPO ¿Su patria?
MENSA. Tebas,
a juzgar por el habla y el vestido.
EDIPO ¿Qué edad tenía la infeliz criatura?
MENSA. Pocos días no más.
EDIPO ¿Con qué designio
te la entregaron?
MENSA. Entendí que era
por salvarle la vida.
EDIPO ¿Y qué peligro
le amagaba?
MENSA. Lo ignoro.
EDIPO ¿Hubiste señas
de quién fuesen sus padres?
MENSA. No lo quiso
aclarar a mi ruego el extranjero;
mas si temes tal vez haber nacido

en baja cuna, alégrate y alienta:
que eres de noble estirpe.

EDIPO ¿El te lo dijo?

MENSA. Yo propio colegí de sus palabras
que eras de sangre real.

FORBAS ¡Piedad!...

EDIPO ¡Maldito seas!

YOCAS. ¡Qué horor!

(Durante el anterior diálogo habrá ido creciendo por instantes la turbación de Yocasta y la de Forbas; al final, éste se arroja a los pies de Edipo, quien vuelve el rostro hacia él y le maldice; al mismo tiempo que la reina se aparta de en medio de entrambos, y se dirige precipitadamente al palacio.)

ESCENA V

EDIPO e HYPARCO.

(Edipo permanece inmóvil y silencioso unos instantes; Hyparco se acerca a él: en este intervalo, Forbas y el mensajero se habrán retirado lentamente, y reuniéndose hacia el promedio del teatro, se encaminan juntos al palacio.)

EDIPO Lo sé... vencí mi suerte:
ya muero satisfecho.

HYPAR. Caro Edipo...

EDIPO No hay más allá... no hay más allá... hasta
veo el horror de mi fatal destino. [el fondo
Mi padre asesiné; profané el lecho
de la que me dió el ser; hermanos, hijos,
nietos, padres, esposos, hoy la tierra
verá por este monstruo confundidos.

HYPAR. ¡Vuelve, infeliz, en ti!...

EDIPO ¿Mas por qué tiembla
mi corazón aun? ...Los dioses mismos
su venganza agotaron; y ya impune
su cólera y enojo desafío:
¿Podéis hacerme ya más desdichado?...
¡No podéis, no! Pues vedme ya tranquilo.

HYPAR. ¡Oyeme, triste Edipo!...
EDIPO ¿Quién me llama?
HYPAR. Soy yo... ¿no me conoces, hijo mío?
EDIPO ¡Mi padre tú!... no, no: ¿ves esta sangre?
pues de mi padre es. Solo te pido
que no lo digas; ¡calla!... que há diez años
que en mis manos la tengo, y no he podido
arrancármela aun.
HYPAR. ¡Para esto el cielo
me ha guardado la vida por castigo!
EDIPO ¡Lloras! ¿De qué te afliges?... Tú no fuis-
yo lo diré: yo, yo fuí el asesino [te;
de mi padre, ¡yo fuí!
HYPAR. Aguarda, escucha...
EDIPO (Acercándose hacia el panteón.)
¡Asesino!... ¡Asesino!... ¿Lo has oído?
No temas: es el eco de la tumba...
¡Asesino!... ya apenas lo percibo...
HYPAR Ciudadanos, amigos ¿no hay quien venga
a socorrer a este infeliz?
PUEBLO (Asoman algunas personas por diversos lados de la plaza, y quédanse suspensas.) ¡Edipo!
EDIPO ¿Qué me queréis?... Llegad: ¿pedís mi
Más la deseo yo. [muerte?
HYPAR Compadecidos
vienen en tu favor...
EDIPO ¿Y por qué vengan
en esos inocentes mis delitos?
¿Cuál es su culpa, cuál?... Las desdichadas
aun no saben del padre que han nacido!
HYPAR. (Al pueblo.)
Venid, conduzcámosle al palacio...
¿Mas por qué así os negais a darle auxilio?
¡De cuándo acá los dioses bondadosos
amparar la desgracia han defendido!
Ven, hijo mío, ven...
EDIPO Aparta, aparta...
No quieras con halago fementido
pasarme el corazón: dame a mis hijas,
y mátame después. ¿Pero qué miro?
¡Tú también, infeliz!... Huye, no toques
a ese lecho fatal, que maldecido

de los cielos está: ¿no ves la muerte
que te aguarda y te llama?... Ya te sigo,
ya voy, Yocasta!... Espera; y el Averno
nos verá con horror bajar unidos.

(Corre Edipo hacia el palacio e Hyparco va en su seguimiento.)

ESCENA VI

EL SUMO SACERDOTE y pueblo.

(Al entrar Edipo en el palacio se obscurece algun tanto el teatro, y se oye el estampido del trueno que resuena luego otras dos veces, con un breve intervalo. Durante este tiempo habrán acudido por todas partes gentes del pueblo, repartiéndose confusamente por el ámbito de la plaza; después sale del templo el Sumo Sacerdote.)

SACER. ¿No oís, mortales, no oís?... La voz de Jove
retumba ya sobre el excelso Olimpo;
y al eco de su ira, titubean
la firme tierra y el profundo abismo.
¿Quién escapar podrá de su venganza?
¿Quién?... en el trono en vano guarecido,
muéstrase audaz el crimen, provocando
del cielo la justicia y poderío;
el rayo vengador antes le hiere
en la cumbre más alta; y confundido
entre escombros y míseras pavesas,
de escándalo y terror sirve a los siglos.

EDIPO ¡La muerte por piedad!... (Desde dentro.)

SACER. ¡No, parricida!
Hasta la muerte está sorda a tus gritos;
y solo has de gemir y en noche eterna,
sin mezclarte con muertos ni con vivos.

PUEBLO ¡Santos dioses, qué horror!

SACER. Sobre su frente
su imprecación fatal ha recaído,

ESCENA VII

SUMO SACERDOTE, HYPARCO y pueblo.

HYPAR. (Desde la puerta del palacio.)
¡No hay uno, uno siquiera!...
SACER. ¡Ven, anciano;
y a nombre de los Númenes te intimo
que anuncies, para ejemplo de la tierra,
de la raza de Lábdaco el castigo!
HYPAR. ¿Qué voz fuera bastante a presentaros
cuadro tan espantoso?... Yo le he visto
con estos ojos, yo; y apenas creo
lo que acabo de ver... En pos de Edipo
penetré en el palacio, recelando
su desastroso fin... Daba rugidos
como un león, y a voces demandaba
por su madre y esposa... Un dios maligno
sus pasos guía a la fatal estancia;
la puerta halla cerrada, rompe el quicio,
corre al lecho nupcial, y ve a Yocasta
ahogada, dando el postrimer gemido...
Yo a este tiempo llegué... vi abalanzarse
al infeliz sobre el cadáver tibio,
soltar el duro lazo, y de su madre
besar con ansia el rostro ennegrecido...
Mas álzase de pronto, y con la vista
sus armas busca en el usado sitio;
no las encuentra, brama, y sin tardanza
revuelve su furor contra sí mismo...
Con los propios adornos de la reina
sus ojos rasga; y con feroz ahinco
una vez y otra vez hunde las puntas
en los sangrientos cóncavos... Ni un grito
arrojó de dolor: desatentado
busca la puerta, escápase, le sigo:
y a ciegas por los ámbitos vagando
la muerte invoca con furor impío...

ESCENA VIII

EDIPO, SUMO SACERDOTE, HYPARCO y pueblo.

EDIPO (Sale de repente, con los ojos ensangrentados, y cruza con presteza el teatro.)
¡ Huid, tebanos, huid !...

PUEBLO (Apartándose con asombro.) ¡ Rey desdichado !

SACER. ¡ La maldición del cielo va contigo !

TELÓN

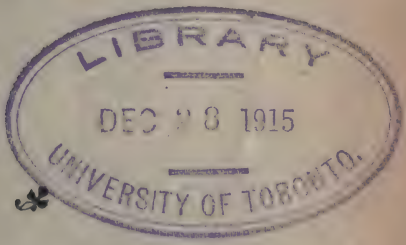
FIN DE LA TRAGEDIA

ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

EL VIZCONDE DE BRAGELONE

(Tercera parte de LOS TRES MOSQUETEROS)

Melodrama en siete actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EL VIZCONDE DE BRAGELONE

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR, ASALTO, 45. — BARCELONA

EL VIZCONDE DE BRAGELONE

(Tercera parte de LOS TRES MOSQUETEROS)

MELODRAMA EN SIETE ACTOS,

BASADO EN LA FAMOSA NOVELA DE

ALEJANDRO DUMAS (padre)

Y ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

EMILIO GRAELLS SOLER

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15.

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA DE LA VALLIÈRE. . .	Srta. Caparó.
LA PRINCESA ENRIQUETA. . .	» Guitart.
AURA DE MONTALAIS. . . .	» Nugué.
ATHENAIDA TONNAY-CHARENTE.	Sra. Gassó.
SEÑORA DE SAINT REMY. . .	» Vitales.
ARTAGNAN.	Sr. Parreño (F. G).
LUIS XIV.	» Perelló.
ATHOS.	» Carnicero.
RAUL DE BRAGELONE. . . .	» Rodríguez de la Vega.
CARDENAL MAZARINO. . . .	» Castells.
ARAMIS.	» Furquet.
PORTHOS.	» Guillemany.
CARLOS DE INGLATERRA. . .	» Furquet.
FOUQUET.	» Casanovas.
COLBERT.	» Castells.
EL PRÍNCIPE.	» Parreño (J. G.)
DUQUE DE LORENA.	» Furquet.
MALICORNE.	» Rubio.
CONDE DE GUICHE.	» Casanovas.
EL MAYORDOMO.	» Miret.
GRIMAUD.	» Alonso.
DOCTOR.	» Soler.

Damas de honor, caballeros, mosqueteros, músicos, pajes, etc.

ACTO PRIMERO

Sala rica: balcón al foro y puertas laterales. Un armario grande: mesa. recado de escribir, etc.

ESCENA PRIMERA

AURA y MALICORNE.

Al levantarse el telón figura que Malicorne quiere coger a Aura que se ampara en la mesa.

AURA — Vamos, estaos quieto, señor Malicorne. ¿Es hora ya de que hablemos en razón?

MALICO. — No creáis que es tan fácil, señorita Aura, hacer lo que uno quiere cuando no puede hacerse todo lo que uno desea.

AURA — ¡Bueno! ¡ya vuelve a su fraseología!

MALICO. — ¿Yo?

AURA — Sí, vos: vamos, amigo Malicorne, dejad a un lado esa lógica de procurador.

MALICO. — También eso es imposible: soy pasante, señorita de Montalais.

AURA — Ya lo sé; por esto en todo sólo procuráis... *para vos*.

MALICO. — ¿Para mí, ingrata?

AURA — ¿Pues para quién, sino? Hace quince días que al saber que la reina madre y el cardenal Mazarino habían determinado casar al rey, os pedí que procuraseis alcanzar para mí un nombramiento de dama de honor de la que muy pronto será nuestra

reina, y vos, ¡como si tal cosa! Con esa calma de canónigo.

MALICO. ¿Pero qué influencia queréis que tenga yo con el rey sino soy más que un pobre pasante de procurador? Si se casase su hermano, entonces sí, porque el conde de Guiche, su favorito, me aprecia mucho.

AURA Pues yo quiero ir a París; quiero vivir entre el bullicio de la corte y no aquí, donde no hay más que soledad y tristeza. Asi, pues, si no alcanzáis el nombramiento que os pido, os aborreceré.

MALICO. No os creo.

AURA ¿Por qué?

MALICO. Porque en un año que hace que os conozco me lo habéis dicho muchas veces, y cuanto más me lo decís, más me queréis.

AURA Señor Malicorne, sois un impertinente.

MALICO. Señorita de Montalais, ya lo sé; pero no os enfadéis así, pues cuando regañáis os ponéis muy fea.

AURA ¡Ah! ¡Sois un estúpido, y si yo fuese hombre!...

MALICO. ¿Qué me haríais?

AURA Os ahogaría.

MALICO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Esto va bien! Me parece que ya me queréis un poquito más. Con otra disputa como esta, enloquecéis por mí.

AURA ¡Esto más! Señor de Malicorne, sois un fatuo.

MALICO. ¡Favor que me hacéis, señorita de Montalais!

AURA Y no os daré a besar más mi mano hasta que me presentéis el nombramiento para poder vivir en Palacio.

MALICO. ¡Pero si esto no es posible, ingrata mía! Cuando se case el hermano del rey, entonces...

AURA ¿Pues me juráis que cuando llegue ese caso seré dama de honor de la princesa?

MALICO. Lo juro.

AURA — Pues besad. (Dándole la mano con gravedad cómica.)

MALICO. — ¡Qué dulce! ¡qué rica!... (Besándola.)

AURA — ¡Ah! Quiero también otro nombramiento para mi amiga Luisa de la Vallière, y en pago, besad otra vez.

MALICO. — ¡Oh! ¡Divina! ¿No queréis más nombramientos? ¡Porque a este precio nombro dama de honor hasta a mi abuela!

AURA — ¡Silencio! Alguien viene... ¡Ah! ¡Es Luisa!... Venid, venid, que quiero sorprenderla. (Escóndese segunda derecha.)

ESCENA II

Dichos y LUISA, por primera derecha.

LUISA — ¡Ah! Aquí por fin podré escribir. (Se sienta en el sillón y escribe dos palabras y se queda pensativa con el codo encima la mesa y la cabeza apoyada en la mano. Después de una pausa sale Aura y, de puntillas, se acerca a Luisa, mirando por encima de ella lo que ha escrito.)

AURA — (A Malicorne.) ¡Chist! ¡Sin ruido!

MALICO. — ¿Pero qué hago yo aquí?

AURA — Aguardar.

MALICO. — Pero...

AURA — Tomad. (Alargándole la mano.)

MALICO. — Así bueno. (Besándosela.) ¡Ay, qué rica! ¡qué rica!

AURA — ¡Chist! callad.

MALICO. — ¡Mutis, *mutorum! ¡Escondimini, escondimnorum!* (Desaparece por la segunda derecha, mientras Aura se acerca a Luisa, sin hacer ruido.)

AURA — ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

LUISA — ¡Ay! (Asustada, cogiendo el papel.)

AURA — ¡No os asustéis! ¡soy yo! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

LUISA — ¡Siempre seréis loca! ¿De qué os reís?

AURA — ¿De qué? De que hace un cuarto de hora que os halláis con la pluma en la mano sin haber escrito más que estas palabras:

«Caballero Raul». Yo en vuestro lugar, pondría «mi querido Raul».

LUISA ¡Ah! ¡eso no!...

AURA ¡No os sonrojéis por tan poca cosa! ¡Parecéis una colegiala! Vamos, escribid y dejad hablar a vuestro corazón. (Mientras Luisa escribe, Aura va leyendo.) «Caballero Raul: decís que pensáis en mí; os doy por ello las gracias de todo corazón, pero eso no puede sorprenderme, que sé las muchas veces que nuestros corazones han latido al lado uno de otro.» Muy bien, Luisa, muy bien: me gusta. ¿Pero qué ruido es ese? (Yendo al balcón, pues figura oirse el galopar de un caballo que se para frente la casa.) ¡Calle! ¡Qué gallardo caballero!

LUISA (En el balcón.) ¡Oh! ¡Es Raul! (Retirándose.)

AURA Vamos, no se dirá que no es un amante discreto, y que sabe llegar muy a tiempo.

LUISA ¡Retiraos, retiraos, por Dios!

AURA ¡Bah! ¡Si no me conoce! ¡Y a qué vendrá por aquí ese gallardo mozo! ¡Oh! yo lo sabré. (Vase primera derecha.)

LUISA ¡Aura! ¡Aura! ¿Qué vais a hacer?... ¡Siempre la misma! ¡loca como ella sola! ¿Y a qué vendrá Raul a este palacio? Pues si viniese a ver a su padre, el conde de la Fere, no se hubiera detenido aquí sino en las afueras de la población. Pero ahora que me recuerdo: el conde de la Fere ha venido a visitar a monseñor el duque de Orleans y hace poco aun se hallaba en su cámara. Lo habrá sabido Raul. ¡Pero alguien viene!... ¡Será Aura! Sí, ella es... mas no llega sola... ¡Ah! ¡El! ¡Raul!

ESCENA III

LUISA, AURA y RAUL

AURA Aquí la tenéis.

RAUL ¡Ah! ¡Luisa!... ¡Señorita! (Deteniéndose al acordarse que está Aura.)

AURA ¡No, no, por mí no os contengáis! Ya me volveré de espaldas.

LUISA ¡Ah, Montalais! ¡Montalais! Es un pecado muy grande engañarme de esta manera.

AURA ¿Pues qué? ¿os he engañado?

LUISA Sí, porque digisteis que ibais a saber noticias, y lo que habéis hecho es subir a este caballero.

AURA Y preciso era que así fuese. ¿Cómo hubiera recibido, sino, la carta que le estábais escribiendo? (Señalando la que aun está encima la mesa: Raul va a cogerla pero Luisa le detiene, mientras Aura se la esconde en el pecho.)

RAUL ¡Ah! (Queriendo cogerla.)

LUISA ¡No! (Deteniéndole.)

AURA (Doblándola y guardándola en el pecho.) No temáis, Luisa, que no vendrá a cogerla aquí este caballero, y ahora, Luisa, presentadme al señor vizconde de Bragelone.

LUISA Señor vizconde, tengo el honor de presentaros a la señorita de Montalais, doncella de honor de su alteza real la duquesa de Orleans, y, a más, mi verdadera amiga.

RAUL (Después de saludar.) ¿Y a mí, Luisa, no me presentáis también a esta señorita?

LUISA ¡Si ya os conoce!... ¡Lo sabe todo!

RAUL ¡Ah! (Con alegría.)

AURA ¡Todo, señor vizconde! Y ahora, sentaos en este sillón y decidnos prontito la noticia que habéis traído con tanta prisa.

RAUL No es cosa reservada, señorita. El rey, que se dirige a Poitiers, piensa detenerse aquí para visitar a su tío el duque de Orleans.

AURA (Saltando y dando palmada de alegría.) ¡El Rey aquí!... ¡Vámos a ver la corte!... ¿Lo habéis entendido, Luisa?... ¡La verdadera corte de París! ¿Y cuándo, caballero, cuándo?

RAUL Quizá dentro de un cuarto de hora.

AURA ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Sin tiempo para com-

ponernos, ni arreglar un vestido! Nos van a encontrar ridículas.

LUISA ¿Quién?

AURA ¡Quién ha de ser! ¡vaya una pregunta! ¡Todo el mundo! ¡los cortesanos! ¡los señores! ¡el Rey!... ¡Esto es horrible!

RAUL No os desesperéis, señorita.

AURA ¡Pues bien! así como así, tanto peor para los que no me encuentren a su gusto.

RAUL ¡Muy difíciles de contentar serían!

AURA Gracias, señor vizconde. Pero alguien sube.

LUISA ¡Dios mío! ¿quién será?

AURA Es vuestra madre, Luisa.

RAUL ¡La señora de Saint Remy! ¿Dónde me oculto?

LUISA Sí, porque si os ve... Entrad ahí. (Segunda derecha.)

AURA (Interponiéndose.) ¡No, aquí no! ¡Meteos en este armario!

RAUL Pero...

AURA Adentro, que está aquí. (Cerrando.) Ves, Luisa, si parece hecho de encargo para eso.

ESCENA IV

AURA, LUISA, SEÑORA DE SAINT REMY y luego MALICORNE.

REMY ¡Ah! ¿Estáis aquí, Luisa?

LUISA Sí, señora...

AURA Sentaos, señora.

REMY Gracias, señorita, gracias; vámonos pronto, hija, vamos.

LUISA ¿Y a dónde, señora?

REMY A tu cuarto; tienes que vestirte.

AURA ¡Cómo! ¿Para qué?

REMY ¿Ignoras la noticia?

AURA ¿Qué noticia han de saber, señora, dos jóvenes metidas en este palomar?

REMY ¡Qué! ¿No habéis visto a nadie?

AURA — A nadie, señora.

REMY — ¿Pues de quién es ese sombrero? (Por el de Raul, que se lo ha dejado encima la mesa.)

AURA — ¿Qué sombrero?

REMY — Ese que está encima de la mesa.

LUISA Y AURA — ¡Ah!

REMY — Vamos a ver, ¿de quién es?

MALICO. — Mío, señora. (Cogiéndolo con la mano izquierda mientras con la otra oculta el suyo detrás de la espalda.)

LUISA / AURA — ¡Ah!

REMY — ¡Un hombre aquí! ¡y escondido en vuestro cuarto! Pronto sabrá la duquesa de Orleans que una de sus doncellas de honor...

LUISA — ¡Oh, madre mía! por Dios, no comprometáis...

REMY — Callad, hija, callad, y no os molestéis inútilmente en interceder por quien no lo merece. Harta desgracia es que una joven honrada como vos tenga que presenciar el mal ejemplo; pero jamás consentiré que llegue a autorizarlo con su indulgencia.

AURA — ¡A la verdad, no sé con qué pretexto me tratáis de esa manera? Me parece que no hago mal alguno.

REMY — ¿Y ese tuno holgazán, señorita, estaba en vuestro cuarto para cosa buena?

AURA — Ni buena ni mala, señora, y no veo por qué se ha de prohibir al señor Malicorne, que tenga sus miras con respecto a mí, siendo honradas esas miras.

REMY — ¿Miras honradas con semejante figura?

MALICO. — Os doy gracias en nombre de mi figura, señora.

REMY — Venid, hija mía, venid. ¿Pero qué es esto? (Yendo al balcón.) ¡Ah! El Rey que llega.

VOCES — (Dentro.) ¡Viva el Rey! ¡Vivaaa!

REMY — ¡Y Ana de Austria y el cardenal Mazarino!

AURA — ¡Es hermoso el Rey!

LUISA ¡Y qué gallardo! ¡¡Ah!!

AURA ¿Qué tenéis, Luisa?

LUISA El Rey me ha mirado, y...

AURA ¡Estáis temblando! ¿Qué tenéis?

LUISA ¡Nada! ¡nada!

REMY ¡Vamos, hija mía, vamos!

LUISA (¡Qué mirada!) (Vase con su madre por la primera derecha.)

AURA (Respirando al ver que se han ido.) ¡Ay! ¡por fin! Señor Malicorne, os habéis portado como un hombre; gracias.

MALICO. ¿Nada más?

AURA Tomad. (Alargándole la mano.)

MALICO. ¡Ay, qué rica! ¡qué rica! ¡qué rica! (Besándosela.)

AURA ¡Basta! ¡basta! ¡basta! Y ahora vamos a sacar al pájaro de la jaula. Salid, señor vizconde.

ESCENA V

AURA, MALICORNE y RAUL.

AURA Caballero, perdonad si os he encerrado, pero...

RAUL Al contrario, señorita, y os estoy infinitamente reconocido, asimismo como al señor...

AURA Malicorne, pasante de procurador y amigo del conde de Guiche.

RAUL ¿Del conde de Guiche?

AURA Sí, del conde de Guiche; ¿no es así, señor Malicorne?

MALICO. ¡Tanto como del conde de Guiche!... Yo soy amigo de un amigo del secretario del conde de Guiche.

RAUL ¡Ah!

MALICO. Si gustáis, caballero... (Alargándole el sombrero.)

RAUL ¡Ah, sí, mi sombrero!

AURA Que me ha costado una repulsa de la señora de Saint Remy.

RAUL Perdón, señorita.
MALICO. Alguien sube.
AURA ¡Si será otra vez la vieja!
MALICO. No; es el mayordomo del duque con los mosqueteros.
LUISA Y AURA ¡Ah!

ESCENA VI

Dichos, ARTAGNAN, MAYORDOMOS y MOSQUETEROS.

MAYORDO. Estas son las habitaciones que ocupará su majestad.
ARTAGNAN Está bien. ¡Qué veo! Raul.
RAUL Caballero Artagnan. (Estrechándose las manos.)
MAYORDO. Señorita Montalais, la señora duquesa os llama, pues quiere presentar sus damas de honor a su majestad. (Vase.)
AURA ¡Y con este traje! ¡Me va a encontrar ridícula!
MALICO. Mejor.
AURA Callad. Sois un imbécil, señor Malicorne. (Yéndose.)
MALICO. Ya lo sabía, señorita Montalais. (Vase detrás de ella.)
ARTAGNAN Con que ¿no has visto aun a tu padre, Raul?
RAUL No he tenido tiempo, pero ahora mismo me llegaré a abrazarle.
ARTAGNAN Pues dale uno muy fuerte en nombre mío, y dile que si puedo iré a verle.
MAYORDO. (Saliendo primera derecha.) Señor teniente, hay un caballero que pide ver al Rey, y como vos dais guardia a su majestad... por esto le he hecho subir, por si creeis conveniente...
ARTAGNAN Decidle que pase. Hasta la vista, Raul.
RAUL ¿Vendréis?
ARTAGNAN Haré lo posible.
RAUL Pues hasta luego. Pasad. (A Carlos, con quien se encuentra en la puerta.)
CARLOS Gracias.

ESCENA VII

CARLOS y ARTAGNAN.

ARTAGNAN ¿En qué puedo serviros, caballero?

CARLOS ¿Sois el oficial de guardia?

ARTAGNAN Tengo ese honor.

CARLOS Caballero, es de absoluta necesidad que hable al rey.

ARTAGNAN Algo difícil lo veo, pues su majestad está en la cámara del cardenal Mazarino, y hay la consigna de que no se le moleste para nada.

CARLOS Cuando sepa quien soy levantará la consigna.

ARTAGNAN Pues en tal caso, ¿a quién he de anunciar?

CARLOS A su majestad Carlos segundo, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

ARTAGNAN ¡Ah! En verdad, señor, que debiera haberos conocido.

CARLOS ¿Habéis visto mi retrato?

ARTAGNAN No, señor.

CARLOS ¿Pues en dónde me habéis visto otra vez? ¿En la corte antes que me expulsasen de Francia?

ARTAGNAN No, señor, tampoco os vi en esa ocasión.

CARLOS ¿Pues cómo me podíais haber conocido entonces, si no me habéis visto, ni a mi retrato?

ARTAGNAN Señor, vi a su majestad el rey, vuestro padre, en un momento terrible.

CARLOS ¿El día de la ejecución?

ARTAGNAN Sí.

CARLOS ¡Ah! (Pasándose la mano por la frente.) ¿Acaso seríais uno de los cuatro franceses que trataban de salvarle?

ARTAGNAN Sí, señor.

CARLOS ¿Sois el conde de la Fere?

ARTAGNAN No, señor; soy su amigo, pero si deseáis verle vive cerca, a la salida de Blois. A

cualquiera que preguntéis os conducirá a su casa.

CARLOS Pues después de mi entrevista con el rey iré a verle, pues quiero darle las gracias por lo que hizo por mi padre. ¿Y ahora os dignaréis anunciarme a su majestad?

ARTAGNAN Voy a hacerlo, y poco he de poder si no logro que venga a esta estancia.

CARLOS Pues aquí espero. (Vase Artagnan primera derecha.)

ESCENA VIII

CARLOS.

¿Vendrá? ¿Se dignará atenderme? ¡El es un rey feliz, mientras que yo!... Su ministro le atesora millones, y le procura un matrimonio ventajoso... Su madre le precede siempre en un carruaje magníficamente incrustado de oro y plata, mientras que la mía... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡decidme lo que debo hacer! ¿Qué? ¡Oh, sí, no hay más remedio! Si el rey desoye mis súplicas, haré lo que hace toda mi familia: mi madre vive de la caridad pública, mi hermana pide para mi madre, pues bien, yo, que soy el primogénito, también pediré limosna para mi madre y mi hermana.

ESCENA IX

CARLOS, LUIS y ARTAGNAN, primera derecha.

ARTAGNAN, Aquí le tenéis, señor.

LUIS Bien; que nadie nos estorbe. (A Artagnan, que se retira por donde ha entrado. Después a Carlos.) ¡Vos aquí, hermano mío! ¡vos en Blois!

CARLOS Señor, me dirigía a París con la esperan-

za de ver a vuestra majestad, cuando supe que llegabais a esta ciudad, entonces me detuve, pues tenía que hablaros particularmente.

LUIS Pues decid lo que gustéis, hermano mío; ya os escucho. (Sentándose e indicándole que se sienta.)

CARLOS (Después de sentarse.) Señor, considero excusado preguntar a vuestra majestad si conoce las circunstancias de mi deplorable historia. Arrojado por un usurpador del trono de mi padre, hoy Inglaterra no es más que un garito en donde se juega mi corona. Los dos jugadores más encarnizados son los generales Lambert y Monck, y mi mayor deseo es terciar en esa partida, puesto que se están echando suertes sobre mi manto real. Me basta un millón, señor, para comprar a uno de esos jugadores y convertirlo en aliado mío, o dadme sino doscientos hombres y los arrojaré de mi palacio de Witall-Hall, como Jesús arrojó a los mercaderes del templo.

LUIS ¿De manera que venís a pedirme?...

CARLOS Vuestro auxilio, es decir, lo que no sólo se deben los reyes entre sí, sino lo que los simples cristianos se deben unos a otros. Vuestro auxilio, señor, sea en dinero sea en hombres, para reconquistar la herencia paterna, y si lo logro, deberé más a vuestra majestad que a mi padre; ¡pobre padre mío! que tan cara pagó la ruina de nuestra casa. Considerad, señor, si seré infeliz, si estaré desesperado, cuando acuso a mi mismo padre. (Pausa. Luis, nervioso, se remueve en su sillón sin saber qué contestar.) Señor, espero, vuestra respuesta, y la espero como espera un acusado su sentencia. Decidid mi vida o mi muerte.

LUIS ¡Hermano mío, venís a mí a pedirme un millón! ¡a mí que jamás he poseído la cuarta parte de esa suma! ¡que no poseo

nada absolutamente! Tanto soy yo rey de Francia como lo sois vos de Inglaterra. En mí no hay más que un nombre, una cifra cubierta de terciopelo flordelisado y nada más. Yo estoy en un trono visible, y esta es la única ventaja que llevo a vuestra majestad; por lo demás, ni tengo ni puedo nada.

CARLOS (Admirado.) ¡Qué decís!

LUIS (Bajando la voz.) Hermano mío; yo he soportado miserias que no han sufrido las personas más pobres de mi servidumbre. Si estuviera aquí mi viejo Laporte os diría que he dormido en sábanas deshechas, por cuyos agujeros pasaban mis piernas; os diría que cuando luego pedía mis coches, me traían unos carruajes roídos por los ratones de mis cocheras; os diría, en fin, que cuando pedía la comida, iban a ver si en las cocinas del cardenal había que comer para el rey. ¿Qué más? Hoy día, que he llegado ya a la época de la mayor edad señalada para los reyes, hoy que debiera tener la llave del tesoro, la dirección de la política, la decisión de la paz y de la guerra, mirad en torno mío, y contemplad este abandono, este desdén, este silencio, al paso que allá abajo se prodigan los agasajos, las luces, los homenajes... Allí, hermano mío, allí está el verdadero rey de Francia.

CARLOS ¿El cardenal?

LUIS Sí, el cardenal.

CARLOS ¡Entonces estoy perdido!... sí, perdido, porque jamás iré a pedir la menor cosa al que habría dejado morir de frío y de hambre a mi madre y hermana, si el Parlamento no les hubiese dado leña y pan.

LUIS ¡Morir!

CARLOS Sí, como moriré yo, pues no tengo Parlamento alguno que me socorra.

LUIS ¡¡Ah!! (Levantándose nervioso y volviéndose para enjugarse una lágrima.)

CARLOS ¡Gracias, hermano mío, por haberos compadecido de mí! Es todo cuanto podía exigir de vos en el extremo en que os halláis. Adiós.

LUIS ¡Ah, no, no os vayáis! Decís que es un millón o doscientos hombres lo que necesitáis, ¿no es así?

CARLOS Sí, eso.

LUIS Pues bien, hermano mío, lo que jamás hice por mí, lo haré por vos. Iré a pedir al rey de Francia... al otro... al rico, al poderoso, ese millón o esos doscientos hombres.

CARLOS ¡Oh! Sois un noble amigo, y si algún día necesitáis mi vida, pedídmela. Os deberé mi salvación.

LUIS Callad, hermano, mío, callad. Todavía no lo tenemos conseguido. Pedir dinero a Mazarino es más que atravesar el bosque encantado, cuyos árboles albergaban cada uno un demonio: ¡es más que un mundo!

CARLOS ¡Sin embargo, señor, cuando vos pedís!...

LUIS Ya os he dicho que yo no pido jamás. (Con altivez que hace palidecer a Carlos.)

CARLOS ¡Ah!

LUIS Perdonadme, hermano mío, yo no tengo una madre ni una hermana que estén padeciendo. Perdonadme y decidme dónde debo mandaros la contestación de la entrevista que mañana tendré con el cardenal.

CARLOS En la posada de...

ARTAGNAN (Primera derecha.) Perdone vuestra majestad, pero como me ha dicho que avisase si...

LUIS ¿Qué hay?

ARTAGNAN Que su eminencia el cardenal se dirige hacia aquí.

LUIS ¡El! ¡El extraño! ¡Ah! Creerá tal vez que he salido de palacio para ir en busca de su sobrina que ha desterrado para ale-

jarla de mí y querrá cerciorarse por sí mismo... Pues bien, mejor, que venga: así le hablaré ahora mismo de vuestro asunto. Entrad ahí, hermano mío, y pronto sabremos a qué atenernos. Caballero Artagnan, acompañad a su majestad el rey de Inglaterra. (Vanse Carlos y Artagnan por segunda derecha.) Ahora Dios haga que me atienda. (Se presenta Mazarino, acompañado del mayordomo y de pajes con luces. A una seña de Mazarino se retiran.)

ESCENA X

LUIS y MAZARINO.

LUIS ¿Cómo es eso, señor cardenal? ¿Ocurre algo extraordinario para que así os molestéis?

MAZARINO Cuando se trata del interés de vuestra majestad y del Estado, no hay molestia alguna para vuestro fiel servidor.

LUIS ¿Pues qué ocurre

MAZARINO Que ha llegado un correo de España con esta misiva para vuestra majestad, y como os habéis retirado de la estancia de vuestros tíos...

LUIS A ver, dadme... (Cogiendo el pliego y leyendo.) Está bien; pero con todo, creo conveniente consultarlo con mi madre: ¿no os parece, señor cardenal?

MAZARINO Lo que guste vuestra majestad. Así pues... (Dando un paso para dirigirse a la puerta.)

LUIS Un momento: pues antes tengo que hablaros de un asunto bastante interesante.

MAZARINO Señor, debiera ciertamente escuchar a vuestra majestad de pie, pero la violencia de mi enfermedad...

LUIS Dejémonos de etiquetas entre nosotros, mi querido cardenal: soy vuestro pupilo y no el rey, bien lo sabéis; y esta noche más

todavía, puesto que me dirijo a vos en calidad de pretendiente, y de pretendiente humilde y deseoso de ser bien acogido.

MAZARINO Hablad, señor, pues sus deseos siempre son órdenes para mí.

LUIS Pues bien, monseñor, hace un momento he recibido la visita de mi hermano el rey de Inglaterra.

MAZARINO ¡ Carlos segundo ! ¡ Habéis recibido la visita de Carlos segundo !

LUIS (Con marcada intención.) Del rey Carlos segundo. Sí, cardenal ; ese desgraciado príncipe ha concluido por enternecerme con la narración de sus infortunios, y os pido que extendáis vuestro brazo sobre su cabeza para colocarle en sus sienes la corona caída a los pies del cadalso de su padre.

MAZARINO ¿Y qué puedo hacer yo, pobre de mí, enfermo y débil?

LUIS No pide más que un millón para conquistar su trono.

MAZARINO ¡ Un millón !... ¡ Con que un millón !... ¡ Todos lo mismo !... ¡ Siempre pidiendo !... ¡ familia de mendigos !

LUIS (Irguiendo la cabeza.) Cardenal, esa familia de mendigos es una rama de mi familia.

MAZARINO ¿Y sois bastante rico para dar millones a los demás, señor? ¿Tenéis millones?

LUIS ¡ Oh ! Ya sé, cardenal, que soy pobre, pero al fin la corona de Francia bien vale esa cantidad, y para hacer una buena obra, no repararía en empeñar, si necesario fuese, mi corona. Ya se encontraría algún judío que prestase sobre ella un millón.

MAZARINO Pero hay en la hacienda un déficit de cuarenta y seis millones, y no encontraréis ningún judío en el mundo que preste una cantidad tan enorme, ni aun sobre la corona de Francia.

LUIS ¡ Ah ! Con que, según eso, ¿hay absoluta imposibilidad de satisfacer mi petición de dinero, señor cardenal?

MAZARINO Sí, señor.

LUIS Pues entonces al menos dadle doscientos hombres; con ellos se conforma mi hermano.

MAZARINO ¡Qué decís, señor! ¿Sabe lo que me pide vuestra majestad? ¡Doscientos hombres! ¿Doscientos franceses para ir a luchar por Carlos segundo? ¿No sabéis, señor, que existe un convenio con Inglaterra que prohibe terminantemente lo que me pedís? Y aun que no existiera ese convenio, ¿qué resultaría si accedieseis por fin a esa demanda? Que la Francia, o su bandera, que es lo mismo, pasaría el estrecho y pelearía, pero para quedar completamente derrotada, pues con doscientos hombres y un general como Carlos segundo, no se conquista un trono. Creedme, señor, dejad que se cumpla el tratado y haced comprender a vuestro hermano que no puede permanecer entre nosotros, que nos compromete, o sino yo mismo...

LUIS (Levantándose.) ¡Basta, cardenal, basta! Que me neguéis un millón, pase, porque vuestros millones son vuestros; que me rehuséis doscientos hombres, pase también, porque al fin sois primer ministro y tenéis a los ojos de Francia la responsabilidad de la paz y de la guerra; pero pretender privarme, a mí, al rey, dar hospitalidad al nieto de Enrique cuarto, primo hermano mío, ¡al compañero de mi infancia! ahí concluye vuestro poder y empieza mi voluntad.

MAZARINO Señor, yo me inclino siempre ante la voluntad de mi rey. Conserve, pues, vuestra majestad al lado suyo, o en uno de sus palacios, al rey de Inglaterra. Sépalo Mazarino en buen hora, pero que el ministro lo ignore. Buenas noches, señor.

LUIS Buenas noches, cardenal. Me dejáis con el corazón traspasado de dolor.

MAZARINO Pero convencido, que es lo que conviene, señor. (Vase con los pajes, que a una seña suya han salido con luces, primera derecha.)

LUIS ¡Ah! Salid, hermano mío.

ESCENA XI

LUIS y CARLOS, segunda derecha.

CARLOS ¿Qué hay? ¡Calláis! ¡Ah! Hablad, señor: cualquiera que haya sido el resultado jamás olvidaré toda la bondad, todo el afecto de que os soy deudor.

LUIS ¡Ay! ¡Un afecto estéril, hermano mío!

CARLOS ¡Comprendido!... ¡No hay esperanza!... ¡Ah!

LUIS ¡No desesperéis aun!... ¡Quien sabe si!... Por el pronto quedaos conmigo; yo os daré uno de mis palacios, el que mejor os plazca habitar. Seguiremos juntos y con la mayor atención el curso de los sucesos, y nos ocuparemos en prepararlos. ¡Ea, hermano mío, valor!

CARLOS Gracias os doy con todo mi corazón, pero ya que he rogado sin fruto al rey más grande de la tierra, voy a pedir un milagro a Dios. (Vase primera derecha.)

LUIS Permitid al menos que os acompañe, hermano mío. (Siguiéndole primera derecha.)

ESCENA XII

ARTAGNAN, segunda derecha, y LUIS, primera derecha.

ARTAGNAN ¡Pobre rey! ¡Infeliz Carlos segundo! Pero bien mirado no sé quien es más infeliz, si él o Luis catorce. ¡Vaya un amo lastimoso que me he echado! ¡Ni generosidad ni energía! Es más rey el otro. Al menos en Carlos segundo hay dignidad, y si re-

cobrase su trono... ¡Oh! ¡qué idea!... ¡Si yo!... ¿Por qué no? En mayores fregados me he metido y... Vaya, estoy resuelto. Voy ahora mismo a colgar mi casaca. ¡Aquí está el rey! Animo, Artagnan.

LUIS (Primera derecha.) Teniente, no quiero recibir a nadie hasta mañana.

ARTAGNAN Perdone vuestra majestad, pero desearía me concediese un momento de audiencia.

LUIS ¿Para qué?

ARTAGNAN Para pedirle mi licencia.

LUIS ¡Vuestra licencia! ¿Acaso pensáis abandonar mi servicio, caballero?

ARTAGNAN Señor, tengo que abandonarlo... me voy haciendo viejo: cuento ya treinta y cinco años de llevar el uniforme y mis pobres hombros dicen que no pueden más: es preciso dejar el puesto a los jóvenes.

LUIS Vamos, confesad que no me decís el verdadero motivo; veo que queréis dejar mi servicio, pero me ocultáis la causa que a ello os impulsa.

ARTAGNAN Creed, señor...

LUIS Yo creo lo que estoy viendo, caballero. ¡Veo un hombre enérgico, vigoroso! ¿Es que no os agrada mi servicio? Dejaos de rodeos y responded franca y categóricamente, pues así lo exijo.

ARTAGNAN ¡Oh, señor! esto ya es otra cosa. A una pregunta hecha con tanta franqueza responderé también de igual manera. Diré pues la verdad a mi rey, suplicándole al mismo tiempo que perdone la rudeza de un antiguo soldado.

LUIS Pues hablad, porque estoy impaciente por saber las verdades que tenéis que decirme.

ARTAGNAN Señor, me separo del servicio del rey porque estoy descontento, sí, descontento. Pronto hará treinta y cinco años que sirvo a la casa de Francia, y ¿qué he sacado en cambio? Sólo un nombramiento de capitán de mosqueteros.

LUIS ¡Capitán! Teniente querréis decir.

ARTAGNAN Dispensad, señor, pero el cardenal Mazarino me nombró capitán de mosqueteros; nombramiento que yo rompí por ser demasiado noble y generoso, y hasta hoy...

LUIS ¿Y es por eso por lo que estáis descontento? Pues bien, yo me informaré y os juro que más adelante...

ARTAGNAN ¡Oh, señor, qué palabra!... ¡Más adelante! Treinta años hace que me alimento de esa palabra llena de bondad, que ha sido pronunciada por tantos y tan elevados personajes, y que vuestra boca viene ahora a pronunciar a su vez. ¡Más adelante! Señor, aun cuando viera sobre esa mesa el bastón de mariscal, la espada de condestable, la corona de Polonia, si me dijeran ¡más adelante! diría, no, ahora mismo. Perdonad, señor, soy del país de vuestro abuelo Enrique cuarto y suelo hablar pocas veces, pero cuando hablo digo lo que siento.

LUIS Se conoce que en el porvenir de mi reinado no veis muchos atractivos. (Con cierta altivez.)

ARTAGNAN ¡Olvido, olvido en todo! El amo ha olvidado a su servidor, y éste se ve precisado a olvidar al amo. ¡Vivo en unos tiempos muy lamentables, señor! Hoy, por ejemplo, abro la puerta del rey de Francia a un rey de Inglaterra, el palacio de un hermano a otro hermano, y veo, perdonad, señor, pero esto es cosa que me desgarra el corazón, y veo que el ministro de ese rey arroja al proscrito y humilla a su señor, condenando a la miseria a otro rey, igual suyo; y, por último, veo a mi príncipe que es joven, valiente, temblar ante un clérigo que se ríe de él negándole un millón, mientras sepulta en cofres desconocidos todo el oro de Francia. Sí, comprendo vuestra mirada, señor; veo que

me hago osado hasta rayar en demencia, pero vos me habéis ordenado que ponga de manifiesto el fondo de mi corazón, y así derramo a los pies de vuestra majestad toda la bilis que he estado concentrando hace treinta años, como derramaría toda mi sangre si vuestra majestad me lo mandara. (Pausa.)

LUIS (Después de enjugarse el sudor de su frente.) Caballero, habéis pronunciado la palabra ¡olvido! y no he oído más que esa palabra; responderé por lo tanto a ella sola. Otros podrán haber perdido la memoria, pero yo no: y la prueba es que me acuerdo muy bien de que en un día de conmoción, en un día en que el pueblo furioso como un mar embravecido invadió el palacio real, en un día, en fin, en que fingía estar durmiendo en mi lecho, un solo hombre, oculto detrás la cabecera de mi cama y con la espada desnuda, velaba por mi vida, dispuesto a arriesgar la suya por mí, como la había ya arriesgado mil veces por los míos. Ese noble, ese valiente y leal soldado erais vos, caballero Artagnan. Ya veis, pues, que si conservo esos recuerdos de la infancia, ¿cuántos más no podré conservar en la edad de la razón?

ARTAGNAN Dios se ha mostrado liberal en dones para con vuestra majestad, señor.

LUIS En una palabra, caballero Artagnan, ¿no os sentís capaz de ser tan sufrido como yo lo soy? ¿De hacer lo que hago yo?

ARTAGNAN ¿Y qué hace vuestra majestad, señor?

LUIS Espero.

ARTAGNAN Vuestra majestad puede hacerlo porque es joven; pero yo no tengo ya tiempo para esperar. La vejez llama a mi puerta, y la muerte la va siguiendo los pasos, mirando hasta el fondo de mi casa. Vuestra majestad entra ahora en la vida, y en una vida llena de esperanza y de porve-

nir, pero yo, señor, estoy ya al otro extremo del horizonte, y nos hallamos tan lejos el uno del otro, que no tendría tiempo para esperar a que vuestra majestad llegase hasta mí.

LUIS (Con cierta sequedad.) Está bien, caballero. Deseáis la licencia, ¿no es eso? Pues la tendréis. ¿Me ofrecéis la dimisión del grado de teniente de mosqueteros?

ARTAGNAN La pongo humildemente a los pies de vuestra majestad, señor.

LUIS Basta. Daré orden para que os clasifiquen.

ARTAGNAN Quedaré sumamente obligado a vuestra majestad.

LUIS Caballero, creo que perdéis un buen amo.

ARTAGNAN Yo también lo creo, señor; por eso no entraré de aquí en adelante al servicio de ningún otro: no tendré más amo que yo mismo.

LUIS ¿De veras?

ARTAGNAN Lo juro a vuestra majestad.

LUIS ¿Pues qué vais a hacer?

ARTAGNAN ¿Qué voy a hacer? ¿Quiere saberlo vuestra majestad?

LUIS Sí.

ARTAGNAN Pues bien; ¡voy a reconquistar una corona! Voy a hacer por el rey de Inglaterra lo que no habéis querido hacer vos y el cardenal Mazarino. A los reales pies de vuestra majestad. (Saluda y vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en palacio. puertas laterales. En el foro, un gran tapiz que, al correrse, deja ver otro salón magníficamente adornado.

ESCENA PRIMERA

AURA, EL PRÍNCIPE y MALICORNE.

PRÍNCIPE (A Malicorne.) ¿Con que, según eso, en las habitaciones de Madama, de mi esposa, todos los días hay música y fiesta?

MALICO. Monseñor, como se ensaya el baile que ha de celebrarse en Fontainebleau...

PRÍNCIPE ¡Sí, se divierten, mientras yo me aburro en mi cámara! ¡Todos huyen de mí! ¡todos me abandonan!... ¡hasta el duque de Lorena!... ¿Dónde esta Lorena?

MALICO. Se ignora, monseñor.

PRÍNCIPE Siempre la misma respuesta... Al primero que me conteste otra vez no sé, lo despido de mi servidumbre. Id a buscar a Lorena en donde esté.

MALICO. Está bien, monseñor. (Vase primera derecha.)

PRÍNCIPE (A Aura.) Y Vos, señorita, participad a mi esposa que la espero para comer. (Vase Aura por el foro.) ¡El baile! ¡El baile! ¡Y para esto necesita mi esposa rodearse de mis servidores! El conde de Guiche aquí, a sus pies, mientras yo...

AURA (Foro.) Monseñor, su alteza dice que se encuentra indispuesta y que comerá sola.

PRÍNCIPE Está bien. (Vase Aura por el foro.) ¡ Sola ! ¡ Indispuesta ! ¡ Pretextos para no verme ! ¡ Como les he interrumpido la fiesta !... ¡ Oh ! ¡ Yo necesito romper algo ! (Paseándose nervioso.)

MALICO. (Primera derecha.) Aquí está el señor duque de Lorena. (Después que sale Lorena, vase Malicorne.)

PRÍNCIPE ¡ Ah ! ¡ por fin se os vé, señor desertor ! ¿ Por qué te has marchado? Habla : quiero saber el motivo de tu ausencia.

ESCENA II

PRÍNCIPE y LORENA.

LORENA Pues bien, os lo diré ; pero os ruego que no lo toméis a mal.

PRÍNCIPE Habla.

LORENA He visto que incomodaba.

PRÍNCIPE ¿A quién?

LORENA Á Madama.

PRÍNCIPE ¿A mi esposa? ¿Te lo ha manifestado alguna vez?

LORENA Monseñor, Madama no me dirige nunca la palabra, especialmente de algunos días a esta parte.

PRÍNCIPE ¿Desde cuándo?

LORENA Desde que recibe a todas horas al conde de Guiche, el cual ha acertado a agradarla más que yo.

PRÍNCIPE Si por eso os habéis ausentado, debéis ser en extremo celoso.

LORENA Preciso es que uno sea celoso cuando ama, monseñor ; ¿no lo es acaso vuestra alteza respecto de Madama? Si vuestra alteza viese alguien continuamente al lado de su esposa, y le viese recibido con favor, ¿no concibiría alguna inquietud? Pues uno

ama a sus amigos como a sus amores, y vuestra alteza real me ha hecho algunas veces el honor de llamarme amigo suyo.

PRÍNCIPE Sí, sí, pero habéis dicho una palabra...

LORENA ¡Yo, monseñor!... ¿Qué palabra?

PRÍNCIPE Habéis dicho: «recibido con favor»... ¿qué entendéis por eso, caballero?

LORENA Una cosa muy sencilla, monseñor. Cuando un marido ve, por ejemplo, que su mujer llama a su lado a uno con preferencia a los demás, cuando los músicos están en la sala, mientras que se come en el tocador; cuando al presentarse el marido todo calla en la habitación de la mujer... entonces...

PRÍNCIPE ¿Qué sucede entonces?

LORENA Entonces, monseñor, creo que se puede estar celoso: pero todos estos detalles no vienen a cuento, porque de nada de eso se trata en nuestra conversación.

PRÍNCIPE Os engañáis, Lorena, porque precisamente todo eso ha ocurrido hoy aquí mismo.

LORENA ¿Aquí, monseñor?

PRÍNCIPE Sí; al dirigirme a las habitaciones de mi esposa, he encontrado en ellas al conde de Guiche, con músicos, que al verme han escapado por la puerta del jardín.

LORENA ¡Ah!

PRÍNCIPE Pero yo lo arreglaré. Buscadme al conde de Guiche: le espero en mi cámara. Esto ha de acabarse. (Vase segunda derecha.)

LORENA ¡Ah! Por fin lograré arrojar de su lado a Guiche, cuya privanza me hace sombra y casi había ya eclipsado la mía. De aquí en adelante yo solo obtendré el favor del príncipe. Pero es preciso remachar el clavo: pero ¿cómo? ¡Ah! Quizás Malicorne, que goza de la confianza de Guiche, sabrá... Veamos. Señor Malicorne.

ESCENA III

LORENA, MALICORNE, luego AURA.

MALICO. ¿Qué mandáis, señor duque?

LORENA Necesitaría ver a mi amigo el conde de Guiche: ¿sabéis dónde podría hallarle?

MALICO. Ahora no sé, señor; pero a la hora de comer estará en la cámara de la princesa real, pues después tienen ensayo del baile...

LORENA ¡Ah, ya! La ocasión no puede ser más propicia para sorprenderlos de nuevo y entonces Guiche saldrá desterrado. Tomad, señor Malicorne, por vuestros servicios. (Vase segunda derecha.)

MALICO. Mil gracias, señor duque. Esto se llama comer a dos carrillos. El conde de Guiche me paga para que me calle, y éste me paga para que hable, y yo procuro complacer a los dos en provecho mío. Cierto que debo mi empleo en palacio al conde de Guiche, pero...

AURA ¿Estáis solo, Malicorne?

MALICO. Sí, solo, lucero de mis ojos.

AURA ¡Habéis visto el príncipe! ¡Estaba furioso!

MALICO. ¡Celoso como un turco! Los amores de Madama con el conde de Guiche acabarán mal.

AURA ¿Pero vos creeis qué Madama ama al conde de Guiche? Lo que hace es coquetear, como coquetea con el duque de Buckingham, que se volvió a Inglaterra desesperado.

MALICO. Cuantas cosas han ocurrido en los dos meses que estamos en la corte. La muerte del cardenal Mazarino, el casamiento del príncipe con la hermana de Carlos segundo, rey de Inglaterra.

AURA ¿Y del vizconde de Bragelone, qué se sabe?

MALICO. He encontrado a su padre, el conde de la Fere, y me ha dicho que, según noticias, llegaría hoy de España, a donde fué enviado, después de la muerte del cardenal Mazarino.

AURA ¡Qué sorpresa va a tener cuando encuentre a Luisa en palacio, dama de honor de la princesa real.

MALICO. ¡Se alegrará! ¡Ya lo creo que se alegrará! Así podrán verse con más frecuencia, como nos vemos nosotros. ¿No es verdad que estáis contenta de verme a todas horas?

AURA Tanto os veo que ya empezáis a fastidiarme.

MALICO. ¡Muchas gracias, señorita fea!

AURA ¡Yo! ¡yo, fea!... ¡Estúpido!

ESCENA IV

AURA, MALICORNE, LUISA y RAUL.

LUISA ¡Ya estáis riñendo como siempre!

AURA El tiene la culpa.

MALICO. No la creais, señorita Luisa, ha sido ella la que... ¡Pero, qué veo! ¡el señor vizconde de Bragelone!

LUISA ¡Raul! (Retirándose hacia el foro.)

AURA ¡Ah! por fin le tienes aquí. Señor Raul. (Que pasaba, dirigiéndose a la primera izquierda.)

RAUL ¡Ah! ¡Vos, señorita!... ¡Qué veo! ¡Luisa aquí! ¡en palacio!

AURA Dama de honor de la princesa.

RAUL ¡Ah! ¡Vos, Luisa, dama de honor de la princesa!

AURA ¡Como yo!

RAUL Os doy la enhorabuena, señoritas. (Algo picado.)

AURA Decís eso con aire bien poco galante, señor vizconde.

RAUL ¿Yo?

AURÁ ¡Diantre! Preguntádselo a Luisa.

LUISA Tal vez piense el señor vizconde de Bragelone que este cargo sea superior a mi condición.

RAUL Oh, no, por cierto, señorita; bien sabéis que estoy muy lejos de pensar semejante cosa.

AURA Os dejamos solos, señor vizconde, pues tendréis muchas cosas que deciros. ¿No es verdad, Malicorne?

MALICO. Sí. El onceno no estorbar. Servidor. (Vase por la primera derecha.)

AURA Hasta luego. (Vase por el foro.)

ESCENA V

LUISA y RAUL.

RAUL Luisa, es preciso que hablemos. No es posible pasar más tiempo así.

LUISA Os escucho, Raul.

RAUL ¡Luisa, bien sabéis que desde mi infancia he fundado en vos toda la esperanza de mi vida! Yo os amo con toda mi alma y es preciso que adopte un partido para poneros a cubierto de todo ultraje, para libraros de toda mancha. Luisa, en la corte de una princesa joven, y en estos tiempos de costumbres no muy rígidas, una dama de honor se halla colocada en una pendiente muy resbaladiza, pues por todas partes la acechan la murmuración y la calumnia. Luisa, cerrad vuestros oídos para no oir las palabras, cerrad vuestros ojos para no ver los ejemplos, cerrad vuestros labios para no respirar los hálitos corrompidos de la corte: huid, huid de ella si queréis vivir tranquila y respetada. Volved a Blois, Luisa; allí iré yo a pedir vuestra mano.

LUISA ¡Casarme!

RAUL Sí. Pronunciad una palabra, una sola y me haréis el más feliz de los mortales. Decidla, o creeré que para mudaros para siempre ha bastado un solo paso dentro de palacio, un solo soplo del favor, una sola sonrisa de las reinas, una sola mirada del rey.

LUISA ¡¡Del rey!! ¡Ah! ¡Vuestro padre! Adiós. (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA VI

RAUL y ATHOS.

RAUL ¡Ah, padre mío! (Abrazándole.) ¡Vos aquí!

ATHOS He sabido tu vuelta, y como salgo hoy mismo para Blois, he venido a despedirme de ti.

RAUL Y llegáis en buena ocasión, padre mío, pues necesitaba hablaros.

ATHOS Pues di.

RAUL Señor, al llegar de España, me he encontrado con que la señorita de la Vallière se halla en Palacio en clase de dama de honor de la princesa, y como la amo con todo mi corazón, os pido permiso para casarme con ella, a fin de sacarla de un puesto en donde su reputación y su virtud pueden estar en peligro.

ATHOS ¿Lo has reflexionado bien, Raul?

RAUL Sí, señor.

ATHOS Me parece haberte ya dicho mi modo de pensar respecto a ese enlace.

RAUL Lo sé, señor; pero me dijisteis que si insistiese...

ATHOS ¿E insistes en ello?

RAUL Sí.

ATHOS Está bien; y ya que estoy en palacio, aprovecharé la ocasión para pedir al rey su consentimiento.

RAUL ¡Ah, padre mío, cuán bueno sois!

ATHOS Ve a esperarme en casa Planchet: allí encontrarás al caballero Artagnan que desea verte.

ESCENA VII

RAUL, ATHOS, LUIS y COLBERT, primera izquierda.

LUIS ¡El caballero Artagnan! ¡Ah! ¡Buenos días, conde de la Fere! ¡Por fin os vemos en palacio!

ATHOS ¡Señor!... (Hincando la rodilla.)

LUIS Levantad; los nobles cual vos solo deben hincar la rodilla ante Dios. ¿Qué hay señor vizconde?

RAUL Perdonad, señor, si he retardado en entregaros este pliego, pero como me han dicho que estabais en consejo...

LUIS No os disculpéis, querido vizconde, pues ya se que sois un leal y fiel servidor. (Tomando el pliego que le presenta Raul, rodilla en tierra; lo abre y lee. A Colbert, después de leerlo.) Tomad, Colbert, enteraos de esto. Fouquet fortifica su Belle-Isle.

COLBERT Ya os lo dije, señor. (Vase con el pliego por primera izquierda.)

LUIS Si no oí mal, al entrar, hablábais del caballero Artagnan, que fué mi teniente de mosqueteros.

ATHOS Del mismo, señor.

LUIS Me gustaría verle.

ATHOS Si vuestra majestad quiere el vizconde irá a buscarle.

LUIS Sí, id; pero no le digais que vais en mi nombre: tal vez se negaría... Como tiene esas genialidades que es preciso dispensarle por su valor y noble franqueza... Id, id, señor vizconde, y procurad traerle como podais. (Vase Raul primera derecha.) En cuanto a vos, conde, os doy la enhorabuana por vuestro hijo; es un valiente y leal soldado.

ATHOS En su nombre vengo a pediros una gracia, señor.

LUIS ¡Oh! Hablad sin perder tiempo: ¿qué desea de mí el vizconde de Bragelone?

ATHOS Desea casarse.

LUIS Joven es todavía, pero enhorabuena. ¿Cómo se llama la novia?

ATHOS Luisa de la Vallière.

LUIS ¡Ah! Creo conocer ese nombre... Un marqués de la Vallière...

ATHOS Esa señorita es hija suya.

LUIS El marqués murió y la viuda contrajo segundas nupcias con el señor de Saint Remy, mayordomo de mi tía.

ATHOS Así es, señor.

LUIS Y creo que su hija ha entrado de dama de honor de la princesa.

ATHOS Acaba de decírmelo mi hijo.

LUIS Conde, se me figura que esa señorita no es muy hermosa, y además su condición es muy inferior a la vuestra; es un matrimonio muy desventajoso para vos que tenéis en tan alta estima el esplendor de vuestra casa.

ATHOS Yo, señor, no tengo en mucho otra cosa más que mi lealtad para con vuestra majestad.

LUIS No se porque me parece, conde, que ese matrimonio no es de vuestro agrado. ¿No es verdad?

ATHOS Pues bien, señor, es cierto.

LUIS Entonces ¿por qué no rehusais?

ATHOS Porque amo a mi hijo con todo mi corazón, y el pobre joven, que está perdidamente enamorado de la señorita de la Vallière, se forja mil felicidades para lo futuro.

LUIS ¿Pero ella le ama?

ATHOS Si quiere vuestra majestad que le diga lo que siento, no creo en el amor de la señorita de la Vallière. Ella es joven y está llena de ilusiones que se disiparán

en la atmósfera de palacio: este matrimonio será uno de tantos como se ven en la corte; pero Bragelone lo quiere, cúmplase su deseo, pues mi único objeto es hacer la felicidad de esos jóvenes, o más bien, de ese joven.

LUIS Y yo deseo también como vos la felicidad del vizconde de Bragelone, y por esto me opongo por ahora a su matrimonio.

ATHOS Señor, bien veo toda la benevolencia y generosidad que envuelve la negativa de vuestra majestad con respecto a mí, pero va a ser un golpe terrible para mi hijo.

LUIS Yo mismo me encargo de dárselo: venid; os entregaré una misiva para él. (Vase por la primera izquierda.)

ATHOS ¡Pobre Raul! (Siguiéndole.)

ESCENA VIII

AURA, por el foro, y MALICORNE, por primera derecha.

AURA ¡Malicorne! ¡Malicorne!

MALICO. ¿Qué hay, Aura encantadora?

AURA Que tienes que ir a abrir la puerta del jardín para que puedan entrar los músicos.

MALICO. ¿Los músicos o guitarristas?

AURA ¡Bien, sí, los guitarristas! No más quieres hacerme hablar.

MALICO. Es para verte esos dientes tan monísimos que asoman por entre esos labios de coral.

AURA ¡Ay, qué tunante eres, Malicorne!... ¡Toma, por lo bien que hablas! (Dándole a besar la mano.)

MALICO. ¡Ay, qué rica, qué rica! (Besándosela.)

AURA ¡Ah! ¡El vizconde! (Vase foro.)

MALICO. ¡Fúgiter! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IX

RAUL y ARTAGNAN; luego, LUIS y ATHOS.

ARTAGNAN (Por primera derecha.) ¡Chiquillo, hemos espantado la caza! He visto correr a una liebre y a un conejo... ¿Pero dónde me llevas? ¡Yo creía que íbamos a tu habitación a ver a tu padre!

RAUL Aquí le he dejado hablando con el rey. Sin duda estarán en el despacho; esperemos un poco, tal vez no tarde en salir.

ARTAGNAN ¿Tu padre en el despacho de ese rey llorón, que hace pagar multas a los que desenvainan su acero?

RAUL Caballero Artagnan, no habléis de ese modo del rey, pues él os aprecia mucho; tanto es así, que él mismo me ha encargado que os trajese a palacio.

ARTAGNAN ¡El! Pues abur.

RAUL ¿A dónde vais?

ARTAGNAN ¿A dónde? A Inglaterra, para huir de ese lobezno coronado.

RAUL ¡Lobezno, el rey! Caballero Artagnan, ¿os habéis vuelto loco?

ARTAGNAN Al contrario, en mi vida he estado tan cuerdo. ¿Sabes lo que quiere hacer de mí ese digno hijo de... su madre? Pues meterme simplemente en la Bastilla.

RAUL ¿Pero por qué?

ARTAGNAN Por ciertas cosas que le dije un día en Blois. Solté demasiado mi lengua y ahora le ha venido a la memoria.

RAUL ¿Pues qué le dijisteis?

ARTAGNAN Que era un imbécil, un cobarde y un tonto.

RAUL ¡Artagnan!

ARTAGNAN Quizá no te haya dicho literalmente las mismas palabras, pero por lo menos ese era su sentido.

RAUL ¿Pero no mandó prenderos?

ARTAGNAN ¿Y por quién? Yo era el que mandaba los mosqueteros y hubiera sido preciso que me mandase prender a mí mismo. En seguida iba a obedecerle.

RAUL Callad: el rey. (Al ver salir al rey y a Athos.)

ARTAGNAN El rey.

LUIS Señor vizconde, seguid al conde de la Fere. (Vanse Raul y Athos primera derecha.) Por fin nos vemos, caballero Artagnan.

ESCENA X

ARTAGNAN Y LUIS.

ARTAGNAN Señor.

LUIS Sin duda ya sabréis que el cardenal ha muerto.

ARTAGNAN Lo sé, señor.

LUIS De consiguiente sabréis que ahora mando en mi casa.

ARTAGNAN Eso no es cosa que date desde la muerte del cardenal, señor: cuando uno quiere siempre manda en su casa.

LUIS Sí; pero ¿os acordais de lo que me dijisteis en Blois?

ARTAGNAN (¡Ah! ¡Ahí duele!)

LUIS ¿No me respondéis?

ARTAGNAN Señor, se me figura recordarlo.

LUIS ¡Pues yo no lo he olvidado nunca!

ARTAGNAN (¡Ya empieza a llover!)

LUIS Después de manifestarme todo lo que creíais que era verdad respecto de mi modo de pensar y obrar, acabasteis por decirme que habíais servido a mi familia por espacio de treinta y cinco años, sin recompensa alguna, y que os retirabais del servicio descontento y aburrido.

ARTAGNAN Es verdad.

LUIS Yo os dije: esperad; y vos contestasteis que estabais cansado de esperar. No, no os disculpeis... no trateis de ex-

cusaros... Era cosa natural, pero no tuvisteis caridad con vuestro príncipe, caballero Artagnan.

ARTAGNAN ¡Señor!... ¡Caridad con un rey de parte de un pobre soldado!

LUIS ¡Demasiado me comprendéis! Bien coconocíais que la necesitaba, bien sabíais que yo no era el amo. ¿Qué teníais que echar en cara al rey? ¿Que dejaba a Carlos II abandonado? ¿Pues qué queríais que hiciese? ¿Que me rebelase contra el cardenal Mazarino, que sostuvo mi trono contra las intrigas de los príncipes y los revoltosos? ¿Hubiérais preferido, caballero Artagnan, servir a un rey egoísta, ingrato y desleal?

ARTAGNAN ¡Ah, no, nunca!

LUIS Pues entonces ya véis como tuvisteis muy poca caridad de mí al abandonar mi servicio.

ARTAGNAN Señor, yo...

LUIS No hablemos más de eso, caballero Artagnan, y vamos a lo que importa. ¿Qué habéis hecho desde que tomasteis vuestra licencia?

ARTAGNAN Mi fortuna, señor. Fuí a Inglaterra...

LUIS ¡Ah, sí! Ya sé que con vuestro amigo, el conde de la Fere, devolvisteis el trono a Carlos II; vuestro amigo entregándole un millón, y vos apoderándoos del general Monck en su mismo campamento. ¡Os felicito, caballero Artagnan! Fué una hazaña digna de los capitanes del siglo XV.

ARTAGNAN Que me valió cien mil escudos, señor.

LUIS No es mala suma... pero me parece que sois ambicioso.

ARTAGNAN ¿Yo, señor? La cuarta parte de ese dinero me parece un tesoro, y os juro que no pienso en aumentarlo.

LUIS ¡Ah! ¿Con que tratais de vivir ocioso?

ARTAGNAN Sí, señor.

LUIS ¿Y abandonar la espada?

ARTAGNAN Ya lo he hecho.

LUIS No puede ser, caballero Artagnan.

ARTAGNAN ¿Por qué, señor?

LUIS Por que yo lo mando. Caballero Artagnan: ¿os bastarían veinte mil libras anuales de sueldo fijo?

ARTAGNAN Pero señor... Ya he dicho a vuestra majestad...

LUIS Que queríais descansar, lo sé; pero yo os he contestado que no quería. ¡Me parece que soy el amo!

ARTAGNAN Sí, señor.

LUIS Pues bien, capitán de mosqueteros, desde hoy estais a mi servicio.

ARTAGNAN ¡Capitán!

LUIS Sí, capitán. Caballero Artagnan, mañana mismo saldréis para Bretaña y examinaréis escrupulosamente las fortificaciones de ese país.

ARTAGNAN ¿Las costas?

LUIS También las islas; principiaréis por Belle-Isle.

ARTAGNAN ¿Que pertenece al caballero Fouquet?

LUIS Creo, caballero, que tenéis razón, y que Belle-Isle pertenece a Fouquet.

ARTAGNAN ¿Segun eso, vuestra majestad quiere que averigüe si es una buena plaza fuerte?

LUIS Sí.

ARTAGNAN ¿Si las fortificaciones son antiguas o recientes?

LUIS Justamente.

ARTAGNAN ¿Y en caso de que estén fortificando a Belle-Isle?...

LUIS Tomaréis un plano exacto de la fortificación. Esperad. (Vase izquierda primera.)

ARTAGNAN ¡Ea, ya estamos de nuevo en campaña, amigo Artagnan, y por lo que veo, el caballero Fouquet a escondidas del rey fortifica Belle-Isle!... ¡Si andará también en la danza Aramis! A Fouquet debe su

obispado de Vannes, y como el superintendente es aun hoy el verdadero rey de Francia, porque es el amo del dinero, me temo...

LUIS (Por la primera izquierda, con un pliego y un papel.) Caballero Artagnan, aquí tenéis vuestro nombramiento de capitán de mosqueteros, y además la orden para cobrar del superintendente el primer trimestre del sueldo que os he señalado. Si el señor Fouquet se niega a pagaros, os lo pagará el caballero Colbert. De todas maneras venid a decirme el resultado.

ARTAGNAN Está bien, señor. Voy en seguida.

LUIS Antes quiero que saludeis a la reina madre. Venid. (Vanse segunda derecha.)

ESCENA XI

PRÍNCIPE, LORENA, ENRIQUETA, GUICHE, LUISA, AURA, ATHENAIDA, Damas y Músicos.

(Al desaparecer el rey y Artagnan, se oye detrás de las cortinas el preludio de las guitarras, al mismo tiempo que salen por la segunda derecha el Príncipe y Lorena. Cuando el Príncipe corre la cortina del foro, aparecen detrás las damas y músicos y Enriqueta y Guiche ensayando un paso de baile. Sorpresa general.)

PRÍNCIPE Sí, Lorena, sí; me parece bueno tu consejo y voy... ¡Pero qué oigo! ¡Otra vez música! ¡Oh! ¡Esto es demasiado! (Corriendo la cortina. Sorpresa general.)

TODOS ¡Ah!

PRÍNCIPE ¡Muy bien! ¡Muy bien, señora! ¡He venido con la esperanza de encontraros triste y abatida, y os veo rodeada de caballeros y de placeres! ¡En verdad que es una dicha, señora!

ENRIQUE. Señor, al venir a la corte de Francia, ig-

noraba que las princesas de mi clase debieran ser tratadas como mujeres de Turquía, hasta prohibírselas que pudieran ver hombres: pero puesto que tal es vuestra voluntad, haced, si gustais, que pongan hierros a mis ventanas.

PRÍNCIPE ¡Esto más! ¡Señora!...

LORENA ¡Monseñor!...

PRÍNCIPE ¡Silencio! ¡Seguidme! Yo lo acabaré. (Vase por la segunda derecha.)

LORENA (Saludando.) ¡Señora! (Vase por la segunda derecha.)

ENRIQUE. ¡Hipócrita!

GUICHE Sí, alteza; ese hombre es la causa de todo; está celoso de mi privanza y solo aspira a indisponerme con el príncipe.

ENRIQUE. Así lo veo. Retiraos. (A los músicos.) Vos, conde, ya lo veis; fuerza será interrumpir los ensayos. Yo veré al rey: idos.

GUICHE ¡Señora, cuán corta es la felicidad! ¡Del cielo hundirme en el abismo!

ENRIQUE. Quién sabe si pronto volverá a lucir el sol.

GUICHE Que será para mí la vida.

AURA Señora, el rey.

ENRIQUE. (A Guiche.) Salid por aquí. (Vase Guiche por el foro.)

ESCENA XII

ENRIQUETA, LUIS y Damas.

LUIS (¡Ah, el conde de Guiche!) (Al verle marchar.) Hermana mía, ¿sería tan feliz que me concedieseis un momento de audiencia?

ENRIQUE. Estoy a las órdenes de vuestra majestad. Salid. (A las damas de honor, que se retiran por el foro.)

LUIS Decidme, hermana mía, ¿qué ha pasado hoy aquí?

ENRIQUE. Decid, señor, qué es lo que me han hecho.

LUIS ¿A vos?

ENRIQUE. A mí, señor. ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo!

LUIS ¡Qué! ¿lloráis?

ENRIQUE. ¡Hace rato que lloro, señor!

LUIS ¡Por Dios, hermana mía, calmaos!

ENRIQUE. ¡Calmarme!... Señor, no hace mucho que me han privado de la presencia de un amigo de mi hermano, del duque de Buckingham, mi compañero de infancia...

LUIS ¡Pero, hermana mía, el duque de Buckingham estaba enamorado de vos y mi hermano tenía celos! ¡Os ama tanto!

ENRIQUE. ¡Monseñor amarme! ¡Ah, señor, no lo creais! Monseñor no amará jamás a una mujer, porque se ama demasiado a si mismo. No: por desgracia mía, monseñor es de los celosos de la peor especie: un celoso sin amor.

LUIS Confesad, no obstante, que Guiche os ama.

ENRIQUE. Señor, nada sé.

LUIS Es extraño, porque el que ama siempre se hace traición a si mismo.

ENRIQUE. Es que el conde de Guiche no se la ha hecho, señor.

LUIS (Cogiéndole la mano.) ¿Con qué nada tenéis que ver con Guiche?

ENRIQUE. Nada absolutamente, señor.

LUIS ¿De modo que podré tranquilizar a mi hermano? Como es tan joven, fácil es convencerle.

ENRIQUE. ¡Ay, señor! no dudéis de que nada le tranquilizará. No creáis que esté celoso; eso no ha sido más sino que monseñor ha escuchado malos consejos, y su carácter es naturalmente inquieto.

LUIS Es muy natural que lo esté con vos.

ENRIQUE. ¿Por qué, señor? (Levantando la vista para

mirar a Luis. Al encontrarse las dos miradas, ella baja los ojos ruborizada, y él, emocionado, continúa mirándola sin soltar la mano que estrecha entre las suyas. Pausa a juicio de los artistas.)

LUIS Mi hermano se queja de que preferís a su conversación y sociedad otras conversaciones particulares... El conde de Guiche...

ENRIQUE. ¿El conde de Guiche incomoda a monseñor? ¿Será cosa de que le hagan marchar también como al duque de Buckingham?

LUIS ¿Si es preciso por qué no?

ENRIQUE. Pues bien, después del conde de Guiche... a quien os advierto, señor, que le echaré de menos...

LUIS ¡Ah! ¡Le echaréis de menos!...

ENRIQUE. ¡Por su amabilidad y galantería, señor!

LUIS ¡Sabéis que como buen hermano me haréis cobrar horror al conde de Guiche!

ENRIQUE. ¡Ah, señor! os ruego que no os revistais de las simpatías ni de los odios del príncipe; permaneced siempre el rey, que así será más conveniente para vos y para todo el mundo.

LUIS Sois una burlona encantadora, señora, y comprendo muy bien que os adoren hasta los mismos de quienes os burlais.

ENRIQUE. Y sin duda por lo mismo, señor, vos, a quien hubiera aceptado por defensor mío, vais a poneros de parte de los que me persiguen.

LUIS ¡Yo perseguiros!... Dios me libre. (Cogiéndole la mano cariñosamente.)

ENRIQUE. (Mirándole lánguidamente.) Entonces concededme una cosa, señor.

LUIS ¿Qué?

ENRIQUE. Dejadme ir a Inglaterra.

LUIS ¡Oh! ¡Eso nunca, nunca!

ENRIQUE. ¿Con qué, es decir que estoy prisionera?

LUIS Sí, en Francia, a mi lado...

ENRIQUE. ¿Y qué he de hacer, entonces?

LUIS Dedicarme a mí... a nosotros, el tiempo que pasais en vuestro gabinete escuchando vanos galanteos. ¿Queréis que nosotros formemos una alianza ofensiva y defensiva?

ENRIQUE. ¿Una alianza con vos, señor?

LUIS ¿Y por qué no? ¿No sois, acaso, una potencia?

ENRIQUE. ¿Pero vuestra majestad será un aliado fiel?

LUIS Ya lo veréis, señora.

ENRIQUE. ¿Y desde qué día datará esa alianza?

LUIS Desde hoy.

ENRIQUE. Pues yo redactaré el contrato.

LUIS Enhorabuena.

ENRIQUE. ¿Y lo firmaréis?

LUIS Ciegamente.

ENRIQUE. ¡Ah, señor!... ¿No me engañaréis?

LUIS Engañaros a vos... a vos, que os habéis apoderado de... ¿Qué os hace dudar, señora?

ENRIQUE. Una cosa no más.

LUIS ¿Cuál?

ENRIQUE. El pasado.

LUIS ¿El pasado? Ni vos ni yo debemos acordarnos de él. Para mí no existe más que lo presente, que lo tengo delante de mí. (Llevándola delante de un espejo.) Mirad.

ENRIQUE. ¡Ah!

LUIS ¿Y para vos?

ENRIQUE. También.

LUIS ¡Ah! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! (Besándole la mano.)

ENRIQUE. ¡Adiós, señor! (Emocionada.)

LUIS Hasta cuando?

ENRIQUE. Hasta que vos querais. (Vase foro.)

LUIS ¡Ah, corazón humano, quién podrá comprenderte jamás! (Vase primera izquierda.)

ESCENA XIII

ARTAGNAN y COLBERT.

ARTAGNAN (Por primera derecha.) Perfectamente; ya están en mi poder las veinte mil libras que el rey me ha destinado anualmente. Vamos, pues... ¡Ah! El señor Colbert.

COLBERT Caballero Artagnan, el rey me ha hablado de una cobranza...

ARTAGNAN Precisamente iba a decir al rey que el superintendente Fouquet...

COLBERT ¿No os ha querido pagar?

ARTAGNAN Al contrario, que me ha pagado al instante.

COLBERT ¡Ah! ¿Con que el caballero Fouquet os ha pagado ya las cinco mil libras?

ARTAGNAN No, caballero, me ha pagado veinte mil, para ahorrarme el tener que hacer cada trimestre una visita a su caja.

COLBERT ¿Qué decís, caballero? ¡Oh! Eso no tenía derecho a hacerlo.

ARTAGNAN ¿Que no tenía derecho a hacerlo? ¿Por qué?

COLBERT Porque vuestra carta-orden... ¿Tenéis la bondad de enseñármela?

ARTAGNAN Con mucho gusto; vedla aquí.

COLBERT ¡Ah! ¿Lo veis? La carta-orden dice así: «Páguese a la vista al caballero Artagnan la suma de cinco mil libras que forma un trimestre de la pensión que le he señalado.»

ARTAGNAN Así está escrito, en efecto.

COLBERT Pues bien, el rey no debía sino cinco mil libras: ¿por qué se os han dado más?

ARTAGNAN Porque tenían más y quisieron darme más: eso no le importa a nadie.

COLBERT Es natural que ignoréis los usos de la contabilidad; pero caballero, cuando tenéis que pagar mil libras ¿cómo lo haceis?

ARTAGNAN Yo nunca tengo que pagar mil libras; para mí las quisiera.

COLBERT Pero bien, si tuvieseis que hacer un pago, es bien seguro que no pagaríais más de lo que debieseis.

ARTAGNAN Eso no prueba más que una cosa, y es que vos tenéis vuestros usos particulares en contabilidad, y el señor Fouquet tiene los suyos.

COLBERT Los míos son los buenos, caballero.

ARTAGNAN No digo que no.

COLBERT Y vos habéis cobrado lo que no se os debía.

ARTAGNAN (Conteniéndose a duras penas.) Lo que no se me debía aun, querréis decir, señor Colbert; porque si yo hubiese recibido lo que no se me debía absolutamente, hubiera cometido un robo.

COLBERT Pero os sobran quince mil libras y vais a entregármelas.

ARTAGNAN Yo?... ¡ca, señor Colbert! ni lo imaginéis siquiera.

COLBERT El rey necesita su dinero, caballero Artagnan.

ARTAGNAN Y yo, caballero Colbert, necesito el dinero del rey.

COLBERT Pues vos restituiréis...

ARTAGNAN ¡Ni por pienso! Siempre he oído decir que en materia de contabilidad, como vos decís, un buen cajero ni devuelve ni recobra nunca.

COLBERT Entonces veremos lo que dice el rey, a quien enseñaré esta firma, que prueba que el señor Fouquet no solo paga lo que no debe, sino que ni siquiera guarda recibo de lo que da.

ARTAGNAN ¡Ah! ¡Ya comprendo el por qué me habéis cogido ese papel, señor Colbert!

COLBERT Algún día veréis de lo que me sirve esta carta-orden. (Levantándola en alto.)

ARTAGNAN (Cogiéndosela.) De nada.

COLBERT ¡Caballero, esa violencia! ¡Se lo diré al rey!

ARTAGNAN Por mí aun que se lo digais al Padre Santo. A vuestras órdenes, señor Colbert. Servidor.

COLBERT ¡Ah!

ARTAGNAN Vuelve por otra.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardines campestres. en el centro la encina real. Una encina grande y frondosa: al pie un asiento para cuatro personas.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA, LUISA, AURA, ATHENAIDA, LUIS, RAUL, LORENA, FOUQUET, damas y caballeros.

Al levantarse el telón se oye el ruido de los fuegos artificiales que figura que hace rato que han empezado, y al terminar éstos se ilumina todo el escenario con luces de aurora. La escena está llena de farolitos y vasos de colores, encendidos.

LUIS (Al terminar los fuegos.) ¡Os felicito, caballero Fouquet! ¡Vuestra fiesta va resultando soberbia y magnífica! Nos lleváis de sorpresa en sorpresa.

FOUQUET Señor, aun falta la más grande, y es...

LUIS No, no me la digáis; prefiero ignorarla, así me producirá más efecto, pues no dudo que, preparada por vos, será digna de admiración. Ahora, a la caza de mariposas. Señores, libertad completa. (Caballeros y damas saludan y vanse todos menos Luis y Enriqueta.)

ESCENA II

LUIS y ENRIQUETA.

LUIS ¿No es esto lo que queríais, Enriqueta, que quedásemos solos?

ENRIQUET. Sí, porque necesitaba ser oída de vos únicamente y vista de todo el mundo.

LUIS Y yo también.

ENRIQUET. ¿Os ha sorprendido mi billete?

LUIS Me ha sobresaltado. Pero aun es de mayor importancia lo que tengo que deciros.

ENRIQUET. No lo creo. ¿Sabéis que el príncipe me ha cerrado su puerta?

LUIS ¿A vos?... ¿Y por qué?

ENRIQUET. ¿No lo acertáis?

LUIS ¡Ay, Enriqueta! veo que uno y otro teníamos que decirnos una misma cosa.

ENRIQUET. ¿Pues qué os ha sucedido?

LUIS Que al regresar del baño me encontré conque mi madre me llamaba a su habitación, en donde la retiene su enfermedad.

ENRIQUET. ¡Oh! ¡la reina madre! Eso ya es cosa grave.

LUIS Y tanto... pues oid lo que me dijo... que mi hermano estaba celoso de mí.

ENRIQUET. (Sonriendo con malicia.) ¿De veras?

LUIS Y ciertamente, no creo que hayamos dado lugar...

ENRIQUET. ¡Nunca! por mi parte...

LUIS Y ha añadido que el príncipe ha entrado en su cuarto como un loco, quejándose amargamente de vuestra... permitidme que lo diga, Enriqueta.

ENRIQUET. Decid, decid.

LUIS De vuestra coquetería. Mi hermano no repara en la injusticia que comete.

ENRIQUET. Sois muy amable, señor.

LUIS Mi madre trató de tranquilizarle, pero dijo que no le convencían sus explicaciones.

ENRIQUET. ¿Pero a qué ese enojo?

LUIS ¡Eso digo yo! Si hubiese motivo...

ENRIQUET. Convenid, señor, en que el mundo es bien perverso... Muchas veces hemos estado solos como ahora, porque solemos hallar agradables unas mismas cosas, y hubiéramos podido deslizarnos... ¿Lo hemos

hecho nunca?... Para mí sois vos un hermano, y nada más.

LUIS ¡Ah! (Frunciendo las cejas.)

ENRIQUET. Vuestra mano, que se encuentra con frecuencia con la mía, no me produce esos estremecimientos, esa emoción... que los amantes, por ejemplo...

LUIS ¡Oh! ¡basta, por Dios! Sois inexorable y me causaríais la muerte.

ENRIQUET. ¿Por qué?

LUIS ¿Con qué, nada sentís hacia mí?

ENRIQUET. ¡Oh! señor, no he dicho eso... mi afecto...

LUIS Enriqueta, basta... os lo vuelvo a suplicar... Si creeis que soy de mármol como vos, estáis en un error.

ENRIQUET. (Bajando los ojos.) ¡El príncipe está celoso!

LUIS ¡Oh, sí, tenéis razón!

ENRIQUET. (Mirándole apasionadamente.) Bien lo veis, sois libre y nadie sospecha de vos... no hay nada que envenene la alegría de vuestra casa. (Suspirando.)

LUIS ¡Os engañáis! La reina tiene celos también.

ENRIQUET. ¡María Teresa!

LUIS ¡Celos terribles!... Los celos de mi hermano han prevenido de los suyos. Parece que la reina lloraba y se quejaba a mi madre por esas partidas de baños tan dulces para mí.

ENRIQUET. ¡Y para mí!

LUIS ¡Ah! ¡Enriqueta! (Cogiéndola las manos.)

ENRIQUET. ¡Pobre rey, y pobre princesa! (Los dos se miran, y repentinamente bajan los ojos, permaneciendo así breves momentos, con las manos juntas.)

LUIS ¿Qué hacer? ¿qué hacer, Enriqueta, para poder conservar siempre esta felicidad?

ENRIQUET. Lo mejor sería, señor, que vos fingieseis dirigir todas vuestras atenciones a otra mujer. (Risas dentro.)

LUIS ¡Excelente idea! ¿Qué os parece si dirigiera mis atenciones a la señorita de Tonnay-Charente?

ENRIQUET. ¿Athenaida?
LUIS Sí; es hermosa...
ENRIQUET. ¿Os lo parece?
LUIS ¡Ya lo creo!
ENRIQUET. Pues no me conviene.
LUIS ¿Por qué?
ENRIQUET. Porque Athenaida es un remedio demasiado eficaz: verdad es que curaría completamente al celoso, pero podría muy bien hacer una celosa.
LUIS ¡Ah! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¡cuán feliz me hacéis! Pues bien, escoged vos misma a la que haya de curar a nuestros celosos.
ENRIQUET. Ya tengo una.
LUIS ¿Cuál?
ENRIQUET. La señorita de la Vallière.
LUIS ¡Oh!
ENRIQUE. ¿Qué, no os gusta, señor?
LUIS ¿No veis qué pálida está esa pobre joven? ¡Y luego es tan melancólica!
ENRIQUET. Con eso formará contraste conmigo que dicen que soy demasiado jovial.
LUIS Y a más de eso cojea.
ENRIQUET. Mejor; así podréis alcanzarla más fácilmente.
LUIS ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! Habéis ido a buscarme precisamente la menos agradable de vuestras damas de honor.
ENRIQUET. ¿No me permitisteis la elección?
LUIS Sí.
ENRIQUET. Pues bien, esa es y no hago otra: conque resignaos.
LUIS ¡Oh! yo me resignaría con una de las furias, si tal fuese vuestra voluntad.
ENRIQUET. La Vallière es dulce como un cordero: no temáis que os contradiga nunca cuando le digáis que la amáis. (Riéndose.)
LUIS ¡Oh! Se conoce que no teméis que se lo diga muchas veces, ¿no es verdad?
ENRIQUET. Estoy en mi derecho.
LUIS No os lo disputo.

ENRIQUE. ¿Con qué, es trato convenido?

LUIS Y firmado.

ENRIQUET. Y me conservaréis una amistad de hermano y una galantería de rey, ¿no es así?

LUIS Os conservaré un corazón que no puede ya latir sino a voluntad vuestra.

ENRIQUET. ¿Y cuándo vais a empezar?...

LUIS Esta misma noche, durante el paseo, me deslizaré en el bosque y encontrando a la Vallière sin vos...

ENRIQUET. Yo sabré alejarla. Eso corre de mi cuenta.

LUIS Muy bien; me acercaré a ella entre sus mismas compañeras y arrojaré el primer dardo.

ENRIQUET. Cuidado no erréis el tiro; asestad bien al corazón. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

LUIS ¡Ah! ¡Qué hermosa sois, Enriqueta!

ENRIQUET. ¡Señor, que os espera la Vallière!

LUIS ¡Ah! sí, tenéis razón; vamos. ¡Ay! ¡qué caro cuesta el amor!

ENRIQUET. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! No digáis eso, señor. (Vanse.)

ESCENA III

RAUL, LORENA, luego PORTHOS, después FOUQUET.

LORENA ¿Cuántas mariposas habéis cazado, querido vizconde?

RAUL Ninguna. No me divierte a mí eso.

LORENA No os parecéis al rey, que corre tras ellas con un afan... mirad... mirad... digo, y la princesa... ¿Qué os parece, amigo Bragelone, de esa intimidad del rey y la princesa?

RAUL ¿Qué queréis decir?

LORENA Que hace unos cuantos días él no la deja un solo instante; la acompaña a los baños, juntos forman excursiones, mientras el príncipe se queda en su cámara rabian-

do, después de haber hecho desterrar al de Guiche; además, María Teresa oculta sus lágrimas en los brazos de su suegra Ana de Austria. ¡Buena se va poniendo la corte! ¿No os parece, querido vizconde!

RAUL — Caballero, no me gusta oir chanzonetas sobre semejante materia. Nosotros, los nobles, somos los guardianes del honor de las reinas y de las princesas, y si nosotros hacemos burla de ellas ¿qué harán entonces los lacayos?

LORENA — ¿Qué queréis decir?

RAUL — Que tenéis la lengua muy venenosa, señor de Lorena, y que no es digno de un noble como vos hablar de las reinas y de la princesa como lo estáis haciendo, ni de las damas de honor como lo hicisteis ayer en palacio, según me dijeron, pues a estar yo presente os hubiera dado como ahora una lección de cortesía, señor duque.

LORENA — ¿Con la lengua o con la espada?

RAUL — Con lo que hubiera sido conveniente.

LORENA — Pues veámoslo.

RAUL — Caballero, no me parece este sitio el más a propósito para batirnos.

LORENA — Todos son buenos para castigar a un deslenguado.

RAUL — ¡Ah!

LORENA — Y a un cobarde.

RAUL — ¡Cobarde! ¡Pues sea! (Desenvainando la espada y poniéndose en guardia.)

LORENA — ¡Por fin! (Cruzando los aceros.)

PORTHOS — (Dentro.) ¡Ruido de espadas! Voy... (Saliendo.) ¡Qué veo! ¡Raul! Caballero...

LORENA — ¡Apartad! ¡Quiero castigar a ese insolente!

PORTHOS — ¡Raul insolente! ¡Por vida de Mazarino! ¡como decía Artagnan! Mátale, Raul.

RAUL — No; con esto hay bastante. (Desarmándole.)

PORTHOS — ¡Bravo, valiente!

LORENA — ¡Oh! ¡me vengaré! (Recoge la espada y vase.)

PORTHOS — ¡Pruébalo y de un puñetazo!...

RAUL Dejadle, Porthos.

PORTHOS ¿Y por qué os habéis batido?

RAUL Porque anda por ahí difamando a todo el mundo.

PORTHOS Pues como hable de un puñetazo hago de él una tortilla. ¡Pero déjame sentar! ¡estoy rendido!

RAUL ¡Y lleváis los vestidos llenos de polvo! ¿De dónde venís, amigo mío?

PORTHOS De Vannes; traigo un recado urgente para el caballero Fouquet, que me han dicho se hallaba en los jardines, pero por más que he buscado...

RAUL Pues mirad, casualmente se dirige hacia aquí.

PORTHOS Gracias a Dios. ¡Ay! ¡mis piernas!

FOUQUET ¿Cómo aquí tan solo, señor vizconde?

RAUL Solo no, caballero Fouquet; mirad.

FOUQUET ¡Ah! ¡Caballero Du-Vallon! ¿Vos aquí?

PORTHOS Acabo de llegar.

RAUL Con vuestro permiso, señores.

PORTHOS Adiós, Raul.

FOUQUET Hasta luego, querido vizconde. (Vase Raul.)

ESCENA IV

PORTHOS y FOUQUET.

PORTHOS Dispensadme, caballero Fouquet si no me levanto, pues estoy molido y medio muerto. He andado cincuenta leguas a caballo sin descansar un minuto.

FOUQUET ¿Tan urgente es lo que tenéis que decirme?

PORTHOS Tanto que he reventado ocho caballos por el camino para llegar más pronto. Por esto he venido a encontraros aquí.

FOUQUET Pues hablad. ¿Qué hay?

PORTHOS Pues hay que mi amigo Aramis me ha dicho: «Porthos», monta a caballo y volando como el viento corre a entregar al caba-

llero Fouquet esta carta y este pliego, pues le va la vida en ello.

FOUQUET ¡Ah! ¡Dadme! (Cogiéndolos, y mientras abre la carta dice: ¿Qué será esto?

PORTHOS ¡Ay! si pudiese dormir un par de horas.

FOUQUET Id, mi buen Porthos, id a descansar.

PORTHOS Que bien lo necesito. Me parece que me quedo dormido por el camino.

FOUQUET (Leyendo.) «Señor, todo está descubierto: el caballero Artagnan ha llegado a Belle-Isle, disfrazado, con una comisión del rey. Se ha enterado de las fortificaciones y de todo... Mientras yo le entretengo, aquí os mando a mi amigo Porthos con esta carta y el plano, para que sin pérdida de tiempo lo entreguéis al rey, regalándole, además, vuestra posesión de Belle-Isle. Vuestra vida depende de que lo hagáis antes de que llegue el caballero Artagnan. Ya sabéis el odio que os tiene Colbert y que procurará perderos. Ganadle por mano. Vuestro amigo Aramis, Obispo de Vannes.» ¡Oh! ¡Cuánto dinero perdido! ¡Arruinado! ¡La suerte me abandona! ¡Ya he luchado bastante! ¡Cúmplase mi destino! Triunfe Colbert y húndame para siempre en el abismo.

ESCENA V

LUIS, FOUQUET, luego RAUL.

LUIS ¡Cómo es eso, querido Fouquet! ¿Qué hacéis aquí tan solo y pensativo? ¿Acaso estáis ideando algo nuevo para darme otra sorpresa?

FOUQUET Sí, señor. Y ya que me habéis cogido infraganti, no quiero demorarla por más tiempo. Aquí la tenéis, señor. (Entregándole el pliego que le ha dado Porthos.)

LUIS ¿Qué es esto?

FOUQUET El plano de las fortificaciones de Belle-Isle.

LUIS ¡Ah! ¿Habéis fortificado a Belle-Isle? ¿Para qué?

FOUQUET Para un objeto bien fácil de adivinar, señor. Vuestra majestad no estaba en muy buena inteligencia con la Gran Bretaña.

LUIS Sí, pero cuando la restauración de Carlos segundo he hecho alianza con ella.

FOUQUET De esto hace dos meses, señor, y las fortificaciones de Belle-Isle empezaron hace seis meses.

LUIS ¡Ah! ¿Creo que Belle-Isle es vuestra, caballero Fouquet?

FOUQUET No, señor.

LUIS ¿Pues a quién pertenece?

FOUQUET Á vuestra majestad.

LUIS ¡Cómo!

FOUQUET Os suplico, señor, que aceptéis este humilde presente, pues Belle-Isle, como plaza de guerra, debe ser ocupada por el rey, y de consiguiente vuestra majestad podrá tener allí, en adelante, una segura guarnición.

LUIS La acepto, querido Fouquet; pero ha debido costaros mucho dinero.

FOUQUET Señor, no vale la pena de...

LUIS ¿Cuánto habéis gastado? Quiero saberlo.

FOUQUET Un millón seiscientas mil libras, señor.

LUIS ¡Un millón seiscientas libras! Sois inmensamente rico, caballero Fouquet. ¡Más rico que vuestro rey!

RAUL Señor...

LUIS ¿Qué hay, vizconde?

RAUL (Aparte a Luis.) Acaba de llegar el caballero Artagnan y desea hablar con urgencia a su majestad.

FOUQUET (¡Ah!)

LUIS Que venga. (Vase Raul.) Caballero Fouquet, después seguiremos nuestra conversación.

FOUQUET Está bien, señor. (Retirándose.)

ESCENA VI

LUIS y ARTAGNAN.

LUIS ¡Un millón seiscientas mil libras! ¿Será cierto lo que dice Colbert, que ese hombre se ha enriquecido con el dinero del Estado? Si fuese así, no volvería a robar más. ¡Ah! ¿sois vos, caballero Artagnan?

ARTAGNAN Señor, perdonad si me presento así ante vuestra majestad, pero la urgencia del caso...

LUIS No os disculpéis, capitán, a mí me gusta mucho ver en desorden a mis servidores, pues esto prueba que se desviven por cumplir con su deber. ¿Con qué, según eso, me traeis grandes noticias?

ARTAGNAN Señor, os enteraré en dos palabras: Belle-Isle está fortificada admirablemente: tiene una doble muralla, una ciudadela y dos fuertes destacados. Su puerto contiene tres barcos corsarios, y sus baterías sólo esperan que las guarnezcan sus cañones.

LUIS Lo sé, caballero.

ARTAGNAN ¿Qué vuestra majestad sabe?...

LUIS Tengo el plano de las fortificaciones de Belle-Isle.

ARTAGNAN ¿Vuestra majestad tiene el plano?...

LUIS Vedlo aquí.

ARTAGNAN En efecto, señor, ese mismo es: ¡allá he visto otro igual! ¡Ah! ¡Ya comprendo! ¡Vuestra majestad no se ha fiado de mí solo, y ha enviado a algún otro! (Con cierta reconvención.)

LUIS ¿Y qué importa, caballero, el modo como ha llegado a mi noticia lo que sé, supuesto que lo sé?

ARTAGNAN Enhorabuena, señor; pero me tomaré la libertad de decir a vuestra majestad que no valía la pena el haber corrido tanto y haberme expuesto veinte veces a quebran-

tarme los huesos para verme saludado a mi regreso con semejante noticia. Señor, cuando se desconfía de las personas o se las cree insuficientes no se las emplea. Por lo tanto, ya que no sirvo pido mi licencia.

LUIS ¿Cómo vuestra licencia?

ARTAGNAN Sí, señor, mi licencia. Soy demasiado orgulloso para comer el pan del rey sin ganarlo, o mejor dicho, ganándolo mal. Mi licencia, señor.

LUIS ¡Hola! ¡hola! (Gozándose en mortificarle.)

ARTAGNAN Mi licencia, o yo me la tomo.

LUIS Vamos, venid acá, mi valiente mosquetero y desarrugad ese ceño. ¿Qué culpa tenéis vos si el caballero Fouquet ha querido regalarme a Belle-Isle y el plano de sus fortificaciones?

ARTAGNAN ¡Ah! ¿Ha sido el caballero Fouquet el que?...

LUIS El mismo, hace pocos momentos.

ARTAGNAN ¡Ah, necio de mí! Porthos me ha tomado la delantera y Aramis...

LUIS ¿Qué queréis decir?

ARTAGNAN ¡Nada, señor, nada! (¡Ah! ¡Yo me tomaré la revancha!)

LUIS Conque ya veis, caballero Artagnan, que el rey no desconfía de vos y os recompensará como merecéis.

ARTAGNAN Gracias, señor.

LUIS Por de pronto os concedo un par de días de licencia, para descansar.

ARTAGNAN Que a fe bien lo necesito, y si su majestad me da su venia.

LUIS Sí, podéis retiraros, amigo Artagnan.

ARTAGNAN Gracias, señor. (Vase.)

LUIS ¡Arrebatado y terco como siempre! Genio y figura... (Se oyen risas de mujeres.) ¿Qué es eso? ¡Ah! La Vallière y sus amigas. Vamos a empezar el ataque, pero antes quiero sorprenderlas. Aquí no me verán. (Ocultándose.)

ESCENA VII

LUIS, oculto, LUISA, AURA y ATHENAIDA.

AURA — Venid, venid. Aquí bajo la encina real podremos reir con más libertad y charlar de nuestras cosas. Qué placer experimento al vernos aquí libres, solas y con derecho a ser francas sobre todo con nosotras mismas.

ATHE. — Sí, porque la corte, por brillante que sea, encubre siempre la mentira bajo los pliegues del terciopelo o bajo el resplandor de los diamantes. ¿No os parece?

LUISA — Yo, como no sé mentir, cuando no puedo decir lo que siento, me callo.

AURA — Pues no gozaréis de favor mucho tiempo, querida Luisa : aquí no es lo mismo que en Blois, en donde contábamos a la vieja Madama todos nuestros enfados y todas nuestras envidias.

LUISA — ¡Ay! ¡sí! Allí...

ATHE. — Amigas, no debéis echar tan de menos la corte de Blois que no os consideréis dichosas en estar entre nosotras. La corte es un sitio a donde vienen los hombres y las mujeres para hablar de cosas que las madres y los tutores, y principalmente los confesores, prohiben con severidad. En palacio se dicen esas cosas bajo el privilegio del rey y de las reinas ; ¿no es esto un placer?

AURA — ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Athenaida es franca esta noche, conque aprovechemos la ocasión.

ATHE. — Sí, aprovechadla, porque conozco que esta noche podrían arrancarme hasta los secretos más íntimos del corazón.

AURA — ¡Lástima es que no esté aquí el conde de Montespan!

ATHE. — ¿Creeis que yo ame al conde de Montespan?

AURA Me parece que es un buen mozo.

ATHE. Sí, y aun añadiré que de todos los hombres que aquí se ven es el mejor mozo y el más...

LUISA (Levantándose asustada.) ¿Qué suena por ahí?

AURA Algún gamo que se oculta entre las ramas.

ATHE. Yo no tengo miedo más que a los hombres.

AURA Cuando no se parecen a Montespan.

ATHE. No sigáis con esa chanza... verdad es que Montespan me obsequia; pero eso a nada compromete. ¿No tenemos a Guiche que está obsequiando a la princesa?

AURA Por eso le han desterrado.

LUISA ¡Pobre joven!

ATHE. ¿Y por qué ha de ser pobre?... Me parece que la princesa es persona de bastante belleza y gran distinción.

LUISA Cuando se ama, no es a la persona de belleza ni de distinción, queridas amigas; cuando se ama no debe mirarse más que al corazón y los ojos de aquel o aquella a quien se ama.

ATHE. ¿Pues hay quién ama por ventura? Una mujer bien templada y que abrigue un corazón generoso, debe mirar a los hombres, hacerse amar, adorar de ellos y nada más.

AURA Eso, eso. Pero yo no sé ponerlo en obra, pues, por más que sueño con emperadores, sólo me encuentro con Malicorne.

LUISA ¡No os entiendo! Habláis como seres que no estuviesen destinados a vivir en este mundo.

AURA No deja de ser agradable vuestro mundo.

ATHE. Un mundo en donde el hombre inciensa a la mujer para hacerla caer aturdida, y la insulta después que la ve caída.

LUISA ¿Y quién os habla de caer?

ATHE. ¡Ah! esa es una teoría del todo nueva, querida mía: vamos a ver, ¿qué medio

tenéis para no quedar vencida, si os dejáis arrastrar por el amor?

LUISA ¡Oh! (Alzando sus ojos al cielo, humedecidos.) Si supieseis lo que es un corazón, yo me explicaría y os convencería: un corazón que ama es más fuerte que toda vuestra coquetería y todo vuestro orgullo. Nunca es amada una mujer, así lo creo y Dios me oye, nunca ama un hombre con idolatría sino cuando conoce que es amado. El amor, tal como yo lo concibo, es un sacrificio continuo, absoluto, entero; pero no el sacrificio de una sola de las partes, sino la abnegación completa de las dos almas que desean confundirse en una sola. De mí sé deciros que no caeré nunca, porque suplicaré a mi amante que me deje libre y pura; le diré y sabrá comprenderme, que mi alma se halla destrozada por la negativa que le opongo, y él, que no podrá menos de amarme, al ver la dolorosa inmensidad de mi sacrificio, se sacrificará a la vez como yo y me respetará, y no tratará de hacerme caer para insultarme después de caída, como decíais hace poco blasfemando contra el amor puro y verdadero. Así es como yo amo. ¡Venidme ahora a decir que mi amante me despreciará! Esò tan sólo lo hacen los viles y cobardes, y el que mi corazón ha elegido es noble, digno y honrado.

AURA ¿El vizconde de Bragelone?

LUISA ¡El vizconde de Bragelone! ¡Pobre Raul!

AURA ¡Qué! ¿acaso no le amáis?

LUISA ¡Creía amarle!

AURA ¿Qué decís?

LUISA La verdad. Creía amarle, ¡pero después de haber visto al rey!...

AURA ¡Al rey!

ATHE. ¿Os habéis atrevido a fijar los ojos?...

LUISA Sí, ya sé que no es dado a todos los ojos

mirar de frente al sol, pero yo le miraré, aun cuando deba quedarme ciega.

LUIS Y haréis muy bien, señorita.

LUISA ¡Ah! (Desmayándose.)

AURA Y ATHE. ¡El rey!

LUIS (Recibiéndola en sus brazos.) ¡Se ha desmayado! ¡Ah! ¡pronto! ¡un elixir!... No, esperad, yo mismo iré. (Dejándola en el banco.) No la dejéis. ¡Me ama! ¡Me ama! (Vase.)

ATHE. ¡Nos ha oído!

AURA ¿Y qué hacemos?

ATHE. Será preciso avisar a la princesa porque sino...

AURA Sí, sí, id en seguida. (Vase Athenaida.) ¡Ay! en qué lío nos hemos metido ¡Miren la niña tímida! ¡Y no vuelve en sí! ¡Luisa, Luisa! ¡Pero se ha vuelto loca esta chica! ¡Amar al rey! ¡Ah! ¡Ya vuelve! ¡Luisa! ¡Luisa!

LUISA ¿Dónde estoy? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! ¡El rey!... ¡Qué vergüenza!

AURA ¡Tranquilizaos! ¡Ah! ¡Aquí está la princesa!

ESCENA VIII

LUISA, AURA, ENRIQUETA, ATHENAIDA, luego LUIS.

ENRIQUET. ¿Con que vos, señorita de la Vallière os habéis atrevido?... ¡Qué insolencia! Ay de vos y de vosotras, señoritas, si me desmentís, en lo más mínimo, lo que voy a decir al rey, pues seréis arrojadas de palacio y de la corte.

LUIS ¡Ya estoy aquí! (¡Ah! ¡la princesa!)

ENRIQUE. ¡Señor, tranquilizaos! La señorita de la Vallière se halla completamente bien. Todo ha sido comedia, pues estas señoritas habían visto a vuestra majestad que se ocultaba detrás de los árboles y han querido gastarle esa broma, que espero que el rey les perdonará.

LUIS. ¡Ah!

ENRIQUET. ¿No es verdad, señoritas?

AURA Y ATHE. Sí. (Luisa no más baja la cabeza sin poder casi sostenerse.)

ENRIQUET. Ahora, si el rey nos da su venia...

LUIS. Está bien.

ENRIQUET. Vamos, señoritas. (Haciéndolas pasar delante: Todas, al pasar ante el rey, saludan; Luisa casi no puede andar; Luis la mira fijamente y ella va con los ojos bajos. Compréndase la situación de todos.) ¡Ay de ella si el rey la ama!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Sala.

ESCENA PRIMERA

LUISA y AURA.

AURA ¡Vaya, Luisa, calmaos! ¿Qué sacáis con desesperaros así? A nosotras no nos toca más que sufrir y callar.

LUISA No, no quiero que el rey crea que yo he querido burlarme de él. Yo burlarme, cuando daría mi alma, mi vida por su felicidad. Necesito verle, hablarle.

AURA Pero os arrojarán de aquí: ya oísteis a la princesa.

LUISA Que me arrojen, todo antes que él me crea una infame. Voy a verle.

AURA ¿Sin pedirle una audiencia?

LUISA Es verdad. Voy a escribirle... pero quién se encargará de entregarle...

AURA Malicorne hará que llegue a sus manos.

LUISA ¡Ah! ¡Gracias, Aura!

AURA Escribid, mientras yo voy a buscarle. (Vase.)

ESCENA II

LUISA, luego AURA y MALICORNE.

LUISA (Escribiendo.) Señor, perdonadme mi impertinencia y la libertad que me tomo de di-

rigir este billete a vuestra majestad, pero es para suplicarle me dispense el favor de una audiencia en la que podré decir la verdad a mi rey. Luisa de la Vallière.» Ahora, Dios mío, no me abandones.

AURA Aquí le tenemos. ¿Está ya?

LUISA Sí. (Entregándosela.)

AURA Señor Malicorne, conque ya sabéis: esta carta a su destino sin que se entere nadie. En pago, tomad. (Dándole a besar su mano.)

MALICO. ¡Ah! ¡qué rica!

AURA Basta. Id, y... (Indicando que calle.)

MALICO. Mudo, ciego y sordo. (Vase.)

LUISA Ah, querida Aura, ¿cómo podré agradeceros...

AURA Enjugando las lágrimas que afean esos hermosos ojos.

LUISA Es que...

AURA Callad, viene el vizconde...

LUISA ¡Cielos! ¡Raul!

ESCENA III

LUISA, AURA, RAUL, luego ATHENAIDA.

RAUL Recibid mis humildes respetos, señoritas.

AURA Adelante, querido vizconde. Pero ¿qué es eso? Con botas y espuelas... ¿qué significa?

RAUL Que voy a marchar, señorita.

LUISA ¡A marchar!

RAUL Sí, querida Luisa: voy a Inglaterra.

LUISA ¿Y qué vais a hacer allí?

RAUL Voy de parte de su majestad.

LUISA Y AURA ¡El rey! (Luisa casi desfallece.)

LUISA ¡Ah!

RAUL ¿Qué tenéis, Luisa? (Corriendo a sostenerla.)

LUISA No es nada.

RAUL ¡Tenéis helada la mano! Supongo, querida Luisa, que ese frío no llegará al corazón, ¿no es verdad?

LUISA ¡Oh! bien sabéis, Raul, que mi corazón nunca está frío para un amigo como vos.

RAUL ¡Gracias, Luisa! ¡Si molesto, señorita!

AURA ¡Nada de eso, señor vizconde! Podéis hablar lo que gustéis; yo soy sorda cuando conviene.

LUISA ¿Y os vais por mucho tiempo, Raul?

RAUL No sé; puede que mi ausencia no dure quince días, y, sin embargo, me sucede una cosa extraña. Muchas veces me he separado de vos para exponerme a empresas arriesgadas, y entonces marchaba alegre, con el corazón tranquilo y el alma embriagada en un porvenir de dichas y esperanzas, aun cuando iba a desafiar las balas enemigas. Ahora voy sin peligro y sin temor alguno a buscar por el camino más fácil del mundo una hermosa recompensa del favor del rey, y, sin embargo, Luisa, no sé en qué consiste, pero toda esa dicha, todo mi porvenir huye ante mis ojos como un vano sueño, y siento aquí, en lo más vivo del corazón, un gran pesar, un profundo abatimiento, una cosa parecida a la inerte postración de un cadáver. Y bien sé por qué, Luisa; porque hoy os amo más que nunca.

LUISA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

RAUL No lloréis, Luisa, pues mi corazón...

AURA Enjugad vuestras lágrimas, que viene Athenaida.

LUISA ¡Ah!

ATHE. Señor vizconde, la princesa os espera para entregaros la carta para el rey Carlos segundo.

RAUL Voy... Luisa, adiós.

LUISA Adiós, Raul.

RAUL Señoritas...

AURA Buen viaje, vizconde.

RAUL Gracias. (Vase.)

ATHE. ¿Aun no le habéis desengañado, señorita

de la Vallière? Nos llamasteis a nosotras coquetas, pero vos...

LUISA ¿Queréis que desgarre su alma?

ATHE. Es preferible a mentirle un amor que no sentís.

LUISA Yo no miento nunca.

ATHE. Pues a ese pobre vizconde...

LUISA Nunca le he dicho que le amaba.

ATHE. Pues entonces... ¡Cielos! ¡El rey!

LUISA Y AURA ¡El rey!

LUIS (A Athenaida y Aura.) Salid. (Vanse las dos.)

ESCENA IV

LUISA y LUIS.

LUIS ¿Deseabais una audiencia, señorita? Estoy dispuesto a oiros... Hablad.

LUISA Señor, perdonadme.

LUIS ¿Y de qué queréis que os perdone, señorita?

LUISA Señor, he cometido una gran falta, y, más que falta, un gran crimen.

LUIS ¿Vos?

LUISA Señor, he ofendido a vuestra majestad.

LUIS No lo creo yo así.

LUISA Señor, os suplico que depongáis esa terrible gravedad que revela la justa cólera del rey. Conozco, señor, que os he ofendido, pero necesito explicaros cómo esa ofensa ha sido sin mi voluntad.

LUIS Pues no veo en qué me podáis haber ofendido, señorita. ¿Lo decís por aquella chanza, bajo la encina real, chanza en si bien inocente? Os habéis reído de un joven crédulo, y es cosa muy natural: cualquiera otra mujer hubiera hecho otro tanto.

LUISA ¡Oh! Vuestra majestad me abruma con esas palabras.

LUIS ¿Y por qué?

LUISA Porque si la chanza hubiese procedido de mi no sería inocente.

LUIS Pero, señorita, ¿es eso todo cuanto teníais que decirme al pedirme la audiencia? (Dando un paso para retirarse.)

LUISA ¡Ah! ¡no, no os vayáis, señor! Una sola palabra.

LUIS Decid.

LUISA ¿Vuestra majestad lo oyó todo?

LUIS ¿El qué?

LUISA Todo lo que dijeron mis labios bajo la encina real.

LUIS No perdí una sola palabra, señorita.

LUISA ¿Y cuándo vuestra majestad me oyó, pudo figurarse, ni por un solo momento, que hubiese abusado de su credulidad?

LUIS Sí, credulidad; habéis acertado con la expresión.

LUISA ¿Y no recelaba vuestra majestad que una pobre muchacha como yo puede verse obligada a veces a pasar por la voluntad de otra persona?

LUIS Perdonad, pero jamás podré creer que la persona que parecía manifestar tan libremente su voluntad debajo de la encina real, se deje subyugar hasta ese punto por la voluntad de otro.

LUISA ¡Oh! ¡pero y la amenaza, señor!

LUIS ¿La amenaza? ¿Y quién os amenazaba? ¿quién osaba amenazaros?

LUISA Los que tienen derecho para hacerlo, señor.

LUIS A nadie en mi reino reconozco el derecho de amenazar.

LUISA Perdonad, señor: al lado mismo de vuestra majestad hay personas bastante encumbradas para tener, o creerse al menos, con derecho para perder a una joven, sin porvenir, sin fortuna y que no cuenta más que con su reputación.

LUIS ¿Y cómo la han de perder?

LUISA Destruyendo su reputación con una expulsión vergonzosa.

LUIS (Con profunda amargura.) ¡Oh! señorita, gus-

to en extremo de las personas que se disculpan sin acusar a los demás.

LUISA ¡Señor!...

LUIS Sí, y siento mucho, lo confieso, ver que una justificación fácil, como podría ser la vuestra, venga a complicarse en mi presencia con un tejido de censuras y de imputaciones...

LUISA ¿A qué no dais crédito? (Viendo que el rey calla.) ¡Oh, señor! ¡decidlo, decidlo de una vez!

LUIS ¡Siento confesároslo! (Con frialdad.)

LUISA (Juntando las manos.) ¡Ah! ¡Con que no me creeis! ¡Con que suponéis que yo, yo... he urdido ese ridículo e infame complot para burlarme imprudentemente de vuestra majestad!

LUIS No veo que eso sea ridículo ni infame; ni aun me atrevería a llamarlo complot: lo único que me parece es una chanza más o menos divertida.

LUISA (Desesperada.) ¡Oh! ¡El rey no me cree, no quiere creerme!

LUIS En efecto, no os quiero creer.

LUISA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LUIS ¿Pues hay cosa más natural? El rey me sigue, me escucha, me acecha; el rey intenta quizá divertirse a mi costa; pues divirtámonos a la suya: y como es hombre de corazón hirámosle en él.

LUISA ¡Ah! señor. (Desencajada, delirante.) ¡Señor! ni una palabra más, ¡por Dios! ¿No veis que me estáis asesinando?

LUIS ¿Chanzas todavía?

LUISA (Cayendo a sus pies.) ¡Ah! ¡no! ¡no! ¡Señor, oidme! ¡Oh! sí, sí, prefiero la vergüenza a la traición.

LUIS ¿Qué hacéis?

LUISA Señor, cuando os haya sacrificado mi honor y mi corazón, quizá creais entonces en mi lealtad. Señor, la historia contada

por la princesa fué una invención; lo que dije yo debajo de la encina real...

LUIS ¿Qué?

LUISA Eso solo es la verdad.

LUIS ¡Qué decís!

LUISA Señor, aun cuando deba morir de vergüenza en este sitio en que han echado raíces mis rodillas, os lo repetiré hasta que la voz me falte; dije que os amaba y... ¡señor, sí, os amo!

LUIS ¿Vos?

LUISA Sí; os amo, señor, desde el primer día en que os vi, desde que en Blois, en donde pasaba lánguida mi vida, posasteis sobre mí vuestra real mirada luminosa y vivificadora: os amo, señor! Sé que es un crimen de lesa majestad el que una pobre joven como yo ame a su rey y se lo diga. Castigadme por mi audacia, despreciadme por mi imprudencia; pero nunca digáis, no imaginéis nunca que me he burlado de vos, ni que os he hecho traición. Soy de sangre fiel al trono, señor, y amo... amo a mi rey... sobre todas las cosas. Ahora, que ya sabéis la verdad, castigadme, señor; aquí me tenéis de rodillas a vuestras plantas.

LUIS ¡Castigaros! ¡Al contrario! Levantaos, Luisa; levantaos. ¡Os creo! ¡Os creo!

LUISA ¡Oh! Gracias, gracias, señor; y ahora que ya estoy justificada a los ojos de vuestra majestad permitidme, señor, que me retire a un convento. Allí bendeciré a mi rey mientras yo respire y allí moriré amando a Dios que me ha concedido este día de felicidad.

LUIS No, no; aquí viviréis, por el contrario, bendiciendo a Dios, pero amando al rey que os creará toda una vida de felicidad a su lado. Sí, Luisa mía, sí. (Besándole las manos con pasión.

LUISA (Retirando suavemente su mano.) ¡Ah! ¡Señor,

señor, no me hagais arrepentir de haber sido tan leal, porque eso me probaría que vuestra majestad me desprecia aun.

LUIS No, no temáis, señorita. (Retrocediendo lleno de noble respeto.) Nada en mi corte, os lo juro, será tan estimado y respetado como lo seréis vos en adelante: os pido, pues, perdón por mi arrebato, hijo en verdad de un exceso de amor. Señorita, ¿queréis hacerme el honor de aceptar el beso que imprimo en vuestra mano? (Luisa se la alarga.) Gracias, señorita. En adelante estaréis bajo mi protección. No habléis a nadie del mal que os he ocasionado, y perdonad a los otros el mal que os hayan podido hacer. En lo sucesivo os veréis colocada en un puesto tan superior al de ellos, que lejos de inspiraros temor, ni aun siquiera os causarán lástima. Adios, señorita, o mas bien, hasta otra vez: hacedme el favor de tenerme presente en vuestras oraciones.

LUISA ¡Oh, señor! No lo dudéis, pues estáis con Dios en mi corazón. (Vase el rey.)

ESCENA V

LUISA y AURA.

LUISA ¡Ahora que ya estoy justificada a sus ojos huiré a un convento! ¡Imposible permanecer en palacio! Todo el mundo creería...

AURA ¡Luisa, Luisa!

LUISA ¿Qué hay? ¿Qué ocurre, amiga mía?

AURA Que la princesa sabe que el rey ha venido aquí, y está furiosa. Athenaida ha llevado el soplo, y las dos se dirigen a esta estancia.

LUISA ¡Oh, Dios mío! ¿Qué hacer? ¡La muerte, Señor, la muerte, antes que el escándalo y la deshonra!

AURA — Tranquilizáos, calma y procurad ganar tiempo mientras yo busco a Malicorne para que entere al rey.

LUISA — No, no quiero, Aura.

AURA — ¿Cómo que no? El rey debe saberlo todo, para esto es el rey.

ESCENA VI

LUISA y ENRIQUETA.

LUISA — (Cayendo a los pies del Crucifijo.) ¡Dios mío, Dios mío, no me abandonéis! Dadme fuerzas hasta el último momento.

ENRIQUE. — ¡Muy bien, señorita! Cosa buena es postrarse de rodillas, orar y aparentar sentimientos religiosos; mas por muy sumisa que seáis con el Rey del cielo, conviene también que prestéis alguna obediencia a los príncipes de la tierra.

LUISA — ¡Señora! Yo...

ENRIQUE. — ¡Callad! Cuando yo hablo debéis inclinar la frente al suelo. ¡Todavía os atrevéis a levantar la cabeza cuando sois la vergüenza de la corte! Ayer el duque de Lorena y el vizconde de Bragelone se batieron por vos, despreciando los edictos reales, y no satisfecha aun, tuvisteis la osadía de proclamar en alta voz que amabais al rey, a quien acabais de recibir aquí, en vuestra estancia. Esto ya es el colmo de la imprudencia; y por el honor de mi nombre y de mi casa os despido de mi servidumbre. Salid, pues no quiero que deshonreis más esta estancia con vuestra presencia.

LUISA — ¡Señora!...

ENRIQUE. — Salid, digo, sino queréis que mande arrojaros. ¡Salid! (Luisa vase como comprenda la actriz.)

ESCENA VII

ENRIQUETA y LUIS.

LUIS — Un momento.

ENRIQUE. — ¡Ah! ¡Vos aquí, señor! (Athenaida se retira.)

LUIS — Entrad ahí, señorita. (A la Vallière.) Salid. (A Athenaida y demás damas.) Señora, necesito hablaros.

ENRIQUE. — Pero aquí...

LUIS — Sí, es mejor.

ENRIQUE. — Hable pues, vuestra majestad.

LUIS — Hermana mía ¿por qué habéis despedido a la señorita de la Vallière?

ENRIQUE. — (Con sequedad.) Porque me disgustaba su servicio.

LUIS — (Haciendo esfuerzo por contenerse.) Preciso es, hermana mía, que una mujer tan buena como vos haya tenido un motivo poderosísimo para expulsar y deshonrar, no solo a esa señorita, sino a toda su familia. Despedir a una dama de honor es atribuirle un crimen, o por lo menos una falta. ¿Cuál es, pues, el crimen o la falta de la señorita de la Vallière?

ENRIQUE. — Puesto que os constituís en protector de la señorita de la Vallière, voy a daros explicaciones que me creo con derecho de no dar a nadie. (Con frialdad.)

LUIS — (Sin poderse contener.) ¡Ni aun al rey!

ENRIQUE. — Me habéis llamado hermana vuestra, y estoy en las habitaciones de mi casa.

LUIS — No importa; debéis saber, señora, que nadie puede decir en mi reino que tenga derecho para no explicarse en mi presencia.

ENRIQUE. — Puesto que lo tomais de esa manera, solo me resta inclinarme ante vuestra majestad y sellar mis labios.

LUIS — Poco a poco: distingamos.

ENRIQUE. La protección que vuestra majestad dispensa a la señorita de la Vallière me impone el respeto.

LUIS Distingamos os he dicho: bien sabéis que siendo yo el jefe de la nobleza de Francia, debo dar cuenta a todos del honor de las familias. Supongamos que despedís a la señorita de la Vallière o a otra cualquiera... (Al ver que Enriqueta se encoje de hombros.) O a otra cualquiera, lo repito, y como al proceder de tal modo deshonrais a esa persona, deseo una explicación a fin de confirmar o combatir esta sentencia.

ENRIQUE. (Con altivez.) ¡Combatir mi sentencia! ¡Pues qué! ¿cuando despido de mi casa a cualquiera de mi servidumbre, me obligaríais a volverlo a admitir? Eso no sería ya un abuso de poder, sino faltar a los miramientos debidos.

LUIS ¡Acabemos, señora! Os he preguntado en qué ha podido agraviaros la señorita de la Vallière.

ENRIQUE. Esta señorita es la persona más intrigante que conozco, pues ha hecho batirse a dos amigos, y ha dado que hablar en términos tan vergonzosos, que toda la corte frunce el ceño con solo oir su nombre.

LUIS ¡Ella!

ENRIQUE. Sí, ella. Bajo esa máscara tan dulce como hipócrita, oculta un alma llena de astucia y doblez.

LUIS ¡Imposible!

ENRIQUE. Podéis tener formado un juicio equivocado, señor; pero yo la conozco muy bien, y sé que es capaz de sembrar la guerra entre los mejores parientes y los más íntimos amigos. Ya véis la discordia que ha sembrado entre nosotros.

LUIS ¿Discordia?

ENRIQUE. Sí; nosotros vivíamos en dulce paz, y esa joven, con sus intrigas y sus quejas,

ha indispuesto a vuestra majestad contra mí.

LUIS Os juro, señora, que no ha salido de sus labios una palabra dura, y que no tenéis amiga más leal ni más respetuosa.

ENRIQUE. ¡Amiga! Yo amiga de esa...

LUIS Cuidado, señora, que olvidáis haberme comprendido, y que desde ese momento cesa toda esa desigualdad. La señorita de la Vallière será todo lo que yo quiera que sea, y mañana, si me acomoda, podrá sentarse sobre un trono.

ENRIQUE. Por lo menos no habrá nacido en él, y cuanto podáis hacer será para lo venidero, pero nunca haréis cambiar lo pasado.

LUIS Señora, os he tratado con la mayor urbanidad y cortesía; no me hagáis recordar que soy el soberano.

ENRIQUE. Señor, ya me lo habéis dicho dos veces, y he tenido el honor de manifestaros que ante semejante declaración no me queda más que doblar mi serviz.

LUIS ¿Me concedéis entonces que la señorita de la Vallière vuelva a vuestra casa?

ENRIQUE. ¿Para qué, señor, cuando tenéis un trono que ofrecerle? Soy yo muy poca cosa para proteger a una potencia como esa.

LUIS Basta ya de indicaciones malignas y desdeñosas. Concededme su perdón.

ENRIQUE. ¡Nunca! No puedo, porque me ha ofendido.

LUIS ¡Pero y yo! ¡y yo!

ENRIQUE. Señor, todo lo haré en el mundo por vos, excepto eso.

LUIS Es decir que me aconsejáis la desesperación, arrastrándome a este último recurso de las personas débiles. ¡Me aconsejáis la cólera y el escándalo!

ENRIQUE. Señor, os aconsejo la razón.

LUIS ¡La razón!... ¡Hermana mía, me abandona ya la razón!

ENRIQUE. ¡Señor!

LUIS ¡Hermana mía, por piedad! ¡esta es la primera vez que suplico! ¡Por favor!

ENRIQUE. ¡Oh! ¡señor! ¡lloráis!

LUIS ¡Sí! ¡De rabia! ¡de humillación! Haberme visto precisado a suplicar yo, ¡el rey! Toda mi vida detestaré este momento. Hermana mía, me habéis hecho sufrir en un instante más tormentos de los que había previsto en las más duras extremidades de esta vida.

ENRIQUE. Mandad, señor: y puesto que preferís mi humillación a la vuestra, no obstante de ser la mía pública, cuando la vuestra sólo me tiene a mí por testigo, mandad y obedeceré al rey.

LUIS ¡No, Enriqueta, no! Al hermano.

ENRIQUE. No tengo ya hermano, puesto que me veo precisada a obedecer al rey.

LUIS ¿Queréis en agradecimiento todo mi reino?

ENRIQUE. ¡Ah! ¡Cómo amáis, cuando amáis!

LUIS De modo que admitiréis a esa señorita, la trataréis con bondad, ¿no es verdad, Enriqueta?

ENRIQUE. La trataré como a una querida vuestra.

LUIS ¡Oh! ¡Esto es demasiado! Basta ya de humillación. Yo os juro que la trataréis como se merece por su nobleza de corazón, más grande que la vuestra, señora. ¡Salid, señorita de la Vallière! ¡Enjugad esos ojos y no los bajéis al suelo! Levantad esa frente más digna de mostrarse erguida que muchas que ostentan en sus sienes diademas de perlas y diamantes. Saludadla, señora.

ENRIQUE. ¡Nunca! La desprecio.

LUISA Y yo os perdono.

ENRIQUE. ¡Ah!

LUIS Ya veis si es más noble que vos, señora.

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Sala corta; en palacio: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA y ATHENAIDA.

ENRIQUE. ¿Con que esta es la habitación que la reina madre ha destinado para su dama de honor, la señorita de la Vallière?

ATHE. Sí, señora.

ENRIQUE. ¿Y es aquí donde, según decís, el rey vendrá secretamente sin que se entere Ana de Austria y la corte? Pues yo no veo la trampa por donde el rey pueda entrar.

ATHE. Acaso esté en la alcoba...

ENRIQUE. Veamos. (Se entran por la puerta izquierda. Dentro.) Nada tampoco. (Saliendo.) Tal vez os ha engañado quien os lo ha dicho.

ATHE. No, señora; he oído perfectamente la conversación del señor Malicorne con la señorita de Montalais, que creían estar solos. El la decía: «ayer, durante la ceremonia que hubo en palacio, y mientras la señorita de la Vallière estaba de guardia en la cámara de la reina madre, hemos abierto en el cuarto de Luisa una trampa, por la que penetrará el rey en su habitación, sin que nadie se entere.

ENRIQUE. ¡Ah! Si es cierto no gozarán mucho tiempo de esos idilios amorosos. Yo interpondré entre los dos una sombra que amargará su dicha. El vizconde de Bragelone.

ATHE. ¿Pero olvidáis, señora, que está en Inglaterra?

ENRIQUE. Llegará de un momento a otro; le estoy esperando hoy mismo, pues hace días escribí a mi hermano el rey Carlos segundo, que era precisa la presencia del vizconde en Francia.

ATHE. Entonces...

ENRIQUE. El será el brazo vengador de mis ofensas.

ATHE. Señora, escuchad.

ENRIQUE. ¿Qué?

ATHE. Aquí, a mis pies...

ENRIQUE. ¡Ah! sí... suben...

ATHE. ¡El rey quizás!...

ENRIQUE. ¡Ah! ¡ya comprendo!... como el piso es de madera, este almohadón oculta la trampa...

ATHE. Abren, señora...

ENRIQUE. Venid. ¡Oh! yo me vengaré. (Vanse derecha.)

ESCENA II

MALICORNE, LUIS, luego LUISA, y después RAUL y ENRIQUETA

MALICO. (Por la trapa.) Podéis subir, señor; no hay nadie.

LUIS ¿Es esta la habitación de la señorita de la Vallière?

MALICO. La misma, señor. Antes de hacer abrir este boquete tomé convenientemente mis medidas.

LUIS Sois ingenioso, señor de Malicorne, y yo me encargo de vuestra fortuna.

MALICO. ¡Oh! ¡señor! sois el rey más grande, más poderoso y magnánimo de la tierra.

LUIS Id, y mucha prudencia.

MALICO. Señor, soy ciego, sordo y mudo de nacimiento. (Desaparece por la trapa.)

LUIS ¡Ah! ¡Estoy en el santuario de la más noble y virtuosa de las mujeres! ¡Luisa mía! ¡cuán grande va a ser tu sorpresa al encontrarme aquí! Alguien viene... ¿será ella? ¡Ah! sí, sí... el corazón me lo anuncia con sus violentos latidos.

LUISA (Que entra pensativa, al ver al rey se asusta.) ¡Ah! ¡Un hombre!

LUIS Tranquilizaos, Luisa, soy yo.

LUISA ¡Vos aquí, señor! Si os han visto entrar...

LUIS No temáis; nadie me ha visto. Para poderos ver con más frecuencia, sin que se enteren las reinas y los palaciegos, he hecho construir una escalera secreta para llegar hasta vos a cualquier hora del día. Así no me olvidaréis un solo instante. (Haciéndola sentar en el sillón, y él sentándose a sus pies.)

LUISA ¡Oh! ¡señor! ya estéis presente o ausente, vuestra imagen no se aparta jamás de mi corazón. (Sonriendo amorosamente.)

LUIS ¡Ah! Luisa, vuestras palabras me hacen completamente feliz.

LUISA (Sonriendo tristemente.) ¡Pero habéis reflexionado, señor, que vuestra ingeniosa invención de esa escalera secreta no puede sernos de ninguna utilidad!

LUIS ¿Cómo que no, Luisa?

LUISA Señor, mi cuarto no se halla al abrigo de miradas extrañas. La reina puede venir por casualidad, y a cada paso entran aquí mis compañeras... Cerrar la puerta por dentro, es denunciarme tan claramente como si escribiese encima: «No entréis, que está aquí el rey.» Y aun ahora mismo es muy fácil que se abra la puerta y sorprendan a vuestra majestad a mi lado. ¡Oh! ¡Sólo al pensarlo me estremezco!

LUIS ¿Por qué?

LUISA Porque si se enterara vuestra madre, me arrojaría de su lado como me arrojó la princesa, vuestra hermana.

LUIS Es decir...

LUISA Que es preciso... que vuestra majestad suprima la escalera y visitas, porque el mal de que nos sorprendan, sería mayor que la dicha de vernos aquí.

LUIS Creo, Luisa, que con la protección del rey todo se puede.

LUISA ¿Con la protección del rey? (Mirándole amorosamente.)

LUIS Supongo que creeréis en mi palabra, ¿verdad?

LUISA Creo en ella cuando estáis lejos de mí; pero cuando os tengo a mi presencia, cuando me habláis, cuando os veo, no creo en nada. Señor, concededme lo que os he pedido mil veces; dejadme ir a un convento.

LUIS ¡Ah! ¡nunca! ¡nunca! ¿Separaros de mí? Primero se hundiría todo.

LUISA ¿Tanto me amáis, señor?

LUIS ¡Con locura! ¡con delirio! ¡Cómo no amaros si sois la mujer más buena y virtuosa de la tierra! Os amo hasta el extremo de entregaros gustoso mi vida, si de ella dependiese vuestra dicha.

LUISA ¡Oh! Entonces nada más me queda que desear en la tierra. Vuestra mano, señor, y despidámonos; ya he disfrutado en esta vida de toda la felicidad que me había tocado en suerte.

LUIS ¡Oh! no, di más bien que tu vida principia; tu felicidad no es ayer, es hoy, mañana, siempre. ¡Tuyo es el porvenir y todo lo que sea mío! Tú vivirás para mí, como viviré yo para ti: lo juro, Luisa, aquí rendido a tus pies.

ENRIQUE. (A Raul.) ¡Ahí la tenéis! (Sin salir.)

RAUL ¡Ah! ¡Miserable!

LUISA ¡Raul! ¡ah! ¡Qué vergüenza! (Cubriéndose la cara con las manos y desapareciendo por la puerta izquierda.)

RAUL ¡¡El rey!! ¡¡El rey!! ¡Maldito de mí!

(Raul, al ver un hombre a los pies de Luisa, se lanza sobre él, pero al ver que es el rey retrocede horrorizado, desapareciendo por donde ha salido.)

LUIS ¡Ah! ¡Princesa! ¡nos veremos! (Siguiendo a Luisa.)

CUADRO SEGUNDO

Salón de palacio.

ESCENA PRIMERA

ARTAGNAN y PORTHOS.

ARTAGNAN Pues sí, amigo Porthos, pronto tendrás el honor de ser presentado al rey.

PORTHOS ¿Pero no se enfadarán Aramis y el caballero Fouquet?

ARTAGNAN ¿Por qué?

PORTHOS Porque me encargaron sobremanera que no saliese de la quinta en cuyo jardín me has encontrado cuando volvías de la Bastilla, pues me prometieron ir por mí para presentarme al rey.

ARTAGNAN Pues te engañaron, porque yo sé que hoy el caballero Fouquet ha de hacer la presentación de Aramis como a ingeniero de las fortificaciones de Belle-Isle.

PORTHOS ¡El! ¿Pues a mí de qué me presentarían entonces?

ARTAGNAN Tal vez de simple constructor.

PORTHOS ¿De constructor?... Es decir, ¿de albañil?

ARTAGNAN Justo, de albañil.

PORTHOS ¿Del que amasa cal?

ARTAGNAN Precisamente.

PORTHOS ¿De peón?

ARTAGNAN Cabal.

PORTHOS ¡Vaya! ¡vaya! ¡con mi amigo Aramis! ¡Sin duda se cree todavía de veinticinco años!

ARTAGNAN ¡Y no es eso todo, sino que a ti te cree de sesenta! (A ver si le hago hablar.)

PORTHOS Pues hubiera querido verle cómo se componía con la faena que estaba a mi cargo. Un hombre que tiene gota.

ARTAGNAN Y tanta.

PORTHOS Y que padece de mal de piedra.

ARTAGNAN ¿De mal de piedra?

PORTHOS Y que además le faltan tres dientes.

ARTAGNAN Cuatro.

PORTHOS Al paso que yo, mira. (Enseñando los dientes.)

ARTAGNAN ¡Magníficos! Al rey le gusta mucho una hermosa dentadura. Si te ve esos dientes de seguro que te convida a comer.

PORTHOS Se los enseñaré. Y en cuanto a Aramis, si me ha engañado, de un puñetazo...

ARTAGNAN No te enfades, que ya he dicho que yo te presentaré al rey. Pero aun no me has explicado, amigo Porthos, qué son esas dos cicatrices de la frente.

PORTHOS Verás. Cuando Aramis me hizo andar de un tirón cincuenta leguas a caballo, para entregar un pliego al caballero Fouquet, éste me instaló en su palacio, porque, como tú supondrás, llegué molido y reventado. Dormí veinticuatro horas seguidas, pero lo bueno fué que al día siguiente, al ir a ponerme las botas, me encontré con que tenía los pies hinchados.

ARTAGNAN Y no pudiste calzarte.

PORTHOS Como soy tan tozudo, me dije: ¿Cómo es esto? Puesto que mis pies han entrado diez veces en mis botas, no hay razón para que no entren once; me senté en frente un tabique y empecé a meterme la bota derecha, tirando con las manos, empujando con el tacón y haciendo esfuer-

zos extraordinarios, cuando de repente se quedaron entre mis manos los tirantes de la bota y se disparó mi pié como una catapulta, y dando contra el tabique lo echó abajo. Amigo, creí que, cual otro Sansón había derribado el templo. Era cosa de ver los cuadros, los jarrones, los floreros, las barras de cortinaje y otros chirimbolos que vinieron al suelo.

ARTAGNAN ¿De veras?

PORTHOS Sin contar con que a la otra parte del tabique había un armario lleno de porcelana, que lancé al extremo opuesto de la pieza inmediata.

ARTAGNAN ¡En verdad que es cosa inaudita!

PORTHOS Rompí por valor de más de tres mil francos de porcelana.

ARTAGNAN ¡Demonio!

PORTHOS ¡Y destrocé más de cuatro mil francos en espejos! ¡Sin contar una araña que se desplomó sobre mi cabeza y se hizo mil pedazos!

ARTAGNAN ¿Sobre la cabeza?

PORTHOS En mitad de ella.

ARTAGNAN ¡Te la rompería!

PORTHOS Al contrario, la araña fué la que se rompió; era de cristal, y mi cabeza es más dura que el cristal.

ARTAGNAN Eso sí que es verdad.

PORTHOS Solo saqué unos cuantos rasguños y nada más.

ARTAGNAN ¿El caballero Fouquet debería disgustarse?

PORTHOS Al contrario, se echó a reir. Entonces hizo trasladarme a la quinta en que me has encontrado.

ARTAGNAN ¿Y cómo ha sido que Aramis y tú os pusiérais a las órdenes del caballero Fouquet?... ¿Qué plan llevaba éste para fortificar a Belle-Isle?

PORTHOS No sé; Aramis no más me dijo que me

necesitaba para un gran proyecto, que si salía bien el rey me haría duque.

ARTAGNAN ¡Ah, ya! (Algo trama Aramis. ¡Pero es un zorro astuto que nunca dice lo que piensa!)

PORTHOS ¡Cuerno!

ARTAGNAN ¿Qué tienes?

PORTHOS Mira: Aramis y el caballero Fouquet se dirigen aquí. Van a reñirme por haber abandonado la quinta.

ARTAGNAN No temas; yo te disculparé. Salud, amigo Aramis.

ESCENA II

Dichos, ARAMIS y FOUQUET; luego, MALICORNE y LUIS.

ARAMIS ¡Artagnan! (Abrazándose.)

ARTAGNAN ¡Y nuestro amigo Porthos!

ARAMIS ¡Cómo!... ¿tú aquí?... Sin decirme...

ARTAGNAN ¡No le riñas! ¡Soy yo quien le ha traído!

ARAMIS ¿Tú? ¿Y cómo sabías?...

ARTAGNAN Porque por asuntos del servicio tuve que llegarme a la Bastilla, y hablando con el gobernador, me dijo que tú y Porthos estabais en casa del caballero Fouquet, a quien tengo el gusto de saludar.

FOUQUET Gracias, caballero Artagnan.

ARTAGNAN Y como había hablado de nuestro amigo al rey, le he hecho venir para presentarle a su majestad.

ARAMIS ¡Ah!

MALICO. El rey, señores.

LUIS Hola, caballero Fouquet; ¿venís a cumplirme la promesa de presentarme al caballero de Herblay, obispo de Vannes?

FOUQUET Para quien pido a vuestra majestad unó de los capelos vacantes; así podrá servir a su rey en Roma con el celo que él acostumbra hacerlo.

LUIS Lo meditaremos, caballero Fouquet. ¡Ah! que está aquí mi capitán de mosqueteros.

ARTAGNAN Hace rato, señor; y si me lo permitís tendré el honor de presentar a vuestra majestad al señor barón Duvallon, uno de los nobles más valientes de Francia. ¿No es verdad, caballero de Herblay?

LUIS ¡Ah! ¿Estos caballeros son buenos amigos?

ARTAGNAN Excelentes, señor, y el uno responde del otro. Preguntad al señor obispo que tal ha sido fortificada Belle-Isle.

FOUQUET Belle-Isle ha sido fortificada por este caballero. (Señalando a Porthos.)

ARTAGNAN Sí, pero preguntad al señor barón quién le ha auxiliado en sus trabajos.

PORTHOS Aramis.

ARAMIS (¡Cuál será la intención de Artagnan!)

LUIS ¡Cómo! ¿el señor cardenal... quiero decir, el señor obispo... se llama Aramis?

ARTAGNAN Nombre de guerra.

ARAMIS Nombre de amistad, señor.

ARTAGNAN Nada de modestia: bajo ese traje de eclesiástico, señor, se oculta uno de los más valientes mosqueteros del rey, vuestro padre, señor.

LUIS Y además el que ha fortificado a Belle-Isle, ¿no es así?

ARAMIS Para servir al hijo, como serví al padre.

ARTAGNAN (¡Um! ¡Eres turco y no te creo!)

MALICO. Señor, el conde de la Fere solicita una audiencia.

LUIS ¡Ah!

ARTAGNAN, ARAMIS, PORTHOS ¡Athos!

LUIS Que pase. Señores, el rey os saluda. (Todos saludan y vanse.)

PORTHOS Dí, Artagnan, ¿le enseño los dientes?

ARTAGNAN No; después.

LUIS ¿Qué me querrá?

ESCENA III

LUIS y ATHOS.

LUIS (Tendiéndole la mano.) Señor conde de la Fere, vendéis tan cara vuestra presencia en mi casa, que tengo a gran dicha el veros.

ATHOS Señor, quisiera poder estar siempre al lado de vuestra majestad.

LUIS Paréceme que es algo interesante lo que tenéis que decirme.

ATHOS A no ser así no me habría permitido presentarme a vuestra majestad.

LUIS Explicaos, pues, que deseo con ansia complaceros. (Sentándose.) Os escucho.

ATHOS Vuestra majestad recordará que no hace mucho tiempo me hizo el honor de concederme una audiencia como hoy.

LUIS Sí, me acuerdo.

ATHOS Aquel día vine a pedir a vuestra majestad el permiso para el matrimonio del vizconde de Bragelone con la señorita de la Vallière.

LUIS Me acuerdo también.

ATHOS Vuestra majestad me lo negó, alegando que la novia no tenía posición en la sociedad... que poseía pocos bienes de fortuna... no muy buena cuna... y escasa belleza.

LUIS Todo eso dije, ¿y qué?

ATHOS Que dí las más sinceras gracias a vuestra majestad porque tales palabras manifestaban un interés que hacía mucho honor al vizconde de Bragelone.

LUIS Ya que tenéis tan buena memoria, señor conde de la Fere, también recordaréis que manifestasteis gran repugnancia hacia ese matrimonio, y que hicisteis la petición contrariando vuestro gusto.

ATHOS Cierto, señor.

LUIS Finalmente, recuerdo también, porque tengo una memoria casi tan buena como la vuestra, que pronunciasteis estas palabras: «No creo en el amor de la señorita de la Vallière al vizconde de Bragelone.» ¿Es cierto?

ATHOS Lo es, señor; pero vuestra majestad dijo al insistir yo de nuevo que difería el matrimonio por el bien mismo del vizconde de Bragelone, y como el vizconde es muy desgraciado, se ve en el caso de no poder diferir por más tiempo el pedir una solución a vuestra majestad.

LUIS Y... ¿qué desea el vizconde de Bragelone?

ATHOS Lo mismo que vine a pedir al rey en mi anterior audiencia: el consentimiento de vuestra majestad para su matrimonio, que es el único remedio para su mal. (Luis se muerde los labios y se estruja las manos.) ¿Vacila vuestra majestad? (Sin perder su firmeza ni su cortesía.)

LUIS No vacilo... Rehuso lo que me pedís.

ATHOS (Después de una pausa.) Tengo la honra de hacer presente a vuestra majestad que ningun obstáculo hará cambiar los sentimientos del vizconde de Bragelone, y que su determinación parece irrevocable.

LUIS Hay de por medio mi voluntad, y creo que eso sea un obstáculo.

ATHOS Es el más grave de todos, señor.

LUIS ¡Ah!

ATHOS Ahora, séame lícito preguntar humildemente a vuestra majestad la razón de esa negativa.

LUIS (Con altivez.) ¿La razón?... ¡Una pregunta!

ATHOS Una súplica, señor.

LUIS (Procurando dominarse.) Sin duda habréis olvidado los usos de la corte, señor conde. En la corte no se dirigen preguntas al rey.

ATHOS Es verdad, señor; pero si no se dirigen preguntas, se hacen suposiciones.

LUIS ¿Suposiciones? ¿Qué queréis decir con eso?

ATHOS Casi siempre, señor, la suposición del súbdito implica falta de flaqueza del rey...

LUIS ¡Caballero!

ATHOS (Con firmeza.) Y falta de confianza en el súbdito.

LUIS (No pudiendo dominar su cólera y levantándose.) Señor conde, os he consagrado ya todo el tiempo de que podía disponer.

ATHOS Señor, no he tenido tiempo para decir a vuestra majestad todo lo que tenía que manifestarle, y veo con tan poca frecuencia al rey, que necesito aprovechar la ocasión.

LUIS ¿Para ofenderme?

ATHOS ¡Oh, señor! ¡Ofender al rey!... ¡yo!... Jamás. Siempre he sostenido que los reyes están sobre los demás hombres, no solo por su posición y su poder, sino por la nobleza de corazón y la superioridad del alma. Nunca me harán creer que mi rey, cuando me ha dicho una palabra, disfrace bajo esa palabra una segunda intención.

LUIS ¿Qué queréis decir? ¿De qué segunda intención hablais?

ATHOS (Con frialdad.) Me explicaré, señor. Si al rehusar la mano de la señorita de la Vallière al vizconde de Bragelone, llevase vuestra majestad otro objeto que la felicidad y el bien del vizconde...

LUIS ¡Qué decís!

ATHOS Si al imponer una dilación al vizconde hubiese querido vuestra majestad solamente alejar al novio de la señorita de la Vallière...

LUIS ¡Señor conde!...

ATHOS Es que eso he oído en todas partes, señor. Todos hablan del amor de vuestra

majestad hacia la señorita de la Vallière.

LUIS ¡Ah! (Rompiendo el pañuelo.) ¡Ay de aquellos que se mezclen en mis asuntos! ¡Y basta ya! Es cierto, sí, amo a la señorita de la Vallière.

ATHOS Pero eso no puede impedir a vuestra majestad el casar al vizconde de Bragelone con la señorita de la Vallière. El sacrificio es digno de un rey y merecido por el vizconde, que ha prestado ya servicios y es un noble y digno caballero. Así, pues, el rey, renunciando a su amor, dará una prueba a la vez de generosidad, de gratitud y de buena política.

LUIS La señorita de la Vallière no ama al vizconde de Bragelone.

ATHOS ¿Lo sabe vuestra majestad?

LUIS Lo sé.

ATHOS Será de poco tiempo a esta parte, porque si vuestra majestad lo hubiese sabido cuando vine a solicitar el permiso la primera vez, me habría hecho el honor de decírmelo.

LUIS Poco hace.

ATHOS Entonces no comprendo que el rey haya enviado al vizconde de Bragelone a Londres. Semejante destierro no puede menos de sorprender a los que son celosos del honor de su rey.

LUIS ¿Quién habla del honor del rey, señor conde?

ATHOS El honor del rey, señor, se compone del honor de toda la nobleza, y cuando el rey ofende a uno de sus nobles, o lo que es lo mismo, cuando le roba una parte de su honor, es al mismo rey a quien se roba esa parte de honor.

LUIS ¡Oh! ¡Basta! ¡Salid!

ATHOS ¡Aun no, señor! Todo os lo diré y no saldré de aquí sino después de quedar satisfecho, bien por vos o bien por mi mismo. Satisfecho, si me demostrais que

la razón está en favor vuestro; satisfecho, si os demuestro que no habéis procedido debidamente. Soy viejo y estoy muy apegado a todo lo que hay de verdaderamente grande y fuerte en vuestro reino. Soy noble y he vertido mi sangre por vuestro padre y por vos, sin haber pedido jamás cosa alguna ni a vos ni a vuestro padre. A nadie he hecho mal en este mundo, y me he hecho acreedor a la gratitud de reyes. ¡Vos me escucharéis! Vengo a pediros cuenta del honor de uno de vuestros servidores, a quien habéis engañado con una mentira o vendido por una debilidad. Sé que estas palabras enojan a vuestra majestad, pero los hechos nos matan a nosotros. Sé que estais buscando el castigo que habéis de dar a mi franqueza; pero yo también sé el castigo que he de pedir a Dios que os imponga cuando le cuente vuestro perjurio y la desgracia de mi hijo. (Pausa. El rey está como el león que busca hacer presa: con la mano en el pecho, clavándose las uñas y echando llamas por los ojos.)

LUIS (Deteniéndose repentinamente.) ¡Caballero, habéis olvidado que hablais al rey, y eso es un crimen.

ATHOS ¡Y vos habéis olvidado que desgarrabais la vida de dos hombres, y eso es indigno de un rey!

LUIS ¡Oh! ¡Salid! ¡Salid!

ATHOS Sí, saldré, pero será después de haberos dicho: «Hijo de Luis XIII, mal comienzo dais a vuestro reinado, porque lo inauguráis con el rapto y la deslealtad. Mi descendencia y yo nos consideramos libres hacia vos de todos los afectos y todo el respeto que hice jurar a mi hijo en las bóvedas de San Dionisio ante los restos de vuestros nobles antepasados. Os habéis hecho enemigo nuestro, señor, y des-

de hoy perdéis dos servidores, por haber muerto la fe en el corazón del padre y el amor en el corazón del hijo. El uno no cree ya en la palabra real, ni el otro en la lealtad de los hombres, ni en la pureza de las mujeres. El uno ha muerto para el respeto, el otro para la obediencia.» Nada más tengo que deciros. (Vase.)

LUIS ¡Ah! me has ofendido, pero ¡ay de ti! ¡Caballero Artagnan!

ESCENA IV

LUIS y ARTAGNAN; luego, COLBERT.

ARTAGNAN Señor.

LUIS Acaba de salir de aquí el conde de la Fere, que es un insolente.

ARTAGNAN ¡Un insolente! (Como protestando.)

LUIS (Apretando los dientes.) Capitán Artagnan, ¡vais a oirme y a obedecerme!

ARTAGNAN Ese es mi deber, señor.

LUIS He querido evitar a ese caballero, del cual conservo gratos recuerdos, la afrenta de hacerle prender en mi misma casa; pero iréis a buscar inmediatamente un carruaje.

ARTAGNAN ¿Un carruaje? ¿Para qué?

LUIS Caballero Artagnan, si os repugna prenderlo vos mismo, enviadme mi capitán de guardias.

ARTAGNAN Señor, no se necesita ningun capitán de guardias estando yo de servicio.

LUIS No quisiera violentaros, pues el conde es amigo vuestro.

ARTAGNAN Bien podría ser mi padre, señor, que no por eso dejaría de estar de servicio.

LUIS ¿De modo que prenderéis al conde de la Fere?

ARTAGNAN Sin duda alguna, si me dais orden para ello.

LUIS Pues bien, os la doy.

ARTAGNAN ¿Dónde está el conde, señor?

LUIS Buscadle.

ARTAGNAN ¿Y le he de prender en cualquier parte donde le encuentre?

LUIS Sí. Haced, sin embargo, de modo que sea en su casa, y si volviese a sus haciendas, salid de París y prendedle en el camino.

ARTAGNAN Está bien.

LUIS Pues id. ¿Qué esperais?

ARTAGNAN La orden por escrito.

LUIS ¡Ah! Seguidme.

COLBERT Señor.

LUIS Aguardad, caballero Colbert; pronto vuelvo. (Vanse al despacho.)

ESCENA V

COLBERT; luego, LUIS y ARTAGNAN.

COLBERT ¡Ah! Por fin acabarán tus dilapidaciones, caballero Fouquet. Con esta carta del cardenal Mazarino que he comprado a la vieja duquesa de Chevreuse, no dudará el rey en destituirte y encarcelarte. Aquí está.

LUIS ¿Me habéis entendido. (A Artagnan.)

ARTAGNAN (Que sale con un papel en la mano.) Cumpliré mi deber, señor. (Vase.)

LUIS ¿Qué hay, caballero Colbert?

COLBERT Señor, ya he descubierto de donde salió el dinero que el caballero Fouquet gastó en las fiestas de Fontainebleau.

LUIS ¡Vaya una noticia me traéis, caballero Colbert! ¿De dónde tenía que salir, más que de las arcas del superintendente? Fouquet es rico, sumamente rico... esto lo sabe todo el mundo.

COLBERT Todo el mundo, señor; así los vivos como los muertos. Leed. (Entregándole una carta)

LUIS ¡Letra del cardenal Mazarino!

COLBERT Vuestra majestad tiene buena memoria, y es una cualidad admirable para un rey destinado al trabajo el reconocer así los caracteres escritos a primera vista. (Mientras el rey lee.)

LUIS (Después de leer.) No comprendo bien...

COLBERT Vuestra majestad no está aun muy acostumbrado a las cuentas de la intendencia. Enteraos de eso, señor. (Entregándole una cuenta y cogiendo la carta que le entrega el rey.)

LUIS Veo que se trata de una cantidad entregada al caballero Fouquet.

COLBERT Trece millones, señor.

LUIS Y según esta carta del cardenal aun no los ha devuelto. ¿Qué inferís de esto, caballero Colbert?

COLBERT Infiero, señor, que toda vez que el caballero Fouquet no ha devuelto los trece millones, los tiene todavía en caja, y con trece millones se pueden dar muchas fiestas como las que da el caballero Fouquet, pagadas con el dinero de su majestad.

LUIS ¡Ah, no será, vive Dios! ¡Ya estoy harto de bajezas e infamias que deshonrarían mi trono ante el mundo entero! Caerán todos los que han abusado indignamente del favor que se les concedía. Caballero Colbert, extended al punto la destitución del caballero Fouquet, y que se le juzgue sin pérdida de tiempo.

COLBERT Está bien, señor. (Vase al despacho.)

ESCENA VI

LUIS y ENRIQUETA.

LUIS ¡Ah! No jugarán esos cortesanos tan impunemente como hasta aquí con el favor real. ¡Ah! ¡La princesa! ¿Dónde vais, señora?

ENRIQUE. Señor, voy a la cámara de su majestad la reina madre.

LUIS Esperad un instante, pues tengo que hablaros.

ENRIQUE. Decid, señor.

LUIS Creo que vuestro real hermano, mi primo Carlos segundo de Inglaterra, se casa.

ENRIQUE. Así me lo han notificado, señor.

LUIS Pues bien, como tengo que mandar un representante que honre a la corte de Francia, en la ceremonia nupcial, he determinado que éste sea mi hermano, a quien vos acompañaréis para dar más realce al acto.

ENRIQUE. ¿Es decir, señor, que me desterráis?

LUIS Nada de eso, señora; aprovecho la ocasión para complaceros en lo que tantas veces me habíais pedido de ir a Inglaterra.

ENRIQUE. Está bien, señor, se cumplirán los deseos de vuestra majestad y de su consejera.

LUIS ¡Señora!

ENRIQUE. ¡A los reales pies de vuestra majestad. (Vase.)

LUIS ¡Ah! Todavía echas hiel por esa boca, pero será la última vez que salpiques con ella la pureza de esta joven.

ESCENA VII

LUIS y ARTAGNAN.

ARTAGNAN Señor.

LUIS ¡Ah! Caballero Artagnan, ¿qué hay? ¿Está eso hecho?

ARTAGNAN (Con gravedad.) Sí, señor; hecho está.

LUIS ¿Supongo que el señor conde de la Fere no habrá prolongado su papel de rebelde?

ARTAGNAN Antes que todo, señor, ¿a qué llamáis rebelde? ¿Es rebelde a los ojos del rey un hombre que no sólo se deja sepultar en la Bastilla, sino que se resiste a los que intentan no conducirle a ella?

LUIS ¿Qué intentan no conducirle? ¿Qué es eso, capitán? ¿Estáis loco?

ARTAGNAN Me parece que no, señor.

LUIS ¿Y quiénes son esas personas?

ARTAGNAN Las que comisionó vuestra majestad.

LUIS ¡Es que el comisionado fuisteis vos!

ARTAGNAN Sí, señor, yo fuí.

LUIS Y decís que a pesar de mi orden teníais intención de no prender a ese hombre que me había insultado?

ARTAGNAN Sí, señor; y hasta le he ofrecido mi caballo para que huyese.

LUIS ¿Con que es decir, caballero, que me hacíais traición? (Sin poder contenerse.)

ARTAGNAN Sí, señor.

LUIS ¡Y venís a decírmelo a mí!

ARTAGNAN ¿Pues a quién tengo que decirlo? ¿Al Papa?

LUIS Caballero Artagnan, eso es desafiar a vuestro rey.

ARTAGNAN Señor...

LUIS Caballero Artagnan, os advierto que estáis abusando de mi cariño y de mi paciencia.

ARTAGNAN Al contrario, señor.

LUIS ¿Cómo al contrario?

ARTAGNAN Porque he venido a hacerme prender también.

LUIS ¡A haceros prender! ¡vos!

ARTAGNAN Si, por cierto. Mi amigo va a aburrirse en la Bastilla y vengo a proponer a vuestra majestad que me permita hacerle compañía. Pronuncie vuestra majestad una palabra y me prendo a mí mismo: yo os aseguro que no habrá necesidad de llamar al capitán de guardia para esto.

LUIS ¡Pues bien, sea! pero será para siempre, caballero.

ARTAGNAN Cuento con ello, porque después que hayáis hecho tan linda hazaña, no podríais mirarme cara a cara.

LUIS ¡¡Ah!! ¡Marchaos!

ARTAGNAN Aún no.

LUIS ¡Cómo que no!

ARTAGNAN Señor, venía deseoso de hablar con dulzura al rey; el rey se ha irritado y es una desgracia, pero no por eso dejaré de decir lo que tenía pensado.

LUIS ¡Idos! ¡Idos! ¡porque sino!...

ARTAGNAN ¿Me mandaréis prender? A qué no lo hacéis.

LUIS ¡Esto más! ¡Irá de Dios! ¿Quién es aquí el rey, vos o yo?

ARTAGNAN Vos, por desgracia, señor.

LUIS ¿Cómo por desgracia?

ARTAGNAN Sí, señor, porque a ser yo el rey...

LUIS Aprobaríais la rebelión del caballero Artagnan, ¿no es cierto?

ARTAGNAN ¡Ya lo creo!

LUIS ¡Ah!

ARTAGNAN Y diría a mi capitán de mosqueteros, mirándole con ojos humanos y no con carbones encendidos; caballero Artagnan, me he olvidado de que soy rey, y he descendido de mi trono para ultrajar a un caballero.

LUIS ¡Oh! ¿Creeis que sea disculpar a vuestro amigo el superarle en insolencia?

ARTAGNAN ¡Oh! señor; todavía iré más lejos que él, y vuestra será la culpa. Os diré lo que él no os ha dicho, porque él es la delicadeza misma; os diré: señor, habéis sacrificado a su hijo y él defendía a su hijo; le habéis sacrificado a él mismo, y cuando se dirigía a vos en nombre del honor, de la religión y de la virtud, le habéis rechazado, expulsado y encarcelado. Yo seré más duro que él todavía y os diré: señor, ¡elegid! ¿queréis amigos o criados? ¿soldados o dominguillos danzantes? ¿grandes hombres o polichinelas? ¿queréis que os sirvan o queréis que os mimen? ¿queréis que os amen o que os tengan miedo? Si preferís la bajeza, la intriga, la cobardía, hablad, señor, y nos retiraremos nosotros, que somos los únicos restos del valor de

otra época y quedaos con vuestros cortesanos que os miman y os adulan y harán de vos un mal rey, despreciable y aborrecido, y a los malos reyes se les detesta, y a los despreciables se los expulsa. Esto era todo lo que tenía que deciros, señor; ahora, enviadme a la Bastilla con mi amigo el conde de la Fere.

LUIS ¡Oh, sí, pero antes la dimisión, la dimisión!

ARTAGNAN Y también mi espada. Aquí está. (Quitándosela y poniéndola encima la mesa. El rey encolerizado la coge y la tira al suelo.)

LUIS ¡Oh! ¡apartad!

ARTAGNAN ¡¡¡Ah!!! (Al ver que le tira la espada al suelo. Compréndase la situación.) (Cogiéndola.) ¡Señor! Un rey puede privar de su gracia a un soldado, desterrarle, condenarle a muerte; pero aun cuando sea cien veces rey, jamás, jamás tiene el derecho de infamarle deshonrando su espada. Señor, ningún rey de Francia rechazó la espada de un hombre como yo. Esta espada infamada no puede tener ya en lo sucesivo otra vaina que mi corazón o el vuestro. Elijo el mío, señor; agradecédselo a Dios y a mi paciencia y caiga mi sangre sobre vuestra cabeza. (Cogiendo la espada para clavársela en el pecho.)

LUIS ¡Ah! ¡no! (Quitándosela por la empuñadura.) ¡Artagnan!

ARTAGNAN ¡Señor!

LUIS ¡Tomad la mía! Yo guardaré esta como mi mayor tesoro.

ARTAGNAN ¡Ah!

LUIS ¡He faltado, lo sé!... ¡estaba loco de furor! y... ¡vuestros brazos, Artagnan!

ARTAGNAN ¡Oh, sí! ¡vuestros son, señor! No ocultéis el rostro, que el confesar sus faltas no debe avergonzar a nadie en el mundo.

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

Sala.

ESCENA PRIMERA

RAUL, luego ATHOS, y después GRIMAUD.

RAUL (Pausa. Contemplando el retrato de Luisa.) ¡Ah! ¡Luisa! ¡Luisa! ¿Qué te hice yo para engañarme tan inicuamente? ¡Para destrozar mi corazón, mi dicha, mi vida y mi esperanza! ¡Y yo, insensato, que dudaba aun cuando la princesa me hacía tan infausta revelación!... ¡Y aun hoy mismo, ¡a no haberlo visto!... ¡El rey!... ¡el rey a sus pies... y ella! ¡Ah! ¡malditos sean los que así abusan tan indignamente de su poder para desgarrar el corazón de sus vasallos.

ATHOS Hijo mío, Dios se encargará de la venganza.

RAUL ¡Padre!

ATHOS ¡Valor, hijo mío! Piensa que el mundo es un caminal de abrojos en el cual vamos dejando nuestra vida en pedazos.

RAUL Pero cuán largo es el camino cuando se lleva la muerte en el alma. ¡Ah, no! ¡imposible vivir así! ¡Padre mío, dejadme ir a la guerra! ¡a Africa!

ATHOS ¿Quieres abandonarme, Raul, y quizá para siempre?

RAUL Señor, tenía el pensamiento de atravesarme el corazón con mi espada; pero eso os hubiera parecido una cobardía, y he re-

nunciado a semejante proyecto, pero si me quedo aquí moriré de amor y desesperación. Enviadme pronto, señor, o me veréis espirar cobardemente a vuestra presencia, pues no puedo más, padre mío, no puedo más. (Arrojándose a sus brazos.)

ATHOS ¡Pobre hijo mío!

GRIMAUD Señor, acaban de llegar vuestros amigos Aramis y Porthos.

ATHOS ¡Ah! ¡ellos!

RAUL ¡Que no me vean así...

ATHOS ¡Ve, hijo mío! después hablaremos. (Vase Raul. A Grimaud.) Condúcelos aquí. (Vase Grimaud.) ¡Pobre Raul, el dolor mina tu corazón y desgarra el mío! ¡Señor, libradme de ver su muerte! Tomad antes mi vida.

ESCENA II

ATHOS, ARAMIS, PORTHOS, luego GRIMAUD.

ARAMIS ¡Athos! (Echándose a sus brazos.)

ATHOS ¡Aramis! ¡Porthos!

PORTHOS ¡Amigo mío!

ATHOS ¿A qué debo vuestra grata visita?

ARAMIS No venimos para estar mucho rato en tu compañía.

ATHOS ¿Y eso?

PORTHOS El tiempo suficiente para que conozcas mi dicha.

ATHOS ¿Tu dicha?

PORTHOS Sí, amigo mío, sí; el rey me hace duque, pero duque con nombramiento.

ATHOS ¿De veras?

PORTHOS Ya lo creo. ¿No es verdad, Aramis?

ARAMIS Sí. (Tenemos que hablar a solas. Aleja a Porthos.) (Aparte a Athos.)

ATHOS (Está bien.) Amigo Porthos, te doy mi más cordial enhorabuena, y ya que tengo la dicha de verte en mi casa, vas a hacerme el favor de llegarte a las caballerizas para que me digas, tú que eres gran inte-

ligente, si me han engañado con el nuevo caballo que he comprado. Grimaud te acompañará, mientras yo hablo cuatro palabras con Aramis sobre su obispado.

PORTHOS Pues hasta luego; a ver si adivinaré cuanto te ha costado. ¿No sabes Grimaud? ¡Seré duque!

GRIMAUD ¿De qué, señor?

PORTHOS Del puñetazo. (Vase.)

ESCENA III

ATHOS y ARAMIS.

ATHOS Ya estamos solos. ¿Qué ocurre, Aramis?

ARAMIS ¡Amigo mío, aquí me tienes traspasado de dolor!

ATHOS ¡De dolor! ¿Qué quieres decir?

ARAMIS Que he tramado una conspiración contra el rey; la conspiración se ha frustrado, y a estas horas me estarán buscando indudablemente.

ATHOS ¡Una conspiración!... ¡Que te están buscando!...

ARAMIS Sí, amigo mío, sí, estoy perdido.

ATHOS Pero Porthos... ese título de duque... ¿qué quiere decir todo eso?

ARAMIS Pues ahí tienes lo que me causa el mayor dolor. Confiado yo en mi éxito infalible, he arrastrado a Porthos en mi conjuración. El pobre ha tomado parte en ella, como sabes que hace siempre, con todas sus fuerzas, sin enterarse de nada, y hoy se halla tan comprometido como yo.

ATHOS ¡Pobre Porthos! ¿Pero a qué esa conspiración, amigo mío? ¿Qué fin te proponías?

ARAMIS ¡Cambiar por completo la corte de Francia!

ATHOS ¡No comprendo!...

ARAMIS Me explicaré. Pero puede oirnos alguien.

ATHOS No: ¿tan importante es lo que tienes que decirme?

ARAMIS Es un secreto de Estado.

ATHOS ¡Ah!

ARAMIS ¿Te acuerdas, amigo mío, del nacimiento de Luis catorce?

ATHOS Como si fuese hoy.

ARAMIS Pues bien, la reina no dió a luz un hijo, sino dos, los dos eran varones.

ATHOS ¡Qué dices! ¿Y cómo lo sabes tú?

ARAMIS Me lo refirió la duquesa de Chevreuse, que entonces era camarista mayor de la reina.

ATHOS ¡Ah! ¡ya! Sigue.

ARAMIS Los dos hijos llegaron a ser mayores, el uno en el trono, y el otro en la obscuridad y en el aislamiento: primero lo mandaron al campo y después lo encerraron en la Bastilla, de donde lo saqué yo para colocarle en el trono.

ATHOS ¡Qué dices! ¿Pero y Luis catorce?...

ARAMIS Lo encerré en el calabozo que ocupaba antes su hermano.

ATHOS ¡Gran Dios! ¿Pero cómo es posible que la corte no descubriese?...

ARAMIS Porque los dos hermanos son de una semejanza tal, que ni su misma madre podría distinguirlos.

ATHOS ¿Pero cómo pudiste apoderarte...?

ARAMIS ¿De Luis catorce? Pues muy fácilmente, porque la corte estaba en Vaux-le Vicomte, en el palacio del caballero Fouquet, y en el dormitorio del rey había una puerta secreta, por la que penetramos Porthos y yo para apoderarnos de Luis catorce y poner en su lugar a su hermano Felipe. Todo salió perfectamente, pero al referírselo al día siguiente al caballero Fouquet, no consintió en ello y lo descubrió todo.

ATHOS E hizo perfectamente, Aramis, y tú dispensa que te diga que cometiste una gran falta, por no decir un crimen.

ARAMIS Sí, ya sé, un crimen de lesa majestad; pe-

ro, a no ser por Fouquet, el éxito era seguro.

ATHOS El obró como debía.

ARAMIS Sí, pero lo siento por Porthos, que inocentemente...

ATHOS ¡Pobre amigo mío! ¿Y qué piensas hacer?

ARAMIS Llegarme a Belle-Isle, que es un sitio inexpugnable, pues lo he fortificado yo mismo con ese intento, y desde allí, si es preciso, pasaré a Inglaterra o a España; pero para esto necesito dos buenos caballos.

ATHOS Dispón de los míos, amigo mío; y sobre todo te recomiendo a Porthos.

ARAMIS Lo que sea de mí será también de nuestro amigo, pues no me separaré de él un solo instante.

ATHOS Pues vamos a las caballerizas y allí escogerás los caballos que te convengan.

ARAMIS Gracias, amigo mío. (Vanse.)

ESCENA IV

RAUL, luego ARTAGNAN.

RAUL ¡Se va con su amigo! ¡Oh! ¡La impaciencia me devora! ¡Estoy decidido, sí! ¡Mañana, antes que luzca la aurora!... ¡Padre! ¡padre mío!... ¡perdona si te dejo! ¡pero esta pasión es más fuerte que mi voluntad! ¡Escribámosla por última vez! Que ella sepa... (Escribe.) ¡Cuando esta carta llegue a sus manos, ya habré cesado de sufrir! Ahora...

ARTAGNAN (Dentro.) ¡Cómo es eso! ¿No hay nadie por aquí?

RAUL ¡Esa voz!

ARTAGNAN (Saliendo.) ¡Ah! ¡por fin! ¡Amigo Raul!

RAUL ¡Caballero Artagnan! ¿Vos aquí?

ARTAGNAN Por ti venía, muchacho.

RAUL ¿Por mí?

ARTAGNAN Como sé que estás desesperado y la melancolía te consume, vengo a proponerte una distracción, que de seguro curará todos tus males.

RAUL ¿Cuál es?

ARTAGNAN ¡Que te vengas conmigo a campaña! Allí, oyendo silbar las balas, se olvida todo.

RAUL Menos lo que está agarrado al corazón.

ARTAGNAN ¡Diantre! ¿Tan hondo te ha herido esa señorita de la Vallière?

RAUL Sólo Dios y yo lo sabemos.

ARTAGNAN Y ella ama al rey, no hay que dudarlo; pero a ti, a pesar de que te abandona, te ama quizá más que al rey, pero de otra manera y si continuases viviendo a su lado, llegarías a ser su mejor amigo.

RAUL ¡Ah, nunca!

ARTAGNAN ¿Que no? Vente conmigo a París, y estoy seguro que viéndola continuamente con los ojos de enamorado celoso...

RAUL ¿Qué?

ARTAGNAN Acaso cesarías de amarla.

RAUL Pues bien, me habéis decidido, caballero Artagnan...

ARTAGNAN ¿A ir a París para volverla a ver?

RAUL No, sino a partir para la guerra para no volverla a ver jamás. Quiero amarla siempre. Si vos la veis algún día, entregadla esta carta: acabo de escribirla ahora mismo. Podéis leerla.

ARTAGNAN (Leyendo.) Señorita: «Por tener el grato pretexto de deciros que os amo aun, cometo la cobardía de escribiros, y en castigo de esa cobardía, me mato.»

RAUL Se la entregaréis, ¿no es verdad?

ARTAGNAN (Mirándole fijamente.) ¿Cuándo?

RAUL El día en que escribáis la fecha debajo de esas palabras. ¿Me lo prometéis?

ARTAGNAN ¡Lo juro! ¡Adiós, Raul! ¡Voy a ver a tu padre! ¡Piensa en él!

RAUL ¡Ay! ¡Harto pienso, Artagnan!

ARTAGNAN ¡Adiós! ¡Oh mundo! ¡mundo! ¡mundo!

ESCENA V

RAUL, luego MALICORNE, y después LUISA.

RAUL ¡Ama al rey!... ¡Le ama con idolatría!... ¡con ceguedad!... ¡No es capricho!... ¡no es ambición... orgullo!... ¡Pues a mí, entonces... a mí!... ¡Y yo necio que creía!... ¡Ah! ¡Bien castigado estoy! ¿Quién?

MALICO. ¡Nadie! ¡Soy yo, señor vizconde!

RAUL ¿Vos en Blois, amigo Malicorne?

MALICO. Como tenía que venir por un asunto de interés, una señora me ha pedido si quería acompañarla, y como a mí me gusta servir en todo a las jóvenes amables y bonitas, vengo a molestaros para deciros que ahí está esperando vuestro permiso para veros y hablaros.

RAUL ¿Quién?

MALICO. Me han mandado no decirlo.

RAUL ¡Ah! ¡Es Aura! ¡Que pase! ¡que pase!

MALICO. Está bien. (Vase.)

RAUL ¡Ah! ¡la mandará ella! ¡Quizá! ¡Calla, corazón, calla! ¡que tus latidos me ahogan! ¡Ah! ¡Aquí está! ¡Gran Dios! ¡Luisa! (Al ver que se descubre.)

LUISA Sí, Luisa.

RAUL ¡Vos, señorita! ¡Vos aquí!

LUISA Sí, Raul; tenía que hablaros... tenía que veros... a solas... y no he retrocedido ante un paso que debe permanecer secreto, porque nadie, excepto vos, vizconde, acertaría a comprenderlo.

RAUL En efecto, señorita, y aun yo mismo, a pesar del buen concepto que tenéis formado de mí, confieso...

LUISA Pues bien, escuchadme.

RAUL Hablad.

LUISA Raul, no apartéis de mí vuestra mirada tan noble y tan franca: no sois de esos hombres que desprecian a una mujer por-

que haya entregado su corazón, por más que ese amor deba hacer su desgracia o lastimarle en su orgullo.

RAUL Señora, yo...

LUISA ¡Ah! ¡no digáis, por Dios, que habéis sentido contra mí otra cosa que cólera! Raul, para despreciarme aguardad a que lo haya dicho todo, aguardad hasta el fin.

RAUL Sea.

LUISA ¡Y ante todo, con las manos juntas y la frente inclinada, os pido perdón como al más generoso, al más noble de los hombres! Si os he dejado ignorar lo que pasaba dentro de mí, jamás hubiera consentido en engañaros, Raul.

RAUL ¡Admiro vuestra sutileza, señorita! Dejar ignorar que uno se engaña es proceder lealmente, pero engañar? Creo que eso estaría mal hecho y vos no lo haríais. (Con cierta ironía amarga.)

LUISA Caballero, durante largo tiempo he estado creyendo que os amaba sobre todas las cosas, pero pasó el rey por Blois y aquel día salí de mi error.

RAUL Pues bien, señorita, llegado ese día, y viendo que yo os amaba siempre, la lealtad exigía que me dijeseis que no me amabais ya.

LUISA No me atreví: temblé a la sola idea del dolor que iba a causaros: y esto es tan cierto, Raul, que en este momento en que os estoy hablando con el corazón oprimido, convencida de que no tengo más defensa que mi franqueza, no siento otro dolor que el que leo en vuestros ojos.

RAUL ¡Dolor!...

LUISA No, no me haréis la injuria de fingir conmigo. Vos me amabais y estabais seguro de amarme, mientras que yo...

RAUL Mientras que vos me hacíais creer en vuestro amor y amabais a otro.

LUISA ¡Ay! sí, amo a otro, y ese otro... ¡Oh,

Raul! ¡dejadme hablar, porque esa es mi única disculpa!... Sí, a ese otro, le amo más que a mi existencia, más que al mismo Dios! Perdón Dios mío, y vos Raul, perdonad mi falta o castigad mi traición. He venido aquí no para defenderme, sino para deciros: ¿sabéis lo qué es amar? ¡Pues yo amo! ¡y amo hasta el extremo de dar mi vida, de dar mi alma a la persona amada! y si algún día llega a olvidarme, moriré de dolor. Y ahora que lo sabéis todo, Raul, matadme, sí, matadme, si es que creeis que esta desdichada merezca la muerte.

RAUL ¡Mataros! No, señorita, no; si la culpa es mía, sí, mía, pues mejor instruído que vos en las dificultades de la vida, a mí me correspondía desengañaros. Debí no fiar en lo incierto; debí hacer hablar a vuestro corazón, y apenas he hecho hablar a vuestros labios. Yo soy quien debe pediros perdón, señorita.

LUISA ¡No, no, Raul; vos os burláis de mí! No es posible ser bueno, perfecto hasta ese punto.

RAUL ¡Mirad lo que decís! ¡porque, según veo, quizá vayáis a decir que no os amaba!

LUISA ¡Oh! sí, como un tierno hermano; dejadme abrigar esa esperanza, Raul.

RAUL ¡Cómo un tierno hermano! ¡No, no, Luisa, no! ¡yo os amaba y os amo como un amante, como un esposo, con locura, hasta el punto de dar por vos toda mi sangre gota a gota, toda mi carne pedazo por pedazo, toda mi eternidad hora por hora! ¡Os amaba tanto, que no veo ya nada ni en la tierra ni en el cielo!

LUISA ¡Ah! ¡Raul!... ¡Raul!... ¡por piedad!

RAUL ¡Piedad!... ¡Eso pido yo también, Luisa, piedad! ¡pues no puedo vivir sin tu amor! ¡Eres mía! ¡mía! ¡y aquí en mis

amantes brazos!... ¡Ah! ¡no, no! ¡Yo no soy el rey de Francia para robar!

LUISA ¡Raul!

RAUL ¡Idos! ¡Idos! ¡Que no os vea más!

LUISA ¡Perdonadme, Raul, perdonadme!

RAUL ¿Pues no he hecho más aún? ¡No os he dicho que os amaba siempre!

LUISA ¡Ah!

RAUL ¡Idos! ¡Idos!

LUISA ¡Sí, sí... adiós Raul... adiós! ¡hasta la eternidad!... (Vase llorando amargamente.)

RAUL (Después de una pausa levanta la cabeza que tenía oculta entre sus manos.) ¡Se ha ido!... ¡Ya no la veré más!... ¡Todo ha terminado!... ¡Para qué, pues, vivir! ¡No... no... imposible! ¡Acabemos de una vez! (Cogiendo la pistola y apuntándose.)

ESCENA VI

RAUL, ATHOS y ARTAGNAN.

ATHOS (Cogiéndole el brazo.) ¡Ah! ¡no, hijo mío! ¿Qué haces? Esta es la muerte de los cobardes. La guerra te espera.

RAUL ¡Ah! ¡sí, allí!... ¡a luchar! ¡a morir!

ARTAGNAN Por el rey.

RAUL ¡No; por el rey, no! ¡Por la patria. ¡Por la patria.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO

ACTO SEPTIMO

CUADRO PRIMERO

Sala corta con ventanales en el foro, por los que se ve el cielo y la campiña.

ESCENA PRIMERA

ATHOS, GRIMAUD y luego el DOCTOR.

ATHOS (Que sale acompañado de Grimaud y arrastrando los pies.) ¡Gracias, mi buen Grimaud! ¡Aquí estoy mejor que en la cama, pues en ella me asaltan unos sueños horrorosos! ¡Aquí veo el cielo, el sol, el campo! ¡Cuándo veré a mi hijo! ¡A mi Raul!... ¡Ay! ¡Ya nunca más!... ¡nunca más!... ¡Me muero, mi buen Grimaud! ¡me muero!

GRIMAUD No digáis eso, señor.

ATHOS Mira, aquí tienes al doctor, pregúntaselo y sabrás la verdad.

DOCTOR ¡Le diré que sois incorregible, señor conde! ¡Cómo es eso de abandonar la cama! No veis que casi no podéis teneros en pie. (Vase Grimaud.)

ATHOS Sí, esta debilidad...

DOCTOR No es sólo debilidad, sino fiebre, consunción, en fin, acabamiento, señor conde. Yo os tenía por buen cristiano...

ATHOS Y lo soy.

DOCTOR Pues no lo demostráis, porque los cristianos abominan el suicidio, y vos os estáis suicidando. No queréis curaros.

ATHOS ¡Curarme! Primeramente es necesario buscar el mal, doctor, y yo nunca me he sentido tan bueno, nunca me ha parecido el cielo tan hermoso, ni las flores tan bellas. Por esto he querido salir aquí a contemplarlas.

DOCTOR Pero tenéis un pesar secreto.

ATHOS ¿Secreto?... No, la partida de mi hijo es todo mi mal y no lo oculto.

DOCTOR Señor conde, vuestro hijo vive, es robusto y tiene todo el porvenir de las personas de su mérito y de su raza: vivid para él.

ATHOS Pero, si yo vivo, doctor: ¡Oh! tranquilizaos: en tanto que Raul viva viviré yo.

DOCTOR ¿Qué estáis diciendo?

ATHOS Una cosa muy sencilla. En este momento dejo suspendida en mi la vida. Sería empresa superior a mis fuerzas hacer una vida activa, indiferente a todo cuando no tengo a mi lado a Raul. Supongo que no exigiréis que una lámpara arda cuando no se le ha aplicado la llama, de consiguiente no me pidáis que viva en el ruido y la claridad. Yo vegeto, me dispongo y aguardo. Porque... doctor, recordad esos soldados que hemos visto juntos tantas veces en el puerto, en donde esperaban que los embarcasen: recostados con indolencia y con un pie en un elemento y otro en el otro, ni se hallaban en el punto a donde el mar iba a conducirlos, ni en el sitio en donde la tierra iba a perderlos, sino que con los bagajes preparados, el ánimo atento y las miradas fijas aguardaban. Pues bien, esta palabra es la que pinta mi vida de hoy. Recostado como aquellos soldados y con el oído atento a los rumores que llegan hasta mí, quiero estar dispuesto a

marchar a la primera llamada. ¿Quién me hará esa llamada? ¿La vida o la muerte? ¿Dios o Raul? Tengo preparado mi bagaje, mi ánimo dispuesto y espero la señal. Aguardando estoy, doctor.

DOCTOR Pues lo queréis, sea, señor conde. La ciencia nada puede contra esa dolencia.

ATHOS ¿Volveréis?

DOCTOR Vendrá el amigo, el médico es inútil.

ATHOS Gracias, doctor. (Vase el doctor.)

ESCENA II

ATHOS, GRIMAUD y luego ARTAGNAN.

GRIMAUD Señor, acaban de traer esta carta.

ATHOS ¿De Africa? (Con gran ansiedad.)

GRIMAUD No, señor; viene de España

ATHOS ¡De España! ¿Con que no ha habido carta de mi hijo?

GRIMAUD No, señor.

ATHOS ¿Ni de Artagnan?

GRIMAUD Tampoco.

ATHOS ¡Es extraño! (Abatido y abismado.)

GRIMAUD (Después de una breve pausa, mirando la carta.) ¡Señor!

ATHOS ¿Qué? ¿Qué quieres, amigo mío?

GRIMAUD Que esta carta sea tal vez urgente... Me parece que es letra de su amigo el señor de Herblay.

ATHOS ¡De Aramis! ¡Trae! ¡trae! (Después de leer.) ¡Cielos! ¡Expatriado en España! ¡Porthos muerto en Belle-Isle! ¡Muerto! ¡El primero de los cuatro! ¡Descansa en paz!... Pronto nos veremos, amigo mío. ¡Mi sueño!... ¡Mi sueño se cumple!... ¡Mas quién llega!...

GRIMAUD El caballero Artagnan.

ATHOS ¡¡Artagnan!! (Sale éste.) ¡Artagnan!... ¡tú aquí!... ¡¡Ah!! ¡Raul ha muerto! ¿no es verdad?

ARTAGNAN Sí.

ATHOS ¡¡Ah!! ¡Yo le he visto, sí!... ¡cercado de moros!... ¡su cadáver abandonado!...

ARTAGNAN ¡Abandonado no, amigo mío! Murió como un valiente, luchando solo contra cien enemigos, pues su caballo desbocado se introdujo entre sus filas, pero nosotros volamos en su auxilio y si llegamos tarde para salvar su vida, llegamos a tiempo para rescatar su cadáver del poder de los infieles.

ATHOS ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Espérame, hijo mío! ¡pronto vendré a verte en el cielo!

ARTAGNAN Aun puedes verle en la tierra, amigo mío.

ATHOS ¿En dónde?

ARTAGNAN Aquí mismo, pues ha llegado conmigo.

ATHOS ¡Ah! ¡Artagnan! ¡Gracias! ¡gracias! ¡Vamos! ¡vamos!

ARTAGNAN ¡Si no puedes sostenerte, amigo mío!

ATHOS Aun tengo fuerzas para cumplir mis últimos deberes. Dios me sostendrá hasta el postrer momento. Vamos... Ven... ven... que mi hijo espera, Artagnan. (Vanse.) ¡Vamos, Raul! ¡Hijo!... ¡hijo mío!

CUADRO SEGUNDO

Cementerio. En el centro la capilla, con puerta grande, a la que se sube por unas gradas. Una cruz de piedra, grande. Verja, en último término, con puerta en el foro izquierda.

ESCENA PRIMERA

LUISA, LUIS y nobles, que se quedan en el foro, junto a la verja.

LUIS Ya estás en el cementerio, Luisa, ¿qué más quieres ahora?

LUISA Aguardar.

LUIS ¿Aguardar a qué? ¿Aun no hemos hecho bastante? Por complacerte he dado permiso para traer su cadáver de Africa y para que mis mosqueteros le den guardia de honor hasta al panteón de sus mayores. Además, has querido venir a Blois y te he acompañado hasta aquí ¿Qué esperas ahora?

LUISA Su entierro, para pedir perdón a su anciano padre, pues sin él no podría vivir.

LUIS Luisa, ¿a qué atormentarte de ese modo? ¿Tienes tú la culpa de que nuestros corazones se hayan unido con lazos indisolubles? ¿Quién puede resistir a su destino? El nuestro es amarnos.

LUISA Sí, pero este amor ha causado su muerte y el remordimiento en mi corazón.

LUIS ¡Yo te haré olvidarlo, vida mía! En fiestas y placeres anegaré tus recuerdos y serás la más feliz de las damas de mi corte. Ven, Luisa, vamos.

LUISA Después; ¡antes quiero verle!... (Se oyen las campanas que doblan a muerto.) ¡Ya viene!...

LUIS Pues bien, sea: te espero. Si tardas, volveré por ti. (Vase con los nobles.)

ESCENA II

LUISA, ATHOS, ARTAGNAN, DOCTOR y GRIMAUD. Guardias que sacan la caja mortuoría, y mosqueteros

LUISA ¡Dios mío, dame fuerzas! ¡que las mías me faltan! (Cae arrodillada al pie de la cruz. Sale la comitiva; al pasar el ataúd por delante de la cruz, Luisa se arroja a los pies de Athos, llorando amargamente.) ¡Raul! ¡Raul!

ATHOS ¿Quién viene a turbar la paz de los muertos?

LUISA ¡Perdón, señor, perdón! (Arrojándose a sus pies.)

ATHOS ¡¡Luisa!! ¡Sí, yo te perdono en nombre de mi hijo! Pero reza... reza... para que te perdone Dios.

LUISA ¡Sí, sí, rezaré siempre!... ¡siempre! (Entra la comitiva en la iglesia, menos Artagnan, que cierra la puerta.)

ARTAGNAN Señorita, tomad; este es el último encargo de un moribundo. (Entregándole la carta que Raul le dió en el acto anterior.)

LUISA (Después de leer.) ¡Ah! ¡Sí, yo... yo fuí quien le maté!

ARTAGNAN ¡Si, vos!... ¡Y aun osáis venir aquí!

LUISA Yo...

ARTAGNAN ¡Oh! ¡señorita! mejor hubiera querido veros ceñida de flores en la quinta del conde de la Fere. Menos habríais llorado entonces, y ellos y yo...

LUISA Caballero...

ARTAGNAN Porque vos sois, vos sois la que habéis llevado a esos dos hombres al sepulcro, pues el padre pronto seguirá al hijo.

LUISA ¡Oh! ¡por piedad!

ARTAGNAN No quiera Dios, señorita, que yo ofenda a una mujer, o que la haga llorar en vano; pero debo recordaros que el sitio del asesino no es la tumba de las víctimas.

LUISA ¡Ah!

ARTAGNAN Y lo que digo a vos se lo diría asimismo al rey, pues ambos a dos sois cómplices de esas muertes.

LUISA Sí, es verdad, pero, por compasión, no me abruméis así con el peso de vuestras reconvenciones; yo os lo suplico, pues no puedo más. Soy como la rama desprendida del tronco, nada hay que me dé ya apego en el mundo, y una corriente me arrastra no sé a donde. Amo al rey con frenesí; le amo hasta el punto de decirlo aquí, sobre las cenizas de ese joven, pero os juro delante de Dios que desde hoy mataré este amor en mi pecho y que

iré a llorar mis penas y remordimientos en la soledad de un claustro.

LUIS (Saliendo.) ¡Ah! ¡no, nunca consentiré tal sacrificio!

ARTAGNAN ¡El rey!

LUIS ¡Luisa! ¡Luisa mía!

LUISA ¡Señor, señor, apartaos! ¡Se interpone entre los dos ese cadáver! ¡Dejadme!

LUIS ¡Dejarte! ¡Nunca! ¡Eres mía, mía!

LUISA ¡Callad, señor, callad! ¡No me hagáis sufrir más de lo que sufro! No destruyáis mi único porvenir, que es mi salvación, y el vuestro que es vuestra gloria, por un capricho.

LUIS ¡Capricho! ¡No, no es capricho, Luisa, es un amor inmenso, grande, imperecedero, que arrollará todo cuanto se oponga a mi paso; que te arrancará, si es preciso, hasta de los brazos de Dios!

LUISA ¡Pues bien, arrancadme de ellos si os atrevéis! (Abrazándose a la cruz.)

LUIS ¡Que si me atrevo!...

ARTAGNAN Señor, ¿qué vais a hacer? (Interponiéndose.)

LUIS ¡Apartad! ¡Ira de Dios!

ARTAGNAN ¡Señor! ¡dominaos! ¡no abuséis así de vuestro poder! ¡Un rey debe ser grande, noble, digno y justiciero!

LUIS ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Sed feliz, Luisa, y rezad por mí!

ARTAGNAN Y por el vizconde de Bragelone. (Se oye la campanilla.) ¡Alzan a Dios, señor! (Abriendo la puerta de la iglesia. Descubriéndose a arrodillándose.)

LUIS ¡Ah! ¡Perdón! ¡Dios mío, perdón!

CUADRO

Se ve al sacerdote alzar a Dios y todos arrodillados. Artagnan en las gradas; Luisa al pie de la cruz y Luis en primer término. Baja el telón pausadamente.

FIN DE LA OBRA

CALDERON DE LA BARCA

EL MAYOR MONSTRUO LOS CELOS

Tragedia en cuatro actos y en verso

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EL MAYOR MONSTRUO, LOS CELOS

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

EL MAYOR MONSTRUO, LOS CELOS

Tragedia en tres actos

de

CALDERÓN DE LA BARCA

Refundida en cuatro

por

Tomás Luceño

11-68

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15.
1915

PERSONAJES

MARIENE.
SIRENE.
LIBIA.
ARMINDA.
EL TETRARCA.
OCTAVIANO.
ARISTÓBOLO.
FILIPO.
TOLOMEO.
POLIDORO.
UN CAPITÁN.
SOLDADO 1.º
SOLDADO 2.º
JUDÍO 1.º
JUDÍO 2.º
DAMA 1.ª
DAMA 2.ª

Soldados romanos, Soldados judíos, Criados, Pueblo.

La escena en las cercanías de Jaffa, en Menfis y en Jerusalen.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Quinta a orillas del mar en la playa de Jaffa.

ESCENA PRIMERA

EL TETRARCA, MARIENE, LIBIA, SIRENE y FILIPO; éstos a respetuosa distancia de los dos primeros.

TETRARCA Hermosa Mariene,
a quien el orbe de zafir previene
ya soberano asiento,
como estrella añadida al firmamento;
no con tanta tristeza
turbes el rosicler de tu belleza.
¿Qué deseas?... ¿Qué quieres?...
¿Qué envidias?... ¿Qué te falta?... ¿Tú
amada, gloria mía, [no eres
reina en Jerusalen? Su monarquía,
en cuanto ciñe el sol y el mar abarca,
¿no me aclama su ínclito monarca?
¿No aspira el pecho mío
a conseguir de Roma el poderío,
sin otro fin que mi ambición abone,
que el de que seas tú quien me corone?
Y en tanto, cielo hermoso,
que al triunfo llega el día venturoso,
¿no estás de mi adorada?
¿De mis gentes no estás idolatrada?
Liberal restituya tu alegría
su luz al alba, su esplendor al día,
su fragancia a las flores,
al campo sus colores,

su música a las aves,
mi vida a mí, pues con discursos graves,
a celos me atormentan tus desvelos...
No sé que más decir, ya dije celos.

MARIENE Tetrarca generoso.
Mi dueño amante y mi galán esposo,
ingrata al cielo fuera
y a mi ventura ingrata, si rindiera
el sentimiento mío
a pequeño accidente su albedrío.
La pena que me aflige
de causa superior cruel se rige:
tanto, que es todo el cielo
depósito infeliz de mi desvelo.

TETRARCA Menos entiendo ahora y aun más dudo
el mío y tu dolor; y si es que pudo
tanto mi amor contigo,
hazme ya de tu mal, mi bien, testigo.
Sepa tu pena yo, porque la llore
y más tiempo no ignore
muerte, que ya con mis sentidos lucha.

MARIENE Nunca pensé decirlo; pero escucha.
Un doctísimo hebreo
tiene Jerusalen, cuyo deseo
siempre ha sido, estudioso,
acelerar al tiempo presuroso
la edad; como si fuera
menester acordarle que corriera.
Este sabio eminente,
en las estrellas lee atentamente,
y en su estudio predice
si uno ha de ser dichoso o infelice:
*porque es la astrología
*ciencia exacta que marca cada día
*el destino del ser por Dios creado,
*y que nunca en sus juicios ha fallado.
Yo que mujer nací (con esto digo
que amiga de saber) docto testigo
le hice de tu fortuna y mi fortuna,
porque viendo que al orbe de la luna
hoy levantas tu frente,
quise tu fin saber; y fijamente

clavando en las estrellas su mirada
un suspiro lanzó y en voz cortada...
Déjame reposar, porque mi acento
no tiene fuerzas ni aun para el lamento.
Mi espíritu se cansa y desfallece
y en este punto el cuerpo se estremece.
Dijo de mí que muy presto sería
muerta por la inclemente tiranía
de un monstruo, el más cruel, terrible y fuerte,
y de ti, que iracundo darías muerte,
con el puñal que al cinto traes ceñido,
a quien más en el mundo hayas querido.
¡Ahora dime, señor, si no es tormento
saber que nuestro fin será sangriento!

TETRARCA Bellísima Mariene,
aunque ese libro inmortal
(Señalando al cielo.)
en sus hojas de cristal
nuestros destinos contiene,
dar crédito no conviene
a los secretos que encierra,
que es ciencia que tanto yerra,
que en un punto solamente,
mayores distancias miente
que hay desde el cielo a la tierra.
De esa ciencia singular
solo se debe saber
el mal que se ha de temer,
más no el que se ha de esperar;
sentir, padecer, llorar
desdichas que no han llegado
ya lo son, pues tu cuidado
jamás te habrá conducido
después de haber sucedido
a más que haberlas llorado.
Y si ahora tu desvelo
lo que ha de suceder llora,
tú haces tu desdicha ahora
antes, Mariene, que el cielo.
Que llorar con desconsuelo,
imaginada o predicha,

una distante desdicha,
ya es acercarla en rigor;
y no hay desdicha mayor
que el esperar la desdicha.
Con otro argumento yo
vencer tu rigor quisiera.
Si ventura acaso fuera,
lo que el astrólogo vió,
¿diérasle crédito? No;
ni la estimaras ni oyeras.
¿Pues por qué en nuestras quimeras
han de ser escrupulosas,
las venturas, mentirosas,
las desdichas, verdaderas?
Y pasando al fundamento
de lo que sabes de mí,
¿cómo es compatible, dí,
que aqueste puñal sangriento
dé, en ningun tiempo, violento
muerte a lo que yo más quiero?
¿Y a ti un monstruo? Ver no espero
cosa de mí más querida:
luego amenazan tu vida
aquel monstruo y este acero.
Y porque veas aquí
como mienten las estrellas,
y que triunfar puedo de ellas
mira el puñal. (Desenváinale.)

MARIENE ¡Ay de mí!
¡Tente, señor!

TETRARCA ¿De qué así
tiemblas, dí?

MARIENE Mi muerte advierte
mirarle en tu mano fuerte.

TETRARCA Pues, porque no temas más
desde hoy inmortal serás.
Yo haré imposible tu muerte.
Sea el mar, campo de hielo,
sepulcro de este puñal
que causa tu desconsuelo,
y en sus ondas de cristal
se oculte. (Arroja el puñal por la ventana.)

ESCENA II

Dichos, TOLOMEO, dentro.

TOLOMEO ¡Válgame el cielo!
MARIENE ¿Qué voz es esa que he oído? (Aterrorizada.)
FILIPO (Asomándose a la ventana.)
Aire y agua han respondido
con asombro o con desmayo!
LIBIA (Asomándose a la ventana.)
¡El puñal ha sido el rayo
y el trueno el triste gemido!
MARIENE ¿Qué mucho que a mí me asombre
acero tan penetrante,
que hace heridas en las ondas
impresionando los aires?
TETRARCA Acaso el puñal no tenga
relación con esos ayes...
Iré a saber lo qué ha sido
aunque penetre arrogante
las entrañas de los montes
los cóncavos de los mares.
(Vanse todos, menos Mariene y sus dos damas.)

ESCENA III

MARIENE, LIBIA y SIRENE

MARIENE Toda soy horror.
LIBIA El mar
es monumento inconstante
de un mísero, que rendido
entre sus espumas trae.
SIRENE Ya tu esposo, el gran Tetrarca,
de generosas piedades
movido, al bajel humano
ha dado puesto en la margen.
MARIENE El puñal que fué cometa
de dos esferas errante,
arpón del arco del cielo

clavado en un hombro trae.

LIBIA ¡Es Tolomeo! ¡Ay de mí!
(¡Bastábale ser mi amante
para ser tan infelice!)

MARIENE ¡Qué asombro tan admirable,
vamos, que el terror me quita
ánimos para mirarle!

(Vanse izquierda, aterrorizadas.)

ESCENA IV

El TETRARCA, FILIPO y los criados, que traen a TOLOMEO con el puñal clavado en un hombro.

TETRARCA Ya del mar estáis seguro,
desdichado caminante.
Así la mortal herida
diera treguas a mis males.

(Se acerca a quitarle el puñal.)

TOLOMEO Detente, señor, detente:
este puñal no me saques,
porque al ver la puerta abierta
sus espíritus no exhale
el alma. Y ya que los cielos
solamente en esta parte
son piadosos, pues me dan
tiempo de verte y hablarte,
no perdamos más el tiempo...
Mi muerte y la tuya sabe.

TETRARCA ¡Tolomeo!

TOLOMEO Sí, señor.

TETRARCA Llevadle de aquí, llevadle
a curar.

TOLOMEO Aqueso no:
que cuando el riesgo es tan grande,
menos importa mi vida
que la tuya: escucha antes:
Octaviano, en tierra y mar
ondas ocupando y valles,
llegó a Egipto; salió Antonio
con tu socorro a buscarle,

de Cleopatra acompañado,
en bien construída nave.
En los pricipios fué nuestra
la fortuna; más ya sabes
que la fortuna jamás
estuvo firme un instante.
Nuestra armada dividida
deshecha y sin orden sale
a la campaña del mar,
donde impelida mi nave
caballo fué desbocado
que no hay freno que le pare;
y a vista ya de la torre
de Jerusalen la grande
estrellóse en un escollo,
logrando yo apoderarme
de ruin tabla, despedida
de la avergonzada nave,
que al verse sin honra trata
de hallar su tumba en los mares;
hasta aquí vine empujado
por la violencia del aire...
y como éste, de mi vida
tasando está los instantes,
sólo el decir me permite
que tu enemigo triunfante
queda en Egipto, y Antonio
o muerto o rendido yace,
que de Aristóbalo, hermano
de Mariene, no se sabe,
y en fin, que tus esperanzas
como el humo se deshacen.
Aquí mi vida se acaba,
señor, en digno remate,
pues muero siendo leal
a tu causa y a mi sangre. (Dando un suspiro.)
Si fuí en el vivir pequeño,
quiero en el morir ser grande.

(Se desvanece.)

TETRARCA Y yo seré en mis desdichas
asombro de las edades.
Llevad de aquí al mensajero

que tales nuevas me trae.
Ved de salvarle la vida,
y aquese puñal... guardadle,
que importa saber qué debo
hacer dél; que ya él me hace
tenerle por prodigioso.

(Se lo llevan, suspirando hondamente.)

¡Ay, Filipo, hagan alarde
mis suspiros de mis penas,
mis lágrimas de mis males!

ESCENA V

TETRARCA y FILIPO.

FILIPO Ensancha el pecho que en él
cabrán todos tus pesares,
sin que a la voz ni a los ojos
se asomen.

TETRARCA ¡Ay! que no sabes
Filipo, cual es mi pena
pues quieres darla esa cárcel.

FILIPO Sí sé, pues sé que has perdido
tal inmensidad de naves.

TETRARCA No es su pérdida la mía.

FILIPO Serálo el mirar triunfante
a tu enemigo.

TETRARCA No tengo
miedo a las adversidades.

FILIPO De Aristóbolo, tu hermano,
ni de Marco Antonio sabes.

TETRARCA Cuando sepa que murieron
tendré envidia a bien tan grande.

FILIPO Los prodigios del puñal
misterios son admirables.

TETRARCA Al magnánimo varón
no hay prodigio que le espante.

FILIPO Pues si prodigios, fortunas,
pérdidas y adversidades
no te rinden, ¿qué te vence?

TETRARCA ¡Ay, Filipo! no te canses

en adivinarlo, puesto
que mientras no adivinases
el amor de Mariene
tu discurso será en balde.
Piérdase la armada, muera
el César Antonio, falte
Aristóbolo, Octaviano
de un polo a otro polo mande;
con trágicas prevenciones
hoy los cielos me amenacen,
vuelva el prodigioso acero
a mi poder; que a postrarme
nada basta, nada importa.
Lo que mi espíritu abate
y en negra bruma le envuelve,
es ver que no fuí bastante
a hacer reina a Mariene
del mundo; y en esta parte
dirás y diránlo todos
que es locura; no te espantes,
que cuando amor no es locura
no es amor, y el mío es tan grande
que temo, amigo Filipo,
que pasando los umbrales
de la vida, y que llegando
de la muerte a la otra parte,
quede mi amor en el mundo
por un prodigio admirable,
que produzca eterno asombro
en las futuras edades. (Vanse derecha.)

CUADRO SEGUNDO

Sala de un palacio de Menfis.

ESCENA VI

OCTAVIANO, en un trono, y soldados romanos.

OCTAVIA. Felice es la suerte mía,
pues de Egipto victorioso
dilato la monarquía
de Roma, dueño famoso
de los términos del día.
Cante, pues, victoria tanta
la fama, y en testimonio
de que a todas se adelanta,
sean triunfo de mi planta
hoy Cleopatra y Marco Antonio.
Presos a los dos procura
llevar mi heroica ventura,
porque lidiador bizarro,
sean fieras de mi carro
el poder y la hermosura.

UN SOLDADO ¡Viva Octaviano!

LOS DEMÁS ¡Viva!

ESCENA VII

POLIDORO, ARISTÓBOLO, UN CAPITÁN y Soldados.

CAPITÁN (Después de hacer una cortesía ante el trono.)
Aunque habemos recorrido
de Cleopatra el gran palacio,
hallarla no hemos podido,
ni a Antonio, porque el espacio
laberinto de oro ha sido.
Solamente hemos hallado

a Aristóbolo, cuñado
del que hoy en Jerusalen
es el Tetrarca, y de quien
nos informó este criado. (Por Aristóbolo.)
Tu contrario fué; y así
porque averigües aquí
sus designios, le traemos...
De ambos nos informaremos.
Llega, Aristóbolo. (A Polidoro.)

POLIDORO (Aparte y sobresaltado, a Aristóbolo.)
A mí
me toman por ti... Repara
si tienes buen corazón,
que puede salirme cara
aquesta equivocación.
¡Por Dios, el error declara!

ARIST. (A Polidoro.)
Si así la vida me das,
no temas, seguro estás,
que yo a ti te la daré;
disimula.

POLIDORO Yo lo haré
hasta que no pueda más. (Se arrodilla.)
Grande César Octaviano,
cuyo renombre inmortal
el tiempo asegure ufano
en láminas de metal,
que intente borrar en vano.
No manches, no, riguroso,
los aplausos que has tenido,
con sangre, que el ser piadoso
vencedor con el vencido,
es ser dos veces glorioso.

OCTAVIA. Aunque pudiera, ¡oh valiente!
Aristóbolo, vengarme
en tu vida dignamente
de ti y tu hermano, mostrarme
quiero piadoso y clemente.
Alzate del suelo, y pues
el fin de mis glorias es
entrar en Roma triunfante
con Marco Antonio delante

y con Cleopatra a los pies,
dime dónde están.

POLIDORO Dijera,
señor, si yo lo supiera,
que por mis discursos hallo
que hiciera más en callallo
que no en decírtelo hiciera.
Más desde que llegué aquí
a ninguno de ellos ví.

OCTAVIA. Eso no es agradecer
mi piedad... Yo he de saber
de ellos; y ha de ser así. (Baja del trono.)
¡Hola!

CAPITÁN Señor.

OCTAVIA. Al Infante
Aristóbolo llevad
a una torre, y ni un instante
goce de la claridad
del sol: la noche le espante
por eterna.

POLIDORO (Aparte a Aristóbolo.) Aquí llegó,
señor, de tu engaño el fin.

ARIST. Sufre. (Aparte a Polidoro.)

POLIDORO ¿Torre obscura yo?

OCTAVIA. Llevadle.

POLIDORO (El demonio sin
duda me aristoboló.)
Oye.

OCTAVIA. Calla.

POLIDORO ¿Qué es callar?
Vive Baco, que he de hablar. (A Octaviano.)
No soy príncipe, señor,
soy un necio que es peor.

OCTAVIA. Nada tienes que esperar.
Y ese criado primero, (Por Aristóbolo.)
padezca un tormento fiero
o muera en él de leal.

POLIDORO (A Aristóbolo.)
¿Te matan? Pues mal por mal
torre pido y noche quiero.
Mi pellejo salvo así.
Soy Aristóbolo, sí... (A Octaviano.)

(Algún ángel por librarme
quiso *aristobolizarme*
compadecido de mí.)

(Se apoderan de él los soldados y le retiran al foro con ellos.)

ARIST. Enfrena un poco el rigor,
sabrás de los dos, señor.
Cleopatra y Antonio han sido
por su sino maldecido
funestos triunfos de amor.
Apenas rota su armada
vió Antonio, su nave alada
presto haciéndose a la vela,
nada, pensando que vuela,
vuela, pensando que nada;
pues con ligereza suma,
pez sin escama nadaba,
ave, volaba sin pluma,
tan veloz, que no le ajaba
al mar ni un rizo de espuma.
*Mas viendo que le seguíais
*a Menfis y que traías
*de tu parte a la fortuna,
*pues al orbe de la luna
*en alas suyas subías.
Lamentando mal y tarde
la pérdida de su gente,
sin que ser despojo aguarde,
del extremo de valiente
dió al extremo de cobarde;
pues ciego y desesperado,
al panteón destinado
a egipcios reyes, entró,
y una sepultura abrió,
donde vivo y enterrado
dijo, sacando el acero:
«Nadie ha de triunfar primero
de mí que yo mismo; así
triunfo yo mismo de mí,
pues yo mismo mato y muero.»
Cleopatra, que le seguía,
viendo que Antonio expiraba

bañado en su sangre fría,
cuyo aliento pronunciaba
más cuanto menos decía:
«Muera, dijo, yo también;
pues por piedad o por ira,
no cumple con menos quien
llega a querer bien y mira
muerto a lo que quiso bien.»
Y asiendo un áspid mortal
de las flores de un jardín
dijo: «Si otro de metal
dió a Antonio trágico fin,
tú serás vivo puñal
de mi pecho, aunque sospecho
que no moriré a despecho
de un áspid, pues en rigor
no hay áspid como el amor,
y ha días que está en mi pecho.»
Y él, con la sed venenosa,
hidrópicamente bebe
cebado en Cleopatra hermosa,
cristal que exprimió la nieve,
sangre que vertió la rosa.
Rendido Antonio al valor
y ella postrada al dolor
yacen, porque de esta suerte
no puede apartar la muerte
a dos que junta el amor.

OCTAVIA. Aquí dió fin mi esperanza,
aquí murió mi alabanza,
pues por asombro tan fuerte
no ha de pasar mi esperanza
los umbrales de la muerte.
Yo triunfar de ellos no espero:
que yo solamente quiero
saber qué intento ha obligado (A Polidoro.)
al Tetrarca, tu cuñado,
para que sañudo y fiero
te enviase contra mí.

POLIDORO Si tú estás diciendo aquí
que es cuñado, ¿no es error
preguntarme qué es, señor,

su intento? Pues digo así:
que todo lo ha ejecutado
para verme de esta suerte,
y que sólo me ha enviado
a que tú me dés la muerte,
pues para eso es mi cuñado.

CAPITÁN Si examinar su intención
quieres, yo te la diré,
pues con aquesta ocasión
este cofre les quité.
Joyas y papeles son
los que hay en él.

OCTAVIA. Muestra, a ver.
Cifra es del mayor poder
su inestimable riqueza.

(Saca del cofrecillo un retrato.)

Mas la pintada belleza
de una extranjera mujer
es la más noble y mejor
joya y la de más valor.
No vi más viva hermosura
que el alma de esta pintura.

ARIST. (Atento el emperador
contempla el retrato fiel.
¡Hay fortuna más cruel!
Ver los papeles porfía.
¡Mal haya el hombre que fía
sus secretos a un papel!)

(Saca Octaviano del cofrecillo una carta.)

OCTAVIA. (Leyendo.) «En esta batalla está el fin de mis deseos, pues no espero para declararme emperador de Roma, sino que Octaviano rendido o preso...»
¿Qué tengo que saber más?
Y pues sospechoso estás
y aun convencido conmigo,
mientras pienso tu castigo
en una torre estarás.

POLIDORO No son buenos pensamientos
andar pensando en tormentos.
¿No será mucho mejor,
que no castigos, señor,

pensar gustos y contentos?

OCTAVIA. Llevadle de aquí.

POLIDORO Escuchar
debes que...

OCTAVIA. No hay que aguardar.

POLIDORO Sí hay...

OCTAVIA. Di.

POLIDORO Solamente digo
que no hay para mí castigo
como el no dejarme hablar.

(Los soldados se llevan a Polidoro.)

ESCENA VIII

OCTAVIANO, ARISTÓBOLO y el CAPITÁN.

OCTAVIA. (Al capitán.) Tú partirás al momento
con gente y armas, y atento
a mi cesárea obediencia
traerás preso a mi presencia
al Tetrarca, que es mi intento
que como a César me dé
del tiempo que ha gobernado
cuenta estrecha; y tú, por qué,
en efecto, eres criado
en quien tal lealtad se ve,
darte libertad espero;
pero por rescate quiero
que noblemente me dés
fiel noticia de quién es
este retrato.

ARIST. (Aquí muero
de confusión: si le digo
quien es, a amarla le obligo;
desesperarle es mejor.
Halle imposible su amor
y así su quietud consigo.)
Gran César, esa pintura
sombra ya de una escultura,
ceniza de un rayo ardiente
es recuerdo solamente

de una difunta hermosura.

OCTAVIA. ¿Muerta esta belleza?

ARIST. Sí.

OCTAVIA. (Para qué amor, ¡ay de mí!
sin esperanza la veo.)

ARIST. (¡Bien se logró mi deseo!)

OCTAVIA. Libre estás, vete de aquí.

(Hace una profunda reverencia y vase Aristóbolo.)

ESCENA IX

OCTAVIANO

La muerte y el amor, una l'd dura
tuvieron sobre cuál era más fuerte
viendo que a sus arpones, de una suerte
vida ni libertad vivió segura.
Una hermosura Amor divina y pura
perfeccionó, donde su triunfo advierte:
pero borrando tanto sol la muerte
triunfó así del amor y la hermosura.
Viéndose entonces el amor vencido,
la deidad de una lámina apercibe
a quien borrar la muerte no ha podido.
Luego bien el laurel amor recibe,
pues de quien vive y muere dueño ha sido,
y la muerte lo es sólo del que vive.

TELÓN

FÍN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Campo en las inmediaciones de Jaffa.

ESCENA PRIMERA

LIBIA.

Por las faldas lisonjeras
de estos elevados riscos,
que son del puerto de Jaffa
enamorados Narcisos,
a distraer mis pesares
melancólica he salido,
por no escuchar los ajenos
pudiendo llorar los míos.
Sola estoy, salga del pecho
en acentos repetidos
mi dolor... ¡Ay, Tolomeo!
en tanto que lloro y gimo
desdichas tuyas, admite,
mi llanto envuelto en suspiros.
Cuando vencedor, ¡ay triste!
te esperaba el pecho mío,
dulce fin de tus amores,
muerto has llegado y vencido!

ESCENA II

MARIENE y SIRENE, izquierda.

SIRENE Casta venus de estos montes,
si a divertir has venido

con la música y las flores
los ojos y los oídos,
la atención vuelve y la vista
al mar, monstruo cristalino,
pues son flores sus celajes
y música sus bramidos.

MARIENE Nada puede para mí
servir, Sirene, de alivio.

ESCENA III

Dichas, EL TETRARCA y FILIPO.

FILIPO Este es, señor, el puñal
que ya una vez despedido
de tu mano vuelve a ella.

TETRARCA Ya con asombro le miro
como a fatal instrumento.
Mas di, ¿cómo se ha sentido
Tolomeo?

FILIPO No es la herida,
señor, de tanto peligro
como la falta de sangre.

TETRARCA (Viendo a su esposa.)
¡ Mariene !

MARIENE ¡ Esposo mío !

TETRARCA Girasol de tu hermosura
la luz de tus ojos sigo,
bien como la flor del sol,
cuyos celajes y visos
iluminados a rayos
tornasolados a giros,
le van siguiendo, porque
imán de fuego atractivo,
la hallan su vista o su ausencia,
ya luciente y ya marchito.
Dejadnos solos.

(Vanse Filipo, Libia y Sirene.)

ESCENA IV

TETRARCA y MARIENE.

TETRARCA Ya, pues,
que serán mudos testigos
de mis lágrimas y voces
estos mares y estos riscos,
salgan, Mariene hermosa,
afectos del pecho mío,
en lágrimas, a las ondas,
y a las peñas en suspiros.
Este sangriento puñal,
ave de rapiña ha sido,
pues cuando desde mi mano
a los espacios le envío,
con la presa vuelve a ella
en sangre y horror teñido.
Ni creyendo, ni dudando
del sabio los vaticinios,
conmigo no he de llevarle,
quiero a tus plantas rendirlo...
Tú eres, bellísima hebrea,
la luz hermosa que sigo,
la beldad que solo adoro,
la imagen que solo admiro.
No es posible que yo quiera,
si inmortal al tiempo vivo,
otra cosa más que a ti:
tanto que mil veces digo
que el mayor monstruo del mundo
que te amenaza a prodigios,
es mi amor, pues por quererte
a tantas cosas aspiro,
que temo que él ha de ser
ruina tuya y blasón mío.
Yo quise hacer imposible
tu muerte, cuando atrevido
arrojé al mar el puñal,
pero habiendo una vez visto
que aun en él no está seguro,

porque así el cielo lo quiso,
para más tranquilidad
tuya, cuerdo he prevenido
que tú, árbitro de tu vida,
traigas tu muerte contigo;
que mayor felicidad
nadie en el mundo ha tenido
qué ser a pesar del hado
el juez de su vida él mismo.
Yo no puedo darte más
que tu vida; ésta te rindo.
Este acero y este amor
son hoy tus dos enemigos;
guárdate tu vida tú,
huye tú de tu peligro,
cuéntate tú los alientos
y vive al fin tantos siglos,
que este amor y este puñal
triunfen de muerte y olvido.

(Quiere darle el puñal y marcharse; ella le detiene.)

MARIENE Escucha, señor, espera:
que aunque agradezco y estimo
el don que a mis plantas pones,
ni le acepto ni le admito.
Si ese sangriento puñal
es el que cruel y esquivo
el hado esquivo y cruel
contra mi pecho previno,
¿quién te persuadió, Tetrarca,
quién te informé, quién te dijo
que era la seguridad
de mi vida traér conmigo
la ejecución de mi muerte,
y que podrán ser amigos,
ni hacer buena compañía
la vida y el homicidio?
¿Fuera buena prevención
en el humano sentido,
para evitar cuidadoso
que se abrase un edificio,
acompañarle del fuego?
¿Fuera acierto conocido

para excusar que un espejo
se rompa, rodear al mismo
de piedras que le tropiecen,
partiéndole en mil añicos?
Lo mejor será ponerle
con tal dueño y en tal sitio,
que lo sepa y no lo tema...
Tú lo has de traer ceñido,
pues si del juicio me acuerdo,
el mágico no me dijo
que tú darías la muerte
a lo que más has querido,
con él, sino que con él
yo moriría ; y colijo
que otro podrá aborrecer
lo que quieres tú, y delito
fuera echándole de ti
dar armas a tu enemigo,
pues podrá venir a manos
de quien me haya oborrecido.
Y así, señor, yo te ruego,
y así, señor, te suplico,
que tú, alcaide de mi vida,
traigas el puñal contigo.
Con eso seguramente
sabré que aquel tiempo vivo
que tú le tienes ; si me amas
libre estaré de peligro,
pues a lo que tú más quieras
no has de dar muerte tú mismo,
si no me quieres, entonces
de la amenaza me libro,
porque conmigo no reza
lo que el astrólogo dijo.
Luego, olvidada o querida,
mi seguridad te pido,
mis temores desvanezco,
mis quietudes solicito,
mis recelos acobardo,
mis esperanzas animo,
cuando tu amor y mi vida
triunfen de muerte y olvido.

TETRARCA Tanto tu vida deseo,
que a ser tu alcaide me obligo,
y como de mí dependa
vivirás eternos siglos...
En tu nombre, dulce esposa,
segunda vez me lo ciño.

(Cuélgase el puñal. Tocan dentro cajas.)

Pero, ¡válganme los cielos!
¡qué alboroto, qué ruido!...

MARIENE ¡El firmamento parece
derrumbarse de sus quicios!...

ESCENA V

Dichos, FILIPO y LIBIA, cada uno por un lado.

FILIPO ¡Señor!

LIBIA ¡Señora!

TETRARCA Filipo.
¿Qué es esto?

MARIENE ¿Qué es esto, Libia?

LIBIA ¡No sé si podré decirlo!

FELIPO Gente del emperador
Octaviano, tu enemigo,
que entró en Menfis victorioso
y allí reina en tus dominios,
a Jerusalén ocupa.
Sus aterrados vecinos,
sabiendo que Antonio ha muerto,
parciales y divididos,
te buscan para prenderte...
dicen que traidor has sido.

MARIENE Huye, señor; ese monte
sea tu sagrado asilo,
porque mejor las desdichas
se vencen en los principios.

TETRARCA ¡Qué es huir!... ¡Viven los cielos
que tengo de recibirlos!...

MARIENE Mira, señor...

TETRARCA ¿Qué he de ver?

MARIENE Que un vulgo ensoberbecido

que pide sangre, con sangre
hay que saciar sus instintos.

TETRARCA ¡Poniéndome en su presencia
verás si su orgullo rindo !... (Nuevos toques.)
Adiós, esposa, que ya
segunda vez dan aviso
las cajas.

MARIENE Tente.

TETRARCA ¡No temas !

MARIENE Temo, señor, tu peligro,
que vas solo.

TETRARCA No voy tal.
Tú vas, señora, conmigo,
y este acero que me basta
(si es de la muerte ministro)
a ser asombro del mundo,
a ser rayo, a ser prodigio.

(Vanse todos precipitadamente. Sigue el ruido de cajas, que poco a poco se extingue.)

CUADRO SEGUNDO

Sala del palacio de Menfis, distante de la del acto primero.

ESCENA VI

SOLDADOS 1 y 2 con un retrato grande de Mariene.

SOLDA. 1 Ya que en sus melancolías
no hay cosa que le divierta
más que en varios trajes ver
pintada, aquesta belleza,
y este es el primer retrato
de cuantos de la pequeña
lámina al lienzo pasó
del noble arte la excelencia,
pongámosle de su cuarto
sobre el marco de la puerta,

para que cuando entre y salga
a todas horas le vea.

SOLDA. 2 Bien lo has prevenido.

SOLDA. 1 Pues
sea presto, que ya llega. (Cuélganle.)

SOLDA. 2. Con la prisa que me das
no sé si bien puesto queda.
¡Quiera Dios que no se caiga
vencido el clavo o la cuerda!...

ESCENA VII

Dichos y OCTAVIANO, abstraído y sin fijarse en los soldados.

OCTAVIA. Pasión tan desesperada
que al primer paso tropieza
en un imposible, y cae
en otro, queriendo ciega
dar una esperanza viva
en una hermosura muerta,
bien se ve que no es pasión,
sino locura, y de tema
tan invencible, que triunfos,
aplausos, lauros, empresas,
no la arrancan de mi alma,
antes más bien la sujetan.

SOLDA. 1 Como mandastes, señor,
que en todo Menfis se hicieran
de este pequeño retrato (Vuélvele el pequeño.)
varias copias, traje esta (Señala al grande.)
por ser la más parecida.

OCTAVIA Dices bien, pues no pudiera
haberla mejor sacado
el pincel, cuando corriera
las líneas y los bosquejos,
al lienzo desde mi idea.
¿Qué nunca me hayas sabido,
o con maña o con cautela,
de Aristóbolo, quien fuese
alma de deidad tan bella?

SOLDA. 1 Con este intento mil veces

a la torre que le encierra
de guarda entré; pero nunca
lo supe, que de manera
Aristóbolo ha perdido
el juicio desde que en ella
le encerré, que solamente
desatinos dice y piensa.

OCTAVIA. No me espanto, ¡ay infelice!
si la causa que le fuerza
a perder el juicio ha sido
perder esta hermosa prenda.
¿Cómo es compatible, ¡oh, rara
beldad! que un delirio sientan
dos, el uno porque te halle,
y el otro porque te pierda?
¡Qué mal hice cuando, necio,
de amor y de su violencia
culpé a Antonio que adorase
en su Cleopatra, en aquella
que en los teatros del mundo
hizo la mayor tragedia!
¡Oh, que bien vengado está
de mi altivez y soberbia!
Pues para mayor trofeo,
con instrumento se venga:
tan fácil como un retrato,
y ese de una beldad muerta.

(Tocan dentro cajas destempladas.)

¿Pero qué es aquesto? Cuando
triste pronuncia mi lengua
muerta beldad, me responden
las cajas y las trompetas
destempladas... ¿Será, acaso,
que los montes o las selvas,
que los vientos o los mares,
cuando mi voz les recuerda
del alma los sufrimientos,
compadecidos celebran
de esa difunta hermosura
repetidas las exequias? (Suenan cajas otra vez.)
Otra vez, ¡piadosos cielos!
El rumor es ya más cerca;

ved quién causa esa pavura.

SOLDA. 1 Mucho extraño que las señas
no te lo digan, señor.
Ceremonia usada en esta
de los bárbaros egipcios,
siempre que, rendida o presa,
alguna persona real
en su corte sale o entra.

OCTAVIA. ¿Pues quién entra o sale hoy
o preso o rendido en ella?

ESCENA VIII

Dichos y el CAPITAN.

CAPITÁN (Que ha oído la pregunta de Octaviano.)
El Tetrarca, a quien tu diste
orden de que yo prendiera:
y viendo cuanto supone
Virey que por ti gobierna,
usando la ceremonia
de que con sus armas venga,
llega a tus pies.

(Vuelven a tocar cajas destempladas.)

ESCENA IX

Dichos y el TETRARCA, en medio de soldados.

OCTAVIA. Más estimo
ver postrada esa soberbia,
que el alto triunfo con que
Roma recibirme espera...
Quede él solo, y los demás
salgan, Patricio, allá fuera;
que por si acaso mi enojo
tras sí mis acciones lleva,
no quiero, que nadie, airado,
con un rendido me vea.
Templad vos, pues sois mi espejo,
mi cólera. (Mira el retrato que tiene en la mano.)

TETRARCA ¡Suerte adversa!
¿A qué más pudo llegar
de tus ceños, la influencia?)
Invicto Octaviano, cuyo
nombre en láminas eternas
el tiempo escriba, dictado
de las plumas y las lenguas,
a tus pies llego ofendido;
porque para que vinieran
mi lealtad y mi valor
a rendirte esta obediencia
no era menester que fuesen
por mí, que aquel que a la fuerza
se quiere hacer respetar,
cuando por gusto pudiera
ser fielmente obedecido,
él a sí mismo se afrenta,
pues quita a la voluntad
lo que le añade a la fuerza.
Dame tu mano.
(Mas ¡cielos

(Octaviano le alarga una, y el Tetrarca, al ir a besársela repara en el retrato que aquel tiene en la otra.)

divinos! al besar ésta,
¿qué es lo que en la otra miro?
¿Habrá en el mundo quién beba
con dos manos dos venenos,
y a un mismo tiempo los sienta
en los labios y en los ojos?)

OCTAVIA. Si informado no estuviera
de mi razón, a la tuya
bastante crédito diera;
mas como sé que son vanas
excusas las que presentas
porque relación no veo
que armonice y compadezca
esa afectada humildad
con tu traidora soberbia,
no violencias, ni rigores
mis mandatos te parezcan,
que con vasallos que son
de los que viva quien venza

bueno es que la voluntad
se acompañe de la fuerza.

TETRARCA (Mortal estoy. Dadme, dioses,
valor, que quizá no es ella.)
Desoye a mis enemigos...

OCTAVIA. Si la ambición con que intentas
conspirar al sacro imperio,
a cuyo efecto la guerra
mantenías dando a Antonio
los socorros para ella,
estas firmas te descubren:
de ellas lo sé; llega, llega,
míralas bien, tuyas son...
¿las ves?

(Le presenta unos pliegos puestos encima del retrato.)

TETRARCA (Aterrorizado.) Las veo, y en ellas
mi muerte más declarada
de lo que tú mismo piensas
pues yo... sí...

OCTAVIA. Esa turbación
es ya segunda evidencia;
y así, mientras el castigo
a los demás escarmienta,
sabe que soy Octaviano,
que soy el único César
de Roma, y el Nilo, y Tiber
humildes mis plantas besan,
y que a cuantos contra mí
con traiciones, con cautelas
quieren conspirar, negando
a mi poder obediencia,
seré yo quien los corone
de laurel, para que sean,
con un impulso a mis plantas,
con una acción a mis huellas,
dos trofeos de una vez,
mi laurel y su cabeza.

(Se dirige Octaviano hacia la puerta sobre la cual está el retrato.)

TETRARCA (¡Que esto escuchen mis oídos,
y aquesto mis ojos vean
sin que el dolor me despeñe!

Yo he de morir, cosa es cierta,
a sus manos o a mis celos...
Pues él a mis celos muera
y a mis manos, que una vida
tan grande, no es bien se venda
a menos precio.)

(Al entrarse Octaviano va a herirle Tetrarca, cae el retrato en medio de los dos y clávase el puñal en él.)

OCTAVIA. (Volviéndose.) ¿Qué es esto?

TETRARCA Desesperada impaciencia
que ha de costarme el decirla
aun mucho más que el hacerla.

OCTAVIA. ¿Tú con el desnudo acero
cuando yo la espalda vuelta,
y entre tu acero y mi espalda
esta hermosa imagen puesta?
¿Turbado tú, yo seguro
y ella herida? ¿Tú con muestras
de venganza, yo de agravio
y ella de piedad? Vive ella,
que este sacrílego acero,
ya que horrores representa,
el instrumento ha de ser,
pues lo fué de tu violencia,
de tu castigo en el mundo,
que quien me agravia me venga.

(Quita el puñal del retrato.

TETRARCA Si su punta en mis entrañas
clavases con saña fiera,
en forma que no bastasen
a sacarle hercúleas fuerzas,
tus pies besaran mis labios
en las angustias postreras;
pues no pudieran los dioses
pródigos premiar mis penas
mejor que dándome el arma
por eterna compañera.

OCTAVIA. ¿Yo matarte?... Tal no pienses.
¿Qué más tu ambición pudiera
soñar, que fuese tu sangre
a teñir mi mano regia?
¡Hola!

ESCENA X

Dichos, el CAPITÁN y soldados.

CAPITÁN Señor.
OCTAVIA. A la torre
donde su hermano se encierra
llevad también al Tetrarca.
TETRARCA ¡Así mi sepulcro sea!
Mi vida debo a un puñal,
yo le pagaré con ella.
OCTAVIA. Y yo la mía a un retrato;
y pues que de otra manera
no puedo, con adorarle
también pagaré mi deuda!

(Se queda contemplando amorosamente el retrato.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Prisión en una torre de Menfis.

ESCENA PRIMERA

TETRARCA y FILIPO, aquél sentado en un banco, más allá habrá una mesita con tosco recado de escribir.

TETRARCA (Pensativo hasta que ve entrar a Filipo.)
¿Quién es?
FILIPO Filipo, señor,
a quien el César encarga
que te asista, por saber
mi lealtad acrisolada
hacia tu persona.
TETRARCA ¡Oh, cuánto
el ser tú quien me acompaña
estimo!
FILIPO El leal servidor
debe serlo hasta en las aras,
y así, aqueste breve tiempo
que le queda a tu esperanza
de vida, pues se presume
que antes que de Egipto salga
Octaviano, en ti ejecute
su rigurosa venganza,
mi amor, mi fe, mi alma y vida
vienen a ver qué me encargas.
TETRARCA ¿Tan cierta es mi muerte?
FILIPO Sí.
Cuando el César adelanta

su marcha a Jerusalén,
es prueba patente y clara
de que busca la manera,
de dar fin a la campaña,
discurriendo que al ser nuncio
de tu muerte, hallará francas
las puertas de la ciudad,
que ya le aplaude y le aclama.

TETRARCA Sella tu labio, Filipo,
que tú eres el que me matas
antes que él, porque la muerte,
con decirlo me adelantas.
A Jerusalén el César
donde (los cielos me valgan)
halle a Mariene viva
cuando la adoró pintada.
El victorioso, yo muerto,
y ella querida... ¿Qué aguarda
mi desesperado amor?

(Quiere quitar la espada a Filipo.)

FILIPO ¿Qué intentas

TETRARCA Quitarte el arma
para arrojarme sobre ella...

FILIPO Tente, señor, y repara
que de cobarde da pruebas
el que a sí propio se mata.
Reflexiona que los dioses
nos dan la vida, y, al darla,
un plazo de duración
a la existencia señalan;
y todo aquel que soberbio
el plazo acorta, se labra,
por desacato, la eterna
condenación de su alma.

TETRARCA Dices bien... (Pausa.)
Oye, Filipo.

FILIPO Escucho.

TETRARCA ¿Me das palabra
de hacer por mí una fineza?

FILIPO No habrá cosa que no haga
por ti.

TETRARCA ¿Y si es prodigiosa?

FILIPO Ningún prodigio me espanta.
TETRARCA ¿Si es terrible?
FILIPO Que lo sea.
TETRARCA ¿Cruel?
FILIPO ¿Qué importa?
TETRARCA ¿Temeraria?
FILIPO Valor tengo para todo,
señor, nada me acobarda.
TETRARCA No a ti solo la encomiendo
que la empresa es arriesgada...
(Dirigiéndose a la mesa, Filipo le sigue.)
Yo soy la idea... tú eres
el puente por donde pasa,
para llegar a las manos,
que tienen que ejecutarla,
del modo que yo decreto...
(En tono sentencioso.)
porque en las cosas humanas
«todo se hace entre todos,
no hay nadie que no haga nada.»
(Se sienta y escribe rápidamente.)
FILIPO ¿Qué resolución será
cuando apenas ideada
furioso al papel la lleva
sin pararse a meditarla?
TETRARCA (Levantándose y con la carta en la mano, yendo a donde está Filipo.)
Si todos cuantos pesares,
si todas cuantas desgracias
ha inventado la fortuna,
deidad de los hombres varia,
se perdieran todas juntas,
hoy en mí solo se hallaran,
que soy epílogo y cifra
de las miserias humanas.
Octaviano... al ponunciarlo
valor y aliento me faltan...
desde que vió a Mariene
en sed de amores se abrasa.
¡Mal haya el que con mujer
hermosa, en extremo, casa,
que no ha de tener la propia

nada extraordinario: basta
ser perfecta un poco en todo
sin sobresalir en nada;
que es armiño la hermosura
que con riesgo se la guarda:
si no se defiende, muere,
si se defiende, se mancha.
Viendo, pues, que mientras hoy
yo muero en pública plaza
él será, ¡triste de mí!
en tálamo de oro y grana
heredero de mis dichas,
dueño de mis esperanzas,
muero de agravios y celos
que matan, porque no matan.
Dirásme que qué me importa,
pues con la vida se acaban
las desdichas. ¡Ay, Filipo,
cuánto esa opinión engaña,
que amor en el alma vive;
si el alma a otra vida pasa,
no muere el amor sin duda,
puesto que no muere el alma.
Ve a Jerusalén, y allí,
torne Mariene a la nada (Marcándolo mucho.)
de golpe fiero y seguro,
y de aqueste modo apagas
a la tierra el mejor rayo,
al cielo, la mejor llama,
al campo, la mejor flor,
la mejor estrella, al alba.
Tolomeo buscará
la ocasión... dale esta carta.
Muera yo y muera sabiendo
que Mariene soberana
muere conmigo y que a un tiempo
mi vida y la suya acaban;
pero no sepa que yo
soy el que morir la manda,
no me aborrezca el instante
que pida al cielo venganza;
que cuando murmuren unos

que hubo quien dejó por manda
un homicidio, creyendo
que así sus penas engaña
y que así enmienda sus celos,
otros habrá que le aplaudan,
pues no hay amante o marido
(salgan todos a esta causa),
que no quisiera ver muerta
antes que ajena a su dama.

FILIPO Bien quisiera responderte;
mas no es posible, que baja
mucha gente a la prisión.

TETRARCA Por si vienen por mí, salga
mi valor a recibirlos.
Tú, cobrando la ventaja
que puedas, parte, Filipo,
al instante.

FILIPO Señor.

TETRARCA Calla,
que sé que tienes razón,
pero no quiero escucharla. (Vanse derecha.)

CUADRO SEGUNDO

Playa de Jaffa.

ESCENA II

TOLOMEO y LIBIA.

LIBIA Permita la ocasión a mi deseo
el que de tu salud, buen Tolomeo,
el parabién te dé, si bien debiera
dármele a mi mejor de que no hubiera
Mariene admitido
que a la guerra volvieses; habría sido

doblada la dolencia,
consolar un dolor con una ausencia.

TOLOMEO Agradezca, señora,
el favor toda un alma que te adora.
El morir no sintiera
oh, Libia hermosa, porque al fin muriera,
sino porque sin verte
pagaba con dos vidas una muerte.

LIBIA Responderte quisiera,
mas la reina pasea en la ribera
y ha de buscarme; sólo te prevengo
que en mi poder ya tengo,
con cautela lograda,
falsa llave que pueda darte entrada
al jardín donde en plática amorosa
pasaremos la noche muy dichosa.

TOLOMEO Y tanto, vida mía, que los cielos
han de sentir de nuestra dicha celos.

LIBIA (Dándole la llave.)
Toma, y, por Dios, ocúltalo a Sirene,
que celosa me tiene
porque sé que te ama y que indiscreta
el amor que por mí tu pecho inquieta
pretende arrebatarme.

TOLOMEO Antes la vida
me arrancarán, que es cosa aborrecida
si amarte no me dejan, Libia hermosa,
como la luz del sol ama a la rosa.
¿A qué hora, pues, a tu jardín me llego?

LIBIA Aguarda aquí: te lo diré muy luego.

(Vase izquierda apresuradamente.)

ESCENA III

TOLOMEO y FILIPO, que aparece agitado y con un antifaz, que se quita, mirando antes a todas partes con temor de ser visto.

FILIPO ¡Tolomeo!

TOLOMEO ¿Quién me llama

FILIPO Soy Filipo, no te espante;
del campo enemigo vengo
con mil peligros a hablarte.

TOLOMEO ¿Y el Tetrarca
FILIPO Está en prisión.
Quizá a estas horas exhale
en afrentoso lugar
del alma postreros ayes.
Este pliego, de orden suya
te traigo, rápido ábrele
que quiero partir a Menfis
a ver si la suerte hace
que al morir pueda decirle
que su mandato acataste.
TOLOMEO (Abriendo convulsivamente el pliego.)
¿Sabes tú lo que contiene?
FILIPO No extrañaré que en él halles,
pues le dictó la venganza,
lágrimas, tragedia y sangre.
TOLOMEO (Leyendo aterrorizado.)
«A mi servicio, conviene,
a mi honor y a mi respeto,
que muerto yo, con secreto
deis la muerte a Mariene.»
(Se queda contemplando la carta.)
FILIPO Esto nos manda el señor.
¿No te asombra?
TOLOMEO Ni me altera.
Orden tiránica y fiera
jamás me impuso terror.
Dicte el soberano injusto
leyes torpes o sangrientas...
no sabe que al fin de cuentas
el vasallo hará su gusto;
que más fácil ha encontrado
burlar una ley malvada
que aquella que fué inspirada
en un sentimiento honrado.
FILIPO ¿Y qué has de hacer?
TOLOMEO Desoir
lo que a mi honor causa ofensa,
y de Mariene en defensa
luchar con fe hasta morir.
FILIPO Pues quede el caso encubierto
y a nadie noticia des;

pienso cual tú, y prueba es
de que camino al acierto.
Vente a la cumbre cercana.

TOLOMEO Sí, que yo quiero saber
a qué pudo obedecer
idea tan inhumana.

FILIPO (Medio mutis.) Octaviano al contemplar
un retrato... mas detente
que a este punto viene gente
y pudieran recelar...
si juntos nos ven aquí.
Por desmentir la sospecha
quédate a hacer la deshecha
y vente luego tras mí.
Con incertidumbre espero
y mil prodigios sabrás. (Vase derecha.)

ESCENA IV

TOLOMEO y LIBIA.

TOLOMEO Qué tengo de saber más,
si ya sé de lo que muero.
He de leerle otra vez
por si mis ojos mintieron
que en ocasiones los ojos
ciegan el entendimiento...
(Aparece Libia y quédase al paño. Leyendo.)
«A mi servicio conviene,
a mi honor y a mi respeto.»

LIBIA (¡Honor y respeto! ¡Ay Dios!
los celos mi pecho encienden:
de Sirene es el papel;
aunque muera quiero verle,
que es mejor desdicha cierta,
aunque nos cause la muerte,
que abrasarse en esperanzas
que al fin y al cabo se pierden.)
(Avalanzándose a Tolomeo y tratando de apoderarse del papel.)
Suelta, ¡ingrato!

TOLOMEO (Defendiéndose.) ¿Qué es aquesto?
LIBIA ¡Saber qué papel es ese!
TOLOMEO Pues no has de saberlo, Libia.
LIBIA ¿Cómo no?
TOLOMEO Si es que merece
algo contigo mi honor,
si me estimas, si me quieres,
débate yo la fineza
de no verle.
LIBIA ¿Qué es no verle?
¡Cuando aquí a decirte vengo
que en mis jardines no entres
hasta encontrarnos seguros
de que lo ignora Sirene!
cuando vengo aquí a brindarte
amor, delicia y placeres
no interrumpidos, que son
delicia y amor dos veces,
¿leyendo un papel te hallo?
¿Leyendo dije?... No es ese
el término verdadero,
que más que leer, te embebes
como el hidrópico ansioso
que bebiendo más sed tiene,
si no es papel amoroso
¿qué mal hay en que le muestres?
Si es amoroso y no es mío
¿cómo en tus manos le tienes,
sabiendo que si es tu vida
por fuerza será mi muerte?
TOLOMEO El papel ni a ella ni a ti
toca; y en fin, no has de verle.
LIBIA (Forcejeando.) Fuera la primer mujer
que no logre lo que quiere.
Yo te juro...
TOLOMEO (Defendiendo la carta.
Mira...
LIBIA Suelta...
TOLOMEO Considera...
LIBIA Quita...
TOLOMEO Advierte
que te faltaré al respeto,

aunque más tarde me pese.

LIBIA ¿Tan grosero tú conmigo? (Sigue la lucha.)

TOLOMEO ¿Tú conmigo tan aleve?

LOS DOS Suelta el papel.

(Lo rasgan y cada uno se lleva un pedazo.)

ESCENA V

Dichos y MARIENE.

MARIENE ¿Qué papel?

TOLOMEO (¡Grave mal!)

LIBIA (¡Desdicha fuerte!)

MARIENE ¿Así mi esplendor se agravia?
¿Así mi sombra se ofende?
mi decoro se aventura
y mi respeto se pierde?
¿De esa forma, ante mis ojos,
vuestras acciones se atreven
a profanar un palacio,
templo de honor, tal que al verle
el sol no entrara, a no entrar
con disculpa de que viene
a darle la luz, que el sol
aun no entrara de otra suerte?
Dame tú esa parte, y tú
esa otra; de ellas conviene
informar a mi recato. (Les recoge los pedazos.)

TOLOMEO (Señalando el papel roto que posee Mariene.)
Que es una víbora advierte,
que dividida en mitades
por cualquier extremo muerde.

MARIENE Márchate, Libia, de aquí.

LIBIA (Piedad es el que me ausente,
por no verla tan airada.) (Vase.)

ESCENA VI

MARIENE y TOLOMEO.

MARIENE Tú también, ¿qué aguardas? Vete.

TOLOMEO Si por ventura han podido

mis servicios merecerte
solo una merced, que sea
capaz de muchas mercedes,
rompe ese papel, y no
lo leas, señora; atiende
que cuánto por verle ahora,
darás después por no verle.

MARIENE ¿Qué deseo de mujer
se rindió al inconveniente?

TOLOMEO El amor y la lealtad
con que te sirvo, te advierten
que es papel envenenado
que al que le mira da muerte.
Es de Octaviano la firma,
y así, que de ti le eches
con lágrimas a tus pies,
te suplico humildemente.

MARIENE Quien advierte de un peligro
nunca suplicando advierte,
porque el beneficio manda
y no ruega; luego mientes;
que si esos extremos haces
queriendo otorgarme bienes,
¿qué dejas que hacer, qué dejas
cuando hacerme daño intenten? (Leyendo.)
Letra del Tetrarca es:
conque ya se desvanece
el que fuera de Octaviano...
que viva o muera he de leerle.

TOLOMEO ¡Ay, infelice de ti!

MARIENE (Lee con agitación en uno de los pedazos.)
Muerte, es la primer razón
que he hallado... *honor* contiene
ésta. *Mariene* aquí
se escribe... (Como deseando respirar.)
Cielos, valedme,
que dice mucho en tres voces
Mariene, honor y *muerte.* (Sigue leyendo.)
Secreto aquí, aquí *respeto,*
servicio aquí, aquí *conviene*
y aquí *muerto yo,* prosigue...
Mas ¿qué dudo? Ya me advierten

los dobleces del papel
adonde están los dobleces.
He de ajustar los pedazos,
que ya mi pecho parece
que adivina el contenido,
según se agita y se mueve.

(Dando muestra de intranquilidad grandísima, coloca los pedazos de papel sobre el banco, y se pone de rodillas ante él. Esta escena muy agitada.)

«*A mi servicio conviene,*
a mi honor y mi respeto,
que muerto yo (¡ hados crueles !)
deis (¡ con qué temor respiro !)
deis la muerte a Mariene.»

(A Tolomeo, que la ha estado contemplando durante la lectura de la carta, mostrando compasión.

Bien dijiste que era fiero
tósigo y veneno fuerte,
puesto que si no me mata
por lo menos lo pretende.

(Levantándose con rapidez.)

¿Quién este papel te dió?

TOLOMEO Filipo, que con él viene
de Egipto... Pero, señora,
estar satisfecha puedes
de su lealtad y la mía,
pues los dos...

MARIENE Otra vez mientes:
que ni él ni tú sois leales
porque cobardes y aleves
o viva o muera, no sois,
como debéis, obedientes
al mandato de mi esposo.
¿Quién más es cómplice en este
secreto?

TOLOMEO Nadie, señora.

MARIENE Pues mira lo que te advierte
mi voz: Que ninguno sepa
ni aun Filipo, que a entenderle
llegué yo.

TOLOMEO Mármol seré.

MARIENE (Indicándole que se ausente.)
¡Ay de ti, si no lo fueres! (Vase Tolomeo.)

ESCENA VII

MARIENE, aterrada.

¿En qué, amado esposo mío,
en qué mi vida te ofende,
que te pesa de que viva
la que de adorarte muere?
Cuando en mi imaginación,
desde que vives ausente,
adorando estoy tu sombra;
y aun figurándome verte
por burlar mi fantasía
abracé al aire mil veces,
¿tú en una obscura prisión
funesto y mísero albergue
en vez de abrazar mi imagen,
estás trazando mi muerte?
Si del mundo el mayor monstruo
me está amenazando siempre,
y tú me matas, ¿será
bien decir de ti que eres
el mayor monstruo del mundo?
Mas ¡ay! que en llegando a este
término, no sé qué nuevo
espíritu me enfurece!
¡Permita el cielo irritado,
fementido esposo aleve
que el socorro que te envío
nunca a tomar puesto llegue,
que en prisiones de Octaviano
sufras martirios y... tente
lengua, no su muerte digas:
basta que él diga mi muerte! (Pausa.)
¡Te perdono! Esta palabra
en mi niñez balbuciente
sabio maestro enseñóme,
antes que a hablar aprendiese,

que la palabra «perdón»
a los labios de los reyes
debe estar siempre asomada
para pronunciarla siempre.
Así a los dioses suplico
que vencedor a mi llegues
para que pueda en mis brazos...
¿Pero qué digo? Suspende
otra vez lengua el acento
si no es que decir intentes
«a mis brazos para que
vengativa hasta la muerte
te haga pedazos en ellos.»
¡Ay de mí! ¡qué fácilmente
pasan de un extremo a otro,
en afectos de mujeres,
las lástimas, a ser iras,
y los favores, desdenes!
Y pues tan pronto piadosas
como impías y crueles
mis ansias luchan, en tanto
tropel como me acometen
de divididos afectos,
deme el cielo industria, denme
los dioses fuerza bastante
para que unas y otras temple;
para que, esposa ofendida,
para que reina prudente,
cumpla con el mundo y cumpla
conmigo, cuando a ver lleguen
cielo, sol, luna y estrellas,
hombres, fieras, aves, peces,
que como reina perdone
y como mujer me vengue.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Campo. A la izquierda, las puertas de Jerusalén. Varios judíos aglomerados a la derecha como esperando la llegada de Octaviano y sus tropas. Es de día. Animación.

ESCENA PRIMERA

JUDÍOS y PUEBLO.

JUDÍO 1 ¡Viva Octaviano!
PUEBLO ¡Viva!...
JUDÍO 1 ¡Y en los campos de Oriente
ciñan su augusta frente
sacro el laurel, pacífica la oliva!
JUDÍO 2 Ya los romanos que a la tierra saltan
con sus cascos de acero el aire esmaltan.
¡Viva Octaviano!
TODOS ¡Viva!...
SOLDADOS (Soldados romanos dentro.)
¡A tierra! ¡a tierra!
CAPITÁN (Con tropas y música que no deja de tocar hasta que habla Octaviano, que sale con más tropas después del capitán. El pueblo se aparta a un lado.)
Marche
inspirado el clarín, herido el parche,
a la ciudad en orden nuestra gente.
OCTAVIA. (Contemplando la ciudad.)
Salve, tú, oh gran metrópoli de Oriente,
Jerusalén divina,
salve, oh tú, emperatriz de Palestina

y del Asia señora,
que en el rosado imperio de la aurora
con luciente voz muda,
el sol en su primera edad saluda.
Salve otra vez y admite
tu César, cuyo nombre, que compite
al tiempo y al olvido,
dos veces el laurel restituído
pisa tu arena: una
en favor del poder y la fortuna
y otra por más blasones,
a pesar de traidoras sediciones.

VOCES (Dentro.) ¡Viva Octaviano!... ¡Vivaaa!...

ESCENA II

Dichos y FILIPO, con una fuente, y en ella unas llaves. TOLOMEO con otra, y en ella un laurel. Detrás, MARIENE y damas, vestidas de luto, con un velo en el rostro: acompañamiento de judíos.

FILIPO (A Octaviano.)
En albricias, en fin, de penas tantas,
Jerusalén, señor, hoy á tus plantas
sus llaves rinde.

TOLOMEO (De rodillas como Filipo.)
Y su laurel ó oliva
diciendo a voces que Octaviano viva.

MARIENE (Abriéndose paso.) A tus pies infelice
llega también quien afligida dice,
no por desdicha, en voz tan lisonjera,
que muera yo donde mi esposo muera.

OCTAVIA. (Al pueblo, a Tolomeo y Filipo.)
En extremos tan raros
que agradeceros tengo y que estimaros
a vosotros; mas no que agradeceros
(A Mariene.)
ni estimaros a vos, llegando a veros,
con señas tan funestas,
de mis aplausos perturbar las fiestas.
¡Marche al campo!
(Vuelve la espalda y ella le detiene.)

MARIENE Primero
me has de escuchar.
OCTAVIA. Si enternecer no espero
mis iras, ¿para qué con ellas luchas?
MARIENE ¿Pues para qué gobiernas, si no escuchas?
OCTAVIA. Dices bien, oirte quiero; mas no ignoro
que tampoco es respeto, ni decoro,
que tapada me hables y sin verte.
MARIENE Obedézcote, pues: ahora, advierte...
(Se quita el velo.)
OCTAVIA. ¡Cielos! ¿qué es lo que veo? (Aparte.)
¿de cuándo acá tomó cuerpo el deseo?
MARIENE ¡Cielos! ¿qué es lo que miro?
¡Todo el aliento al corazón retiro,
al verme en su presencia descubierta!
OCTAVIA. (¿No es esta la beldad que adoré muerta?)
MARIENE Suspensa al verle quedo.
OCTAVIA. (Ni creer ni dudar al verla puedo.
Si la adoro, ¿por qué el mirarla siento?)
Mujer, ¿qué quieres
MARIENE Que me estés atento.
OCTAVIA. ¿Qué aguardas, pues?
MARIENE Escucha.
(Mucha es mi turbación.)
OCTAVIA. (Mi pena es mucha,
pues la muerta ceniza es viva llama
que el lacerado corazón inflama.)

ESCENA III

Dichos y soldados, que traen preso al TETRARCA.

SOLDA. 1 Aquí el Tetrarca tu grandeza tiene.
TETRARCA (¡Qué miro! ¿con el César Mariene?
¿Pues no bastaba, ¡cielos!
ir a morir, sino morir de celos?)
OCTAVIA. Esperadme, soldados... su castigo
diré después... Prosigue.
MARIENE Ya prosigo.
Yo soy la desdichada Mariene...
dijera bien la desdichada esposa

de ese, contra quien ya tu ceño tiene
blandida la cuchilla rigorosa.
Mas ¡ ay ! no en vano a tus piedades pido
la vida que has de darme generoso :
que eres rey y has de ser compadecido,
que eres valiente y has de ser piadoso,
que eres noble y serás agradecido,
que eres tú y has de ser tan victorioso,
que conozcas que alcanza menos gloria
el que con sangre mancha la victoria.
Entra triunfando, pero no venciendo,
entra venciendo, pero no vengando ;
que más aplauso has de ganar, entiendo,
perdonando, señor, que castigando.
Halle piedad la que lloró pidiendo,
halle piedad la que pidió llorando
y una merced, señor, de ti reciba :
o que yo muera o que mi esposo viva

OCTÁVIA. Alzad, señora, del suelo ;
una vida me pedís,
y aunque es verdad que lo siento,
compense el pesar de oiros
el gusto de obedeceros.
Mas no me lo agradezcáis,
que si una vida os ofrezco,
es porque os debo una vida
sin saber a quién la debo.

(Mirando al Tetrarca.)

Traidor puñal quiso herirme,
y al dar el golpe funesto,
de vil muerte me librasteis
saliendo vos al encuentro ;
y así lealmente pagando,
el haberos interpuesto
entre otro acero y mi vida,
he de hacer con vos lo mesmo,
hoy que os advierto interpuesta
entre otra vida y mi acero.
Viva vuestro esposo, y viva
con sus honores y empleos,
que desde hoy le restituyo ;
y por no dejar a riesgo

vuestros ojos de que lloren
otra vez, perdón concedo
a vuestro hermano y a cuantos
en este levantamiento
cómplices fuesen, y en fin,
porque ni al llanto ni al ruego,
quede nada que pedirme,
vuestro retrato os devuelvo.
que no es decoro ser mío
el día en que sé que es vuestro.
Tomad, pues. (Se lo da.)

MARIENE Vivas los siglos
del Fénix.

TETRARCA (Desprendiéndose de los soldados que hasta ahora le han tenido sujeto.)
Y tan eternos
como mi vida desea
que ya como tuya ofrezco,
Mariene mía... (Abrazándola.)

MARIENE ¡Felice!
dulce esposo, amado dueño,
el día que vuelvo a verte
en mis brazos, porque en ellos...
(Apartándole suavemente.)
mas no, que el decoro impide
la expansión al sentimiento.

OCTAVIA. (Al capitán y a sus tropas.)
En marcha, nobles romanos.
Mi tienda armad; que no quiero
entrar en Jerusalén
sin darles lugar y tiempo
de que al vencedor preparen
imperial recibimiento.

MARIENE Hasta dejarle en su tienda
vamos todos.

OCTAVIA. No, aquí os dejo:
almas henchidas de amor
que apartadas estuvieron,
tienen mucho que decirse
cuando juntan sus alientos.

TETRARCA ¡Que viva Octaviano!

TODOS ¡Viva!...

OCTAVIA. (Aparte, yéndose con su séquido y con el pueblo y tropas.) ¡Hermoso prodigo y bello,
¿qué me sirve haberte hallado
si cuando te hallo te pierdo? (Vanse.)

ESCENA IV

MARIENE y TETRARCA.

TETRARCA (Abrazándola.) Mariene, luz de mi alma,
ya ves cuán a costa compro
de mil agravios mi vida
por gozar la tuya solo.
(Viendo que Mariene, sin corresponder al abrazo, recorre impaciente con la vista el cuerpo del Tetrarca como buscando el puñal.)
¿Qué buscas?
MARIENE Busco el puñal
que del reloj presuroso
de mi vida fué el volante.
TETRARCA En un peligro notorio
de mi vida le perdí.
MARIENE Pues escucha.
TETRARCA Ya te oigo.
MARIENE Bien pensarás ¡oh, cobarde
amante! ¡oh tirano esposo!
bien pensarás que pedir
al gran Octaviano heroico
tu vida, ha sido piedad
de mi pecho generoso...
Pues no fué piedad, ni amor,
sino afán ardiente y hondo
de venganza; que no hay
de castigar mejor modo,
que pagar con beneficios
al que ofende con enojos.
Este papel y esta firma
te convenzan. ¡Con qué asombro
le miras, quedando inmóvil
estatua de nieve y plomo!
¿Qué fiera, la más cruel,

qué bruto, el más riguroso,
qué pájaro, el más aleve,
qué bárbaro, el más ignoto,
mató, muriendo? Pues antes
de hombres, fieras y aves oigo
que mueren dando la vida.
Dígalo en bramidos roncos
la víbora que mordiendo
sus entrañas, poco a poco
se despedaza, sacando
muchas vidas de un aborto.
Dígalo el ave que muestra
el pecho en mil partes roto,
y por dar la vida, muere
desangrada entre su pollos.
Pues tú, más que todos fiero:
pues tú, más cruel que todos,
pues tú, más bárbaro, en fin,
más sangriento, infame y loco,
igual que el avaro naces
que de su riqueza ansioso,
manda que, después de muerto,
le entierren con su tesoro.
En tu vida, ni en mi vida,
has de verme sin enojos,
me has de hablar sin sentimientos,
me has de escuchar sin oprobios,
y este oscuro velo puesto
siempre delante del rostro,
estorbará el que te vea,
siendo mis reales adornos
eternamente este luto;
y en mis aposentos solo
con mis damas viviré
guardando viudez en todo.
Y en ellos jamás penetres,
pues por los dioses que adoro,
que de la más alta almena
me arroje al mar proceloso.
Y no me sigas, porque
te miro con tal asombro,
que pienso que ya se cumple

de aquel astrólogo docto
el hado: pues si él me dijo
que tu acero prodigioso
y el mayor monstruo del mundo
me amenazan, hoy conozco
la verdad, pues si entras dentro,
huyendo de uno al otro,
o me ha de matar tu acero
o el mar, que es el mayor monstruo.

(Vase precipitadamente.)

ESCENA V

EL TETRARCA.

No sé qué hacer, ni decir:
que entre uno y otro pesar
ya ni me puedo quejar,
ni dejarlo de sentir.
Desenojarla es mentir;
porque es mi amor de manera,
mi pasión tan dura y fiera,
que si en tanta confusión
hoy volviera a la prisión,
hoy al delito volviera.
Porque ella, al fin, no ha de ser,
ni vivo ni muerto yo,
de otro nuevo dueño, no;
que mi amor se ha de ofender,
aunque no lo llegue a ver.
En parte gusto me ha dado
el que se haya declarado,
pues en esta ocasión ya,
sin escándalo estará
siempre su cuarto cerrado.
Cerraréle por de fuera
y yo mismo no entraré
en él, porque aun yo no sé
si a mi otros celos me diera.
Y sí hiciera, sí, sí hiciera,
pues si a mirarme llegara
en sus brazos, y pensara

que era tan dichoso, allí
me desconociera a mí,
y que era otro imaginara:
de suerte que mis desvelos
enseñados a desdichas
tuvieron miedo a mis dichas,
pues ellas me dieron celos.
¿Quién son estos desconsuelos,
quién es aqueste rigor,
cuya pena, cuyo horror,
(que no es discurso prolijo,
ni envidia ni amor) es hijo
de la envidia y del amor?
Hecho de heridos despojos,
tiene de sirena el canto,
y de cocodrilo el llanto,
de basilisco los ojos;
los oídos, para enojos
del áspid; luego bien fundo,
siendo monstruo sin segundo,
esta rabia, esta pasión
de celos, que celos son
el mayor monstruo del mundo.

ESCENA VI

FILIPO, TOLOMEO y el TETRARCA.

FILIPO ¿Cómo te daré, señor,
el parabién de tu vida?
TETRARCA Viendo la tuya rendida
a manos de mi rigor.
FILIPO ¿En qué te ofendí?
TETRARCA Traidor.
Poco leal, menos fiel.
¿Qué hiciste, di, de un papel
que...?
TOLOMEO (Ya mis desdichas creo.)
FILIPO ¿No era para Tolomeo?
TETRARCA Sí.
FILIPO Pues él te dirá del.
TOLOMEO (¡Qué poco duró ¡ay de mí!
el secreto en la mujer!)

TETRARCA ¡Di tú, traidor!
TOLOMEO (¿Qué he de hacer?)
TETRARCA Un papel que te escribí.
¿Qué es dél?
TOLOMEO (La verdad aquí
es la disculpa mejor.)
Una dama...
TETRARCA Di.
TOLOMEO Señor,
a quien sirvo para esposa...
TETRARCA Prosigue.
TOLOMEO De mí celosa...
(Necios delitos de amor.)
Me le quitó de la mano
y ella.
TETRARCA No prosigas, no,
y castigue ese error yo...
FILIPO Tente, señor.
TETRARCA Por mi mano.
TOLOMEO Ya esperar aquí es en vano.
La fuga mi vida guarde.
FILIPO ¡Huid, Tolomeo!
TETRARCA ¡Ah, cobarde!
Si al mismo cielo te subes,
campaña serán las nubes
que hagan de mi honor alarde.
(Huye Tolomeo y síguele Tetrarca, a quien procura detener Filipo.)

CUADRO SEGUNDO

Habitación de Mariene.

ESCENA VII

MARIENE, SIRENE y damas, unas con luces, que pondrán en un bufete, y otras con azafates.

MARIENE Dejadme morir.
SIRENE Advierte

que esa pena, ese dolor,
más que tristeza es furor,
y más que furor es muerte.

MARIENE Es tan fuerte
mi mal, es tan riguroso,
que no me mata de fiel,
sin ver en él
que ser conmigo piadoso
no es dejar de ser cruel.

DAMA 1.ª Ya que aborreciendo el lecho
en el jardín te has estado
hasta ahora, dé el cuidado
blandas treguas al despecho.

MARIENE Mal sospecho
que pueda el sueño aliviar
mi pesar,
pero porque no paguéis
la culpa que no tenéis,
empezadme a destocar.

(Recogen las damas en los azafates los adornos que se quita Mariene.)

SIRENE Quieres, mientras desafía
el sol esplendor tan bello,
desobligado el cabello
de los adornos del día,
la voz mía
algo te divierta?

MARIENE No, porque yo
no quiero que me mejore
quien cante, sino quien llore.

SIRENE Filósofo hubo que halló
causa en la naturaleza
para aumentar la armonía
dando al alegre, alegría,
como al triste la tristeza.

MARIENE Pues empieza,
a condición que el dolor
hagas mayor.

SIRENE Con una letra será
que aunque es antigua, podrá
conseguir eso mejor.

MARIENE Pues la letra dime aislada;

luego la dirás cantada
y el gusto será mayor.

SIRENE Ven, muerte tan escondida; (Declamando.)
que no te sienta venir,
porque el plácer de morir
no me vuelva a dar la vida.

MARIENE Bien sentida
y declarada pasión.
Cuyos son esos versos?

SIRENE No lo sé;
al acaso los hallé
estudiando otra canción.

(Siguen hablando en voz baja, sin apercibirse, ni ellas ni el resto de la servidumbre, de la presencia de Octaviano y de Tolomeo, que aparecen muy rebozados por la puerta del foro.)

ESCENA VIII

Dichas, OCTAVIANO y TOLOMEO.

TOLOMEO Pisando las negras sombras
en el silencio nocturno
darnos entrada al jardín
la llave de Libia supo.
Ya ves, señor, como es cierto
que en estos espesos muros
está Mariene encerrada,
porque de ti celos tuvo
el Tetrarca y quiere hacer
de este aposento sepulcro
de su esposa.

OCTAVIA. No será
mientras yo aliente en el mundo.
No soy quien soy, si en defensa
de su libertad no lucho.
Aguárdame tú en la puerta,
en tanto que me aseguro
del hecho, por ella misma,
aun cuando de ti no dudo.

TOLOMEO Te obedeceré, teniendo

la gente traída a punto
para cualquier accidente. (Vase.)

ESCENA IX

Dichos menos TOLOMEO.

OCTAVIA. (Tanto de verla me turbo,
que ya no sé discurrir
si es esto pesar o gusto.)
MARIENE Vuelve, Sirene, a cantar
porque me agrada el asunto.
Tú, Laura, cierra las puertas.
DAMA 2.ª Obedecerte procuro.
(Al ir donde está Octaviano éste la detiene.)
OCTAVIA. No lo intentes, que es inútil,
y es causarme dolor sumo
sin luz y sol quedar ciego
dos veces.
DAMA 2.ª (Aterrorizada.) ¡Qué veo, qué escucho,
infeliz de mí!
(Volviendo al sitio en que está Mariene con las demás.)
MARIENE ¿Qué es eso?
DAMA 2.ª El mal embozado bulto
de un hombre que ha entrado aquí.
MARIENE ¿Hombre?
OCTAVIA. Ya hablar no excuso.
MARIENE Dad voces.
SIRENE Yo no podré,
que el respirar dificulto.
DAMA 1.ª Ni yo, que apenas aliento.
DAMA 2.ª Ni yo, que medrosa huyo.
(Huyen las damas con Sirene, que dejan caer los azafates y adornos.)

ESCENA X

MARIENE y OCTAVIANO.

MARIENE Huyo también yo.
OCTAVIA. Teneos
y reparad vuestro susto,

que más que para enojaros
para serviros os busco.

MARIENE Vos, señor, pues... como... si...
aquí... yo... cuando...

OCTAVIA. Quien pudo
antes de veros amaros,
después de veros, mal dudo
que dejar de amaros pueda.

MARIENE No son de César Augusto
esas razones.

OCTAVIA. Sí son,
y explicarlas no rehuyo.
Yo he sabido que en poder
de tirano dueño injusto,
estáis expuesta al peligro
de tan sacrílego insulto,
como que haga por su mano
lo que a la ajena dispuso.
A poner en salvo vengo
vuestra vida.

MARIENE El labio mudo
quedó al veros, y al oiros
su aliento le restituyo
animada, para solo
deciros que algún perjuro,
aleve y traidor villano
tal mal informaros supo.
Mi esposo es mi esposo, y cuando
me mate algun error suyo,
no me matará mi error
y lo será si dél huyo.
Yo estoy segura, y vos mal
enterado en mis disgustos,
y cuando no lo estuviera
matándome un puñal duro
mi error no me diera muerte
sino mi fatal influjo;
conque viene a importar menos
morir inocente juzgo
que vivir culpada a vista
de las malicias del vulgo.
Y así, si alguna fineza
he de deberos, presumo

que la mayor es marcharos
en tanto mi llanto enjugo.

OCTAVIA. Un retrato tenía vuestro,
a cuyo hermoso dibujo,
ignorando de quién fuese,
rendía amoroso culto.
Por desvanecer sospechas
os lo entregué, y como juzgo
que ya las desvanecí,
vengo por él, pues no dudo
que con justicia le pido...

MARIENE Señor, no estáis en lo justo,
porque una cosa es tenerle,
cual vuestra mano le tuvo
por casualidad extraña
y que evitar nadie pudo,
y otra que os lo entregue yo
por voluntad o por gusto.
Y si en mi mano ahora mismo
sintiera el menor impulso
que me obligara a entregárosle,
corriera a este fuego puro
(Haciendo ademán de acercar la mano a una de las hachas que alumbran el cuarto.)
y en él mi mano abrasara,
siendo el fuego mi verdugo.

OCTAVIA. No hiciérais, porque impidiera
que os tocara el ardor suyo
estorbando así la acción.
(Quiere tomarle la mano y ella lo resiste.)

MARIENE ¡Es atrevimiento injusto!

OCTAVIA. ¡No es sino justo deseo!

MARIENE Antes a los cielos juro
que con vuestro acero mismo
aquí mi vida concluyo.
(Quita el puñal a Octaviano.)

OCTAVIA. ¡Tente, mujer, que es locura...

MARIENE (Conociendo que el puñal es el del Tetrarca y tratando de darse muerte.)
Mi honor defender procuro.
¡Pero qué es aquesto, cielos!
¿No es el que fiero y sañudo
me amenaza con hundirse
de mi pecho en lo profundo?

¡Maldito!... A los pies del César
halles eterno sepulcro
y burles, pedazos hechos,
del mágico los augurios...

(Arroja al suelo el puñal.)

OCTAVIA. ¡Oye, espera!...

MARIENE ¡Con espanto
de dos enemigos huyo!

(Vase precipitadamente seguida de Octaviano.)

ESCENA XI

EL TETRARCA.

En mi misma casa entro;
mas tan turbado y confuso,
que siendo mío el tesoro
que aquí existe y aquí busco,
parezco ladrón cobarde
que roba lo que no es suyo.

(Examinando el aposento.)

El cuarto a la media luz
de escaso esplendor nocturno,
y a sus pálidos reflejos
confusamente descubro
de mujeriles adornos
ajadamente difusos
sembrado el suelo. ¿Qué es esto? (Pausa.)
¡Con cuanta razón deduzco
que bajel que echa la ropa
al mar, padece infortunios;
que casa que se despoja
de las alhajas que tuvo,
estragos de fuego corre!
Ya la tormenta no dudo
ni el incendio ignoro, cuando
veo que me cercan juntos,
para zozobras, suspiros,
para hacerme llorar, humos.
Estas arrojadas señas
¿no son de ilustres y augustos
faustos despojos?... Aqueste

no es el fiero puñal duro
(Levantándolo del suelo.)
que registros de los astros
es aguja de sus rumbos?
¿No es éste el que yo a Octaviano
dejé? Sí. ¿Pues quién lo trujo
aquí entre arrastradas pompas
que son de mi honor verdugos?
¡Tarde hemos llegado, celos,
tarde, tarde! Pues no dudo
que quien arrastra despojos
habrá celebrado triunfos.
Y ya que a mis manos vuelves,
trágicamente deduzco
que es imposible esquivar
tus fatídicos influjos. (Queriendo herirse.)
A ellos muera de una vez.

ESCENA XII

Dicho y MARIENE, que sale huyendo de OCTAVIANO.

MARIENE ¡Socorro! (Dentro.)
OCTAVIA. (Dentro.) Aguarda.
TETRARCA ¿Qué escucho?
MARIENE (Corriendo.)
Será en vano, pues primero
que logres... Mas ¡cielos justos!
¿Qué es lo que miro? (Por Tetrarca.)
TETRARCA Turbado
he quedado.
OCTAVIA. Yo confuso.
MARIENE Y yo confusa y turbada,
pues entre dos daños, de uno
doy en otro y yo no sé
cual dejo, ni cual procuro,
pues siempre tengo peligro
cuando paro y cuando huyo.
TETRARCA (Amparándola.)
Vista tu fuga, a tu honor
este pecho será muro.
OCTAVIA. Ven a mí, que de tu vida
este pecho será escudo.

TETRARCA Cumple, pues, lo que prometes.
(Saca la espada.)
OCTAVIA. Así verás si lo cumplo.
(Saca la suya y riñen.)
MARIENE ¡Ay de mí! Para salir
de conflicto tan injusto
las luces he de apagar. (Las apaga.)
TETRARCA ¿A dónde, César perjuro
te escondes?
OCTAVIA. (Todavía luchando.) Yo no me escondo.
TETRARCA ¡No te encuentro aunque te busco!
MARIENE ¡Tente, esposo! ¡Ay infelice
de mí!
(Se encuentran de nuevo los dos y pelean, perdiendo la espada el Tetrarca.)
OCTAVIA. ¡A mis violentos impulsos
muere, aleve!
TETRARCA Aunque la espada
perdí, con aqueste agudo
puñal morirás.
(Se encuentra con Mariene, que se ha interpuesto, y la mata.)
MARIENE ¡Ay triste!
¡Tened piedad, dioses justos!
(Cae desplomada.)
OCTAVIA. ¿Qué es lo que oigo?
TETRARCA (Aterrorizado y comprendiendo lo que ha hecho.)
¡Maldición!

ESCENA ULTIMA

Dichos, TOLOMEO, CAPITÁN, LIBIA, ARISTÓBOLO, FILIPO, Soldados y Damas con luces, que aparecen agolpados a la parte del foro.

CAPITÁN Entrad, que es grande el tumulto.
(Rodean el cadáver de Mariene.)
ARIS Y FILI. ¿Qué es esto?
OCTAVIA. Querer dar muerte
al más vil, al más perjuro
de los hombres, que, sangriento,

ha eclipsado el sol más puro.

(Señalando a Mariene.)

TETRARCA Yo no la he dado la muerte.

OCTAVIA. ¿Pues quién?

TETRARCA El destino suyo,
porque a mis celos ha muerto,
que son crueles verdugos.

OCTAVIA. (Queriendo acometerlo.)
¡Con tu vida pagarás!

TETRARCA ¡Tente! Para que ninguno
de mí la venganza tome,
vengarme de mí procuro,
buscando en el ancho mar
término a mis infortunios.

(Se arroja del balcón al mar.)

OCTAVIA. ¡Seguidle todos, seguidle!

ARIST. Desesperado y convulso
se arrojó al mar.

OCTAVIA. (Después de una breve pausa y dando muestras de gran abatimiento.) Retirad
aquese cielo ya obscuro, (Por Mariene.)
que fué luz del firmamento
y de los dioses orgullo;
y en caracteres de bronce
escríbase en su sepulcro:
«Aquí yace una beldad
muerta por celos injustos.»
¡Que los celos fueron siempre
el mayor monstruo del mundo!

(Todos se arrodillan ante el cadáver de Mariene, menos Octaviano, que permanece con los brazos cruzados contemplándola.—Cuadro.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

LA LEYENDA DEL YERMO

Poema dramático en un acto

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LA LEYENDA DEL YERMO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

LA LEYENDA DEL YERMO

POEMA DRAMATICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

Estrenado con gran éxito en Madrid,

en el año 1915

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15.

1916

Dedicatoria

A don Miguel Moya, ofrenda modesta de admiración y gratitud.

EL AUTOR

REPARTO

Personajes	Actores
LA MADRE.	Srta. Delgado Caro.
LA JOVEN.	» Echevarría.
LA ABUELA.	Sra. Espejo.
EL PADRE.	Sr. Rodríguez de la Vega
EL PEREGRINO.	» Calverá.
EL NIÑO.	N. N.

NOTA.—Los párrafos cerrados por asterisco se suprimirán en la representación.

ACTO ÚNICO

Interior de una vivienda pobre, muy pobre. Al fondo portón grande, cerrado al comienzo de la representación. A su izquierda una ventana de rotas cristaleras; es ancha y levanta del suelo un metro y medio. Tras ella, completamente visible, la silueta de una cruz de madera, bañada por la plateada luz de la luna de una noche invernal. A la derecha de la puerta cuelga de la pared un hacha y una jaula de alambres con un pájaro dentro.—En el lateral izquierdo, hogar, de ancha campana, apagado. No hay sillas. Un banco de piedra, un guardacantón y el escalón del hogar son únicos asientos. La decoración, desoladora y lúgubre, está alumbrada por un velón de aceite.—Se oye rugir el viento que produce el agudo silbido del fustigar de un látigo. A un empuje la cruz se bambolea. Parecen sus extremidades las de un fantasma que damanda socorro, las alas de un pájaro inútilmente abiertas para el vuelo; de cerca es viejo icono moribundo que se empeña en no caer y abre los brazos para guardar el equilibrio; muñeco caprichoso que hace piruetas ante la naturaleza impasible; anciana virgen, ofreciendo el cuerpo esquelético a los deleites y caricias de un fauno de quimera.—LA MADRE está sentada en primer término del escalón del hogar. Es una mujer envejecida por el ayuno; no posee las curvas tentadoras del sexo femenino; su cuerpo es escuálido, sus mejillas y sus ojos hundidos, sarmentosas sus manos; los cabellos mugrientos caen en greñas contra su cara.—EL PADRE mira por la ventana; tiene la piel curtida por el sol y los vientos, arqueada la espalda hacia la tierra, sin cortar la pelambre del rostro. Tanto la madre como él, tocan en los cuarenta y cinco años.—LA ABUELA, sentada a la derecha, repasa las cuentas de un rosario. Es un esqueleto cubierto de pergamino; en la expresión del rostro tiene algo de

Yermo.—2

lechuza.—LA JOVEN y EL NIÑO duermen al suelo sobre un montón de trapos extendidos en primer término a la derecha. La joven es el prototipo de la tísica, a consecuencia de la miseria; su respiración es fatigosa; de cuando en cuando tiembla con escalofríos de fiebre; a veces, una tos seca, desgarrada, sale de su pecho. El niño muestra por los girones de su ropa huesos en punta y pedazos anémicos de carne.—Estos seres, dentro de la miserable mansión, en medio de la llanura, bajo el inmenso firmamento, son personajes de la tragedia humana que, con el título de «Los desposeídos», se escribirá algún día en el libro de la historia con gotas o con ríos de sangre.

ACCION

(Hay un silencio doloroso y cruel, en el que sólo se oyen castañeteos de dientes y tiritar de cuerpos.)

PADRE ¿Dices que ayer vinieron lobos?

MADRE Vinieron.

PADRE Los ojos del miedo os los harían ver. ¡Sois tan medrosas... !

ABUELA (Levantando los ojos del rosario.) *El miedo guarda la viña*; ya es difícil que el que tenga miedo de algo no sepa guardarse... Aullar sentí yo a los lobos en los alrededores de la casa.

MADRE Y con las uñas arañaron la puerta.

ABUELA A la ventana me asomé y víles pasar como sombras. Sus ojos eran carbones encendidos. Parecían demonios escapados del infierno.

MADRE (Señalando detrás del banco de la derecha donde se supone que duerme un perro.) Mira el perro que tranquilo duerme esta noche. Pues ayer era mismamente una fiera. Ladraba sin que pudiéramos hacerle callar... Husmeaba las rendijas de la puerta y gruñía...

ABUELA En este desierto en que vivimos el aullido del lobo parece que se agranda. El niño le oía y lloraba el pobre tal que si se sintiese apresado por la fiera.

PADRE Acaso alguna zorra.

MADRE ¿A qué habían de llegarse aquí las zorras? No hay ni palomar ni gallinero. Eran lobos. Echólos el hambre hacia la casa.

PADRE ¡El hambre! Razón es que el lobo busque de comer cuando el hambre le acosa. ¡Peores que lobos debiéramos ser los hombres!

MADRE Calla, Juan; hoy comimos.

PADRE Comimos, sí, cominos. Gracias a la abuela que anduvo las tres leguas largas que nos separan del pueblo y pidió limosna todo el día y trajo unos mendrugos.

*ABUELA Trabajo me costó conseguirlos. También *hay hambre en el pueblo. Se han helao *los campos... Cuando me acercaba a *pedir a las gentes, me contestaban gru-*ñendo. Uno dióme un empujón que casi *me echa a tierra... Le insulté y ¡para *que lo hice, santa Virgen! Dióse a gri-*tar, y de pronto me ví rodeada de chi-*cuelos... ¡Los indinos! El uno decía: *«¿Dónde dejó la escoba que la trajo *por el aire?» El otro: «¡Váyase, abue-*la, que dice el señor cura que cuando *viene usted al pueblo desaparece el acei-*te de las lamparillas de la Virgen.» *¡Malos diablos los lleven! ¡Y qué des-*cansadas se quedarían sus madres al *echarlos al mundo! Menos mal que la *Gila es caritativa y dióme los mendru-*gos de que hablabas.

PADRE A no ser por ello nada habríamos comido hoy. Ya se acabó la carretera. Ya no hacen falta azadones que caven, ni brazos que manejen esos azadones. Ahora,

a esperar que en el pueblo me necesiten para algo. ¡A esperar!... ¡A esperar!... (Desesperado,)

MADRE Si que es perra la vida.

PADRE Antes siquiera comíamos caliente. Yo trabajaba. No faltaban los seis reales diarios que, unidos a lo que la abuela pedía, eran lo bastante. Hoy, ya lo ves, falta la comida y falta el fuego.

MADRE Y el frío aprieta cada vez más.

ABUELA Castañuelas parecen mis dientes.

MADRE Y la hija, nuestra hija enferma... Mírala; más flaca ca día, con los ojos ca día más hundíos, y esa tos ronca, seca, que se me clava en las entrañas.

ABUELA El niño tirita.

MADRE ¡Los pobres!... (Los contempla en silencio. Se levanta y se dirige lentamente hacia ellos.)

PADRE ¿Dónde ir a buscar leña...? Con esta noche no se puede tomar el camino del pueblo. Por aquí no hay ni un árbol, ni una mata... (Abre la puerta y extiende la mirada. La obscuridad es intensa. La cruz se mece. Una ráfaga de viento helado penetra en la casa haciendo estremecer a sus habitadores.)

ABUELA ¡Cierra, Juan, cierra!... Toos los demonios se han desatao esta noche.

MADRE (Que ha llegado al rincón donde los niños se ovillan el uno con el otro.) ¡Los pobres! ¿Dormís, hijucos?

NIÑO MAYOR No puedo, madre; tengo mucho frío. Además, Juana no hace más que moverse y no me deja dormir.

LA JOVEN ¡Madre!... (Quiere decir algo, pero, al abrir la boca, sus mandíbulas tiemblan castañeteando los dientes. Este temblor rompe las palabras, convirtiéndolas en balbuceos.) ¡Madr... madr...! (Y sigue tiritando.)

PADRE (Después de cerrar la puerta.) ¡Nada! Si al menos hubiese alguna casa donde pedir un poco de leña... Pero en tres leguas a la

redonda no hay más casa que esta... (Mirando al foro.) Esa puerta...

MADRE — No, Juan.. Entraría el viento.

PADRE — Llevas razón. ¿A quién implorar calor? Solo nosotros vivimos en el yermo. ¡Quema el sol demasiao en el verano, y en el invierno se mete el frío hasta los huesos!

MADRE — Si viviésemos más cerca del poblado...

PADRE — En él vivíamos y de él tuvimos que marchar. Allí había que pagar la habitación. Gracias que pude hacer aquí esta choza. Nadie vino a preguntarme por qué ocupaba este cacho de tierra. Como en el yermo a poco que se ahonde con la azada solo salen pedruscos, desprecian este terreno los labradores. Solo sirve para nosotros...

ABUELA — Y para los lobos...

PADRE — Para los lobos porque estamos nosotros. (Se hace el silencio.)

EL NIÑO — (A la joven.) No te muevas tanto.

LA JOVEN — Si... es... que... tiem... tiem... blo...

EL NIÑO — ¡Pues no tiembles!

LA JOVEN — Sin ...que... rer... es... es... es... (Sigue balbuceando. La choza crujía a los violentos azotes del viento.)

ABUELA — A gusto corre el huracán. Como silba el maldito.

MADRE — Desde anoche no para, y, anoche, era más fuerte,

*ABUELA — Buen susto llevéme por su culpa.

*PADRE — ¿Qué fué?

*ABUELA — Después del miedo que me dieron los lo-
*bos no podía quedarme dormida. Al alba
*cabeceaba un poco el sueño, cuando de
*pronto sentí un ruido muy grande...
*Creí que se venía abajo la techumbre...

*PADRE — ¿Y qué era?

*ABUELA — La chimenea que la había arrancao el
*aire, y rodaba, rodaba... Allá fuera la
*tienes, tirada en la cuneta del camino.

*MADRE — También sintióla mi hijo Pedro.

ABUELA Buen grito fué el que dió el rapaz. Más tarde calmóse un poco el viento. Esa calma fué la que yo aproveché para ir a la aldea.

PADRE También la aproveché yo para venir. *al yermo. Buscando trabajo se me hizo *noche en la aldea. Como el tiempo era *tan remalo y sabía que vosotros está-*bais seguros, quedéme durmiendo sobre *una mesa de la posá. Si llego a figurar-*me que habían de venir lobos, aquí me *planto.

*MADRE Mal hubieras hecho, Juan. Con la puerta *cerrada no había cuidao ninguno. Cuan-*do se cansaron de andar en derredor *de la casa, y de arañar la puerta, y *de aullar como si fueran de otro mun-*do, se marcharon.* ¿Qué le pasa a Juana?

PADRE Nada.

MADRE Me asusté. Se ha movido de un modo...

PADRE Ahora duerme.

MADRE Esta hija está muy mala, Juan... ¡Muy mala! (Llora en silencio. El niño y la joven duermen. La abuela da cabezadas.)

PADRE Ya duerme mi madre... Los chicos parece que se tranquilizaron un poco.

MADRE ¡Hijos míos!...

PADRE ¿Qué te pasa? ¿Lloras?...

MADRE ¡Hijos míos!

*PADRE Tienes razón...

*MADRE Nada dije.

*PADRE Lo bastante. En ese «¡Hijos míos!» *dijiste mucho ya.

*MADRE No te comprendo.

PADRE Yo a ti sí. ¿Para qué vinieron al mundo? Para sufrir. Para pasar hambre. Para tostarse en verano bajo un sol implacable; para tiritar en invierno al entumecerse sus carnes por un frío más implacable todavía... Y nosotros viéndolo sin poder remediarlo.

MADRE ¡Mucho mal debemos haber hecho en la vida para pagarlo de esta forma!

PADRE Tal vez lo hicimos... No lo recuerdo, pero tal vez lo hicimos. Mas ¿y ellos? ¿Qué han hecho ellos? Vivir... y vivir por culpa nuestra.

MADRE ¿Por nuestra culpa?

PADRE Sí. No sé explicar bien lo que siento, mas oye. Los que viven como nosotros no debieran tener hijos. La mujer y el hombre que están condenados a la miseria, no debieran unirse.

MADRE ¿Y qué sabíamos nosotros? Cuando nos conocimos tú trabajabas... Cuando nos conocimos...: ¿Te acuerdas?

PADRE ¿Qué si me acuerdo? ¿Qué felices éramos entonces... Dejaba yo el pico cuando el trabajo terminaba y corría a buscarte *y nos íbamos a pasear por fuera del *pueblo. Por las noches, tú, en tu casa, *detrás de la reja, yo en la calle y en la *reja apoyado... Hablábamos mucho... *¿Qué hablábamos?

*MADRE ¿Qué sé yo? Tonterías.

*PADRE Y pasó el tiempo, y entré yo en tu casa, *y le hablé a tus padres. Pensamos en *casarnos, en la felicidad que nos espe-*raba, en querernos mucho, mucho... *más de lo que entonces nos queríamos.

*MADRE ¡Nos queríamos ya tanto!

*PADRE En cuanto acababa yo de cenar, iba a *verte. Tu madre rezaba como siempre, *como rezaba la mía hace un momento, *con el rosario entre las manos.* Una noche... ¿Te acuerdas?

MADRE (Como si evocase un recuerdo grato.) La noche aquella...

PADRE Era del mes de mayo... Tú y yo estábamos junto a la ventana... La luna, desde el cielo, parecía mirarnos... Nosotros hablábamos... Tu madre se quedó dormi-

da... Nosotros seguíamos hablando... ¿Qué nos decíamos?

MADRE ¿Qué sé yo? Tonterías...

PADRE Los mozos y las mozas se retiraban de la plaza, donde habían estao bailando toda la tarde... Vestían el traje de domingo... Porque era domingo, ¿verdad?

MADRE Sí; creo que era domingo.

PADRE A lo lejos se escuchaba una voz que cantaba... ¿Cómo decía la copla?

MADRE La copla aquella... ¡Ah! Sí. Decía:

Cree el mozo que le quiero
porque al mirarle suspiro;
soy más pícara que hermosa
y no me lo ha conocido.

PADRE Tú te sonreíste, yo, sin saber por qué, me entristecí... Temía que fueses tú la de la copla... La voz cantó otra vez:

Juramentos de los hombres
a golondrinas semejan...
En verano hacen los nidos,
pero en invierno los dejan.

MADRE Entonces eras tú el que sonreías y yo la que me puse triste.

PADRE Apartaste tus manos de las mías... Los dos no quedamos muy callaos... Yo sentí... No sé lo qué sentí... Volví a cogerte una mano..., luego otra...

MADRE *Yo te dejaba hacer... La voz se alejaba *y volvimos a no poder entender lo que *decía.

PADRE *Yo quise preguntarte algo y acerqué mi *cara a la tuya y, al ir a hablar, las pala*bras se me quedaron como atravesadas *en la garganta... Y me acerqué más y *tú...

MADRE Yo, sentía una cosa muy rara... Me da-

bas miedo y, sin embargo, deseaba que te acercases más, más...

PADRE Y lo hice, y te apreté las manos mucho, mucho y te di un beso...

MADRE ¡El primero!

PADRE El primero, sí... ¡Ojalá no nos lo hubiésemos dado nunca! Nos casamos. Tú querías un hijo... ¡Tú lo querías!... ¡Tú tuviste la culpa!

MADRE También lo querías tú.

PADRE *También tuve la culpa yo. Un día me *dijiste: ¿Sabes?... Parece que... No aca-*baste de hablar... Te pusiste muy colo-*rada. Yo comprendí lo que querías de-*cirme y sentí una alegría muy grande y *te di muchos besos; la mitad eran para *aquello* que te avergonzaba tanto nom-*brar. Yo quería que fuese niña y que se *pareciese a ti...»

MADRE *Yo quería todo lo contrario.

PADRE Vino la hija.

MADRE (Mirando a la joven.) ¡Mi Juanita!

PADRE Yo seguía trabajando... Un día el trabajo acabó. Vino la miseria... Murieron tus padres... La casa en que vivíamos en el pueblo había que pagarla... No teníamos pan que llevar a la boca y había que pagar la casa. Nos iban a echar de ella... ¿Qué hacer?... Lo que hicimos: levantar esta choza aquí, en el yermo, y venirnos a ella con mi madre y nuestra hija. Comenzaron las obras de la carretera y trabajé otra vez. Ganaba poco, pero con ello y con la ayuda de mi madre, vivíamos. Pasó el tiempo. Entonces medijiste, *ya *sin ponerte colorada,* que íbamos a tener otro hijo. Yo no lo deseaba... Yo no tuve la culpa.

MADRE Tampoco lo deseaba yo.

PADRE Tampoco tuviste la culpa tú. Lo esperamos, pero no con la alegría que habíamos esperado al otro; lo esperamos con la tris-

teza de que el pan escaseaba cuando una nueva boca no tardaría en pedirlo. Y vino el hijo.

MADRE (Mirando al niño.) Mi Pedro.

PADRE ...Y empezó a enfermar nuestra hija. No podíamos darla lo que necesitaba, y ca vez más enferma... ¡Ca vez más enferma...!

MADRE (Sollozando.) ¡Hija mía! (La joven tose.)

PADRE ¡Después!... ¡Después!... ¡Cómo ruge el viento! ¡Cuánto frío hace! (Se levanta desesperado. La madre llora. La abuela sigue cabeceando. El niño se mueve. Hay una pausa grande.)

LA JOVEN (Al niño.) Ahora eres tú el que no te estás quieto.

EL NIÑO ¡Tengo mucho frío!

MADRE ¡Hijos! ¡Hijos! (Cogiendo al niño.) Ven, Pedrín; tal vez en mis brazos estés mejor. Ven. (Le acuesta en sus rodillas y llora.) ¡Duerme, hijo, duerme!

EL NIÑO Madre... Canta, cántame algo... Cuando me cantas, duermo...

MADRE ¿Cantar yo?

PADRE No llores mujer...

EL NIÑO Canta, madre...

MADRE Lo haré para que duermas... (Empieza a cantar con la voz ahogada por el llanto.)

*A la nana, nana,
*chiquitito mío...

¡No puedo! (Dolorosamente.)

*Ya no tiene hambre,
*ya no tiene frío...

EL NIÑO ¡Me hielo! ¡Me hielo!

MADRE Duerme, hijo, duerme... (Rompe en sollozos, mientras el niño tiembla entre sus brazos.)

PADRE ¡Oh! ¡Esto es horrible! Mujer... mujer... ¡Hijo!... ¿Dónde hallaros calor! Tal vez pueda encontrar algunas matas secas. (Se dirige a la puerta y la abre.)

MADRE ¿Dónde vas?

PADRE A dar una vuelta por los alrededores de la casa. Puede que alguna rama...

MADRE No salgas, Juan.

PADRE Hay que darles calor a los hijos.

MADRE ¿Y si el lobo...?

PADRE El lobo no baja esta noche.

MADRE Que salga contigo León, si piensas alejarte.

PADRE Me alejaré poco. ¡León! (Llama hacia el sitio donde se supone que está el perro.) ¡León!

MADRE No quiere salir. Cógele hasta que cierres. (El padre se dirige detrás del banco y saca al perro cogido del cuello. Al salir.) ¡Qué noche más horrible! (Sale y cierra.)

EL NIÑO ¡Madre! Canta...

MADRE No puedo, hijo, no puedo. (Llorando.) ¡Pobres de nosotros!

LA JOVEN (Al ver llorar a su madre la contempla como no comprendiendo y dice.) ¡Madre! ¡Madre! (La madre no contesta. La joven se levanta y llega junto a ella.) ¡Madre!

MADRE (Apretándola contra su pecho.) ¡Hija! (Solloza más fuerte. De pronto se oye cerca de la casa el aullido prolongado del perro. La abuela despierta sobresaltada.)

LA JOVEN ¡Los lobos, madre!

MADRE Es León que tiene frío.

ABUELA Aulló el perro. *Cuando el perro aulla muerte segura.* *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado... (Sigue rezando por lo bajo.)*

LA JOVEN ¿Y cómo está León fuera de casa?

MADRE Salió con padre...

ABUELA ¿Pero Juan está loco? Salir con esta noche.

MADRE Ha ido a ver si encontraba algo de leña...

ABUELA ¿Leña? Dios la dé. *(Vuelve a escucharse más *lejano el aullido del perro. La vieja se estremece.) *¡Otra vez el perro... así en la tierra co-*mo en el cielo... (Sigue murmurando.)

LA JOVEN (De la pared del fondo descuelga la jaula.) ¡Mi jilguero, mi pobre jilguero, va a morirse de

frío. (Mete la mano dentro de la jaula y saca el pájaro.) Tiembla como si fuese una persona. Aguarda, pobruco; del cacho de pan que me dieron te guardé unas migajas. A ver si comiendo se te quita ese frío... (De entre sus ropas saca unas migas de pan; toma asiento en la tierra y se dispone a dar de comer al jilguero.) Toma... Abre el pico... Condenao, abre el pico... (Pausa.) Traga, tonto, traga. (En silencio prosigue dando de comer al pájaro.)

ABUELA Parece que ya no aulla el perro. Tengo las manos agarrotás de frío.

MADRE Igual me pasa a mí. Cogí a Pedrín para darle calor... ¿Qué calor voy a darle? (A la joven.) Y a ti, ¿qué te pasa? Estás amoratá. ¿Qué tienes?

LA JOVEN Frío, madre. Y el jilguero no come y tampoco deja de temblar. Lo meteré junto a mi pecho; tal vez esté mejor. (Mete el pájaro en el pecho.)

MADRE ¿Y tú? A ver. Ven. Dame la mano. ¿Dices que tienes frío?

LA JOVEN Mucho.

MADRE Si estás ardiendo.

ABUELA Esta noche no vienen los lobos.

MADRE Acaso hoy bajen al pueblo.

ABUELA Cuando oí aullar a León creí que ya los teníamos aquí... El aullido del perro me hace estremecer. Ten por seguro que predice una muerte. Cuando le sientas echa unas lágrimas y reza una oración porque un alma va a subir a los cielos.

LA JOVEN Brujerías...

ABUELA No son brujerías. La noche antes de morir mi padre aullaba el perro como si estuviera endemoniao. Aullando empujé la puerta de la casa y mi padre comenzó a agonizar. Paecía que, con el perro, había entrao la muerte. (El viento se calma unos instantes. Pausa. ¿Oyes...? (Amedrentada. Quedan escuchando.)

MADRE Acaso el aire...

*ABUELA Acaso... (Los brazos de la vieja se extienden como *si quisieran detener a algún ser invisible.) ¿Por *qué aullaría el perro? (La superstición se extiende por el ambiente.) No es el aire. ¿Oyes? También sentí esos pasos la noche aquella.

MADRE No es el aire. Será Juan. (Siguen escuchando. Pausa.) Nada ya...

ABUELA (Escuchando.) Nada. Igual que aquella noche. (De pronto suenan tres golpes fuertes, violentos, en la puerta. Todos se miran sorprendidos.)

EL NIÑO ¿Llamaron?

ABUELA ¿Llaman? Juan no es. No es ese su llamar.

MADRE ¿Quién podrá ser? (Vuelven a sonar otros tres golpes, más fuertes, más violentos.)

LA JOVEN Tengo miedo.

UNA VOZ FUERA ¡Ha de la casa!

ABUELA Es un hombre.

UNA VOZ FUERA ¡Ha de la casa!

MADRE ¿Quién es?

UNA VOZ FUERA Un peregrino. Abran por compasión.

MADRE ¿Qué hago?

ABUELA Abre.

(La madre abre la puerta; en el umbral aparece «el Peregrino». Es bajo de estatura y delgado de cuerpo. La cabellera, blanca y sin cortar, cae en mechones despeinados; las barbas, grises y luengas, descienden a su pecho enmarañadas. Su piel tiene broncíneas tonalidades. La boca es dendentada y sumida. El rostro arrugado. Sin embargo, este personaje no debe ser muy anciano; su expresión es la de un hombre envejecido por largos años de sufrimiento y de trabajo, por seguidas noches de desvelo y de llanto, por el tormento continuo de una conciencia implacable que acusa, de un remordimiento que envenena, de un pensamiento que el olvido se empeña en alejar, cuando está para siempre grabado en el recuerdo. Los ojos miran con vaguedad y cansancio. De sus ropas cuelgan rosarios de conchas y de huesos que, al chocar, producen extraños ruidos. Medallas de tres colores: oro, cobre y plata, van entre los rosarios y tiemblan como si tuviesen frío. También

el viejo tiembla. Al andar, arrastra el pie derecho tal que si una cadena de eslabones pesados estuviese soldada en el tobillo. Los niños se aprietan medrosos contra la madre. Todos ponen la vista en el extravagante personaje. La madre cierra la puerta, frente a la que sigue meciéndose la cruz.)

PEREGRI. ¡A la paz de Dios! Págueles la buena obra Nuestra Señora del Amparo.

MADRE Pase, hermano peregrino. ¿Cómo a estas horas por el yermo?

PEREGRI. Salí del pueblo siendo tarde, con intención de llegar al otro antes de la noche. Dejé la carretera y tomé un camino, dejé el camino y tomé un atajo; perdíme, y, como la noche está tan obscura no pude volver a encontrar la carretera. He dado muchas vueltas por el yermo. Vi desde lejos la luz que salía por esa ventana y aquí me tienen. Vengo helado. ¿No pueden darme un poco de calor?

MADRE ¿Calor? En esta casa no hay calor, hermano; el hogar está falto de leña como el saco está falto de pan.

PEREGRI. ¿Pan? Traigo yo un poco en mi zurrón. (Al niño.) ¿Quieres, rapaz?

EL NIÑO Sí.

PEREGRI. (Saca del zurrón un trozo de pan negro.) Toma.

ABUELA Da las gracias, Pedrín. (El niño no hace caso. Come.)

PEREGRI. ¿Y la rapaza?

MADRE (A la joven.) ¿Quieres pan, Juana?

LA JOVEN Quiero calor.

MADRE ¡Pobre hija!

PEREGRI. Toma mi manta y arrópate. (Deslía la manta de su cuerpo y se la entrega a la madre.)

ABUELA ¿A dónde marcha, hermano peregrino?

PEREGRI. A Compostela.

MADRE ¿A pie y sin dinero?

PEREGRI. Sin dinero y a pie. Camino adelante, siempre adelante *con nubes y con sol, con llu-
*vias y con nieve. Pido limosna en los
*pueblos porque paso; en el monte bebo

*agua en los manantiales, en el llano cal-
mo mi sed en los arroyos... A veces, los pastores me ofrecen leche del ganado y me dejan pasar la noche en el aprisco... Otros me tiran piedras con la honda, tal que si fuese una alimaña y me azuzan los perros como si se tratase de un lobo. *En
*las aldeas pasa lo mismo; en unas me
*reciben como se debe recibir a todo fo-
*rastero, en otras me insultan y me echan
*igual que a un gitano que intentase ro-
barles.

ABUELA — Y ¿qué hace el hermano peregrino entonces

PEREGRI. — A los que me tratan mal, ¿qué voy a hacer si no perdonarlos? A los que me reciben bien págoles con advertencias y consejos. También les digo muchas cosas que sé y que son necesarias.

MADRE — ¿Qué es ello?

PEREGRI. — Conozco las hierbas que curan muchos males del cuerpo, las calenturas, el mal de ojo, las heridas... Sé cual es la que absorve el veneno de la picadura del alacrán, y el mordisco del perro rabioso. Sé oraciones que echan los demonios del cuerpo de todo aquel que esté por ellos poseído... Sé, para las casadas, la que han de rezar cuando quieran hijos y, para las solteras, la que han de decir cuando deseen novio. Llevo amuletos para él que es despreciado y ansía ser querido; sé romances de guerras y bandidos, sé... No acabaría nunca de decir lo qué sé.

MADRE — ¿Por qué es su peregrinación?

PEREGRI. — Por una promesa. He prometido a la Santísima Virgen ir hasta Compostela de este modo, contándole a todo el mundo del sitio de donde vengo para sentir la vergüenza de ver que me desprecian y me huyen... Este sacrificio lavará mi culpa.

MADRE ¿Que le desprecian y le huyen? ¿De dónde viene, hermano?

*PEREGRI. Del sitio donde más se sufre.

*ABUELA Se sufre tanto en todas partes que no es *fácil saber cuál es el sitio donde se sufre *más.

*PEREGRI. En el sitio de donde yo vengo.

*ABUELA ¿Cuál es?

PEREGRI. De presidio. (A este nombre sigue un movimiento de terror en la abuela y en la madre. Las dos contemplan al desgraciado con una mirada de miedo y de curiosidad.)

MADRE ¡De presidio... ! ¿Y por qué estuvo en él?

PEREGRI. Por una muerte...

MADRE ¿Mató a un hombre?

PEREGRI. A una mujer. La quería mucho. Me quedé en la miseria... Tuve que matarla... Fuí preso... En los patios del presidio, en los calabozos obscuros perdí mi juventud. Hice mal en matarla, porque yo no podía vivir sin ella... Yo no pensaba más que en que había matado al único ser a quien quería en el mundo, en que iba a salir del presidio y no la encontraría... El cura del presidio, que era muy bueno, me dijo que si no la encontraba en esta vida, arrepintiéndome la encontraría en la otra. Le creí, le creo, trato de depurar mi alma e hice la promesa de ir a Compostela, imponiéndome el sacrificio de decirle a todo el mundo de dónde vengo para que me maltraten y desprecien. Bien lo hacen. Dios perdona al arrepentido, pero los hombres no perdonan nunca. Esta es mi historia. Voy a Compostela por ella, estoy aquí por ella, vivo por ella ; esta es mi historia, esta es mi vida, porque mi vida es ella.

MADRE ¡Desgraciado !

PEREG. Donde veo una cruz rezo. Ante esa cruz de madera he rezado. Y, dígame, buena mujer, ¿quién puso ahí esa cruz?

ABUELA La gente del pueblo. Dicen que, hace ya tiempo, se reunían las brujas aquí, en el centro del yermo y, en las noches de tormenta, llamaban a los rayos que mataban a todo el que pasaba. Entonces decidieron los del pueblo poner ahí esa cruz para espantarlas; por eso la llaman *la cruz espantabrujas*...

PEREGRI. ¿Y las brujas?

ABUELA Dicen que ya no han vuelto. Los rayos han seguido cayendo.

PEREGRI. Es extraño que, siendo de madera, no se caiga con estos huracanes.

MADRE No deja de moverse. Mírela. Parece que está viva.

ABUELA ¿Está cojo el hermano peregrino?

PEREGRI. Es la cadena de blancas, la maldita cadena que aun parece que la llevo arrastrando. (Hácese el silencio.)

LA JOVEN Moriráse el jilguero... Mírale madre; acurrucadico en mi pecho tirita... ¡No quiero que se muera!

PEREGRI. Querrá Dios.

LA JOVEN Si Dios me mata mi jilguero, Dios debe ser muy malo.

PEREGRI. Calla rapaza...

LA JOVEN Yo ca vez tengo más frío; ni la manta me hace entrár en calor.

MADRE Si Dios también quisiere que... ¡Oh! ¡Maldito Dios entonces!

PEREGRI. No blasfeme, hermana. Si Dios quisiese eso en el cielo se la guardaría para que allí la viera, como a la otra me la está guardando para que yo la encuentre. (Se oye aullar el perro.)

ABUELA Otra vez aulla el perro...

MADRE Ya vuelve Juan... ¿Traerá leña?

*ABUELA Padre nuestro que estás en los cielos... (Llaman a la puerta.)

MADRE ¿Eres tú, Juan?

PADRE (Afuera.) Yo soy. Abre... (La mujer abre.)

ABUELA ...Santificado, sea tu nombre... (Sigue murmurando.)

PADRE (Aparece en la puerta amoratado por el frío y seguido del perro... Su mujer le mira y él dice dolorosamente.) ¿Qué me miras?... Nada... Ni una mata, ni una rama... Nada...

MADRE ¡Es horrible!

ABUELA Aquí tienes un peregrino, Juan. Perdióse y nos ha pedido albergue por esta noche.

PADRE Bienvenido sea y bien hicisteis en dárselo.

PEREGRI. Dios se lo pague.

PADRE Sólo estas paredes podemos ofrecerle... ¿Qué haces, Juana?

LA JOVEN Mi pájaro que se muere de frío.

MADRE (Al padre.) Oye... Mira tu hija... Su carne está morada... No hace más que temblar... ¡Está muy mala!... ¡Muy mala!...

PADRE ¡Maldita noche! ¡No hay en la llanura nada que pueda dar calor a vuestros cuerpos!... ¡Nada!

PEREGRI. ¡Pobre rapaza! (Coge una mano de la joven.) Parece la mano de la muerte...

PADRE ¿Qué dice?...

ABUELA El perro aullaba...

PADRE ¡La muerte!... Y yo, sin poder darla lo que necesita... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

PEREGRI. Rezar...

ABUELA Rezar, sí. Tal vez Dios se apiade de nosotros.

PADRE Dios nos olvida...

PEREGRI. ¡Desdichado! Recemos.

PADRE ¿Rezar?... Es inútil rezar. Por mucho que recemos no saldrán árboles en la llanura...

PEREGRI. ¿No tiene fe en Dios?

PADRE ¿Tener fe en Dios?... ¡Mis hijos se me mueren de frío!

ABUELA Juan... No blasfemes.

PADRE ¿Dónde encontrar fuego? (Desesperado hunde la cabeza entre las manos, ensimismándose, buscando una idea que le pueda guiar a la salvación de las criaturas que tiemblan.)

ABUELA ¡Pobre hijo mío!... (Empieza a contar las cuentas del rosario.)

PEREGRI. ¿Qué hace abuela?...

ABUELA Rezar por él... (Señalando al padre.)

PEREGRI. Yo la acompañaré... Recemos...

*ABUELA Y PEREGRINO Creo en Dios padre, todo-
*poderoso, criador del cielo, y de la tie-
*rra, y en Jesucristo... (Siguen rezando por lo
*bajo, produciendo un ruido semejante al de un gran
moscardón que batiese las alas. La joven contem-
pla penosamente al pájaro. La madre solloza. El perro gruñe... Por la ventana se ve la negra silueta de la cruz que se mece. El padre levanta lentamente la cabeza y fija los ojos en sus hijos; sus pupilas quedan inmóviles sobre las criaturas como si quisiese calentarlas con ellas... Luego las aparta y las deja vagar por la estancia, tal que si buscase algo que no encuentra... El viento brama fuera... Los ojos del padre se detienen sobre el hacha que cuelga en la pared; luego se apartan de ella y miran a la ventana, tras de la que se mece la cruz... El padre la contempla... Su rostro parece animarse; una extraña expresión se aboceta en él; de sus labios sale una exclamación.) ¡Ah! (Nadie le observa. Lentamente se levanta y se dirige silencioso al muro donde reluce el hacha... La descuelga y la aprieta nervioso entre sus manos; luego se dirige a la puerta; abre con sigilo. Los goznes de la puerta chirrían; al oirlos dice, levantando la cabeza.)

MADRE ¿Dónde vas, Juan?

PADRE Espera... (Sale y entorna.)

ABUELA ¿Quién salió?

MADRE Juan...

ABUELA ¿Dónde fué?

MADRE Lo ignoro... (Se oyen unos golpes secos, monirrítmicos.)

PEREGRI. ¿Qué es eso?

MADRE Lo ignoro.

ABUELA Parece que dan golpes con un hacha...

MADRE ¿Con un hacha? (Involuntariamente dirige los ojos donde estaba colgada el arma.) ¿Dónde está el hacha? Se la ha llevado Juan.

ABUELA ¿Para qué?...

MADRE ¿Acaso...?

ABUELA ¿Qué pensaste? Sigue... Acaso dijiste... ¡Ah! Será...

MADRE ¡La cruz!

ABUELA ¡La cruz!...

PEREGRI. ¿Cómo? ¿Quieren decir que...? No; no es posible... No puede ser... Hay que evitarlo... (Va hacia la puerta. En este momento se ve por la ventana caer el simbólico madero. En seguida se oye el golpe de algo grande que da contra la tierra. El peregrino se detiene.) ¿Eh?

MADRE
ABUELA } ¡La cruz!

PADRE (Empuja la puerta y aparece. En sus pupilas brilla el júbilo. Tira el hacha al interior y grita:) ¡Ya encontré leña! (Entra arrastrando un largo pedazo de madera.)

PEREGRI. ¿Qué hizo?

MADRE
ABUELA } ¡La cruz!...

PADRE La cruz, sí. (Con el hacha comienza a hacer astillas y a colocarlas en montón.)

PEREGRI. ¿Será capaz...?

PADRE Véalo. (Enciende las astillas.)

LA JOVEN ¡Mi pájaro murióse; por algo León aullaba!...

PADRE Desplúmalo; te lo asaremos a la lumbre. Calentaos, hijos, calentaos... (Los niños se acercan lentamente al fuego. La madre queda cerca de él. El peregrino se arrodilla. La abuela queda alejada medrosamente.)

ABUELA ¡La cruz espanta brujas!

PEREGRI. ¡La cruz...!

MADRE ¡La cruz!

PADRE ¡Para lo que servía!...

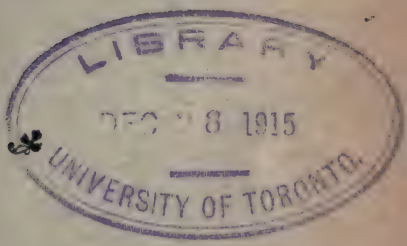
*LA JOVEN ¡Pobre jilguero, y qué estendías se le *han quedao las alas!*

FIN

MILLÁ Y ARROYO

¡Dichoso Tenorio!

Juguete cómico en un acto y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

¡DICHOSO TENORIO!

APROPÓSITO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS MILLÁ Y CARLOS DE ARROYO

Estrenado en el Coliseo imperial, de Madrid,
el 29 de Octubre de 1914

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15
1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RAMONA	Guadalupe M. Sampedro.
DOÑA MÓNICA	Concha Requejo.
DON JUAN.	Manuel Balmaña.
PEPE	Andrés Tobias
EL PECOSO	Rafael Torres.
UN GUARDIA	José L. Porres.
UN SERENO, que no habla	Ramón Valcázar.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Las indicaciones del lado del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propieda dliteraria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por sus autores.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

ACTO ÚNICO

Habitación de un sastre de piso. Balcón al fondo. Cuatro puertas laterales. La del segundo término de la derecha es la que da entrada al cuarto. Seis maniquís con cabeza de tamaño natural y vestidos con distintas prendas, los cuales estarán colocados del modo siguiente: Cuatro en la pared del fondo, de cara al público, y uno en cada lateral, entre puerta y puerta. Estos dos últimos con capa; el de la derecha con pantalón muy claro. En las paredes, cuadros con figurines. En un rincón, costurero, taburete y otros enseres propios del oficio. Mesa redonda con tres palmatorias, una encendida.

ESCENA PRIMERA

RAMONA y después PEPE, en la calle.

RAMONA Ya dieron las diez y todavía no ha venido. (Se asoma al balcón.) No se le vé en ninguna parte. ¡Qué hombres, válgame Dios! ¡Todos son cortados por un mismo patrón! ¡Y yo aquí como una bendita, espera que te espera! ¡Pero qué bobaliconas somos las mujeres! ¡Ah! le prometo que no ha de burlarse de mí. Si llego a descubrir que mi Pepe se entiende con una cualquiera, que no sea yo, soy capaz de arrancarle los ojos. (Se oye silbar en la calle, tono de zarzuela moderna.) ¡Qué escucho! Es él. Sí, sí... (Desde el balcón.) ¡Pepe! ¿Eres tú?

PEPE — El mismo, Ramona. ¿Subo?

RAMONA — Sube. Ahí va la llave. (Se la echa a la calle.)

PEPE — ¡Ay!...

RAMONA — ¿Qué tienes?

PEPE — Que me has dado...

RAMONA — Dónde. ¿En la cabeza?

PEPE — No, más abajo.

RAMONA — ¿En los pies?

PEPE — No, más arriba, en la boca del estómago.

RAMONA — Sube, sube, guasón. A ver cómo me explica su tardanza. (Se retira del balcón).

ESCENA II

RAMONA y PEPE, que entra por la segunda derecha.

PEPE — ¿Estamos solos, cielo mío?

RAMONA — Completamente solos. Los señoritos se han ido al teatro a ver *Don Juan Tenorio*, y...

PEPE — (Suspirando con fuerza.) ¡Ay, Ramona! ¿Quiénes son éstos? (Fijándose en los maniquís.)

RAMONA — No te asustes. Son maniquís de sastre.

PEPE — Tienes razón. No me había fijado.

RAMONA — Vaya unas horas de venir.

PEPE — No es culpa mía. Un amigo me entretuvo...

RAMONA — ¿Un amigo o una amiga?

PEPE — (Con viveza.) ¿Qué quieres decirme con eso?

RAMONA — Me refiero a la amiga de la Plaza de Oriente.

PEPE — ¿Quién? ¿Aquella tuerta y coja, que mira contra el gobierno, y cuando anda parece una mecedora? (Remedándola.)

RAMONA — La misma. ¿Y qué te decía en secreto?

PEPE — Pues que en su casa necesitaban empapelar algunas habitaciones, y su señorito le había encargado que el lunes no dejara yo de ir con las muestras.

RAMONA — Sí, buena muestra estás tú. Para la tonta que te crea.

PEPE ¿Entonces desconfías de mi cariño?

RAMONA Mira, Pepe, tú me engañas.

PEPE Protesto.

RAMONA ¿Protestas? Señal que pierdes.

PEPE No, señal que digo la verdad.

RAMONA Los que protestan pierden siempre.

PEPE Hay ocasiones en que es preferible perder, que ganar.

RAMONA Bueno, bueno, dejémonos de historias y vamos a lo que hace el caso.

PEPE ¿Y qué caso es ese?

RAMONA Que esta noche hemos de correrla en grande. Yo tengo guardadas dos botellas de un vino superior, y a ti te toca poner las pastas y los buñuelos. ¿Entiendes?

PEPE Sí, pero...

RAMONA ¿Es decir que te has olvidado de lo principal?

PEPE ¿Olvidarme? ¡Ca! Lo que sé me olvidó fué el dinero, y francamente...

RAMONA ¡Pero criatura, por qué no me lo decías más pronto! ¿Habrá bastante con cuatro pesetas?

PEPE Sí, de sobra. Pero por si acaso dame un duro.

RAMONA Aquí lo tienes en pieza. (Saca del bolsillo un duro de Amadeo.)

PEPE ¡Un Amadeo! Plata de ley, y es de los que no vuelven. (Haciéndolo sonar sobre la mesa.)

RAMONA Date prisa, que aun encontrarás abiertas las pastelerías.

PEPE Voy a escape. (Marchándose.)

RAMONA ¡Que los buñuelos sean de crema! ¡No tardes!

PEPE (Retrocediendo.) Escucha. ¿No podrías prestarme la capa de aquel maniquí? Hace en la calle un frío que pela, y este amigo seguramente no se constipará.

RAMONA Siempre serás el mismo. Llévatela, hombre, llévatela.

PEPE ¡Adiós, pimpollo!

RAMONA ¡Adiós, barbián!

ESCENA III

RAMONA.

¡Qué alegre es mi novio! (Sale al balcón.) ¡Pepe! ¡Pepe! Deja la puerta entornada para cuando vuelvas, ¿oyes? ¡Como corre! Ya dobló la esquina. El será un poco ligero de cascos, pero a buen chico no le gana nadie. Baila el vals que es un primor, y cosa rara, lo hace siempre al revés como si fuera un peón tirado con la mano izquierda. No nos entretengamos y preparemos la mesa aquí mismo. Vamos a buscar lo demás. (Coloca la mesa en el centro de la escena y sale y entra por la segunda izquierda, trayendo dos botellas y dos copas.) Ya está. Una de Jerez y otra de la taberna del vecino. ¿Qué más falta? ¡Ah, sí! Los platos para las pastas y los buñuelos. (Sale a buscarlos.) ¡Bravo! Ahora sí que no falta nada. ¡Silencio! Me parece que oigo pasos en la calle. (Se asoma al balcón.) Veamos. Es Pepe. Si el pobrecillo viene echando los pulmones. ¡Pepe! ¡Pepe! Sube, que todo está preparado. (Cierra el balcón.) ¡Qué noche tan fría! Ha hecho bien en llevarse la capa.

ESCENA IV

RAMONA y EL PECOSO, vestido de estatua de Luis Mejía, con la cara embadurnada de blanco, etc., pero con capa del día y sombrero negro.

PECOSO ¡Valiente trote me he dao!

RAMONA ¿Ya vuelves ronco?

PECOSO Una miaja.

RAMONA ¡Jesús, qué pálido estás! ¿Te pasa algo? ¿Te has asustado?

PECOSO Ya lo creo y muchísimo. Por poco...

RAMONA ¡Qué miro! ¡Válgame Dios! ¡Si no eres tú!

PECOSO Ya lo creo que soy yo.

RAMONA Quiero decir, mi Pepe.

PECOSO También soy Pepe. ¿Y qué?

RAMONA ¡Parece un muerto!

PECOSO ¿Muerto yo? ¡Ca! Eso es una figuración. ¡Tóqueme por cualquier lao, tóqueme. ¡Soy un vivo!

RAMONA ¡Socorro!...

PECOSO Silencio. No escandalice, mujer, porque así no nos entenderemos.

RAMONA Pero ¿quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Qué busca?

PECOSO Verá, yo...

RAMONA ¿Por qué ha subido cuando llamaba a Pepe?

PECOSO Porque ese es mi nombre.

RAMONA ¡Usted!

PECOSO Sí, señora, porque me llamo Pepe, y además soy organillero, y entre los del oficio se me conoce por el Pecoso.

RAMONA Esa es grilla. ¿Dónde están las pecas?

PECOSO Me sirvo de blanquete para taparlas.

RAMONA ¿Y por qué va vestido de esta manera?

PECOSO Me explicaré. Como los conciertos callejeros producen poca guita, un hombre trabajador se las ha de buscar honradamente, lo cual por la noche me dedico al teatro.

RAMONA ¿Es usted cómico?

PECOSO Cómico precisamente no. Por dos reales tan pronto hago de cardenal como de judío. Según es el drama, unas veces doy vivas, y otras veces doy mueras. También hago reyes y ministros que no hablan.

RAMONA No lo entiendo.

PECOSO (¡Qué *inoranta* es esta mujer!) ¡Soy comparsa!

RAMONA ¡Ah, ya!...

PECOSO Precisamente esta noche se representaba el *Tenorio* en Barbieri, y el caso es que yo estaba encargao de hacer de estatua de don Luis Mejía, de rodillas encima del panteón, más serio que los propios difuntos; oigo que alguien se me acerca y empieza a hacerme cosquillas en la planta de los pies. Me vuelvo y eran los tramoyistas, dos gachós con toda la barba, que querían pitorrearse conmigo. —Que haiga formalidaz—les digo mu bajito, pero ellos, sin hacerme caso, dale que le darás. —Si no os estáis quietos ahueco pa que otro se divierta. —¡Embustero! me dice el encargao de levantar el telón. —¡Embustero! Pues ahí queda eso.— De un salto me tiro por delante del panteón y emprendo veloz carrera en el preciso momento que el Escultor decía al Tenorio, señalándome a mí: «Este es mármol de Carrara.» Al verme saltar el público se alborota, me epiteta. Me hago el sordo. Doña Inés, que estaba preparada para salir de su sepultura, se desmaya en brazos del segundo apunte, que, queriéndola socorrer, le cae la palmatoria de las manos y prende fuego a las bengalas blancas antes de tiempo. Don Juan parecía un ventilador dando vueltas en todas direcciones. Yo, escondiéndome entre bastidores, tropiezo con Chutti, que pa atraparme me hace la zancadilla. Centellas, más veloz que un rayo, me persigue con la espada desenvainada. Avellaneda, que siempre es de la *misma opinión,* también me acosa. Yo entonces hago un quiebro *belmontista,* corto, ceñido y rápido; me cuelo por detrás de un aplique de jardín y

me escondo debajo de un sofá de guardarrropía, acurrucao como un gato en casa ajena. Allí he permanecio hasta que se ha aplacao la tormenta. Cuando he visto distraidos a los cómicos, me meto en el cuarto del primer galán y me apodero de su capa y su sombrero. Salgo al pasillo, busco la salida del escenario, y ya en la calle, como auto que lleva el diablo, no he parao de correr hasta que usted me llama desde el balcón, subo y... aquí me tiene de cuerpo presente e indicativo de todo lo sucedío.

RAMONA Sí, sí; pero el caso es que me equivoqué: no es a usted a quien llamaba.

PECOSO ¡Toma! Ya me lo figuraba que no era a mí, pero en estos casos no hay que ser tonto.

RAMONA Es que yo...

PECOSO Usté, por lo que se vé, es la criada de esta casa, ¿verdá?

RAMONA (Ofendida.) Soy la doncella.

PECOSO Mejor que mejor, porque a mí me dislocan las mujeres de caliá y finas como usté. (Queriendo tocarle la cara.)

RAMONA Bien. Pero no me toque, porque no soy guitarra, ¿sabe?

PECOSO ¡Qué dice guitarra! Usté es un piano de marca superior. Si algún día le hace falta una manita, avise, prenda. (Imitando al manubrio.)

RAMONA Gracias. Pero tengo estas dos que no las envidio a nadie.

PECOSO No se ofenda, lucero. Quiero decir una mano pa llevarla a la iglesia y que el cura nos eche las bendiciones.

RAMONA Es usted muy listo, pero por mucho que corra no me alcanzará.

PECOSO ¿De veras? Si fuera preciso también sé montar en bicicleta.

RAMONA Es inútil; yo voy en automóvil.

PECOSO ¡Olé por las mujeres modernistas! Es-

tas son las que a mí me gustan, y si no fuera por el traje, ahora mismo me arrojaba a sus pies y le largaba la relación del *Tenorio*... «¡No es verdad, ángel de amor!...»

RAMONA No se moleste, que ya tengo quien me la diga de corrido.

PECOSO ¿Su novio?

RAMONA El mismo.

PECOSO ¿Y hace tiempo que están en relaciones?

RAMONA Unas.... tres semanas.

PECOSO ¡Maldita suerte! Bien podía haberse representao el *Tenorio* un mes antes.

RAMONA ¿Por qué?

PECOSO Porque así nos hubiéramos conocío más pronto y a estas horas usté sería mi mujer y yo su marido.

RAMONA ¡Ay, qué hombre! Usted se pierde de vista, joven.

PECOSO Yo por usted lo pierdo todo, la vergüenza, etcétera, etcétera.

RAMONA ¡Mira, mira como se explica el comparsa! ¡Y en un principio parecía bobo!

PECOSO ¿Qué se ha figurao que los comparsas no tenemos nuestro corazoncito?

RAMONA No lo dudo, pero... (Silban en la calle, como antes.) ¡Ay!

PECOSO ¿Qué le pasa?

RAMONA ¡Que estamos perdidos!

PECOSO ¿Por qué?

RAMONA ¡Porque está aquí!

PECOSO ¿Quién?

RAMONA (¿Quién le diré?) ¡El... hijo del maestro!

PECOSO ¡Zapateta!

RAMONA ¡Escóndase pronto, escóndase! ¿Qué? ¿ha dejado abierta la puerta del piso?

PECOSO No, se ha cerrado de golpe.

RAMONA Menos mal. Así ganaremos tiempo. Pero ¡no se entretenga, escóndase!

PECOSO ¿Dónde?

PEPE (Dentro.) Ramona, abre.

RAMONA ¡Escóndase, aunque sea en la carbonera!

PECOSO Me van a tomar por el *Blanco y Negro*.

PEPE ¿Qué haces, Ramona?

RAMONA ¡Ya voy! ¡Ya voy!

PECOSO Y bien, ¿dónde me meto?

RAMONA ¡Ah, qué idea! De momento colóquese embozado en su capa entre estos maniquís, después ya me arreglaré para que pueda escaparse. Sobre todo estése bien quieto.

PECOSO Eso es fácil. Es mi oficio.

PEPE (Dentro.) ¡Ramona!...

RAMONA ¡Voy a abrir! (Sale por la segunda derecha con la palmatoria. La escena queda a obscuras.)

ESCENA V

EL PECOSO solo; en seguida RAMONA y PEPE, con dos paquetes de pastas y buñuelos.

PECOSO No me parece mal la idea del maniquí. Pero, ¿y si se fijan en que hay uno de más? Por si acaso retiremos éste. (Coge el maniquí de la izquierda lateral y lo mete por la puerta primera del mismo término. Sale y ocupa el puesto del maniquí, embozado en la capa.) Así es más disimulao.

PEPE (Entrando. Luz en escena.) ¿Cómo has tardado tanto en abrir la puerta?

RAMONA Porque estaba poniendo la mesa.

PEPE ¡Bravo! ¡Eres una alhaja! (Leyendo las etiquetas de las botellas.) «Jerez de la Frontera.» ¡Magnífico! Con esta marca yo me siento andaluz. ¡Ju, ju, juy! (Acariciando a Ramona.)

RAMONA Quietas las manos.

PEPE Mira, en este paquete vienen las pastas, y en este otro los buñuelos.

RAMONA Pongamos cada cosa en su plato.

PECOSO (¡Ah, pillos! Ahora se atracarán de lo

lindo, y yo tendré que contentarme con una ración de nariz.)

RAMONA ¿Habrás cerrado la puerta?

PEPE Sí, aquí tengo la llave.

RAMONA Dámela.

PEPE Ten (Entregándosela.) y ten (Abrazándola.)

PECOSO (¡Qué aproveche!)

RAMONA Estate quieto.

PEPE ¿De qué tienes miedo?

RAMONA De nada, pero... (Mirando con recelo al Pecoso.)

PEPE ¡Vamos, rica, no te pongas tonta! (Volviendo a abrazarla.)

PECOSO (Es un desahogao. Si esto continúa, pronto pido cartas en el juego.)

RAMONA Sentémonos aquí. (Alrededor de la mesa.) Y no me toques. ¡Por Dios, Pepe, no me toques!

PEPE ¿No estamos solos?

RAMONA Sí, pero estos maniquís parece mismamente que nos miran, y...

PEPE Sí que lo parecen. Verás. Volvámoslos de cara a la pared.

RAMONA Tienes razón. (Pepe empieza la operación por los de la derecha. Ramona se dirige al Pecoso con el mismo objeto.)

PECOSO (¡Ca! Yo no me vuelvo.)

RAMONA (¡Por misericordia, no me comprometa!)

PECOSO (¿Me responde de que así estaré seguro?)

RAMONA (¡Sí, hombre, sí!) (Volviéndolo.)

PEPE Ramona, ya están vueltos todos.

PECOSO (Es verdad, pero procura no desmandarte, porque del primer bofetón te mando a comer buñuelos al Congo.

PEPE ¿Empezaremos por el Jerez?

RAMONA Empecemos. (¡Estoy temblando!)

PEPE Esto es una delicia. (Bebiendo.) Mujer, come buñuelos.

RAMONA ¿No te sobró nada del duro?

PEPE Ni un perro chico, porque del resto he

comprado unos cigarros y... Pero hija, no te distraigas. Prueba estas pastas, que son muy finas.

PECOSO (Decididamente este *socio* no es el hijo del maestro, pero se ve que gobierna la sastrería como si fuera el amo.)

PEPE ¿Qué, no bebes? (Llenando las copas.)

RAMONA Sí...

PEPE No sé qué te encuentro hoy. ¿Apostamos algo a que estos maniquís te siguen dando miedo?

RAMONA No lo creas, ¡qué disparate!

PEPE ¡Vamos, no seas tonta! En una noche como esta, y con una copa de Jerez también como esta, has de decir, parodiando al *Tenorio*:

«Nada me causa pavor.
Tú eres el más ofendido, (Al Pecoso.)
mas si quieres te convido
a *buñuelos,* Comendador.»

(Se oye un aldabonazo en la puerta de la calle.)

RAMONA ¡Válgame Dios! ¿Has oído?

PEPE Sí; algún chusco, algún menguado, que al pasar habrá llamado.

RAMONA No, no... A veces...

PEPE ¿Quieres decir que es el Comendador? (Vuelven a llamar.)

RAMONA ¡También podría ser!

PEPE Pues si es él dile que pase. (Riéndose.)

RAMONA Veamos. (Se asoma al balcón.) ¡Son los señoritos que vuelven del teatro!

PECOSO (¡Esto se complica!)

PEPE ¿Y qué hacemos ahora?

RAMONA Escóndete en cualquier parte.

PEPE ¿Dónde?

RAMONA No lo sé. (Dando vueltas.)

PEPE ¿En tu cuarto?

RAMONA No, de ningún modo.

PEPE Entonces...

RAMONA Verás... Escóndete en el balcón, que cuando estén acostados yo dejaré la puer-

ta abierta y podrás escaparte. ¿Comprendes?

PEPE ¡Soberbia idea! (Vuelven a llamar.)

RAMONA ¡Ya voy, señoritos, ya voy. (Sale por la segunda derecha con la palmatoria, quedando a obscuras la escena.)

ESCENA VI

PEPE y EL PECOSO.

PEPE ¡Vaya un tropiezo! Condenado a pasar la noche en el balcón, expuesto a ser víctima de una pulmonía... Y menos mal que no se ha perdido todo, pues del duro que me dió Ramona aun me quedan dos pesetillas. Las guardaré para mañana. (Vuelve al balcón.)

PECOSO Por si esto dura mucho, no estará de más que hagamos provisiones. (Bebe una copa de vino y coge un puñado de pastas.) ¿Y dónde las meto? No tengo bolsillos. Las guardaré en el sombrero. Ahora volvamos a nuestro sitio, a ver cómo salimos de este enredo. (Vuelve a ocupar el sitio del maniquí.)

ESCENA VII

EL PECOSO y PEPE, que sale del balcón.

PEPE Tengo las manos heladas. ¡Si estoy en el balcón un minuto más, todo mi cuerpo se convierte en sorbete. (Frotándose las manos.) ¿Y ahora qué hago? (Pequeña pausa.) Se me ocurre una idea luminosa. Ocuparé el sitio de un maniquí. ¡Al avío! ¿Pero y éste?... (Se fija en el de la derecha lateral.) Este al balcón. (Carga con el maniquí y lo coloca en el balcón. Se pone la capa y ocupa su lugar.)

ESCENA VIII

RAMONA, con la palmatoria. DON JUAN y DOÑA MÓNICA.
(Luz en escena.)

JUAN ¿No oías llamar? ¿Estabas dormida?

RAMONA Sí, medio dormida, confiada en que no volverían tan pronto.

JUAN Es que ésta no ha querido quedarse al último acto.

MÓNICA ¡Ay, gracias a Dios que estoy en casa! ¡Qué daño me hacen los pies! Creí que no llegaba nunca...

RAMONA ¿Tan cansada está?

JUAN Me parece que exageras. Toda la noche la has pasado arrellenada en tu butaca.

MÓNICA Si no me quejo de eso. (Sentándose.)

JUAN ¿Pues de qué?

MÓNICA De las botas. Estos ojos de gallo me martirizan y además los dramas como *Don Juan Tenorio* me ponen nerviosa.

JUAN ¡*Don Juan Tenorio*! Calla, Mónica, no blasfemes.

RAMONA ¿Que no le ha gustado a usted?

MÓNICA Ni pizca.

JUAN Porque no tienes gusto artístico.

MÓNICA En cambio tú te vuelves loco por la comedia.

JUAN Ciertísimo. Yo debía haber nacido cómico.

MÓNICA Sí, para representar el *Tenorio*.

JUAN Seguramente.

MÓNICA ¡Qué coquetón estarías haciendo el amor a la hija de don Gonzalo!

RAMONA ¿Quiere usted decir que no lo sabría hacer?

MÓNICA ¡Y qué ha de saber! Este nunca ha servido para cosa de provecho.

JUAN No digas tonterías, Mónica, y acuérdate de cuando yo te hacía el oso en la calle del... Oso.

MÓNICA ¡Jesús, de qué tiempos hablas! Aun circulaban los ochavos morunos.

JUAN De todos modos...

MÓNICA Buena suerte tuviste de cargar conmigo, que si no...

RAMONA (¡Qué compromiso si ven la mesa!) (Se pone delante.)

JUAN Si no me hubiera casado contigo, a estas horas sería primer galán del Español. Y como me luciría diciendo:

Yo a los palacios subí,
y a las cabañas bajé...

MÓNICA ¡Loco, loco de remate!

JUAN ¡Mónica, Mónica; no me desdores la dignidad personal!

MÓNICA Claro, para ti no hay más que el *Tenorio*.

JUAN Hablarme mal de ese drama, es atacarme el honor.

PEPE (Me parece que hay para rato.)

JUAN El *Tenorio* es la mejor comedia que se ha escrito en todo el siglo pasado.

MÓNICA ¿Y quién es el autor?

JUAN Un gran hombre: Zorrilla.

MÓNICA No le conozco. A mí me gusta más *La verbena de la Paloma*.

JUAN ¡Género chico!

MÓNICA Género de lo que quieras. Allí al menos se canta, se baila, se respira alegría, y sobre todo no salen muertos como en el *Tenorio*.

JUAN Pero no hay ningun personaje capaz de decir:

Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de sus pasos en la tierra...

Ramona, ¿qué significan estos buñuelos. (Fijándose en la mesa.)

MÓNICA ¡Es verdad! ¡Y también botellas!

RAMONA ¡No se alarmen! Quería darles una sorpresa.

JUAN ¡Bravo, Ramona! Has tenido una gran idea. ¿No te parece, Mónica?

MÓNICA Sí, sí, no vendrá mal. Ya empezaba a sentir desfallecimiento.

JUAN Siéntate aquí, vida mía. (Cogiéndola de la mano.)

MÓNICA ¿Ya volvemos al *Tenorio*? ¡Dichoso *Tenorio*!

JUAN (Sentándose a la mesa.) No lo puedo remediar. (Llenando las copas.) «Cariñena, ¡sé que os gusta, capitán!»

MÓNICA ¿A mí me llamas capitán?

JUAN No, mujer; eso lo dice don Juan a Centellas, quien le contesta: «Como que somos paisanos», y don Juan le responde, sirviéndole de otra botella: «Jerez a los sevillanos.»

MÓNICA Calla, calla; no digas más desatinos, que se me crispan los nervios de oirte hablar en verso.

JUAN ¡Qué! ¿No declamo bien?

PEPE (Ya lo creo. Este retira a Mendoza.)

JUAN El *Tenorio* me lo sé de corrido. ¿Quieres que te haga la escena del sofá?

MÓNICA No, no. Ahora no quiero que me hagas nada. Tengo sueño y me voy a descansar.

RAMONA (¡Gracias a Dios!)

JUAN ¡Que mujer más anti-artística!

MÓNICA Entre tu arte y mi sueño me decido por la cama.

JUAN ¡Así está la sociedad! ¿Y todavía hay quien pretende regenerarla? ¡Oh, poder de la ignorancia!

MÓNICA Antes de acostarme rezaré dos padrenuestros por los difuntos. Vamos, Ramona; tú también a la cama, que mañana hay que madrugar. ¿Y tú, Juanito, que no vienes?

JUAN — En seguida. (Doña Mónica enciende una palmatoria y Ramona otra.)

RAMONA — (Por Pepe y el Pecoso. Aparte.) (Estos van a quedarse solos.) (Mutis primera izquierda.)

MÓNICA — Buenas noches, Ramona.

RAMONA — Buenas noches, doña Mónica. (Doña Mónica vase primera derecha.)

ESCENA IX

DON JUAN; PEPE y EL PECOSO, de maniquí.

JUAN — (En medio de la escena.) ¡El *Tenorio*! El *Tenorio*, digan lo que quieran, no morirá nunca. El capitán Centellas podrá matarle a la puerta de su casa, pero él todos los años resucita. Y como valiente, lo es más que nadie. ¡Ya lo creo! No hay en el mundo ningún Juan que sea cobarde. Hasta yo mismo me siento bravucón. No, no me causan pavor vuestros semblantes es... Es que estos maniquís no están como los dejé! ¡Yo nunca los coloco así! ¡Esto no es natural! (Llamando.) ¡Mónica! ¡Mónica! (Toma la luz y sale por la primera izquierda, quedando la escena a obscuras.)

ESCENA X

PEPE y EL PECOSO.

PEPE — Y tiene razón que esto no es natural. Lo mejor será dejar las cosas como estaban antes. (Empieza a volver los maniquís del fondo derecha.)

PECOSO — Llegó el momento de largarme. ¡Ea, valor! (Al marcharse tropieza con Pepe.)

PEPE — ¿Quién va?

PECOSO ¡Por vida!... Debo haber tropezado con algún maniquí.

JUAN (Dentro.) No dudes, Mónica.

PEPE (¡Alguien se acerca! Vuelvo a mi sitio.)

PECOSO ¡Ya están aquí! Imposible marcharse.

(Todos los maniquís estarán de cara. Pepe y el Pecoso también, pero con el embozo de la capa muy subido.)

ESCENA XI

Dichos, DON JUAN y DOÑA MÓNICA, con luz.

JUAN ¿Lo ves? Todos vueltos de cara, y...

MÓNICA Sí, todos como siempre.

JUAN ¡Cosa más particular! Si yo los he visto...

MÓNICA Tú siempre sueñas y te asustas de tu propia sombra.

JUAN ¡Yo asustarme! ¡Yo asustarme de un maniquí!

No a fe; contra todos juntos
tengo alientos, tengo manos.
Si trataran de escaparse
de los sitios en que están,
en presencia de don Juan
volverían a quedarse.
Un vapor calenturiento
un punto me fascinó,
Mónica, mas ya pasó,
cualquiera duda un momento.

Pero aun juraría que los he visto al revés.

MÓNICA Hombre, no seas visionario. Vamos, vamos a dormir. ¿Vienes o no?

JUAN Yo iré más tarde. No fueras a creer que tengo miedo de quedarme solo.

MÓNICA Como gustes. Hasta luego. (Vase con la palmatoria por la primera de la izquierda.)

ESCENA XII

Dichos menos DOÑA MÓNICA.

JUAN Juraría una y mil veces que estaban de cara a la pared. Tal vez me lo he figurado. También don Juan Tenorio en el acto del cementerio creía que las estatuas se movían. Yo, en esta ocasión, puedo decir como él:

¡Ah! Estos sueños me aniquilan,
mi cerebro se enloquece,
y estos maniquís parece
que estremecidos vacilan.

MÓNICA (Dentro.) ¡Juan! ¡Juan!

JUAN ¿Qué es esto? ¿Quién repite mi nombre?

ESCENA XIII

Dichos y DOÑA MÓNICA, a medio vestir.

MÓNICA ¡Ay! ¡Juan! ¡Juanito de mi alma! (Muy asustada.)

JUAN ¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

MÓNICA ¡Que en nuestra cama hay acostado un hombre!

JUAN ¿Qué dices?

MÓNICA Lo que oyes.

JUAN Un hombre en nuestra cama conyugal, y ese hombre no soy yo! ¡Mónica, tú deliras!

PEPE (¡Qué diablos dices!)

PECOSO (Ya lo entiendo. Es el maniquí que yo dejé sobre la cama.)

MÓNICA ¡Sí, lo he visto, lo he tocado!

JUAN ¿Lo has tocado? ¿Estás segura de lo que dices?

MÓNICA ¡Segurísima!

JUAN — Y pues... ¿qué hacemos ahora? (Temblando.)

MÓNICA — Llamar al sereno.

JUAN — Muy bien pensado. Pero ante todo será preciso que despertemos a Ramona; en caso de ataque siempre seremos uno más.

MÓNICA — Tienes razón.

JUAN — Entremos en su cuarto sin hacer ruido. (Entran por la primera derecha con la palmatoria. La escena queda a obscuras.)

ESCENA XIV

PEPE y EL PECOSO.

PECOSO — En buen tinglado me he metido. Lo mejor será volver el maniquí a su sitio y luego... sálvese el que pueda. (Entra por la primera izquierda.)

PEPE — Yo ya he perdido la brújula. No conozco la casa y... prefiero no moverme.

PECOSO — (Con el maniquí a cuestas.) Este, aquí. (Coloca el maniquí en su lugar.) Y yo... a la cocina. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XV

PEPE, de maniquí; DON JUAN, DOÑA MÓNICA y RAMONA, que salen con luz por primera derecha.

RAMONA — ¿Está usted segura, doña Mónica, que no se equivoca?

MÓNICA — No, Ramona, no.

JUAN — Ahora que estamos reunidos, llamemos al sereno.

MÓNICA — Sí, sí; llamémosle.

JUAN — (Sale al balcón.) Sere... ¡Ay, Dios mío! (Muy asustado.)

MÓNICA, RAMONA — ¿Qué?

JUAN — En el balcón hay un hombre.

MÓNICA ¡Animas benditas!

JUAN Debe ser algún ladrón.

RAMONA (¡Ah, ya comprendo! Es Pepe.)

MÓNICA (¡Qué hacer ahora! No tengo valor para nada.)

JUAN Yo... (Temblando.)

RAMONA Lo mejor sería que ustedes se escondieran en la cocina. Yo de puntillas bajaré a abrir la puerta y llamaré al sereno. ¿Les parece bien?

MÓNICA Pero... ¿tendrás valor?

RAMONA Sí, porque juntos haríamos demasiado ruido. (Así podré facilitarles la salida.)

MÓNICA Me parece bien. (Apaga la luz. Don Juan y doña Mónica salen por la segunda izquierda.) ¡Dichoso Tenorio! ¡Dichoso Tenorio!

ESCENA XVI

PEPE, EL PECOSO y RAMONA.

RAMONA No perdamos tiempo. (Tocando la espalda del maniquí de la izquierda que supone sea el Pecoso.) ¡Chist! ¡Chist! Ya puede huir sin peligro. Dése prisa. (Va al balcón.) ¡Pepe! ¡Pepe! Sal y márchate. Nadie te verá. ¡Pero si no está en el balcón! ¡Y en su lugar hay un maniquí! (Mostrándolo.) ¡Cómo puede ser esto! (Vuelve a tocar la espalda del primero.) Y éste parece que se hace el tonto. ¡Eh! Amiguito; váyase que me compromete. ¡No responde! Pero, señor, si también es otro maniquí. ¡Parece cosa de brujas!

ESCENA XVII

Dichos, DON JUAN y DOÑA MÓNICA, por la segunda derecha.

JUAN (Dentro.) ¡Socorro!

MÓNICA ¡Favor!

RAMONA ¡Qué gritos son esos!
JUAN ¡Ramona! ¡Ramona! ¿Dónde estás?
RAMONA Aquí... pero, ¿qué tienen?
MÓNICA ¡Ay, Ramona! En la cocina he visto otro hombre.
RAMONA ¿Otro?
JUAN Se ve que estamos rodeados de ladrones.
PEPE (Pues yo me escondo, aunque sea en el tejado. Se acabó la paciencia.)
MÓNICA Enciende la luz, Ramona.
JUAN No, al contrario. A obscuras no nos descubrirán. Escondámonos en el cuarto de Ramona, y ella que vaya a llamar al sereno.
RAMONA Sí, sí.
MÓNICA Vamos. (Sale por la primera derecha.)
RAMONA Pero, ¿dónde se habrán metido esos muchachos?

ESCENA XVIII

RAMONA y EL PECOSO, que sale por la segunda izquierda. Después DON JUAN y DOÑA MÓNICA, por la primera derecha.

PECOSO ¡Chist! ¡Chist! ¡Joven, joven!
RAMONA ¿Quién me llama?
PECOSO Soy yo que...
MÓNICA ¡Virgen santa! (Dentro.)
JUAN ¡Socorro! ¡Favor!
RAMONA ¡Otra vez!
PECOSO ¡Que vienen! No hay escapatoria. (Da una vuelta para huir por la izquierda y se queda haciendo de maniquí, ocupando el sitio de Pepe, o sea el lateral derecha.)
JUAN Estamos perdidos.
RAMONA ¿Por qué?
MÓNICA Porque en tu dormitorio hay escondido otro hombre.
RAMONA ¡Y van cuatro!
MÓNICA Sí, Ramona; debajo de la cama.

JUAN — No hay tiempo que perder. Bajemos juntos a pedir auxilio.

MÓNICA — ¡Sí, corramos! (Salen por la segunda derecha.)

ESCENA XIX

EL PECOSO y PEPE, que salen de la primera izquierda.

PECOSO — Yo ya no sé qué hacer; si huir o estarme quieto.

PEPE — Después de todo, en ninguna parte se está más seguro que en el sitio del maniquí. (Se dirige a él, encontrándoselo ocupado por el Pecoso.) ¡Eh! Que esta plaza es mía.

PECOSO — ¿Quién es ustez?

PEPE — ¿Y ustez?

PECOSO — Yo, Pepe.

PEPE — Pues yo también Pepe.

PECOSO — Sí, Pepe.

PEPE — Esto es una *pepitoria*.

PECOSO — ¡Ay, qué gracia!

PEPE — El gracioso será ustez. Basta de bromas; ¿qué hace aquí? (Pitos de auxilio en la calle.)

PECOSO — ¿No oye? En la calle piden auxilio. Sígame y se lo explicaré todo.

PEPE — Pero...

PECOSO — ¡Silencio! que se acercan. Escondámonos en el balcón y hablaremos.

PEPE — Bueno; pero antes hay que colocar en su sitio el maniquí del balcón. (Lo hace dejándolo en la lateral derecha.)

PECOSO — ¡Bravo! Y ahora a la jaula. (Entrando en el balcón.)

ESCENA ULTIMA

Entran por la segunda derecha un guardia municipal, un sereno, RAMONA, DON JUAN, DOÑA MÓNICA; después PEPE y EL PECOSO.

GUARDIA — (Con acento gallego.) Tapa el farol. Que no se vea gota de luz. Yo delante. Cuando

te avise, sí, luz de repente. (Todos se quedan agrupados en la puerta. El guardia, con el sable desenvainado, es el único que avanza.) Allí veo un bulto. Avancemos con precaución. (Dirigiéndose al maniquí de la izquierda lateral.) ¡Alto! ¡Date preso! ¡Date preso! (Lanzándose sobre él.) ¡Ya te atrapé! ¡Ahora, luz! (El sereno destapa el farol y queda la escena iluminada.)

JUAN ¡Si es el maniquí!

TODOS ¡Un maniquí!

GUARDIA ¡Un pelele! (El sereno se ríe.) ¡Y estos son los ladrones que decían! (Señalando los maniquís.)

MÓNICA No, no; los ladrones están allí. (Señalando primera derecha.)

JUAN Y allí. (Primera derecha.)

RAMONA Y allí. (Al balcón.)

GUARDIA Pues digan ustedes que en todas partes.

MÓNICA Eso mismo.

GUARDIA Se trata de un movimiento estratégico. Cerremos todas las puertas con llave.

JUAN ¡Qué penetración! Así tendrán que echarlas al suelo.

GUARDIA «Y en el punto en que lo intenten
que con los muertos se cuenten
y apelen después al cielo.»

JUAN Lo mismo que en el *Tenorio*.

GUARDIA ¡Cabal! (Don Juan y el guardia cierran las puertas primera y segunda izquierda. Ramona cierra el balcón.)

MÓNICA ¡Y dale con el *Tenorio*! El tiene la culpa de todo lo que nos pasa.

GUARDIA Ahora, comencemos el ataque. Primero aquí. (Segunda izquierda.) Vamos todos.

RAMONA (Tiemblo como hoja de árbol.) (Salen por la puerta segunda izquierda. Ramona la última.)

PEPE (En voz baja abriendo un poco el balcón.) ¡Ramona, Ramona!

RAMONA ¡Ah! ¿Estabas aquí, Pepe?

PECOSO Y yo también.

RAMONA ¡Silencio, que ya vuelven!

GUARDIA En la cocina no hay nadie. (Salen todos.)

FRANCISCO VILLAESPESA

EL REY GALAOR

Tragedia en tres actos y en verso

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

EL REY GALAOR

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Reservados todos los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

El rey Galaor

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

INSPIRADA EN UN POEMA DE EUGENIO DE CASTRO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15.
1915

A Eugenio de Castro

Coimbra

Querido poeta: Hace ya muchos años, como usted sabe, que sueño con hacer un arreglo escénico de su maravilloso poema EL REY GALAOR. *Hoy que puedo convertir en realidad aquel bello sueño, ¿a quién mejor que a usted debo dedicárselo?*

He conservado fielmente la mayor parte de su poema, agregando a él las escenas y pasajes que he creido indispensables para darle realidad teatral. ¡Ojalá que el éxito pueda unir—siquiera en la actualidad de un momento—la gloria de su nombre, el más excelso de toda la literatura peninsular, con la humildad de el de su devoto admirador y fraternal amigo,

VILLAESPESA

Madrid, 8 de Enero de 1912.

PERSONAJES

EL REY GALAOR. — Tiene sesenta años y representa más de ciento. Manto y traje de terciopelo negro. Barba y cabellos blancos. Corona de diamantes.

GUDULA. — Su mujer. Belleza marchita. Túnica y vestido de terciopelo violeta. Corona de esmeraldas.

SIBYLA. — Quince años. Rubia. Traje y manto de seda blanca. Corona de perlas.

EL DESCONOCIDO — Veinte años. Traje de brocado. Manto de púrpura.

SEGISMUNDO. — Escudero.

HAROLDO. — Paje.

La acción en un país fabuloso. — Edad Media.

ACTO PRIMERO

Un salón grande y taciturno revestido de viejas tapicerías. Al fondo, un amplio ventanal gótico, por cuyos huecos se ve el mar encrespado. A la izquierda, una puerta. Crepúsculo. Todo aparece en una dudosa claridad de misterio, donde las figuras vagan como sombras.

ESCENA PRIMERA

Al alzarse el telón aparecen HAROLDO en la ventana, contemplando el mar, y SEGISMUNDO a su lado. El primero armado de un arco.

HAROLDO Segismundo, mira cuántas
gaviotas sobre el mar!
En los ásperos cantiles
se les siente aletear,
con un zumbido de enjambre
que torna a su colmenar;
chillan; en el mar se arrojan,
vuelan de acá para allá,
como si temiesen algo
que esté próximo a llegar...

SEGISMUN. ¡Chillidos de gaviotas
son signos de tempestad!

HAROLDO (Mostrando el arco y sacando una flecha del carcaj.)
Hombres no cacé en la guerra,
ni gacelas en la paz...
Para que no se enmohezcan
las flechas en mi carcaj,
sobre esas aves errantes
mi brazo voy a probar.
(Mirando y extendiendo el arco.)
Sobre aquella... La más alta...
(Dispara el arco. Segismundo se asoma a la ventana.)

SEGISMUN. ¡Buen blanco!

HAROLDO ¡Cayó en el mar!...
(Inclinándose en el barandal.)
¡Igual que un vellón de espuma
se ve en la espuma flotar!...
(Deja el arco apoyado en la ventana y se dirige al centro de la escena.)
Para el que es joven y siente
en sus venas estallar
la vida como un incendio;
para el que anhela luchar,
y ama el peligro y la guerra,
y gusta amores trovar,
es lo mismo que un sepulcro
este palacio real.
Bien está, que Galaor,
para quien la vida ya
tan sólo tiene recuerdos,
se encierre aquí a recordar,
al rescoldo de la lumbre,
y entre las manos la faz.
Mas el que no tiene una
hazaña que relatar,
cuando su cuerpo se curve
bajo el peso de la edad,
¿qué le contará a sus nietos
al resplandor del hogar?... (Desdeñosamente.)
¡Que mató una gaviota,
y que una vez, de un rosal,
cortó las rosas más frescas
para adorno de un altar!... (Pequeña pausa.)
¿Esta es la corte del rey

cuyo nombre hizo temblar
a los más fieros caudillos?
¡Mejor me valiera estar
encerrado entre los muros
de mi castillo feudal;
cazando en aquellos bosques,
galopando en mi alazán,
con el halcón en la diestra
y en el cinto el yátagán;
o escuchando a los juglares
amantes trovas cantar,
bajo las arcadas góticas
de un palacio provenzal,
o de fraile en un convento,
o de pirata en el mar.

SEGISMUN. Trovando en dulces cantares
su amoroso desvarío,
ya no alegran los juglares
las veladas familiares
de este alcázar mudo y frío.
Ni sangrientas las miradas,
por las rápidas visiones
de las presas codiciadas,
en alcándoras doradas
aletean los halcones.
Ni al clamor de los clarines,
que evocan viejos laureles,
tienden al viento las crines,
relinchando, los corceles
de los nobles paladines.
Las puertas están cerradas,
y en las panoplias obscuras,
entre el polvo arrinconadas,
se enmohecen las espadas
y las viejas armaduras.
Galaor está sumido
en honda desolación...
¡De tanto como ha sufrido,
tiene el corazón transido
y ha perdido la razón!
Y hasta su hija, que era
su única dicha, heredera

de su cetro y su corona,
en negra torre aprisiona
como si fuese una fiera.
Con tal saña la ha encerrado,
la guarda con tal cuidado,
que desde que vive presa
ninguno ver ha logrado
el rostro de la princesa.

HAROLDO ¡Qué locura!

SEGISMUN. ¡No es locura!

(En voz baja, misteriosamente.)

Exalta su fantasía
una vieja profecía
que el fin de su estirpe augura.
Desde entonces, receloso
vive de todo. ¿En la paz
de la noche, no le viste,
desenvainando el puñal,
la cabellera revuelta,
muda y pálida la faz,
por los largos corredores
como un fantasma vagar?
A veces, salta del lecho,
dando gritos, y se va
las puertas y las ventanas
del palacio a vigilar,
cual si temiese que alguien
por ellas pudiese entrar...
En vano los caminantes
piden hospitalidad,
que para todos, las puertas
siempre cerradas están...
Ahora, subido en la torre
más alta, está viendo el mar,
cual si esperase a lo lejos
a algún bajel divisar...

HAROLDO ¡Está loco! Mas ¿qué importa?
Ya que no puedo esperar
aquí ni amores ni fama,
procuremos recordar,
en este laúd que he hallado
polvoriento en un desván,

una trova que hace tiempo
escuché a un viejo juglar.
(Coge un viejo laúd que hay encima de un sillón y se pone a templarle.)

SEGISMUN. ¡Como Galaor la oiga
mal lo vamos a pasar!

HAROLDO Está entregado a sus furias...
Sibyla la aprenderá,
y podrá con sus cadencias
alegrar su soledad. (Pulsa el laúd y canta.)
En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
¡El amor llama a tu puerta!...
¡Sal a abrirle, Juventud!
¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

ESCENA II

Dichos y GALAOR, que entra colérico. Haroldo se queda inmóvil y Segismundo se inclina.

GALAOR ¿Quién se atreve en este sitio
cantos de amor a entonar?

SEGISMUN. ¡Señor!... (Temblando.)

HAROLDO (Balbuceando.) ¡Señor!... No sabía...
¡Perdón! ¡Perdón! (Cae de rodillas.)

GALAOR ¡Basta ya!
Rompe el laúd, que sus notas
en mi alcázar suenan mal.
Arroja a la mar sus restos...
(Haroldo, temblando, rompe el laúd y arroja sus pedazos al mar.)
¡Y si vuelves a cantar,
yo te juro que con ellos
a pudrirte irás al mar!...
(Como temeroso, observando desde el ventanal.)

El oleaje se encrespa.
Se acerca la tempestad.
Antes que la noche llegue,
todas las puertas cerrad,
que no vayan los fantasmas
con la sombra a penetrar.
(Se sienta junto a la ventana. Haroldo y Segismundo se inclinan y se van silenciosamente.)

ESCENA III

GALAOR, sentado en alto sitial de respaldo blasonado junto a la ventana.

¡Dejadme, pensamientos! Vuestros picos de acero
devoran mis entrañas... ¡Una tregua os suplico!
¿No veis que de tristeza y de terror me muero
bajo el bárbaro y duro furor de vuestro pico?
Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa.
Toda mi carne se abre como una inmensa herida...
¡Son demasiados tigres para una sola presa,
y son muchos dolores para una sola vida!
Mi materia y mi espíritu son una misma cosa:
todo sangra y me duele; todo es lepra asquerosa.
(Horrorizado, esconde la cabeza entre las manos.)
¿Qué espero en esta noche? ¿Qué invisible ladrón
vendrá a robarme ahora algo del corazón?

ESCENA IV

GALAOR, permanece un instante pensativo y lúgubre, con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos. GUDULA entra melancólicamente, con los ojos arrasados en lágrimas.

GALAOR (Estremeciéndose al oir los pasos.)
¿Quién es? (Reconociendo a Gudula.)
¡Ah!, tú, Gudula... ¿La dejaste encerrada?

GUDULA (Entregándole dos grandes llaves de plata.)
Encerrada, ¡hija mía!, lo mismo que a las fieras.
GALAOR
¿Cuándo, al fin, veré enjutos tus ojos?...
GUDULA Cuando quieras
libertar a mi hija.
GALAOR Entonces, desdichada,
jamás miraré secas las fuentes de tu llanto...
GUDULA (Suplicante.)
Galaor, oye. Escucha. ¿Por qué, si la amas tanto,
por qué la tienes dentro de esa torre, cautiva?...
¡La hija de mis entrañas está enterrada en vida!
GALAOR (Piadosamente.)
No, Gudula; yo nunca pensé hacerla dichosa,
como nunca he pensado, dulce alma lacrimosa,
darle voz a las piedras y espíritu al acero...
(Con terror, mirando a todas partes.)
Mas teniéndola presa en esa torre, espero
libertarla de aquello que está para llegar...
GUDULA (Cayendo de rodillas, con las manos tendidas al cielo.)
¡Ten piedad de una madre desolada, Dios mío!
GALAOR (Alzándola dulcemente.)
¿Crees que Dios, desde el cielo, tus quejas va a escuchar?
Ilusiones pueriles... Se pierde en el vacío
la voz que a Dios se eleva... Pon la vista en el mar.
Las olas que allá miras no cesan de llorar;
mas nosotros, que el hábito de escucharlas tenemos,
tan sólo las oímos cuando oirlas queremos...
¡Ay, por mucho que gimas en tu desolación,
Dios, verdugo impasible, tu voz no ha de escuchar,
pues para sus oídos nuestros gemidos son
como para nosotros los gemidos del mar!
GUDULA (Con fe.)
¡Dios premia, tras la muerte, las penas de la vida!...
GALAOR
¿Piensas que Dios, acaso, pobre madre afligida,
cuando llegue la muerte, justicia nos va a hacer?
Pudiera ser, pudiera... Mas también puede ser
que nos mire lo mismo que al mar estamos viendo,
y olvide a los que van en la tumba cayendo,

igual que yo me olvido, después de un claro día,
de las ondas que mueren llorando en su agonía.

GUDULA (Horrorizada.)

¡ Blasfemas !

GALAOR Si blasfemo, sólo Dios es culpable...
Dios, que mirar me ha hecho en el mar agitado
de nuestra pobre vida el símbolo inmutable,
el símbolo que tantas veces me ha alucinado,
que eriza mis cabellos y mi terror revela,
que en sueños me apuñala y despierto me hiela...
Si ver la vida quieres, pon tu vista en el mar.

(Levantándose y aproximándose a la ventana.)

Abre los ojos. Mira... Allá se ven trepar
los escollos, en choques confusos de gigantes,
corriendo y persiguiéndose, las olas ululantes.
Gimen, silban, aúllan, retuércense encrespadas ;
cambian besos y flores, blanden finas espadas ;
tienen gestos serviles y luego gestos bravos,
arquéanse como reyes, se humillan como esclavos ;
no paran, corren siempre en filas luminosas ;
amenazan viriles, suplican lastimosas ;
unas derraman besos, otras clavan puñales ;
éstas visten de odio y de lujuria aquéllas ;
despéñanse al abismo, se levantan triunfales
a las nubes, dan ayes, y al final, todas ellas,
una a una, llorando, blasfemando o riendo,
en espuma, en la playa, van todas sucumbiendo.
Cada alma es una onda. Yérguese altivamente,
quiere alcanzar el cielo y en él resplandecer,
de estrellas y de soles coronada la frente...
Después, herida, viendo su efímero poder,
cae y muere deshecha en doloroso canto...
¡ Cada alma es una onda !... ¡ La vida es mar de [llanto !

(Galaor se sienta de nuevo en el sillón y Gudula a sus pies, en el suelo, sobre una almohada de terciopelo rojo, bordada en oro. Silencio corto.)

GUDULA

¡ Qué crueldad sin ejemplo ! ¡ Qué inaudito martirio [tenerla así encerrada, como un cándido lirio
en mazmorra sombría... ¡ Cerrada, pobre estrella,
señor, con estas llaves que pesan más que ella !

GALAOR

¡Quien te oyese, creería que yo soy un león!...
Si la dicha no fuese tan sólo una ficción,
si yo mirar pudiera feliz a la hija mía,
¡mis brazos, para darle alas, me cortaría!
¡La amo y quiero librarla del dolor que me pesa!
¡La amo mucho, y por eso he de guardarla presa!
(Misteriosamente.)
De noche, la Desgracia estas salas recorre...

GUDULA (Abrazándose a las rodillas de Galaor.)

¡Galaor, abre pronto las puertas de su torre!

GALAOR

¡Nunca, que la Desgracia está durmiendo ahora
y es tan fugaz su sueño que a nada se incorpora!
Si le abriese las negras puertas de esa prisión,
estallando de júbilo tu noble corazón,
con tan fuertes latidos tu pecho golpearía,
que la Desgracia, entonces, al fin despertaría!...

GUDULA (Desesperada.)

Si es así, si despierta a los más leves ruidos,
¿cómo ya no lo ha hecho al son de mis gemidos?...
(Con dulzura, tomándole las manos.)
¡Sácala de esa torre! Andaré yo a su lado,
vigilándola siempre con maternal cuidado,
como un ángel que cuida a un rosal muy enfermo!...

GALAOR (Rechazándola suavemente.)

¡No insistas más, Gudula! La flor que abre en un [yermo
en paz vive y fallece. Mas las plantas triunfales
que encantan con su aroma los jardines reales,
serán decapitadas por dedos refulgentes...
¡No insistas! Del acaso las alas inclementes
vibran sobre nosotros cual desnudas espadas...

GUDULA

¡La bondad de Dios!...

GALAOR Desde las torres elevadas
nadie ve las hormigas entre el polvo pasar...
(Lleno de un nuevo terror.)
¡Ay! ¿Quién no teme a aquello que está para lle- [gar?...
¡Quien no siente el espanto de lo que ha de venir,
es un ciego sin guía ni bordón, que imprudente

cruza un estrecho puente, tan ruinoso, que siente
las tablas carcomidas bajo sus pies crujir !

(Pequeño silencio.)

Atiende bien, Gudula. Una vez, era mayo,
iba alegre de caza, en mi caballo bayo,
entre risas de pajes y cantos de halconeros,
cuando al cruzar un bosque de verdes limoneros,
el nervioso corcel, viendo en la hierba en flor
palpitar una hoja, llenóse de pavor,
y conmigo lanzóse en tenebroso abismo...
Exponiendo la vida, con leal heroísmo,
el más fiel de mis pajes, el noble Segismundo,
del fondo del barranco me extrajo moribundo.
Allí cerca se alzaba tu castillo feudal,
y a él me llevaron. Nunca tu mirada se había
—ni siquiera en un sueño—cruzado con la mía.
Mas al volver del trágico letargo de mi mal,
junto a la cabecera de mi lecho te vi
como a un ángel ! Tus manos, al curar mis heridas,
eran tan luminosas, tan dulces, tan pulidas,
que llorando de gozo, al Señor le pedí
que mi cuerpo de nuevo fuese una sola llaga !...
De ti quedé prendado... ¡ Y aun recordar me halaga
aquellas dulces horas ! «Que me amabas», decías...
¡ Oh, qué sueños de amores !... Al cabo de unos días
bendijo un arzobispo, Gudula, nuestra unión...
Pareciónos, entonces, ciegos por la pasión,
que el uno para el otro habíamos nacido,
como nacen dos aves para formar un nido,
y que al verte en la cuna sonreir amorosa
Dios decretado había que tú fueses mi esposa.
Mas, meditando un poco, fué una hoja agostada
la que unió nuestras almas...

GUDULA (Interrumpiéndole.) ¡ Hoja por Dios mandada !

GALAOR

¿Por Dios?... ¿Por el Acaso?... ¿Quién afirmarlo [puede?...
Tan sólo sé que todo cuanto aquí nos sucede
tiene tantas raíces y tantos, tantos frutos,
que no doy paso en esta vida de horror y lutos,
sin que no me estremezca de terror al pensar
los males que este paso me puede ocasionar !...

GUDULA

Mas, Sibyla, ¿qué tiene que ver con todas esas
penas? Cantan felices otras nobles princesas...
Para ellas es la vida eterno amanecer...

GALAOR

¿Felices? Mas ¡qué pronto lo dejarán de ser!
Casarán las princesas y serán reinas luego,
se llenarán de hijos, y mil llagas de fuego
devorarán tenaces su carne corrompida...
¡Ay de los que se atreven a dar a un hijo vida!
¡Ay de los que se arriesgan! El hombre y la mujer,
de los más negros crímenes cómplices pueden ser.
Imagínate toda la angustia que han sufrido
la madre de un poeta y el padre de un bandido!...

(Se mete las manos en la cabellera revuelta.)

GUDULA (Cariñosamente.)

¡Cálmate!

GALAOR ¡Quién me diera un poco de sosiego!
Mas ¿cómo conseguirlo?, ¡oh, Gudula! si llego,
recelando la pena que lejos me amenaza,
a no sentir ahora la que me despedaza (Delirando.)
¿Lo que habrá de llegar? ¡Nadie, nadie se mueva!
Dos hombres una vez entraron a una cueva;
a los dos abrasaba la misma sed de oro:
uno encontró la muerte y el otro halló un tesoro.
En una negra y fría noche devastadora
hizo carbón un rayo a una pobre pastora,
que fué a buscar abrigo—¡oh, dura suerte impía!—
bajo una vieja haya que yo plantado había
cuando eran puras como las hostias estas manos...
Dos jóvenes hermanas encuentran dos hermanos.
Eligen los esposos... La lujuria se espeja
en sus ojos... ¡Dios mío!... Mas de cada pareja
un asesino nace... Tal vez naciese un santo
si la elección es otra... En cada esquina, en tanto,
el Azar nos espía... ¡Misterio alucinante!...
Se cae una columna y mata a un caminante.
¿Qué está para llegar?

GUDULA ¡Oh, mi hija adorada!

GALAOR

Bien sé que vive triste, pero no está amargada.
¡Y así, triste la quiero! La risa atrae el dolor,

que va tras ella, como siervo tras su señor...
¡Llorad, llorad sin treguas! El que pasa riendo
es como el que un talego de oro va sacudiendo
por un pinar sombrío donde acechan ladrones!...
No insistas más, Gudula, que tus lamentaciones
son vanas. Encerrada en esa fortaleza,
nadie podrá robarle su angelical pureza!

GUDULA

¡Qué locamente piensas! Pues juzgas que el destino
es un tímido huérfano o una débil mujer
que enmudece de espanto y se acobarda al ver
la sombra de un viajero que le corta el camino!...
Puedes, Galaor, de hierros y de bronces cubrir
las puertas de su cárcel, y hasta hacerlas guardar
por dos fieros leones de sangriento mirar...
¡Las puertas han de abrirse, si Dios las manda [abrir!
¡Que Dios no te castigue! Si El quisiese, Sibyla
escapase ahora mismo de su helada prisión...

GALAOR (Inquieto.)

Mas ¿cómo?

GUDULA ¿Cómo? Muerta.

GALAOR (Ocultando la cabeza entre las manos.)

¡Muerta! ¡Tienes razón!
La tienes...

GUDULA

¿Por qué tiemblas ¿Por qué tu voz vacila?
Palidece tu rostro... Galaor, ¿en qué piensas?

GALAOR (Como delirando.)

En lo que va a llegar... ¡Por qué florestas densas,
anda mi alma! El frío mis carnes acuchilla...
siento aullar a los lobos... ¡Qué horrible pesadilla!
(En voz baja, como quien descubre un secreto.)
Y muchas veces, muchas, conversando contigo,
pienso que este tormento es el justo castigo
de aquel mi odioso crimen...

GUDULA (Espantada.) ¿Qué crimen cuentas? Di...

GALAOR

Amé a otra mujer antes de amarte á ti;
y de ella tuve un hijo. Y en vez de estrangularle,
o de pasar mi vida junto a él, para librarle
de todos los escollos y abismos traicioneros,

le arrojé indiferente por los despeñaderos
a las ondas brutales de la vida cruel...
¿Qué le habrá sucedido?...

GUDULA ¿No sabes nada de él?

GALAOR

No. Apenas fué nacido le dejé en una estrada...
Era el caer la tarde... Y al romper la alborada
no estaba ya en el sitio donde yo lo escondiera...
¿Quién lo robó? No sé... ¡Quizás alguna fiera!

(Pequeña pausa.)

Tal vez si lo intentase consiguiera encontrarlo.
Le coloqué en el cuello, antes de abandonarlo,
engarzado en un rico collar de oro, un anillo
con un rubí de Oriente de extraordinario brillo...
¡Jamás, jamás, Gudula, buscarle he procurado!
El recelo, quizás, de verle desgraciado,
pálido, sollozando por su infortunio inmenso,
paralízame cuando en encontrarle pienso...

LA VOZ DE SIBYLA (Dulcemente amortiguada por la distancia.)

Trajeron claveles
blancos y encarnados,
y adorné con ellos
mis bucles dorados.
¡Qué alegres venían!
¡Qué aroma tan blando!
¡Al verlos diríase
que estaban cantando!
Mis ojos leales
después los miraron...
¡Pusiéronse tristes
y se marchitaron!
No sé qué desgracia
en mí traigo presa...
No sé si en mis ojos
despiertan tristezas,
o si son mis ojos
llorosas turquesas,
¡que hasta en la alegría
divisan tristezas!

(El canto desfallece extenuado de dulzura. Galaor y Gudula se contemplan con los ojos húmedos de lágrimas.)

GALAOR

¿Eres tú quien le enseña esos cantos de amores?

GUDULA

Yo no. Pero los cantos dolientes y argentinos
le nacen en el alma como si fuesen flores,
porque también en mayo florecen los espinos.

GALAOR

¿De qué te habla en la torre? ¿Qué sueña?

GUDULA ¡Desdichada!...
Quiere saberlo todo...

GALAOR ¿Y tú?

GUDULA Titubeante
obedezco tus órdenes. Le miento en todo instante.

GALAOR

¿Y ella?

GUDULA Jamás me cree.

GALAOR ¿Jamás te cree?

GUDULA Nada.
Todo es inútil... Todo. Por más, por más que intente
decirle que en el mundo existen solamente
tres seres: tú, yo y ella, no cree...

GALAOR ¡Desdichada!
¡Continúa!... ¡Habla!

GUDULA Dice que existe otra persona
digna por su belleza de ceñir tu corona...
Un señor muy hermoso con las manos de nieve,
que llegará a buscarla, en breve, muy en breve!

GALAOR (Como loco, sujetándola por un brazo.)

¡Me desgarras el pecho!... ¡Qué horror! Vamos,
que fuiste tú, ¡oh madre desnaturalizada!, confiesa
quien hablando de amores envenenaste esa
conciencia que era como paloma inmaculada!...
¿Qué has hecho? Di, ¿qué has hecho?

GUDULA (Con noble firmeza.) Si fuí yo, Galaor,
la què sembró en su pecho la simiente de amor,
que Dios mi cuerpo cubra de llagas horrorosas!...
(Dulcificando la voz.)
Mas los rosales nunca aprenden a dar rosas...

GALAOR

¡Todo perdido! ¡Todo!

GUDULA Y ahora, ¿por qué motivo
conservar aún intentas ese cuerpo cautivo,

si su alma vuela libre y, volando, se aleja
por el azul del cielo, buscando su pareja?
Déjala ya que salga, y verás la sonrisa
en mis labios exangües...

GALAOR Ahora es cuando precisa
vivir más alejada del engaño del mundo...
¡ El pozo más inmenso será poco profundo
para encerrarla !

GUDULA ¡ Escucha ! ¡ Tanta pena estremece
su pecho, que da lástima ! Apenas amanece,
ansiosa de ver todo lo que nunca ha mirado,
las planicies, los mares y ese cielo azulado,
a un escabel se sube, a ver si al fin alcanza
la ventana que encierra su suprema esperanza...
Y aunque no llega aún, parece, Galaor,
que para que no sea su anhelo cosa vana,
su cuerpo esbelto y ágil crecer hace el Señor !

GALAOR (Con dureza.)
¡ Es preciso, Gudula, tapiar esa ventana !

GUDULA (Inclinándose con amarga sumisión.)
¡ Y manda al mismo tiempo cavar mi sepultura !...

GALAOR (Agitándose desesperadamente.)
¡ Ay, qué infortunio el mío !... ¡ Qué implacable tor-
[tura !
¡ Mirar podrán sus ojos maravillas y horrores,
cuerpos llenos de llagas y jardines con flores !
Sus ojos infantiles, estrellas luminosas,
mirarán las galeras que arriban victoriosas,
y quedarán soñando con países distantes,
con ciudades de púrpuras, con islas de diamantes...
¡ Van a ver sus pupilas ! ¡ Le dirán que es hermosa
todas las cosas feas, y hasta las cosas bellas,
nubes, rosas y cisnes, crepúsculos y estrellas,
le dirán cómo es su belleza preciosa !...
Van a ver de los árboles los connubios obscenos
que henchirán de lujuria sus virginales senos...
¡ Sus ojos van a abrirse !... ¡ Van a ver !... Van a
las puertas de su alma, de la inviolada Ofir, [abrir
a la trágica y negra cohorte de la Suerte :
la Ambición, el Deseo, la Desgracia y la Muerte !...
¡ No puede ser !

(Toma las dos llaves de plata a escondidas de Gudula, las oculta bajo el manto y se dirige a la puerta.)

GUDULA (Queriendo detenerle.)

¡ Escucha ! ¿A dónde vas ! ¿A dónde?

GALAOR

No lo sé... ¡ Quiero aire ! (Sale.)

GUDULA (Desde la puerta.) ¡ Galaor ! (Pequeña pausa.)

¡ No responde !

ESCENA V

GUDULA, descendiendo al fondo de la escena.

¿Dónde irá? ¿Dónde irá? ¡ Quién conoce el camino
adonde nos empujan las fuerzas del Destino !...
Acaso sus pesares los vaya a consolar
oyendo los gemidos prolongados del mar.

(Se sienta junto a la ventana y se queda un momento mirando al mar en sombra.)

No sé qué es ; mas algo, algo la noche espera...
Se oye un rumor lejano, como si una galera
de esperanzas y ensueños y músicas colmada,
llegase desde lejos, desde una primavera,
a embriagar de canciones y a dejar perfumada
la soledad profunda de esta estéril ribera...
¿Qué oirán nuestros oídos? ¿Qué verá la mirada?
¿Una nueva tristeza? ¿Una nueva alegría?

LA VOZ DE SIBYLA (Con acento desgarrador.)

¡ Madre ! ¡ Madre ! (Gudula se levanta asustada.)

GUDULA ¡ Sibyla !

(Se queda un instante atenta e inmóvil, como si interrogase al silencio.)

¿Será la voz del viento
al deshojar las rosas del jardín, o el lamento
de una ola que muere en la costa bravía?...

LA VOZ DE SIBYLA (Más desgarradora.)

¡ Madre ! ¡ Madre !

GUDULA (Dirigiéndose a la puerta.)

Es Sibyla. ¿Qué pasa?

LA VOZ DE SIBYLA ¡ Madre mía !

ESCENA VI

GUDULA y GALAOR.

Gudula va a salir, mas se detiene al ver aparecer a Galaor, que entra pálido y trémulo, haciendo esfuerzos inauditos por ocultar su agitación.

LA VOZ DE SIBYLA

Saltaron mis ojos
en tanto dormía...
¡ Soy ciega, mas veo
mejor que veía !
¡ Oh, mi lindo novio !
¡ Con sus manos bellas
anda por el cielo
cogiéndome estrellas !
¡ Ahora le estoy viendo
por verdes jardines,
con sus manos bellas
cortando jazmines !
¡ Allá va mi novio
por los arenales,
con sus manos bellas
buscando corales !
¡ Ya llega mi novio,
que loco de amores
me ofrece corales,
estrellas y flores !
El día y la noche
para mí son día...
¡ Soy ciega, mas veo
mejor que veía !

(Galaor y Gudula escuchan la canción cerca de la puerta, visiblemente emocionados.)

GUDULA (Enternecida.)

¡ Oh, qué canción tan bella ! ¡ Qué voz tan clara y pura !
¡ Nunca he escuchado un canto de tan honda dulzura !

GALAOR (Trágicamente pálido, lleno de amargura.)

Los ruiseñores cantan mejor si alguien les ciega.

GUDULA (Despavorida, viendo el aspecto terrible de Galaor.)

¿Qué tienes, Galaor? ¿Qué profundos enojos
te hacen palidecer? ¿Por qué tiemblas?... Sosiega...

GALAOR (Trágicamente.)

¡Con mi puñal, Gudula, le he saltado los ojos!

(Gudula cae al suelo desmayada. Galaor se arrodilla junto a ella, abrazándola y besándola.)

LA VOZ DE SIBYLA (Mientras cae el telón.)

Picaron mis ojos
en tanto dormía...
¡Soy ciega, mas veo
mejor que veía!

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una larga y tenebrosa galería abovedada. A la izquierda, separada por una gran puerta de bronce, parte de la prisión de Sibyla. En un extremo se ve una rueca. A la derecha una escalera de piedra. Al fondo una puerta y una ventana de gruesos barrotes, por donde penetran las últimas claridades del crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

GALAOR y SEGISMUNDO, junto a la escalera, conversando en voz baja.

GALAOR ¡Antes que llegue con las sombras
lo que está ya para llegar,
todas las puertas de este gótico
palacio fúnebre cerrad!
¡Marchaos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!
¡Para que nadie pueda abrirnos
tirad las llaves a la mar,
donde ésta sea tan profunda
como la misma eternidad!

SEGISMUN. Señor, ¿qué os pasa? Vuestros ojos
parecen trágicos que van
a desprenderse de sus órbitas;
tenéis tan pálida la faz
cual si los labios de la Muerte

os acabasen de besar...
¿Por qué tembláis como las hojas?

GALAOR (Con misterio.) Por lo que está para llegar...
¿No ves su sombra que se arrastra
por los jardines, a espiar,
como un ladrón que nos acecha,
la mano puesta en su puñal?
Por esos patios, ¿no has mirado
en la penumbra fulgurar
fosforescentes sus pupilas
como los ojos de un chacal?
En los espejos polvorosos,
¿no has visto rápido cruzar
como el perfume de un aliento
que empaña el límpido cristal?
Como el nocturno caminante
que atravesando el monte va,
antes de ver al lobo oculto
entre el espeso matorral,
siente erizársele el cabello
y de pavor se echa a temblar,
así yo siento, antes que verlo,
a lo que está para llegar...

(Pausa. Se dirige al fondo, llevando del brazo a Segismundo.)

Rugen las olas encrespadas;
aúlla ya cerca el huracán;
brillan relámpagos sangrientos;
retumba el trueno... Tú dirás,
mientras medroso, santiguándote,
sin voz te pones a rezar.
—¡Ay., desdichados los que andan
en frágil leño sobre el mar!
¡Ay infelices caminantes
que en medio de la tempestad
van tacteando por la sierra
sin el amparo de un hogar!—
Mas el marino hallará puerto
o entre las olas se hundirá;
y el caminante acaso pueda
buscar refugio en un pajar...
¡Vivos o muertos, todos hallan

límite o término a su mal!
Mas hay pesares en mi vida
que nunca, nunca han de acabar:
¡ni devorarlos quiere el lobo,
ni sumergirlos puede el mar!

(En voz baja, lleno de pavor.)

Espero algo inevitable,
algo que está para llegar;
algo que pasa inadvertido
en medio de la obscuridad...
Lo que jamás ojos mortales
han visto, paje, ni verán,
pues quien rasgar quiere su velo
para mirar la ignota faz,
se queda inmóvil como esas
estatuas místicas que están
sobre las tumbas de los reyes
en nuestra vieja catedral... (Pequeña pausa.)
¡Marchaos todos y dejadnos
en esta eterna soledad!

SEGISMUN. (Con la voz conmovida.)

¡Porque he crecido como un hijo
a vuestro lado, en vuestro hogar;
por el amor que me tenéis;
por estas lágrimas... dejad
que a vuestro lado viva siempre
y que os defienda mi lealtad!
Por si viniese la desgracia
vuestra existencia a amenazar,
dejad que vele como un perro,
acurrucado en vuestro umbral!...
Y ¡ay del fantasma o de la sombra
que aquí se atreva a penetrar!

(Se lleva la mano a la espada.)

GALAOR (Emocionado.) ¡Todo es inútil, Segismundo!
Todo es en vano... Vete ya...
No me haces falta, pues tu espada
es buena para guerrear
con seres vivos, mas con sombras,
¿de qué tu espada servirá?
¡Será lo mismo, paje mío,

que si la hundieses en el mar!

(Pequeña pausa.)

Márchate, paje, y vuelve cuando
torne a mi espíritu la paz...
Entonces puedes, Segismundo,
de nuevo el cuerno resonar,
traer halcones en la diestra,
a los sabuesos atraillar...
y galopando por los bosques,
de nuevo iremos a cazar...
¿Hoy o mañana? ¡Qué me importa!
¿Aves o sueños? ¡Qué más da!
Podrás sonar áureos clarines;
a mis mesnadas congregar;
entre florestas de alabardas
mi roja enseña tremolar...,
y partiremos a la guerra
de nuevo, paje, a conquistar...
¿Hoy o mañana ¡Qué me importa!
¿Cuna o sepulcro? ¡Qué más da!
Mas ahora, ahora si me amas,
si te condueles de mi mal,
vete y no tornes... En mi alcázar,
que hoy es morada sepulcral,
cantos de amor, de caza y guerra
no han de volver a resonar...
Tan sólo lágrimas, sollozos,
crispar de puños, rechinar
de dientes... ¡Todos los dolores
de la llagada humanidad!

SEGISMUN. Pero, Sibyla...

GALAOR (Interrumpiéndole bruscamente.)

¡Calla, calla!
Si a tu señor eres leal,
¡nunca ese nombre a mi presencia
te atrevas más a pronunciar!

SEGISMUN. ¡Señor, al irme de palacio,
de ella, a la fuerza, os he de hablar!
Murmura el vulgo de su encierro,
y hasta llegaron a trovar
una canción sobre su historia,
canción que os voy a recitar:

A la princesa Sibyla,
bella como un lirio en flor,
en una torre encerrada
la tiene el rey Galaor.
Porque no amase, su padre
sus lindos ojos cegó:
ruiseñor ciego entre hierros
cantará más y mejor...
¿Pues qué valen las prisiones
y hierros contra el amor?

GALAOR (Fuera de sí, sujetándole por el cuello.)
Calla, o mueres...

LA VOZ DE SIBYLA (Desde la prisión.)
Padre mío,
¿con quién, dime, con quién hablas?

SEGISMUN. Señor...

GALAOR (En voz muy baja, empujándole hacia la escalera.)
¡Silencio, o te hundo
mi puñal en la garganta!

SIBYLA (Impaciente, apareciendo en la prisión, y acercándose a tientas a la puerta.)
Padre mío, ¿no respondes?

GALAOR (Soltando a Segismundo.)
¡Nuestra deuda está pagada!
¡Si tú mi vida salvaste,
hoy la tuya dejo salva!
Vete, y que contigo todos
mis servidores se vayan...
Voy, mi hija... (En voz alta.)

SEGISMUN. Mas oidme...

GALAOR (Empujándole.) ¡Silencio!... ¡Vuelve mañana,
que quiero por esta noche
quedarme solo en mi alcázar!

(Segismundo desaparece por la escalera. Galaor se vuelve hacia la prisión de Sibyla.)

ESCENA II

GALAOR y SIBYLA.

GALAOR (Metiendo las llaves, que lleva prendidas al cinto, en la doble cerradura.)
¿Qué quieres?

SIBYLA ¡Cuánto has tardado!
¿Con quién, hace poco, hablabas?
(Galaor abre la puerta, que rechina tristemente, y en el dintel aparece la blanca figura de Sibyla.)

GALAOR Con mis propios pensamientos,
que encontrados batallaban...
(Abraza cariñosamente a Sibyla y la besa en la frente.)

SIBYLA (Abrazándose al cuello de su padre, con la voz muy dulce.)
Déjame salir... ¡Si vieras
cómo es lúgubre esta estancia!
Estos muros son tan fríos,
tan triste perfume exhalan,
que al respirarlo se llenan
mis ojos ciegos de lágrimas.
(Galaor tiembla y se estremece todo al recuerdo de la escena terrible.)

GALAOR (Dulcemente, dándole la mano para servirle de lazarillo.)
Toma la mano, hija mía...

SIBYLA (Al cogerla entre las suyas.)
¿Por qué te tiembla?

GALAOR (Intensamente pálido.) ¡Por nada!

SIBYLA (Acariciando entre las suyas la mano paterna.)
¡Qué bellas eran tus manos!
Tan finas, blancas y pálidas
como las que anoche en sueños
las trenzas me acariciaban.

GALAOR (Lleno de terror.) ¿Soñaste anoche, hija mía?

SIBYLA (Sonriente, con ingenua felicidad.)
Soñé... No sé dónde estaba...
El aire era tan fragante
y tan puro, que mi alma,
no cogiéndome en el pecho,

por mis labios se escapaba,
y como pluma en el viento
por los espacios volaba...
Tú y mi madre estabais lejos,
y a mi lado se encontraba
un mancebo tan gallardo
como un ángel...

GALAOR (Violentamente, poniéndole la mano en la boca.)
Basta, basta;
olvida esos locos sueños.

SIBYLA (Tristemente.) ¿Te ofendo con ellos?

GALAOR (Conmovido.) ¡Calla!...
¡Perdóname! ¡Dame un beso! (La besa.)
(¡Se me han saltado las lágrimas!)

SIBYLA (Con júbilo.) ¡Lo mismo que tu me besas
el mancebo me besaba!

GALAOR (Intensamente agitado, cubriéndose el rostro con las manos.)
¿Qué dices? ¡Horror, Dios mío!

SIBYLA (Con lágrimas.)
¿Te molestan mis palabras?
¿Qué mal te causo soñando?
¿Por qué de mí te separas?...
¡Yo que pensaba alegrarte
recitando al son del arpa
la canción que escuché en sueños,
y que no sé quién cantaba!...

GALAOR ¿Una canción?

SIBYLA ¡Y tan dulce
que suspiro al recitarla!
Tráeme el arpa... Ha de gustarte...
(Galaor se estremece, dudando en concederla lo que pide.)
Desde que ciegos se hallan
estos pobres ojos míos,
más dulces mis labios cantan.
(Se lleva la mano a los ojos. Galaor, conmovido, se inclina y se los besa.)

GALAOR (Aparte, entrando por el arpa.)
(¡Sus palabras son puñales
que en mi corazón se clavan!)
(Entra y sale al momento con el arpa.)

Aquí está ya...

(Aproxima paternalmente a la ciega el arpa. Los dedos de Sibyla buscan y acarician las cuerdas, como si fuesen cosas vivas.)

SIBYLA Pues comienzo...
¡Las cuerdas están templadas!

(En el centro de la escena Sibyla recita, acompañándose del arpa. Galaor la oye, apoyado en la puerta de la prisión.)

En tierra lejana
tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.
Y a la golondrina
que en sus rejas trina
dice con dulzura:
«¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!»
El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol, se aleja.
Desde su ventana,
mi pálida hermana
pregunta al viajero
que camina triste:
«¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!»
Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.
Desde su ventana,
a la luna grita
mi pálida hermana:
«Por la faz bendita
del Crucificado,

dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado !»
La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga.
Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana,
y sin conocerme
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano :
«Dime, peregrino,
¿has visto a mi hermano
por ese camino?»

(Mientras Sibyla recita, aparece por la escalera Gudula; se detiene un momento, y después, para no interrumpirla, se aproxima sin hacer ruido a Galaor, y cogidos de las manos permanecen junto a la puerta de la prisión, oyendo la canción.)

ESCENA III

Dichos y GUDULA.

Al terminar Sibyla la canción, Gudula y Galaor se quedan inmóviles, sollozando quedamente.

SIBYLA (Abandonando las cuerdas del arpa.)
¿Por qué callas, padre mío?
¿Dónde estás

GUDULA (Corriendo a abrazar a su hija.)
¡ Sibyla !

SIBYLA (Reconociéndola.) ¡ Madre !

GALAOR (Con acento desesperado.)
¡ No puedo más !

SIBYLA (Acariciando a su madre.)
¡ Madre mía !

¿también mi canto escuchaste?
(Con pena, al tocarle los ojos con los labios.)
Tienes húmedos los ojos...
(Tiende las manos como copas para recoger el llanto materno.)
Y tibias y lentas caen
tus lágrimas en mis manos,
cual si mis dedos besasen...
(Galaor permanece inquito, con el oído atento como si oyese algún rumor. Se dirige al fondo y escucha.)

GALAOR (¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!)
Me parece que anda alguien
por el jardín. (A Gudula, inquieto.)
¿Has oído
pasos, Gudula?

GUDULA (Tranquilizándole.) ¡Es el aire!
(Pequeña pausa. Gudula sienta a Sibyla en un banco, junto a la puerta de la prisión.)

GALAOR (A Gudula, misteriosamente.)
Voy a vigilar... Espera...
¡Vendré al momento a buscarte!
(Desciende por la escalera con la mano en la empuñadura de la espada, como si fuese a desenvainarla.)

ESCENA IV

SIBYLA y GUDULA sentadas en un escabel. Momento de silencio. El viento estremece la puerta del foro.

SIBYLA (Oyendo el ruido.) Llaman a la puerta.
Madre, ¿quién será?

GUDULA El viento, hija mía,
que gime al pasar.

SIBYLA (Intranquila, como si esperase algo.)
No es el viento, madre;
¿no oyes suspirar?

GUDULA (Pasándole las manos por los cabellos.)
El viento que al paso
deshoja un rosal.

SIBYLA (Impaciente.) No es el viento, madre;
¿no escuchas hablar?

GUDULA El viento que agita
las olas del mar.

SIBYLA (Levantándose.) No es el viento... ¿Oíste
una voz gritar?

GUDULA El viento que al paso
rompió algún cristal...

(Se oye un canto lejano y fugitivo, en el cual se escucha vagamente la palabra amor.)

SIBYLA (Escuchando.) «Soy el amor—dicen—
que aquí quiero entrar...»

GUDULA (Empujando dulcemente a Sibyla hacia su prisión.)
¡Duérmete, hija mía!
¡Es viento... no más...

(Entran en la prisión.)

ESCENA V

Aparece GALAOR, sombrío y receloso, por la escalera, con la espada desnuda en la mano.

GALAOR ¡Ay!, por todas partes creo
ver fantasmas en el aire,
y es porque están los fantasmas
dentro de mi propia carne...
Gudula... Sibyla...

(Aparecen las dos en el umbral.)

¡Es hora!

GUDULA (Besando a Sibyla.)
¡Adiós, mi hija!

SIBYLA (Abrazándose al cuello de su madre.)
¡Adiós, madre!...

(Galaor besa a su hija y después cierra la puerta con dobles llaves. Gudula permanece cerca de la prisión con la cabeza entre las manos.)

GUDULA (Sollozando, a Galaor.)
¿Por qué, por qué para siempre
esa prisión no le abres?

GALAOR Calla, Gudula; prefiero
mirarla muerta, a que manche
en el fango de la vida
sus blancas plumas de arcángel...
¡ Y puede llegar un viento
y deshojar los rosales !

(Descienden lentamente por la escalera. Gudula solloza apoyada en el brazo de Galaor.)

GUDULA (Al descender.)
¡ Virgen santa ! ¡ Virgen santa !
¡ Tened piedad de una madre !

ESCENA VI

Se oye rumor de pasos en la puerta del fondo.

SIBYLA (Aproximándose a la puerta.)
Pisadas de oro
hasta aquí se acercan...
¡ La voz de los ángeles
más dulce no suena !
Llueven rosas blancas
sobre mí, al oirlas...
¡ Pasos de mi novio,
llegad más de prisa !
¡ Ven quedo, más pronto,
bello novio mío !...
¡ La voz de mi canto
te indica el camino !

ESCENA ULTIMA

EL DESCONOCIDO aparece en la puerta del fondo y se dirige a tientas hasta la puerta de la prisión.

EL DESCONOCIDO (Parándose.)
¡ La voz de aquí venía... o bajaba del cielo !

La voz que es como un bálsamo de amor y de con-
[suelo...
Del salón en que aguarda ésta es, quizás, la puer-
Nada se oye... Nadie... La escalera desierta, [ta...
esos patios musgosos, el jardín olvidado,
los surtidores mudos, las salas polvorosas,
y este fúnebre y húmedo silencio de las cosas...
¿No será este palacio un palacio encantado?
Y la voz que yo he oído, ¿no será algún lamento
que a las mohosas cuerdas de algún arpa olvidada
arranquen en la sombra los suspiros del viento?
¿Será el eco remoto de aquella voz soñada?
Todo calma y olvido... ¿Acaso estoy soñando?
Sólo el rumor lejano del mar que se embravece,
y al chocar con las rocas su lamento parece
los gemidos de un náufrago que están asesinando.

SIBYLA (Hilando.)

Al empezar la canción, el Desconocido se aproxima a la puerta y se queda con el oído pegado a la cerradura como estático.)

La virgen cantaba,
la dueña dormía...
la rueca giraba
loca de alegría...
«Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones.
Gira, rueca mía;
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!
¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el amado
que al altar me lleve!
Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
¡Sueña la ternura
de su voz el viento!
Gira, rueca loca;
gira, gira, gira...

¡ Su labio suspira
por besar mi boca !
Gira, que mañana
cuando al alba cante
la clara campana,
llegará mi amante !
Cordero divino,
tus blancos vellones,
no igualan al lino
de mis ilusiones.»
La luz se apagaba,
la dueña dormía,
la virgen hilaba...
Y sólo se oía
la voz crepitante
de la leña seca...
¡ y el loco y constante
girar de la rueca !

EL DESCONOCIDO (Con la voz emocionada, golpeando la puerta.)
¡ Por fin ! Es su voz... Abreme. Soy yo, mi dulce [amor.

SIBYLA (Acercándose.)
¡ Al fin, al fin llegaste, mi esperado señor !
Oyéndote me siento como envuelta en un manto
de nardos... Dueño mío, ¿por qué tardaste tanto?
¿En qué rama espinosa se enredó tu vestido?
¿Qué arroyo desbordado tu paso ha detenido?
¿Tu corcel cayó exánime?... ¿No hallaste una ga-
que quisiera traerte a esta alegre ribera, [lera
donde yo te esperaba, por tu ausencia dolida,
para darte en un beso la ofrenda de mi vida?

EL DESCONOCIDO
¡ Hace ya tantos años que en vano te buscaba !
Cuando huérfano y pobre la existencia pasaba,
sollozando sin treguas, maldiciendo a la suerte,
con los puños crispados invocando la muerte,
oí tu voz dulce y pura, una noche, soñando,
y fué sobre mi herido corazón derramando
con sus dedos de seda balsámicos aromas,
dulzuras de panales y arrullos de palomas.
Tu voz me llevó en naves ornadas de jazmines
por verdes archipiélagos de lucidos jardines,
por canales de oro, donde las mariposas

semejaban violetas, azucenas y rosas,
que las manos de un ángel, fragantes de belleza,
deshojasen, muy tenues, sobre nuestra cabeza.
Recelando que aquella voz de celeste encanto,
que la voz aprilina, con el sueño se fuera,
desperté estremecido, todo bañado en llanto,
y erizada de angustia mi rubia cabellera...
Mas no huyó ; que despierto, su suave canción
continúa arrullando mi pobre corazón...
Ella dora, platea y perfuma mis días...
¡ Qué promesas de lejos, ¡ oh, dulce voz, me hacías !
Palpitante de amores, en mi carrera loca,
por esa voz guiado, quise buscar tu boca.
Bajo nieves y lluvias visité mil países ;
viví, como los viejos profetas, de raíces ;
en alta mar, mil veces me han llorado por muerto ;
me atacaron leones y la sed del desierto ;
hasta que hace un momento, cruzando la profunda
arboleda sombría que este alcázar circunda,
al escuchar tu canto, vi que he llegado, al fin,
¡ oh, mi rosa de oro !, a tu imperial jardín.
¡ Por Dios, abre la puerta !

SIBYLA ¡ Pobre de mí, cuitada !
Desde que era una niña vivo aquí encarcelada.
Dos grandes cerraduras con sus dientes de hierro
unen con estos muros las puertas de mi encierro ;
y sus llaves de plata guarda en su cinturón
mi padre.

EL DESCONOCIDO (Braceando colérico.)
¿ Y él te ha encerrado en tan negra prisión ?
¡ Que las víboras broten donde pose su planta !
¡ Veneno el aire sea que asfixie sus pulmones !
¡ Que nidos de serpientes ahoguen su garganta,
y devoren sus míseros despojos los leones !

SIBYLA (Suplicante.)
Mi padre, el rey, me ama ; y me encerró su amor
en esta negra y fría mazmorra, por temor
de lo que ha de llegar. Peligros traicioneros
que se abren como abismos al pie de los viajeros.
Una noche, sabiendo que ya mi frente ufana
llegar iba al alféizar de la única ventana
de esta torre ; al saber que mis ojos, al fin,

iban a ver los árboles de ese viejo jardín,
el sol y las estrellas, los verdes naranjales,
el mar y las florestas, y los pavos reales
que decoran heráldicos la marmórea escalera
—todo cuanto hasta ahora en sueños solo viera,—
creyendo que mirarlos un mal me causaría,
él, que diera su vida por verme sin enojos,
y que tiembla al hablarme, llegó mientras dormía,
y con su propio acero me ha cegado los ojos !

EL DESCONOCIDO (Dolorido y amenazador.)

¡ Ni el amor de tu hija, ¡ oh miserable !, alcanza
a librarte del peso de mi justa venganza !
¡ León, te harán pedazos mis dientes y mis uñas !
¡ Te daré muerte, ¡ oh rey !, con el cetro que empu-
¡ Y antes que te devoren las carniceras aves, [ñas !
el corazón del pecho te arrancaré... y las llaves !

SIBYLA (Con llorosa vivacidad.)

¡ Señor, no le des muerte ; yo no le puedo odiar !
¡ Me adora tanto ! ¡ Siempre que aquí me viene a ha-
[blar,
humedecen mis manos las lágrimas que llora !

EL DESCONOCIDO (Siempre colérico y amenazador.)

¡ Tu voz me dice que eres linda como la aurora !
¡ Que él tan infeliz sea, como tú hermosa !...

SIBYLA ¡ Calla !

¿ No ves que de tristeza mi corazón estalla ?
¡ No ultrajes a mi padre, que me ama con locura !
Oye : ve a verle ahora... Háblale con dulzura.
Dile el amor inmenso que a nuestras almas liga ;
pídele humildemente, con voz dulce y amiga,
que marcharnos nos deje de la mano, mi amor,
como dos corderitos, por los campos en flor...
¡ Háblale con dulzura ! El es bueno y clemente...
No podrá resistir tu súplica elocuente,
y ceñirá a tu cuello su brazo paternal...
¡ Háblale, dueño mío ! ¡ Pero no le hagas mal !

(El Desconocido se dirige a la puerta del fondo. Relámpagos y truenos.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

El salón del primer acto, escasamente alumbrado por una lámpara. Noche de tempestad. Relámpagos y truenos. Galaor duerme en un sillón, al pie de la ventana, abierta de par en par. Gudula también duerme, tendida en el suelo. A las plantas de Galaor brillan las dos llaves de plata de la prisión de Sibyla.

ESCENA PRIMERA

GALAOR, GUDULA y EL DESCONOCIDO. Éste penetra de puntillas y se detiene en el umbral, espiando en la obscuridad. Trae en la mano el puñal desnudo.

EL DESCONOCIDO

Aquí es... No vi a nadie por los patios obscuros.
Como un ladrón, temblando he trepado esos muros,
y crucé, sigiloso, esas salas calladas,
deteniéndome al eco de mis propias pisadas.
¿Quién me impulsa? ¿Qué fuerza me señala el ca-
[mino?
En mí se encarna el ciego influjo del Destino...
¡Una voz me ha impulsado hasta aquí! Voz que era
cual voz de mis entrañas... Ella ha sido mi guía,
hasta que al fin de esta misteriosa carrera
hallé la dulce boca donde esa voz surgía...

(Contemplando a los dormidos.)

Están los dos durmiendo... Así libro a mi mano

de mancharse en la inmunda sangre de ese tirano,
del rey loco que ciega, sin morir de amargura,
a su única hija... (Reparando en las llaves.)
¿Qué es lo que allí fulgura?
Las llaves...
(Se aproxima quedamente y las recoge. Después contempla a Galaor.)
Duerme, viejo, y ¡ ay de ti si despiertas !

GALAOR (Soñando alto. El Desconocido retrocede unos pasos y levanta el puñal.)
¡ Cerrad bien las ventanas y asegurad las puertas !
¡ Allá viene, allá viene !... ¡ Vi su sombra en el [lago !...

EL DESCONOCIDO
Sueña... ¿Qué soñará... (Se inclina sobre el viejo y le contempla con interés.) ¡ Qué bárbara agonía
se refleja en su rostro !

GALAOR (Soñando.) ¡ Allí viene !... ¡ Y espía
con sus ojos voraces todo cuanto yo hago !

EL DESCONOCIDO
¡ Cómo tiemblan sus labios y cómo se estremece !
¡ Según como palpita su corazón, parece
que sufre en este instante todo el dolor del mun- [do !
(Lo contempla fijamente.)
Modela la piel mustia su propia calavera,
y una trágica máscara cubre su faz de cera.
En su pecho, lo mismo que en un cubil profundo,
rugen y se devoran panteras y leones,
entre un crujir de zarpas y un rechinar de dien- [tes,
¡ y hay en la angustia bárbara de sus respiracio- [nes
estertor de agonía y silbos de serpientes !...
(Conmovido.)
¡ Y hasta llora, Dios mío, hasta llora durmiendo !

GALAOR (Estremeciéndose y soñando en alta voz.)
¡ Allá viene !... ¡ Me ha visto... y se marcha rien- [do !

EL DESCONOCIDO (Mirándole compasivamente.)
¡ Infeliz ! ¡ Cuánto debes, pobre rey, padecer !
(Inclinándose a contemplar a la reina.)
Aquí duerme la reina... ¡ Oh, pálida mujer !
El dolor ha dejado tu faz envejecida.
Las raíces más hondas entrarán en tu pecho
sin esfuerzo ninguno, por tanta y tanta herida

como en él los puñales de la desgracia han hecho!
(Contemplándolos a los dos con lástima.)
Aquí vine colérico contra ellos, pensando
en su muerte, y ahora, al ver que ni aun durmiendo
el dolor les perdona, de aquí salgo llorando,
cual si algo en mí sus penas estuviese sufriendo.
(Al salir, mirando las llaves.)
Ya no volverás nunca, ¡oh llave maldecida!,
a cerrar a mi amada las puertas de la vida...
Irás siempre conmigo de ciudad en ciudad;
custodiarás mis huesos dentro del ataúd...
¡Ayer para ella fuíste señal de esclavitud,
y hoy eres en mis manos signo de libertad!
(Sale cautelosa y rápidamente.)

ESCENA II

GALAOR y GUDULA.

La tempestad tórnase cada vez más violenta. Los truenos y los relámpagos se suceden sin interrupción.

GALAOR (Levantándose en estado de sonambulismo, andando a ciegas y blandiendo la espada.)
¡Allá viene! ¡Allá viene! (Como dirigiéndose a alguien.)
¡Te mataré! ¡No huirás!
(Tropieza en la pared y despierta. Después, asombrado aún, mira en torno suyo.)
¿Dónde estoy? ¡Ah! Fué un sueño..., un sueño..., y nada más.
¡Un sueño..., sólo un sueño! ¡Mas qué sueño y qué vida!
¡No puedo más, no puedo! ¡Es mi alma dolorida
una llaga sangrando bajo un guante de hierro!
(Aproximándose a la ventana.)
¡Así clamar debéis cuando pase mi entierro,
nocturnas tempestades! ¡Vuestros roncos aullidos
serán mi marcha fúnebre!... ¡No puedo sufrir más!
¡Aprieta mi garganta, cadena de gemidos;

aprieta más, aprieta, que pronto me ahogarás!
¡Rugen en mí los leones; se desploman ciudades,
y fantasmas envueltos en negras tempestades
de lejos me amenazan con su rojo mirar!
¡No puedo más, no puedo! Señor, voy a quemar
mi palacio esta noche... ¡Sus brasas me han de
alas deslumbradoras con que poder volar [dar
de este lúgubre pozo de infinitos dolores!

(Desvariando.)

Se llenará la noche de dorados fulgores;
deslumbrarán las hondas de luz; la totovía
ha de cantar volando, creyendo que es de día...
¡Viéndole arder, mi alma se vestirá de fiesta!
Seré libre de mí, de Gudula y Sibyla,
de este palacio inmenso y de aquella floresta...
Mañana, cuando muera silenciosa y tranquila
la luna, y el sol dore las montañas distantes,
entre los humeantes escombros del camino,
destinguir no sabréis, ¡oh pobres caminantes!,
las cenizas de un rey, de los restos de un pino.

GUDULA (Despertando.)

¡Por fin que he despertado!... Soñaba, Galaor,
que en tenebrosa cárcel estabas prisionero...
Vi rodar tu cabeza al golpe del acero...
¡Ah, ni en sueños, ni en sueños me abandona el [dolor!

GALAOR (Sentándose y aproximándose a Gudula.)

¡Qué loco estoy, Gudula, pues teniendo a mi lado
de tus labios de mieles el bálsamo querido,
el bálsamo que todas mis llagas ha cerrado,
en mis horas de angustia de tus labios me olvido!

GUDULA

De noche; Galaor, apenas adormeces,
despues que de rodillas dirijo a Dios mis preces,
tu triste frente beso...

GALAOR ¡Bien lo comprendo ahora!...

Soñando muchas veces, la turba aterradora
que sin dolor mi pecho hostil acuchillaba,
huía de repente... El cielo azuleaba,
y dos manos de luna, transparentes e iguales,
coronaban mis sienes de flores irreales,
más dulces que las mieles, y ardientes como la- [vas...

(Con enternecimiento.)

¡Y eras tú que piadosa la frente me besabas!
¡Bésame!

GUDULA (Aterrada, huyendo de Galaor.)
Mas ¿qué tienes? ¡Tus ojos, Galaor,
contemplarlos no puedo sin morir de terror!
¿Qué te ha pasado, dime, después que me dor-
(Huyendo de Galaor.) [mí?...
¡Déjame! ¡No me busques!... ¡Tengo miedo de
GALAOR (Con ternura.) [ti!
¡Dame un beso!

GUDULA (Loca de terror.)
¿Qué hiciste? ¡La mataste!

GALAOR ¡Gudula,
tanta angustia mi pobre corazón acumula
que resistir no puedo!... Y ya para acabar
de una vez, voy ahora el palacio a incendiar...
¡Los tres estamos solos!... ¡Nuestra gente se ha
despedida por mí! [ido

GUDULA (Trémula, con los ojos queriendo saltársele de las órbitas, retrocediendo, pegándose a la pared y retorciendo las manos en una crispación dolorosa.) ¡La razón has perdido!
¡Horror! ¡Horror! ¡Dios santo!

GALAOR ¿Qué cadena tan fuerte
te liga a la existencia, que así temes la muerte?

GUDULA (Sollozando.)
¡Qué locura! ¡Qué espanto! ¡Qué horror!... ¡Po-

GALAOR [bre hija mía!
¡No temas! Será rápida y dulce la agonía,
pues las llamas, a impulsos de ese fuerte huracán,
en un instante el viejo palacio trocarán
en ceniza y en humo...

GUDULA ¡Qué enorme desventura!

GALAOR
¡No puedo resistir esta horrible tortura,
y amparo contra ella busco en la sepultura!

GUDULA
¡Por piedad!

GALAOR Cuando suene la última campanada
de las doce, Gudula, traeré nuestra hija amada,
y abrazados los tres moriremos aquí...

GUDULA

¿No te espanta mi angustia? ¡Oh, ten piedad de [mí!

(Caen pesadamente las doce campanadas de la media noche.)

GALAOR

¡La media noche! ¿Oyes? Voy por ella... Es la [hora...

(Buscando las llaves.)

Mas ¿dónde están las llaves? ¿Dónde están?

GUDULA

Hace poco te las di... ¿No recuerdas?...

GALAOR (Exaltadísimo, dirigiéndose a la puerta.)

¡Mi corazón devora la impaciencia y el miedo! (Sale.)

GUDULA (Dirigiendo los brazos al cielo.)

¡Señor, se ha vuelto loco!

(Cae de rodillas.)

Por los clavos, Señor; por la lanzada
que tu costado hirió;
por la hiel y el vinagre que te dieron,
¡protégenos, Señor!
Por el dolor sagrado de tu Madre,
por tu propio dolor,
por todos los dolores de la tierra,
¡protégenos, Señor!

GALAOR (Volviendo completamente desfigurado, aullando y gesticulando como un demente.)

¡Ha huído!

GUDULA ¿Quién? (Levantándose.)

GALAOR ¡Sibyla!

GUDULA (Espantada.) ¿Cómo?

GALAOR ¡Ha huído!

¡Oh, bien mi corazón lo presentía!...

(Desesperadamente.)

¡Todo, todo, Gudula, se ha perdido!...

(Salen corriendo y gritando.)

LA VOZ DE GUDULA (Mientras baja el telón.)

¡Oh, Sibyla!... ¡Hija mía!

LA VOZ DE GALAOR (Más lejana.) ¡Hija mía!

TELÓN LENTO

CUADRO SEGUNDO

La floresta del palacio de Galaor. A la luz lejana del relámpago, entre la espesura tétrica de las frondas, se ven al fondo las altas torres almenadas. La tempestad comienza a alejarse.

ESCENA PRIMERA

SEGISMUNDO y HAROLDO, conversando en el primer término de la derecha.

SEGISMUN. ¿Dónde hallaste el corcel?
HAROLDO Junto a la playa.
Rotas las bridas y la crin revuelta,
sobre un alto peñasco, relinchando,
bajo el negro furor de la tormenta,
que llamaba a su dueño parecía
con duros cascos al herir la tierra.
Le tomé del rendal y allí le tengo.
¡ Espléndido animal ! Gualdrapas lleva
de púrpura y brocado, recamadas
de áureos borlones y orientales perlas.
¡ No tiene Galaor, nuestro monarca,
gualdrapas tan valiosas y tan bellas !
¿Qué hacemos de él?
SEGISMUN. Guardarle en esa choza,
y en ella tú mis órdenes espera.
Dile a los escuderos que vigilen
y registren al par, senda por senda,
ahora que como ejército en derrota
huye la tempestad, las nubes vuelan,
y entre la herida que en los cielos abren,
resplandecen, a veces, las estrellas.
HAROLDO ¿Temes algo?
SEGISMUN. Sí, temo. ¡ Tú no has visto
a Galaor ! Temblaras si le vieras,
con los ojos brillantes como ascuas

y pálida la faz como la cera,
por sus vastos salones silenciosos,
rugiendo de dolor como una fiera.

HAROLDO ¿Y por qué ese capricho de alejarnos,
en una noche así, de su presencia,
y encerrarse en su alcázar de granito
igual que en una tumba?

SEGISMUN. Son rarezas
de su espíritu enfermo, devorado
por todos los dolores de la tierra.
Supliqué, supliqué puesto de hinojos;
me abracé como un náufrago a sus pier-
[nas,
pidiéndole entre gritos y entre lágrimas
que benigno mi súplica atendiera,
¡que me dejase solo, como un perro,
dormir en los umbrales de su puerta!
Mas todo inútil fué. «¡Vete—me dijo—
con todos los demás; y cuando vuelva
el sol a iluminar esas montañas,
también con todos a mi hogar regresa!»

HAROLDO ¿Y temes?

SEGISMUN. Sí.

HAROLDO ¿Qué temes?

SEGISMUN. Por Sibyla,
por él, por todos...

HAROLDO ¿Pero qué proyecta?

SEGISMUN. ¿Acaso sabes tú lo que la nube
en los misterios de su seno encierra?
¡Quién sabe lo que guardan sus dolores!

HAROLDO Mas ¿el juicio perdió?

SEGISMUN. Perdióle a fuerza
de sufrir...

HAROLDO Mas ¿sufrir...?

SEGISMUN. ¿Existe, Haroldo,
mayor locura que morir de pena?
Por eso, porque temo que algo ocurra,
os mandé vigilar esta floresta,
que cinturón de vivas esmeraldas
ese alcázar fantástico rodea...
Y hasta que salga el sol vigilarémos...
Vámonos por aquí. (Señalando la derecha.)

HAROLDO ¡Qué vida ésta!

(Cantando al alejarse.)

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd.
¡El amor llama a tu puerta!
¡Sal a abrirle, Juventud!
¡Sal a abrir al Prometido,
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

ESCENA II

EL DESCONOCIDO y SIBYLA, que entran huyendo por la izquierda.

SIBYLA (Deteniéndose.)
¡Oh, qué canción tan dulce! ¿Qué voz mortal la [canta?
EL DESCONOCIDO
Algún enamorado y joven marinero,
que con ella las penas del corazón espanta.
SIBYLA
¡Oh, cómo me conmueve la paz de este sendero!
EL DESCONOCIDO
¡Más de prisa, alma mía!
SIBYLA ¡Oh, mis pies! ¡Son tan niños
que caminar no saben! (Parándose y respirando voluptuosamente.) ¡Qué suavidad de armiños
tiene el aire esta noche! Absorbo su frescura
como un vino de ensueño en copa de diamante.
Siento flores, ¡qué aroma!, y mieles, ¡qué dulzu- [ra!
Mas tu boca es más dulce y tu voz más fragante.
(Pasando amorosamente los dedos por el rostro de El Desconocido.)
¡Qué hermoso eres! ¡Bésame!... (El Desconocido la besa con ternura.) ¡Son rosas las caricias
de tu boca, y besándote siento una sensación
de suavidad, de encanto, de indecibles delicias,
cual si naciesen rosas dentro del corazón!

EL DESCONOCIDO (Estático de felicidad.)

Tu voz, amor, la oigo, como cuando anochece,
el viejo peregrino que torna a su alquería,
en el grave silencio que en los campos florece,
arrodillado y mudo, oye el *Avemaría*.

SIBYLA (Pasándose la mano por la frente.)

Cual se adora a la Madre de Dios, así te adoro.
Dime, amor, ¿son tus ojos ardientes y sombríos
o son como zafiros engarzados en oro,
como dicen que eran los pobres ojos míos?

EL DESCONOCIDO (Con ternura.)

Como quieras: son tuyos. (Empujándola.)
Mas vamos más de prisa.
¡Más de prisa, amor mío! No hay tiempo que per-
Pueden llegar . [der.

SIBYLA (Dulcemente.)

Espera... ¡Qué dulzura en la brisa!
(Volviéndose a él y echándole los brazos al cuello.)
¡Oh, amor, si con mis ojos yo te pudiera ver
igual que con el alma y el corazón te veo!
Sentémonos. En medio de este bosque deseo
dormirme entre tus brazos, tu boca con mi boca,
absorbiendo tu aliento hasta embriagarme de él...

EL DESCONOCIDO (Empujándola.)

¡Vamos! Junto a la playa, amarrado a una roca,
de impaciencia esperándonos relincha mi corcel...
Vendrán en nuestra busca... ¡Vamos!

SIBYLA

Mi pie vacila
al caminar...

LA VOZ DE GUDULA (A lo lejos.)

¡Sibyla!

SIBYLA

¡Es mi madre!

LA VOZ DE GUDULA (Más cerca.)

¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO (Empujando dulcemente a Sibyla.)

¡Más de prisa, amor mío, que te vienen buscan-
Te lo dije... [do!

LA VOZ DE GUDULA (Más cercana.)

¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO

¡La voz se va acercando!
(Los cabellos de Sibyla se enredan en un espino en flor.)

SIBYLA

¡Ay! Mis pobres cabellos se han enredado en una

rama. (Sintiendo las manos de El Desconocido, que le desenredan las trenzas.)
¡Qué suavidades! ¡Qué claridad divina
de luna, dueño mío!

EL DESCONOCIDO No hay luna.

SIBYLA ¿Que no hay luna?
¿Son tus dedos, entonces, lo que el alma ilumina?

ESCENA III

Dichos y GUDULA, que entra jadeante.

GUDULA (Desde dentro.)
¡Sibyla!

EL DESCONOCIDO (A Sibyla.)
¡Vamos, vamos!

GUDULA (Entrando.) ¡Sibyla, por piedad,
no dejes a tu madre! ¡Ten, hija, caridad
de la mujer llorosa que te llevó en su seno!
Y tú, señor, que tienes el mirar dulce y bueno,
demuestra que tu alma es también noble y pura.
Devuélveme a mi hija, o muero de amargura.
(Arrodillándose.)
A tus pies, de rodillas, te lo vengo a pedir...
¡No te la lleves! ¡Déjala!

SIBYLA (Besando la mano de su madre.)
¡Oh, déjame partir!
¡Separarnos no puede nadie, madre, a los dos!
¡Nunca te olvidaré!

(El Desconocido coge en sus brazos a Sibyla y huye con ella. Gudula sale detrás de los fugitivos. Sujeta al Desconocido, pero éste la rechaza violentamente, dejando en sus manos una cadena de oro y la capa.)

GUDULA ¡Sibyla!...

SIBYLA (A lo lejos.) ¡Adiós! ¡Adiós!
(Silencio.)

ESCENA IV

GUDULA y GALAOR.

GUDULA (Contemplando el collar.)
¿Qué más, Dios, sufrir puede un corazón transi-
[do?

GALAOR (Que entra tropezando, con el cabello desgreñado.)
¿La encontraste, Gudula?
GUDULA La encontré... Mas ha huído.
GALAOR
¿Qué ha huído?
GUDULA ¡Para siempre! Aquí me la encontré;
mas en vano gemí y en vano supliqué.
¡Todo fué inútil, todo! Se la lleva un galán...
Unidos de las manos por esa senda van...
Yo tras ellos corrí, dando locos gemidos;
llorando fuertemente me agarré a sus vestidos;
mas sin oir mis súplicas, sin atender mi pena,
el galán con tal fuerza se sacudió de mí,
que me dejó en las manos prendida esta cadena,
donde en dorado anillo resplandece un rubí.
(Entrega el anillo a Galaor. Entre un claro de nubes desciende un rayo de luna. La tormenta se va alejando.)

ESCENA ÚLTIMA

SEGISMUNDO penetra por la derecha con la espada desnuda. Al ver al rey se detiene.

SEGISMUNDO
¡Señor, señor, albricias! A Sibyla salvamos.
Con un galán cruzaba del brazo ese sendero.
Entre ellos me interpuse... Las espadas choca-
[mos...
¡Y le he hundido en el pecho, hasta la cruz, mi
[acero!
GALAOR (Mirando a la luz de la luna el anillo y la cadena, tambaleándose como un ebrio.)
¡Maldición sobre todos nosotros! ¡Maldición!
¡Ay, que Dios vengativo a mi estirpe maldijo!...
¡Era mi hijo!
GUDULA (Tapándose el rostro horrorizada.)
¡Cielos!

SEGISMUNDO (Cayendo de rodillas.)

¡Perdón, señor; perdón!

GALAOR (Agonizando.)

¡Por salvar a mi hija has matado a mi hijo!

(Se tambalea y cae muerto en brazos de Gudula; mientras desciende el telón se oyen los sollozos desgarradores de Gudula abrazada al cuerpo de Galaor.)

TELÓN LENTO

Biblioteca TEATRO MUNDIAL

VAN PUBLICADAS

1. **La princesa del dollar.** Opereta en tres actos, de Leo Fall. Libro, traducción de Bruno Güell.
2. **La ola gigante.** Drama en siete actos y en prosa, original de José Fola Igúrbide.
3. **El señor conde de Luxemburgo.** Opereta en tres actos, de Franz Lehar. Traducción de José Zaldívar.
4. **La captura de Raffles, o el triunfo de Sherlock Holmes.** Melodrama en seis actos y en prosa, por Luis Millá y Guillermo X. Roure.
5. **El sol de la Humanidad.** Drama en siete actos y en prosa, original de José Fola Igúrbide.
6. **Zazá.** Comedia en cinco actos y en prosa, de Pierre Berton y Charles Simon, traducción de C. Costa y J. M. Jordá. ✱
7. **Mujeres vienesas.** Opereta en tres actos de Franz Lehar. Libro, traducción de Pablo Parellada (Melitón González).
8. **Hamlet** (príncipe de Dinamarca). Tragedia en cinco actos y en prosa, de Williams Shakespeare; adaptación española por Pompeyo Gener. ✱
9. **Giordano Bruno.** Drama en cinco actos y quince cuadros, en prosa, original de José Fola Igúrbide. ✱
10. **El nido ajeno** Comedia en tres actos y en prosa, original de Jacinto Benavente. ✱
11. **El rey.** Comedia en cuatro actos y en prosa, de G. A. de Caillavet, Robert de Flers y Emmanuel Arène, adaptación de Enrique Henríquez.
12. **Prisionero de Estado, o la corte de Luis XIV.** Drama histórico en siete actos y en prosa, de A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. **Fantina, o los miserables.** Drama en seis actos y en prosa, de Víctor Hugo, adaptado a la escena española por A. Mundet Alvarez.
14. **La ladrona de niños.** Melodrama en un prólogo, cinco actos y ocho cuadros, en prosa, arreglado a la escena castellana por Francisco Tressols.
15. **Los dioses de la mentira.** Drama en tres actos y en prosa, de José Fola Igúrbide.
16. **Cristo contra Mahoma.** Drama trágico en cinco actos, divididos en once cuadros, en prosa, de José Fola Igúrbide.
17. **Juventud de príncipe.** Comedia en cinco actos y en prosa, de G. Meyer Förster, traducción de C. Costa y José M.ª Jordá.
18. **Juan José.** Drama en tres actos y en prosa, original de Joaquín Dicenta.
19. **La sociedad ideal.** Poema escénico en cinco actos, divididos en trece cuadros, en prosa, original de José Fola Igúrbide.

20. **La cizaña.** Comedia en dos actos y en prosa, original de Manuel Linares Rivas.

21. **Entre ruinas.** Drama en tres actos y en prosa, original de R. Campmany y C. Giralt.

22. **La vida es sueño.** Drama en cinco jornadas y en verso, de don Pedro Calderón de la Barca. (Refundición escénica por Luis Millá.)

23. **Sabotage.** Drama en un acto y en prosa, original de Hellen, Valciós y Pol D'Estoc. Traducción al castellano por Enrique Arroyo y Carlos Dotesio.

Pasa la ronda. Drama en dos cuadros y en prosa, escrito en francés, por Robert Franchsville. Traducción de Francisco Llano.

24. **Magda.** Drama en cuatro actos y en prosa, original de Hermann Sudermann, vertido al español por Carlos Costa y José M.ª Jordá.

25. **El papá del regimiento.** Comedia en tres actos y en prosa, original de MM. Monéry Eon y Durieux, arreglado a la escena española por Felipe Pérez Capo.

26 **El alcalde de Zalamea.** Drama escrito en verso por el inmortal don Pedro Calderón de la Barca. Refundición en tres actos por Magnolio Juárez ✱

27. **Los dos pilletes.** Melodrama en dos partes y ocho cuadros, en prosa, escrito en francés por M. Pierre Decourcelle. Adaptación española por Juan B. Enseñat. ✱

28. **Don Juan de Serrallonga.** Drama en cuatro actos y un prólogo, en prosa y verso, original de don Víctor Balaguer.

29. **El rey Lear.** Drama en cinco actos y nueve cuadros, en prosa. Refundición de la obra de Williams Shakespeare, por Juan B. Enseñat.

30. **Espectros.** Drama en tres actos y en prosa, de Enrique Ibsen. Versión española de Agustín Mundet Alvarez.

31. **Las cigarras hormigas.** Juguete cómico en tres actos y en prosa, original de Jacinto Benavente.

32. **El registro de la policía.** Drama en ocho actos y en prosa, acomodado a la escena española por Eduardo Vidal y Valenciano.

33 **El vergonzoso en palacio.** Comedia en tres actos y en verso, original de Tirso de Molina. Refundición de Luis Suñer Casanemunt.

34. **La fuerza de la conciencia.** Drama en cuatro actos, en prosa, traducido por Joaquín García Parreño.

35. **Aurora.** Drama en tres actos y en prosa, original de Joaquín Dicenta.

36. **Eva.** Opereta en tres actos, música del maestro Franz Lehar y libro de G. Jover y J. Zaldívar.

37. **El bufón.** Tragedia en tres actos y en verso, original de Joaquín Dicenta (hijo).

38. **El cuchillo de plata.** Drama en cinco actos y un prólogo, en prosa, arreglado a la escena española por E. Vidal y Valenciano y J. Roca y Roca.

39. **Nick Carter.** Melodrama en cinco actos y ocho cuadros, en prosa, traducción española de Enrique Henríquez.

40. **La cena de los cardenales.** Un acto, en prosa, traducción de Francisco Villaespesa.

¡Justicia humana! Cuadro dramático en un acto y en verso, original de José Pablo Rivas.

41. **El señor feudal.** Drama en tres actos, original de Joaquín Dicenta.

42. **El veranillo de San Martín.** Idilio dramático en tres actos y en prosa, original de Apeles Mestres, traducción de Ramón de Saavedra.

43. **El desdén con el desdén.** Comedia en verso, de Agustín Moreto, refundida en tres actos por Luis Suñer Casademunt.

44. **Amor de amar.** Comedia en dos actos y en prosa, original de Jacinto Benavente. Adaptación lírica por Carlos Servet Fortuny.

Cuento inmoral. Monólogo en prosa de Jacinto Benavente.

45. **La dama de las camelias.** Drama en cinco actos y en verso, original de Alejandro Dumas (hijo). Traducción y arreglo al español por Magnolio Juárez

46. **La domadora de leones.** Drama en seis actos y en prosa, escrito por José Fola Igúrbide.

47. **El capitán cajero, o los dos sargentos franceses.** Drama militar en seis actos, escrito en prosa por Luis Millá.

48. **El místico.** Drama en cuatro actos y en prosa, de Santiago Rusiñol, y traducido al castellano por Joaquín Dicenta.

49. **García del Castañar, o del rey abajo ninguno.** Comedia en tres actos y en verso, de F. Rojas Zorrilla. Refundición de José Vico.

50. **La fierecilla domada.** Comedia lírica en tres actos y en prosa, de Shakespeare. Refundición de J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.

51. **El honor.** Comedia dramática en cuatro actos y en prosa, original de Hermann Sudermann, arreglada a nuestra escena por Luis Recoll.

52. **El sí de las niñas.** Comedia en tres actos y en prosa, de Leandro Fernández de Moratín.

53. **María Antonieta.** Drama histórico, en seis actos y en prosa, de P. Giacometti, traducción de J. C. y de E. V. V.

54. **La viuda alegre.** Opereta en tres actos, versión española de A. Roger Junoi, música de Franz Lehar.

55. **El abate Faria y Edmundo Dantés, o el conde de Monteoristo.** Drama en un prólogo y cinco actos, de Alejandro Dumas (padre), arreglado a la escena española por José Nieto y J. Guardia.

56. **Otelo.** Tragedia en cinco actos de Williams Shakespeare, traducción y en verso por Ambrosio Carrión y José M. Jordá.

57. **El barbero de Sevilla.** Comedia en cuatro actos de Pedro A. de Beaumarchais, arreglo en verso castellano por Agustín Mundet Alvarez.

58. **Daniel.** Drama en cuatro actos y en prosa, original de Joaquín Dicenta.

59 **Pecado de juventud.** Drama en siete actos, escrito por José Artís.

60. **Nadie más fuerte que Sherlock Holmes** (2.ª parte de la captura de Raffles). Drama en seis actos, original de Luis Millá y Guillermo X. Roure.

61. **La muerte civil.** Drama en tres actos de Pablo Giacometti. Refundido y arreglado por Salvador Suñer.

62. **La apuesta de don Juan Tenorio.** Drama en seis actos, original y en verso, de Gonzalo Jover, arreglado por Magnolio Juárez.

63. **Sor Teresa, o el claustro y el mundo.** Drama en cinco actos y en prosa, original de Eduardo Vidal y Valenciano.

64. **La niña boba, o buen maestro es amor.** Comedia en tres actos, escrita en verso, original del inmortal poeta doctor Fray Lope Félix de Vega Carpio. Refundida al teatro moderno por Luis Suñer Casademunt.

65 **El pan de piedra (El carbón).** Drama en cinco actos y en prosa, escrito por José Fola Igúrbide.

66. **Romeo y Julieta.** Tragedia en cinco actos de Williams Shakespeare, arreglada a la escena española por J. Roviralta Borrell.

67 **Los reyes ante la Inquisición.** Drama en cinco actos, adaptado a la escena española por J. B. Baró, E. Salvat y S. Sala.

68. **Felipe Derblay.** Comedia en cuatro actos, de Georges Ohnet.

69. **Los malos pastores.** Drama trágico en cinco actos por Octavio Mirbeau, traducido del francés por Felipe Cortiella.

70. **Huyendo del nido.** Juguete cómico en tres actos y en prosa, original de Francisco X. Godo. Traducido al castellano por Carlos y Enrique Arroyo.

71. **Claudio Frollo, o Nuestra Señora de París.** Drama en ocho actos, arreglado a la escena española por Emilio Boix Serra.

72. **Pasión fatal, o Ana Karenine.** Drama en seis actos, adaptación escénica de la novela de León Tolstoi por E. Guiraud. Versión española de José Zaldívar.

73. **Margarita de Borgoña.** Drama en ocho actos, de F. Gallardet y A. Dumas. Arreglada del francés por Luis Suñer Casademunt.

74. **El héroe vencido, o el soldado de chocolate.** Opereta en tres actos, adaptación y arreglo de José Zaldívar.

75. **La máquina humana.** Drama en cinco actos divididos en diez y seis cuadros, original de José Fola Igúrbide.

76. **El ladrón.** Comedia en tres actos, original de Henry Bernstein. Traducida al castellano por Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.

77. **El judío errante.** Drama en ocho actos y doce cuadros, de Eugenio Sué. Adaptación original de Alfredo Pallardó.

78. **La Nazarena.** Drama romántico en tres actos, original de Ricardo Estrada y Estrada.

79. **Las máscaras.** Comedia en cuatro actos, original de Henry Arthur Jones. Traducción directamente del inglés por A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.

80. **El difunto Toupinel.** Comedia en tres actos, en prosa escrita en francés por Bisson, y arreglada a la escena española por Julián Romea.

81 **El hijo del milagro.** Vaudeville en tres actos y en prosa.

de Paul Gavault y Robert Charvay. Versión castellana de Ricardo Estrada y Estrada.

82. **Entre bobos anda el juego**. Comedia escrita en verso, por el inmortal Francisco de Rojas Zorrilla. Arreglada en cuatro actos, por Luis Suñer Casademunt.

83. **¡El!** Drama en un acto y en prosa, original de Oscar Metenier. Arreglo a la escena española por José López y Gilve y Fabio Pellicer.

En flagrante delito. Comedia en un acto, de Andrés Borde. Traducción de Luis Millá.

84. **Fualdés.** Drama en siete actos y nueve cuadros. Traducido y arreglado a nuestra escena por Luis Suñer Casademunt.

85. **El adversario.** Comedia en cuatro actos y en prosa, de los señores Alf. Capus y Emm. Arène, arreglada al castellano por Alfonso Danvila.

86. **La portera de la fábrica.** Melodrama en siete actos, inspirado en el pensamiento de una obra de M. Montepin, por Alfredo Moreno Gil.

87. **Bernardo del Carpio.** Drama caballeresco en cuatro actos y en verso, original de Ambrosio Carrión.

88. **La verdad sospechosa.** comedia en tres actos, escrita en verso por Juan Ruiz de Alarcón, refundición de Luis Suñer Casademunt.

89. **El alcázar de las perlas.** Leyenda trágica en cuatro actos y en verso, de Francisco Villaespesa.

90. **El lobo.** Drama en tres actos y en prosa, de J. Dicenta.

91. **Carceleras** y **Rejas y votos.**—Zarzuelas en un acto, de Ricardo R. Flores y maestro Peydró.

92. **Amor de madre.**—Drama en dos actos, arreglado al teatro español por don Ventura de Vega.

Guerra a la guerra.—Dolora dramática, escrita por don Ramón de Campoamor.

93 **La neña.**—Drama en tres actos, en prosa, original de Federico Oliver.

94. **Doña María de Padilla.**—Drama histórico en tres actos y en verso, original de Francisco Villaespesa.

95. **La doncella de mi mujer.**—Comedia en tres actos, y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa, por Tomás Luceño y Federico Reparaz.

96 **Sobrevivirse.**—Dráma en tres actos y un prólogo, en prosa, original de Joaquín Dicenta.

97. **Bruno el tejedor.**—Comedia en dos actos, arreglada al teatro español por don Ventura de la Vega.

Sinibaldo Campánula.—Monólogo disparatado, en prosa, con amagos de verso y la intervención de un guardia original de Felipe Pérez Capo.

98. **El asistente del coronel.**—Juguete en un acto y en prosa, original de Gonzalo Cantó.

La huelga de los herreros.—Monólogo en verso de Ricardo J. Catarineu, traduccion del poema de Coppée.

99. **El día de Reyes.**—Apropósito en un acto dividido en tres cuadros, original de Manuel Moncayo, música del maestro Penella.

La noche de Reyes.—Zarzuela en un acto, de Carlos Arniches, con música del maestro Serrano.

100. **El zapatero y el rey**. (Primera parte.)—Drama en cuatro actos y en verso, original de José Zorrilla.

101. **Gente de fábrica.**—Drama en cinco actos y en prosa, original de Jaime Firmat Noguera.

102. **El zapatero y el rey.** (Segunda parte.)—Drama en cuatro actos y en verso, original de José Zorrilla.

103. **La moza de cántaro.**—Comedia en tres actos y en verso, original de Lope de Vega, refundida por Tomás Luceño.

104. **Aben-Humeya.**—Tragedia morisca en cuatro actos y en verso, original de Francisco Villaespesa.

105. **Comedias cortas.**—Diálogos y entremeses originales de Luis Esteso.

106. **Amor de artistas.**—Comedia en cuatro actos, original de Joaquín Dicenta.

107. **Bodas de plata.**—Comedia en dos actos, original de Manuel Linares Rivas.

108. **La muerte del torero**—Drama andaluz en tres actos, original de Felipe Pérez Capo.

El redentor del Pueblo.—Sátira en un acto, original de Adolfo Marsillach.

109. **Napoleón.**—Drama histórico en cinco actos, en prosa, original de José Pablo Rivas.

110. **El nudo gordiano.**—Drama en tres actos y en verso, original de Eugenio Sellés.

111. **La verbena de la Paloma, o El boticario y las chulapas y celos mal reprimidos.**—Sainete lírico en un acto y en prosa, original de Ricardo de la Vega; música del maestro Tomás Bretón.

Los traperos.—Sainete melodramático en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original de Isidro Soler.

112. **La virgen loca.**—Drama en cuatro actos y en prosa, de Henry Bataille. Traducido al castellano por Joaquín López Barbadillo y Enrique Tusquets.

113. **A secreto agravio, secreta venganza.**—Tragedia en tres actos y en verso, de don Pedro Calderón de la Barca. Refundida por Tomás Luceño.

114. **El capitán Tormenta o La toma de la Bastilla.**—Drama en seis actos y un prólogo, escrito con documentos originales de los preludios de la Revolución Francesa, por Pompeyo Gener.

115. **La Cara de Dios.**—Drama de costumbres populares, en tres actos, divididos en once cuadros, original de Carlos Arniches, con música del maestro Ruperto Chapí.

116. **Santa Inquisición.**—Obra en cuatro actos y un epílogo, original de Julio Dantas. Versión castellana de I. Ribera y Rovira.

117. **Las pecadoras.**—Comedia en tres actos, original de Ángel Torres del Alamo y Antonio Asenjo.

118. **La Gioconda.**—Tragedia en cuatro actos, de Gabriel d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.

119. **La cena de las burlas.**—Poema en cuatro actos, original de Sem Benelli, traducido en verso por Ricardo J. Catarineu.

120. **Quisquillas.**—Comedia en dos actos de Francisco Flores García y Julián Romea.

El contrabando.—Sainete en un acto de Sebastián Alonso Gómez y Pedro Muñoz Seca.

121. **Lanuza.**—Drama en tres actos y en verso, de Luís Mariano de Larra.

122. **Los irresponsables.**—Drama en tres actos y en verso, original de Joaquín Dicenta.

123. **Los hijos artificiales.**—Juguete en tres actos de Joaquín Alats y Federico Reparaz.

124. **Los Semidioses.**—Tragicomedia en tres actos y en prosa, original de Federico Oliver.

125. **Misterios de Barcelona.**—Drama en siete actos y en prosa escrito, por Alfredo Pallardó y Emilio Boix.

126. **La Alondra y el Milano.**—Melodrama en ocho actos escrito en prosa por Augusto Fochs Arbós.

127. **Judith.**—Tragedia bíblica en tres actos y en verso, original de Francisco Villaespesa.

128. **Los tres mosqueteros.**—Drama en ocho actos, basado en la novela de Dumas, escrito en prosa por Luís Racoll.

129. **El amor que pasa.**—Comedia en dos actos y en prosa original de S. y J. Álvarez Quintero

130. **La tragedia de Baskerville.**—Drama policiaco en cinco actos y en prosa de Gonzalo Jover y Enrique Arroyo.

131. **Veinte años después.**—Drama en seis actos basado en la novela de Dumas, escrito en prosa por Agustín Mundet Alvarez.

132. **Solico en el mundo.**—Entremés original de S. y J. Álvarez Quintero

La puerta se abre.—Drama en dos actos y en prosa. (gran guignol) de Fraucheville, arreglado al castellano por E. Arroyo y C. Dotesio.

133. **El crimen de ayer.**—Drama en tres actos y en prosa, original de Joaquín Dicenta.

134. **La llamarada.**—Drama en tres actos, de E. Kistemaeckers adaptación española de F. Reparaz.

135. **El Vizconde de Bragelone.**—Melodrama en seis actos, basado en la novela de Dumas, arreglado a la escena española por E. Graells Soler.

Las obras marcadas con ✱ están agotadas.

ALBERTO INSÚA Y ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

CABECITA LOCA

Comedia en tres actos

LIBRARY
DEC 28 1915
UNIVERSITY OF TORONTO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

CABECITA LOCA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por sus autores.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

CABECITA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Alberto Insúa y Alfonso Hernández Catá

Estrenada en el teatro Español, de Madrid, la noche del 15 de Abril de 1914, en el beneficio de Nieves Suárez

pp. 1-72

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbará, 15
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LAURA	Nieves Suáréz.
MARGARITA	María Palou.
CLARA (1)	Anita Martos.
EMMA	Julia Pacello.
AMELIA	Carmen Muñoz.
LA DIRECTORA	Amalia Sánchez de Ariño.
MATILDE	María Tamames.
SOFÍA	Encarnacíón Díaz.
EVA	Ramona Nieto.
JULIA	Elisa Ruiz.
LA SEÑORITA JUANA	Pilar Castejón.
LA SEÑORA MARTÍN	María Millanes.
MAGDALENA	Niña Meléndez.
LUISA	Niña Gil.
EDUARDO	Luis Martínez Tovar.
PEDRO	José Capilla.
EL SEÑOR VIEL	Federico Gonzálvez.
FERNANDO	Antonio Suárez.
ANDRÉS	Emilio Santiago.
LEONARDO	Teófilo Palou.

Criadas, alumnos y alumnas, etc.

La acción en Ginebra. Epoca actual.

Las indicaciones del lado del actor.

---

(1) La señorita Martos dió a este papel acento extranjero, obteniendo un justísimo éxito personal y realzando el efecto de la comedia. Las actrices que lo interpreten pueden seguir la feliz iniciativa de la señorita Martos.

ACTO PRIMERO

En la pensión "pour jeunes filles" de la señorita Blanchet. Un "hall", separado del jardín por una gran puerta vidriera, al fondo. Puerta pequeña a la derecha y escalera a la izquierda, en primer término, que comunica con las habitaciones interiores. Es por la tarde; hay sol en el jardín y cantan las niñas. La clase de costura ha concluído y una criada recoge en el "hall" las almohadillas, bastidores y costureros que las alumnas dejaron dispersos. Otra criada concluye de poner la mesa, donde tomarán el te ocho personas. LAURA muestra sigilosamente a EMMA, en primer término, un papel que guarda después en el bolsillo de su blusa; y mientras ellas hablan, las criadas, a medida que concluyen sus tareas, salen.

LAURA — Qué versos más bonitos, ¿eh?... Convidan a soñar... Como que son de Musset, hija, nada menos.

EMMA — Lo que yo me pregunto es quién te los habrá dado; porque lo que es aquí...

LAURA — Mucho tendrían que vigilar para que a mí me faltaran versos; es lo mismo que si la directora se empeñara en vigilarme para que no respirara... Me los ha copiado un alumno del señor Viel... Fernando.

EMMA — Y te los dió en el último baile.

LAURA — Sí. ¡Mira que llamar bailes a unas reuniones tan sosas... y con unos muchachos tan insubstanciales!...

EMMA — Pues, ¿qué querías?

LAURA ¿Por qué no bailó Eduardo, el marido de Margarita?

EMMA Eso no se ha visto nunca. Si Eduardo fuera alumno del señor Viel...

LAURA Ya; para nosotras no hay más hombres que los alumnos de ese señor tan ridículo. ¡Me crispa los nervios tanta hipocresia! ¿No dicen que como a hija de millonarios nos dan una educación especial, un poco mundana? Pues que nos lleven a bailes de verdad y al Kursaal a ver las bailarinas; para acostumbrarnos.

EMMA Eres atroz de exagerada... Calla, que ahí viene Pedro, el jardinero.

LAURA Pedro es de los míos. ¡Qué bueno es el pobre! Está tan viejo que ya parece un niño. Es lo que más quiero de la pensión.

EMMA ¿Más que a mí?

LAURA He dicho de hombres.

EMMA ¡Pero si es el único!

LAURA (Sin oirla; yendo hacia la puerta del fondo por donde entra Pedro.) Aquí lo tenemos... Pedro, pase usted.

PEDRO Buenas tardes, señoritas. Son las flores.

LAURA Son pocas flores, señor Pedro.

EMMA Yo creo que serán suficientes; unas poquitas hacen mejor.

LAURA Hija, tú eres la discreción y la media tinta en persona. ¿Estamos en mayo? Pues flores, muchas flores... Y lo dicho, señor Pedro, estas son pocas. No sea usted avaro.

PEDRO No es culpa mía, señorita Emma; la directora me dijo...

LAURA Yo soy la señorita Laura. Ahora resulta que no me conoce.

PEDRO Como ya veo tan poco y como todas ustedes me parecen iguales de hermosas... y perdonen las señoritas...

LAURA ¡Y qué hemos de perdonar!... ¡Si usted

que es el único hombre de la casa no nos celebra !...

EMMA ¡ Laura, hija !

LAURA Sí, es la verdad... (A Pedro.) Pero oiga usted, señor jardinero ; a las mujeres, en caso de que no se distinga de colores,—pues sepa usted que yo soy morena y que Emma es rubia como el oro,—se las conoce, se las siente por la voz...

EMMA ¡ Qué exigente eres ! ¡ Qué ha de sentirnos Pedro !

PEDRO Yo lo que hago es tomarlas a todas por alondras y ruiseñores... ¡ Cuánto agradezco a la señora directora que me haya empleado aquí !

LAURA ¿Está usted muy contento en la pensión?

PEDRO No pude soñar mejor empleo para mi vejez. (Emma y Laura han comenzado a ordenar las flores sobre la mesa.)

LAURA ¿Cuántos años tiene usted, Pedro?... No vaya a quitarse edad, como hacen algunas... y yo misma.

PEDRO (Sonriente.) Ochenta, señorita... A esa edad ya no vale la pena de quitarse años ; siempre quedarían muchos.

LAURA ¡ Ochenta ! Pues representa usted todo lo más sesenta... ¡ Es usted un muchacho !

EMMA ¿Y no sufre usted del reuma? ¿No se acatarra usted en el jardín?

PEDRO Cuando se ha sido guía en los Alpes durante cincuenta años y se ha estado a punto muchas veces de morir en la nieve, la frescura y la humedad del jardín son como caricias.

LAURA ¡ Cincuenta años de guía en los Alpes ! ¡ Hay que ver ! ¡ Cuántos espectáculos bellos y cuántas tragedias habrán visto esos ojos que ahora no distinguen una rubia de una morena !

PEDRO Sí que he visto algunos, señorita...

LAURA (Enfática.) ¿Y ese corazón? ¡Las veces que habrá cesado de latir por un instante!. Señor Pedro, cuando se ha tenido la vida de usted llena de grandezas, de emociones; cuando se ha vivido en las cumbres sobre las nieves perpetuas y...

EMMA (Interrumpiéndola.) Eres tremenda, Laura... Si no te atajo también tú llegas a la cumbre de la elocuencia y atraes con tus gritos a la directora.

LAURA ¡Que venga! Aquí quisiera verla yo para decirle: «¿Cómo se le ha ocurrido a usted traer a este héroe, a este oso blanco, a cuidar de sus manzanos y a sacudir los pulgones de sus rosales?»

PEDRO Señorita... ¿Qué quería usted que hiciera yo a mi edad?

EMMA Claro.

LAURA ¡Qué sé yo! Morir en su puesto; que ese pelo blanco y esas barbas blancas no tuvieran una mortaja de tierra, sino de nieve... A tal señor tal honor.

EMMA Loca... loca.

LAURA Equilibrada, sensata, burguesa...

PEDRO ¡Qué gracia tiene la señorita Laura! Se parece a una señorita italiana...

LAURA Sí, venga la anécdota... Yo también soy de Italia, señor Pedro; he nacido en Milán... Mi padre es Martini, el célebre pianista.

EMMA ¿Qué le cuentas a Pedro? ¿Qué puede él saber?...

LAURA No gano para sermones tuyos, hija... (A Pedro.) Bueno, ¿qué le pasó a esa señorita italiana?

PEDRO A esa señorita la acompañé yo al Mont Blanc con dos caballeros y dos señoras más... Era como usted; tenía una voz de pájaro. Siempre que la oigo a usted me acuerdo de ella... Tenía el pelo negro, los ojos negros y la boca... ¿Ven ustedes esas rosas rojas? Pues así.

LAURA Cómo retrata, ¿eh?

PEDRO La señorita italiana hablaba con uno de los caballeros que le ofrecía el brazo para ayudarla en los momentos peligrosos. Pero había otra de las señoritas que cada vez que veía eso se ponía pálida y miraba a la del pelo negro de un modo... Yo tenía entonces cuarenta años y entendía de eso... Además, oí ciertas palabras... La señorita de los ojos negros estaba enamorada del caballero que... Vean si viene la directora.

LAURA No.

EMMA No.

LAURA Siga usted.

PEDRO : el caballero era el marido de la señora pálida.

EMMA ¡Ah!

LAURA ¡Qué interesante! ¿Y qué ocurrió?

PEDRO Ocurrió, señoritas, algo terrible. En un paso difícil... Pero yo no sé si debo contarles estas cosas.

LAURA (Apasionada.) Sí, sí. Concluya usted.

EMMA Tiene razón Pedro.

LAURA No le haga caso, siga, siga...

PEDRO Se dijo que en un paso difícil la señora pálida había perdido pie y fué a caer para siempre al precipicio.

EMMA ¡Oh!

PEDRO No perdió pie, que yo bien lo ví... La señorita de los ojos negros la había empujado...

EMMA ¡Un crimen, Dios mío!

LAURA ¡Un crimen por amor! Eso es terrible y... hermoso, Emma.

EMMA ¡Laura!

PEDRO Yo bien la ví, que fué despacito, por detrás, a traición, y... Aun me parece oir el grito de la otra y ver sus brazos abiertos al caer.

EMMA ¿Y usted qué hizo? Porque fué un asesinato indigno.

PEDRO Yo...

LAURA ¡Qué sabemos si fué un asesinato indigno! Si estaba por medio el amor...

EMMA ¡Laura! ¿Eres capaz de pensar que la italiana hizo bien?

LAURA Yo no digo tanto... Digo que sin estar enamorado no pueden juzgarse las cosas del amor... Hasta Clara dice que el amor es ciego; y el libro aquel, ¿te acuerdas?, decía que el amor era aun más fuerte que la muerte.

PEDRO ¿Qué, señorita?

EMMA Calla. No quiero oirte hablar así. Estás envenenada por las cosas que lees. Si no te quisiera tanto y no supiera que en el fondo eres una chiquilla, te denunciaba a la directora... No seas así, Laura; tú sabes que te quiero como a una hermana...

LAURA (Arreglando nerviosamente las flores sobre la mesa. No, si yo no he querido decir...

EMMA Pero usted, señor Pedro, ante ese crimen, ¿qué hizo? ¿Denunció a la culpable?

LAURA ¿Denunció usted a los culpables, señor Pedro?

PEDRO Yo, señoritas, verán ustedes... (La Directora ha aparecido en el rellano de la escalerilla que lleva a las habitaciones interiores y desde allí interrumpe la conversación.)

DIRECTO. Ah, no; eso sí que no... ¡El señor Pedro de palique con las alumnas! No es posible.

PEDRO Señora, fué que...

DIRECTO. Volviéndome a Laura más loca con sus historias de los Alpes, que son pura farsa... Jardinero, a su jardín... Sin replicar. (El señor Pedro sale lentamente por el fondo.)

LAURA ¡Pobre señor Pedro!

DIRECTO. Si no fuera tan viejecito y tan respetuo-

so lo ponía en la calle. Sois vosotras las que le tiráis de la lengua... No ha sido tal guía en los Alpes, sino zapatero de viejo toda su vida... ya véis que diferencia... Qué, ¿no decís nada?

EMMA ¿Qué quiere usted qué digamos? Nos da pena que usted lo haya reñido por nosotras.

DIRECTO. Tenéis cara de misterio... Ya se sabe; las parejitas dan estos resultados.

EMMA No hacemos nada malo.

DIRECTO. Sí, ya lo sé; pero no quiero secretitos ni versos... (Cogiendo el papel del bolsillo de Laura, en donde lo ha descubierto un momento antes.) Os conozco.

LAURA Señora...

DIRECTO. (Después de pasar la vista por el papel.) ¡De Alfredo de Musset! Lo único que nos faltaba... Primero, una novela d'Annunzio, y ahora esto... (Rompe el papel y se guarda los pedacitos.) ¿Quién te los ha dado? Es letra de hombre, de un alumno de la Chatelaine... Ya hablaré yo con el señor Viel, y si se repite la broma, se acabaron los bailes y las excursiones a la montaña.

LAURA No, eso no; yo le prometo a usted...

DIRECTO. (Más grave.) Si no hubiera muchachas tan locuelas como tú, en ningún pensionado suizo entrarían versos de Musset... Me obligarás a escribir a tu padre; ya tienes más que edad para ser seria y para dejar la pensión.

EMMA Laura le ha prometido enmendarse, señora.

DIRECTO. Bien. (Yendo hacia la puerta de la derecha.) No os dejo solas; no quiero parejitas. Ahora vendrán las otras y os ayudarán a concluir la mesa. (Sale por la derecha.)

LAURA ¡Qué ganas tengo de irme de aquí, Emma!

EMMA La señora tiene razón.

LAURA La señora no tiene razón nunca; para mí

al menos... Ya no soy una niña, y sueño con verme libre, con leer lo que me parezca, con comer lo que se me antoje. Estoy de lecturas morales hasta aquí, y de pan frito con queso... ¡Qué asco!

EMMA — Cállate, que vienen las otras.

LAURA — Cállate, siempre cállate; como si hablar sinceramente fuera una falta. Se ahoga una aquí de hipocresía... Dame esas violetas.

EMMA — Toma... Sé formal.

(Entran por el fondo AMELIA, CLARA, SOFÍA, MATILDE, JULIA y EVA. Clara es rubia y angulosa; Todas visten, como Laura y Emma, con uniformes.)

AMELIA — ¡Pero si ya habéis puesto hasta las flores!

SOFÍA — La señora dijo que nos necesitábais.

LAURA — La señora os manda de espías.

CLARA — La directora es incapaz de ofendernos.

AMELIA — Tú sabes cómo es Laura.

MATILDE — No riñais.

LAURA — Por mi parte... Pero lo cierto es que la señora os mandó porque no sé qué cosas terribles supone que Emma y yo hablamos.

EMMA — Figuraos...

MATILDE — Siempre ha dicho que no le gustan las amigas íntimas.

LAURA — A la señora no le gusta nada que esté bien.

EVA — Pues... Es verdad.

JULIA — ¡Tú!

CLARA — ¡Oh!

SOFÍA — Eres tremenda, Laura.

LAURA — Aquí se llama tremenda a la que dice la verdad.

CLARA — Pues yo no pienso como tú.

LAURA — Hija, afortunadamente... Tú has nacido en Filadelfia y yo en Milán.

CLARA — Música.

LAURA — Sí, señorita sosa, señorita témpano; música, poesía, pasión...

CLARA Locura, cabeza a pájaros.

LAURA Doy las gracias a su alteza la princesa del celuloide.

CLARA ¡Laura!

LAURA ¡Clara!

CLARA Si no fuera por...

LAURA Te prevengo que sé boxear.

EVA Tiene gracia.

AMELIA ¿Habrá tontas?

EMMA Ea, ¿queréis callaros?

SOFÍA No seais así.

MATILDE No se sabe si bromeais.

CLARA Claro que bromeamos.

LAURA Naturalmente.

EMMA Ya está lista la mesa; ¿qué hora es?

SOFÍA Las cinco.

AMELIA Pues Margarita y su marido ya podían ser más puntuales.

LAURA ¿Te urgen?

AMELIA Lo digo por el te, que me gusta a las cinco en punto.

LAURA Ya, y con muchas pastas.

EMMA Ahora es con Amelia... Vamos, Laura.

AMELIA Me gusta a las cinco, porque soy partidaria del orden. Lo tomaremos a las seis, y nos sentaremos a cenar en plena digestión; ya lo veréis.

LAURA ¡Qué atrocidad! Pareces una vieja.

AMELIA Pues solo tengo diez y ocho años; algunos menos que tú.

LAURA No me ofendo. Debe de ser sin duda por mi edad por lo que me encuentro tan mal en esta cárcel.

CLARA ¿No le llama cárcel a la pensión?

EMMA Cosas suyas.

EVA Pues... muy bien dicho.

MATILDE ¡Tú!

LAURA (Ya distraída y mirando al reloj.) No, la verdad es que Margarita y Eduardo...

CLARA El señor de Villegas, debías decir.

MATILDE O el marido de Margarita.

LAURA Yo le llamo por su nombre, porque no soy hipócrita como vosotras.

AMELIA Me gusta.

EMMA Hay que dejarla.

LAURA Y porque un hombre joven y guapo...

CLARA Eso no se puede decir.

LAURA ¿Por qué no? ¡Qué pudorosas sois las yankees!...

EMMA Laura, hoy estás rematada. (Suena el reloj.)

LAURA Las cinco y cuarto. Tranquilízate, Amelia, tomarás el te a las cinco y media. (Burlándose.) El excelentísimo señor de Villegas y su excelentísima señora esposa no pueden tardar. Y yà que a tu edad te permites tener estómago, un retraso tan pequeño no te lo echará a perder... Mira, puedes irte consolando con pan tostado.

AMELIA Tú no tienes estómago, ¿verdad?

LAURA Quiá, hija. ¡Qué he de tener yo esas cosas! A nuestros años no se tiene estómago todavía.

SOFÍA ¿Y qué se tiene entonces?

LAURA Se tiene corazón.

EMMA ¡Qué ocurrencia!

CLARA ¡Cuánto ingenio!

EVA ¡Muy bien! ¡Bravo!

JULIA ¡Tú!

MATILDE Hay que reirse contigo

LAURA Sí, reíos, reíos... Yo me entiendo.

EMMA Cuidado, que viene la directora.

LAURA Por mí... (La directora entra por la derecha.)

DIRECTO. ¿Regañabais?

CLARA Oh, no, señora.

MATILDE Hablábamos.

DIRECTO. Parece que hoy estamos un poco alborotadas. (Dirigiéndose a Laura, que hace ademán de retirarse en son de protesta.) Venga usted acá, señorita.

LAURA ¿Qué desea usted?

DIRECTO. (Afectuosa.) Acércate, cabecita loca. ¿Por qué huyes?

LAURA Yo no huía; iba al jardín, sencillamente. ¿Es que ya no se puede ir al jardín?

DIRECTO. Díscola, rebelde. Si yo no supiese que eres toda corazón...

CLARA Ella misma lo decía antes.

DIRECTO. (Siempre a Laura.) Pero ese tonito no me gusta; no quiero que me insubordines a las demás. No, no protestes... ¿No te ibas al jardín? Anda, pues. Ahora te lo mando, te lo suplico yo... (Laura sale malhumorada por la puerta del fondo.)

DIRECTO. Regañabais, ¿verdad?

AMELIA No, señora; pero como Laura es así...

DIRECTO. ¿Qué pasó? ¿Qué dijo?

EMMA No fué nada.

DIRECTO. Tú la defiendes, ya lo sé... (A Clara.) ¿Quieres decirme la verdad? No es una denuncia lo que te pido, sino un dato. Todas queremos a Laura, tanto vosotras como yo.

CLARA (Displicente.) Sí.

AMELIA (Idem.) Sí. (Casi simultáneamente.)

MATILDE Claro.

EVA Mucho.

EMMA Oh, sí, sí.

DIRECTO. Y es necesario que todas nos ayudemos. Ya sabéis que os trato como a personas mayores.

CLARA Sí, señora.

DIRECTO. Y que deseo que tengáis confianza en mí. Cuando entrasteis en la pensión, tú, Emma, hace seis años; tú, Sofía y tú Amelia, hace cinco...

AMELIA No, señora; yo sólo hace cuatro años y siete meses.

DIRECTO. Hija, eres la legalidad en persona... ¿Qué importan meses más, meses menos?

EMMA Como lo del té... Amelia lo ha de tomar a las cinco en punto.

SOFÍA Por eso discutió con Laura.

DIRECTO. Una por metódica y otra por desequilibrada... ¡Señor, que cada una de estas

cabecitas sea un mundo! En fin, más vale parecerse á un reloj, que anda bien, por supuesto, que a una veleta.

SOFÍA (A Amelia.) Te ha llamado reloj.

AMELIA Pero no de repetición como tú.

DIRECTO. ¡Cuidado!... A ver. ¡Lo pronto que se enzarzan estas señoritas! Guardad silencio, así... Digo que vuestro concurso puede serme útil para completar la educación, la reforma del carácter de Laura. Ya no sois una niñas... Y vuelvo a lo de antes: Cuando entrasteis en la pensión... hace los años y los meses que haga, no vaya a venir Amelia con sus pesas y medidas, yo era vuestra madrecita; ahora que estáis próximas a abandonarme, quiero ser vuestra amiga, una amiga respetable, estas canas son mi privilegio, y, como amiga, os pido antecedentes acerca de Laura, de sus ideas, de sus lecturas, de... ¿cómo diré yo?... de sus cosas. Ella es un poco extravagante.

CLARA Muy extravagante.

DIRECTO. No, tampoco me gusta esa ojeriza que le tienes. Laura es un poquito extravagante, pero tú no dejas de ser un poquito de todo lo contrario. De tu sensatez y frialdad necesitaría algo ella, pero, vamos, que un poco de la travesura, de la gracia, del brío de Laura, no te vendrían a ti del todo mal.

CLARA No los quiero, señora.

DIRECTO. Sería inútil que lo quisieras; son dones de Dios y no se compran. Ea, quedamos en que Laura es así y en que está muy bien confirmada: «Cabecita loca». Pues bien, yo os ruego, os pido que no seais cómplices de Laura en sus locuras. Contradecidla en sus ideas novelescas; aconsejadle calma, prudencia. No habléis con ella del porvenir, de proyectos de boda,

de nada que la pueda exaltar; Laura es un corazón deseoso de inflamarse.

EMMA Sí, eso es.

DIRECTO. Tú eres su aliada; si sabe algo de esta conversación será por ti.

CLARA Pues lo sabrá.

EMMA Pues no lo sabrá. No soy yo la que tengo esa costumbre; recuérdalo bien.

CLARA Ya.

EVA ¡Muy bien dicho!

JULIA ¡Tú!

DIRECTO. ¡Niñas!...

EMMA Yo soy la primera en pensar lo mismo que la señora. ¡De cuántas locuras no disuado a Laura!

SOFÍA Ya pareció aquello.

DIRECTO. Me asustas. ¿A qué locuras te refieres?

EMMA Oh, nada, nada.

DIRECTO. No, habla; es tu deber. Sería muy doloroso para todas que Laura diera qué decir. Dime si debo escribir a su padre. Si no fuera atendiendo a que Laura no tiene madre y a que el señor Martini, por su profesión, anda siempre viajando, de hotel en hotel, Laura no estaría ya con nosotras. Pero si no es juiciosa...

EMMA Si es que me he explicado mal, señora... solo son, ¿cómo diría yo? locuras de pensamiento, escribir su vida... ¡qué sé yo!

CLARA Mandar al jardinero cada dos días a comprar éter.

EMMA No es así; no lo crea usted... Es que la pobre no podía dormir con la neuralgia.

EVA No es verdad.

JULIA Pues sí.

AMELIA ¿Y el paquete de cigarrillos?

EMMA Una broma. Como la queréis tan mal...

CLARA Yo...

DIRECTO. ¡Silencio! Yo arreglaré esas menudencias. Hay que corregir a cada una según su carácter. Laura es demasiado vibrante y por eso exige más cuidado. Pero no me

gusta ver en vosotras el deseo de fijarse únicamente en sus defectos. Nadie es perfecto... Y al fin sus faltas son de esas que con buena dirección se convierten en cualidades...

AMELIA ¿Son ya las cinco y media?

DIRECTO. Casi. Margarita y el señor Villegas van a venir. No necesito recomendaros discreción. Quiero que os familiaricéis con la vida de sociedad. Los conciertos, bailes y veladas que aquí se organizan no tienen otro propósito.

SOFÍA Hace mucho que no vamos a ningún concierto.

MATILDE Yo prefiero la ópera: *Manón*.

EVA Yo, *Carmen*... El toreador.

JULIA ¡Tú!

CLARA Y yo la montaña... ¿Verdad que iremos pronto al Saléve?

DIRECTO. Tú también eres una soñadora a tu modo.

CLARA Es que me gusta el alpinismo, pero sin novelería.

DIRECTO. Bueno. Si no quieres admitir un poco de poesía en los deportes... Estamos esperando una puesta de sol que lo merezca. Iremos en el funicular hasta Etrembiéres, y después a pie.

CLARA ¡Bravo!

AMELIA Merendaremos en el hotel de la señora Martín, ¿no?

SOFÍA ¿Y quiénes vendrán con nosotras, señora?

DIRECTO. Los alumnos del señor Viel, Pedro el jardinero y Margarita y su marido, seguramente. (Suena una campana.) Oyes, Matilde, acércate a la verja a ver si son ellos.

MATILDE Sí, tienen que ser.

EVA Vamos contigo. (Matilde, Eva y Julia salen por el fondo.)

SOFÍA ¡Qué feliz debe ser Margarita!

CLARA Lo parece, por lo menos.

EMMA — Y lo es... Ha realizado sus sueños, como dice Laura.

DIRECTO. — Vosotras os casaréis también... Tú en cuanto salgas de la pensión, Clara.

AMELIA — Pero como sólo conoce a su novio por retrato...

CLARA — Mi matrimonio es cosa de mis padres.

DIRECTO. — Sea como sea, que por todas partes puede llegarse a la dicha, lo que deseo es que todas podáis darme la prueba de cariño que me ha dado Margarita, viniendo a pasar a Ginebra parte de su luna de miel.

SOFÍA — Yo le prometo que haré lo mismo.

EMMA — Y yo. ¡Qué encanto ver a Margarita por las tardes entre nosotras, con su delantal, con su labor, en su sitio de antes... como si no se hubiera casado!

SOFÍA — Es que parece mentira.

CLARA — Yo no podré venir probablemente... Mi prometido quiere que hagamos el viaje de novios al Polo Sur.

MATILDE — Y si yo me caso no será para recordar el colegio y jugar como Margarita a que no se ha casado. Cada cosa en su punto.

DIRECTO. — (Avanzando hacia el jardín.) Ya vienen.

AMELIA — ¡Al fin! Voy por el té. ¡Creí que no venían nunca! (Amelia sale con cómica precipitación por la derecha y entran por el fondo la DIRECTORA, MARGARITA y EDUARDO. Eduardo es joven y apuesto. Margarita viste un elegante traje de calle y un abrigo de verano.)

MARGA. — Hijas, qué tiempo más hermoso. Vengo sudando.

DIRECTO. — Pues no te quites en seguida el abrigo.

EDUARDO — ¿Y qué tal va, señoritas?

CLARA — Muy bien.

EMMA — Ya ve usted... ¿Y ustedes?

EDUARDO — Cada día más contentos de la vecindad.

DIRECTO. — Gracias. Es usted muy amable.

MARGA. — ¿Y Laura?

SOFÍA — En el jardín.

MARGA. ¡Qué ingrata! Nos ha visto entrar y no viene.

EMMA (A la Directora.) ¿Voy a llamarla?

DIRECTO. Naturalmente. Ve.

(EMMA sale por el fondo y AMELIA entra por la derecha con una gran tetera sobre una bandeja de laca.)

DIRECTO. Sentémonos. Amelia va a ofrecernos el té.

SOFÍA Así tardará más en tomarlo ella misma, la pobre.

DIRECTO. Sofía, ¿qué es eso?

AMELIA Déjela usted, señora; no me hacen efecto sus ironías.

MARGA. Pero ¿seguís así?

EDUARDO Son bromas...

CLARA Sí, aquí bromeamos tan a menudo...

DIRECTO. Señor Villegas, no hay modo de impedir que estas señoritas descubran un poco de su carácter. Sofía es burlona, Amelia impaciente, Clara inflexible, Laura...

(LAURA, desde la puerta, del brazo de EMMA, con aire perfectamente mundano.)

LAURA ¿Quiere usted que tarde un poco en entrar para que pueda decir sin reparo el calificativo que me pertenece?

MARGA. Entra, mujer.

LAURA Hola, hija... Buenas tardes, señor de Villegas...

EDUARDO Buenas tardes.

MARGA. Siéntate aquí. (Se han sentado todos y Amelia va sirviendo el té.)

AMELIA Señora... Margarita... Señor Villegas...

EDUARDO Muchas gracias.

CLARA A mí menos cargado.

SOFÍA Aquí tienes agua.

LAURA Hace calor. Yo hubiera preferido un helado.

EDUARDO Se puede mandar a buscar. ¿Verdad, señora?

DIRECTO. No haga usted caso; en cuanto estuviera aquí el helado, Laura preferiría el té. Prefiere siempre lo que no tiene.

LAURA ¿No lo decía yo? Como a la señora no le

bastaba un adjetivo para retratarme, ha empleado una definición. Ya me conòce usted, señor Villegas.

DIRECTO. Calla... ¿Tomáis té en España, Margarita?

MARGA. Sí, no he perdido la costumbre. Ya hay muchas casas donde á las cinco se sirve habitualmente; y algunas donde hay que pedirlo hasta en francés.

EDUARDO Es que a Margarita le gusta lucir lo aprendido, pero si se pide en español...

MARGA. También lo sirven, claro, pero...

DIRECTO. (Siempre dulcificando.) ¿Y cómo tomáis el té en España?

EDUARDO El té es allí una cosa más bien medicinal. Se toma con aguardiente, sin pan ni manteca...

LAURA Amelia no irá nunca a España.

DIRECTO. Pchst...

EDUARDO ¿Y a usted le gustaría ir a España, señorita?

LAURA Sí. En cuanto salga de la pensión iré... Si ustedes están en Madrid me enseñarán cuanto haya que ver y me llevarán a una corrida de toros con una mantilla que me prestará Margarita, y muchos claveles.

EDUARDO Que yo tendré el gusto de ofrecerle.

LAURA Ya me veo con mi mantilla colocada así, y los claveles...

CLARA Estarás muy en carácter.

EMMA Pues estará muy bien.

EDUARDO Yo no sé si puede decirse que estará usted encantadora. (Una corta pausa.)

DIRECTO. ¿Están ustedes contentos en su casita?

MARGA. ¡Qué buena ha sido usted alquilándomela! Era mi ideal. Nada más que cruzar la calle y ya estoy aquí.

EDUARDO Ayer, desde la ventana, las veía yo en la clase de labores.

DIRECTO. Por cierto que Sofía ha terminado ya su chaleco.

SOFÍA No ha quedado sino mediano.

MARGA. ¿Y el camino de mesa de Amelia?

AMELIA Pues no se acaba nunca.

EMMA Tiene más estaciones que el funicular.

MARGA. ¿Y tú, no haces nada, Laura?

LAURA Ya sabes que mi fuerte no es el bordado. Te pintaré algo sobre seda o terciopelo. Con el pincel se improvisa, salen cosas... Y si cae una mancha se la convierte en una rama o en una flor...

CLARA Con la aguja hay que tener más cuidado, más paciencia...

AMELIA No hay nada como un bordado bien hecho.

LAURA Bien hecho, sí, pero comprado hecho. Yo me gastaría una fortuna en encajes. Cluny, Venecia, Valenciennes, Malta, Malinas. ¡Me haría unas batas, unas salidas de teatro!

DIRECTO. ¡Laura!

LAURA ¿Es que las salidas de teatro son peores que las fundas de almohadas o que los pañuelos?

DIRECTO. (Levantándose.) Daremos una vuelta por el jardín.

EDUARDO No hace nada de frío.

DIRECTO. Las menores juegan todavía. Pueden ustedes ir a recoger el rebaño. Yo...

MARGA. Eso es.

EDUARDO ¿Y no hay ovejitas descarriadas?

DIRECTO. No, señor. Todas son buenas y obedientes. (Mirando a Laura.) Sí, alguna, a primera vista, parece un poco rebelde... Pueden ir, yo los alcanzo en seguida.

MARGA. ¡Qué gusto ver a las pequeñas! ¿Cuántas somos ahora entre todas?

AMELIA ¿Somos? Querrás decir sois.

DIRECTO. Amelia, te ruego que no puntualices de ese modo. Margarita sigue siendo nuestra. ¿Verdad que usted lo permite, señor Villegas?

EDUARDO Al contrario. Son cosas compatibles.

LAURA Pues contigo somos quince las ovejitas.

Pero sólo catorce duermen en el aprisco.

CLARA ¡Schoking!

AMELIA Si eso no es puntualizar...

SOFÍA ¿Vienes, Margarita?

MATILDE Vamos. (Salen. Margarita va entre Matilde y Sofía que se han cogido de sus brazos. Eduardo, detrás de ellas, las mira sonriente, y Emma va junto a él. Laura iba a seguirlos, pero la Directora le ha hecho un gesto para que se quede.)

DIRECTO. Me veo obligada a reprenderte.

LAURA ¿Qué he hecho de malo?

DIRECTO. Hay ciertas expresiones impropias de una señorita.

LAURA ¡Ah!... ¿Por lo del aprisco?

DIRECTO. No me ha parecido correcto.

LAURA Pero, señora, ¿es que Margarita pasa todavía las noches en su cuarto del colegio?

DIRECTO. La pregunta pasa ya de los límites... No, vamos... Es demasiado. ¿Qué habrá dicho el señor Villegas? ¿Qué pensará de esta casa, de ti?

LAURA Nada... No piensa más que en Margarita.

DIRECTO. Parece que te propusiste escandalizarle.

LAURA ¿Es que se asusta por tan poco?

DIRECTO. Lo de ovejitas descarriadas iba por ti. Ahí tienes la prueba de su censura.

LAURA Bien. No volveré a hablar una palabra.

DIRECTO. Casi sería mejor. ¡Ah, si conocieras los términos medios! Recoge esas flores para que sirvan para mañana y ve después al jardín, y mucho cuidado. Yo tengo que arreglar un pequeño conflicto en la cocina.

LAURA Descuide usted. (La Directora sube la escalerita y desaparece por la puerta. Laura empieza a recoger las flores, pero se cansa al momento, las tira sobre la mesa de nuevo y se sienta pensativa. Al cabo de un instante, como si sacudiera un ensueño se encoge de hombros y murmura.) ¡Bah! (Va a levantarse y, dando un grito de sorpresa recoge de sobre la silla un objeto: es la petaca que Eduardo ha olvidado. Laura la examina con lenta curiosidad, mira después a todos lados y,

decidida, saca un pitillo que enciende en la llama de la tetera y fuma.) ¡Ah, qué bien!... ¡Tabaco de Egipto!

Ha atardecido. Se oyen los cantos de las niñas que juegan fuera. EDUARDO entra por la puerta del fondo.

EDUARDO Laura, usted perdone...

LAURA (Sobresaltada, ocultando el cigarro y sin atreverse a hablar para no dejar escapar la bocanada de humo. ¡Hum!...

EDUARDO Usted perdone... He olvidado mi petaca. La saqué antes maquinalmente, pero comprendí que no debía fumar por si les molestaba el humo... y se conoce que en lugar de volverla al bolsillo fuí y la dejé caer... Aquí está. (Laura no puede resistir más y rompe a toser, dejando salir el humo por la nariz y por la boca.) ¿Qué tiene usted?

LAURA Nada... No es nada.

EDUARDO (Riendo.) Pero... ¡Cómo sale el humo!... ¿Quiere usted otro?

LAURA (Sin desconcertarse, mostrando el cigarrillo que tenía escondido.) No, vea usted.

EDUARDO (En camarada.) Entonces... ¿Enciendo yo también?

LAURA (Ofreciéndole lumbre.) ¿Por qué no? ¡Tendría usted unas ganas de fumar!

EDUARDO Una tortura. Yo por usted, por Emma, por la misma señorita Blanchet, me hubiera atrevido; pero esa yankee... ¿Cómo se llama?

LAURA Clara, princesa del celuloide.

EDUARDO Pues la princesa y Amelia son dos muchachas que tienen la virtud de azararme.

LAURA Lo comprendo. Son de lo más antipático...

EDUARDO ¿Eran amigas de Margarita?

LAURA No.

EDUARDO ¿Cuál era su mejor amiga?

LAURA ¿Quién desearía usted que lo hubiera sido?... ¿Emma?

EDUARDO ¿Por qué Emma?

LAURA Parece que jugamos a las preguntas... Es

que Emma parece nacida para escuchar secretos.

EDUARDO Y Margarita le contaba los suyos.

LAURA Como Emma es tan buena y tan... Margarita sólo le contaba algunos, la mitad.

EDUARDO Y los otros...

LAURA Ah, los otros me los contaba a mí.

EDUARDO De modo ¿que usted era la confidente de los secretos graves?... ¿Y cuáles eran?

LAURA No sé ya... Tonterías de ustedes.

EDUARDO Gracias.

LAURA Sí, pero esas tonterías que... (De súbito intranquila.) Vuelva usted al jardín en seguida... No vayan a sospechar...

EDUARDO No, afortunadamente dije que se me había olvidado el tabaco, y Pedro les está contando una historia que escuchan todas embobadas, hasta Clara.

LAURA No se fíe; esa...

EDUARDO Pero dígame usted, Laura... ¡Es tan interesante! ¿Cuáles eran esas tonterías, esos secretos?...

LAURA (Lanzando una bocanada de humo.) ¡Bah!... Las cartas de usted.

EDUARDO Las que no decomisaba Mademoiselle Blanchet.

LAURA Como usted era el prometido de Margarita, y la Directora contaba con el consentimiento de sus padres...

EDUARDO Por eso nunca me he explicado el decomiso... Además, la Directora interceptaba las cartas más inocentes, lo he visto ahora revisando los papeles de Margarita.

LAURA En primer lugar, la directora no tiene del corazón una idea muy allá... Claro que se figura... pero tiene cuarenta años y como soltera y protestante... Además, lee con mucha dificultad el idioma de usted.

EDUARDO Entonces...

LAURA Pues como le parecía que usted escribía demasido, decomisaba una carta sí y otra no.

EDUARDO (Riéndose.) Y siempre interceptaba la que escribía los jueves... la más tonta.

LAURA Tiene gracia... ¿De modo que usted es tonto los jueves?

EDUARDO Puede... Los domingos, que es cuando escribía la otra carta, soy más soñador. ¡Se aburre uno tanto los domingos!

LAURA Aquí en la pensión siempre es domingo.

EDUARDO ¿Tanto se aburre usted?

LAURA Ponga usted: «Tantísimo»... Así que me paso soñando la semana entera.

EDUARDO ¡Y que usted debe de tener una imaginación!

LAURA ¡Psch!... Me llaman *Cabecita loca.*

EDUARDO Leerá usted novelas.

LAURA Como no entran en la pensión sino de contrabando, las invento, es más cómodo.

EDUARDO Y más bonito... Porque a usted no se le puede ocurrir nada que no sea bonito.

LAURA ¿Usted qué sabe?

EDUARDO Basta verla.

LAURA Margarita es encantadora.

EDUARDO También usted.

LAURA Pero no tanto. No será usted capaz de decir que sí... (Laura espera que Eduardo conteste, y como éste guarda silencio, añade.) ¡También usted tiene una imaginación!... ¡Qué cosas escribía a Margarita!

EDUARDO ¡Ah!

LAURA Ella me las traducía. Creía usted escribir para una y leíamos dos.

EDUARDO ¡Qué cartas más dichosas!

LAURA A veces yo me figuraba que eran sólo para mí... ¡Qué tonta! Y como no le conocía aún, no había ningún mal en semejante hipótesis... ¡Huy, hipótesis! qué mal suena... Era un poco de ideal y de ensueño... ¿Por qué las cosas delicadas no han de ser para todo el mundo?... Soy un poco extraña, ¿verdad? Todo lo que es bello, lo que es dulce, lo que es grande, me parece mío. Me hago la ilusión, y me lo apropio.

¿Me comprende usted? Veo, por ejemplo, una de esas puestas de sol admirables que hay en los Alpes, y mis ojos abarcan de tal modo el paisaje y mi alma siente el crepúsculo con una ansiedad y una fuerza, que parece que el sol se pone y que el cielo se enciende para que Laura, *Cabecita loca,* yo sola, experimente algo: un placer, una melancolía... ¡Huy, qué tonta, pero qué tonta me pongo! ¡Qué loca soy!

EDUARDO (Cautivado.) ¿Loca?... Es usted un encanto... Si yo hubiera adivinado que mis cartas...

CLARA (Entra Clara por el fondo, sigilosamente.) ¡Ah!...

LAURA (Tirando el cigarrillo.) ¡Clara!

EDUARDO Me ha costado trabajo encontrar mi petaca. Gracias a Laura...

CLARA Sí, ya veo; ya... (Mirando el cigarrillo que humea sobre la alfombra.)

LAURA Vamos, señor Villegas.

EDUARDO Cuando usted quiera.

(Laura sale, seguida de Eduardo, después de mirar desdeñosamente a Clara. En cuanto se encuentra sola, Clara se precipita a recoger el cigarrillo, y casi al mismo tiempo aparece la DIRECTORA en la puerta de la escalerilla.

CLARA Es sencillamente vergonzoso.

DIRECTO. ¿Qué haces? ¿Eres tú, Clara?

CLARA Sí, señora.

DIRECTO. ¿Qué hay? ¿Qué tienes?

CLARA Señora, yo no sé si debo...

DIRECTO. Qué trágica te pones, mujer... ¿Qué ocurre?

CLARA Laura...

DIRECTO. Sois como el ratón y el gato; no os podéis ver. (Mientras hablan, la Directora ha descendido a la escena.)

CLARA Lo que pasa es vergonzoso, señora.

DIRECTO. A ver... Me asustas.

CLARA Laura estaba aquí, hablando a solas con el señor Villegas y... fumando.

DIRECTO. ¿Tú no sabes lo que te dices? ¿Fumando Laura?

CLARA (Mostrando el cigarrillo.) Mire usted.

DIRECTO. Es grave, muy grave. ¿Estás segura?

CLARA Los he sorprendido... El señor Villegas salió del jardín diciendo que había olvidado su petaca, y vino aquí... Y como pasaron diez minutos sin que volviera, yo... sospeché, vine y...

DIRECTO. Hiciste mal.

CLARA Y Laura estaba hablando muy cerca del señor Villegas, y tenía un cigarro en la boca, ¡como un soldado! Es una vergüenza.

DIRECTO. No es posible, tú no has visto bien, Clara.

CLARA Sí, señora, es la verdad; bien sabe usted que no sé mentir. El señor Villegas dió el pretexto de la petaca para...

DIRECTO. No, eso no. Lo que insinúas es casi una calumnia, y quiero ahorrarte la vergüenza de que la concluyas de decir. Mucho ojo, Clara. (Tranquilizándose de repente.) Ah, ahora que recuerdo, pues sí que es verdad... El señor Villegas sacó la petaca cuando tomábamos el té, y ante una ligerísima sonrisa mía, se contuvo, y, me parece verlo, dejó a un lado la petaca en lugar de guardarla... ¿Ves cómo has ido demasiado de prisa, cómo has juzgado mal? No podía haber pretexto alguno.

CLARA Será lo que usted quiera, señora.

DIRECTO. Tu empeño en denigrar a Laura me va pareciendo excesivo. Cualquiera diría que la envidias.

CLARA ¿Yo?

DIRECTO. Ella sería incapaz de hablar de ti como tú hablas de ella.

CLARA No me importaría... Lo único que yo sostengo es que hablaban muy juntos y que cuando yo entré ya llevaban diez minutos largos.

DIRECTO. Pongamos cinco. ¿Y qué? El señor Ville-

gas es un caballero y Laura una señorita intachable. Sois futuras mujeres de sociedad, y ser mundana no es una falta sino un mérito. Menos gazmoñería, Clara.

CLARA Yo le repito a usted que fumaba. No me crea si no quiere.

DIRECTO. Sí, pongo tu denuncia en cuarentena, tuya es la culpa... Yo lo averiguaré y si fuera cierto no dejaré de decir a Laura...

CLARA Le aseguro que...

DIRECTO. Calla... Vuelven las niñas... Yo pondré las cosas en su punto.

(Entran con barullo las niñas pequeñas que jugaban en el jardín, conducidas por la SEÑORITA JUANA. MARGARITA y EDUARDO vienen con ellas.

JUANA Ea, orden... Bastante habéis enredado en el jardín.

LUISA Era esta.

MAGDA. Era ella, señorita Juana.

MARGA. Nosotros nos vamos.

LAURA (En voz baja.) Dichosa tú.

EDUARDO Es la hora del estudio; estorbamos.

DIRECTO. No, pero como las niñas han de repasar sus lecciones... (A la señorita Juana.) Conduzca usted a las pequeñas.

JUANA Vamos, nenas.

MARGA (Acariciando a algunas mientras salen.) Adiós, monísimas... Cuidado con mancharos los dedos de tinta.

EDUARDO Adiós, pequeñas.

JUANA ¡Niñas!

LUISA Si es Magdalena.

MAGDA. Eres tú, eres tú...

JUANA Vamos ¡Silencio!

CLARA Yo voy a ayudar a la señorita. Hasta mañana.

MARGA. Adiós.

EDUARDO Buenas tardes. (Las niñas han salido por la puerta de la derecha. Clara las sigue.)

MARGA. Pobres pequeñas. Les espera la geografía, el inglés, la música... ¡Lo que estudiamos!

DIRECTO. ¡Lo que no aprendéis!

EDUARDO (A Margarita.) Vámonos, tú... No sabe irse cuándo viene, señora.

DIRECTO. Entonces, adiós.

MARGA. Hasta mañana.

EDUARDO Hasta la vista. Nuestra excursión al Saléve es el jueves, ¿no es eso?

DIRECTO. Sí, creo que sí... El sol tiene la palabra.

EDUARDO Habrá sol.

MARGA. (Aparte a Laura.) Te encuentro desanimada, Laura. ¿Qué te pasa?

LAURA Me aburro. El mejor día tomo el tren y...

(Entra EMMA por el fondo.)

EMMA Creíamos que os habíais ido ya.

EDUARDO Nos vamos, señorita. Pero antes arreglábamos lo de la excursión al Saléve.

EMMA No deje usted de llevar su «Kodack». Haremos grupos.

MARGA. (A Laura.) ¿Escribes todavía tus memorias?

LAURA La señorita Juana me las sorprendió y me las hizo trizas.

MARGA. Empiézalas de nuevo. ¿Tienes asuntos?

LAURA Hoy sí. (Rectificándose.) Vamos, hoy se me ocurren algunas cosas.

MARGA. Pues no seas tonta. (Viendo a los otros que ya se despiden.) Adiós.

LAURA Adiós.

EDUARDO Adiós, señoritas.

DIRECTO. Les acompaño hasta la reja... (A Laura y a Emma.) Vosotras podéis quedaros aquí.

(Margarita, Eduardo y la Directora salen por el fondo. En seguida Emma se acerca a Laura.

EMMA Laura, loca, ¿qué has hecho?

LAURA Nada.

EMMA Clara lo ha dicho.

LAURA Al fin tendré que darle un golpe a esa asquerosa.

EMMA Pareces un hombre... un hombre loco. Mira que fumar delante del marido de Margarita.

LAURA Y poco bien... ¡Tabaco de Egipto!

EMMA ¿Y lo confiesas? Prepárate cuando venga la Directora; verás cómo te besa para ver si hueles a tabaco.

LAURA ¿Y a mí qué?...

EMMA Ya sé que no te importa el reñazo. Pero si te castiga a no ir el jueves a la excursión...

LAURA (Con repentino interés.) Ah, eso sí que no... Espera. (Acércase a Emma después de haber echado el aliento varias veces contra una de las paredes.) ¿Huelo a tabaco?

EMMA ¡Puf! Como un inglés.

LAURA Pues verás. Corro en un momento a enjuagarme la boca.

EMMA Ve de prisa.

(Laura sube de prisa la escalerilla, y antes de que llegue arriba, entra la DIRECTORA por el fondo.)

DIRECTO. ¿Dónde está Laura?

EMMA Ahí la tiene usted.

DIRECTO. Ven, que te dé un beso, mujer.

LAURA Vuelvo en seguida, es sólo un minuto.

DIRECTO. (Subiendo la escalera detrás de Laura.) Oye; oye...

(Laura, riendo a carcajadas, desaparece, perseguida por la Directora, mientras que Emma dice con sorna.)

EMMA Sí, sí ...¡Como no la pilles!

(El telón cae rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el «restaurant» del hotel de la señora. Martín, en lo alto del Salève.

La propietaria vigila el servicio, entrando y saliendo a menudo por la primera puerta de la izquierda, tras la cual se ve una estantería llena de botellas. La sala es amplia, y por la puerta del fondo, precedida de escalinata y marquesina, se divisa una vasta perspectiva de los Alpes nevados.

(En primer término hay una mesa grande con periódicos, guías y un á[illegible], y en medio una estufa, junto a la cual la DIRECTORA y el SEÑOR VIEL hablan, al empezar el acto, esperando á que se reunan, para regresar, todos los alumnos y alumnas que han tomado parte en la excursión. La SEÑORITA JUANA cuida de MAGDALENA y de LUISA, que dormitan apoyadas en la mesa. Un PASTOR protestante toma silenciosamente un bock de cerveza en una de las mesitas del fondo.)

DIRECTO. (A la señorita Juana.) Ya le decía yo que esas pequeñas no debieron venir.

JUANA Como en ninguna de las excursiones se nos ha hecho tan tarde como hoy...

DIRECTO. Luego se van a enfriar.

VIEL Tendrán la culpa los muchachos; y eso que sólo he traído a los más formales.

DIRECTO. O las muchachas, vaya usted a saber.

JUANA Aquí vienen ya.

(Entran por el fondo, CLARA, AMELIA y FERNANDO.)

CLARA Somos las primeras; ya lo decía yo.

DIRECTO. ¿Y los otros?

FERNANDO Nos dividimos en dos grupos por...

CLARA Usted sabe cómo es Laura. Luego Emma

se pone como un tigre en cuanto se le dice algo a Laura.

DIRECTO. Bien. Hojead periódicos mientras vienen. (Al señor Viel.) La historia de siempre.

FERNANDO Pido un poco de libertad para fumar un cigarro; fuera se hiela hasta la lumbre.

CLARA Queda proclamada la libertad. (Las niñas se desperezan con sobresalto, pero, arrulladas por la señorita Juana, vuelven a quedarse dormidas.

JUANA Vosotras no tenéis nada que ver con la libertad. Dormid.

DIRECTO. Ha sido un disparate el traerlas.

JUANA Todas las noches cuesta un triunfo dormirlas, y hoy...

FERNANDO Los niños son así.

VIEL (Atendiendo a la puerta del fondo.) Parece que ya vienen. (A los que están más cerca de la puerta.) ¿Quiénes son?

AMELIA Gente que llega al cuartel general: Emma, Sofía, Andrés...

(SOFÍA, EMMA y ANDRÉS, entran.)

DIRECTO. ¿No vienen todas?

SOFÍA Somos sólo nosotras, señora... ¡Hace un frío!

ANDRÉS Los demás deben venir detrás.

DIRECTO. Con tal de que no se retarden mucho... La noche se echa encima.

SOFÍA Ha sido una puesta de sol magnífica. ¿La han visto ustedes?

CLARA (A Fernando.) Usted que se ha pasado dando vivas toda la tarde, ¿no propone otro viva al sol?

FERNANDO Veo que se burla usted.

CLARA No, no.

FERNANDO Es que hay días que se levanta uno alegre sin saber por qué. Hoy, por ejemplo, yo hubiera querido dar un viva a todas las cosas. Soy, meridional, señorita... ¿Es que no se puede ser meridional?

DIRECTO. No le haga usted caso, Fernando.

VIEL En mis tiempos sólo se podía ser aquello

que las señoritas permitían; éramos más galantes.

DIRECTO. Oh, por Dios; Fernando, lo mismo que todos sus discípulos, es la galantería misma... (A los que acaban de llegar.) ¿Cuándo se separaron ustedes de los que faltan?

FERNANDO (Aparte a Andrés.) ¡Me tiene ya cargado la yankee!

MATILDE Hace mucho rato; al salir.

SOFÍA Iban demasiado de prisa. Pero quería enseñarles no sé qué sitio.

DIRECTO. Ese Pedro siempre ha de hacer de las suyas. Ya estoy intranquila.

VIEL Aun tenemos tiempo; queda lo menos media hora para el último funicular.

ANDRÉS De aquí a la estación nos ponemos en un momento.

MATILDE Hay sus buenos diez minutos, no crea.

AMELIA (A Sofía y Matilde.) Ya veréis cómo llegamos tarde; y después de la merienda ridícula que nos han dado...

SOFÍA Hija, deberías casarte con un maitre d'hotel.

(El Pastor cruza lentamente la escena, entra por la primera puerta de la izquierda donde se supone que paga, y con su Biblia y su paraguas bien apretados bajo el brazo, vuelve a pasar y se marcha por la puerta del fondo. Clara se ha puesto a hojear el album.)

CLARA ¡Cuántas necedades tienen que soportar estos pobres albums!

FERNANDO A ver.

ANDRÉS ¿Ha leído usted lo que escribió hace un rato la señorita Laura?

CLARA Sí.

AMELIA Aquí hay algo escrito en español.

SOFÍA Si estuviera aquí Margarita...

CLARA O Laura, que es la traductora.

FERNANDO Yo puedo traducir si no es difícil; déme usted.

VIEL (A la Directora.) ¿Es que Laura sabe el español?

DIRECTO. Casi. ¡Se ha puesto a estudiarlo con un

ahinco! Es prodigioso lo que progresa cuando quiere.

MATILDE (A Fernando.) Qué, ¿puede traducir?

FERNANDO Veamos... «Saléve, 2 de marzo de 1912. Si toda esta nieve fuera horchata de chufas y se pudiera llevar a Madrid en verano, ¡qué negocio! Rafael Pérez.»

AMELIA No entiendo.

SOFÍA Debe de ser algo gracioso.

VIEL Sin duda pierde con la traducción...

CLARA Lean ustedes lo de Laura, verán.

ANDRÉS (Después de leer.) Al menos es sincera: le gusta corretear, ver la nieve desde la ventana de un cuarto tibio y perfumado oyendo chisporrotear la leña.

FERNANDO La señorita Laura es exuberante como yo. (A Clara.) Y usted, ¿no escribe?

CLARA Sí; pondré unos renglones en el pedazo de papel que dejó en blanco Laura. (Se sienta a escribir.)

MATILDE Y ustedes escribirán, ¿eh?

ANDRÉS Después que ustedes; las señoras siempre van delante.

SOFÍA Qué pícaros, para tener tiempo de pensar, ellos.

FERNANDO Para inspirarnos, acaso.

VIEL Ya debieran estarlo.

ANDRÉS (A Clara que ha concluído de escribir.) Léanoslo usted.

CLARA (Leyendo.) «Debemos aspirar a que nuestra alma pueda compararse a la nieve, pura e inmaculada.»

SOFÍA (Irónica.) Precioso.

FERNANDO (Aparte a Andrés.) Lo que es su cuerpo sí que puede compararse a la nieve.

ANDRÉS No será por lo blanco, ¿eh?

FERNANDO Claro.

AMELIA ¿Qué cuchichean ahí?

FERNANDO Decíamos que después de escribir ustedes yo no puedo poner en el album mi frase de costumbre: el señor Viel me llamaría poco galante, y esta vez con razón.

MATILDE ¿Tan fuerte es?

ANDRÉS No, verá usted: Fernando escribe entre dos grandes admiraciones y seguida de puntos suspensivos, nada más que una frase: «¡Y todo este papel estaba en blanco!...»

CLARA ¡Qué ingenioso!

FERNANDO Gracias.

DIRECTO. ¿Qué hora es?

VIEL Aun tenemos tiempo, señora.

(La SEÑORITA JUANA que desde hace un rato ha ido a mirar por la puerta del fondo, llega corriendo.)

JUANA Ya vienen, ya vienen...

DIRECTO. ¡Al fin!

VIEL Ya decía yo, señora.

(Todos se levantan; EMMA, MARGARITA y LEONARDO entran por el fondo.)

DIRECTO. ¿Y los demás?

EMMA ¿Cómo los demás?

MARGA. ¿Es que no están aquí?

DIRECTO. Laura, tu marido, el jardinero.

LEONARDO ¿Pero es que no han venido?

VIEL No bromear. ¿Dónde están?

LEONARDO Si no bromeamos...

EMMA Nos dejaron atrás porque querían ver con el señor Pedro no sé qué ventisquero.

DIRECTO. (A Margarita.) No debiste...

MARGA. Iban a un paso que era imposible seguirlos.

LEONARDO Como que creíamos hallarlos ya de vuelta.

DIRECTO. No debiste separarte de ellos, Margarita.

ANDRÉS Vendrán en seguida, señora. No hay peligro.

SRA. MAR. (Desde el mostrador.) Seguramente desde el mirador alto se les verá. Voy a darles un grito con la bocina.

MATILDE Vaya, sí.

(Sale la SEÑORA MARTÍN.)

VIEL No se intranquilice usted.

DIRECTO. Es tarde y ya debían estar de vuelta. Es la última que me hace Pedro, ese viejo loco.

CLARA El no tiene la culpa, señora; si los que van con él...

SOFÍA No les va a haber pasado nada malo.

VIEL Cálmese. Sin duda las reverberaciones de la nieve les han hecho creer que el día tardaba más en concluir.

LEONARDO A nosotros también se nos hizo de noche de pronto.

VIEL Habrán ido algo más lejos que lo preciso, nada más. Aun nos quedan diez minutos largos.

FERNANDO Sobra tiempo.

MARGA. Eduardo es incapaz de haber cometido una imprudencia.

EMMA Y Laura...

CLARA ¡Lo que es esa!...

DIRECTO. No me pongas más nerviosa, tú.

ANDRÉS Le aseguro que no hay el menor peligro.

VIEL ¡Qué ha de haber!

DIRECTO. Sí, sí, pero... ¡Estoy con el alma en un hilo! Usted comprende mi responsabilidad. Con sólo suponer...

JUANA No será nada, una falsa alarma, ya verá.

AMELIA Lo que es a cenar no llegamos.

MATILDE Estábamos todos tan alegres y tan buenos y ahora...

FERNANDO Debemos seguirlo estando. Cuando lleguen nos vamos todos a reir de esta impaciencia.

CLARA Por lo menos la excursión nos la han enturbiado con este retraso.

DIRECTO. Con esta zozobra...

(Entra la SEÑORA MARTÍN.)

VIEL ¿Qué?

EMMA ¿Se les ve?

SRA. MAR. No se ve nada; he mirado con el anteojo y nada... La noche viene obscura.

VIEL Sin duda no ha mirado usted bien.

SRA. MAR. Sí, sí... Y allá arriba he tenido un miedo, una cosa...

DIRECTO. ¿Pero vió usted algo?

CLARA Diga lo que sea.

SRA. MAR. No... Es que recordé lo que le pasó a la señorita Voisín, la que tenía un pensionado aquí cerca antes de que usted y la señorita Richard vinieran a Ginebra; usted la conoció, señor Viel.

VIEL Sí, la pobre... Cállese.

DIRECTO. No, dígame, dígame.

SRA. MAR. Fué una alumna, que se le...

CLARA ¿Que se le escapó?

SRA. MAR. Peor... Una alumna que se le suicidó. Tuvo la culpa un hombre, como siempre; el hijo de un relojero.

VIEL Cállese, señora Martín. ¿No ve usted? A sus años debiera ser más oportuna. (Las fisonomías han ido ensombreciéndose poco a poco y el vago soplo del terror que circula entre todos contrasta con la alegría de antes. De súbito la Directora se siente mal, lanza un grito y tiene un principio de congoja. Todos la atienden.)

FERNANDO Eter.

VIEL Traiga usted coñac.

SRA. MAR. Voy.

CLARA Frótenle las sienes.

SOFÍA Así.

ANDRÉS Dele a oler ahora.

MARGA. ¡Pobre señora! ¡Qué disgusto!

MATILDE Ya vuelve en sí.

VIEL Hay que ir a buscarlos.

LEONARDO Vamos nosotros.

CLARA Todos.

VIEL En un solo grupo. Den la vuelta al hotel sin alejarse, llamándoles en todas direcciones.

ANDRÉS Sí, vamos, vamos. (Van saliendo por el fondo.)

JUANA ¡Y esos angelitos sin despertar!

VIEL Llévelos ahí dentro; que no vean.

JUANA Sí, señor... Ayúdeme, señora Martín. (La señora Martín y Juana cogen a las niñas y salen.)

DIRECTO. (Entre sollozos.) ¡Esa muchacha... esa pobre niña!

EMMA Siento una angustia aquí; parece que me avisa el corazón.

VIEL Vayan con ellos.

MARGA. Yo solo tuve miedo un instante, me contagiaron. Pero tengo la certeza de que a Eduardo no le ha pasado nada... No podría yo estar tan tranquila.

VIEL Tiene razón. Esto es una montaña de azúcar y no hay peligro... Vaya usted también. Sola se sosegará más pronto. (A la Directora.) Vamos, sea usted razonable... calma. (Margarita sale. Solo quedan en escena la Directora y el señor Viel, que trata de confortarla. En seguida se oyen los gritos de los que han salido a buscar a los que faltan; Margarita llama a Eduardo, Emma a Laura; algunas voces llaman al señor Pedro, y los gritos se van alejando lentamente hasta extinguirse.)

VIEL Estoy seguro de que no les ocurre nada; verá usted.

DIRECTO. Esas voces me dan escalofríos... Me parece algo fúnebre... No olvidaré en mi vida la tarde de hoy.

VIEL Mientras vuelven, que volverán, ¿puedo tomarme la libertad de darle un consejo de amigo, de colega?

DIRECTO. Dios le oiga... Ya lo creo. ¡Si no pudiera usted aconsejarme!... Usted no me conoce de hoy...

VIEL Por eso... Hace poco oí una conversación entre algunas de sus alumnas y mis muchachos. Yo no escucho detrás de las puertas, pero sí detrás de los árboles, cuando se presenta ocasión.

DIRECTO. Me tiene usted en ascuas.

VIEL No es nada grave. Criticaban a la italianita diciendo que... no sé si atreverme; a veces los jóvenes dicen cosas que nosotros mismos...

DIRECTO. Concluya.

VIEL Decían que Laura coqueteaba con el ma-

rido de esa señora. La yankée era la más vehemente.

DIRECTO. Eso es una indignidad; esa Clara va a tener que oirme. Le aseguro a usted...

VIEL Yo no digo nada; repito lo que oí, porque creo útil que usted lo sepa.

DIRECTO. Laura es aturdida, pero es incapaz de una incorrección.

VIEL Confiéseme que hace poco tuvo usted también un mal pensamiento.

DIRECTO. ¿Yo?

VIEL Sí; se lo conocí en los ojos; cuando Clara dijo no sé qué de fuga.

DIRECTO. (Confusa.) Sí, es verdad... Pero pasó en seguida. ¡Figúrese si la conoceré! Las conozco a todas como si fueran mis hijas; casi lo son.

VIEL Ni a los hijos se les conoce hasta ese punto, amiga mía. Usted es soltera y no lo sabe; yo tuve dos hijos y... Hay que ser prudentes, muy prudentes.

DIRECTO. Yo lo soy.

VIEL Toda prudencia es poca.

DIRECTO. Veo que me reprocha usted. Es un día de prueba para mí.

VIEL No es reproche.

DIRECTO. ¿Piensa que hago mal en recibir en la pensión visitas de recien casados?

VIEL Si usted me lo permitiese, sí.

DIRECTO. Todas lo hacen; es una costumbre en la que ciframos algo de orgullo; las visitas de las alumnas después de casadas, ha llegado a ser como una prueba del cariño que supimos inculcarles. Todas las directoras las admitimos y nunca ocurrió nada.

VIEL Se están haciendo años y años las cosas mal, sin que pase nada, y un día...

DIRECTO. Aquí estuvo Ivona Poncet hace dos años, sin ir más lejos.

VIEL Entonces la cabecita loca de su colmena tenía dos años menos, y en esa edad dos

años cuentan mucho, hay que hacerse cargo. Además, el marido de esa señora, si no recuerdo mal, era un tipo rechoncho, con lentes.

DIRECTO. Sí.

VIEL Yo tengo mis razones para encontrar mal esas visitas. Los recien casados, son—¿cómo les diré yo?—son el Amor y la Ilusión que llegan de visita y se van despertando deseos y levantando nostalgias. Es ridículo, pero... Ciertas cosas hay que decirlas en lenguaje florido para que no resulten inconvenientes.

DIRECTO. Tiene usted razón. Nunca había pensado en ese peligro, y, sin embargo... Todas las cabecitas de mi colegio se han puesto a soñar; todas han cambiado un poco. Hay días en que me parece que las mayores han dormido mal, o en que unas están alegres, como un poco excitadas, y otras muy serias, pensativas.

VIEL ¿Ve usted?

DIRECTO. ¡Bendito señor! Ha conseguido usted, con esta nueva inquietud, hacerme olvidar un momento mi angustia. ¿Cree usted que puede haberles pasado algo?

VIEL No lo creo. Aquí está la señorita Juana.

(Entran por la izquierda la SEÑORITA JUANA y la SEÑORA MARTÍN.)

JUANA Vienen todos, señora. He oído la voz de Pedro.

SRA. MAR. Vienen muy despacito.

DIRECTO. (Al señor Viel, que la contiene.) Déjeme ir.

JUANA Creo que Fernando ha echado a correr hacia acá.

VIEL Calma, calma.

(Llega FERNANDO, jadeante.)

JUANA Aquí está.

DIRECTO. ¿Pasa algo? No nos lo oculte usted.

VIEL ¿Verdad que no?

FERNANDO No es nada. Ha sido un pequeño accidente, de veras... Se lo juro.

JUANA Pero...

FERNANDO La señorita Laura se ha torcido un pie. Sólo eso.

DIRECTO. ¿No nos engaña?

SRA. MAR. ¡La pobre!

FERNANDO Una luxación; una dislocación de nada.

SRA. MAR. Ya la traen.

VIEL (A la Directora.) No se mueva usted, tenga serenidad.

DIRECTO. ¡Señor, señor!...

FERNANDO (A la señora Martín.) Haga el favor de traer un sillón; la silla larga de mimbres.

SRA. MAR. En seguida. (La señora Martín sale por la izquierda. Poco a poco, según las indicaciones del diálogo, van llegando por el fondo CLARA, SOFÍA, MATILDE, MARGARITA, AMELIA y LEONARDO. Detrás, casi en brazos de EDUARDO y de ANDRÉS, viene LAURA; el SEÑOR PEDRO y EMMA vienen junto a ellos. Cuando entran, ya la señora Martín ha traído la silla de mimbres.)

CLARA No ha sido nada.

MATILDE Fué que perdió pie.

SOFÍA Dos veces se ha desmayado la pobre.

DIRECTO. Quiero verla, déjenme.

VIEL A ver: aquí el sillón.

SRA. MAR. Ya está.

LEONARDO Dicen que ni siquiera se quejó cuando entre Eduardo y el señor Pedro le pusieron el hueso en su sitio.

JUANA Ahora bien se queja. (Entra el grupo.)

ANDRÉS Paso.

VIEL Sentadla aquí.

EMMA Laura, soy yo... ¿Te duele mucho?

EDUARDO Tranquilícese, señora; es muy doloroso, pero no es grave.

DIRECTO. (Acudiendo a besar a Laura, a quien han acomodado en el sillón.) ¡Hija mía!... ¿ves, hija? Dime cómo ha sido.

MARGA. Déjela descansar un poco.

AMELIA Denle algo para que se reanime.

DIRECTO. (Al señor Pedro.) Venga usted acá, no se

me esconda. Ya le dije que lo hacía responsable.

PEDRO Si la señora me permite...

LAURA ¡Ay!... ¡Ay!...

SOFÍA ¡Cómo se queja!

EDUARDO El jardinero no tiene la culpa; en tal caso yo...

PEDRO Los señoritos llegaron conmigo a la cumbre porque la señorita Laura quería que le enseñase un lugar donde hace muchos años ocurrió un... otro accidente. Donde estábamos no hay peligro ninguno, sólo a este lado (Señalando a la derecha.) un talud de ocho o diez metros con nieve en el fondo... Yo lo señalé, lo advertí, pero ella iba delante con el señorito Eduardo, y...

CLARA ¡Ah!

PEDRO Y de pronto la ví desaparecer... Yo sabía que no había peligro, pero sentí miedo; una de las pocas veces que he tenido miedo en mi vida, señora... Corrimos, y aquí el señorito, como es más joven, llegó antes.

EDUARDO Desde el borde usted me ayudó con su bastón.

PEDRO Poco fué. Cuando yo llegué, ya usted la había cogido igual que si fuera una muñeca. Estaba desmayada... Luego, entre los dos, le arreglamos el pie y la trajimos en brazos, despacito, más de una legua.

EMMA ¡Mi pobre Laura!

DIRECTO. ¿Ve usted? Yo le tenía advertido.

CLARA (Aparte a Amelia.) Fué ella quien se tiró para que él la sacara.

AMELIA ¡Oh, Clara!

MARGA. (A Eduardo.) Tú no te lastimaste, ¿verdad?

EDUARDO El caso no habría sido sino de risa si Laura no se hubiera dislocado el pie.

JUANA Tiene toda la pierna hinchada, señora.

VIEL Ha sido una imprudencia.

DIRECTO. Lo que es ésta es la última, señor Pedro.

PEDRO Disponga usted, señora Directora. Si ha de despedirme, más vale que me lo diga aquí y así me ahorraré de bajar a la ciudad... Prefiero quedarme a morir entre la nieve a salir de aquel jardín donde juegan las niñas, sabiendo que salgo por última vez.

MARGA. Discúlpelo usted.

SOFÍA Sí...

PEDRO Echarme del colegio es matarme, señora.

DIRECTO. ¡Bien sabe usted defender su causa! Más le valiera...

LAURA (Desde su sillón, débilmente.) Señora.

AMELIA La llama. (La Directora acude y habla bajo con Laura y con Emma, que no se ha separado un instante del sillón. Los demás siguen en primer término.)

VIEL Hay que pensar en el regreso.

FERNANDO Lo que es el funicular...

SRA. MAR. Yo mandé al camarero para que hicieran el favor de esperar cinco minutos; como es el último y no baja ya nadie...

DIRECTO. (Volviendo al señor Pedro.) Le debe usted el perdón a ella. ¡Si tuviera cabeza como tiene corazón!...

VIEL Vamos a ver cómo arreglamos el viaje.

DIRECTO. ¿Tú podrás ir despacito, nena?

LAURA Sí, tal vez. (Intenta levantarse, ayudada por Emma, pero el dolor la hace dar un grito y cae de nuevo en el sillón.)

EMMA ¡Mi pobre Laura!

VIEL Imposible, señora; sería exponerla.

DIRECTO. ¿Qué hacer entonces?

VIEL Si usted me lo permite, yo dispondré todo... Usted y las niñas, toman ahora con nosotros el funicular. Si usted falta a la pensión, se abultaría la cosa, se harían comentarios que siempre perjudican a los colegios... Yo arreglaré el modo de

que pongan un vagón a disposición nuestra, y después, cuando ya haya usted albergado a su rebaño, volvemos con una camilla para trasladarla, sin riesgo, de aquí a la estación... Demos la menos publicidad posible al asunto. Cuento con la discreción de todos. (Todos asienten. Sofía y Matilde salen por la izquierda.)

DIRECTO. Pero, ¿cómo se queda aquí esta niña, señor Viel?

SRA. MAR. Yo la atenderé en cuanto haga falta.

VIEL Y usted, señorita Juana, si la directora no ordena otra cosa, se quedará aquí también.

MATILDE Yo le acostaré a las pequeñas.

MARGA. Nosotros también nos quedamos.

VIEL No hace falta; gracias.

MARGA. Sí, nos quedamos. ¡No faltaba más! Nadie nos espera... ¿verdad, Eduardo?

EDUARDO Tú dispones. Si somos útiles, con verdadero gusto.

DIRECTO. (Dubitativa, al señor Viel.) ¿Qué le parece a usted?

VIEL Pueden quedarse.

EMMA ¡Y yo, señora, yo!...

VIEL No, señorita Emma; nadie más. Perdóneme, pero no es conveniente. (A los muchachos.) Vamos, en marcha.

DIRECTO. ¿Y Sofía y Matilde?

AMELIA Han ido a buscar a las pequeñas.

ANDRÉS Nosotros las llevaremos en brazos de aquí a la estación.

FERNANDO Verán qué buenas niñeras hacemos.

EMMA (Desde la cabecera de Laura.) ¡Pschs!

JUANA ¿Qué pasa?

EMMA Se ha quedado dormida; silencio.

EDUARDO (A Margarita.) Voy con ellos hasta el funicular; vuelvo en seguida.

DIRECTO. A usted se la dejo, señorita Juana.

JUANA Descuide.

EMMA Dígale que no me dormiré hasta que la lleven.

DIRECTO. No la besamos para no despertarla.

VIEL Ese reposo le hará bien.

(Andrés y Fernando, que han entrado, traen en brazos a las dos pequeñas, y todos van saliendo por el fondo. La señora Martín, la señorita Juana y Margarita quedan con Laura.)

JUANA ¡Qué tarde de angustias!

MARGA. La pobre señora, ¡cómo ha sufrido!...

JUANA Hay que ir preparando unas mantas para que vaya bien abrigada en la camilla.

SRA. MAR. Arriba tengo todo lo necesario. ¿Quiere usted ayudarme, señorita Juana?

JUANA Con mucho gusto.

MARGA. Vayan tranquilas; yo me quedo con ella.

SRA. MAR. Si ocurriera algo no tiene más que darnos una voz.

MARGA. Sí. (La señorita Juana y la señora Martín salen. Margarita se acerca al sillón de Laura y se queda contemplándola un momento. Laura despierta.)

MARGA. ¿Te he despertado?

LAURA No, sentí una sombra encima de los párpados, y eras tú.

MARGA. ¿Te duele aún?

LAURA Sí... ¿Te asustaste pensando que hubiera sido él?

MARGA. Estaba tranquila; tenía el presentimiento.

LAURA Le quieres mucho, ¿verdad?

MARGA. Mucho.

LAURA ¿Mucho, mucho?

MARGA. Figúrate. Es mi deber.

LAURA Yo no podría querer a nadie por deber; sino porque sí.

MARGA. Porque lo quería es mi marido; la cosa es bien sencilla.

LAURA Sencilla como una fórmula, tienes razón.

MARGA. ¡Mira que eres!

LAURA Te has casado con Eduardo como te podías haber casado con otro; pero sin que una pasión te lanzara hacia él, precisamente hacia él. Una cosa es querer y otra es amar... (Quejándose.) ¡Ay... ay!...

MARGA. ¿Te duele?

LAURA Sí; pero no importa.

MARGA. ¿Quieres que llame, que?...

LAURA Quiero que sigamos hablando.

MARGA. Temo fatigarte.

LAURA ¿De modo que lo quieres?...

MARGA. Con toda mi alma, mujer.

LAURA El alma es como la fuerza: hay quien no levanta con las dos manos lo que otro levanta con un dedo. Decir «toda el alma» es poco; hay que saber si es un alma fuerte, volcánica, o un alma burguesa.

MARGA. Yo debo ser de las burguesas, y él está contento, ya ves.

LAURA Y tan burguesa... No hablas de amor, sino de deber. Ya te veo con un manojo de llaves a la cintura, midiendo el vino en la bodega y con seis hijos a la vuelta de seis años.

MARGA. Y no te equivocas... es decir, sí; seis chiquillos son muchos. Pon tres, y de dos en dos años, para que hagan bien la escalera.

LAURA (Incorporándose con ansiedad.) ¿Y... ya?

MARGA. ¡Qué preguntas tienes!

LAURA Dímelo... ¿Sí o no?

MARGA. ¡Que tú ruborices a una mujer casada!... Todavía no.

LAURA ¡Ah!... (Pequeña pausa.)

MARGA. ¡Quién nos iba a decir esta tarde!... Y es que la vida nos va dando sorpresas.

LAURA Tú sabías desde hace mucho tiempo que ibas a ser feliz.

MARGA. ¿Te acuerdas cuando hablábamos de mi boda en la pensión?

LAURA Fuísteis novios desde niños... ¡Dichosa tú que has tenido una familia que iba preparándote la felicidad mientras jugabas a las muñecas!... Tu padre y el de Eduardo han hecho juntos sus negocios.

MARGA. Tienen aún su casa de banca.

LAURA (Irónica.) Y ahora la han puesto un piso más y ascensor, con vuestro matrimonio. ¡Es un encanto de poesía y de sentido práctico!

MARGA. ¿Por qué te burlas?

LAURA (Huraña.) Me duele mucho la pierna y tengo sueño, déjame.

MARGA. ¿No quieres oirme?

LAURA Déjame dormir; haz el favor. (Laura ha cerrado los ojos. Margarita la contempla un instante. Se oye una voz que llega por la puerta de la izquierda: es la señorita Juana que pregunta desde arriba y Margarita se acerca a responderle.)

MARGA. Sí... Acaba de volverse a dormir... Bueno... Podéis concluir con calma; estando yo... (Va de nuevo hacia el sillón de Laura. EDUARDO aparece en el dintel de la puerta del fondo.) ¿Cómo vienes tan pronto?

EDUARDO Me encontré al camarero que volvía, y por no hacer solo el camino... ¿Cómo sigue?

MARGA. Figúrate. Acaba de dormirse. Está nerviosa. Ella que ya necesita de poco...

EDUARDO El caso es para estarlo. Yo me rompí una vez este brazo jugando al «foot ball», y te aseguro que no fuí tan sufrido.

MARGA. La mujeres sabemos aguantar más los dolores.

EDUARDO Estoy cansado. ¿Me dejas fumar?

MARGA. Puede molestar el humo a Laura.

EDUARDO ¡Qué ha de molestarle! Es decir... me figuro que no. Hoy solo he fumado seis cigarrillos; me parece que no abuso. ¿Me dejas?

MARGA. Fuma, hijo... pero siéntate allá. Hoy no hemos podido hablar casi. ¡Tengo unas ganas de que estemos de vuelta!

EDUARDO ¿Ahora sales con eso? Poco que nos mareaste para conseguir que el viaje de novios fuera aquí.

MARGA. Pues tengo que hacerte una confesión:

Estoy tan aburrida de Ginebra como tú. Yo no sé si es que una cambia, porque las cosas no pueden cambiar en tan poco tiempo, pero el caso es que he encontrado todo más... no sé qué menos agradable de lo que pensaba.

EDUARDO Siempre pasa lo mismo. No se debía volver a los sitios de dónde guardamos un buen recuerdo.

MARGA. ¡Hoy la Directora me trató como si yo fuera todavía una chiquilla, y delante de todas! ¡Ya ves qué culpa tenía yo de que vosotros hubiérais ido tan lejos. Además... Yo no soy celosa, tú lo sabes, pero.... ¿Sonríes?

EDUARDO Sonrío del *pero*.

MARGA. Sí, chico. Aquí todo son advertencias, como si el matrimonio fuera una feria de arrebata capas, y en cuanto una volviera la cabeza se fuera a quedar sin marido. Se creen que soy tonta y no lo soy; lo que pasa...

EDUARDO ¿Es que te han dicho algo en concreto?

MARGA. No; indirectas, puyas... Clara y Sofía. ¡Como ellas no saben lo seguro que estamos el uno del otro!...

EDUARDO Claro, nenita.

MARGA. Y eso que hoy... Casi estoy descontenta de ti.

EDUARDO ¿De mí?...

MARGA. Sí, señor; otros días aprovechas cualquier ocasión, cualquier descuido, para besarme. Anteayer a poco nos pilla la señorita Juana. ¿Te acuerdas?

EDUARDO Yo creo que nos pilló y que se hizo la tonta.

MARGA. Tal vez... ¿Sigues fumando?

EDUARDO (Tirando el cigarrillo.) Ya está.

MARGA. No es eso solo. Veo que no comprendes las indirectas... De sobra que compren-

des, pero te haces el sueco para que te regale los oídos.

EDUARDO No, de veras.

MARGA. ¡Eso de que a los dos meses de casada se tenga que mendigar un beso así!

EDUARDO (Levantándose.) Nenita, mira que soy torpe. ¡Con lo bonita que estás hoy!...

MARGA. ¡Ven acá, despegado! (Le abre los brazos. En el momento que Eduardo la va a besar, Laura se rebulle muy intranquila en el sillón. ¡Cuidado!

EDUARDO Espera.

MARGA. ¡Qué oportunidad!

EDUARDO ¿Habrá visto?

MARGA. Debe de tener frío, ¡la pobre!

EDUARDO La estufa está medio apagada.

MARGA. Arriba están la señorita Juana y la del hotel. No sé qué hacen que no bajan. Fueron a preparar unas mantas para cuando venga la camilla. Voy por una.

EDUARDO Anda, sí. (Sale Margarita por la izquierda. Durante las dos últimas frases Eduardo estaba de espaldas a Laura; al quedar solo se vuelve hacia ella y la encuentra con los ojos abiertos.) Perdone usted; la hemos despertado.

LAURA No.

EDUARDO Hablamos demasiado fuerte; costumbre española.

LAURA No estaba dormida.

EDUARDO ¡Tenía usted bien cerrados los ojos! Nos ha expuesto a una indiscreción.

LAURA Los cerré porque no tenía ganas de hablar. Luego, cuando llegó usted, quise ser curiosa y bien castigada fuí.

EDUARDO Vuelva a cerrarlos con confianza.

LAURA Si los he abierto es que ya la charla no me aburre.

EDUARDO Gracias.

LAURA Para dárselas precisamente me alegro de estar sola. No quería que entre mi salvador y yo hubiera figurones que hicieran la escena ridícula.

EDUARDO ¡Oh, su salvador!... Me parece que exagera usted mucho.

LAURA Déjeme que le llame salvador. Hay nombres dulces... (Saboreando las palabras.) ¡Mi salvador!... Ya ve usted: cuando caí con la cara hundida en la nieve, sin ver nada, al sentir las dos manos que me cogían... no pensé ni un segundo siquiera que pudiera ser el señor Pedro.

EDUARDO ¡Oh!...

LAURA Y en medio del dolor, la impresión de sentirme salvada por usted, me era agradable... y casi me olvidaba del sufrimiento. Debí ser más fuerte y no desmayarme.

EDUARDO (Turbado.) Ahora no le duele mucho; dígame... La Directora vendrá con el doctor muy pronto, y entonces...

LAURA Me duele, sí; ¡qué importa! Toda mi vida bendiciré este dolor. ¡Toda la vida! ¡La vida insulsa, que dura y dura, mientras los momentos que valen la pena se escapan sin que podamos evitarlo!

EDUARDO Laura, se excita... tal vez delira usted. Cálmese; trate de dormir. Es usted muy niña y muy buena; sea también obediente.

LAURA Niña y buena... ¡Dichosas las que se oyen llamar otras cosas!

EDUARDO ¿Qué quiere decir?

LAURA Bonita, por ejemplo... Hace poco se lo llamaba usted a quien tiene derecho, a quien cumple el deber de quererlo, bien lo sé... ¡Yo que nunca había sentido envidia de las que eran bonitas, y ahora!...

EDUARDO Usted sabe bien que lo es.

LAURA Ahórrese la cortesía, Eduardo... ¿Me permite usted dos confidencias?

EDUARDO Cálmese, Laura.

LAURA (Sin oírlo.) Anteayer escribía yo en mi diario estas palabras: «¡Ser bonita; más bonita que todas las mujeres; poder dar

en una sola hora lo que ninguna mujer en toda la vida ha dado a ningún hombre!»

EDUARDO Me da al mismo tiempo pena y me...

LAURA (Anhelante.) ¡Eduardo!

EDUARDO No, me da solo mucha pena oirla. Cállese ya, Laura.

LAURA Le he dicho a usted una sola confidencia; falta otra aún.

EDUARDO Laura, cabecita...

LAURA (Cortándole la frase.) Cabecita loca, dígalo usted... No es mi cabeza, es mi corazón quien lo está.

EDUARDO Vamos, dígame usted la otra confidencia, pero no se exalte; ya ve que la escucho.

LAURA La otra confidencia es menos exaltada, como dice usted, pero es más honda: Hice que iba a despertar antes, cuando estaban aquí los dos, porque no quería que delante de mí...

EDUARDO ¿Llora usted? Me da usted un gran disgusto, Laura.

LAURA Es la pierna... suponga usted que es el dolor de la pierna lo que me hace llorar.

EDUARDO ¡Laura!... Silencio. Me parece que bajan... Cálmese.

LAURA (En voz queda.) Un favor; uno solo... No diga a nadie que hemos hablado.

EDUARDO ¿A qué ese misterio? ¿A qué?...

LAURA Si algo me quiere, si algo me estima, no lo diga usted.

EDUARDO ¡Laura! Yo no puedo; eso no debe ser.

LAURA Que esta conversación sea algo íntimo y triste, que quede entre nosotros.

EDUARDO (Apremiante.) Ya baja.

LAURA Es lo único que le pido, Eduardo.

EDUARDO ¡Silencio! (Laura deja caer la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. MARGARITA aparece en la puerta de la izquierda y pregunta:)

MARGA. ¿Se ha despertado?

EDUARDO (Sin mirarla, con voz muy tenue.) NO. (Laura sonríe al oir la respuesta. Margarita avanza de puntillas y se acerca de nuevo para besar a Eduardo; pero Laura, que se incorpora violentamente, lo estorba otra vez. El telón ha comenzado a caer desde la última frase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo "hall" del primer acto. Es media tarde; la hora de la clase de las labores.

(La DIRECTORA habla junto a la puerta del jardín con la SEÑORITA JUANA, mientras que CLARA, AMELIA, MATILDE, SOFÍA, EVA y JULIA cosen o bordan sentadas en sillitas bajas. Hay una sillita vacía, la de Emma, sobre la cual está su cestito de costura.)

DIRECTO. (A la señorita Juana.) Vaya usted a recoger a las pequeñas; yo voy en seguida.

JUANA Está bien, señora. (La señorita Juana sale por el fondo.)

DIRECTO. A ver vosotras si concluís. Ya que hoy va a ser corta la clase, que sea aprovechada; muchas puntadas y pocas palabras.

AMELIA ¿No íbamos todas a adornar la mesa?

DIRECTO. Con que se empiece una hora antes, basta. Además, Margarita y su marido no son invitados extraordinarios.

SOFÍA Como es la última vez que vienen a comer con nosotras...

DIRECTO. De todo habrá tiempo; a concluir. Me acuerdo perfectamente dónde dejo la labor de cada una. Veremos cuál es la menos parlanchina. Ah, en cuanto baje Emma, que está con Laura, que vaya a verme.

CLARA Está bien, señora.

DIRECTO. Ea, a trabajar. (La Directora sale, y en segui-

da Sofía, alzando la cabeza y dejando en paz a la aguja, empieza la charla.)

SOFÍA — Estoy de este chaleco... Es mi verdadera camisa de fuerza.

EVA — Pues lo que es yo... (La Directora, que acechaba, se asoma e interrumpe la frase. Hay risas sofocadas.)

DIRECTO. — Habías de ser tú, Sofía; no puedes negar que eres hija de un orador.

SOFÍA — Si fué que...

DIRECTO. — Silencio. Quietas las bocas y listas las manos. La que no borde ahora, va a tener que bordar mientras comemos las demás; queda dicho. Habrá que castigaros como a las pequeñas. (Sale. Al oir la amenaza Amelia se aplica a la labor; y durante un momento todas trabajan con ahinco. Poco a poco la actividad se va haciendo menos seria y algunas cabecitas se alzan para ver si la Directora sigue aun expiando.

JULIA — Se fué ya.

MATILDE — No fiaros.

EVA — Mira que hacernos bordar hoy...

SOFÍA — Yo quisiera saber quién inventó la aguja.

MATILDE — Dichosa Emma, que se ha librado hoy.

CLARA — Es que hay privilegiadas en la pensión.

JULIA — Se libró porque está cuidando a Laura, que no se encuentra bien.

CLARA — Para correr por el jardín y andar siempre de secretitos con el señor Pedro, sí está buena.

SOFÍA — Pero si no es del pie; si es que le ha dado hoy una jaqueca.

AMELIA — Bastante tiene con no asistir a la comida.

SOFÍA — ¡Gracias a Dios que hablas, mujer! (Risas.)

MATILDE — Tú le tienes demasiada rabia. ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotras?

CLARA — Nada.

AMELIA No se odia a una persona porque sí, y vosotras os odiais; eso se ve.

CLARA Yo siempre he sido correcta con ella.

SOFÍA Te la comerías correctamente si te dejaran.

CLARA Nuestras razas son tan diferentes... A nosotros, que hemos enseñado la democracia al mundo, nos repugnan los favoritismos.

EVA Hablas como una sufragista.

MATILDE ¿Favoritismos?

CLARA Sí; aquí los hay. Yo siempre he tenido que sufrir la predilección de mademoiselle Blanchet por Laura.

SOFÍA Pues nosotras no nos damos cuenta, hija.

CLARA El primer año que estuve aquí, mi tío John me había ofrecido regalarme seiscientos dollares y una pianola si ganaba el premio de francés. Yo estudié todo el curso, y luego el premio fué para Laura.

JULIA Eso ya no es cuestión de razas, sino de inteligencias.

MATILDE Tiene razón.

CLARA Inteligencia para el mal. Si supiérais de ella lo que yo, no la defenderíais así.

SOFÍA Ya te hemos dicho que hablar sin pruebas es calumniar.

CLARA Algún día podré daros esas pruebas.

(EMMA aparece en el rellano de la escalera.)

JULIA Psch...

MATILDE No hablemos más de ella; Emma está ahí.

EMMA (Desde arriba.) ¿Coseis aún?

SOFÍA Un discurso entre dos puntadas, ya ves.

AMELIA (Volviendo a levantar la vista del bordado.) Una especie de sandwich.

EVA ¿Cómo sigue Laura?

EMMA No es nada. Dice que le duele mucho la cabeza y no quiere bajar al comedor. Allí se queda hablando con Pedro.

CLARA ¿Le han llevado ya hoy las flores a Margarita?

EMMA — Precisamente Pedro las va a llevar ahora. Subió con el ramo a darle a Laura un jazmín italiano que se abrió hoy.

CLARA — Todos los días encuentra el jardinero jazmines o *rosas-pretextos* para cuchichear con ella.

EMMA — ¿Es que te molesta también que la quiera el viejecito?

AMELIA — ¡No empezar!

JULIA — ¡Por Dios!

SOFÍA — (A Emma.) La Directora dijo que fueras a verla en cuanto bajaras.

EMMA — ¿Dónde está?

AMELIA — Debe de andar por la cocina.

EMMA — Si lo sé hubiera bajado por la otra escalera. Voy. (Sale por la izquierda.)

MATILDE — ¿Quién tiene una hebra de seda azul?

SOFÍA — Nadie, chica; es el mejor pretexto para no bordar más.

EVA — Silencio.

JULIA — ¿Qué pasa?

EVA — Pasos sigilosos en el jardín.

SOFÍA — Lo que es esta vez no nos pilla. (Todas se afanan sobre sus labores mirando de soslayo al jardín, por donde poco después cruza lentamente el SEÑOR PEDRO con un ramo de flores en la mano.)

MATILDE — Si es el señor Pedro.

SOFÍA — Buen susto nos ha dado.

CLARA — Oiga usted, señor Pedro.

PEDRO — Señoritas...

EVA — Entre.

PEDRO — (Sin querer entrar.) ¿Mandaban algo las señoritas?

CLARA — Que entre usted, le digo, ¿no ha oído? Déjenos ver el ramo que lleva a Margarita hoy.

PEDRO — Volveré en seguida para lo que ustedes gusten mandar. Volveré.

CLARA — Pero deje ver, no huya... Oiga usted, señor Pedro... Espere. (El jardinero ha salido precipitadamente y Clara le sigue. Las demás contemplan desde la puerta la persecución.)

JULIA ¡Cómo corre!

MATILDE ¡Cualquiera dice que tiene ochenta años!

SOFÍA Esa Clara...

EVA Lo ha alcanzado y le quita el ramo.

AMELIA Psch... La Directora. (La DIRECTORA y EMMA entran por la izquierda.)

DIRECTO. Veo que habéis levantado la sesión sin esperarme.

SOFÍA Acabamos de soltar la aguja.

AMELIA Mire usted mi labor si quiere, señora. Estaba aquí.

DIRECTO. Bien; no hace falta. Vamos a recoger y a preparar todo allá dentro. ¿Y Clara?

JULIA Acaba de salir.

EVA Ahora mismo estaba en el jardín hablando con el señor Pedro.

DIRECTO. Tú, Eva, vé a ayudar a la señorita Juana con las pequeñas, y en cuanto estén acostadas reúnete con nosotras en el comedor.

EVA Sí, señora. (A Emma.) Lleva tú mi cestillo y guárdalo.

EMMA Bueno. (Eva sale por el fondo.)

DIRECTO. Eso es, Emma; encárgate de recoger todo aquí, y así ganaremos tiempo; es la división del trabajo de que os he hablado. Vosotras venid. Sin tropel. (Van saliendo por la izquierda. Emma queda agrupando las sillas en el rincón de la escalera y recogiendo los útiles de costura. Casi en seguida llega CLARA por el fondo con aire triunfal.)

CLARA ¿Estás tú sola?

EMMA Han ido a decorar el comedor para la fiesta de esta noche. La Directora preguntó por ti.

CLARA Va a ser una verdadera fiesta; una fiesta con sorpresa final.

EMMA ¿Piensas hacer tú juegos de prestidigitación?...

CLARA Puede que sí.

EMMA — A ver si te haces desaparecer el acento inglés al hablar. Sería magnífico.

CLARA — Al contrario: en vez de hacer desaparecer nada, voy a hacer aparecer una cosa muy importante para tu gran amiga. Esta noche vamos a quitarnos todas las caretas.

EMMA — ¡Ah! ¿Con que tú ibas a diario con careta?... ¡Ya decía yo!

CLARA — No me importan los insultos, y a cambio de ellos, para que veas que soy caritativa, quiero que le digas a Laura que he encontrado un *papelito* que le va a curar la jaqueca para siempre.

EMMA — No te entiendo, hija.

CLARA — Pues esta noche, a pesar de mi acento, todo el mundo va a entenderme bien.

EMMA — Se lo escribiremos al tío que iba a regalarte la pianola.

CLARA — Pienso ir muy pronto a decírselo personalmente.

EMMA — ¡Pobre tío John! (Aparece SOFÍA en la puerta de la izquierda.)

SOFÍA — (A Clara.) La Directora te llama, mujer.

CLARA — Voy. ¡Esa pobre señorita Blanchet!...

SOFÍA — Que vayas pronto. Quieren que el menú sea de tu letra.

CLARA — Vamos.

EMMA — ¡Ah, no te expongas a perder el barco de New-York por venir a despedirte de mí!... Buen viaje.

CLARA — ¡Oh, no! Hemos de vernos antes. ¿Me iba a marchar sin despedirme de nuestra incomparable Laura?

EMMA — No le hace falta ninguna.

CLARA — Pero a mí sí.

SOFÍA — No falta más que os peguéis.

EMMA — Por mí...

CLARA — ¡Puah!... Vamos, Sofía. (Sale Clara. Sofía mira a Emma, ríe, y sale después. Emma acaba de ordenar el "hall". En seguida entra por la puerta del jardín el SEÑOR PEDRO, muy turbado.)

PEDRO Señorita...

EMMA ¿Qué le pasa, Pedro?

PEDRO Nada. No sé; me ahogo...

EMMA ¿Quiere usted que le traiga algo? ¿Un poquito de vino? Está usted agitado.

PEDRO No, gracias. Si usted quisiera ser tan buena, señorita Emma, me dejaría sentarme aquí un momento. Con un poquito de reposo me pongo tan fuerte...

EMMA Vaya usted a su cuarto; yo lo disculparé con la Directora.

PEDRO Estoy aquí mejor, señorita.

EMMA ¿Aquí?

PEDRO Sí; déjeme unos minutos. Descabezo un sueñecito y... (Emma va hacia la puerta de la izquierda.) Váyase por el jardín, señorita; digo yo.

EMMA Pedro, a usted le pasa algo. ¿Por qué quiere usted quedarse solo? ¿Por qué quiere que me vaya por el jardín? Nunca le he visto como hoy.

PEDRO (Ya sin contenerse.) ¡Téngale usted lástima al pobre viejo! Hoy me echan de aquí... Yo se lo dije a la señorita Laura desde un principio; yo ya no quería, señorita Emma, pero...

EMMA Hable usted claro.

PEDRO A mí me pasa lo que a usted, no puedo negarle nada. La señorita Laura me pediría algo malo, si ella pudiera pedir algo malo, y yo lo haría.

EMMA Eso no es hablar claro. Vamos, contésteme usted para que nos entendamos al fin. ¿Por qué quería usted quedarse aquí solo?

PEDRO Para hablar con la señorita Laura.

EMMA ¿Iba usted a subir otra vez a su cuarto?

PEDRO No, baja ella. Lo teníamos ya convenido, señorita Emma. ¿Ve usted? Sólo tenía que toser así: ¡ején, ején! dos veces: ¡ején, ején!... Entre usted y ella me tienen que salvar, ya que por no sa-

berle decir que no, me voy a ver a mis años en la calle sin techo.

EMMA Pero...

PEDRO ¿Ve usted? Ya está ahí. (LAURA aparece sigilosamente en el rellano de la escalera; al ver a Emma quiere retirarse, pero ya es tarde y baja.)

EMMA ¡Laura!

LAURA ¿Qué haces aquí?... Habla bajo.

PEDRO Señorita Laura, ¡nos han sorprendido!

LAURA ¿Qué dice usted? ¿Ha sido Margarita?

PEDRO No.

LAURA Acabe; mire cómo estoy.

PEDRO La señorita Clara me quitó el ramo en el jardín. Yo me defendí, pero me faltan las fuerzas.

LAURA Y...

PEDRO Y sacó la carta, señorita... ¿Por qué escribió usted hoy? Ya no hacía falta, ya estaba todo arreglado; hubiera podido darle las gracias aquí personalmente. Yo se lo advertí. Había llevado más de diez cartas sin que ocurriese nada, y ahora...

LAURA Cállese.

EMMA No, siga; dígame todo, señor Pedro.

LAURA (Exaltada.) Sí; más de diez cartas, más de doce... Vé tú también a delatarme si quieres. Dime loca, lo estoy, óyelo; más de diez cartas, sin que me haya contestado ninguna.

EMMA ¡Oh, Laura!

LAURA Necesitaba hablarle, aunque sólo fuera una vez: es mi único sueño; hablarle media hora, cinco minutos, uno, y que después concluya todo y pague mi locura... Ayúdame, Emma; ayúdeme usted, señor Pedro, que yo le hable siquiera hoy.

PEDRO Sí, él viene ahora; eso es lo peor.

EMMA Sí; vienen a comer.

PEDRO No; el señorito Eduardo viene ahora, en seguida. Tantas cartas sin contestar,

y hoy se ha decidido así, de pronto... He dejado abierta la verja y vendrá por aquí (Señalando a la izquierda.) para no ser visto. Por eso quería que me dejara usted solo y que se fuera por el jardín, señorita.

EMMA — Pero, ¿y Clara?

LAURA — ¡Esa Clara!

PEDRO — Dijo que la señorita Margarita vendría antes.

EMMA — Eso no puede ser... No sé qué tienes tú, Laura, que aturdes, que haces olvidar deberes y peligros... No, no puede ser, no debe ser. Tú no estás en tu juicio. ¡Escribir a un hombre! ¡Y a un hombre casado!

LAURA — ¡Le hablaré, le hablaré, le hablaré!

EMMA — Si tú no desistes, soy yo quien voy a advertir a la Directora.

LAURA — Anda, avisa, imita a la yankee... Si no le hablo me suicidaré. Ya sabes que tengo valor... Vé y acúsame tú, la que dicen que más me quiere.

EMMA — Por eso mismo...

PEDRO — No, señorita; piense en el pobre viejo.

EMMA — Pero si además no podrá ser: Clara estará espiando.

PEDRO — Está en el comedor.

LAURA — Y sólo serán diez minutos, cinco minutos... Anda, Emma, sí... Yo no te digo que me ayudes, que vayas con Pedro a vigilar, sino que te hagas como que nada sabes...

EMMA — ¿Ve usted, Pedro?

LAURA — Comprende que tenemos que ponernos de acuerdo para evitar que este viejecito no vaya a ser la víctima. Anda, sí; demuéstrame que eres capaz de sacrificarte por tu pobre Laura.

EMMA — ¡Y haber guardado así el secreto conmigo!

PEDRO — ¡Señoritas!...

LAURA ¿Eh?

EMMA ¿Qué?

PEDRO Siento pasos.

LAURA ¿Será?

PEDRO Debe de ser.

EMMA ¡Oh, Laura; vámonos, huye!...

LAURA No, no.

PEDRO Voy a traerlo. Salga usted, señorita; es mejor. (El señor Pedro sale por la izquierda.)

EMMA Ven conmigo.

LAURA Te he dicho que no; vete.

EMMA ¿Me juras que serán sólo cinco minutos?

LAURA Sí, vete.

EMMA Yo vigilaré por el jardín. (Emma sale precipitadamente por el fondo, y cuando Laura se vuelve a mirar hacia la izquierda, Eduardo, sonriente, está ya en el dintel de la puerta.)

LAURA Entre... Creí que no se iba a atrever nunca.

EDUARDO Ya ve usted.

LAURA ¿Hay alguien ahí?

EDUARDO (Evasivo.) No, creo que no... Será Pedro.

LAURA ¡Por fin! Tanto desear este momento y ahora...

EDUARDO Todo llega y pasa en la vida.

LAURA ¡Si se pudiera detener el tiempo! (Corta pausa.)

EDUARDO Vamos, hábleme; dígame esas cosas tremendas y graciosas que sin duda tiene pensadas. ¿No habla usted?

LAURA Ya lo tengo aquí, y ahora me da... no miedo, sino... quisiera poder decirle al mismo tiempo todo.

EDUARDO ¡Qué chicuela!

LAURA ¿Ha leído usted todas mis cartas? ¿Sí? ¿Cuántas veces? Las escribía de noche.

EDUARDO Quizás por eso hay algunas tan sombrías.

LAURA No se burle. Estoy harta de que se tomen en broma mis cosas.

EDUARDO Es que las cosas de usted serían trágicas si uno no se decidiera a reir... Escribien-

do es usted terrible; así, de cerca, vuelve a ser la niña, la...

LAURA ¿Y leyó mi carta de ayer?

EDUARDO Todas. La primera por ese poco de curiosidad malsana que hay hasta en las personas mejores; las otras por piedad, por cariño.

LAURA ¡Oh!

EDUARDO Y por deseo de contribuir a que se cure... Usted, Laura, es una enfermita a quien hay que medicar.

LAURA ¿Y ha venido usted a eso? ¡Qué desilusión!

EDUARDO Querría desilusionarla más aún... Su alma está un poco revuelta por los libros indigestados; y hay que darle, verá qué prosaico un purgante espiritual... Tiene usted un vidrio de aumento en esa cabecita y no ve más que héroes, redentores, raptos, ¡qué sé yo! No taconee tan fuerte, aplaque esos nervios y escuche.

LAURA Le pondré un emplasto a mi amor, está bien.

EDUARDO Estaba usted encantada con esta inversión de papeles, ¿eh? Ahí es nada; raptar a un hombre, raptar a un marido... Se ha anticipado lo menos dos siglos, hija mía... Ríase conmigo; que yo no vea esa cara adusta. Su última carta de amenaza me asustó. ¿Hubiera sido capaz de escaparse y de ir a buscarme? Eso no está bien.

LAURA Hubiera sido capaz de todo.

EDUARDO Esa fuga con bombones, con disfraces, con su inevitable viaje a Venecia y su visita final al papá para que lo arreglara todo, ¡que de usted es todo eso, Laura!

LAURA Yo creía que después de lo del Saléve... Estaba en el derecho de pensarlo, y sí, sí... Usted dice todo eso por probarme, Eduardo, ¿verdad?

EDUARDO ¡Qué chicuela!

LAURA No quiero perder la fe en usted.

EDUARDO La fe, que dicen que salva, es su enemiga. Pierda su fe en las cosas y en los hombres extraordinarios. Aquí tiene el verdadero Eduardo, al que la quiere casi fraternalmente, al que viene a soltar de una vez los pájaros que llenan esa cabecita.

LAURA Ríñame, desprécieme, insúlteme, pero deje ese tono ligero... Yo había pensado en este momento, y ahora todo mi sueño se me deshace. Yo contaba con su cariño.

EDUARDO Y debe contar. Porque la quiero le hablo así... ¡Qué sería de todos si yo me hubiera puesto al tono de su locura! ¿Cuál no sería nuestro remordimiento, Laura, si un día nos mirásemos el uno al otro para decirnos: nos hemos equivocado, y detrás de nosotros, por nuestro capricho, hemos dejado rencores y lágrimas?

LAURA Yo no me equivoco.

EDUARDO ¡Es tan fácil equivocarse cuando la juventud está en toda su fuerza y el alma es una cómplice de la imaginación! Usted piensa que soy un cobarde; y hace falta más valor para ahogar una pasión o un deseo que para alimentarlos... Ya ve usted que dejo el tono ligero y le hablo como a una mujer.

LAURA (Con infantil terquedad.) ¡No, no, si no puede ser!

EDUARDO Y no es usted una mujer, es una niña que ha crecido mientras su alma seguía siendo pequeñita; como no puede ya jugar con muñecas, quiere jugar con la vida, sin ver el peligro... Y juega con un poco de crueldad; porque usted, Laura, debe de haber decapitado más de una muñeca y de haberle torcido el cuello a más de un pájaro... Lo que me escribió el domin-

go de Margarita, que tanto la quiere, es cruel.

LAURA Sí, que la hiciera sufrir de una sola vez ahora que era joven y fuerte, y que le ahorrara una vida de pequeños dolores, de pequeñas traiciones, de pequeñas miserias... Si no me quería, Eduardo, ¿por qué siguió leyendo mis cartas?

EDUARDO Ya se lo he dicho. Aquí las traigo para devolvérselas y para rogarle que las rompa.

LAURA Deme. No es usted lo que yo...

EDUARDO Lo que usted se figuraba, ¿no es eso? Siempre le pasará lo mismo. La vida es un rosario de desilusiones, pero las cuentas que se dejan atrás vuelven con el tiempo a encontrarse delante y no las reconocemos, y son ilusiones otra vez... Se figuraba usted que yo era un hombre de novela.

LAURA Creí que era un hombre. Ahora ya sé lo que me queda que hacer.

EDUARDO (Burlón.) Suicidarse, claro.

LAURA Pues sí, eso; me suicidaré como aquella alumna de la señorita Voisin. ¡Qué gusto! Tomaré una dosis de cloral y abriré el gas del baño. ¡Estoy tan aburrida!

EDUARDO Y eso la distraerá..

LAURA No me he echado más de una vez de cabeza al lago no sé por qué... por no asustar a los cisnes.

EDUARDO Es usted encantadora... Hay que quererla a la fuerza.

LAURA Ya lo veo, ya.

EDUARDO Usted ha estado enamorada, lo reconozco, pero no de mí. Oiga usted qué cosa más poética: usted ha estado enamorada del amor. Esta frase no es mía, no se ilusione... Yo sería muy simple si creyera que esas cartas han sido escritas para mí. No las rompa como le dije an-

tes; con sólo cambiar el nombre volverán a servirle.

LAURA Búrlese, ríase. Pero no crea que voy a matarme por usted, que no lo merece. ¡Me voy a matar porque sí, porque me da la gana, porque me gusta! (Solloza nerviosamente.)

EDUARDO No llore, cabecita loca... Antes de matarse tiene que pensar en el pobre viejo a quien ha comprometido.

LAURA ¡Pobre señor Pedro!

EDUARDO ¿Ve usted cómo es buena?

LAURA Vienen, ¿oye usted?

EDUARDO No le importe; quédese aquí.

LAURA ¿Cómo puede usted estar tranquilo? ¡Al menos es valiente, como yo pensaba!

EDUARDO Ni eso siquiera, Laura: Otra desilusión... Espérese, cálmese.

(En la puerta del fondo aparecen luchando EMMA y CLARA. Emma quiere cubrir con el cuerpo la entrada, pero, al fin, Clara la arrolla y entran violentemente las dos.)

EMMA ¡Huye, Laura!... ¡Huya usted!

CLARA Déjame... ¡Ah!

EDUARDO Estese quieta.

EMMA Le he querido quitar la carta y no pude.

LAURA ¡Odiosa espía!

EDUARDO (A Clara, que aun está jadeante por la lucha.) Usted dirá, señorita.

CLARA ¡Ah, lo que es ahora no me lo pueden negar!... Ahora no se ha dejado usted olvidada la petaca, señor de Villegas.

EDUARDO Usted ha errado la profesión, señorita. ¡Me río yo de Sherlok Holmes!

CLARA Puede reirse de quien le plazca, pero no de mí ni de esta casa que usted y Laura han profanado.

EDUARDO ¿Pero habla usted en serio?

LAURA Déjela usted.

CLARA La señora sabrá al fin quienes son ustedes.

EMMA ¡Clara!...

CLARA El jardinero metido a cartero... ¡Qué asco!

LAURA No sé por qué te ocupas tanto de mí. A mí nada tuyo me importa.

CLARA A mí lo que me importa es la moral; esta pensión es mi casa, la de todas nosotras, y tú con tus... coqueterías nos expones a que nos confundan contigo.

EDUARDO ¡Qué poco generosa es usted!

LAURA Sigue, sigue.

CLARA Pueden creer que aquí somos todas capaces de hacer lo que tú has hecho con Margarita. (A Eduardo.) Y en cuanto a la conducta de usted...

EDUARDO Señorita...

CLARA Sí.

EDUARDO (Interrumpiéndola y abandonando por primera vez el aire burlón.) Cállese... Ahora hablo yo. Ya la hemos oído bastante y estamos maravillados de sus grandes dotes de moralista y de detective. Me obliga usted, con su intransigencia, a descubrir una cosa que quizás sea dolorosa para Laura, pero que ya es precisa. Yo no he venido aquí, como usted, a perderla, sino a salvarla.

CLARA ¡Qué atrocidad!

EDUARDO He venido a ver si podía curarla de sus infantilismos, y he venido de acuerdo con su mejor amiga. Esta entrevista, que solo debió ser beneficiosa para Laura, usted la va a hacer un poquito humillante; sepa usted, señorita Clara, que esta entrevista solo podía realizarse así. (Yendo a la puerta de la izquierda.) Ven... Sí, ven... Entra, Margarita.

(MARGARITA entra en escena, está cohibida, adolorida: parece que es ella la culpable. Hay un momento de estupefacción.)

EMMA ¡Oh!...

LAURA ¡Eduardo!

CLARA ¡Qué pantomima!

MARGA. No debiste obligarnos a esto, Clara. Laura, yo no puedo guardarte rencor.

EDUARDO Ya ve usted. Estaba ahí escondida desde que yo vine. Lo siento por el fracaso de su instinto policíaco.

CLARA Basta, la señora sabrá... (Sale muy indignada por el fondo.)

EDUARDO Hasta en eso va a llegar tarde. No se asuste usted, Laura. Al venir hemos mandado una carta a la Directora en la que le explicábamos la verdad del asunto, excepto en lo que al señor Pedro se refiere.

MARGA. El mismo Pedro la llevó.

LAURA Es usted un mal caballero.

EMMA Han hecho bien.

MARGA. Vamos, ven acá.

EDUARDO Un mal caballero, pero un buen amigo: a usted le convenía más esto último. Yo no quería que hiciera usted la locura de salir de aquí y de dar un escándalo. ¿Cree que no luché mucho antes de enterar a Margarita? Por fortuna no me equivoqué acerca de su generosidad. A ella es a quien debe usted dar las gracias..

MARGA. ¡Oh, no!... Vamos, abrázame.

EMMA Abrázala, Laura.

EDUARDO Cuando pase el tiempo me agradecerá usted esta estratagema. Yo quería venir a su llamamiento, pero del único modo digno para usted y para mí.

(La DIRECTORA, seguida de CLARA y del SEÑOR PEDRO, entra por el fondo. Poco a poco, detrás de ellos van llegando MATILDE, SOFÍA, EVA y JULIA, que atienden silenciosamente a la escena.)

DIRECTO. Basta, Clara... Basta, señor Pedro.

CLARA Es la verdad.

PEDRO Señora...

LAURA Yo me iré hoy mismo de la pensión.

MARGA. Oiga usted.

EDUARDO Sí, óiganos.

DIRECTO. Silencio, por Dios. Que nadie se sincere y que nadie acuse. Ruego que no se hable más de eso esta noche. Yo no quiero recoger de este hecho, que tanto me apena, más que la versión mejor, y no quiero juzgar sino de las intenciones para no tener que condenar.

MARGA. Mañana temprano salimos de Ginebra.

DIRECTO. Bien.

EDUARDO Y si en este momento nuestra presencia pudiera serle desagradable o dolorosa...

DIRECTO. No, quédense, oigan...

CLARA ¡Es una vergüenza!

DIRECTO. Cállate, Clara. Si a Laura le ha faltado cordura, a ti te ha faltado generosidad, y al querer hacer la justicia por tu mano has hecho tan mal como el señor Villegas y Margarita que pretendieron solos acusar a Cabecita loca. Yo quiero achacar todo eso a la juventud, y desear que a todos les sirva de lección... A usted más que a nadie, señor Pedro, que por sus años no tiene disculpa.

CLARA Laura ya no es una niña.

DIRECTO. Pero en ella los defectos son por exaltación del temperamento, son de esas cosas que el tiempo calma, mientras que los tuyos son en frío y de esos que no se corrigen nunca.

EDUARDO Usted misma ha dicho que no se hable más de eso esta noche.

DIRECTO. Tiene usted razón. (Volviéndose hacia las discípulas que la escuchan.) Me alegro que hayais venido. ¿Estáis todas?

SOFÍA Falta Amelia.

MATILDE Se quedó en la cocina.

SOFÍA Claro.

DIRECTO. Dichosa ella que tiene esa debilidad tan vulgar y tan fácil de armonizarse con las mejores cualidades... Quiero que sepais que la comida que iba a ser de despedida

solo para Margarita y su marido, lo será también para todas vosotras, hijas.

EVA Señora...

EMMA ¿Qué quiere usted decir?

DIRECTO. Sí, sois ya mayores... No insistais. Hoy mismo escribiré a vuestros padres. El otro día me lo dijo muy atinadamente el señor Viel; sois ya mujeres y la pensión comienza a ser para vosotras una jaula.

SOFÍA No, no.

DIRECTO. Os tendríais que ir muy pronto una a una, y hubiera sufrido por igual al iros perdiendo... Así será la pérdida de una vez, y... (Se enjuga los ojos.) No extrañéis que me emocione: es el primer enjambre que se me dispersa. Yo no había contado con este dolor.

MARGA. ¡Pobre señora!

CLARA (A Laura.) Tú has tenido la culpa.

EMMA (Idem.) No llores, no te desesperes.

MATILDE ¡Qué sola se va a quedar usted!

DIRECTO. Me quedan las pequeñas, que irán creciendo como crecisteis vosotras, y que me volverán a parecer hijas, y un día me dejarán sola también.

EDUARDO Es el destino de su profesión.

DIRECTO. Hasta que un día sea yo la que las deje para siempre. (De súbito Laura se desprende de los brazos de Emma, y sale corriendo por el jardín.)

MARGA. ¿Dónde va?

DIRECTO. ¡Detenedla!

EDUARDO Voy yo. (Sale precipitadamente detrás de Laura.)

MATILDE Corre hacia el estanque.

DIRECTO. No hay peligro.

CLARA Se querrá suicidar en un vaso de agua.

MARGA. Ya la ha alcanzado, ya la trae.

DIRECTO. Y ahora silencio: ni una alusión, ni un reproche, ni la menor burla, tú, Clara.

JULIA Aquí están.

(Entran EDUARDO, LAURA y el SEÑOR PEDRO, que había también salido. Laura se abraza a la Directora.)

LAURA ¡Perdón, señora!... Yo no podía soportar su dolor... ¡Perdón, Margarita! (La abraza también.)

DIRECTO. Cabecita loca, corazón de oro, ¡ojalá que este simulacro de maldad y hasta de tragedia, te sean provechosos en la vida!

LAURA Acaba de suicidarse Cabecita loca; es solo Laura quien vuelve del jardín. (Una corta pausa, emocionada. AMELIA entra por la izquierda con cara de aflicción.)

MARGA. ¿Qué te pasa?

AMELIA Señora...

DIRECTO. ¿Qué ocurre, mujer?

AMELIA El asado... Se ha quemado el asado. (Todos ríen.)

DIRECTO. Vaya por Dios... ¡Qué importa! Será una comida un poco destartalada la de hoy, como debe comerse en un campamento la noche antes de licenciar las tropas... Vamos al comedor.

MATILDE Vamos.

MARGA. Ven conmigo, Laura.

VARIAS Vamos, vamos.

CLARA (Que desde pocos momentos antes ha estado escribiendo en un cuadernito con su inevitable pluma estilográfica.) Yo no voy, señora.

DIRECTO. Clara... Tú vienes como todas. Me debes obediencia todavía.

CLARA Le ruego que permita al señor Pedro, jardinero y mandadero de esta pensión, que me vaya a expedir este cablegrama.

DIRECTO. A ver.

CLARA Leeré yo misma, yo no tengo secretos. (Leyendo) «Mister Eliers-Canon, Street, Philadelfia. Vengan en seguida burcarme. Imposible resistir costumbres europeas.» (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

140121. LS.C.
B5826

Author

Title Biblioteca teatro mundial Vol 14 : Nos. 131-140

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU